ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

SÚPER EDICIÓN

LA BÚSQUEDA DE ESTRELLA DE FUEGO

TRADUCIDO POR
PICHU06 y THE_RIVER'S

DEDICATORIA

Gracias especiales a Cherith Baldry.

Libro original: “Warriors: Firestar’s Quest” *por* ***Erin Hunter***.

Arte de la portada y encabezados: ***Marcin Leśniak***.

Traducción: ***Pichu06*** *y* ***The_River’s***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio

Publicado: 3/4/26
Última actualización: 3/4/26

¡No te pierdas nuestras otras traducciones!

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
La Furia de Garra de Tigre.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.
Las Raíces de Árbol.
El Clan de Trigueña.
La Familia de Dalia
La Rebelión de Pelaje Manchado.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Profecía de Estrella Azul.
El Juicio de Corvino Plumoso.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.
El Corazón de Charca de Hiedra.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
Un Ladrón en el Clan del Trueno.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Guías de Campo:

Código de los Clanes.

Quinta Saga Principal “Una Visión de Sombras”:

1. *La Búsqueda del Aprendiz.*

2. *Trueno y Sombra.*
3. *Cielo Destrozado.*
4. *La Noche más Oscura.*
5. *Río de Fuego.*
6. *La Tormenta Furiosa.*

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. *Estrellas Perdidas.*
2. *El Deshielo Silencioso.*
3. *Velo de Sombras.*
4. *Oscuridad Interna.*
5. *El Lugar Sin Estrellas.*
6. *Una Luz en la Niebla.*

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:

1. *Río.*
2. *Cielo.*
3. *Sombra.*
4. *Trueno*.
5. *Viento*.
6. *Estrella*.

CONTENIDO

Dedicatoria..... 2
Filiaciones..... 7
Prólogo..... 14
Capítulo 1..... 18
Capítulo 2..... 23
Capítulo 3..... 31
Capítulo 4..... 45
Capítulo 5..... 53
Capítulo 6..... 61
Capítulo 7..... 70
Capítulo 8..... 75
Capítulo 9..... 83
Capítulo 10..... 98
Capítulo 11..... 111
Capítulo 12..... 122
Capítulo 13..... 130
Capítulo 14..... 143
Capítulo 15..... 156
Capítulo 16..... 162
Capítulo 17..... 172
Capítulo 18..... 181
Capítulo 19..... 190
Capítulo 20..... 196
Capítulo 21..... 207
Capítulo 22..... 215
Capítulo 23..... 227
Capítulo 24..... 247
Capítulo 25..... 255

Capítulo 26..... 268
Capítulo 27..... 290
Capítulo 28..... 301
Capítulo 29..... 312
Capítulo 30..... 324
Capítulo 31..... 343
Capítulo 32..... 354
Capítulo 33..... 361
Capítulo 34..... 370
Capítulo 35..... 379
Capítulo 36..... 391
Epílogo..... 398

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER **ESTRELLA DE FUEGO —** hermoso gato naranja del color de las llamas.
APRENDIZ, ZARZO.

LUGAR-TENIENTE **LÁTIGO GRIS —** gato de pelo largo, gris uniforme.

CURANDERA **CARBONILLA —** gata gris oscuro.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

MUSARAÑA — pequeña gata marrón oscuro.
MANTO POLVOROSO — gato atigrado marrón oscuro.
RABO LARGO — gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras.
APRENDIZ, ZARPA HOLLÍN.
TORMENTA DE ARENA — gata color melado claro.
APRENDIZA, ZARPA ACEDERA.
SAUCE — gata gris muy claro, de ojos azules poco comunes.
NIMBO BLANCO — gato blanco de pelo largo.
APRENDIZ, ZARPA ORVALLO.
FRONDE DORADO — atigrado marrón dorado.
ESPINARDO — atigrado marrón dorado.
CENIZO — gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.
FLOR DORADA — gata de pelaje amarillo claro.

APRENDICES
(de más se seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros)

ZARZO — gato marrón oscuro atigrado con ojos ámbar.
ZARPA ACEDERA — gata carey y blanca de ojos ámbar.
ZARPA ORVALLO — gato gris oscuro de ojos azules.

ZARPA HOLLÍN — gato gris claro con ojos ámbar.

REINAS

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

FRONDA — gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

CENTELLA — gata blanca con manchas canela.

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

ESCARCHA — dotada de un bello pelaje blanco y ojos azules.

COLA MOTEADA — en sus tiempos, una bonita gata leonada con un precioso manto moteado.

COLA PINTADA — bastante atigrada, y la mayor de las reinas con crías.

TUERTA — gata gris claro, el miembro más anciano del Clan del Trueno; prácticamente ciega y sorda.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER — **ESTRELLA NEGRA —** gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

LUGAR-TENIENTE — **BERMEJA —** gata de color rojizo oscuro.

CURANDERO — **CIRRO —** atigrado marrón muy pequeño.

GUERREROS

ROBLEDO — pequeño gato marrón.

APRENDIZA, ZARPA TRIGUEÑA (gata carey de ojos verdes).

AMAPOLA — atigrada marrón claro de patas muy largas.

VETERANOS

NARIZ INQUIETA — pequeño gato blanco y gris.

CLAN DEL VIENTO

LÍDER — **ESTRELLA ALTA —** gato blanco y negro de cola muy larga.

LUGAR-TENIENTE — **ENLODADO —** gato marrón oscuro con manchas.

CURANDERO — **CASCARÓN —** gato marrón de cola corta.

GUERREROS

MANTO TRENZADO — gato atigrado gris oscuro.
OREJA PARTIDA — macho gris atigrado.
BIGOTES — joven atigrado marrón.
CORRIENTE VELOZ — atigrada gris claro.

REINAS

PERLADA — gata gris.
FLOR MATINAL — reina color carey.
COLA BLANCA — pequeña gata blanca.

CLAN DEL RÍO

LÍDER — **ESTRELLA LEOPARDINA —** gata atigrada con insólitas manchas doradas.

LUGAR-TENIENTE — **VAHARINA —** gata gris azulado con ojos azules.

CURANDERO — **ARCILLOSO —** gato marrón claro de pelo largo.

GUERREROS

PRIETO — gato negro grisáceo.
PASO POTENTE — corpulento gato atigrado.
BORRASCOSO — gato gris oscuro de ojos ámbar.
PLUMOSA — gata gris claro de ojos azules.

REINAS

MUSGOSA — gata parda.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

CENTENO — gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.
CUERVO — lustroso gato negro que vive en la granja con Centeno.
TIZNADO — rollizo y afable gato blanco y negro; adora vivir en una casa junto al bosque. Es un gato doméstico.
HATTY — hermosa minina casera marrón atigrada que vive en el antiguo hogar de Estrella de Fuego.

PRÓLOGO

La luna llena flotaba en el cielo, derramando su fría luz sobre el bosque. Una tenue brisa murmuraba a través de las hojas de cuatro enormes robles; luz moteada y sombras se movían encima de los mantos de muchos gatos mientras se deslizaban hacia la hondonada de debajo.

Un musculoso macho del color de los helechos emergió de los arbustos que rodeaban la hondonada. Brincó a través del claro y saltó hacia la cima de la gran roca que se erguía en el centro. Otros tres gatos lo esperaban allí.

Una de ellos, una gata con un manto marrón atigrado, inclinó la cabeza en un saludo.

—Bienvenido, Estrella Roja —maulló—. ¿Cómo corren las presas en el Clan del Trueno?

—Tenemos muchas, gracias, Estrella de Abedul —contestó el líder del Clan del Trueno—. ¿Todo va bien en el Clan del Río?

Antes de que Estrella de Abedul pudiera responder, uno de los otros líderes los interrumpió, raspando la dura superficie rocosa con las garras. Su manto negro grisáceo era una sombra a la luz de la luna.

—Es hora de que comience la Asamblea —dijo con voz rasposa—. Estamos desperdiciando tiempo.

—No podemos empezar aún, Estrella Veloz —maulló la cuarta gata. Su manto marrón cremoso sostenía el gélido resplandor de las estrellas—. No estamos todos.

Estrella Veloz dejó escapar un resoplido impaciente.

—El Clan del Viento tiene mejores cosas que hacer que quedarse sentado esperando gatos que no se molestan en llegar en hora.

—¡Miren! —Estrella Roja señaló con la cola hacia la cima de la hondonada.

La forma de un gato contrastaba contra la pálida luz de la luna. Se quedó quieto por un latido, luego hizo un gesto con la cola y desapareció en los arbustos. Más gatos lo siguieron, derramándose sobre el borde de la hondonada, las ramas crujían mientras se vertían por la pendiente.

—¡Ahí están! —Estrella del Alba maulló—. El Clan del Cielo llegó por fin.

—Ya era hora —murmuró Estrella Veloz—. ¡Estrella de Nube! —le gritó al primer gato que apareció en el claro—. ¿Qué te atrasó?

El líder del Clan del Cielo era pequeño para ser un gato macho, con un cuerpo ligero, una cabeza pulcra y con buena forma. Su pelo era gris claro, con manchas blancas que parecían nubes. No respondió la pregunta de Estrella Veloz, sino que se abrió paso entre los gatos hasta que llegó a la roca y saltó para unirse a los otros líderes.

Detrás de él, más y más gatos emergían de los arbustos. Un grupo de aprendices jóvenes apareció, apretados entre sí, con los ojos bien abiertos en una mezcla de miedo y emoción. Fueron seguidos por los veteranos del Clan, uno de ellos cojeaba, el otro se apoyaba en el hombro de un guerrero. Dos gatas llegaban cada una con una diminuta cría colgando de las fauces; varias crías mayores tropezaban cansadamente detrás de ellas. Los guerreros restantes las rodeaban de manera protectora.

—¡Gran Clan Estelar! —Estrella Veloz exclamó—. Estrella de Nube, cualquier gato pensaría que trajiste a tu Clan entero a la Asamblea.

Estrella de Nube se encontró firmemente con la mirada confundida del líder del Clan del Viento.

—Sí —maulló—, eso es exactamente lo que he hecho.

—¿Por qué, en el nombre del Clan Estelar, hiciste eso? —preguntó Estrella de Abedul.

—Porque ya no podemos vivir en nuestro territorio —el líder del Clan del Cielo le dijo—. Los Dos Patas lo han destruido.

—¿Qué? —Estrella Roja dio un paso adelante—. Mis patrullas reportaron más Dos Patas en tu territorio, y ruido de monstruos, pero seguramente no pueden haberlo destruido todo.

—Lo hicieron. —Estrella de Nube miró a través del claro, como si estuviera viendo algo más en donde se paraban los arbustos bañados por la luna—. Vinieron con monstruos que empujaron los árboles y revolvieron

la tierra. Todas nuestras presas murieron o huyeron. Los monstruos están acechando nuestro campamento ahora, esperando el momento para saltar. El hogar del Clan del Cielo se ha ido. —Volviéndose hacia los otros líderes, continuó—. He traído a mi Clan para pedirles su ayuda. Tienen que darnos algo de sus territorios.

Aullidos de protesta se alzaron de los gatos debajo de la roca. Al borde del claro los gatos del Clan del Cielo se apretaron entre sí, con los guerreros más fuertes afuera, como preparándose para un ataque.

Estrella Veloz fue el primero en contestar.

—No puedes simplemente venir hasta aquí y exigir una parte de nuestro territorio. Apenas podemos alimentar a nuestros propios Clanes así como están.

Estrella Roja movió las patas, incómodo.

—Las presas están corriendo bien ahora en la estación de la hoja verde, pero ¿qué va a pasar cuando llegue la estación de la caída de la hoja? El Clan del Trueno no podrá prescindir de nada entonces.

—Tampoco el Clan de la Sombra —maulló Estrella del Alba, parándose en su lugar al borde de la roca y enfrentándose a Estrella de Nube con un desafío en sus ojos verdes—. Mi Clan es más grande que cualquier otro. Necesitamos cada paso de terreno para alimentar a nuestros propios gatos.

La mirada de Estrella de Nube se desvió hacia la única líder que no había hablado.

—¿Estrella de Abedul? ¿Tú qué piensas?

—Me gustaría ayudar —maulló la líder del Clan del Río—. En serio que sí. Pero el río está muy bajo y es más difícil que nunca atrapar suficientes peces. Además, los gatos del Clan del Cielo no saben *como* pescar.

—Exactamente —Estrella Veloz añadió—. Y solo los gatos del Clan del Viento son lo suficientemente rápidos como para atrapar conejos y aves en el páramo. Ciertamente no hay ningún lugar en nuestro territorio en el que pudiesen hacer un campamento. Pronto se cansarían de dormir bajo arbustos de aulaga.

—¿Qué se supone que haga mi Clan entonces? —maulló Estrella de Nube en voz baja.

Un silencio se esparció por el claro, como si todos los gatos estuvieran aguantando la respiración. Estrella Roja lo rompió con una sola palabra.

—Irse.

—Así es. —Hubo una pizca de gruñido en el maullido de Estrella Veloz—. Váyanse del bosque y encuéntrense otro lugar, lo suficientemente lejos como para que no se roben nuestras presas.

Una joven gata plateada y negra se puso de pie en el claro de debajo.

—Estrella Veloz —llamó—, como tu curandera, puedo decirte que el Clan Estelar no estará contento si el resto de nosotros expulsamos al Clan del Cielo. Siempre han habido cinco Clanes en el bosque.

Estrella Veloz bajó la mirada hacia su curandera.

—Ala de Alondra, dices conocer la voluntad del Clan Estelar, pero ¿podrías decirme por qué la luna sigue brillando? Si el Clan Estelar no coincidiera en que el Clan del Cielo debería abandonar el bosque, enviarían nubes para cubrir el cielo.

Ala de Alondra negó con la cabeza, incapaz de responder la pregunta de su líder.

Los ojos de Estrella de Nube se abrieron de par en par con incredulidad.

—Cinco Clanes han vivido en este bosque durante más tiempo del que cualquier gato puede recordar. ¿Eso no significa nada para ustedes?

—Las cosas cambian —replicó Estrella Roja—. ¿Es posible que también haya cambiado la voluntad del Clan Estelar? Nuestros ancestros le dieron a cada Clan las habilidades que necesitan para sobrevivir en su propio territorio. Los gatos del Clan del Río nadan bien. Los del Clan del Trueno son buenos acechando presas en la maleza. Los del Clan del Cielo pueden saltar a los árboles porque no hay mucha cobertura en su territorio. ¿No significa eso que ningún Clan podría vivir en el territorio de otro?

Un delgado gato con un desarreglado pelo negro se levantó de donde estaba sentado al pie de la Gran Roca.

—Sigues diciendo que el Clan Estelar quiere cinco Clanes en el bosque, pero ¿estás seguro de que eso es cierto? Hay cuatro robles aquí en los Cuatro Árboles. Esa podría ser una señal de que solo deben haber cuatro Clanes.

—El Clan del Cielo no pertenece aquí —siseó un atigrado plateado a su lado—. Vamos a expulsarlos ahora.

Los guerreros del Clan del Cielo se erizaron como un gato solo, desenvainando sus curvas y largas garras.

—¡Alto! —exclamó Estrella de Nube—. Guerreros del Clan del Cielo, no somos cobardes, pero esta es una batalla que no podemos ganar. Esta noche hemos visto lo que vale el código guerrero. A partir de ahora

estaremos solos, y no dependeremos de nadie más que de nosotros mismos.

Bajó de la Gran Roca de un salto y se abrió paso entre sus guerreros hasta que estuvo cara a cara con una hermosa atigrada marrón claro. Dos diminutos cachorros maullaban penosamente a sus patas.

—Estrella de Nube. —La voz de la gata no fue más que un murmullo angustiado—. Nuestros cachorros son demasiado pequeños para hacer un viaje tan largo. Me quedaré aquí con ellos, si algún Clan nos acoge.

Ala de Cernícalo, el curandero del Clan del Trueno, se abrió paso entre dos guerreros del Clan del Cielo, ignorando sus gruñidos, e inclinó la cabeza para olfatear a los cachorros.

—Serán bienvenidos en el Clan del Trueno.

—¿Estás seguro? —Estrella de Nube lo desafió—. ¿Después de lo que nos dijo tu líder hoy?

—Pienso que mi líder se equivoca —maulló Ala de Cernícalo—. Pero no condenará a cachorros indefensos a morir. Tendrán un futuro en el Clan del Trueno, y también tú, Vuelo de Ave.

La gata marrón claro agachó la cabeza.

—Gracias. —Se volvió hacia el líder del Clan del Cielo, con sus ojos ámbar rebosantes de dolor—. Entonces esto es una despedida.

—Vuelo de Ave, no. —Estrella de Nube parecía horrorizado—. ¿Cómo puedo dejarte?

—Debes hacerlo. —La voz de Vuelo de Ave tembló—. Nuestro Clan te necesita, pero nuestros cachorros me necesitan a mí ahora.

Estrella de Nube inclinó la cabeza.

—Te esperaré —susurró—. Te esperaré por siempre. —Presionó el costado de Vuelo de Ave con el hocico—. Quédate con Ala de Cernícalo. Él encontrará guerreros para ayudar a cargar a los cachorros de regreso al campamento del Clan del Trueno. —Al curandero, le añadió—: Cuida de ellos.

Ala de Cernícalo asintió.

—Por supuesto.

Con una última mirada de angustia a su pareja, Estrella de Nube le hizo una seña con la cola al resto de su Clan.

—Síganme.

Lideró el camino hacia la pendiente, pero antes de que pudiera sumergirse en los arbustos, Estrella Roja gritó desde la cima de la Gran Roca.

—¡Que el Clan Estelar vaya con ustedes!

Estrella de Nube se giró y fijó una mirada fría en el gato que alguna vez había llamado amigo.

—El Clan Estelar puede ir a donde le dé la gana —siseó—. Han *traicionado* al Clan del Cielo. A partir de este día, no tendré nada más que ver con nuestros ancestros guerreros. —Ignoró los jadeos de conmoción a su alrededor, algunos de su propio Clan—. El Clan Estelar permitió que los Dos Patas destruyeran nuestro territorio. Ahora nos miran desde arriba, y permiten que la luna siga brillando mientras ustedes nos expulsan. Ellos dijeron que siempre habrían cinco Clanes en el bosque, pero *mintieron*. El Clan del Cielo jamás volverá a mirar a las estrellas.

Dando un último azote con la cola desapareció en los arbustos, y el resto de su Clan lo siguió.

Capítulo 1

Estrella de Fuego bordó un matorral de avellanos y se detuvo para saborear el aire. La luna casi estaba llena, y pudo ver que estaba cerca del lugar en el que el arroyo precedía a la frontera del Clan de la Sombra. Pudo oír su tenue gorgoteo, y captó rastros de las marcas olorosas del Clan de la Sombra.

El gato del color de las llamas se permitió un suave ronroneo de satisfacción. Había sido líder del Clan del Trueno por tres estaciones, y sentía que conocía cada árbol, cada zarzal y cada diminuto camino de ratones y campañoles en todo su territorio. Desde la aterradora batalla en que los Clanes se habían unido para expulsar al Clan de la Sangre y su asesino líder, Azote, había habido paz, y los largos días de la estación de la hoja nueva y los de la estación de la hoja verde habían traído cantidades de presas.

Pero Estrella de Fuego sabía que en la tranquila noche, lo acechaba un atacante. Se obligó a concentrarse, con todos los sentidos alerta. Captó un olor a ratón y a conejo, el verde aroma a pasto y hojas, y el muy tenue hedor del lejano Sendero Atronador. Pero había algo más. Algo que no pudo identificar. Levantó la cabeza, permitiendo que la brisa pasara sobre sus glándulas olfativas. En el mismo instante, un montón de helechos se movió salvajemente, y una forma oscura irrumpió desde el medio de las frondas temblorosas. Impactado, Estrella de Fuego se giró para enfrentarla, pero antes de que pudiera levantar las patas para defenderse, la forma le aterrizó pesadamente en los hombros, tirándolo al suelo.

Reuniendo toda su fuerza, Estrella de Fuego rodó sobre su espalda y levantó las patas traseras para empujar a su atacante. Encima suyo, pudo distinguir unos anchos y musculosos hombros, una enorme cabeza con oscuras marcas atigradas, y el brillo de unos ojos ámbar… Estrella de Fuego apretó los dientes y golpeó aun más fuerte con las patas traseras. Una pata delantera se lanzó hacia él y apartó la cabeza hacia atrás, esperando el golpe.

De repente el peso que lo tenía inmovilizado desapareció cuando el gato atigrado se apartó de un salto con un aullido de triunfo.

—No sabías que estaba ahí, ¿verdad? —maulló—. Vamos, Estrella de Fuego, admítelo. No tenías ni idea.

Estrella de Fuego se puso torpemente de pie, sacudiéndose matas de pasto y pedazos de musgo del manto.

—¡Zarzo, enorme bola de pelos! Me aplastaste como una hoja.

—Lo sé. —Los ojos de Zarzo brillaban—. Si realmente hubieras sido un invasor del Clan de la Sombra, ahora mismo serías carroña.

—Sí que lo sería. —Estrella de Fuego le tocó el hombro a su aprendiz con la punta de la cola—. Lo hiciste muy bien, en especial al disfrazar así tu olor.

—Me revolqué en un montón de frondas húmedas ni bien salí del campamento —Zarzo explicó. De repente parecía ansioso—. ¿Mi evaluación estuvo bien, Estrella de Fuego?

Estrella de Fuego dudó, con dificultad para apartar el recuerdo del sanguinario padre de Zarzo, Estrella de Tigre. Cuando miraba al joven aprendiz, era muy fácil recordar los mismos hombros anchos, el pelaje marrón oscuro atigrado y los ojos ámbar que pertenecieron al gato que había estado listo para asesinar y traicionar a sus propios compañeros de Clan con tal de hacerse líder.

—¿Estrella de Fuego? —Zarzo presionó.

Estrella de Fuego se sacudió las telarañas del pasado.

—Sí, Zarzo, por supuesto. Nadie podría haberlo hecho mejor.

—¡Gracias, Estrella de Fuego! —Los ojos ámbar de Zarzo brillaron y su cola se elevó de repente en el aire. Cuando se volvieron hacia el campamento del Clan del Trueno, miró hacia atrás, hacia la frontera del Clan de la Sombra—. ¿Crees que Zarpa Trigueña también esté al final de su entrenamiento?

La hermana de Zarzo, Zarpa Trigueña, había nacido en el Clan del Trueno, pero nunca se había sentido en casa allí. Era demasiado sensible ante la desconfianza de los gatos que no podían olvidar que era hija de

Estrella de Tigre. Cuando su padre se había convertido en líder del Clan de la Sombra, ella había abandonado el Clan del Trueno para estar con él. Estrella de Fuego siempre sentía que le había fallado, y sabía lo mucho que Zarzo la extrañaba.

—No sé como hacen estas cosas en el Clan de la Sombra —maulló con cuidado—, pero Zarpa Trigueña comenzó su entrenamiento al mismo tiempo que tú, así que ya debería de estar lista para su ceremonia de guerrera.

—Eso espero —Zarzo maulló—. Sé que será una gran guerrera.

—Los dos lo serán —le dijo Estrella de Fuego.

En su camino de regreso al campamento, Estrella de Fuego sentía que cada sombrío hueco, cada montón de frondas o zarzas, podría estar ocultando el brillo de unos ojos ámbar. Sin importar los crímenes de Estrella de Tigre, había estado orgulloso de sus hijos, y su muerte había sido particularmente espantosa, las filosas garras de Azote le habían arrancado las nueve vidas al mismo tiempo. ¿El enorme atigrado lo estaba observando ahora? No desde el Clan Estelar, ya que Estrella de Fuego nunca lo había visto en sus sueños; la curandera del Clan del Trueno, Carbonilla, tampoco había informado nunca que se lo había encontrado cuando compartía lenguas con el Clan Estelar. ¿Podría haber otro lugar para los gatos de corazón frío que habían estado listos para usar el código guerrero para sus propias ambiciones oscuras? Si existía tal sombrío camino, Estrella de Fuego esperaba que ni él ni su animado aprendiz tuvieran que recorrerlo jamás. Zarzo brincaba por el pasto tras él, tan emocionado como un cachorro; seguramente se había quitado de encima el legado de su padre, ¿o no?

Cuando se deslizaron por el barranco hacia el campamento, Zarzo se detuvo, con la mirada seria.

—¿Es *en serio* que mi evaluación estuvo bien? ¿Soy lo suficientemente bueno…?

—¿Para ser un guerrero? —adivinó Estrella de Fuego—. Sí, lo eres. Celebraremos tu ceremonia mañana.

Zarzo inclinó la cabeza respetuosamente.

—Gracias, Estrella de Fuego —maulló—. No te defraudaré.

Sus ojos ardieron; brincó repentinamente al aire y bajó corriendo por el resto del barranco para esperar en la entrada al túnel de aulagas. Estrella de Fuego lo observó, divertido. Aún podía recordar cuando él mismo había sentido que tenía demasiada energía para contener en sus cuatro patas, cuando sentía que podía correr por el bosque para siempre.

—Será mejor que duermas un poco —le advirtió a su aprendiz cuando lo alcanzó—. Mañana por la noche tendrás que sentarte a velar.

—Si estás seguro, Estrella de Fuego… —Zarzo dudó, clavando las garras en el suelo arenoso—. Podría ir a buscarte algo de carne fresca primero.

—No, ve a dormir —le dijo el líder—. Ahora mismo estás tan emocionado que no te darías cuenta si un zorro te comiera.

Zarzo le hizo un gesto con la cola y se metió por el túnel de aulagas al campamento.

Estrella de Fuego se quedó afuera del campamento un rato, instalándose en una roca con la cola enroscada alrededor de las patas. No podía oír nada más que el leve crujido de las hojas en la brisa, y el diminuto roce de las presas en la maleza.

La batalla con el Clan de la Sangre había proyectado su sombra sobre todos los Clanes; por más de una estación posterior a la batalla, todos los gatos del bosque saltaban ante el crujido de una ramita, y expulsaban extraños como si sus vidas dependieran de ello. Incluso tenían miedo de acercarse demasiado al Poblado de los Dos Patas, en caso de que algunos sobrevivientes del Clan de la Sangre siguieran allí, al acecho. Pero ahora, cinco lunas después, el Clan del Trueno prosperaba. Mañana habría un nuevo guerrero, y a los aprendices Zarpa Orvallo, Zarpa Hollín y Zarpa Acedera les iba bien después de tres lunas de entrenamiento. En un tiempo serían buenos guerreros también, y estaban destinados a serlo, considerando quién era su padre. Todos los días, los tres aprendices le recordaban a su primer lugarteniente, Tormenta Blanca, que había muerto peleando contra el despiadado lugarteniente del Clan de la Sangre, Hueso. Aún lloraba la muerte del guerrero blanco.

Su mente se envolvió de recuerdos de su viejo amigo, y pasó un momento antes de que Estrella de Fuego se diera cuenta de que podía oír un tenue sonido: las pisadas de un gato que atravesaba ligeramente la maleza. Se paró de un salto, mirando a su alrededor, pero no vio nada.

Apenas tuvo tiempo de sentarse cuando oyó el sonido otra vez. Esta vez Estrella de Fuego giró la cabeza justo a tiempo para divisar la pálida forma de un gato de pie en el barranco, un poco más arriba. «*¿Estoy soñando? ¿Tormenta Blanca dejó el Clan Estelar para visitarme?*».

Pero este gato era más pequeño que Tormenta Blanca, y su pelaje era gris con manchas blancas. El gato lo miró fijamente, con los ojos oscuros y serios, como si estuviera intentando decirle algo. Estrella de Fuego nunca lo había visto antes. ¿Podría ser un proscrito? O peor: ¿el Clan de la

Sangre podría haberse recuperado de su derrota y venido a invadir el bosque?

Se paró de un salto y corrió barranco arriba hacia el extraño gato. Pero tan pronto como comenzó a moverse, el gato desapareció, y cuando Estrella de Fuego buscó entre las rocas no pudo encontrarlo. Ni siquiera habían huellas, pero cuando probó el aire percibió un leve rastro de un aroma desconocido, casi inundado por los olores del Clan del Trueno provenientes del campamento.

Lentamente, Estrella de Fuego retrocedió sobre sus pasos y se volvió a sentar en la roca. Ahora tenía todos los sentidos alerta mientras miraba hacia las sombras. Pero no vio nada más del extraño gato gris.

CAPÍTULO 2

Mientras aún esperaba a ver si el gato regresaba, unas cuantas nubes se amontonaron por encima de la cabeza de Estrella de Fuego, cubriendo las estrellas. Enormes gotas de lluvia golpearon las rocas del barranco, convirtiéndose rápidamente en un chaparrón constante. Estrella de Fuego se apretó por entre el túnel de aulagas hacia el campamento, y corrió a través del claro hasta llegar a su guarida al pie de la Peña Alta.

Detrás de la cortina de liquen, la guarida estaba seca. Un aprendiz había cambiado su lecho, formando un suave montón de musgo fresco y helechos. Estrella de Fuego se sacudió la lluvia del manto y se acurrucó, enroscando la cola por encima de su nariz. El golpeteo de la lluvia sobre la tierra afuera de su guarida pronto lo adormeció.

El ruido de la lluvia se desvaneció y Estrella de Fuego abrió los ojos, sintiéndose frío hasta los huesos. Su cómodo lecho había desaparecido, junto con los aromas familiares del Clan del Trueno. Estaba rodeado de una neblina densa y constante. La niebla se revolvía a su alrededor, rompiéndose de vez en cuando para mostrar extensiones de un páramo desolado. Podía sentir pasto duro y elástico bajo sus patas. Al inicio creyó que debía estar en territorio del Clan del Viento; entonces se dio cuenta de que nunca antes había visto este lugar.

—¿Jaspeada? —llamó en dirección a la neblina—. ¿Estás aquí? ¿Acaso el Clan Estelar tiene un mensaje para mí?

Pero no había señal de la hermosa gata carey que alguna vez había sido la curandera del Clan del Trueno. A menudo visitaba en sueños a

Estrella de Fuego, pero ahora no pudo percibir ni un leve rastro de su dulce aroma.

En su lugar, oyó un sonido muy tenue, tan lejano que no pudo distinguirlo. Se esforzó por escuchar, y un gélido escalofrío lo congeló desde las orejas hasta la punta de la cola cuando oyó un salvaje llanto, el espantoso ruido de muchos gatos aterrorizados. Se quedó rígido, listo para huir con ellos, pero aunque los chillidos se volvieron más fuertes, todo lo que podía ver eran formas borrosas. Parecían avanzar en su dirección a través de la neblina, solo para desvanecerse antes de que pudiera verlos con claridad. El olor de gatos desconocidos flotaba en el aire.

—¿Quiénes son? —los llamó—. ¿Qué quieren?

Pero no hubo respuesta, y pronto los estridentes lamentos se desvanecieron hasta que se hizo el silencio.

Estrella de Fuego saltó cuando algo le pinchó el costado. Abriendo los ojos, vio la cálida luz amarilla del sol entrando por la entrada de su guarida, brillando sobre el pelaje melado claro de su pareja, Tormenta de Arena.

—¿Estás bien? —le preguntó ella—. Te retorcías mientras dormías.

Estrella de Fuego dejó escapar un quejido cuando se sentó. Sentía los músculos tan rígidos como si realmente hubiera estado atravesando el árido páramo.

—Solo fue un sueño —murmuró—. Estaré bien.

—Mira, te traje un poco de carne fresca. —Le empujó el flácido cuerpo de un campañol—. Acabo de volver de una patrulla de caza.

—Gracias.

El campañol debía de haber sido atrapado recientemente; su cálido aroma le hizo agua la boca, y sintió el estómago vacío de hambre. Bajando la cabeza, devoró la presa en unos pocos mordiscos veloces.

—¿Te sientes mejor? —Tormenta de Arena le preguntó con un brillo de travesura en sus ojos verdes—. Eso te enseñará a no dejar que los gatos jóvenes te salten encima.

Estrella de Fuego le tocó la oreja con la punta de la cola; obviamente ya se había corrido la voz por el campamento respecto a la exitosa evaluación de Zarzo.

—Hey, aún no soy un veterano. —Las húmedas sombras de su sueño ya se estaban desvaneciendo con la brillante luz del sol. Salió de su lecho y se lavó rápidamente—. ¿Sabes si ya volvieron todas las patrullas?

—Las últimas acaban de volver. —Una sombra se atravesó en la entrada de la guarida, y Estrella de Fuego levantó la mirada para ver a su

lugarteniente, Látigo Gris, de pie afuera—. Las patrullas de caza atraparon muchísimas presas. Espinardo se llevó a los aprendices para recogerlas. ¿Por qué, quieres hablar con ellas?

—No hay prisa, pero necesito saber sus informes —contestó Estrella de Fuego. Con un gesto de la cola le indicó al guerrero gris que entrara. Recordando al gato extraño que había visto en el barranco la noche anterior, preguntó cautelosamente—: ¿Alguna de las patrullas vio alguna señal de proscritos en nuestro territorio?

Látigo Gris negó con la cabeza.

—Ni un rastro. Todo está en paz ahí afuera. —Sus ojos amarillos se entrecerraron de preocupación—. ¿Hay algo que te esté molestando, Estrella de Fuego?

Estrella de Fuego dudó. Su viejo amigo lo conocía muy bien como para saber cuando estaba pensando en algo. Pero no creía que este fuera el momento adecuado para compartir su sueño o la visión del gato en el barranco. Tenía muy poco en lo que basarse; sus pensamientos solitarios sobre Estrella de Tigre y Tormenta Blanca podrían haberle hecho ver cosas en las sombras.

—No, estoy bien —respondió, empujando al extraño gato gris al fondo de su mente—. A Zarzo le fue increíble en su evaluación anoche. Me saltó encima en la frontera del Clan de la Sombra. Vamos —le maulló a Látigo Gris y Tormenta de Arena—. Quiero celebrar su ceremonia de guerrero tan pronto como regresen los aprendices.

Lideró el camino fuera de su guarida y saltó a la Peña Alta. La lluvia se había detenido; por encima de los árboles el cielo estaba azul, con dispersas nubes blancas. La luz del sol se reflejaba en los charcos, deslumbrándolo, y la barrera espinosa alrededor del campamento brillaba con gotas de lluvia. Espinardo estaba apareciendo por el túnel de aulagas con Zarpa Hollín detrás de él, ambos iban cargados de presas. Momentos después apareció Nimbo Blanco con Zarpa Orvallo y Zarpa Acedera.

Estrella de Fuego aulló:

—Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí bajo la Peña Alta para una reunión del Clan.

Sintió un orgullo en su interior mientras observaba a su Clan reunirse debajo de la roca. Los tres aprendices más jóvenes se acercaron a toda prisa desde el montón de carne fresca, para sentarse cerca del pie de la Peña Alta. Conversaban emocionados, tal vez imaginándose cómo sería cuando ellos también se convirtieran en guerreros. Cola Pintada lideró a los otros veteranos fuera de su guarida junto a la corteza quemada del

árbol caído. Carbonilla la curandera apareció desde el túnel de helechos que conducía hacia su guarida y cojeó hasta sentarse junto a Fronde Dorado, Sauce y Musaraña.

Estrella de Fuego avistó a Centella, que iba saliendo de la maternidad. Cuando era una aprendiza, había sido herida por una manada de perros, que le habían dejado un lado de la cara desgarrado. Ahora, con el vientre lleno de crías a las que pronto daría a luz, Estrella de Fuego creyó que nunca se había visto tan contenta. Avanzó lentamente por el claro para unirse a su pareja, Nimbo Blanco, cerca del montón de carne fresca; el guerrero blanco la tocó cariñosamente con la nariz.

Detrás de ella venía Fronda con sus dos cachorros, que lanzando chillidos emocionados, corrieron hacia el charco más cercano.

—¡Pequeño Topillo! ¡Pequeño Zancón! Vuelvan aquí —los regañó Fronda.

Los dos cachorros se sentaron al borde del agua, pero no paraban de lanzar miradas a su madre y rozar la superficie con una pata estirada. Estrella de Fuego observó divertido como el padre de los cachorros, Manto Polvoroso, caminó hacia ellos, les dijo algo con severidad, y luego fue a sentarse con Fronda. Apenas había pasado un latido cuando una patita volvió a asomarse.

—¡Pequeño Zancón! —exclamó Manto Polvoroso, lo bastante fuerte como para que Estrella de Fuego oyera—. ¿*Qué* les acabo de decir?

Ambos cachorros miraron a su padre y salieron corriendo, con sus diminutas colas bien alzadas en el aire. Pronto Pequeño Topillo encontró una bola de musgo empapado en el suelo. La enganchó con una garra y se la lanzó a su hermano; Pequeño Zancón se agachó, el musgo voló por encima de su cabeza y golpeó a Cola Pintada justo en el pecho. La veterana atigrada se paró de un salto, se pasó una pata por el pelo húmedo de su pecho y soltó un siseo furioso. Aunque Cola Pintada podía ser gruñona, Estrella de Fuego sabía que jamás lastimaría a un cachorro, aunque Pequeño Zancón y Pequeño Topillo no estaban seguros de ellos. Se apretaron contra el suelo y se arrastraron de regreso hacia sus padres, hasta sentarse con ellos.

Estrella de Fuego se había perdido el momento en que Zarzo había emergido de la guarida de los aprendices. Ahora se acercaba a la base de la roca; ya que Estrella de Fuego era su mentor, en su lugar el aprendiz fue escoltado hacia su ceremonia de guerrero por Látigo Gris, el lugarteniente del Clan. Zarzo se había lavado su manto marrón atigrado de modo que

ahora deslumbraba elegancia, y sus ojos ámbar miraban solemnes a su líder.

Estrella de Fuego bajó de la Peña Alta de un salto para encontrarse con él. Teniéndolo cerca, pudo ver que la expresión seria de Zarzo ocultaba una emoción casi insoportable. Se dio cuenta de lo mucho que esta ceremonia significaba para su aprendiz; ¿alguna vez Zarzo había dudado de que sería aceptado en el Clan del Trueno como un guerrero de pleno derecho?

Estrella de Fuego invocó las palabras que habían sido dirigidas a todos los aprendices del bosque temporada tras temporada.

—Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a este aprendiz. Ha entrenado duro para entender el sistema de su noble código, y se los encomiendo a la vez como guerrero. —Encontrándose con la mirada de Zarzo, continuó—. Zarzo, ¿prometes respetar el código guerrero, y proteger y defender a tu Clan, incluso a costa de tu vida?

—Lo prometo. —Nadie podía dudar de que Zarzo lo dijo muy en serio.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar —prosiguió Estrella de Fuego—, te doy tu nombre de guerrero: Zarzo, a partir de este momento serás conocido como Zarzoso. El Clan Estelar te honra por tu valentía y tu lealtad, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan del Trueno.

Los ojos de Zarzoso se agrandaron cuando Estrella de Fuego habló de su lealtad, y el líder sintió que se le erizaba el manto con el peso del significado detrás de esa palabra. Él nunca había dudado del compromiso de Zarzoso con el código guerrero, pero a menudo le había costado confiar en el hijo de Estrella de Tigre. Pudo ver a algunos de los otros gatos murmurándose los unos a los otros, como si ellos también entendieran por qué había elegido mencionar la lealtad en la ceremonia de guerrero de Zarzoso.

Dando un paso adelante, Estrella de Fuego apoyó el hocico en la cima de la cabeza de Zarzoso. Podía sentir escalofríos que recorrían el cuerpo entero del nuevo guerrero. Zarzoso lamió el hombro de Estrella de Fuego en respuesta, para luego dar un paso atrás, con los ojos brillantes.

—¡Zarzoso! ¡Zarzoso!

Sus compañeros de Clan lo saludaron por su nuevo nombre. A pesar de ser hijo de Estrella de Tigre, era popular en el Clan, y la mayoría de los gatos estaban felices de que se hubiera convertido en guerrero por fin.

Estrella de Fuego retrocedió un par de pasos, y su mirada se desvió hacia el charco a un par de colas de distancia, en el que Pequeño Topillo y Pequeño Zancón habían estado jugando. La superficie se había estabilizado desde que la habían rozado, y ahora era un reluciente disco plateado en el suelo. Reflejaba una nube con una forma extraña…

Estrella de Fuego parpadeó. Eso *no era* una nube. Era la cara de un gato: un gato gris claro, con manchas blancas en el pelaje y enormes ojos del color del agua, mirándolo fijamente. Una pizca del mismo olor desconocido que había detectado en el barranco flotaba a su alrededor.

—¿Quién eres? —susurró Estrella de Fuego—. ¿Qué es lo que quieres?

Se oyó un agudo chillido de emoción cuando Pequeño Topillo se lanzó al aire y aterrizó en medio del charco, salpicando a todos los gatos que estaban cerca y rompiendo el reflejo en diminutos fragmentos.

Estrella de Fuego levantó la mirada: el cielo encima del barranco estaba azul y despejado. Miró a su alrededor, medio avergonzado, esperando que ninguno de sus compañeros de Clan lo hubiera visto hablándole a un charco. Pero mientras observaba a los gatos que aún estaban amontonados alrededor de Zarzoso, no se pudo sacar la cara del gato gris de la cabeza.

Estrella de Fuego lideró a la patrulla del anochecer hasta los extremos del Pinar y el Poblado de los Dos Patas, aún atento a posibles problemas con el Clan de la Sangre en ese lado del territorio. Para cuando él y sus compañeros de Clan regresaron, había caído la noche. Cuando salió del túnel de aulagas al campamento, encontró a Zarzoso sentado en medio del claro, solo.

—Debe de estar exhausto —murmuró Tormenta de Arena con simpatía—. Anoche estuvo afuera contigo hasta muy tarde, realizando su evaluación, y hoy cazó toda la tarde con Cenizo y Látigo Gris.

—Estará bien —Estrella de Fuego respondió—. Todos los guerreros recién nombrados se sientan a velar la primera noche.

—Para que el resto de nosotros pueda dormir bien —Nimbo Blanco, el otro miembro de la patrulla, se estiró y bostezó.

Dejando a su pareja y a su sobrino para dirigirse al montón de carne fresca, Estrella de Fuego atravesó el claro hasta llegar a Zarzoso.

—¿Todo en orden? —preguntó.

Zarzoso asintió; de acuerdo con la tradición, un guerrero recién nombrado debía de velar en silencio. Obviamente estaba por reventar de orgullo, y se tomaba sus nuevas responsabilidades muy en serio.

—Bien —maulló Estrella de Fuego—. No dudes en llamarme si hay problemas.

Zarzoso volvió a asentir, y fijó su mirada en la entrada al túnel de aulagas. Estrella de Fuego lo dejó allí y regresó a su guarida. Se enroscó en su lecho, pero en el momento en que cerró los ojos, se encontró una vez más en el páramo neblinoso, con los lloriqueos de los gatos retumbándole en las orejas. «*¡No!*». No podía pasar otra noche escuchando su terror, incapaz de hacer nada.

Despertándose con dificultad, Estrella de Fuego volvió a salir al claro a trompicones. Zarzoso aún estaba sentado en su vigilia solitaria, mientras que Tormenta de Arena se dirigía hacia la guarida de los guerreros. Tan pronto como vio a Estrella de Fuego, giró para unírsele.

—¿Pasa algo? —preguntó—. ¿No puedes dormir?

—Me sentía inquieto, eso es todo —contestó él, negándose a contarle sobre el sueño incluso a Tormenta de Arena—. Voy a salir a caminar un rato. —Añorando de repente la calidez de su compañía, añadió—: ¿Quieres venir conmigo?

Estaba seguro de que su desesperación debió de haberse visto en sus ojos, pero Tormenta de Arena solo asintió. Cruzó el campamento a su lado y lo siguió a través del túnel de aulagas. Sin decidirlo conscientemente, Estrella de Fuego giró sus patas hacia las Rocas Soleadas, el montón de rocas grises y lisas que se encontraban junto al río que separaba el territorio del Clan del Trueno del territorio del Clan del Río.

Treparon una de las rocas y se sentaron lado a lado, observando el agua que pasaba susurrando, moteada por la luz de las estrellas.

Luego de un momento, Tormenta de Arena rompió el silencio.

—¿Te preocupa Zarzoso? ¿Te preocupa el si estuviste bien en hacerlo un guerrero?

Su pregunta sorprendió a Estrella de Fuego. ¿Sus compañeros de Clan aún creían que desconfiaba de Zarzoso por quién era su padre? La sorpresa fue seguida por un sentimiento de culpa de que estuvieran cerca de tener razón.

—No —respondió, intentando sonar firme—. Zarzoso *no es* el mismo gato que su padre.

Para su alivio, Tormenta de Arena no lo presionó para que le dijera lo que realmente tenía en mente. Ella se limitó a apoyarle la cabeza en el

hombro; su aroma lo envolvió mientras miraban juntos el río de estrellas reflejadas.

Estrella de Fuego sabía que su tacto debería de haberlo tranquilizado, pero no se podía quitar el llanto de gatos aterrorizados de la cabeza, u olvidar el reflejo que había visto en el charco. Miró el río debajo, el agua agitada que se derramaba alrededor de rocas medio hundidas… no, se dio cuenta de que no eran rocas, y su manto se erizó de miedo. Eran *gatos*, gatos que nadaban desesperadamente, golpeando el agua con las zarpas, mientras sus cuerpos empapados eran arrastrados por la corriente que se arremolinaba.

Parpadeó, y la visión desapareció. Todo lo que podía ver era el río deslizándose en su interminable viaje, atrapando la reluciente luz de las estrellas en sus profundidades.

«*¡Gran Clan Estelar!* —pensó—. *¿Qué me está pasando?*».

CAPÍTULO 3

Aunque Estrella de Fuego no volvió a soñar esa noche, durmió mal, y aún se sentía cansado cuando salió de su guarida la mañana siguiente. Parpadeó en la fuerte luz del sol para ver a Cenizo atravesando el claro hasta llegar a Zarzoso.

—Terminó tu vigilia —lo oyó maullar Estrella de Fuego—. Ven, te encontraré algún lugar para que duermas.

Desaparecieron en el interior de la guarida de los guerreros mientras Estrella de Fuego cruzaba el claro y se deslizó por el túnel de helechos que conducían a la guarida de Carbonilla.

La curandera de pelo gris estaba sentada afuera de la hendidura en la roca, volteando algunas hierbas con una pata. Centella estaba sentada a su lado e inclinó la cabeza para olfatear las hojas con interés.

—Esto es borraja —explicó Carbonilla—. Deberías empezar a comer un poco ahora, así tendrás mucha leche para cuando lleguen tus cachorros.

Centella lamió las hierbas, haciendo una mueca mientras las tragaba.

—Saben igual de amargas que la bilis de ratón. Pero no importa —ella añadió rápidamente—. Quiero dar mi mejor esfuerzo por mis cachorros.

—Estarás bien —Carbonilla le aseguró—. Vuelve cada mañana por más hierbas, y llámame de inmediato si crees que vienen los cachorros. No creo que falte mucho.

—Gracias, Carbonilla. —Centella inclinó la cabeza a la curandera y atravesó el claro, pasando junto a Estrella de Fuego al final del túnel.

—Asegúrate de descansar mucho —le maulló el líder a la gata mientras esta se abría paso hacia la zona principal del campamento.

Carbonilla se limpió unos pedazos de borraja de las patas y cojeó al claro para encontrarse con Estrella de Fuego. Una vez había sido su aprendiza, pero se había lastimado la pierna en un accidente junto al Sendero Atronador que le había imposibilitado convertirse en guerrera. Estrella de Fuego sabía lo difícil que le había sido renunciar al futuro que siempre había soñado; aún se culpaba a sí mismo por no cuidar mejor de ella.

—Carbonilla, tengo que hablar contigo —empezó.

Antes de que la curandera pudiera contestar, un lloriqueó sonó detrás de Estrella de Fuego.

—¡Carbonilla! ¡Mira mi pata!

—Gran Clan Estelar, ¿ahora qué? —murmuró la curandera.

Zarpa Acedera, la más pequeña de los aprendices, entró al claro tambaleándose sobre tres piernas, sosteniendo en el aire una pata delantera.

—¡Mira, Carbonilla!

La curandera bajó la cabeza para examinar la pata. Estrella de Fuego pudo ver que tenía una espina clavada profundamente en la almohadilla.

—En serio, Zarpa Acedera —maulló Carbonilla—, por el ruido que estabas haciendo creí que un zorro te había arrancado la pata. Es solo una espina.

—¡Pero duele! —protestó la aprendiza, con sus ojos ámbar bien abiertos.

Carbonilla chasqueó la lengua.

—Siéntate y mantén la pata en el aire.

Estrella de Fuego observó cómo la curandera agarraba expertamente el extremo de la espina con los dientes y la quitaba. Entonces le siguió un chorro de sangre.

—¡Está sangrando! —Zarpa Acedera exclamó.

—Así es —Carbonilla afirmó con calma—. Lámela bien.

—Todos se clavan alguna espina de vez en cuando —le dijo Estrella de Fuego a la aprendiza mientras se lamía afanosamente la almohadilla—. Probablemente te claves muchas más antes de que te vuelvas una veterana.

—Lo sé. —Zarpa Acedera se puso de pie de un salto—. Gracias, Carbonilla. Ya está mejor, así que volveré con los otros. Vamos a entrenar en la hondonada arenosa. —Sus ojos brillaron y flexionó las garras—. ¡Tormenta de Arena me va a enseñar como pelear contra *zorros*!

Sin esperar una respuesta, salió disparada por el túnel de helechos.

Los ojos azules de Carbonilla centellearon.

—Tormenta de Arena tiene las patas llenas con esa gata —comentó.

—Tú misma tienes las patas llenas —Estrella de Fuego maulló—. ¿Siempre tienes tantas visitas?

—Es bueno tener tantas visitas —contestó Carbonilla—. Siempre que no se derrame sangre. Es genial ser capaz de usar mis habilidades para cuidar de mi Clan.

Sus ojos brillaron con entusiasmo, y una vez más Estrella de Fuego recordó la aprendiza que había sido. ¡Qué gran guerrera habría sido! Pero el accidente había desviado toda su energía, como una corriente limpia y brillante, hacia el sendero del curanderismo.

—Muy bien, Estrella de Fuego —incitó—. Tú también tienes las patas llenas, así que no viniste solo a chismear. ¿Qué puedo hacer por ti?

Haciéndole un gesto con las orejas para que la siguiera, se abrió paso hacia la hendidura en la roca y empezó a apartar los tallos de borraja restantes. Estrella de Fuego se sentó junto a ella, de repente reacio a contarle a nadie sobre la extrañas visiones que había tenido.

—He estado teniendo estos sueños…

Carbonilla le lanzó una mirada veloz; usualmente solo los curanderos recibían sueños del Clan Estelar, pero ella se había enterado hace tiempo que sus ancestros guerreros también se comunicaban con Estrella de Fuego.

—No fue un sueño del Clan Estelar —Estrella de Fuego continuó—. O al menos no creo que lo fuera.

Describió el páramo cubierto de neblina donde lo habían rodeado desesperados llantos de gatos. No se atrevió a contarle a Carbonilla sobre el gato gris claro que había visto en el barranco cuando estaba despierto, o del reflejo en el charco y los gatos luchando en el río. Podrían explicarse con mucha facilidad: formaciones de nubes raras, trucos de la luz, o el patrón de la luz de las estrellas en el agua oscura.

Carbonilla terminó de acomodar las hierbas y fue a sentarse junto a él, con los ojos pensativos.

—¿Tuviste este sueño dos veces?

—Correcto.

—Entonces me parece que es algo más que un pedazo duro de carne fresca atorado en tu estómago. —Parpadeó varias veces y añadió—: Esa cantidad de gatos solo puede pertenecer a un Clan… ¿y estás seguro de que no era el Clan del Viento?

—Afirmativo. El páramo no era ningún lugar cercano al territorio del Clan del Viento, estoy seguro, y no reconocí ninguna de las voces. Además, no han habido informes de problemas en el Clan del Viento.

Carbonilla asintió.

—Y tampoco de problemas en ninguno de los otros Clanes. ¿Crees que estás recordando la batalla con el Clan de la Sangre?

—No, Carbonilla, lo que oí no eran aullidos de batalla. Eran gatos llorando como si algo anduviera terriblemente mal. —Estrella de Fuego se encogió de hombros—. Quería ayudarlos, pero no sabía qué hacer.

Carbonilla le rozó el hombro con la cola.

—Podría darte alguna semilla de adormidera —sugirió—. Al menos eso te ayudaría a dormir bien una noche.

—Gracias, pero no. Lo que quiero no es dormir. Lo que quiero es una explicación.

Carbonilla no pareció sorprenderse.

—Eso es algo que no puedo darte ahora mismo —maulló ella—. Pero te haré saber si el Clan Estelar me muestra algo. Y asegúrate de venir a decirme si tienes algún sueño más.

Estrella de Fuego no estaba seguro de si quería hacer eso. Carbonilla ya tenía suficiente de lo que encargarse sin tener que preocuparse por él.

—Probablemente estoy armando un alboroto por nada —le dijo—. Estoy seguro de que los sueños se irán si dejo de pensar en ellos.

No había logrado convencerse a sí mismo, y a medida que se alejaba por el túnel de helechos mientras la mirada azul claro de la curandera lo seguía, estaba seguro de que tampoco había convencido a Carbonilla.

En la segunda noche posterior a su charla con Carbonilla, Estrella de Fuego tuvo el sueño nuevamente. Estaba de pie en el páramo sin senderos, esforzándose por distinguir las formas borrosas que estaban a todo su alrededor, sin embargo, nunca lo bastante cerca como para que él pudiera verlas con claridad.

—¿Qué es lo que quieren? —exclamó—. ¿Qué puedo hacer para ayudarlos?

Pero no hubo respuesta. Estrella de Fuego comenzaba a sentirse como si estuviera condenado a tropezar por el páramo cubierto de neblina para siempre, llamando gatos que no podían o no querían escucharlo.

Cuando despertó a la mañana siguiente, el sol se había elevado bien alto por encima de los árboles. Un cálido viento le alborotó el pelo cuando salió al claro. Zarpa Hollín corría por el claro con una enorme bola de musgo fresco para los lechos de las veteranas. Fronda y Centella estaban tomando el sol juntas en la entrada de la maternidad, observando a Pequeño Topillo y Pequeño Zancón jugar a las peleas.

Estrella de Fuego se puso rígido ante unos aullidos agudos que provenían de fuera del campamento. En algún lugar cercano, había un gato sufriendo terriblemente. ¿Acaso su sueño lo había seguido al mundo real? ¿O es que aún seguía dormido, atrapado en el mismo sueño?

Obligó a sus piernas a llevarlo hasta el túnel de aulagas. Pero antes de que pudiera llegar a la entrada del campamento, aparecieron Nimbo Blanco y Fronde Dorado, apoyando a Rabo Largo, cuyas fauces estaban bien abiertas, dejando escapar fuertes lloriqueos angustiados. El aprendiz de Nimbo Blanco, Zarpa Orvallo, los siguió hacia el campamento, con el pelaje erizado por el impacto.

Rabo Largo tenía los ojos cerrados; le chorreaba sangre de debajo de los párpados hinchados y se derramaba encima de su pelaje atigrado claro.

—¡No puedo ver! ¡No puedo ver! —lloró.

—¡¿Qué pasó?! —exigió saber Estrella de Fuego.

—¡Estábamos cazando! —Fronde Dorado le explicó—. Rabo Largo atrapó un conejo, ¡pero se dio la vuelta y le arañó los ojos!

—Descuida —Nimbo Blanco tranquilizó a Rabo Largo—. Te llevaremos con Carbonilla. ¡Ella te sanará!

Estrella de Fuego los siguió mientras guiaban a Rabo Largo a través del claro y el túnel de helechos. Nimbo Blanco llamó a Carbonilla, que apareció de la grieta en la roca y cojeó rápidamente hasta Rabo Largo.

—¿Cómo pasó esto?

Fronde Dorado repitió lo que le había dicho a Estrella de Fuego, mientras Carbonilla apoyaba suavemente la cola en el hombro de Rabo Largo.

Los lloriqueos del guerrero atigrado habían disminuido hasta convertirse en respiraciones superficiales y chirriantes. Estaba temblando violentamente.

—No puedo ver —susurró—. Carbonilla, ¿me voy a quedar ciego?

—No puedo saberlo hasta que haya revisado tus ojos —Carbonilla le respondió. Estrella de Fuego sabía que no iba a intentar consolar a Rabo Largo con una mentora—. Ven aquí y siéntate en las frondas, donde puedo echarte un buen vistazo.

Lo condujo hacia un matorral de helechos justo afuera de la entrada a su guarida. Rabo Largo se desplomó sobre su costado, jadeando fuertemente.

—Zarpa Orvallo, tráeme algo de musgo empapado —Carbonilla le instruyó—, tan rápido como puedas.

El aprendiz miró a su mentor, y cuando Nimbo Blanco asintió salió disparado, dejando que las frondas del túnel se agitaran detrás de él.

—El resto de ustedes puede irse —la curandera agregó—, y dejar que Rabo Largo tenga algo de paz y tranquilidad.

Nimbo Blanco y Fronde Dorado se giraron para irse, pero Estrella de Fuego se acercó a Carbonilla, quien estaba calmando a Rabo Largo al pasarle una zarpa por todo el costado.

—¿Hay algo que pueda hacer? —le preguntó.

—Solo ve con los demás y déjame trabajar —Carbonilla replicó, su tono ácido le hizo acordar a Fauces Amarillas. Cuando Estrella de Fuego se dio la vuelta, añadió—: Oh, podrías preguntarle a Nimbo Blanco si me deja quedarme a Zarpa Orvallo el resto del día. Un aprendiz para que traiga y lleve cosas sería útil.

—Buena idea —contestó Estrella de Fuego—. Se lo diré.

Su corazón se partió de pena por Rabo Largo. El guerrero atigrado había desafiado a Estrella de Fuego cuando llegó por primera vez al bosque, y había sido demasiado cercano a Estrella de Tigre. Pero cuando los mortales planes del lugarteniente salieron a la luz, Rabo Largo se dio cuenta de donde yacía su verdadera lealtad, y desde entonces se había convertido en uno de los guerreros en los que Estrella de Fuego más confiaba.

Cuando Estrella de Fuego salió al claro vio a Nimbo Blanco y Fronde Dorado parados con Fronda y con Centella, que los estaba interrogando con ansiedad. Musaraña y Látigo Gris habían salido de la guarida de los guerreros para averiguar qué estaba pasando.

Estrella de Fuego se acercó a Nimbo Blanco y le comunicó el pedido de Carbonilla respecto a Zarpa Orvallo.

—Oh, bueno, claro —maulló el guerrero blanco—. Será un buen entrenamiento para él.

—¿Qué le va a pasar a Rabo Largo? —Fronda expresó—. ¿En serio se va a quedar ciego?

—Carbonilla aún no lo sabe —contestó Estrella de Fuego—. Esperemos que el daño no sea tan malo como parece.

—Supongo que tuve suerte —murmuró Centella, medio que para sí misma—. Por lo menos aún tengo un ojo.

Mirando las caras preocupadas a su alrededor, Estrella de Fuego intentó darles algo más en lo que pensar.

—¿Qué hay de la patrulla de caza? —le preguntó a Nimbo Blanco y Fronde Dorado—. Será mejor que la terminen… Yo iré con ustedes. Pase lo que pase, el Clan tiene que comer.

—Yo lideraré otra —se ofreció Látigo Gris—. Musaraña, ¿vienes conmigo?

La enjuta guerrera marrón asintió, moviendo la cola.

—Traeré a Manto Polvoroso —maulló.

Mientras Musaraña se alejaba hacia la guarida de los guerreros, Estrella de Fuego lanzó una última mirada al túnel de helechos. Ahora todo estaba en silencio en el claro de Carbonilla.

—Oh, Clan Estelar —susurró—, no dejen que Rabo Largo pierda la visión.

Esa noche Estrella de Fuego estaba demasiado inquieto como para acomodarse en su guarida. Tenía miedo de que el sueño regresara. Había llegado al punto en que le aterraba el páramo desconocido y los llantos angustiados de gatos que era incapaz de ayudar.

Mientras se paseaba por el claro, oyó murmullos provenientes de la guarida de Carbonilla, y se abrió paso por el túnel de helechos para averiguar qué eran. Rabo Largo yacía en las frondas afuera de la roca partida. Tenía los ojos cerrados, pero parecía muy tenso como para estar dormido. Lágrimas pegajosas brotaban de debajo de sus párpados.

Carbonilla estaba sentada a su lado, acariciándole ligeramente la cabeza con la punta de la cola, murmurándole palabras de consuelo que una madre podría utilizar para calmar a una cría herida. Levantó la mirada cuando Estrella de Fuego apareció.

—¿No deberías estar descansando? —preguntó él.

Los ojos azules de la curandera resplandecieron a la luz de la luna.

—Yo te podría preguntar lo mismo.

Estrella de Fuego se encogió de hombros y fue a sentarse junto a ella.

—No podía dormir. ¿Cómo está Rabo Largo?

—No estoy segura. —Carbonilla tomó un montón de hierbas masticadas de una hoja que tenía a su lado y las aplicó suavemente en los

ojos de Rabo Largo—. El sangrado paró, gracias al Clan Estelar —ella continuó—, pero todavía tiene los ojos muy hinchados.

—Estrella de Fuego. —Rabo Largo levantó la cabeza, aunque mantuvo los ojos fuertemente cerrados—. ¿Qué me va a pasar si me quedo ciego? ¿Si ya no puedo seguir siendo un guerrero?

—No te preocupes por eso —Estrella de Fuego maulló firmemente—. Pase lo que pase, siempre habrá un lugar para ti en el Clan del Trueno.

Rabo Largo dejó escapar un largo suspiro y volvió a bajar la cabeza. Estrella de Fuego creyó que se había relajado un poco, y esperó que pudiera dormir.

—Escucha, Estrella de Fuego. —Carbonilla aplicó otro poco de la cataplasma de caléndula en los ojos de Rabo Largo mientras hablaba—. Como tu curandera, te estoy diciendo que descanses. —En voz más baja, añadió—: Tu sueño no se va a ir; lo sabes tan bien como yo. Tienes que averiguar qué significa, y la única manera de hacerlo es seguir soñando hasta que lo averigües.

Estrella de Fuego dudó; no estaba seguro de si estaba de acuerdo. Hasta ahora, soñar no le había dicho mucho.

—Está bien —maulló a regañadientes—. Pero si el Clan Estelar está intentando decirme algo, desearía que fueran más claros.

Obedeciendo a Carbonilla, volvió a su guarida. Pero esta vez durmió sin soñar nada en absoluto.

Temprano a la mañana siguiente, regresó a la guarida de la curandera, llevándole una ardilla del montón de carne fresca. Encontró a Carbonilla aún sentada junto a Rabo Largo, que estaba enroscado y durmiendo.

—¿Estuviste ahí toda la noche? —Estrella de Fuego preguntó, dejando caer la ardilla al lado de Carbonilla.

—¿En dónde más estaría? Rabo Largo me necesita. No te preocupes; no estoy cansada. —Se contradijo a sí misma al estirar las fauces en un enorme bostezo.

—Anoche me dijiste que descansara —Estrella de Fuego señaló—. Ahora, como tu líder de Clan, yo te lo digo a *ti*. A Rabo Largo no le hará bien que nuestra curandera se enferme.

—Pero estoy preocupada por él. —Carbonilla bajó la voz, aunque Rabo Largo estaba dormido—. Creo que sus ojos están infectados. Las garras del conejo debían de estar sucias.

Estrella de Fuego miró los ojos cerrados de Rabo Largo. No podía ver mucha diferencia respecto a la noche anterior: seguían hinchados y rojos, con un fluido pegajoso y ungüento de caléndula seco a su alrededor.

—Esa es una mala noticia —maulló—. Aun así, creo que deberías comer esa carne fresca y luego ir a descansar. Te enviaré a Zarpa Orvallo otra vez —agregó de manera persuasiva—. Él puede mantener un ojo y llamarte si Rabo Largo se despierta.

Carbonilla se puso de pie y arqueó el lomo en un largo estirón.

—Bueno —accedió—. Pero ¿podrías decirle a Zarpa Orvallo que primero recolecte algo de caléndula? Hay mucha cerca de la cima del barranco.

—Solo si te veo comer esa ardilla.

Carbonilla se agachó junto a la ardilla, solo para levantar la mirada hacia Estrella de Fuego otra vez antes de empezar a comer.

—Tengo miedo de que no sea capaz de salvar la visión de Rabo Largo —confesó.

Estrella de Fuego le tocó suavemente la oreja con la nariz.

—Todos los gatos del Clan saben que estás dando tu mejor esfuerzo. Rabo Largo lo sabe más que cualquiera.

—¿Y si mi mejor esfuerzo no es suficiente?

—Lo será. El Clan del Trueno no podría tener una curandera mejor.

Carbonilla suspiró y negó con la cabeza antes de comenzar a engullir la ardilla. Estrella de Fuego sabía que estaba desperdiciando su aliento al intentar consolarla. Si Rabo Largo se quedaba ciego, Carbonilla se culparía a sí misma, justo lo que había hecho cuando la pareja de Látigo Gris, Corriente Plateada, murió teniendo a sus cachorros.

Apoyó la cola brevemente en el hombro de la curandera, y luego fue a buscar a Zarpa Orvallo.

Estrella de Fuego lideró el camino pendiente arriba hacia los Cuatro Árboles. Más temprano ese día había llovido, y se le aferraban gotas al manto mientras se abría paso por entre el pasto largo. Pero ahora las nubes habían desaparecido y la luna llena flotaba en el cielo despejado, rodeada por el centelleo del Manto Plateado.

Los guerreros que Estrella de Fuego había elegido para asistir a la Asamblea le pisaban fuertemente los talones. Zarzoso brincaba a su

hombro, con los ojos relucientes como si apenas pudiera evitar tomar la delantera y subir corriendo la pendiente.

—Cálmate —le maulló Látigo Gris—. Ni que fuera tu primera Asamblea.

—No, pero antes era un aprendiz —Zarzoso señaló—. Látigo Gris, ¿crees que Estrella de Fuego le dirá a todos los Clanes que me convertí en guerrero?

Estrella de Fuego miró por encima de su hombro.

—Sí, claro que les diré.

—Pero podrían no creerlo a menos que dejes de comportarte como un aprendiz —advirtió Látigo Gris, y le tocó una oreja con la cola.

Estrella de Fuego ya podía oír el ruido de muchos gatos más adelante, y pudo distinguir los aromas del Clan del Viento, del Clan del Río y del Clan de la Sombra en la cálida brisa. Aceleró el paso. Sus sueños aún eran atormentados por las voces desconocidas que se alzaban en miseria, y sería bueno pasar un rato entre gatos que conocía bien. Quería lidiar con problemas que ya había enfrentado antes, en lugar de esforzarse por averiguar lo que los gatos extraños querían de él.

Pero mientras trepaba la última ladera hacia el borde de la hondonada, se detuvo abruptamente. Por un par de latidos estuvo convencido de que había gatos corriendo hacia él, muchos gatos, como un Clan entero. Parpadeó, y no vio más que sombras. Pero el olor que había sentido en sus sueños fluía a su alrededor, ahora con más intensidad. Detrás de sus ojos tuvo la impresión de orejas chatas y pelo alborotado, como si los gatos estuvieran huyendo de una Asamblea que se había disuelto en desorden.

Un momento después la sensación desapareció, y Estrella de Fuego fue consciente de que Musaraña se chocó contra él por detrás.

—Gran Clan Estelar —gruñó la guerrera marrón—, ¿qué necesidad tienes de detenerte así de repente? Cualquiera creería que olvidaste el camino.

—Perdón —Estrella de Fuego maulló.

Mientras las patas aún le hormigueaban, dio los últimos pasos que lo llevaron a la cima de la hondonada. En frente de él las ramas de los cuatro grandes robles crujían, derramando patrones cambiantes de luz y sombra sobre los gatos en el claro. Se detuvo unos pocos latidos más de lo usual, buscando cualquier otra señal de los gatos extraños. Pero no había nada que le dijera quién eran, y ni rastro del guerrero gris claro cuyo reflejo había visto en el charco. Obligándose a concentrarse en la Asamblea,

levantó la cola para hacerle una ceña a su Clan y se sumergió en los arbustos.

Cuando Estrella de Fuego llegó al claro, Zarzoso pasó corriendo a su lado y se detuvo en frente de una gata carey que estaba sentada a unas cuantas colas de distancia.

—¡Zarpa Trigueña! —jadeó—. Adivina qué.

Su hermana le devolvió la mirada.

—¿Zarpa Trigueña? ¿Y esa quién es? Ahora soy *Trigueña*, si no te importa.

La cola de Zarzoso se enroscó de felicidad.

—¿Ah, sí? ¡Eso es genial! Yo también lo soy… digo, yo también soy un guerrero. Mi nombre es Zarzoso.

Trigueña ronroneó y entrelazó la cola con la de su hermano.

—¡Felicidades!

Justo más allá de ellos, Látigo Gris estaba saludando a sus hijos, Borrascoso y Plumosa, cuyos nombres guerreros habían sido anunciados por Estrella Leopardina, la líder del Clan del Río, la Asamblea anterior. Borrascoso era un musculoso gato gris, muy parecido a su padre, mientras que Plumosa tenía el hermoso manto plateado de su madre, Corriente Plateada.

Tormenta de Arena se dirigió directo a Vaharina, la lugarteniente del Clan del Río, que estaba sentada cerca de la Gran Roca. Las dos gatas se habían vuelto amigas cuando Vaharina había sido expulsada de su propio Clan por Estrella de Tigre, y había pasado un tiempo en el Clan del Trueno.

Viendo que varios de sus guerreros también estaban saludando amigos de otros Clanes, Estrella de Fuego se dirigió hacia la Gran Roca, donde Estrella Leopardina, Estrella Negra y Estrella Alta aguardaban.

Estrella Alta dio un paso adelante cuando Estrella de Fuego saltó para unírseles.

—Saludos, Estrella de Fuego. Ahora que estamos todos aquí, la Asamblea puede comenzar.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza a los otros tres líderes mientras Estrella Negra lanzaba un aullido indicándole a los gatos en el claro de debajo que hicieran silencio.

—Yo empezaré hablando por el Clan de la Sombra —anunció, entrecerrando los ojos ante los otros líderes como si fueran a desafiar su derecho a hacer su informe primero.

Ninguno de los otros líderes intentó discutir con él, aunque Estrella Alta le lanzó una mirada a Estrella de Fuego, y Estrella Leopardina crispó irritada la punta de su cola.

—Las presas corren bien en el Clan de la Sombra —comenzó Estrella Negra—. Y hemos hecho una nueva guerrera, Trigueña.

Un coro de aullidos estalló cuando los gatos de los cuatro Clanes felicitaron a Trigueña y gritaron su nombre. Estrella de Fuego bajó la mirada para ver a la joven guerrera carey sentada junto a su hermano, sus ojos centelleaban de orgullo. Pero no pudo evitar darse cuenta de que algunos de sus compañeros de Clan (la lugarteniente, Bermeja, por ejemplo) permanecieron en silencio, dedicándole a Trigueña miradas de sospecha. Estrella de Fuego se tragó un suspiro. Algunos gatos del Clan de la Sombra claramente desconfiaban de ella porque había nacido en el Clan del Trueno.

—Hemos visto más Dos Patas en nuestro territorio —Estrella Negra prosiguió—. Se pasean aullándose unos a otros, y a veces dejan que sus monstruos abandonen el Sendero Atronador y atraviesen el bosque.

—¿Abandonan el Sendero Atronador? —Vaharina exclamó desde debajo—. ¿Por qué? ¿Están persiguiendo a tus gatos, Estrella Negra?

—No —el líder del Clan de la Sombra replicó—. No creo que siquiera sepan que estamos ahí. No serán un problema siempre y cuando nos mantengamos lejos de ellos.

—Aunque deben espantar a las presas —Estrella Alta le murmuró a Estrella de Fuego—. Yo no querría más de ellos en *mi* territorio; eso seguro.

—Los gatos del Clan de la Sombra son mejores que la mayoría de nosotros para esconderse —Estrella de Fuego señaló en voz baja.

Estrella Negra retrocedió, y le dio un codazo a Estrella Alta.

—Vamos, es tu turno —maulló.

El líder del Clan del Viento inclinó la cabeza antes de avanzar hasta el borde de la roca.

—Todo está bien en el Clan del Viento —informó—. Perlada tiene una nueva camada de tres cachorros. Bigotes y Enlodado expulsaron a un zorro que pareció creer que sería más feliz viviendo en el páramo que en el bosque.

—¡Pronto lo hicimos cambiar de parecer! —El lugarteniente del Clan del Viento, Enlodado, aulló desde donde estaba sentado al pie de la Gran Roca.

—Será mejor que estén atentos —Estrella Alta continuó, dirigiéndose a Estrella Leopardina—. Cruzó hacia su territorio cerca del río.

—Gracias por eso, Estrella Alta —la líder del Clan del Río respondió secamente—. Otro zorro es precisamente lo que necesitamos. Le advertiré a las patrullas.

Estrella de Fuego se recordó a sí mismo de hacer eso también. Allí, el territorio del Clan del Río era estrecho, y si el zorro continuó su camino fácilmente podría haber cruzado hacia el territorio del Clan del Trueno.

Mientras tanto, Estrella Leopardina había dado un paso al frente.

—Como de costumbre en la estación de la hoja verde, hay más Dos Patas alrededor —maulló—. Traen botes al río, y sus cachorros juegan en el agua y asustan a los peces. Esta temporada el río está bajo, así que no hay tantos Dos Patas como siempre. Sin embargo, no tenemos ningún problema para alimentarnos.

Estrella de Fuego se preguntó si eso era del todo cierto. Si el agua estaba baja en el río, entonces seguramente no habrían muchos peces tampoco. Pero no le correspondía discutir, y sabía que Estrella Leopardina, al igual que todos los líderes, no querría que su Clan se viera débil por falta de comida.

—El Clan del Trueno también tiene un nuevo guerrero —anunció cuando Estrella Leopardina dio un paso atrás—. Zarzo tuvo su ceremonia de guerrero, y ahora es Zarzoso.

Otro coro de felicitaciones estalló, mientras Zarzoso, sentado al lado de su hermana, los recibía todos con una avergonzada inclinación de cabeza. Mientras esperaba a que los ruidos se apagaran, Estrella de Fuego decidió no mencionar el accidente de Rabo Largo. Antes de la próxima Asamblea, Carbonilla probablemente ya habría curado los ojos del guerrero atigrado, y todo el incidente sería olvidado.

—Tenemos muchas presas y los Dos Patas no nos están molestando —finalizó.

No era con frecuencia que una Asamblea terminaba tan rápido, sin molestias serias que informar del exterior, y sin razones para que los Clanes se pelearan. Mientras Estrella Negra concluía la reunión, Estrella de Fuego miró la hondonada de debajo. Era cada vez más difícil recordar como se había visto tras la batalla con el Clan de la Sangre, cuando el pasto había quedado pintado de rojo y los cuerpos de gatos tanto del bosque como invasores del Poblado habían quedado esparcidos por el claro. En ese entonces, fue cuando perdió su primera vida, y vio una pálida forma de sí mismo tomar su lugar entre los guerreros del Clan Estelar.

Los gatos estrellados le habían dado el valor de seguir luchando cuando le dijeron que siempre habían habido *cuatro* Clanes viviendo en el bosque, y que siempre los habría.

La vida seguiría así para siempre; Estrella de Fuego encontraba eso reconfortante. La rutina diaria de las patrullas, el trabajo de encontrar presas y entrenar aprendices, incluso eventos inquietantes como la herida de Rabo Largo y sus propios sueños sin explicación, parecían pequeños e insignificantes comparados con el interminable patrón de la vida de Clan. Estrella de Fuego era parte de una larguísima sucesión de gatos impulsados por la lealtad a sus compañeros de Clan y al código guerrero. Incluso cuando hubiera perdido su última vida, los Grandes Robles seguirían aquí, uno por cada Clan, hasta que su nombre hubiera sido olvidado por completo.

CAPÍTULO 4

La Asamblea había terminado. Estrella de Fuego apretó los músculos para bajar de un salto al claro. Mientras buscaba un espacio donde aterrizar, se congeló, aferrándose a la superficie de la roca con las garras. De repente, la hondonada parecía más abarrotada de lo usual. Elegantes formas iluminadas por las estrellas se movían entre los gatos del bosque, tan cerca de ellos que les rozaban los mantos. Los gatos del bosque pasaban junto a ellos sin mirarlos, llamando a sus compañeros de Clan mientras se alistaban para irse. Los otros tres líderes se zambulleron justo en medio de la multitud de extraños, tal como ratas toperas saltando a un charco. Estrella Leopardina casi aterrizó encima de un reluciente guerrero blanco, y se alejó brincando sin siquiera mover los bigotes.

Estrella de Fuego se estremeció. «*¡Nadie más puede verlos!*».

Su mirada fue atraída hacia uno de los gatos entre las formas estrelladas: el gato gris y blanco que había visto ya dos veces. Estaba mirando directamente a Estrella de Fuego, con las fauces abiertas en una súplica silenciosa, pero antes de que Estrella de Fuego pudiera responder, Enlodado del Clan del Viento pasó frente a él, y el gato gris y blanco desapareció.

Estrella de Fuego sabía que estos eran los mismos gatos que había visto saltando al río, los mismos gatos que se le habían aparecido de forma irreconocible a través de la neblina en sus sueños. «*¿Quiénes son? ¿Y qué están haciendo aquí?*».

—¡Hey, Estrella de Fuego! —Látigo Gris lo llamó desde el pie de la Gran Roca—. ¿Te vas a quedar ahí arriba toda la noche?

Estrella de Fuego se sacudió. No podía seguir así. Estos gatos lo habían acechado en sus sueños, y ahora lo atormentaban en el mundo viviente también. Tenía que averiguar por qué, y si Carbonilla no podía ayudarlo, podría haber otros gatos que tal vez sí podrían.

Saltó hacia donde Látigo Gris lo estaba esperando, junto con Tormenta de Arena, Zarzoso y el resto de los guerreros del Clan del Trueno.

—Látigo Gris, quiero que tú y Tormenta de Arena guíen al Clan al campamento.

—¿Por qué, a dónde vas?

Estrella de Fuego inhaló profundo.

—Necesito ir a la Piedra Lunar. Tengo que compartir lenguas con el Clan Estelar.

Látigo Gris parecía sorprendido, pero los verdes ojos de Tormenta de Arena se encontraron con los de Estrella de Fuego en una mirada de comprensión.

—Sabía que algo te estaba molestando —maulló ella en voz baja, rozándole el manto con el suyo—. Tal vez te sientas mejor luego de que hayas hablando con nuestros ancestros guerreros.

—Eso espero —Estrella de Fuego contestó.

—¿Debería ir contigo? —se ofreció Látigo Gris—. El resto del Clan no necesita que lo lleve a casa, y nunca sabes lo que podría estar al acecho en el páramo. ¿Y si el zorro volvió?

—No, gracias, Látigo Gris —maulló Estrella de Fuego—. Iré con el Clan del Viento hasta su campamento, y luego de eso estaré bien.

—Bueno. —Látigo Gris reunió al resto de los guerreros del Clan del Trueno con un movimiento de su cola—. Cuando pases por la granja de Centeno, mándale saludos a Cuervo de mi parte.

—Eso haré. —Estrella de Fuego se volvió hacia Tormenta de Arena y entrechocó narices con ella—. Nos vemos. Volveré pronto.

—Buena suerte. —Tormenta de Arena lo miró—. Espero que encuentres algunas respuestas. Justo ahora se siente como si estuvieras en otro mundo.

Dándole un lametón final en la oreja, Estrella de Fuego se sumergió en los arbustos pendiente arriba en el lado de la hondonada que daba hacia el Clan del Viento. Estrella Alta ya estaba conduciendo a sus gatos hacia el

páramo: pequeñas figuras oscuras contra la luz de la luna. Estrella de Fuego corrió tras ellos hasta que alcanzó al gato que iba en la retaguardia.

—Hola, Bigotes —jadeó—. ¿Está bien si viajo con ustedes? Necesito ir a las Rocas Altas.

—Claro. Espero que no haya ningún problema.

—Nada de qué preocuparse —Estrella de Fuego respondió, esperando que fuera cierto.

Se despidió de los gatos del Clan del Viento en la cima de la hondonada en donde tenían su campamento. Cuando partió hacia las Rocas Altas, ya estaba empezando a amanecer, la masa de rocas puntiagudas oscura contra el cielo pálido. Un frío viento alborotó el pasto corto y elástico, y a Estrella de Fuego le apretó el pelo contra los costados. Aquí arriba el cielo se veía enorme, sin ningún árbol que ofreciera refugio. Los aromas también eran desconocidos para él: una mezcla de aulagas, brezos y conejos, con un gusto fuerte a tierra de turba.

Un pequeño arroyo rodeado de juncos se cruzó en el camino de Estrella de Fuego. Lo saltó con facilidad, asustando a un conejo que se puso de pie de un salto y huyó cuesta abajo, agitando la cola. A Estrella de Fuego le picaban las patas por las ganas de perseguirlo, pero no tomaría ninguna presa en el territorio de otro Clan; además, un líder de Clan que viajaba a las Rocas Altas para encontrarse con el Clan Estelar en la Piedra Lunar no tenía permitido comer durante el viaje.

El sol ya había salido para cuando el árido páramo dio lugar a exuberantes prados rodeados de setos y cercas de Dos Patas. Estrella de Fuego avistó una guarida de Dos Patas, y oyó los distantes ladridos de un perro. Miró a su alrededor con cautela, saboreando el aire, pero el olor a perro era rancio, y se recordó a sí mismo que a estas alturas los perros de la granja, que durante la noche se los soltaba para que corrieran con libertad, ya estarían atados otra vez.

Bordeó la guarida de Dos Patas, escabulléndose en la sombra de un seto. Otro olor flotó hacia él, más fuerte y fresco que el de los perros: ¡ratas! Estrella de Fuego se detuvo, recordando como en su primer viaje a las Rocas Altas, Estrella Azul había perdido una vida en una batalla contra ratas muy cerca de ese mismo lugar. Localizando la fuente del olor, se dio cuenta de que el viento estaba a su favor; con algo de suerte podría pasar sin que las ratas supieran que estaba allí.

No muy lejos de la guarida de Dos Patas había un granero construido de piedra áspera. Estrella de Fuego se dirigió hacia él y se detuvo afuera de

la entrada. Un fuerte aroma a gatos fluía desde un hueco al pie de la misma. Estrella de Fuego sintió que un ronroneo se alzaba en su pecho.

—Hola —maulló—. ¿Puedo pasar?

—¡Estrella de Fuego! —Un maullido alegre provino del interior del granero, y la cabeza de un gato negro asomó por el hueco—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Estrella de Fuego se deslizó por la entrada y se paró entre restos polvorientos de paja en el suelo del granero. Fue recibido con entusiasmo por Cuervo, que había sido un aprendiz del Clan del Trueno cuando Estrella de Fuego llegó por primera vez al bosque. Cuervo había sabido demasiado sobre los crímenes de Estrella de Tigre, y Estrella de Fuego lo trajo a este granero antes de que el lugarteniente sediento de sangre lo asesinara para mantenerlo callado. Cuervo había estado escuálido y nervioso en ese entonces; ahora se veía lustroso y estaba bien alimentado, su manto negro brillaba a la luz del sol que se filtraba por un agujero en el techo del granero.

—Es bueno verte de nuevo —maulló Estrella de Fuego.

La última vez que él y Cuervo se habían visto fue en la batalla con el Clan de la Sangre, cuando el gato negro y su amigo centeno se habían unido a la pelea junto a los gatos del bosque.

—Bienvenido. —Cuervo entrechocó narices con su excompañero de Clan—. ¿Todo está bien en el Clan del Trueno?

—Todo bien —contestó Estrella de Fuego—. Pero…

Se interrumpió cuando otra voz lo saludó. Centeno, el gato blanco y negro que compartía el granero con Cuervo, apareció en la cima de un montón de fardos de paja y bajó elegantemente de un salto, aterrizando junto a Estrella de Fuego. Era un gato bajo, compacto y musculoso, incluso a pesar de que tenía el estómago un poco muy relleno por todos los ratones que vivían en el granero.

—¿Quieres cazar? —le ofreció—. Hay muchas presas. Cómete todas las que quieras.

—Perdón, no puedo —Estrella de Fuego respondió con pesar. Se le hizo agua la boca ante el olor a ratón; podía oír los bajitos chirridos entre el heno—. Voy de camino a la Piedra Lunar, así que no tengo permitido comer.

—Qué duro —maulló Cuervo—. Pero puedes descansar aquí, ¿no? No tiene sentido que vayas ya mismo a las Rocas Altas. Llegarás mucho antes de que se ponga el sol.

—Gracias. Estoy tan cansado que podría dormirme de pie.

Cuervo lo condujo al otro lado del granero, donde él y Centeno se habían hecho lechos en un montón de heno suelto. Centeno los dejó para que hablaran a solas, asintiendo amistosamente con la cabeza a Estrella de Fuego antes de deslizarse fuera del granero.

Estrella de Fuego dio dos o tres vueltas, haciéndose un lugar cómodo antes de enroscarse y dejar que los tallos de dulce aroma le hicieran cosquillas en la nariz.

—Así que, ¿qué te trae a las Rocas Altas? —Cuervo preguntó, y luego añadió rápidamente—: No tienes que decirme.

Estrella de Fuego dudó. Hasta ahora la única gata a la que le había confiado sus problemas era a Carbonilla, y ni siquiera le había dicho todo. De repente se dio cuenta del alivio que sería compartir sus preocupaciones con un gato que no lo veía como un líder, sino como un amigo.

—He tenido sueños extraños —comenzó, describiéndole a Cuervo la extensión de páramo desconocido y los estridentes llantos de gatos perdidos en la neblina—. Y eso no es todo. He empezado a ver cosas cuando estoy despierto también. Hay un gato, un guerrero gris claro, que he visto tres veces ya. No solo él… un Clan entero de gatos, que brillan como las estrellas. Los vi anoche en la Asamblea, pero nadie más sabía que estaban ahí. A veces pienso que me estoy volviendo loco.

Los ojos verdes de Cuervo se llenaron de preocupación.

—¿Estás seguro de que no son del Clan Estelar?

Por un latido Estrella de Fuego sintió lo raro que era hablar del Clan Estelar con alguien que ya no pertenecía a ningún Clan.

—No creas que me he olvidado de mis ancestros guerreros —Cuervo añadió, como si hubiera adivinado lo que su amigo estaba pensando—. Tal vez ya no vaya a las Asambleas, pero hay una parte de mí que siempre será un gato de Clan.

Estrella de Fuego parpadeó, comprensivo.

—Estoy seguro de que los gatos que he visto no son ninguno de los ancestros guerreros que conozco. No reconozco a ninguno de ellos, ni sus olores. No sé quiénes o *qué* son, o por qué sigo viéndolos. Eso es lo que me preocupa.

Cuervo agitó la punta blanca de su cola.

—Probablemente el Clan Estelar será capaz de explicar todo cuando compartan lenguas esta noche. ¿Por qué no duermes ahora, así estarás listo?

—Creo que eso haré —murmuró Estrella de Fuego—. Despiértame al mediodía, por favor.

Con un ronroneo somnoliento, se acomodó aún más en su lecho de heno. La luz del sol se deslizaba por el aire lleno de polvo, y las motas bailaban como estrellas diminutas. Cerró los ojos, y se sumió en un sueño cálido y con olor a heno.

Parecieron pasar unos pocos latidos antes de que Estrella de Fuego sintiera una pata pinchándole el costado. Abrió los ojos para ver a Cuervo de pie encima de él.

—Ya es mediodía —el gato negro maulló.

Estrella de Fuego se levantó y arqueó el lomo en un lujoso estirón. No podía recordar la última vez que había dormido tan profundamente. En el campamento del Clan del Trueno, aunque no soñara con el páramo, sus siestas habían sido perturbadas desde la primera vez que vio al gato gris claro. Se preguntó si el motivo por el que había descansado tan bien era porque estaba lejos del bosque. ¿Era solo allí que los gatos extraños podían alcanzarlo?

Se despidió rápidamente de Cuervo y Centeno. El olor de las presas en el granero era más tentador que nunca, recordándole su estómago vacío. Deseó haberse tomado el tiempo de cazar y comer antes de abandonar los Cuatro Árboles, pero ahora ya era muy tarde. Dejó el granero y la tentación detrás suyo, y partió hacia las Rocas Altas.

Para cuando llegó a la cresta, cruzando el Sendero Atronador y trepando las rocosas pendientes, el sol ya se estaba poniendo. El oscuro hueco de la Boca Materna se abría en la ladera. Estrella de Fuego encontró una piedra con la cima chata y se sentó, mirando los campos y guaridas de Dos Patas en la distancia, hasta que la oscuridad cayó y la luna derramó su luz plateada sobre las rocas dentadas.

Había bajado varias veces por el oscuro túnel que conducía a la Piedra Lunar, pero aun así el miedo le agarró el estómago cuando se adentró en las sombras hambrientas. Solo sus bigotes que rozaban las paredes a cada lado y sus patas en la áspera bajada le decían en qué dirección ir. Una vez que hubo dejado la apertura detrás de él, el aire se sintió rancio, con un gusto a polvo y piedra. Estrella de Fuego se estremeció al pensar en el peso de la roca por encima de su cabeza, presionando el frágil túnel.

Finalmente llegó el momento en el que el aire volvió a sentirse más fresco, llevándole los aromas del páramo a la nariz. El túnel se abrió a una enorme cueva, y vislumbró las estrellas brillando muy en lo alto,

derramando su tenue luz por un agujero en el techo. Podía divisar por lo justo la forma de la Piedra Lunar en frente de él, levantándose tres colas de altura desde el suelo de la cueva. Enroscando la cola alrededor de sus patas, se sentó a esperar.

El cambio llegó con un resplandor cegador, como si cada una de las estrellas del Manto Plateado se hubieran vertido en la cueva al mismo tiempo. La luna se desplazó por el cielo hasta que resplandeció a través del hoyo en el techo; en su luz, la Piedra Lunar relucía como rocío, derramando una centelleante luz en las paredes y en el alto techo arqueado de la caverna.

Estrella de Fuego se acostó en frente de la Piedra Lunar y se estiró hasta que pudo tocarla con la nariz. Un frío lo atravesó desde el hocico hasta la punta de la cola, y recordó la última vez que había ido allí, para recibir sus nueve vidas y su nombre. Parecía que había pasado muchísimo tiempo. Cerró los ojos y dejó que la oscuridad se lo llevara.

Por incontables latidos no sintió nada más que el viento y olor de la noche corriendo por su pelaje. Su interior se hinchó de miedo; apretó los dientes, rehusándose a levantar la nariz de la fría, fría piedra.

Entonces sus oídos captaron un tenue sonido que gradualmente se volvió más fuerte: el crujido de hojas en la brisa. Abrió los ojos de golpe. Enormes ramas se estiraban por encima de su cabeza, apenas visibles contra un cielo oscuro. No había luna, pero las estrellas del Manto Plateado ardían con intensidad, tan cercanas que parecían estar enredadas entre las hojas.

Estrella de Fuego se esforzó por ponerse de pie y miró a su alrededor. Estaba de vuelta en los Cuatro Árboles, pero esta vez el claro estaba vacío. Entonces vio una luz estrellada por el rabillo del ojo, demasiado baja como para provenir del Manto Plateado; se dio la vuelta para ver una gata de pelo azul saliendo de las sombras. Su manto brillaba de color plateado, y dejaba un rastro de luz gélida en el pasto en donde pisaba.

—¡Estrella Azul! —Estrella de Fuego se sintió muy feliz de ver ante él a la anterior líder del Clan del Trueno—. Es bueno verte. ¿Viniste sola?

Estrella Azul se le acercó hasta que Estrella de Fuego pudo ver las relucientes profundidades de sus ojos azules.

—Sé por qué viniste —contestó ella—, y las preguntas que quieres hacer no serían bien recibidas por muchos de tus ancestros guerreros.

Estrella de Fuego la miró fijamente.

—¿Quieres decir que el Clan Estelar conoce a los gatos de mis sueños? ¿Ellos también son del Clan Estelar? ¿Por qué no los había visto antes? ¿Y qué quieren de mí?

Estrella Azul le rozó la boca con la cola para silenciarlo. Sus ojos estaban perturbados. Estrella de Fuego se sentía como si estuviera al borde de un secreto oscuro, y de repente no quería saber lo que yacía en sus profundidades.

—Estrella de Fuego. —La voz de Estrella Azul era indecisa, era dudosa—. ¿Hay alguna manera de que te conformes con irte sin las respuestas que buscas?

Hubo una pizca de desesperación en sus ojos; Estrella de Fuego casi cedió, pero recordó el por qué había venido. Si se iba sin una explicación, los llantos aterrorizados invadirían sus sueños una y otra vez, y no habría escapatoria de las visiones de los gatos que huían.

—No, Estrella Azul —respondió firmemente—. Tengo que saber la verdad.

—Muy bien. —Estrella Azul suspiró—. Los gatos que has visto son del Clan del Cielo.

—*¿Clan del Cielo?* —repitió Estrella de Fuego—. ¿Qué es eso?

Estrella Azul agachó la cabeza.

—Son… fueron el quinto Clan.

CAPÍTULO 5

—¡Pero siempre ha habido cuatro Clanes en el bosque!

—No siempre —replicó Estrella Azul, con la voz y los ojos fríos—. Una vez hubo cinco. El territorio del Clan del Cielo estaba río abajo del territorio del Clan del Trueno, en donde ahora está el Poblado de los Dos Patas. Cuando los Dos Patas construyeron sus guaridas, hace muchísimas estaciones, el Clan del Cielo abandonó el bosque. En ese entonces no había espacio para ellos, y tampoco hay espacio para ellos ahora.

—¿A dónde fueron? —preguntó Estrella de Fuego.

—No lo sé. Lejos de estos cielos en los que camina el Clan Estelar.

—¿Y el Clan Estelar nunca intentó encontrarlos? —Estrella de Fuego estaba impactado por el hecho de que Estrella Azul sonara tan indiferente, como si a los espíritus de sus antepasados guerreros no les importara que un Clan entero se hubiera ido.

—Sus propios ancestros guerreros fueron con ellos —explicó Estrella Azul—. No hay razón por la que el Clan del Cielo no pudiera haber encontrado otro hogar en algún otro lado.

—Entonces, ¿qué quieren conmigo? —preguntó Estrella de Fuego, desconcertado—. ¿Están intentando decirme que quieren volver? ¿Por qué harían eso, si encontraron otro hogar?

—No lo sé —Estrella Azul admitió—. Pero desde el primer momento en que te vi, hace tantas estaciones, supe que eras el fuego que salvaría a nuestro Clan. Supe que a tu paso dejarías huellas que serán recordadas

mientras los Clanes guerreros sobrevivan. Tal vez el Clan del Cielo también lo ve. Tal vez creen que solo tú puedes ayudarlos.

Estrella de Fuego se estremeció.

—¿Me estás diciendo que tengo que encontrar al Clan del Cielo y traerlos de vuelta al bosque?

—Yo no te estoy diciendo nada de eso —espetó Estrella Azul—. ¿En dónde hay lugar para otro Clan?

—Pero los sueños… —protestó Estrella de Fuego.

—Estrella de Fuego, ¿tienes abejas en el cerebro? —Estrella Azul dio un azote con la cola—. Eres el líder del Clan del Trueno, y tu Clan te necesita. No hay ninguna regla en el código guerrero que diga que tienes que ayudar a un Clan que desapareció hace tanto tiempo que ningún gato vivo lo recuerda.

Estrella de Fuego entrecerró los ojos. Estrella Azul tenía razón respecto a su responsabilidad con el Clan del Trueno, pero no podía olvidar el llanto de los gatos en el páramo. ¿Cómo podía ignorarlos si había algo que podía hacer para ayudar? No eran los sueños de Estrella Azul los que estaban llenos de chillidos de gatos que huían aterrorizados; ella no veía un rostro suplicante y atormentado en cada charco de agua.

Y aun así la única razón por la que había encontrado el valor de guiar a los Clanes del bosque a la batalla contra el Clan de la Sangre fue porque le había creído a sus ancestros guerreros cuando le dijeron que siempre había habido cuatro Clanes en el bosque. Cuando le habían dicho que el quinto Clan era el Clan Estelar, siempre protegiendo a los cuatro de debajo. ¿El Clan Estelar le había *mentido*?

Estrella Azul le apoyó la punta de la cola en el hombro y habló más tranquila.

—Tus antepasados guerreros están cuidando de ti, como siempre lo han hecho. Nada ha cambiado. Ahora tu deber es con tu propio Clan.

—Pero el Clan del Cielo…

—Se ha *ido*. No hay lugar en donde solían estar, ni presas ni territorio esperando que regresen. El bosque está perfectamente dividido entre los cuatro Clanes restantes.

—¿Entonces la voluntad del Clan Estelar es que simplemente ignore a estos gatos? —Estrella de Fuego la desafió—. ¿No les importa que estén sufriendo?

Estrella Azul parpadeó.

—Hay gatos que podrían argumentar que nunca debió de haber un quinto Clan en el bosque para empezar. ¿Por qué hay cuatro robles en los Cuatro Árboles, si no es para representar a los cuatro Clanes?

Estrella de Fuego levantó la mirada hacia los enormes robles, y luego volvió a mirar a su predecesora. Una furia tan pura como el destello de un relámpago le atravesó el cuerpo.

—¡¿Tienes cerebro de ratón?! —ladró—. ¡¿Me estás diciendo que el Clan del Cielo tuvo que irse porque no había suficientes *árboles*?!

Una mirada de impacto y espanto llenó los ojos de Estrella Azul. Sin esperar una respuesta, Estrella de Fuego se dio la vuelta y corrió hacia el borde de la hondonada. Las zarzas le arrancaron el pelo cuando se sumergió entre los matorrales, pero el dolor no significaba nada. Desde que había llegado al bosque había confiado en sus ancestros guerreros. Pero le habían estado mintiendo todo el tiempo. Se sentía como si hubiera dado un paso en un suelo que creyó sólido, solo para caer en un agua amarga y profunda.

Se abrió paso a través de los últimos matorrales, pero en lugar de llegar al borde de la hondonada, se encontró a sí mismo despertando en la caverna de la Piedra Lunar. Su respiración era áspera. Sentía el pelaje desgarrado y arrugado. Le dolían las patas, y cuando se las lamió sintió el sabor salado de la sangre, como si hubiera estado corriendo una gran distancia en un suelo rocoso.

Muy por encima, a través del hueco en el techo, la luna y las estrellas estaban cubiertas por nubes. La cueva estaba completamente oscura. Estrella de Fuego se puso de pie y cojeó por el espacio, cerca de entrar en pánico hasta que se encontró con la entrada al túnel. Cuando salió a la ladera de la colina, una fuerte brisa rompía las nubes como a una telaraña húmeda. Estrella de Fuego solo vislumbró destellos fugaces de la luna, pero las estrellas brillaban en lo alto una vez más.

Trepó a la piedra plana en la que había esperado más temprano y se desplomó allí, mirando hacia arriba. Ya no podía ver los amables ojos de sus ancestros guerreros en la luz de las estrellas. Los gritos desesperados de los gatos del Clan del Cielo, perdidos y torturados, resonaban en su cabeza. «*¿Cómo se supone que los ayude?*».

Todos esos gatos debían de estar muertos a estas alturas. Habían huido hacía tanto tiempo que ya nadie los recordaba. Pero, ¿dónde estaban sus descendientes, el Clan del Cielo vivo?

* * *

Estrella de Fuego permaneció en la piedra hasta que el amanecer pintó el cielo de un pálido color lechoso. Fue entonces que se abrió camino, lenta y dolorosamente, colina abajo hacia los campos, dejando detrás de sí los picos dentados de las Rocas Altas. Un sentimiento de traición aún lo envolvía como un río desbordado. Siempre había respetado al Clan Estelar, confiando en que querían lo que era mejor para todos los Clanes. Ahora había descubierto que podían cometer errores, al igual que cualquier gato vivo. Si no podía confiar en ellos, ¿alguna vez volvería aquí a compartir lenguas con sus ancestros guerreros?

Sentía el estómago vacío por el hambre. Al pasar por el granero de Cuervo, luchó contra la tentación de ir a ver a sus amigos, de darse un festín con sus presas y descansar en el suave montón de heno. Pero Cuervo seguramente le iba a preguntar qué le había dicho el Clan Estelar respecto a los gatos extraños, y no podía pensar en qué iba a responder. Cuervo aún se aferraba a su fe en el Clan Estelar, a pesar de que había abandonado el bosque; ¿podría Estrella de Fuego destruir esa fe revelando cómo sus antepasados guerreros le habían mentido a todos los gatos del bosque una y otra vez?

Una vez que hubo dejado la granja de Dos Patas atrás, Estrella de Fuego se detuvo a cazar, golpeando a un ratón desprevenido que mordisqueaba semillas al refugio de un seto. Apenas le quitó un poco del hambre, pero estaba demasiado exhausto para buscar más. Se enroscó debajo de un espino blanco y rápidamente se quedó dormido.

Cuando se levantó ya casi era mediodía. Sintiéndose mejor, Estrella de Fuego retomó su viaje, bordeando un campo en donde el maíz crecía alto, empezando a tornarse dorado a la luz del sol. Avistó a otro ratón mientras se deslizaba entre los rígidos tallos, saltó sobre él y lo mató de un rápido mordisco al cuello. Tragándose los últimos bocados se dirigió hacia los páramos.

El sol ya se estaba poniendo cuando por fin entró cojeando al campamento del Clan del Trueno. Una luz rojiza bañaba el claro rayado por las sombras de los árboles. Estrella de Fuego dejó escapar un largo suspiro desesperanzado. Era bueno estar en casa, pero ¿en serio podía continuar siendo líder de Clan, con el conocimiento que ahora poseía?

Mientras seguía dudando en la entrada al túnel de aulagas, Látigo Gris salió corriendo de la guarida de los guerreros directamente hacia él. Tormenta de Arena levantó la mirada de donde estaba agachada junto al montón de carne fresca y avanzó más lentamente para unírsele.

—¡Estrella de Fuego, has vuelto! —exclamó Látigo Gris—. Qué bueno verte. —Deteniéndose en frente de su amigo, añadió más dudosamente—: ¿Todo está bien?

—Estoy bien, gracias —contestó Estrella de Fuego, cada palabra le costaba un gran esfuerzo—. Estoy exhausto; eso es todo.

Tormenta de Arena le pasó la cola por el costado con simpatía. Sus ojos verdes buscaban su mirada, y él supo que ella se dio cuenta de que el cansancio no era lo único que lo perturbaba. Pero no lo cuestionó, en cambio se limitó a maullar:

—Entonces es hora de que descanses.

—Escucha, Estrella de Fuego —Látigo Gris continuó—, la patrulla vespertina acaba de volver. Creen que el zorro del que hablaba Estrella Alta cruzó al territorio del Clan del Trueno. Al menos, captaron un olor fresco y fuerte a zorro en la frontera, no muy lejos del puente de Dos Patas.

Estrella de Fuego cerró con fuerza los ojos, intentando concentrarse en lo que esto significaría para el Clan.

—¿Siguieron el rastro oloroso?

—Lo intentaron, pero lo perdieron en una zona de suelo pantanoso cerca del arroyo. —Látigo Gris miraba expectante a su líder, esperando que le dijera qué hacer. Su expresión se volvió alarmada cuando el silencio se extendió.

Estrella de Fuego se sentía como si estuviera intentando atravesar unos zarzales dentro de su cabeza. Podía entender el problema del zorro, pero sentía como si le perteneciera a otro gato, de hace muchísimo tiempo, y que no tenía nada que ver con él.

—¿Estrella de Fuego? —Tormenta de Arena murmuró, acercándosele de modo que pudo sentir el calor de su manto.

Los chillidos emocionados de los cachorros trajeron a Estrella de Fuego de vuelta al presente. En el centro del claro Pequeño Topillo y Pequeño Zancón estaban saltando en un montón de musgo.

—¡Toma eso, Azote! —Pequeño Zancón chirrió—. ¡Lárgate de nuestro bosque!

—¡Y llévate a tu Clan contigo! —Pequeño Topillo aterrizó en medio del musgo, con las patas en el aire, esparciendo los restos en un amplio círculo a su alrededor.

—¡Hey! —Zarpa Orvallo apareció brincando desde la dirección a la guarida de los veteranos—. ¡Acabo de recolectar todo eso! —protestó—.

¿Cómo se supone que arregle los lechos de los veteranos si continúan revolviendo el musgo?

Los dos cachorros intercambiaron una mirada, para luego salir corriendo lado a lado de regreso a la maternidad, moviendo las colas en el aire. Zarpa Orvallo los vio irse, con el pelo del cuello erizado, y empezó a recolectar los pedazos esparcidos de musgo.

Ver a los cachorros jugar le recordó a Estrella de Fuego que la vida de Clan no se trataba solo del Clan Estelar, o siquiera del código guerrero. Su deber como líder era servirle a sus compañeros de Clan *ahora*, y asegurarse de que vivieran vidas largas y felices en el bosque. Sintiendo que un hilillo de energía comenzaba a fluir hacia sus extremidades cansadas, se volvió hacia Látigo Gris.

—Bien, el zorro. Dobla las patrullas en esa parte de la frontera. Y dile a las patrullas de caza que estén alerta. No queremos que se establezca aquí.

—Seguro. —Los ojos de Látigo Gris se inundaron de alivio cuando Estrella de Fuego tomó el control nuevamente—. Me aseguraré de que todas las patrullas de mañana sepan de él. —Se dirigió hacia la guarida de los guerreros.

Tormenta de Arena se quedó con Estrella de Fuego.

—Puedes contarme, ¿sabes? —maulló en voz baja.

—Lo sé. Prometo que lo haré, pero no aún.

Su pareja asintió.

—¿Por qué no vas a tu guarida y descansas? Te llevaré algo de carne fresca.

—Gracias, pero será mejor que visite a Carbonilla primero. Quiero ver cómo está Rabo Largo.

Mientras Tormenta de Arena regresaba al montón de carne fresca, Estrella de Fuego avanzó a través del campamento que se oscurecía y se abrió paso por el túnel de helechos hacia la guarida de Carbonilla.

La curandera estaba inclinada sobre Rabo Largo, examinándole los ojos. Cuando Estrella de Fuego los saludó, el guerrero atigrado se sentó y se volvió hacia él. El líder se paró en seco, y el manto se le erizó de horror. Aunque ahora los ojos de Rabo Largo estaban abiertos, estaban nublados y lloraban pegajosamente.

—¿Puedes ver? —Estrella de Fuego se obligó a preguntar, tragándose una exclamación de pena. Eso era lo último que Rabo Largo querría.

—Un poco —contestó Rabo Largo—. Pero todo lo veo borroso.

—Sus ojos aún están infectados —Carbonilla explicó. Se veía exhausta; su pelaje gris estaba desarreglado y sus ojos azules estaban apagados por la derrota—. Intenté con cada hierba y baya que se me ocurrió, y nada la erradica.

Rabo Largo araño los helechos en los que estaba sentado, con la cabeza baja.

—Solo voy a ser una carga para el Clan —gruñó.

—¡No! —exclamó Estrella de Fuego—. No te dejaré decir eso. Mira a Centella: aprendió a pelear con un ojo solo.

—Ella al menos tiene un ojo bueno —Rabo Largo siseó—. Bien podrías dejarme en el bosque para que me coman unos zorros.

—Eso nunca pasará, no mientras yo sea líder de este Clan —Estrella de Fuego le siseó en respuesta. Una furia lo sacudió, no furia contra Rabo Largo, sino contra sí mismo por no tener el poder suficiente para proteger a su guerrero de las consecuencias de su herida. Intentando sonar más tranquilo, añadió—: Además, aún no has perdido la visión. Carbonilla dará su mejor esfuerzo para encontrar una hierba que funcione.

—Seguiré intentando —juró Carbonilla. Haciéndole señas a Estrella de Fuego con la cola, lo condujo hacia el túnel de helechos—. Será mejor que dejes a Rabo Largo solo por ahora —aconsejó en voz baja—. Está muy conmocionado, y necesita un tiempo para acostumbrarse a la idea de que sus ojos podrían no mejorar.

Estrella de Fuego asintió.

—Está bien. —Levantando la voz, agregó—: No te preocupes por nada, Rabo Largo. Siempre tendrás un lugar en el Clan del Trueno. Volveré a verte pronto.

Regresando por el túnel al claro crepuscular, Estrella de Fuego aún se sentía atragantado de pena, y también de furia, de que le pasara esto a uno de sus guerreros. Recordó la vida que Pecas le había dado cuando se había convertido en líder: una vida de protección, del amor que una madre sentía por sus crías. Había esperado que su vida se sintiera cálida y suave, pero en vez de eso había entrado en él con el impacto del fuego y hielo juntos. Había sentido el crudo y voraz instinto de pelear y matar, de derramar ríos de sangre para proteger a los gatos jóvenes e indefensos. Ahora, pensando en Rabo Largo y su dificultad para aceptar su pérdida de visión, Estrella de Fuego entendió con más claridad lo que ese instinto significaba. Como líder de Clan, se arrancaría todas las garras para proteger a todos y cada uno de sus compañeros de Clan.

Su guarida bajo la Peña Alta estaba fresca y tranquila. Tormenta de Arena le había dejado un conejo, y Estrella de Fuego se acomodó para comer. Ahora que estaba solo, se sentía tan flácido como una hoja colgante. Y aun así estaba comenzando a ver un camino hacia adelante, una manera de cuidar a su Clan incluso a pesar de que su confianza en el Clan Estelar había sido destruida.

Se estaba enroscando cómodamente cuando una sombra se proyectó a través de la entrada a la guarida. Levantó la mirada para ver a Carbonilla, cuya cabeza y hombros apartaban la pantalla de liquen.

—Rabo Largo se durmió —explicó—. Así que creí que podría aprovechar la oportunidad para venir a preguntar qué pasó en la Piedra Lunar. ¿Encontraste las respuestas que buscabas?

—Sí, pero no eran las respuestas que quería oír. —Sentía que aún era demasiado pronto para contar lo que había pasado, incluso a su curandera.

Para su alivio, Carbonilla no lo presionó. Entrando a su guarida, agachó la cabeza para darle una lamida reconfortante en la oreja.

—Ten fe —le instó—. El Clan Estelar está velando por nosotros, y todo estará bien.

Una garra de enojo arañó a Estrella de Fuego. Deseaba decirle que el Clan Estelar les había mentido, que sus ancestros habían permitido que un Clan abandonara el bosque a pesar de todo lo que decía el código guerrero.

Pero no se animó a envenenar la fe de Carbonilla, de esparcir bilis en todo lo que ella creía. De alguna forma sabía que este era su problema, y solo suyo. Sin la ayuda del Clan Estelar, sin ninguna fe restante en sus antepasados guerreros, debía encontrar una forma de lidiar con ello.

CAPÍTULO 6

El viento barría el páramo, desmenuzando la neblina, y Estrella de Fuego vio por primera vez con claridad a los gatos que huían. Estaban siguiendo un río; el sabor familiar del agua en el aire le dijo que este era el río del bosque que conocía, aunque aquí, más allá del territorio del Clan del Viento, fluía con más rapidez entre las colinas.

—¡Esperen! —Estrella de Fuego los llamó—. ¡Gatos del Clan del Cielo, espérenme! Vine a ayudarlos.

De repente un cachorro tropezó y cayó al río, y su madre dejó escapar un aullido de espanto mientras la corriente se lo llevaba. Luego, a un aprendiz joven que se separó del grupo principal, se lo llevó un zorro. Estrella de Fuego oyó como sus chillidos eran interrumpidos abruptamente mientras el zorro se alejaba brincando, dejando atrás a un par de guerreros que intentaron perseguirlo. Un veterano se quedaba cada vez más atrás; continuaba cojeando detrás de su Clan, aunque sus patas dejaban manchas de sangre en el pasto. Otro se detuvo tambaleándose, cayó de costado y no volvió a levantarse.

A la cabeza del Clan viajero, Estrella de Fuego avistó al gato gris y blanco. Varios guerreros delgados y de aspecto hambriento estaban agrupados su alrededor. Aunque Estrella de Fuego no podía alcanzarlos, sus voces le llegaban con claridad.

—¿A dónde estamos yendo? —maulló uno de ellos—. No podemos vivir aquí… no hay presas, y ningún lugar donde hacer un campamento.

—No *sé* a donde estamos yendo —el gato gris y blanco replicó—. Solo tenemos que seguir hasta que encontremos algún lugar.

—Pero, ¿por cuánto tiempo? —preguntó otro de los guerreros.

Nadie contestó.

Estrella de Fuego vio a una pequeña atigrada marrón claro abrirse paso entre los guerreros hasta llegar al gato gris y blanco.

—Déjame hablar con el Clan Estelar —suplicó—. Ellos podrían saber de un lugar para nosotros.

El gato se giró hacia ella.

—¡No, Paso de Cervatilla! —escupió—. Nuestros ancestros guerreros nos han fallado. En lo que a nosotros respecta, el Clan Estelar ya no existe.

«*¡Debe ser el líder del Clan!*». Había autoridad en su voz, y la pequeña atigrada (la curandera del Clan del Cielo, adivinó Estrella de Fuego) inclinó la cabeza, y no intentó discutir.

Estrella de Fuego llamó a los gatos del Clan del Cielo nuevamente e hizo un último esfuerzo por alcanzarlos, pero se estaba quedando cada vez más atrás. La neblina se arremolinó a su alrededor nuevamente, separándolo del Clan que huía. Finalmente sus patas no pudieron llevarlo más. Se hundió, y abrió los ojos para hallarse en su propia guarida.

Gradualmente fue consciente de que había alguien más sentado en las sombras.

—¿Tormenta de Arena? —murmuró, añorando el calor y consuelo de la presencia de su pareja.

La gata se giró hacia él, y la luz que provenía de la entrada a la guarida se posó en un manto carey.

—¡Jaspeada!

La excurandera del Clan del Trueno se levantó y se le acercó, suavemente entrechocando narices con él. Estrella de Fuego absorbió su dulce y familiar aroma. No podía pensar en ella como uno de los ancestros guerreros que lo había traicionado; sin importar qué hiciera el resto del Clan Estelar, siempre confiaría en Jaspeada.

Mirando la forma de su cabeza y su esbelto y elegante cuerpo, se encontró a sí mismo pensando en el gato gris y blanco, el líder del Clan del Cielo que había visto en sus sueños.

—¿Viniste a decirme algo sobre el Clan del Cielo? —preguntó.

—Sí —Jaspeada respondió con seriedad—. Cuando viví en el Clan del Trueno, nunca supe que alguna vez hubo cinco Clanes viviendo en el bosque. Me enteré de la historia luego de que me uní al Clan Estelar.

—No lo entiendo. —Estrella de Fuego arañó con inquietud un pedazo de musgo—. ¿Cómo es que el Clan Estelar pudo permitir que un Clan entero abandonara el bosque?

Jaspeada se agachó a su lado. Pudo sentir las vibraciones de su relajante ronroneo.

—Sé que es difícil para ti —maulló—. Pero el Clan Estelar no controla todo lo que sucede en el bosque. No éramos capaces de echar a la manada de perros que los amenazaba, o expulsar a Azote y al Clan de la Sangre.

Estrella de Fuego suspiró; sabía que eso era cierto. Pero no explicaba por qué el Clan Estelar había mentido, y pretendido que el Clan del Cielo nunca había existido.

—¿Conoces a alguno de los gatos del Clan del Cielo?

Jaspeada negó con la cabeza.

—No caminamos los mismos cielos.

—Hablé con Estrella Azul —maulló Estrella de Fuego—. Ella me dijo que mi deber es con el Clan del Trueno. Dijo que no hay nada que yo pueda hacer por el Clan del Cielo. Pero si eso es cierto, ¿por qué sigo viéndolos?

—Si el líder del Clan del Cielo se te ha aparecido en sueños —le contestó Jaspeada, tocándole el hombro con la cola—, entonces debe de creer que sí puedes ayudarlo.

—¿Pero cómo? —Estrella de Fuego insistió—. ¿Qué puedo hacer? Todo pasó hace mucho tiempo.

—La respuesta te será mostrada —prometió Jaspeada—. Ahora descansa.

Se apretó aun más contra su costado, y Estrella de Fuego se quedó más profundamente dormido, reconfortado por su cálido aroma. Esta vez ningún sueño lo molestó.

La luz del sol brillaba con intensidad en la guarida cuando Estrella de Fuego despertó. Jaspeada se había ido, aunque captó un rastro de su aroma en su lecho. Se levantó y se estiró, sintiendo que una energía renovada lo recorría.

Al rodear la Peña Alta, encontró a Látigo Gris en el claro principal con varios gatos de pie a su alrededor mientras organizaba patrullas de caza.

—Nimbo Blanco, puedes ir con Espinardo —le estaba diciendo al guerrero blanco—. ¿A quién quieren de tercero? ¿A Sauce?

—Yo iré —interrumpió Estrella de Fuego, saltando hasta ellos—. Siento que no he tenido una buena cacería en lunas.

—Gracias. —Látigo Gris le asintió—. En ese caso, Sauce, tú puedes venir con Fronde Dorado y conmigo. Nos dirigiremos hacia los Cuatro Árboles y veremos si podemos encontrar a ese zorro.

Una vez afuera del campamento, Estrella de Fuego dejó a Espinardo tomar la delantera. El guerrero atigrado los llevó por un sendero que conducía al Poblado de los Dos Patas. Todo estaba en silencio; incluso las presas parecían estar escondiéndose. Estrella de Fuego se detuvo, mirando por entre los árboles la cerca que bordeaba las guaridas de los Dos Patas, y se preguntó en dónde había estado el territorio del Clan del Cielo. La frontera debió de haber estado por aquí cerca, si habían sido expulsados cuando los Dos Patas construyeron sus guaridas. Cuando construyeron *su propia* antigua guarida de Dos Patas, se dio cuenta Estrella de Fuego con una sacudida. Le picaron las patas al pensar que, hasta hace un tiempo, ¡podría haber estado viviendo en una parte del antiguo territorio del Clan del Cielo!

Nimbo Blanco y Espinardo habían desaparecido entre los árboles para buscar presas. Estrella de Fuego alejó sus pensamientos del Clan del Cielo. Tenía un Clan que alimentar. Abrió las fauces; un fuerte olor a ratón fluyó sobre sus glándulas olfativas, y avistó a la criatura escarbando al borde de un zarzal. Adoptando la postura del cazador, se deslizó hacia adelante, apoyando cada pata tan ligeramente como una hoja en plena caída.

Pero antes de que pudiera llegar a la distancia de salto, un borrón blanco se le apareció por el rabillo del ojo. Giró instantáneamente la cabeza, furioso con Nimbo Blanco por haberlo sorprendido. «*¡Ve a cazar tus propias presas!*». Pero el borrón blanco había desaparecido, y una pizca de un aroma ahora familiar le hizo saber que no había sido Nimbo Blanco después de todo. El líder del Clan del Cielo se había cruzado en su camino una vez más.

Estrella de Fuego se quedó quieto, moviendo la cola de un lado a otro.

—¿Estás ahí? —llamó suavemente—. ¿Qué es lo que quieres? ¡Ven y háblame!

No hubo respuesta.

A estas alturas el ratón ya había desaparecido. Estrella de Fuego abrió la boca e inhaló, intentando rastrear más presas. Sus orejas se aguzaron para captar el más mínimo ruido de diminutas patitas; pero en lugar de eso,

todo lo que pudo oír eran aullidos furiosos y roces que provenían de algún lugar más adelante, cerca de la frontera con el Poblado. ¿Había algo (tal vez un perro de Dos Patas) atacando a sus guerreros?

Corrió por entre los árboles hasta que llegó al borde del bosque. Cenizo y Zarzoso estaban forcejeando con un desconocido gato blanco y negro. Zarzoso se le había subido al lomo y le arañaba el pelo de la nuca, mientras que Cenizo le mordía con fuerza el extremo de la cola.

El gato blanco y negro se retorcía en el suelo, sus patas agitadas apenas tocaban a sus atacantes.

—¡Suéltenme! —aulló—. ¡Tengo que ver a Colorado… digo, a Estrella de Fuego!

Estrella de Fuego de pronto reconoció el montón de desarreglado pelaje blanco y negro. Era Tiznado, el minino casero que había sido su amigo antes de que Estrella de Fuego abandonara a sus Dos Patas para vivir en el bosque.

—¡Alto! —Corrió hacia los gatos que luchaban, bajando la cabeza para embestir con fuerza el costado de Zarzoso.

Zarzoso se deslizó del lomo de Tiznado, y levantó la mirada con rabia y un furiosos siseo que interrumpió cuando se dio cuenta de quién había detenido la pelea.

—Déjenlo en paz —ordenó Estrella de Fuego.

—Pero es un intruso —Zarzoso protestó, poniéndose de pie y sacudiéndose polvo del manto.

—Un *minino casero* intruso —añadió Cenizo, rehusándose a soltar la cola de Tiznado.

—No, no lo es —los corrigió Estrella de Fuego—. Es un amigo. De cualquier forma, ¿qué están haciendo ustedes dos aquí?

—Estamos en la patrulla fronteriza —Zarzoso le dijo—. Con Manto Polvoroso y Musaraña. Mira, ahí vienen.

Siguiendo la dirección en la que apuntaba la cola de Zarzoso, Estrella de Fuego vio a los dos guerreros mayores brincando con rapidez entre los árboles.

—En nombre del Clan Estelar, ¿qué está pasando? —exigió Manto Polvoroso—. Por todo ese ruido creí que los había atrapado un zorro.

—No, solo un minino doméstico —Estrella de Fuego maulló, levemente divertido por las expresiones furiosas de Zarzoso y Cenizo—. Muy bien, continúen su patrulla —agregó.

—Pero, ¿qué hay del minino casero? —Cenizo preguntó.

—Creo que puedo manejarlo —maulló Estrella de Fuego—. Hacen bien, pero solo recuerden que no toda cosa que no hayan visto antes es una amenaza.

Zarzoso y Cenizo siguieron a Manto Polvoroso y Musaraña mientras continuaban con su patrulla; Zarzoso se volvió para lanzar una mirada amenazante a Tiznado y siseó:

—¡Mantente lejos de nuestro territorio en el futuro!

Tiznado se puso pesadamente de pie, fulminando con la mirada a sus atacantes. Su pelo estaba cubierto de polvo y sobresalía en todas direcciones, pero no parecía estar herido.

—Tienes suerte de que estuviera aquí para salvarte el manto —le remarcó Estrella de Fuego cuando la patrulla desapareció entre los árboles.

Su viejo amigo dejó escapar un bufido furioso.

—Nunca te voy a entender, Estrella de Fuego. ¿En serio *quieres* vivir con estos rufianes violentos?

Estrella de Fuego ocultó su diversión. No tenía sentido intentar explicarle que aquellos rufianes violentos eran guerreros que habían arriesgado sus vidas a su lado una y otra vez.

—Es bueno verte otra vez, Tiznado —maulló—. ¿Por qué te adentraste tanto en el bosque? Sabes que es peligroso para ti.

Tiznado apartó la mirada, raspando el suelo con una de sus patas delanteras.

—¿Y bien? —incitó Estrella de Fuego cuando Tiznado se quedó callado por varios latidos.

El minino casero parpadeó.

—C… creo… —comenzó titubeante—, bueno, me temo que podría tener que venir a vivir en el bosque contigo.

—¡Gran Clan Estelar! ¿Qué pasó? ¿No es el Clan de la Sangre, o sí? —Estrella de Fuego preguntó con miedo.

Tiznado levantó la mirada por un momento.

—¿El qué?

—No importa. Entonces, tus Dos Patas… ¿no te abandonaron, no?

—¡No! Mis amos siempre han sido muy buenos conmigo. —Tiznado lanzó sobre su hombro una mirada de añoranza hacia la guarida de piedra roja en la que vivía—. Es solo que… bueno, he estado teniendo unos sueños raros, y me acuerdo que me dijiste que *tú* habías tenido sueños antes de que fueras a unirte a los gatos del bosque. —Sus ojos brillaron de horror, y Estrella de Fuego, a pesar de su simpatía, se encontró ocultando un ronroneo de diversión ante la idea de que su amigo no podía imaginar

nada peor que tener que vivir en un Clan—. Creí que mis sueños debían de significar que tengo que abandonar a mis amos de casa.

Estrella de Fuego movió la cola para tocarle el hombro a su viejo amigo.

—Yo no me preocuparía. Los sueños tienen muchos significados, y a veces un sueño es simplemente un sueño. Estoy seguro de que no tendrás que comer huesos todavía.

Tiznado no parecía reconfortado.

—¡Pero estos sueños son terribles! —maulló—. Siempre veo montones de gatos, gatos que están huyendo. Pero nunca logro ver qué es lo que los está persiguiendo. Lloran y chillan como si estuvieran asustados o sufriendo. Y a veces veo a un gato gris y blanco que está solo. Siempre abre y cierra la boca como si estuviera intentando decirme algo, pero no puedo oír lo que dice.

Todos los pelos en el manto de Estrella de Fuego se erizaron. ¡Tiznado estaba teniendo los mismos sueños que él! Pero, ¿por qué? Seguramente el Clan del Cielo no creía que una *mascota* podía ayudarlos, ¿no?

—¿Qué opinas? —Tiznado preguntó, nervioso—. ¿Voy a tener que ir a vivir al bosque?

Estrella de Fuego supo que tenía que decidir cuánto contarle a su amigo. Aunque su fe en el Clan Estelar se había visto gravemente afectada, aún sentía cierta lealtad hacia ellos. Al menos, no creía que pudiera contarle a Tiznado cómo el Clan Estelar había permitido que el Clan del Cielo fuera expulsado del bosque, y cómo luego había mentido al respecto. Además, si intentaba explicárselo, ¿qué tanto entendería Tiznado? No tenía ni idea del código guerrero, ni de lo que era vivir en un Clan.

—No te preocupes por eso —maulló al fin—. No hay razón para que dejes a tus Dos Patas.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Yo ya sé un poco sobre estos sueños y estoy tratando de ordenarlo todo.

Tiznado parecía desconcertado, pero también aliviado.

—Supongo que entonces te dejaré manejarlo.

Estrella de Fuego se alegró de que no se le ocurriera preguntar cómo un gato del bosque, incluso un líder de Clan, podía saber acerca de los sueños de otro gato.

—Volveré contigo a tu guarida de Dos Patas —maulló—. Por si alguno de esos rufianes violentos sigue por aquí.

Tiznado miró su propio pelaje desordenado y se dio unos cuantos lametones. Luego, él y Estrella de Fuego caminaron codo a codo entre los árboles. Cuando la cerca de los Dos Patas estuvo a la vista, Estrella de Fuego vio a un campañol pataleando por el largo pasto. Se abalanzó rápidamente y se enderezó con el cuerpo inerte colgando de las mandíbulas; trató de contener un sentimiento de orgullo por haber sido capaz de mostrar sus habilidades de caza delante de Tiznado.

Su amigo abrió mucho los ojos, pero no de admiración.

—¿Nunca te cansas de tener que cazar tu propia comida?

Estrella de Fuego dejó caer su presa fresca y raspó hojas sobre ella para poder recogerla más tarde.

—No, nunca. Eso es lo que hacen los guerreros.

Tiznado se encogió de hombros y siguió hacia su guarida. Al alcanzarlo, Estrella de Fuego vio a otra gata, una bonita atigrada marrón, saltando de la cerca que rodeaba la guarida de Dos Patas donde él había vivido. Recordaba haberla visto antes, cuando había estado enseñando el territorio a su nuevo aprendiz, Zarzo.

—Hola —maulló ella. Sus ojos ámbar examinaron a Estrella de Fuego sin rastro de miedo—. ¿Quién es este, Tiznado? Nunca lo había visto antes.

Tiznado movió una oreja.

—Se llama Estrella de Fuego. Vive en el bosque.

—Yo me llamo Hattie —se presentó la atigrada—. Nunca había conocido a un gato del bosque. ¿De dónde conoces a Tiznado?

—Lo conozco desde que era cachorro —explicó Estrella de Fuego—. Solía vivir aquí, en esta guarida de Dos Patas.

—¿En serio? ¡Pero esta es mi casa ahora! —Los ojos de la atigrada se abrieron de par en par—. ¿Por qué te fuiste?

—Es una larga historia. —Estrella de Fuego no esperaba que ninguna mascota, ni siquiera esta vivaz atigrada, entendiera lo que lo había sacado de su vida segura con los Dos Patas y llevado al peligro y la emoción del bosque.

—Tengo tiempo para escuchar —maulló Hattie.

Estrella de Fuego se dio cuenta de que Tiznado estaba cerca de él, temblando de tensión.

—Lo siento —maulló el líder—. Tal vez en otra ocasión.

Hattie parecía decepcionada.

—¿No quieres ver el lugar dónde vivías antes? —maulló ella, persuasiva—. Mis Dos Patas desenterraron un arbusto que era tan viejo

que sus raíces se extendían casi por todo el jardín, y plantaron algunos árboles nuevos que son geniales para rascarse.

Estrella de Fuego abrió las fauces para negarse, pero no le salieron las palabras. Se quedó en silencio, mirando la cerca. Un arbusto viejo… ¿cuán viejo? ¿Y si había estado allí desde antes de que las guarias de los Dos Patas fueran construidas? ¿Eso significaba que había estado aquí cuando el *Clan del Cielo* vivía en el bosque? ¿Había otros restos del antiguo territorio del Clan del Cielo que pudieran haber sobrevivido?

CAPÍTULO 7

—Estrella de Fuego, ¿por qué te quedaste ahí parado con la boca abierta? —Tiznado preguntó con enojo.

—Perdón. —Por un momento Estrella de Fuego se había quedado atrapado en el mundo perdido del Clan del Cielo, boquiabierto como si esperara que una presa saltara a sus fauces—. De acuerdo —añadió a Hattie—. Echaré un vistazo rápido desde la cerca. —Haciéndole un gesto con la cola a Tiznado para que se alejara un par de pasos junto a él, murmuró—: No tardaré. Esto podría ayudar con tus sueños.

Tiznado parecía dudoso, y lanzó una mirada ansiosa a Hattie.

—No te preocupes, no le diré nada —prometió Estrella de Fuego.

Se levantó de un salto para sentarse en la cerca y miró hacia el jardín. Ahora recordaba el arbusto: había estado quebradizo y raquítico, y algunas de sus ramas se habían quedado sin hojas. En el lugar donde había estado crecía un nuevo árbol joven de corteza suave y tentadora; desde su lugar en la cerca, Estrella de Fuego podía ver que tenía marcas de las garras de Hattie.

Hattie saltó a su lado y señaló con la cola.

—Ahí es donde solía estar el arbusto, y ahí está el árbol rascador. Y hay otro nuevo, junto a la cerca de Tiznado, que es aún mejor.

Estrella de Fuego escuchó unos arañazos más allá de la cerca, y Tiznado se levantó para sentarse al lado de Hattie.

—Bueno, ¿qué ves? —exigió él en voz baja.

—Todavía nada —admitió Estrella de Fuego. Estudió las guaridas de los Dos Patas, tratando de imaginar cómo habría sido esta parte del bosque antes de que talaran los árboles.

Sus ojos se entrecerraron cuando miró de arriba abajo la fila de guaridas. La guarida de Tiznado estaba en una ligera hondonada, más baja que las demás guaridas. Si Estrella de Fuego hubiera estado liderando un Clan en aquel entonces, y hubiera tenido que elegir un lugar para hacer el campamento, lo habría querido en una hondonada protegida, tal vez con zarzales para mayor protección, como el campamento del Clan del Viento. Respiró hondo, sintiendo que se le erizaban todos los pelos del manto. ¿Podría la guarida de Tiznado haber sido construida justo encima del antiguo campamento del Clan del Cielo? Eso podría explicar por qué había estado soñando tan vívidamente con los gatos que huían.

—Tiznado —empezó, interrumpiendo una discusión entre su amigo y Hattie sobre la nébeda—, ¿está bien si me quedo contigo esta noche?

Tiznado parpadeó sorprendido.

—Por supuesto. Pero, ¿estarán bien los… los otros gatos de tu Clan?

Su preocupación conmovió a Estrella de Fuego. Tiznado podía ser un minino doméstico, pero era un verdadero amigo.

—Estarán bien, lo prometo. Solo creo que esto me ayudará a solucionar, ya sabes, lo que estábamos hablando antes.

—Oh, ya veo. —Tiznado pareció alarmado mientras añadía—: Pero no estoy seguro de qué tan fácil será meterte en la guarida.

—No necesito entrar —le dijo Estrella de Fuego. «*¡Que el Clan Estelar se apiade de mí!*»—. Estaré bien en el jardín, gracias.

El gato blanco y negro asintió.

—De acuerdo. Bueno, ven aquí.

—Primero tengo que encontrar a mis compañeros de Clan y hacerles saber que no volveré esta noche.

Estrella de Fuego saltó de la cerca, de vuelta al bosque. Detrás de él, oyó a Hattie maullando inquisitivamente:

—¿Por qué Estrella de Fuego quiere quedarse en tu jardín? ¿Por qué no quiere quedarse en el mío?

Estrella de Fuego corrió entre los árboles hasta llegar al lugar donde había visto por última vez a sus compañeros de Clan. Antes de que pudiera empezar a rastrearlos por el olor, Espinardo apareció de detrás de una mata de zarzas, llevando dos ratones por la cola.

Dejó caer sus presas delante de Estrella de Fuego.

—Creí que habrías vuelto al campamento.

—No, surgió algo. —Estrella de Fuego no quiso dar más explicaciones—. No volveré hasta mañana. No pasa nada —añadió, viendo que Espinardo empezaba a mostrarse preocupado—. Solo dile a Látigo Gris que él está a cargo hasta entonces.

—Bueno. Nimbo Blanco y yo estamos casi listos para recoger nuestras presas.

Estrella de Fuego se despidió y volvió sobre sus pasos a través de los árboles hacia las guaridas de Dos Patas. No había rastro de Tiznado, pero Hattie estaba sentada donde él la había dejado.

—Todavía no me has dicho cómo te uniste a tu Clan —maulló cuando Estrella de Fuego saltó a la cerca de Tiznado. Sonaba ofendida—. ¿No quieres visitar tu antiguo hogar como es debido?

Estrella de Fuego no quería disgustarla, y la verdad sí tenía curiosidad por ver el lugar donde había pasado las primeras lunas de su vida. Balanceándose con cuidado, caminó a lo largo de la cerca hasta ponerse junto a Hattie.

—Está bien, iré un ratito.

Hattie dejó escapar un pequeño trino de placer y bajó de un salto a su jardín. Estrella de Fuego la siguió; su nariz se agitó ante los olores desconocidos. Las flores parecían mirarlo a la luz del sol y el pasto cortado le pinchaba las almohadillas. Todo le parecía familiar y a la vez extraño, como si estuviera mirando a través de los ojos de otro gato algo que él nunca había experimentado.

—Ven a rascarte —invitó Hattie, corriendo hacia el árbol y poniéndose sobre sus patas traseras para rascarse las garras a lo largo del tronco—. Se siente muy bien. —Girando, señaló con la cola—. Y ese es el arbusto donde las aves saltan tras los caracoles. ¿Hacían lo mismo cuando tú estabas aquí?

—Sí —contestó Estrella de Fuego, persiguiendo el vago recuerdo—. ¿Has intentado atrapar alguna alguna vez?

Hattie arrugó la nariz con desagrado.

—¿Por qué querría hacer eso? Habría sangre y plumas por todas partes, ¡puaj!

Estrella de Fuego se mordió una respuesta molesta. Una mascota no podía entender que un ave (incluso el más escuálido y duro tordo) podría ser lo único que evitara que un gato de Clan muriera de hambre.

—Yo solía acechar a las aves —comentó, acercándose al arbusto y agachándose bajo sus ramas—. Pero nunca atrapé ninguna. Eran

demasiado rápidas para mí. Aprendí a cazar presas cuando me adentré en el bosque.

—No entiendo por qué dejaste a tus dueños —maulló Hattie, acercándose para sentarse a su lado—. Ellos…

Se interrumpió al oír pasos que se acercaban. Estrella de Fuego se levantó de un salto y se dio la vuelta para ver a sus antiguos Dos Patas caminando por el sendero que rodeaba la guarida. Los acompañaba una cría, una hembra que se tambaleaba sobre unas piernas cortas y rechonchas y se aferraba a su madre con una pata.

Antes de que los Dos Patas pudieran verlo, Estrella de Fuego salió corriendo del arbusto; una rama le raspó el pelaje. Se lanzó por los listones de madera de la cerca, por encima de esta, y bajó a la sombra del bosque. En cuanto sus patas tocaron el suelo, se metió al refugio de un grupo de helechos y se agazapó allí, con las orejas aguzadas, atento por si oía a los Dos Patas ir tras él. ¿Se había movido lo suficientemente rápido o lo habían visto? Ni siquiera podía estar seguro de que lo reconocieran después de tantas temporadas, pero no valía la pena arriesgarse.

Poco a poco su respiración se hizo más lenta. Todo estaba tranquilo en los jardines de los Dos Patas. No podía oír ningún sonido que indicara que los Dos Patas lo estaban buscando, solo el susurro de los árboles y los pequeños sonidos de las presas. Pero permaneció escondido hasta que el sol empezó a ponerse, bañando el bosque de luz escarlata.

Saliendo de la sombra de los helechos, olió el campañol que había matado antes, lo desenterró y lo devoró a tragos hambrientos. Luego, en el crepúsculo, se arrastró cautelosamente de vuelta a las guaridas de los Dos Patas y escaló la cerca para aterrizar sin ser visto en el jardín de Tiznado.

Caminó hacia adelante, buscando un lugar para dormir cerca del centro de la hondonada, donde imaginaba que estaría el campamento del Clan del Cielo. Un débil sonido lo hizo saltar, pero solo era Tiznado, bajando de la rama baja de un árbol.

—¡Ahí estás! —jadeó el minino casero—. Pensé que habías vuelto al bosque. Hattie me contó lo que pasó con tus antiguos Dos Patas.

Estrella de Fuego no quería hablar de eso.

—Solo me mantuve fuera de vista hasta que se fueron —explicó.

Tiznado se dio unos rápidos lametones en el pelaje del pecho, como si tratara de ocultar lo ansioso que había estado.

—¿Seguro que podrás dormir aquí afuera? —continuó—. Hará frío ahora que el sol se puso.

—Tiznado, duermo afuera todas las noches —le recordó Estrella de Fuego—. Estoy acostumbrado. No creo poder dormir dentro de una guarida de Dos Patas aunque lo intente.

Tiznado parpadeó.

—Oh, bueno. Solo pensé…

Se interrumpió cuando la puerta de la guarida se abrió y una luz amarilla se derramó en el oscuro jardín. Una Dos Patas hembra estaba allí, aullando, con un cuenco en la mano.

—Tengo que irme —maulló Tiznado, mientras Estrella de Fuego se agachaba detrás de un matojo de pasto plumoso—. Mi cena está lista. ¿Estás seguro de…?

Estrella de Fuego reprimió un suspiro.

—Estaré bien, en serio.

—Buenas noches, entonces. —Tiznado corrió por el pasto con la cola en el aire y se frotó contra la Dos Patas. Ella se agachó para acariciarlo y luego cerró la puerta.

Estrella de Fuego bajó por la hondonada hasta llegar a un arbusto cubierto de flores blancas de dulce aroma que brillaban pálidas en la tenue luz. Deslizándose por debajo de las ramas bajas, rascó el suelo para hacerse un lecho áspero y estornudó cuando un par de pétalos le cayeron sobre la nariz.

Mientras se acurrucaba, pensó en lo extraño que era volver al Poblado de los Dos Patas después de tanto tiempo. Los tenues sonidos procedentes de la guarida le resultaban extrañamente familiares, al igual que la luz anaranjada que se extendía por el cielo. El fuerte resplandor ocultaba las estrellas, por lo que Estrella de Fuego se sentía aún más lejos de sus antepasados guerreros. Mirando hacia arriba a través de las ramas, formó una oración silenciosa, pero no era para el Clan Estelar. «*Guerrero del Clan del Cielo, dondequiera que estés, visítame en mis sueños*».

Un frío húmedo lo despertó, empapándole el manto. Sobre su cabeza, la neblina suavizó el cielo anaranjado. Temblando, salió de debajo del arbusto para estirar sus piernas agarrotadas, y se congeló a medio estirar.

El gato gris y blanco estaba sentado a unas cuantas colas de distancia. La neblina lo envolvía y miraba a Estrella de Fuego con ojos del color de un pálido cielo de la estación sin hojas.

—Te he estado esperando —maulló.

CAPÍTULO 8

—¿Qu… quién eres? —Estrella de Fuego balbuceó—. ¿Cómo te llamas?

El extraño gato lo miró sin expresión.

—Hace tanto tiempo que nadie pronuncia mi nombre, que ya no lo necesito. —Sus ojos le hablaban a Estrella de Fuego de una profunda tristeza; su voz dolía de ella, de modo que Estrella de Fuego apenas podía soportar escuchar.

—¿Vienes del Clan del Cielo? —preguntó, aunque estaba casi seguro de cuál sería la respuesta.

El gato de pelo claro movió los bigotes, sorprendido.

—¿Entonces sabes del Clan del Cielo?

—Un poco —maulló Estrella de Fuego—. Hablé con una guerrera del Clan Estelar. Me dijo que una vez hubo cinco Clanes en el bosque, pero que el Clan del Cielo se fue cuando…

—¿«Se fue»? —La voz del guerrero del Clan del Cielo estaba llena de desprecio—. No nos *fuimos*. Los otros Clanes nos echaron del bosque porque dijeron que ya no había lugar para nosotros.

Estrella de Fuego lo miró fijamente. Cuando había hablado con Estrella Azul, ella le había hecho creer que el Clan del Cielo se había ido por su propia voluntad cuando los monstruos de los Dos Patas habían invadido su territorio. Nunca le dijo que los otros Clanes los habían echado. Seguramente el código guerrero no lo permitiría, ¿o sí? Sin embargo, no pudo reprimir un pensamiento persistente: ¿*él* querría ceder algo del territorio del Clan del Trueno si otro Clan se lo hubiera pedido?

—¿El Clan Estelar no pudo hacer algo para ayudarlos? —preguntó.

—¡El Clan Estelar! —El gato del Clan del Cielo escupió las palabras, dando un azote con la cola—. El Clan Estelar nos traicionó. Permitieron que los otros Clanes nos echaran como a proscritos. Cuando salimos del bosque, juré que nunca volvería a mirar a las estrellas.

—¿Un Clan sin ancestros guerreros? —Estrella de Fuego se quedó atónito.

—Nuestra curandera aún caminaba con ellos en sueños —le dijo el gato del Clan del Cielo—. Y muchos de nuestros guerreros mantuvieron las viejas costumbres. Nunca intenté detenerlos. Habían perdido su hogar; ¿cómo iba a quitarles también el código guerrero?

El extraño gato hablaba como si hubiera sido el líder de su Clan. Pero antes de que Estrella de Fuego pudiera preguntarle si era cierto, el guerrero de pelaje claro se enderezó y miró a su alrededor.

—Antes vagábamos por todo este territorio, patrullábamos nuestras fronteras y cazábamos todas las presas que queríamos. Pero entonces llegaron los Dos Patas. —La nota palpitante de tristeza volvió a su voz, erizando cada pelo del manto de Estrella de Fuego—. Este fue una vez nuestro campamento —continuó, señalando el jardín de Tiznado con un movimiento de su cola—. Donde estamos parados solía estar la guarida de los guerreros. La guarida de Dos Patas está donde estaba nuestra maternidad. La guarida de nuestros aprendices estaba bajo los helechos a lo largo de la línea de la cerca, y bajo esos arbustos de ahí era donde dormían nuestros veteranos. —Suspiró—. Fue hace tanto tiempo…

—¿Dónde está ahora el campamento del Clan del Cielo?

El gato gris y blanco se miró las patas.

—El Clan del Cielo no tiene campamento —maulló en voz baja—. Mi Clan se ha separado y dispersado.

Estrella de Fuego se quedó perplejo.

—¿Entonces ya no existe el Clan del Cielo?

El pelo del cuello del guerrero del Clan del Cielo se erizó y echó hacia atrás los labios en el comienzo de un gruñido.

—Yo no dije eso. Dije que nuestro hogar se ha ido y que mis compañeros de Clan se dispersaron. Algunos se convirtieron en proscritos, y otros se fueron a vivir con Dos Patas como mascotas. Pero el Clan del Cielo aún vive, aunque los gatos han olvidado su herencia y el código guerrero.

Desconcertado, Estrella de Fuego se preguntó cómo el otro gato podía insistir en que el Clan del Cielo sobrevivía sin ningún territorio, si se había

disuelto y cuando ningún gato conocía el código guerrero. ¿Qué era un Clan si su hogar y su herencia habían desaparecido?

—Entonces, ¿por qué has venido a mí? —preguntó.

—Porque eres el único que puede ayudarnos —respondió el guerrero. Avanzó a grandes zancadas hasta situarse a un paso de Estrella de Fuego, y su tenue y fugitivo aroma envolvió al líder del Clan del Trueno—. Debes reconstruir el Clan del Cielo antes de que se pierda para siempre.

Estrella de Fuego lo miró fijamente. ¿Cómo podría reconstruir un Clan disperso, cuando no tenía idea de cómo encontrar a sus gatos, y tenía un Clan propio que liderar?

—Pero…

El guerrero del Clan del Cielo lo ignoró.

—Debes seguir el río hasta su nacimiento —ordenó—. Huimos río arriba, y ahí es donde encontrarás los restos del Clan, y un lugar donde puedan vivir.

La mente de Estrella de Fuego daba vueltas.

—Pero… pero ¿por qué yo?

El gato gris y blanco fijó su mirada en Estrella de Fuego, sus ojos brillaban de tristeza.

—He esperado mucho tiempo a que vinieras, un gato fuerte, un líder, y uno que no lleva la mancha de la traición en su sangre. No desciendes de los gatos que nos expulsaron, y sin embargo eres un verdadero guerrero de Clan. Es tu destino restaurar el Clan del Cielo.

La neblina se arremolinó a su alrededor y su manto pareció desvanecerse en ella, dejando a Estrella de Fuego mirando el pasto donde había estado. Solo quedaba su olor.

Estrella de Fuego se sentó y se cubrió las patas con la cola. Aún no se había movido cuando los primeros rastros del amanecer aparecieron en el cielo.

El débil lamento de un gato lo despertó. Se levantó de un salto, con el pelaje erizado. ¿Estaban atacando el campamento? Entonces recordó dónde estaba; además, el lamento sonaba más impaciente que aterrorizado.

De repente, la puerta de la guarida de Dos Patas se abrió y Tiznado salió disparado.

—¡De verdad! —jadeó, precipitándose sobre el pasto—. ¡A veces pienso que mis Dos Patas son *estúpidos*! Pedí y pedí salir, pero ¿se levantarían y abrirían la puerta?

—Bueno, ya estás aquí —Estrella de Fuego maulló, contento de no tener que depender de Dos Patas para ser libre.

—¿Y bien? ¿Soñaste con mis gatos? —preguntó Tiznado.

Estrella de Fuego asintió.

—Hablé con el gato gris y blanco, y sé lo que tengo que hacer ahora.

—¿Lo que *tú* tienes que hacer? Pero ¿qué hay de mí? ¿Por qué yo también tuve los sueños?

Estrella de Fuego levantó la cola para acallar las ansiosas preguntas de Tiznado.

—Los gatos que viste abandonaron el bosque hace mucho tiempo —le explicó—. Ahora están pidiendo ayuda. Soñaste con ellos porque aquí es donde solían vivir.

—¿Aquí? —Tiznado miró su jardín a su alrededor como si esperara que los gatos desaparecidos surgieran de los arbustos en ese mismo momento—. ¿Así que vas a ayudarles?

—Si puedo, sí.

Cuando Estrella de Fuego vio el alivio en los ojos de Tiznado, se preguntó si eso era exactamente cierto. Tendría que dejar a sus compañeros de Clan y emprender un largo viaje sin saber a dónde lo conducía. Tendría que encontrar a un Clan disperso que hacía tiempo había sido abandonado por el Clan Estelar. ¿Por qué iba a ser su destino salvarlos, tanto si los antepasados del Clan del Trueno cargaban con la culpa de haberlos expulsado como si no? Su deber estaba con el Clan del Trueno, y con el código guerrero que conocía desde que llegó al bosque.

—Será mejor que me vaya —le maulló a Tiznado—. Le diré a las patrullas que estén atentas a ti, y que no te salten encima.

—Gracias —contestó Tiznado—. Te estoy muy agradecido, Estrella de Fuego. Eres un buen amigo, ¡pero me alegra no tener que ir a vivir contigo al bosque!

—A mí también me alegra. —Estrella de Fuego le dio a Tiznado un amistoso golpecito en la oreja con la punta de la cola—. Sé que no te gustaría.

—Adiós, entonces. Nos veremos algún día. —Tiznado empezó a retirarse hacia la puerta de la guarida, mirando por encima del hombro para añadir—: Esperemos que sean un poco más rápidos dejándome *entrar*.

Decidido a marcharse antes de que los Dos Patas de Tiznado lo encontraran en su jardín, Estrella de Fuego cruzó el pasto y saltó a lo alto de la cerca.

—¡Adiós, Estrella de Fuego!

Era la voz de Hattie; Estrella de Fuego la vio en el jardín de al lado, en equilibrio sobre una rama baja del árbol rascador. Él le agitó la cola a modo de despedida.

—¡Vuelve a vernos! —la gata exclamó mientras él bajaba de la cerca y se internaba de nuevo en la sombra de los árboles.

Una vez fuera de la vista de las guaridas de Dos Patas, aminoró el paso. Por una vez, el bosque le pareció extraño. Se sentía extrañamente ajeno a él, como si ya no fuera real. En cambio, seguía pensando en el páramo y en los lamentos de los gatos que huían. ¿Estaba realmente destinado a seguir sus pasos?

Después de la noche húmeda, el sol había salido en un cielo azul claro. Todos los arbustos estaban cubiertos de brillantes telarañas y el rocío centelleaba en cada brizna de pasto, empapando el pelaje de Estrella de Fuego a medida que lo atravesaba. Se detuvo y sintió un cosquilleo en las patas al percibir el olor de gatos que se acercaban, pero se relajó cuando Espinardo apareció atravesando un grupo de helechos, seguido de cerca por Zarpa Hollín, la madre de Zarpa Hollín, Sauce, y Cenizo.

Estrella de Fuego se sacudió el manto con fastidio. Por supuesto, ¡esta era la patrulla del alba! ¿Acaso su mente estaba tan llena del Clan del Cielo que no podía reconocer el olor de sus propios compañeros de Clan?

—Hola, Estrella de Fuego. —Espinardo se acercó a él—. ¿Todo bien?

—Sí, todo está bien. —Estrella de Fuego no iba a explicar por qué había pasado la noche fuera del campamento.

Espinardo intercambió una rápida mirada con Sauce, y luego se volvió hacia su líder de Clan.

—Látigo Gris me sugirió que me llevara a Zarpa Hollín hoy —maulló, apoyando la punta de la cola en el hombro del aprendiz—. Rabo Largo no puede entrenarlo cuando sus ojos están tan mal.

—Buena idea. —Una punzada de culpabilidad apuñaló a Estrella de Fuego como una garra; debería haber pensado en el entrenamiento de Zarpa Hollín en cuanto su mentor, Rabo Largo, tuvo el accidente. Sus sueños con el Clan del Cielo lo estaban distrayendo de su deber con su Clan—. De hecho —continuó—, creo que deberías tomar el relevo como mentor de Zarpa Hollín hasta que Rabo Largo vuelva a estar en forma.

«*Si es que alguna vuelve a estarlo*». Estrella de Fuego no se atrevía a decirlo en voz alta. Se negaba a admitir, incluso ante sí mismo, que Carbonilla no sería capaz de salvar a Rabo Largo de la ceguera.

Los ojos de Espinardo brillaron. Era un guerrero joven, y hasta ahora no había tenido un aprendiz.

—¡Gracias, Estrella de Fuego! —maulló.

—Lo anunciaré hoy más tarde —prometió Estrella de Fuego—. Siempre que Rabo Largo esté de acuerdo.

—Estoy seguro de que lo estará —dijo Zarpa Hollín—. Le he estado llevando carne fresca y arreglándole el lecho, y aún puedo hacerlo.

—Bien. —Estrella de Fuego le hizo un gesto de aprobación. Necesitando volver a sumergirse en la vida de su Clan, agregó—: Me uniré a ustedes en la patrulla, y Zarpa Hollín, puedes mostrarme tus habilidades de rastreo.

Los ojos del aprendiz brillaron de emoción ante la idea de entrenar con el líder de su Clan. Mientras Espinardo lideraba el camino a lo largo de la frontera hacia el Sendero Atronador, Zarpa Hollín mantenía la nariz en el suelo, deteniéndose para olfatear el aire cada pocos pasos.

—¿Qué puedes oler? —Estrella de Fuego maulló.

—El Sendero Atronador —respondió Zarpa Hollín con prontitud—. Y un campañol. Y un Dos Patas con un perro ha estado por aquí. No, dos perros.

—¿Hace cuánto tiempo? —Sauce preguntó.

—Hoy no —maulló Zarpa Hollín—. El olor es rancio. Tal vez ayer.

—Eso es lo que pienso yo también —Estrella de Fuego dijo, mientras Sauce dejaba escapar un ronroneo de satisfacción—. Bien, continúen. Zarpa Hollín, dime si hueles algo más.

Estaban tan cerca del Sendero Atronador que Estrella de Fuego podía oír los gruñidos de los monstruos mientras iban de arriba abajo. Pronto salieron de la maleza al borde de la lisa superficie negra.

Zarpa Hollín arrugó la nariz.

—Es realmente asqueroso —se quejó—. Oculta todos los demás olores.

—Cierto —maulló Espinardo—. Eso significa que tienes que tener mucho cuidado.

Con el resto de la patrulla siguiéndolo, se abrió paso por el borde del Sendero Atronador, manteniéndose alejado de las enormes patas negras de los monstruos. Estrella de Fuego sintió que su pelaje era azotado por el viento a medida que pasaban.

Ayudó a Espinardo, Cenizo y Sauce a renovar las marcas olorosas fronterizas, y observó a Zarpa Hollín mientras el aprendiz seguía practicando sus habilidades olfativas. De repente, el joven gato gris se desvió de la frontera.

—Hey, ¿a dónde crees que vas? —lo llamó Espinardo.

Zarpa Hollín miró hacia atrás, con los ojos encendidos por una mezcla de emoción y aprensión.

—Encontré un olor muy raro —explicó.

—Bueno, no puedes seguirlo ahora —le dijo Espinardo—. Esto no es una patrulla de caza.

—¿Qué clase de «raro»? —preguntó Estrella de Fuego. El hedor del Sendero Atronador aún bloqueaba la mayoría de los otros olores.

—Fuerte —Zarpa Hollín contestó—. Nunca lo había olido antes.

Estrella de Fuego intercambió una mirada con Espinardo.

—Bien, sigámoslo.

Esta vez Zarpa Hollín se adentró más en la maleza, y cuando dejaron atrás el Sendero Atronador, Estrella de Fuego empezó a percibir el nuevo olor. Se detuvo, con el pelaje erizado.

—¡Tejón!

—¡Oh, no! —protestó Sauce.

Espinardo resopló.

—Justo lo que necesitamos.

Cenizo permaneció en silencio, pero sus ojos azules se abrieron de par en par.

—¿Los tejones son malos? —preguntó Zarpa Hollín.

—Muy malos —Cenizo respondió.

—Ciertamente no queremos uno en nuestro territorio —coincidió Sauce.

Estrella de Fuego recordó una estación sin hojas, cuando la nieve estaba en el suelo y las presas escaseaban. Nimbo Blanco era un cachorro entonces, y un tejón hambriento lo había atacado en el barranco. Solo el rápido actuar de Estrella de Fuego y Fronde Dorado lo había salvado. Los tejones normalmente no se comían a los gatos, pero si estaban hambrientos o asustados se convertían en oponentes formidables y mortales.

—El olor es fresco —maulló—. Tendremos que seguirlo para averiguar dónde está el tejón y si va a hacer una guarida aquí. Bien hecho, Zarpa Hollín. Ha sido un rastreo muy útil.

Los ojos del aprendiz centellearon.

—Estrella de Fuego tiene razón —agregó Espinardo—. Ahora, mantente detrás de mí, y vamos.

Tomó la delantera, con Zarpa Hollín y Sauce pisándole los talones. Cenizo los seguía, mientras Estrella de Fuego iba en la retaguardia, avanzando con el fuerte olor del tejón en la nariz. Sentía que sus músculos se tensaban bajo su pelaje; casi esperaba que un grueso cuerpo blanco y negro saliera pisoteando de entre la maleza.

Los árboles empezaron a volverse delgados; el rastro del tejón se dirigía hacia las Rocas de las Serpientes. Estrella de Fuego se sentía expuesto y vulnerable, convencido de que unos ojos pequeños y malévolos le observaban desde cada matorral de espinos y zarzas. Este era un mal lugar para los gatos del Clan del Trueno. Cuando aquellos perros andaban sueltos por el bosque habían hecho su guarida en las Rocas de las Serpientes; Zarpa Rauda había muerto en sus fauces, y Centella había recibido sus terribles heridas. Estrella de Fuego imaginaba que aún podía oler el hedor de la sangre derramada.

Las rocas caídas aparecieron a la vista, elevándose desde el centro de un claro donde el suelo arenoso estaba cubierto de pequeñas plantas rastreras y pastos sembrados.

—Quédate aquí —ordenó Espinardo a Zarpa Hollín, señalando con la cola un lugar protegido en la base de unas zarzas—. No te muevas, pero da un buen aullido fuerte si ves algo peligroso.

Zarpa Hollín dudó, como si quisiera seguir rastreando al tejón, y luego fue a agazaparse al refugio de las zarzas con las patas delanteras metidas bajo el pecho. Su pelaje gris se fundió con las sombras.

Espinardo, Sauce y Estrella de Fuego empezaron a buscar entre las rocas. Estrella de Fuego se detuvo en la boca de la madriguera donde habían vivido los perros, y sintió escalofríos desde las orejas hasta la punta de la cola. Estaba preparado para que el hedor a perro saliera del oscuro agujero, pero no había más que un rastro de zorro rancio. Incluso el fresco olor a tejón se había desvanecido. Al principio pensó que se debía a que las rocas y el fino suelo no podían retener el olor durante mucho tiempo. Pero cuando exploró más a fondo, rozando bajo las ramas bajas de un árbol al borde del claro, se dio cuenta de que el tejón no se había adentrado tanto en el territorio. El rastro de olor había desaparecido antes de llegar a las rocas.

—¿Sauce? ¿Espinardo? —llamó—. Perdí el rastro por aquí.

Se interrumpió al sentir un nuevo olor. Estrella de Fuego se dio la vuelta y vio una forma enorme, negra y blanca amarillenta, que salía de

detrás de las zarzas, con sus enormes zarpas listas para golpear al aprendiz acobardado.

Capítulo 9

—¡Zarpa Hollín! ¡Muévete! —aulló Estrella de Fuego.

Saltó hacia delante, pero no vio cómo podría alcanzar a Zarpa Hollín antes de que el tejón le diera un manotazo con sus contundentes y poderosas zarpas.

Entonces avistó a Sauce lanzándose desde lo alto de una roca para atravesar el suelo y apartar de un empujón a Zarpa Hollín con las patas delanteras extendidas. El tejón aterrizó pesadamente sobre la espalda de la guerrera; su grito se interrumpió con un crujido repugnante cuando la enorme criatura le partió el cuello. Levantó su cuerpo inerte con una pata y lo arrojó al claro.

Zarpa Hollín lanzó un grito ahogado. Estrella de Fuego se lanzó contra el tejón, gruñendo mientras le clavaba las garras en el costado. La enorme cabeza rayada se giró, mostrándole sus dientes blancos y relucientes. Cenizo se abalanzó desde el otro lado, saltando para enterrar las garras en el cuello del tejón y clavarle los dientes en la oreja. La criatura se lo quitó de encima fácilmente; Cenizo cayó al suelo y se quedó quieto, sin aliento.

Espinardo se agachó frente al tejón, escupiendo y arañándole los ojos mientras se cernía sobre él. Estrella de Fuego volvió a darle en el flanco, sintiendo una feroz satisfacción cuando brotó sangre de las marcas de sus garras. El tejón lanzó un grito de dolor. Balanceó la cabeza de un lado a otro, luego se dio la vuelta y se adentró en la maleza. Espinardo y Cenizo lo persiguieron con sus aullidos.

—¡Vuelvan! —aulló Estrella de Fuego—. ¡Déjenlo ir!

Jadeando, cerró los ojos brevemente, escuchando como el sonido de las patas del tejón se desvanecía en la distancia. Luego se armó de valor y caminó hacia donde Zarpa Hollín estaba agachado junto al cuerpo de su madre. El aprendiz levantó la mirada cuando Estrella de Fuego se acercó, con ojos suplicantes.

—No está muerta, ¿verdad? No puede estar muerta.

—Lo siento. —Estrella de Fuego agachó la cabeza y tocó la frente de Zarpa Hollín con la nariz. Solo habían pasado cinco lunas desde que el padre del joven gato, Tormenta Blanca, había muerto en la batalla contra el Clan de la Sangre. «*¿Cómo pudo el Clan Estelar permitir que esto sucediera?*»—. Murió valientemente, como una guerrera.

—¡Murió salvándome! —La voz de Zarpa Hollín fue estridente de angustia.

—No te culpes. —Estrella de Fuego le dio un lametón reconfortante en el hombro—. Sauce sabía lo que hacía.

—Pero… —Zarpa Hollín se calló, temblando por el impacto, y empujó la nariz contra el pelaje de su madre.

Estrella de Fuego levantó la mirada para ver que Espinardo y Cenizo regresaban; Cenizo cojeaba pesadamente.

—Se fue hacia el Sendero Atronador —informó Espinardo—. Espero que lo atrape un monstruo. —Se acercó a Zarpa Hollín y se sentó a su lado, enroscando la cola sobre los hombros del joven gato.

Zarpa Hollín no levantó la mirada.

—¿Estás bien? —Estrella de Fuego le preguntó a Cenizo.

El guerrero más joven flexionó los músculos de los hombros.

—Creo que sí. Aterricé con fuerza; eso es todo.

—Será mejor que Carbonilla te eche un vistazo de todos modos, cuando volvamos al campamento.

Cenizo asintió. Juntos, él y Estrella de Fuego levantaron el cuerpo inerte de Sauce y comenzaron a llevarla de vuelta al barranco. Su cola caída marcaba una tenue línea en el polvo. Espinardo los siguió, guiando al aturdido Zarpa Hollín.

Envuelto en su dolor, Estrella de Fuego no notó el sonido o el olor de los gatos que se acercaban hasta que Nimbo Blanco emergió de un grupo de helechos casi bajo sus patas.

—Estrella de Fuego, ¡volviste! —exclamó el guerrero blanco—. ¿Estás…? —Se interrumpió, sus ojos azules se encendieron de alarma—. Es Sauce. ¿Qué pasó?

Manto Polvoroso y Fronde Dorado se unieron a Nimbo Blanco para escuchar, horrorizados, mientras Estrella de Fuego dejaba en el suelo a la guerrera muerta y describía cómo había dado su vida para salvar a Zarpa Hollín.

—Déjame clavarle las garras a ese tejón —siseó Nimbo Blanco cuando Estrella de Fuego hubo terminado—. Haré que desee no haber nacido.

—¿No deberíamos seguirlo? —Manto Polvoroso sugirió—. Deberíamos asegurarnos de que realmente se ha ido.

Estrella de Fuego asintió.

—Se dirigió al Sendero Atronador —maulló—. Nimbo Blanco, ve con tu patrulla a ver si puedes captar su olor. Síganlo y averigüen qué hace, si pueden, pero *no lo ataquen*. ¿Está claro?

Nimbo Blanco dio un azote con la cola.

—Si tú lo dices.

—Si se instala en nuestro territorio, trazaremos un plan para deshacernos de él —prometió Estrella de Fuego—. Pero no me arriesgaré a perder más gatos a menos que sea necesario.

Murmurando en voz baja, Nimbo Blanco guió a su patrulla de vuelta por el sendero hacia las Rocas de las Serpientes. «*Gran Clan Estelar, que vuelvan todos vivos*», rezó Estrella de Fuego mientras desaparecían entre la maleza.

Estrella de Fuego sentía las piernas pesadas por el cansancio mientras él y Cenizo luchaban por sacar el cuerpo de Sauce a través del túnel de aulagas. El dolor por sus compañeros de Clan se le clavó profundamente en el corazón. Él era su líder; se suponía que debía protegerlos, no dejar que gatos murieran cuando él estaba con ellos.

Cuando llegó al claro, Látigo Gris y Tormenta de Arena estaban sentados juntos junto al montón de carne fresca. Intercambiaron una mirada interrogativa cuando lo vieron; Estrella de Fuego supuso que se preguntaban por qué había pasado la noche fuera del campamento. Los problemas del Clan del Cielo se abatieron sobre él de nuevo, más pesados que el cuerpo de Sauce, pero tuvo que apartarlos. Ahora no había tiempo para pensar en el Clan perdido.

Ambos gatos se levantaron de un salto y corrieron hacia él.

—Estrella de Fuego, ¿qué pasó? —Látigo Gris preguntó.

—Te lo diré pronto —prometió Estrella de Fuego con voz ronca—. Primero tengo que llevar a Sauce con Carbonilla, para que pueda prepararse para la vigilia.

—Se lo haré saber. —Tormenta de Arena giró sobre sí misma y salió a toda velocidad hacia la guarida de la curandera.

Para cuando Estrella de Fuego y Cenizo habían cruzado el campamento, Carbonilla había salido del túnel de helechos.

—Pongan su cuerpo ahí —dijo, señalando con la cola un lugar sombreado bajo los helechos—. Estará protegida del sol hasta que anochezca.

Los dos gatos hicieron lo que ella les sugirió; Zarpa Hollín se acomodó junto al cuerpo de su madre como si sus patas no pudieran sostenerlo un momento más. Sus ojos miraban a lo lejos, vidriosos de horror, como si no pudiera dejar de revivir aquel terrible momento.

—Zarpa Hollín necesita algo para el impacto —Estrella de Fuego le murmuró a Carbonilla—. Y Cenizo podría haberse dañado el hombro.

La curandera asintió.

—Le traeré algunas semillas de adormidera. Cenizo, ven conmigo.

Mientras el guerrero gris seguía a Carbonilla a su guarida, otro chillido sonó desde el lado opuesto del campamento. Estrella de Fuego giró la cabeza y vio a Zarpa Orvallo y Zarpa Acedera saliendo a toda velocidad de la guarida de los aprendices. Zarpa Acedera se arrojó junto al cuerpo de su madre, apretándose contra su costado frío, mientras Zarpa Orvallo se detenía frente a Estrella de Fuego.

—¡¿Qué pasó?! —exigió saber.

—Un tejón la mató —Estrella de Fuego contestó—. Lo siento, Zarpa Orvallo. Nadie podría haberlo evitado.

El aprendiz lo miró un momento más, con el pelaje erizado. Luego bajó la cabeza y la cola y se dio la vuelta sin decir nada, para acomodarse junto a sus hermanos.

—Todos necesitarán que Carbonilla los trate —murmuró Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego estaba demasiado mal del corazón para contestar. Rozando el pelaje de su pareja con la cola, cruzó el campamento y trepó la Peña Alta para convocar al Clan a una reunión. Los gatos ya estaban saliendo de sus guaridas, conmocionados y desconcertados al enterarse de la muerte de Sauce.

—Gatos del Clan del Trueno… —empezó Estrella de Fuego cuando estuvieron todos reunidos—. Sauce ha muerto. Murió con valentía, y su espíritu será honrado en el Clan Estelar.

—¿Cómo sucedió? —Cola Pintada exclamó.

Estrella de Fuego sentía como si un peso extra de tristeza descendiera sobre él cada vez que tenía que contar la historia.

—El tejón huyó hacia el Sendero Atronador —terminó—. Nimbo Blanco y su patrulla lo están rastreando.

Centella, sentada afuera de la maternidad, se estremeció cuando mencionó a su pareja, mientras Fronda acercaba a sus cachorros con un movimiento de la cola. Pequeño Zancón y Pequeño Topillo se apretaron contra su pelaje, mirando a Estrella de Fuego con enormes ojos asustados.

—¿Qué hay de mis cachorros? —preguntó Fronda—. ¿Y si el tejón viene aquí?

—Poco probable —Estrella de Fuego respondió, flexionando las garras sobre la dura roca—. Era joven y creo que aprendió que los gatos no son presa fácil. Sabremos más cuando vuelva Nimbo Blanco. Les prometo —añadió— que nos aseguraremos de que el tejón no lastime a nadie más del Clan.

Fronda no parecía convencida, pero no había nada más que pudiera decir para tranquilizarla.

—Pero esta noche, velaremos por Sauce —anunció, y bajó de la Peña Alta para indicar que la reunión había terminado.

—Están muy mal —Látigo Gris comentó, yendo con Tormenta de Arena a reunirse con Estrella de Fuego a la entrada de su guarida.

—Sobre todo esos tres aprendices —añadió Tormenta de Arena, con compasión en su mirada verde—. Es un mal momento para que pierdan a su madre.

Estrella de Fuego asintió con tristeza.

—Es la primera gata que perdemos desde la batalla con el Clan de la Sangre. Creo que a todos nos cuesta entender que aunque estemos en paz con los otros Clanes, el bosque no es completamente seguro.

Por alguna razón, una alarma se encendió en los ojos de Látigo Gris y Tormenta de Arena mientras hablaba, e intercambiaron una rápida mirada. Estrella de Fuego no entendía, pero después del estrés de su encuentro con el guerrero del Clan del Cielo, y el horrible impacto de encontrarse con el tejón, no tenía la energía para cuestionar a sus amigos.

—Hablaremos más tarde —murmuró, y caminó lentamente por el campamento hacia el montón de carne fresca.

Cuando cayó la noche, las veteranas llevaron el cuerpo de Sauce al centro del campamento para velarlo. Estrella de Fuego se les unió allí; levantó la mirada para ver las estrellas del Manto Plateado ardiendo, como si esperaran para dar la bienvenida al espíritu de Sauce.

—Era muy querida —dijo Cola Moteada con la voz rasposa, alisando el pelaje de la guerrera gris con una pata delantera—. Y demasiado joven para morir. Tenía mucho más que dar a su Clan.

—Lo sé —Estrella de Fuego coincidió, sintiéndose vacío de dolor.

Había estado con Sauce cuando el tejón atacó a Zarpa Hollín, pero no había podido salvarla. «*¿Te llamas a ti mismo líder?*», se preguntó salvajemente.

Observó cómo Carbonilla guiaba a los tres aprendices hacia su madre; la curandera murmuraba palabras de consuelo mientras los jóvenes gatos se agachaban y hundían la nariz en el quieto pelaje gris. Más miembros del Clan se reunieron alrededor, algunos se quedaron un rato antes de irse en silencio a sus guaridas, mientras que otros se instalaron junto al cuerpo de Sauce para velar durante la noche.

«*¿Cómo puedo irme ahora? No puedo abandonar a mi Clan para irme a lo desconocido, en busca de un Clan que ya no existe. Tal vez no pueda protegerlos de los tejones que los matan o de los conejos que los ciegan, pero mi lugar sigue estando aquí, sirviendo a mi Clan. Eso es lo que significa ser un líder*».

Estrella de Fuego levantó la mirada hacia el Manto Plateado, preguntándose si los guerreros estrellados aprobaban su decisión. Pero las centelleantes motas de luz parecían muy lejanas, y no dieron ninguna respuesta.

Veló junto al cuerpo de su guerrera muerta hasta que los primeros rayos del alba llegaron a través de los árboles. Una leve brisa agitó el pelaje de Sauce. Cola Pintada se levantó.

—Es la hora —maulló.

Ella y las otras veteranas levantaron el cuerpo de Sauce y lo llevaron lentamente fuera del campamento para enterrarlo. El resto del Clan salió de sus guaridas y las vio partir en respetuoso silencio. Cuando el pelaje gris de Sauce se perdió de vista en el túnel de aulagas, Carbonilla agitó su cola para reunir a los tres aprendices cerca de ella.

—Hoy no habrá entrenamiento para ellos —le dijo la curandera a Estrella de Fuego—. Necesitan descansar.

Estrella de Fuego asintió.

—Tú sabes lo que es mejor, Carbonilla.

Con las extremidades agarrotadas por haber estado agachado toda la noche, se levantó a trompicones y se dirigió a su guarida. En cuanto se hundió en el suave musgo de su lecho, la oscuridad se cernió sobre él como el ala de un cuervo.

El chispeante aroma del agua fluyó a su alrededor, y Estrella de Fuego se encontró caminando junto a un río. La luz del sol bailaba en la superficie; las formas plateadas de varios peces parpadeaban en los bajíos. Se detuvo y miró a su alrededor. Los árboles y arbustos de la orilla no le eran familiares y supo que estaba soñando.

De pronto se produjo una turbulencia en el agua y la cabeza de una gata rompió la superficie, con un regordete pez plateado agarrado fuertemente entre las mandíbulas. Mientras nadaba hacia la orilla y salía del agua, Estrella de Fuego reconoció a Corriente Plateada, la gata del Clan del Río que se había enamorado de Látigo Gris y había muerto dando a luz a sus cachorros. Las gotas de agua que se aferraban a su pelaje brillaban tanto como las estrellas.

Dejando caer el pescado delante de él, maulló:

—Saludos, Estrella de Fuego. Este pez es para ti. —Cuando él dudó, ella se lo acercó—. Vamos, come.

—Pero no es un pescado del Clan del Trueno —protestó Estrella de Fuego—. No quiero robar una presa.

Corriente Plateada dejó escapar un pequeño ronroneo de diversión.

—No estás robando; es un regalo. Tampoco es un pez del Clan del Río. Parecías hambriento, así que pensé en atraparte algo de comida.

—Gracias. —Estrella de Fuego no dudó más. Hundiendo los dientes en el pescado, pensó que nunca había probado algo tan delicioso. Con cada bocado sentía que la fuerza volvía a su cansado cuerpo.

Mientras seguía comiendo, Corriente Plateada se le acercó y le maulló suavemente al oído:

—¿Recuerdas la vida que te di cuando te convertiste en líder? Te dije que era de lealtad a lo que sabes que es correcto. Estrella de Fuego, eso no siempre es lo mismo que seguir el código guerrero. —Cuando se volvió hacia ella, sorprendido, la gata añadió en un susurro—: Yo siempre supe que era correcto que Látigo Gris y yo estuviéramos juntos, aunque viniéramos de Clanes diferentes. Hay cosas que son demasiado grandes para ser contenidas en el código guerrero.

Le tocó el costado con la nariz, luego volvió al río y se lanzó al agua.

—Adiós, Corriente Plateada —exclamó Estrella de Fuego.

Creyó oír su última palabra de despedida temblando en el aire cuando el deslumbramiento de la luz sobre el agua se la tragó. Donde ella se había desvanecido, apareció la imagen de gatos del Clan del Cielo huyendo, saltando y parpadeando a través de las olas. Luego Estrella de Fuego se estaba despertando en su propia guarida, con el sabor del pescado en la boca y el estómago cómodamente lleno.

Corriente Plateada obviamente creía que debía ir en el viaje para encontrar al Clan del Cielo. El código guerrero no cubría todo lo que ocurría bajo las estrellas, y ahora tenía que enmendar lo que los otros cuatro Clanes habían hecho hacía mucho tiempo. Ya que una gata del Clan Estelar había venido a decirle esto, ¿era la voluntad de sus ancestros guerreros que el Clan perdido fuera restaurado? Tal vez incluso el Clan Estelar se sentía culpable por lo que habían permitido que sucediera.

—Debo irme —murmuró Estrella de Fuego en voz alta.

Aunque sentía que su corazón se partía en dos cuando pensaba en abandonar su Clan, sabía que Látigo Gris era tan leal al Clan del Trueno como él, y cuidaría de ellos hasta que regresara.

Se puso de pie, sacudiéndose restos de musgo del manto. Cuando pasó la pantalla de liquen y salió al claro, vio que casi era mediodía. El largo sueño y el pescado que le había dado Corriente Plateada le habían devuelto las fuerzas, y sabía que había muchas cosas que debía hacer antes de partir.

Primero caminó por el túnel de helechos hasta la guarida de Carbonilla. Los tres hijos de Sauce dormían acurrucados entre los helechos. Rabo Largo estaba echado afuera de la grieta en la roca y levantó la cabeza cuando Estrella de Fuego salió al claro.

—Hola, Estrella de Fuego.

Las almohadillas de Estrella de Fuego hormiguearon de esperanza.

—¿Puedes verme?

Rabo Largo parpadeó, y Estrella de Fuego vio que sus ojos seguían inflamados.

—Sí… no. No estoy seguro —contestó—. No eres más que un borrón. Creo que te reconocí por tu olor.

—¿Entonces tus ojos no están mejor?

Rabo Largo suspiró.

—No. Creo que están empeorando.

—Pero no me voy a rendir todavía. —Carbonilla salió de su guarida, hablando alrededor del envoltorio de hojas que llevaba en las fauces. Poniéndolo al lado de Rabo Largo, agregó—: Esta es una cataplasma de caléndula con pulpa de bayas de enebro. Veremos si ayuda.

—De acuerdo. —Rabo Largo no sonaba esperanzado, pero mantuvo la cabeza quieta mientras Carbonilla le untaba la cataplasma en los ojos infectados.

—¿Querías algo, Estrella de Fuego? —preguntó ella cuando hubo terminado, limpiándose las patas en el pasto.

—Hablar con Rabo Largo —Estrella de Fuego respondió—. Es sobre Zarpa Hollín —empezó torpemente, preguntándose cómo reaccionaría Rabo Largo al perder a su aprendiz.

—Lo sé, no tiene mentor —maulló Rabo Largo con prontitud—. Me ha estado preocupando.

Estrella de Fuego se sintió aliviado de no tener que explicar lo que pensaba.

—En cuanto esté en condiciones de volver a entrenar, creo que debería buscar otro gato que te sustituya. Solo hasta que tus ojos estén mejor.

Las orejas de Rabo Largo se crisparon.

—No tienes que mentirme, Estrella de Fuego. Sé perfectamente que me estoy quedando ciego. Nunca entrenaré a otro aprendiz.

Estrella de Fuego intercambió una mirada con Carbonilla. El hecho de que la curandera no protestara le demostraba que Rabo Largo probablemente tenía razón.

—Nos preocuparemos de eso cuando ocurra —maulló—. Ahora mismo, tenemos que encontrarle a Zarpa Hollín otro mentor. ¿Crees que Espinardo sería una buena opción?

—Sí, es muy aplicado. Ya es hora de que tenga un aprendiz. —Rabo Largo reprimió un suspiro—. A Zarpa Hollín le irá bien con él.

—Está decidido, entonces. Gracias, Rabo Largo. —Dudó, sabiendo que tenía que contarle a Carbonilla su decisión de irse, pero sin saber cómo empezar.

Los ojos de la curandera se entrecerraron.

—Veo que tienes algo en mente, Estrella de Fuego —maulló—. Escúpelo.

—Necesito hablar contigo —empezó él—. ¿Quieres venir a dar un paseo conmigo por el bosque?

Carbonilla parecía sorprendida.

—¿Qué, ahora? —Movió la cola hacia los aprendices dormidos—. Tengo las patas ocupadas con esos tres.

—No, después del mediodía —contestó Estrella de Fuego—. Necesito hablar con Látigo Gris y Tormenta de Arena también. Iremos una vez que las patrullas de la tarde hayan sido organizadas.

Los ojos azules de Carbonilla aún parecían desconcertados, como si se preguntara qué tenía que decirle Estrella de Fuego que no pudiera decirse en su propia guarida.

—Bien, llevaré a Zarpa Hollín, Zarpa Acedera y Zarpa Orvallo a la maternidad. Fronda y Centella pueden cuidarlos. No les hará ningún daño ser tratados como cachorros por un día o dos, tan pronto después de perder a su madre.

—Genial —maulló Estrella de Fuego—. Te veré en el montón de carne fresca.

Pero mientras retrocedía por el túnel de helechos, una fría piedra parecía pesarle en el estómago al preguntarse cómo reaccionarían sus amigos ante su decisión.

Estrella de Fuego encabezó la salida del túnel de aulagas con Látigo Gris, Tormenta de Arena y Carbonilla siguiéndole de cerca; sus garras se flexionaron de nervios a medida que se acercaba el momento en que tendría que hablarles sobre el Clan del Cielo.

—Nimbo Blanco me informó justo antes del mediodía —Látigo Gris maulló mientras subían por el barranco—. Él y su patrulla rastrearon al tejón hasta el arroyo, y luego perdieron el rastro en un terreno pantanoso.

—Parece que se dirigía al territorio del Clan de la Sombra —comentó Estrella de Fuego.

Látigo Gris dejó escapar un leve gruñido de satisfacción.

—El Clan de la Sombra es bienvenido a encargarse de él.

—Pero si alguno de nuestros gatos ve una de sus patrullas fronterizas, deberíamos avisarles —Estrella de Fuego señaló.

Su lugarteniente agitó una oreja.

—Así eres tú, Estrella de Fuego. Quieres ayudar a todos los Clanes, no solo al tuyo. Bien, se lo diré a las próximas patrullas cuando salgan.

—¿Y qué es todo esto de querer venir al bosque a hablar con nosotros? —Los bigotes de Tormenta de Arena se crisparon irritados—. ¿Por qué no podías decírnoslo en el campamento?

Estrella de Fuego dejó que su mirada recorriera su lustroso manto melado y sus luminosos ojos verdes. Sabía que tenía mucho que explicar,

pero no entendía por qué ella estaba tan enojada ahora, antes de que él hubiera dicho una palabra.

—Quería hablar en un lugar donde no nos interrumpieran —maulló—. Pronto lo entenderán.

Siguió caminando, sin decir nada más, hasta que los cuatro gatos llegaron a un claro escondido entre los árboles. El suelo estaba cubierto de pasto perfumado y suaves montículos de musgo. Estrella de Fuego encontró un lugar para sentarse entre las raíces anudadas de un roble, y sus amigos se acomodaron a su alrededor a la sombra moteada por el sol. Los únicos sonidos eran el susurro del viento en las ramas y el agudo canto de las aves.

Estrella de Fuego miró a los tres gatos que significaban más para él que cualquier otro del Clan.

—Últimamente he estado teniendo muchos sueños —maulló, sintiéndose como si estuviera a punto de precipitarse por el borde de un desfiladero sin fondo—. Durante mucho tiempo me confundieron, pero creo que ahora conozco su significado. Y he tenido que tomar una decisión muy difícil…

—Pero, ¿qué hay de nosotros? —soltó Tormenta de Arena, rasgando el musgo con las garras—. ¿Cómo puedes irte y dejarnos?

Estrella de Fuego la miró fijamente. ¿Cómo era posible que hubiera adivinado que él pretendía dejar el Clan del Trueno?

—Estarán bien, en serio…

—¡No, no lo estaremos! —Tormenta de Arena le espetó—. Te necesitamos. ¡El Clan del Trueno te necesita como su líder! ¿Cómo puedes siquiera pensar en abandonarnos así?

Estrella de Fuego miró a su pareja, a Carbonilla y a Látigo Gris. Los ojos de la curandera estaban en blanco por el impacto, pero la mirada de Látigo Gris estaba llena de dolor y compasión.

—No entiendo —maulló Estrella de Fuego—. ¿Cómo lo sabían? ¿Y qué les hace pensar que nunca volveré?

—Porque pasaste la noche con tus antiguos Dos Patas —Látigo Gris dijo con voz rasposa. Giró la cabeza hacia otro lado como si no pudiera soportar seguir mirando a su viejo amigo—. ¿En serio ellos te importan más que nosotros?

—¿Qué? —Los ojos de Estrella de Fuego se abrieron de par en par con consternación—. ¿Creen que abandonaría a mi Clan para ir a ser un minino casero?

—¿No es eso lo que nos ibas a decir? —Tormenta de Arena lo desafió.

—¡No! No es eso para nada. Este es mi *hogar*. Los gatos del Clan Estelar son mis ancestros guerreros tanto como los suyos. No podría vivir en otro lugar que no fuera el bosque.

—Así que tal vez nos dirás lo que *vas* a hacer —maulló Carbonilla agriamente.

—Es cierto que tengo que irme, pero solo por un tiempo.

Estrella de Fuego respiró hondo y les contó a sus amigos que había recibido la visita de un gato desconocido y que había soñado con un Clan que se lamentaba y huía. Explicó cómo se había reunido con Estrella Azul cuando visitó la Piedra Lunar, y lo que ella le había contado sobre el Clan del Cielo.

—¿Quieres decir que alguna vez hubo *cinco* Clanes en el bosque? —jadeó Tormenta de Arena.

—Sí. Hace mucho tiempo, antes de que el Poblado de los Dos Patas fuera construido.

—¡Pero el Poblado de los Dos Patas *siempre* ha estado ahí! —protestó Látigo Gris.

—No según Estrella Azul —le dijo Estrella de Fuego. Como no quería hacer tambalear la fe de sus amigos, omitió el hecho de que el Clan Estelar había mentido, y se apresuró a pasar a la siguiente parte de su historia—. Por eso pasé la noche en el Poblado de los Dos Patas. No estuve con mis antiguos Dos Patas. Dormí en el jardín de Tiznado, Látigo Gris, ¿te acuerdas de mi amigo Tiznado?

Látigo Gris asintió.

—El gordo minino casero blanco y negro.

—Pensé que su jardín era un lugar probable para que el Clan del Cielo hubiera hecho su campamento, y tenía razón. El líder del Clan del Cielo me habló en un sueño. Me dijo que mi destino era ir a buscar a los gatos dispersos del Clan del Cielo y reunirlos de nuevo.

Látigo Gris resopló.

—Y si te hubiera dicho que tu destino era volar a la luna, ¿le habrías creído?

Estrella de Fuego extendió la cola y tocó suavemente el hombro de su lugarteniente.

—Sé que parece imposible. Pero he decidido que es lo que debo hacer. Debo emprender un viaje para encontrar al Clan del Cielo y reparar el daño hecho por los otros Clanes.

Látigo Gris lo miró fijamente, con los ojos atónitos de asombro. Tormenta de Arena también lo miraba fijamente, con enojo y dolor parpadeando en sus ojos como pececillos en un profundo estanque verde. Solo Carbonilla mantenía la calma.

—Me doy cuenta de lo mucho que esto significa para ti —maulló—. Y si realmente es tu destino, entonces debes ir a donde tus patas te lleven. Pero ten cuidado, puede que el Clan Estelar no pueda cuidar de ti. Nuestros ancestros guerreros no caminan por todos los cielos.

—¡No sé cómo puedes siquiera *pensar* en hacer esto! —Tormenta de Arena se paró de un salto antes de que Estrella de Fuego pudiera responder a la curandera—. ¿Qué hay del Clan del Trueno? ¿Qué hay de tus amigos? —Hizo una pausa, y luego añadió temblorosamente—: ¿Qué hay de *mí*?

Estrella de Fuego sintió su dolor como si fuera el suyo propio, como una piedra afilada que atravesaría sus almohadillas en cada paso del viaje. Mirando de Látigo Gris a Carbonilla, se levantó e hizo una seña a Tormenta de Arena con la cola.

—Ven.

Se alejó unos pasos de los demás hacia un lugar soleado cerca del centro del claro. Tormenta de Arena lo siguió a regañadientes.

—Sé que nunca me quisiste como tu pareja —maulló en cuanto estuvieron fuera del alcance de los demás—. Siempre has estado enamorado de Jaspeada.

Estrella de Fuego agradeció al Clan Estelar no haber mencionado su encuentro de ensueño con la antigua curandera del Clan del Trueno.

—Amaba a Jaspeada —admitió—. Pero incluso si hubiera vivido, ¿qué podría haber hecho? Era una curandera. Ella nunca habría elegido una pareja.

—¿Así que fui la segunda opción? —Tormenta de Arena habló amargamente, sin mirarlo.

—Tormenta de Arena… —Estrella de Fuego se apretó contra su costado, enroscando la cola alrededor de ella cuando intentó alejarse—. No eres la segunda opción de nadie.

—Pero aun así puedes irte y dejarme.

—No. —Estrella de Fuego había pasado mucho tiempo pensando en esto. Mirando fijamente a Tormenta de Arena, continuó—. Nunca quise abandonarte. Látigo Gris y Carbonilla deben quedarse aquí para cuidar del Clan, pero no quiero hacer el viaje solo. Tormenta de Arena, no hay otra gata que prefiera tener conmigo más que tú. ¿Vendrás conmigo?

Mientras hablaba, la pena y el enojo se desvanecieron de los ojos de Tormenta de Arena. Su mirada verde brilló, y el sol calentó su manto melado hasta volverlo del brillo de las llamas.

—¿En serio quieres que vaya?

—En serio. —Estrella de Fuego apretó el hocico contra su hombro—. No creo que pueda hacerlo sin ti, Tormenta de Arena. Por favor.

—¡Por supuesto que iré! Voy… —La gata se interrumpió—. No, *no puedo*, Estrella de Fuego. ¿Qué hay de Zarpa Acedera? Soy su mentora.

Estrella de Fuego dudó. Tormenta de Arena había querido desesperadamente una aprendiza, y sabía lo en serio que se tomaba el entrenamiento de la pequeña gata carey.

—No le hará ningún daño a Zarpa Acedera tener otro mentor por un tiempo —maulló—. No será la primera vez que un aprendiz tenga que cambiar de mentor: Zarpa Hollín tendrá un nuevo mentor ahora, debido a los ojos malos de Rabo Largo.

Tormenta de Arena asintió lentamente.

—La experiencia podría ser buena para ella —murmuró.

—Entonces está decidido. —Estrella de Fuego no se preguntó qué pasaría si no hubiera regresado antes de que los aprendices estuvieran listos para ser hechos guerreros. No tenía idea de *cuándo* volvería, o siquiera de si él y Tormenta de Arena volverían.

Con Tormenta de Arena a su lado, caminó por el pasto hasta las raíces del árbol donde lo esperaban Látigo Gris y Carbonilla.

—Tormenta de Arena vendrá conmigo —anunció.

Ni Látigo Gris ni Carbonilla se sorprendieron.

—Qué bien —maulló Látigo Gris. Su conmoción se había desvanecido; tenía una mirada resuelta en los ojos, y Estrella de Fuego se dio cuenta de nuevo de lo buen amigo que era, y de lo digno que era de ser lugarteniente del Clan del Trueno—. Carbonilla y yo cuidaremos del Clan por ti —prometió. Se le movieron los bigotes—. Siempre supe que tenías un destino que se extendía más allá de nuestro territorio. Tal vez sea hora de que el fuego salve a otro Clan.

—Juramos por el Clan Estelar que mantendremos a salvo al Clan del Trueno por ti —maulló Carbonilla.

—Gracias —Estrella de Fuego respondió, sintiéndose muy humilde.

Las hojas crujieron sobre su cabeza y miró hacia arriba, casi esperando ver al líder del Clan del Cielo, de pelaje claro, mirándolo desde una rama. No vio nada, pero en el susurro de la brisa le pareció oír el eco de su propia palabra: «Gracias…»

Capítulo 10

Estrella de Fuego caminaba por el túnel de helechos de Carbonilla, pasándose la lengua por las mandíbulas para quitarse el sabor amargo de las hierbas de viaje. Detrás de él, podía oír a Tormenta de Arena hablando con la curandera.

—A ver si entendí bien. Telaraña para detener las hemorragias, caléndula para la infección, milenrama para deshacerse del veneno…

—Así es —respondió Carbonilla—. Y si les duele el estómago, la menta acuática o las bayas de enebro son buenas.

Tormenta de Arena empezó a repetir los remedios en voz baja. En los dos días transcurridos desde que Estrella de Fuego le había pedido que fuera con él, había pasado la mayor parte del tiempo aprendiendo lo que podía de Carbonilla.

—Será peligroso ir sin un curandero —le había explicado a Estrella de Fuego—. Al menos puedo aprender cuáles son las hierbas más útiles.

Estrella de Fuego salió de entre los helechos y saltó en dirección a la Peña Alta. Sus gatos se separaron en silencio para dejarlo pasar; sus miradas lo siguieron mientras subía a la Peña Alta.

—No quieren que te vayas —murmuró Tormenta de Arena, uniéndose a él unos instantes después.

—Lo sé. —Estrella de Fuego reprimió un suspiro.

Aparte de llevar a sus guerreros a la batalla contra el Clan de la Sangre, esto era lo más difícil que había tenido que hacer como líder del Clan.

Bajó la mirada para encontrarse con los ojos desconcertados de su Clan. Le rompía el corazón que parecieran dolidos por su reticencia a hablarles de su viaje; sin embargo, ¿cómo podía decirles a dónde iba si ni él mismo lo sabía? Tenía que hacerles creer que era el Clan Estelar el que lo enviaba lejos, no un Clan del que nunca habían oído hablar, sin lugar en el bosque.

Látigo Gris estaba en la base de la roca con los guerreros del Clan a su alrededor. Estrella de Fuego vio a Zarpa Hollín con Espinardo, y a Zarpa Acedera con su nuevo mentor, Manto Polvoroso. Zarpa Orvallo y Nimbo Blanco se sentaron junto a ellos; Estrella de Fuego se alegró de ver que los tres aprendices empezaban a superar la conmoción de la muerte de su madre, lo suficiente como para volver a entrenar. Zarzoso estaba sentado con Cenizo y Musaraña. Cola Pintada miraba a Estrella de Fuego como si fuera un aprendiz que la había arañado mientras le buscaba garrapatas. Cola Moteada y Tuerta estaban sentadas juntas, susurrando y lanzando rápidas miradas a los dos gatos en la roca. Carbonilla guió a Rabo Largo fuera de su claro y lo llevó a sentarse cerca. Afuera de la maternidad, Fronda se sentó con Centella; en lugar de jugar, los dos cachorros de Fronda se agacharon cerca de su madre, como si incluso ellos entendieran lo preocupado que estaba el Clan.

—Gatos del Clan del Trueno —comenzó Estrella de Fuego—. Es hora de que nos vayamos.

—¡Sí, pero para qué, me gustaría saber! —interrumpió Musaraña, moviendo la punta de la cola—. Se supone que el Clan Estelar cuide del *bosque*. ¡No que envíe a un líder de Clan a deambular por quién sabe dónde!

—¿Qué puede ser más importante que cuidar de tu Clan, Estrella de Fuego? —agregó Espinardo.

Estrella de Fuego no pudo responder. Sus guerreros tenían razón. Pero ellos no habían oído a los gatos lamentándose en la neblina; no habían visto lo desesperado que estaba el líder del Clan del Cielo por encontrar a su Clan perdido.

—Y, y, ¿qué hay de mis cachorros? —Fronda se preocupó. Hundió las garras en el suelo polvoriento—. Hay un tejón en algún lado del territorio, ¿has pensado en eso?

—Sí, claro que sí —Estrella de Fuego contestó, encontrando su voz—. Pero el Clan del Trueno tiene un lugarteniente, confío en que cuide del Clan tan bien como yo. Además, tienen a Carbonilla para que trate sus

heridas e interprete las señales del Clan Estelar. Ningún Clan podría tener una mejor curandera.

Carbonilla inclinó la cabeza; los ojos de Látigo Gris brillaron, mientras un murmullo de acuerdo se elevaba desde el resto del Clan.

—Estrella de Fuego no se iría a menos que tuviera que hacerlo. —Fue Centella, dando un paso adelante desde donde había estado sentada junto a Fronda—. Si el Clan Estelar le ha dicho que tiene que ir, ¡entonces tenemos que confiar en que nuestros ancestros lo cuidarán y lo traerán de vuelta sano y salvo! Nunca nos han defraudado antes, ¿por qué alejarían a nuestro líder de nosotros si no fuese lo correcto?

El pelaje de Estrella de Fuego se erizó cuando los otros gatos estuvieron de acuerdo; obviamente les reconfortaba la idea de que había gatos buenos y sabios que velaban por ellos, que siempre tomaban las decisiones correctas y luchaban por la verdad y el honor. Pero si su fe significaba que lo dejarían ir…

—No les gusta que te vayas —murmuró Tormenta de Arena—. Pero lo aceptarán si es por el Clan Estelar.

Estrella de Fuego esperaba que tuviera razón; egoístamente, no quería irse con protestas de sus compañeros de Clan resonando en sus oídos. Se enderezó, aunque cada hueso de su cuerpo le gritaba que cambiara de opinión, que se quedara en el bosque, donde pertenecía.

—Adiós a todos.

Hubo un silencio ominoso, y Estrella de Fuego sintió su manto chamuscado por muchas miradas abrasadoras. Sabía lo que había en las mentes de sus compañeros de Clan tan claramente como si hubieran hablado en voz alta: «¿A dónde vas?», «¿Por qué nos dejas?», «¿El Clan Estelar prometió traerte de vuelta?». Ansiaba tranquilizarlos, pero decirles que había sido enviado lejos por un ancestro guerrero del que nunca habían oído hablar solo les causaría más dolor y confusión.

Por fin Zarpa Hollín se adelantó.

—¡Adiós, Estrella de Fuego! —gritó.

Poco a poco los otros gatos se unieron.

—¡Adiós!

—¡Viajen con cuidado!

—¡Vuelvan pronto!

Estrella de Fuego bajó de la Peña Alta y se abrió paso entre sus compañeros de Clan con Tormenta de Arena al hombro.

Carbonilla lo esperaba junto a la entrada del túnel de aulagas.

—Adiós —maulló, pasándole la lengua por la oreja—. Que el Clan Estelar ilumine tu camino.

—Y el tuyo —contestó Estrella de Fuego. Un repentino rayo de tristeza lo ahogó y no pudo decir nada más.

Manto Polvoroso se acercó a Tormenta de Arena, con Zarpa Acedera saltando detrás de él.

—Cuidaré de tu aprendiza —prometió, dirigiendo una mirada severa a la vivaz gata carey—. Obviamente has sido demasiado indulgente con ella. —Aunque sus palabras fueron duras, había un brillo de diversión en sus ojos.

Zarpa Acedera agitó la cola, para nada abatida por las palabras de su nuevo mentor.

—¡Yo creo que Tormenta de Arena es una *gran* mentora!

Echando una última mirada a su Clan, y al claro que había sido su hogar durante tantas temporadas, Estrella de Fuego atravesó el túnel y salió al barranco. Tormenta de Arena y Látigo Gris lo siguieron.

El sol acababa de despejar las copas de los árboles brillando desde un cielo azul con algunas nubes blancas. Una suave brisa agitaba las ramas, llevando los olores de presas y cosas verdes en crecimiento. Estrella de Fuego se quedó quieto un momento, sintiendo cómo le erizaba el pelaje. Sabía que, encontrara lo que encontrara en su viaje, no habría ningún lugar tan hermoso como este. El Clan del Cielo debió de sentirse destrozado al irse. Dos días de descanso y buena comida le habían devuelto la energía, y ahora que de verdad empezaba su viaje sus patas hormigueaban de emoción. Aunque su corazón estaba destrozado por la idea de irse, quería ver qué había más allá del bosque, y encontrar a los gatos que una vez habían formado el Clan del Cielo.

En la cima del barranco se detuvo y se volvió para mirar a su lugarteniente, su mejor amigo y el gato sin el cual nunca habría podido liderar su Clan.

—¿Nos acompañarás hasta el límite del bosque, Látigo Gris?

El guerrero gris negó con la cabeza.

—Este es su viaje, tuyo y de Tormenta de Arena. Me despediré aquí. Buena suerte a los dos.

Tormenta de Arena y Estrella de Fuego se inclinaron hacia adelante para entrechocar narices con su viejo amigo.

—No podría irme si no te tuviera a ti para cuidar de todo mientras estoy fuera —murmuró Estrella de Fuego.

—Todos saben que no puedo llenar tus huellas —Látigo Gris respondió—. Pero haré lo que pueda.

—Tendrás que ocupar el lugar de Estrella de Fuego en las Asambleas —le recordó Tormenta de Arena.

Látigo Gris asintió.

—No debemos dejar que el Clan del Trueno parezca débil. Les diré que el Clan Estelar te llamó, pero que volverás pronto.

—Espero que tengas razón —Estrella de Fuego maulló suavemente—. Pero si no vuelvo…

—¡No digas eso! —Látigo Gris dio un azote con la cola—. Vas a *volver*; lo sé en mi corazón. Te esperaré el tiempo que sea necesario. Vuelvas cuando vuelvas, yo estaré aquí, todo seguirá igual.

—¿Por dónde primero? —Tormenta de Arena preguntó.

Habían dejado atrás a Látigo Gris y se dirigían por el bosque hacia las Rocas Soleadas.

—El guerrero del Clan del Cielo me dijo que su Clan huyó río arriba —respondió Estrella de Fuego—. Supongo que eso significa que deberíamos seguir el río.

—¿Hasta dónde?

Estrella de Fuego sintió que el pelaje de su cuello comenzaba a erizarse, y se obligó a relajarse hasta que quedó liso. No tenía ni idea de dónde encontrar al Clan disperso, o un lugar donde pudieran vivir. Y aún menos sabía qué tendría que hacer para reunir de nuevo al Clan. Había esperado más orientación, pero sus sueños desde la noche que pasó en el jardín de Tiznado habían sido oscuros y vacíos. ¿Significaba eso que el ancestro del Clan del Cielo ya no lo observaba? Se sentía como si se adentrara en una noche oscura, sin luna ni estrellas que lo guiaran.

—No lo sé —admitió—. Supongo que el Clan Estelar nos lo mostrará, o tal vez sea obvio.

Los verdes ojos de Tormenta de Arena centellearon, y Estrella de Fuego se preparó para un comentario mordaz, pero su pareja se limitó a mover los bigotes y avanzó en silencio.

Desde las Rocas Soleadas, Estrella de Fuego guió el camino a lo largo de la frontera del Clan del Río hasta que el puente de Dos Patas sobre el río estuvo a la vista. Allí se detuvo, saboreando el aire. Las marcas

olorosas del Clan del Río eran fuertes, pero no había ningún olor fresco que sugiriera que una patrulla podría estar cerca.

—Bien, vamos —murmuró.

Él y Tormenta de Arena se deslizaron cautelosamente por la ladera hasta el puente, esquivando entre rocas y aulagas para no ser vistos. Desde allí se dirigieron río arriba, a lo largo de la cima del desfiladero. Estrella de Fuego medio esperaba ver formas saltarinas de gatos del Clan del Cielo a su alrededor, asegurándole que ése era el camino que debía seguir, pero no había ni rastro de ellos.

Mirando hacia el agua blanca y espumosa que tenía debajo, recordó cómo Estrella Azul se había arrojado por el acantilado, llevándose con ella al líder de la manada de perros. Estrella de Fuego se había zambullido para salvarla; se estremeció al recordar el rugido del agua en sus oídos, el peso de su pelaje empapado, y el agotamiento de sus patas al intentar nadar con el cuerpo de Estrella Azul agarrado entre los dientes.

Entonces pensó en la última vez que la había visto, con el brillo helado de las estrellas en su manto y alrededor de sus patas. Ella no había querido hablarle del Clan del Cielo, y había hecho todo lo posible para disuadirlo de emprender este viaje. La determinación se encendió en Estrella de Fuego como una llama en el pasto seco. Esta era *su* búsqueda, no la de Clan Estelar, y si tenía que hacerlo, la llevaría a cabo sin la ayuda de sus ancestros guerreros.

Se sintió expuesto a lo largo del borde desnudo del desfiladero, pero él y Tormenta de Arena llegaron a la frontera entre el Clan del Río y el Clan del Viento sin ser vistos por ninguna patrulla. Una fuerte brisa soplaba desde el páramo, aplastando el duro pasto y haciendo que Estrella de Fuego sintiera que podría derribarlo y hacerlo caer al río. Traía consigo el fuerte y fresco aroma de gatos del Clan del Viento.

—Podría haber una patrulla por aquí —maulló Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego saboreó el aire de nuevo; con el viento tan fuerte, era difícil estar seguro de lo lejos que estaban los gatos.

—Será mejor que sigamos —murmuró—. Vigila detrás.

—Lo haría si tuviera ojos en la cola —replicó Tormenta de Arena.

Se dirigieron al otro lado de la frontera, pero apenas habían puesto una zarpa en territorio del Clan del Viento cuando un conejo cruzó a toda velocidad la cresta del páramo con un guerrero del Clan del Viento pisándole los talones.

—¡Al suelo! —Estrella de Fuego se agachó instintivamente, pero no había cobertura a la vista. La única razón por la que no fueron vistos fue

porque el cazador estaba muy concentrado en su presa. Entonces se fijó en un lugar al borde del desfiladero donde el suelo se había desmoronado—. ¡Rápido, ahí! —siseó.

Empujando a Tormenta de Arena por delante de él, se arrastró por la pared del acantilado a lo largo de una cola de distancia, más o menos, y se puso al refugio de una roca saliente. Estaba escondiendo la cola cuando oyó que el chillido del conejo se cortaba bruscamente y otro gato gritaba:

—¡Buena captura!

—¡Estuvo cerca! —jadeó Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego se asomó desde su escondite para ver a dos gatos de pie en el borde del acantilado, con las cabezas perfiladas contra el cielo. No pudo distinguir sus rasgos, pero reconoció la voz de su amigo Bigotes.

—Sabes, juro que puedo oler el aroma del Clan del Trueno, pero no veo a nadie.

—Será mejor que no pongan una zarpa aquí. —La segunda voz, un gruñido agresivo, pertenecía a Enlodado, el lugarteniente del Clan del Viento—. Si los atrapo, desearán nunca haber nacido.

—Tal vez alguien esté de camino a las Rocas Altas —sugirió Bigotes.

La respuesta de Enlodado fue un bufido malhumorado.

—Este no es el camino a las Rocas Altas, cerebro de ratón.

Estrella de Fuego volvió a ocultar la nariz y se apretó aún más a Tormenta de Arena.

—Sabes —murmuró ella—, podrías simplemente *decirles* a dónde vamos.

Estrella de Fuego negó con la cabeza. No quería que los otros Clanes supieran que había abandonado el bosque; se enterarían en la próxima Asamblea, y eso ya le parecía demasiado pronto.

Poco a poco el olor del Clan del Viento se desvaneció y Estrella de Fuego se atrevió a salir de su escondite. Trepando de nuevo por las desmoronadas piedras, tuvo tiempo de echar un vistazo al desfiladero e imaginar lo que sería perder pie y caer en picado al turbulento río. Cada pelo de su manto estaba de punta cuando recuperó la seguridad de la cima del acantilado.

—¿Se fueron? —Tormenta de Arena preguntó justo detrás de él.

—Creo que sí. Sigamos rápido por si vuelven.

Acelerando el paso, corrió por el borde del desfiladero con Tormenta de Arena a su lado. Cuando se detuvo para ver si había patrullas, la gata melada maulló:

—No tienes que ser tan reservado. Ni siquiera le contaste toda la historia a tu propio Clan.

—Los gatos del Clan del Cielo vinieron solo a mí —le dijo Estrella de Fuego—. No hay necesidad de contarle a todos sobre ellos. No es como si fuera a traer al Clan del Cielo de vuelta al bosque.

—Entonces, ¿de qué se trata todo esto? —Tormenta de Arena exigió, el pelaje de su cuello comenzó a esponjarse—. Si no planeas traer de vuelta al Clan del Cielo, ¿qué es lo que vas a hacer?

—No estoy seguro —contestó Estrella de Fuego—. Pero sé que el Clan del Cielo necesita una ayuda que solo yo puedo dar.

—¿Y si esa ayuda significa compartir el territorio del Clan del Trueno con ellos?

—No será así. El gato del Clan del Cielo dijo que habría un lugar para que ellos vivieran.

Tormenta de Arena no parecía tranquila.

—¿Y si se equivoca?

Al encontrarse con el desafío en los ojos verdes de su pareja, Estrella de Fuego se dio cuenta de que no podía responder.

El desfiladero llegó a su fin, y los acantilados descendieron para volver a unirse al río como orillas arenosas y poco profundas. Estrella de Fuego respiró aliviado cuando cruzaron las marcas olorosas de la frontera y dejaron atrás el territorio del Clan del Viento.

Poco después, el páramo dio paso a tierras de labranza, pequeños campos divididos por senderos y setos de Dos Patas; Estrella de Fuego condujo el camino por un estrecho sendero entre un seto y un campo de trigo.

—¡Huele esos ratones! —exclamó Tormenta de Arena—. ¡Me muero de hambre!

La gata se zambulló entre los tallos crepitantes y, con una rápida mirada a su alrededor en busca de perros o Dos Patas, Estrella de Fuego la siguió. Atrapó un ratón con un rápido golpe mientras corría por un surco, y otro más apenas unos latidos después. Llevando sus presas al borde del campo encontró a Tormenta de Arena ya allí, agachada para comer. Estrella de Fuego se le unió, se le hizo agua la boca ante el cálido aroma de la comida. Ninguno de los dos tomaría presas del territorio de otro Clan, así que no habían comido desde que dejaron el Clan del Trueno esa

mañana. Cuando se acabó el último bocado, Estrella de Fuego se pasó la lengua por las mandíbulas y arqueó la espalda en un largo estirón.

—Descansemos un poco —sugirió—. Si esperamos hasta el atardecer, no habrá tantos Dos Patas por aquí.

Tormenta de Arena bostezó, murmuró que estaba de acuerdo y se acurrucó bajo la luz del sol. Acomodándose a su lado, disfrutando del calor del sol en su pelaje y de la cómoda sensación del estómago lleno, Estrella de Fuego trató de imaginar cómo se había sentido el Clan del Cielo cuando llegaron por aquí. Debían de estar aterrorizados, expulsados de su hogar sin una idea clara de a dónde iban. Y tantos gatos (¡todo un Clan!) serían terriblemente vulnerables ante perros o zorros. Miró a su alrededor, buscando en los lugares sombríos bajo el seto un manto pálido que le resultara familiar, y aguzó las orejas para captar el sonido de los lamentos del Clan perdido. Pero lo único que oía era el susurro del viento en el trigo y el canto de las aves en lo alto del cielo. Parpadeó somnoliento, pasó la lengua varias veces por la oreja de Tormenta de Arena y se durmió.

Voces fuertes irrumpieron en sus sueños. No eran los aullidos de los gatos del Clan del Cielo que huían, sino que eran reales, cercanos y cada vez más fuertes. Estrella de Fuego se incorporó y vio a Tormenta de Arena de pie, rígida a su lado, con el manto erizado mientras miraba la línea del seto. Se les acercaban dos Dos Patas jóvenes y un perro marrón y blanco. El perro corría un poco por delante de sus Dos Patas, luego rebotó hacia ellos, dejando escapar una ráfaga de agudos aullidos.

—¡Al seto! —ordenó Estrella de Fuego.

Con las espinas desgarrándole el manto, aplastó el vientre contra el suelo y se arrastró hasta el centro del seto. Luego empezó a trepar por el tronco de un espino, forzando las ramas espinosas para que lo dejaran pasar.

Tormenta de Arena trepaba con dificultad por otro arbusto, pero las ramas se entrecruzaban tan densamente que se detuvo, incapaz de ir más lejos. Su mirada verde, llena de terror y frustración, se encontró con la de Estrella de Fuego.

El perro lloriqueaba junto al seto. Estrella de Fuego lo vio intentando abrirse paso por un hueco, con la lengua fuera y los dientes blancos brillantes.

—Encontró nuestro rastro —susurró Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego buscó una forma de alcanzarla y arrastrarla más arriba, pero estaban separados por demasiadas ramas espinosas. Las patas delanteras del perro rasgaban la tierra mientras intentaba abrirse paso a

través de la brecha para alcanzarlos. Sus mandíbulas no estaban a más de una cola de distancia de las patas traseras de Tormenta de Arena.

Entonces Estrella de Fuego oyó a un Dos Patas aullar. Una zarpa de Dos Patas apareció en el hueco, agarró al perro por el collar y lo arrastró hacia afuera. El perro lanzó un ladrido de protesta. Estrella de Fuego esperó, sin apenas atreverse a respirar, mientras los ruidos se extinguían y los olores del perro y de los Dos Patas se desvanecían poco a poco.

—Creo que se fueron —murmuró—. Quédate ahí mientras lo compruebo.

Dejando mechones de su pelaje color fuego en las espinas, se arrastró hasta el borde de los arbustos y miró hacia afuera con cautela. El campo de trigo estaba vacío, los rayos del sol poniente se derramaban sobre él como miel.

—Está bien —maulló Estrella de Fuego, mirando hacia donde Tormenta de Arena seguía aferrada a su rama.

Se alejó un poco del seto, respirando hondo mientras trataba de controlar sus temblores. Fue el peligro de Tormenta de Arena, no el suyo, lo que le había helado la sangre. ¿Habría sido más fácil hacer este viaje solo, sin ningún otro gato del que preocuparse? Pero cuando Tormenta de Arena se le unió, sacudida pero ilesa, se guardó para sí ese pensamiento desleal.

Caminaron durante la noche, bajo la luz de la media luna. Era el mejor momento para viajar sin ser vistos, y siguieron caminando hasta que ambos estuvieron demasiado cansados para dar otro paso. Encontraron un lugar para dormir en un hueco entre las raíces de un haya.

Durante los dos días siguientes continuaron siguiendo el río a través de campos de trigo que se extendían hasta donde alcanzaba la vista a ambos lados. Al tercer día abandonaron los campos y se deslizaron a través de una brecha en el seto hasta una extensión de pasto áspero que descendía suavemente hacia el río. La orilla estaba bordeada de juncos. Ráfagas de viento caliente los agitaban; a medida que Estrella de Fuego se acercaba, percibió olor a campañoles y aves acuáticas, y oía a pequeñas criaturas crujiendo entre los tallos. El sol se ponía, convirtiendo el río en llamas.

Antes de que hubieran avanzado mucho por la orilla, Estrella de Fuego oyó a lo lejos el rugido de los monstruos. Al probar el aire, percibió un áspero sabor familiar.

—Hay un Sendero Atronador más adelante.

—Entonces tendremos que cruzarlo. —La cola de Tormenta de Arena se movió—. Puede que no haya tantos monstruos ahora.

Pronto Estrella de Fuego divisó una línea de árboles, negros contra el cielo escarlata. El sol poniente resplandecía en los colores brillantes y antinaturales de los veloces monstruos. Al doblar el río, vio un puente de Dos Patas hecho de piedra, con monstruos cruzándolo a toda velocidad.

—El Sendero Atronador va por encima del río. Estaremos a salvo debajo. —Tormenta de Arena sonaba contenta.

Pero Estrella de Fuego se sintió incómodo mientras se acercaban al puente. Proyectaba una sombra oscura sobre el camino, y a medida que la luz del día se extinguía los monstruos disparaban centelleantes rayos de luz desde sus ojos, barriendo la orilla del río. Se quedó helado cuando un rayo los alcanzó, y oyó un grito ahogado de Tormenta de Arena, pero el monstruo gruñó y siguió corriendo.

Estrella de Fuego dejó escapar un suspiro de alivio.

—No nos vio.

—Esto no me gusta —Tormenta de Arena maulló—. Vámonos de aquí.

Estrella de Fuego la dejó tomar la delantera mientras corrían bajo el puente. Las piedras estaban húmedas, y goteaba agua del arco hacia el río. Desde las profundidades de las sombras, Estrella de Fuego vio los rayos de luz de otro monstruo, acercándose rápidamente por el Sendero Atronador sobre sus cabezas. De pronto, su rugido los rodeó, resonando en la piedra y el agua. Estrella de Fuego se quedó helado, imaginando las enormes fauces de la criatura abiertas para tragárselos.

Tormenta de Arena lanzó un aullido de pánico.

—¡Corre!

El terror se apoderó de Estrella de Fuego; sus piernas lo impulsaron hacia delante hasta que corrió por la orilla del río. Huyó por el borde de los juncales hasta que el puente quedó muy atrás y no pudo oír a los monstruos por encima del chirrido de su propia respiración.

Solo el cansancio lo frenó. Se quedó jadeando en la orilla, le ardían las patas y tenía todos los pelos del manto erizados. Tormenta de Arena se agachó a su lado, mirando hacia atrás, por donde habían venido, dando azotes con la cola.

—¿Estás bien? —preguntó ella cuando recuperó el aliento.

Estrella de Fuego trató de alisar su manto.

—Creí que ya éramos carroña. Y siento que perdí cada pedazo de piel de las almohadillas. No sé si podremos ir mucho más lejos esta noche.

Los ojos de Tormenta de Arena relucieron en la oscuridad y abrió las fauces para probar el aire.

—Espera ahí —instruyó, y desapareció a través de los juncos hacia la orilla del agua.

—¿Qué…? —Estrella de Fuego se interrumpió al darse cuenta de que se había ido.

Se desplomó sobre un lado y se lamió las almohadillas adoloridas hasta que su pareja reapareció, llevando un montón de hojas anchas en las mandíbulas.

—Romaza —anunció la gata, dejando caer las hojas junto a Estrella de Fuego—. Frótala en tus almohadillas. Carbonilla dijo que no hay nada mejor para el escozor.

—Gracias. —Estrella de Fuego parpadeó agradecido y frotó las almohadillas contra la superficie de la hoja. Los jugos fríos aliviaron la molestia, y estiró las mandíbulas en un bostezo; sería bueno dormir, pero aún había luz en el cielo, y sabía que debían seguir todo lo que pudieran.

El río charlaba velozmente entre los juncos, más estrecho que cuando fluía por el bosque. Mirando hacia atrás por donde habían venido, Estrella de Fuego vio un único guerrero del Clan Estelar brillando en el cielo. Justo debajo, se alzaban colinas como dientes, y Estrella de Fuego se dio cuenta de que estaba mirando hacia las Rocas Altas; aquel último vistazo al mundo que había conocido le hizo sentirse más solo y perdido que nunca.

Sacudió la cabeza y se levantó.

—Las hojas de romaza funcionaron bien —maulló—. Vamos. Será mejor que intentemos llegar un poco más lejos.

Tormenta de Arena le dio a sus almohadillas un último roce contra las hojas y se levantó para seguirlo. En lugar de sentirse reconfortado por su presencia, Estrella de Fuego se preguntó si ella realmente entendía lo que lo llevaba a hacer este viaje, y si estaría deseando haberse quedado en casa, en el Clan del Trueno.

La brisa disminuyó; aunque el sol se había ido, la noche era calurosa y pegajosa. Las nubes se acumulaban en el cielo, extendiéndose hasta cubrir la luna y las estrellas.

—No puedo ver mis patas delante de mí —murmuró él—. A este paso, acabaremos en el río.

—Será mejor que paremos a pasar la noche —Tormenta de Arena maulló. Estrella de Fuego apenas podía distinguir su figura rojizo claro en la penumbra, con la cabeza levantada mientras saboreaba el aire—. Hay un fuerte olor a campañol —continuó—. ¿Y si yo cazo mientras tú nos encuentras un lugar para dormir?

—Bueno. —Estrella de Fuego sabía que su pareja era la mejor cazadora del Clan del Trueno—. Pero no te vayas muy lejos.

—No lo haré. —Tormenta de Arena se escabulló hacia la oscuridad.

Más por el olor que por la vista, Estrella de Fuego localizó un grupo de juncos y dio vueltas en medio de ellos, pisoteándolos hasta que creó un lecho improvisado. Suspiró al recordar la comodidad de su guarida bajo la Peña Alta.

Antes de que hubiera terminado, Tormenta de Arena reapareció con dos campañoles colgando de las fauces. Los dejó caer y le acercó uno a Estrella de Fuego.

—Al menos no moriremos de hambre —maulló ella—. Hay muchas presas, y actúan como si nunca hubieran visto un gato antes.

«*Así que el Clan del Cielo no caza por aquí* —pensó Estrella de Fuego mientras engullía su campañol—. *Todavía queda un largo camino por recorrer*».

Se acurrucó, envolviéndose la nariz con la cola, e intentó dormir en la sofocante oscuridad. Aunque Tormenta de Arena yacía lo suficientemente cerca como para que su manto tocara el suyo, él sentía como si estuviera más lejos que las estrellas ocultas.

CAPÍTULO 11

Un estridente graznido sonó en el oído de Estrella de Fuego. Se levantó de un salto y miró a su alrededor hasta que vio un pato en el agua junto a los juncales. Mientras lo observaba, el pato despegó, volando veloz a poca altura sobre el río con alas chirriantes. Al mismo tiempo, Estrella de Fuego sintió que el suelo empezaba a temblar con el pesado ruido de patas de Dos Patas.

Tormenta de Arena levantó la mirada.

—¿Qué…?

Estrella de Fuego le tapó la boca con la punta de la cola.

—¡Ssshh! Dos Patas.

Asomándose fuera de los juncos, vio a tres Dos Patas machos caminando por la orilla del río hacia él. Todos llevaban los palos largos y delgados que los Dos Patas sostenían sobre el agua para pescar. Para su alivio, no había señales de ningún perro.

Estrella de Fuego se quedó muy quieto mientras los Dos Patas pasaban junto a su escondite y desaparecían río abajo. Luego le hizo una seña a Tormenta de Arena con la cola.

—Salgamos de aquí.

Con su pareja justo detrás de él, corrió ligeramente a lo largo de la orilla a la sombra de los juncos hasta que el olor de Dos Patas se desvaneció. Entonces hizo una pausa para recuperar el aliento, estudiando el cielo con ansiedad. Espesas nubes aún lo cubrían, de color gris amarillento y tan bajas que parecían capaces de tocar las copas de los

árboles. El aire estaba más caliente que la noche anterior, y completamente quieto.

—Se avecina una tormenta —maulló Tormenta de Arena—. Comenzará antes del anochecer.

Estrella de Fuego asintió.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha, tan rápido como podamos.

Partieron de nuevo, uno junto al otro, dando firmes zancadas. A pesar de lo que dijo sobre la necesidad de apresurarse, cuando pensaba en lo que podría estar sucediendo en el bosque, el valor de Estrella de Fuego parecía derramarse y caer por sus patas, y era difícil no dar media vuelta y volver corriendo a casa con su Clan. ¿Y si el tejón había vuelto? ¿Cómo reaccionarían los otros Clanes cuando descubrieran que se había ido? Hacía apenas unas lunas, todos se habían unido contra el Clan de la Sangre. Pero, ¿cuánto tiempo sobreviviría esa alianza? Estrella Leopardina volvería a robar las Rocas Soleadas si creía que podía salirse con la suya, mientras que Estrella Negra aprovecharía cualquier oportunidad para extender el territorio del Clan de la Sombra. Estrella de Fuego se sintió de repente asustado y expuesto; había dejado el bosque y el código guerrero muy atrás, y ya no estaba seguro de saber por qué.

Quería compartir sus temores con Tormenta de Arena, pero cada vez que la miraba, caminando a su lado, con su mirada verde fija en el camino, las palabras morían en su garganta. No se atrevía a preguntarle si creía que había tomado la decisión equivocada, por si decía que sí.

A medida que avanzaban por la orilla del río, el aire parecía cada vez más caliente y opresivo. Estrella de Fuego jadeaba de sed, sed que el agua del río saciaba solo durante unos latidos. Tormenta de Arena sorprendió a un campañol deslizándose desde un agujero en la orilla hacia el agua, lo lanzó al aire y lo mató cuando volvió a tocar el suelo.

—¡Gran captura! —exclamó Estrella de Fuego.

Los ojos de Tormenta de Arena brillaban de orgullo mientras arrastraba la presa hacia él para que pudieran compartirla. Durante unos instantes, Estrella de Fuego sintió el calor de su antigua compañía, pero seguía sin sentir que podía compartir sus preocupaciones con su pareja. ¿Y si ella insistía en volver al bosque?

Apenas habían vuelvo a partir después de comer cuando Estrella de Fuego percibió un fuerte olor a perro por delante, y oyó el sonido de voces de Dos Patas. Tormenta de Arena también las había oído. Moviendo la cola para hacerle señas, la gata se alejó corriendo del río hacia un grupo de

arbustos de saúco que crecían a unos cuantos zorros de distancia de la orilla. Estrella de Fuego la siguió, trepando por el tronco y agachándose junto a Tormenta de Arena en la rama más baja.

A través de las hojas pudo ver pasar a un par de Dos Patas, con dos perros saltando a su alrededor. De repente, uno de ellos salió disparado hacia los arbustos, ladrando con fuerza.

—Nos detectó —maulló Estrella de Fuego.

Sintió que Tormenta de Arena se tensaba; sus labios se cerraron en un gruñido incipiente y sus garras rasparon la rama.

Entonces, uno de los Dos Patas aulló con fuerza. El perro se detuvo, se dio la vuelta y regresó trotando, mirando una o dos veces por encima de su hombro.

—Adiós —Tormenta de Arena murmuró.

Tras esperar a que los Dos Patas y sus perros se alejaran, Estrella de Fuego se asomó desde su posición para ver mejor lo que había río arriba.

—Guaridas de Dos Patas —maulló.

Tormenta de Arena resopló con asco.

—Supongo que nuestra suerte no podía durar. Donde hay Dos Patas, hay problemas.

Estrella de Fuego solo podía ver la parte superior de las guaridas de Dos Patas desde el arbusto de saúco, pero cuando él y Tormenta de Arena continuaron río arriba, la primera pronto apareció, muy cerca de la orilla del río.

—¡Solo mira! —Tormenta de Arena se detuvo, agitando la cola con disgusto—. Está *plagada* de Dos Patas.

Estrella de Fuego se detuvo a su lado, desconcertado. En la mayoría de las guaridas de Dos Patas solo habían parejas de Dos Patas, y tal vez sus cachorros. Pero había mucho más que eso afuera de esta guarida, demasiados para contarlos. La mayoría de los adultos estaban sentados, comiendo comida de Dos Patas, mientras sus cachorros corrían chillando hasta el río para tirar piedras al agua. Algunos Dos Patas les aullaban, pero los cachorros no les hacían caso.

—¿Acaso nunca enseñan a sus crías? —preguntó Tormenta de Arena con un suspiro.

—Si nos quedamos en la orilla del río, tendremos que pasar justo por en medio de ellos —Estrella de Fuego maulló—. Nos verán seguro. Tendremos que rodearlos.

Una cerca de madera blanca rodeaba la guarida y a los Dos Patas y bajaba hasta el río. Bordeándola, Estrella de Fuego lideró el camino lejos

de la orilla y rodeó la parte trasera de la guarida. Cerca de la pared de la guarida, donde habría esperado encontrar un jardín, había un amplio espacio cubierto del mismo material negro y duro que un Sendero Atronador. Habían varios monstruos agazapados allí.

—¿Están dormidos? —susurró Tormenta de Arena.

Como en respuesta a su pregunta, uno de los monstruos emitió un rugido gutural y comenzó a arrastrarse lentamente, alejándose de los demás y atravesando una brecha en la cerca hacia un Sendero Atronador pequeño. Luego saltó hacia adelante y se alejó corriendo, pasando a otros dos monstruos en su camino.

Estrella de Fuego sintió que se le erizaba el manto. Cruzar un Sendero Atronador ya era malo, pero aquí sentía como si los monstruos agazapados lo estuvieran observando, listos para saltar en cuanto se aventurara sobre la dura superficie.

Bajó las patas con la misma ligereza que si acechara a un ratón, rozando el pasto con el pelaje del vientre, y se acercó sigilosamente al borde del Sendero Atronador. Había arbustos para refugiarse al otro lado, pero aún no se atrevía a cruzar. Oyó el gruñido de otro monstruo, que unos latidos más tarde bajó a toda velocidad por el Sendero Atronador, se detuvo en el hueco de la cerca y se fue a dormir junto a los demás, cerca de la guarida. Un par de Dos Patas salieron de su vientre.

—Corre cuando diga «ahora» —le murmuró a Tormenta de Arena.

—Hazlo, entonces —replicó ella, nerviosa.

La mirada de Estrella de Fuego pasó de la guarida al Sendero Atronador y viceversa. Todo estaba quieto.

—¡Bien, ahora!

Saltó hacia adelante con Tormenta de Arena a su lado. En el mismo momento, el ladrido de un monstruo que se despertaba estalló cerca de la guarida. Estrella de Fuego se lanzó hacia delante y se precipitó entre los arbustos, donde cerró los ojos con fuerza e intentó dejar de temblar.

—¡Nos vio! —jadeó Tormenta de Arena, refugiándose junto a él—. Pero no puede seguirnos hasta aquí.

Estrella de Fuego esperaba que tuviera razón. Cuando abrió los ojos y miró a través de las hojas, pudo distinguir el color brillante del monstruo mientras merodeaba por el Sendero Atronador y se detenía. ¿Estaba intentando olfatearlos? Seguramente sería difícil para un monstruo oler algo que no fuera su propio hedor. De todos modos, la respiración de Estrella de Fuego no disminuyó hasta que el monstruo se dio por vencido y se fue, mientras su rugido se apagaba en la distancia.

—Bien, vámonos —maulló.

Le hubiera gustado descansar un poco más, pero odiaba esta extraña guarida atestada de Dos Patas, y sus monstruos que parecían haber aprendido a cazar.

Tormenta de Arena murmuró que estaba de acuerdo; ambos gatos se abrieron paso entre los arbustos hasta llegar al río. El manto de Estrella de Fuego no se alisó hasta que doblaron una curva y dejaron la guarida de Dos Patas muy atrás.

Para cuando la siguiente guarida de Dos Patas estuvo a la vista, Estrella de Fuego supuso que el mediodía había pasado hace rato, aunque no se veía el sol. Las nubes se habían oscurecido y se había levantado un fuerte viento que traía olor a lluvia. En el río aparecieron ondas blancas; a lo lejos, Estrella de Fuego oyó el retumbar de un trueno. La tormenta estallaría pronto.

Tormenta de Arena se detuvo a saborear el aire.

—¡Ratones! —exclamó—. El olor viene de esa guarida.

—¿Estás segura? —Estrella de Fuego preguntó.

Se interrumpió ante la mirada mordaz de Tormenta de Arena. Sin molestarse en responder, se dirigió hacia la guarida.

—¡Hey, espera! —Estrella de Fuego comenzó a correr para poder alcanzarla—. No sabes lo que hay ahí.

—Sé qué *no* hay. No hay olor a Dos Patas, no hay perros. —Tormenta de Arena suspiró—. ¿Quieres carne fresca o no, Estrella de Fuego?

Estrella de Fuego tuvo que admitir que su estómago aullaba de hambre. Durante todo el día no habían hecho más que evitar Dos Patas. No había habido oportunidad de cazar.

—De acuerdo, pero…

Ignorándolo, Tormenta de Arena se acercó silenciosamente a la guarida. Siguiéndola, Estrella de Fuego se dio cuenta de que tenía razón sobre el olor: muchos ratones, pero ningún rastro de Dos Patas o perros. La guarida parecía abandonada. La puerta hundida estaba abierta y los agujeros cuadrados de las paredes oscuros y vacíos. Había habido una cerca de madera alrededor del jardín, pero la mayor parte estaba rota y podrida, mientras que el propio jardín estaba cubierto de maleza.

Tormenta de Arena se arrastró con sigilo a la puerta y se detuvo a saborear el aire nuevamente antes de escabullirse dentro. Estrella de Fuego la siguió, el poderoso olor a ratón lo inundó al entrar.

Dentro la luz era gris y fría, filtrándose a través del aire polvoriento. Una gruesa capa de polvo y escombros cubría el suelo. A ambos lados,

puertas a guaridas separadas permanecían abiertas, mientras que justo delante una pendiente irregular conducía a un nivel superior. Tormenta de Arena comenzó a subir.

—Ten cuidado —le advirtió Estrella de Fuego.

Ella agitó la cola.

—Quédate aquí y vigila.

Estrella de Fuego esperó al pie de la pendiente hasta que Tormenta de Arena desapareció. Entonces, con las orejas aguzadas ante posibles sonidos de peligro, caminó a través de las guaridas vacías. Cada pequeño movimiento despertaba un eco; Estrella de Fuego se encontró recordando cómo había sido su vida con sus Dos Patas, antes de que hubiera puesto una zarpa en el bosque. Su guarida había sido cálida y acogedora, con el suelo cubierto de un grueso relleno que amortiguaba todos los sonidos. Los agujeros de las paredes estaban llenos de un material brillante como hielo, y de ellos colgaban mantos para poder cerrarlos durante la noche. Los Dos Patas dormían en una guarida en el nivel superior, mientras que él se quedaba en… ¿Cómo se llamaba la guarida donde comían? Ah sí, la *cocina*.

La palabra desconocida le vino a la mente mientras estaba en la guarida vacía. El goteo de recuerdos se estaba convirtiendo en un torrente; Estrella de Fuego pensó en Hattie y Tiznado, viviendo felices con su familia. ¿Habría sido igual de feliz si se hubiera quedado, si nunca hubiera conocido la emoción de acechar presas en las sombras susurrantes de las hojas, si nunca se hubiera acurrucado en la guarida de los guerreros junto a sus compañeros de Clan, si nunca hubiera luchado por su Clan ni soportado la carga de ser su líder?

«*No*». Incluso en la guarida de Dos Patas, había caminado por el bosque en sus sueños. Cuando se unió al Clan del Trueno supo que había encontrado el lugar al que pertenecía. Pero si el Clan del Trueno significaba tanto para él, ¿por qué se había ido para ayudar a un Clan que había sido expulsado del bosque hacía tanto tiempo que ningún Clan los recordaba? ¿Le bastaba con sentir que estaba haciendo lo correcto?

Se sobresaltó al oír un paso detrás de él y se giró para ver a Tormenta de Arena entrando en la cocina con el cuerpo inerte de un ratón en las fauces.

—Parece que tuvieras muchas cosas en la cabeza —maulló, dejando caer la presa fresca—. ¿Qué pasa?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—Nada importante.

Tormenta de Arena le sostuvo la mirada durante un instante, como si no le creyera, pero no dijo nada más.

Agazapados uno al lado del otro, compartieron el ratón. Afuera, el viento se había hecho más fuerte, azotando la guarida y lanzando lluvia punzante contra las paredes y a través de los agujeros, salpicando el polvo del suelo.

—Tal vez deberíamos pasar la noche aquí —Tormenta de Arena sugirió.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón. Podrían cazar más presas y dormir bien alimentados hasta que pasara la tormenta. Pero las paredes de la guarida de Dos Patas parecían estar cerrándose sobre él. No podía soportar estar dentro por más tiempo, luchando con viejos recuerdos. Ya no era un minino doméstico y este no era su lugar.

—No —maulló—. Aún no ha oscurecido. No podemos desperdiciar el resto del día.

Tormenta de Arena abrió las mandíbulas para discutir, pero algo en la cara de Estrella de Fuego debió detenerla, porque lo siguió sin protestar mientras él lideraba la salida de la guarida.

El viento azotó a Estrella de Fuego en cuanto salió. La lluvia le abofeteó la cara y le empapó el pelaje en cuestión de latidos. Sabía que lo más sensato sería volver a entrar, pero el orgullo no le permitía cambiar de opinión. Bajando la cabeza, se abrió paso entre el viento y bajó hasta la orilla del río.

El río había cambiado desde que él y Tormenta de Arena lo habían abandonado para entrar en la guarida. El nivel del agua había subido mucho más, agitándose con olas marrones y fangosas que se deslizaban contra la parte superior de la orilla. El viento azotaba los juncos, casi aplastándolos; los tallos les golpeaban el pelaje con ataques punzantes mientras luchaban por avanzar en la penumbra. La luna menguante se asomaba irregularmente entre las nubes, su débil luz era inútil para guiar sus pasos.

Estrella de Fuego oyó un siseo furioso de Tormenta de Arena, y supo que ella pensaba que debían encontrar refugio, pero también supo que era demasiado testaruda como para pedírselo dos veces. Estaba desesperado por seguir adelante, sin importar el tiempo, para encontrar al Clan del Cielo y asegurarse de que había hecho bien en abandonar el bosque.

Pronto el río creció aún más, arrastrándose a través de los juncos y alrededor de sus patas. En el lado opuesto al río estaban rodeados de arbustos, cuyas ramas espinosas crecían demasiado para que pudieran

abrirse paso. Un relámpago cayó del cielo, seguido casi de inmediato por un trueno en lo alto, tan fuerte como si el cielo se partiera en fragmentos. La fría luz convirtió en plata la lluvia torrencial y brilló negruzca sobre los empapados mantos de Estrella de Fuego y Tormenta de Arena, pegados a sus cuerpos.

Al siguiente destello, Estrella de Fuego levantó la mirada y creyó vislumbrar el rostro del gato del Clan del Cielo entre las ondulantes nubes púrpuras. Antes de que pudiera estar seguro, la cara cambió a la de Estrella Azul. Estrella de Fuego creyó que lo miraba con expresión suplicante, como si estuviera aterrorizada por sus antiguos compañeros de Clan y quisiera que volvieran. Estrella de Fuego quiso aullarle una pregunta, pero en ese momento un relámpago partió de nuevo el cielo y el rostro desapareció. «*No podemos dar la vuelta* —se dijo Estrella de Fuego—. *No ahora que hemos llegado tan lejos*».

Siguió chapoteando, con la cabeza gacha y la cola caída bajo la lluvia torrencial. De repente, una oleada de agua arrasó el camino. Estrella de Fuego fue derribado. Abrió las mandíbulas para gritarle a Tormenta de Arena y tragó agua helada mientras su cabeza se hundía.

Moviendo las patas frenéticamente, luchó por salir. Al principio, cuando su cabeza rompió la superficie, no pudo ver nada más que olas agitadas. Entonces vislumbró los arbustos de la orilla y nadó hacia ellos. El frío le agarrotaba las piernas y su pelaje empapado lo arrastraba. El oleaje empezó a retroceder, alejándolo de nuevo de los arbustos. Estrella de Fuego nadó aún más desesperadamente, aterrorizado de ser arrastrado al río revuelto.

Entonces sus patas tocaron tierra firme. Clavó las garras y consiguió agarrarse mientras la ola pasaba a su lado, dejándolo en agua que le bañaba el vientre. Temblando de frío y terror, miró hacia atrás.

—¡Tormenta de Arena! —aulló.

No hubo respuesta, y al principio Estrella de Fuego no pudo ver a su pareja. Luego la vio, aferrada con dientes y garras a una raíz sobresaliente unas pocas colas de distancia río abajo. Cuando Estrella de Fuego se le acercó, ella se esforzó por pararse y escupió agua del río.

—¿Estás bien? —jadeó Estrella de Fuego.

—¿Qué te parece? —Tormenta de Arena siseó, dando azotes con la cola—. Podríamos haber sido arrastrados por la corriente. ¿Por qué no puedes escucharme por una vez, en lugar de ser tan terco?

La culpa inundó a Estrella de Fuego como otra ola. Tormenta de Arena tenía razón; si se hubieran quedado en el refugio de la guarida abandonada, ahora estarían calientes y a salvo.

—Lo siento…

—¡Un «lo siento» no atrapa ninguna presa! —Tormenta de Arena replicó—. Admítelo, Estrella de Fuego; realmente no me quieres aquí para nada.

—¡Eso no es cierto! —Estrella de Fuego protestó.

—¡No te creo! —Tormenta de Arena lo fulminó con la mirada, y luego añadió más suavemente—: Sé que me amas, Estrella de Fuego, pero, ¿eso es suficiente? ¿No desearías que Jaspeada estuviera contigo ahora mismo?

La pregunta tomó a Estrella de Fuego por sorpresa. ¿Cómo sería tener a la curandera del Clan Estelar a su lado? ¿Ella sería capaz de convencerlo de que estaba haciendo lo correcto?

Mientras dudaba, el enojo desapareció de los ojos de Tormenta de Arena, reemplazado por una mirada de horror.

—No digas nada, Estrella de Fuego —maulló—. Sé cuál sería tu respuesta.

—No, no quise decir…

Sin escucharle, Tormenta de Arena giró sobre sí misma y salió corriendo, de vuelta por donde habían venido, con las patas chapoteando por el camino inundado.

—¡Tormenta de Arena, espera! —aulló Estrella de Fuego. Se obligó a atravesar el agua hasta alcanzar a la gata que huía—. Tienes que escucharme.

Tormenta de Arena se enfrentó a él.

—¡No quiero escucharte! —siseó—. Me iré a casa. Sé que no me quieres. Nunca me has querido tanto como a Jaspeada.

—¡Es diferente; eso es todo! —Estrella de Fuego protestó—. No puedes pedirme que elija entre ustedes. *Ambas* son importantes, y…

Un relámpago volvió a crepitar en el cielo, arañando un haya en lo alto de la orilla. Se oyeron truenos y un profundo gruñido respondió desde el árbol. La copa empezó a inclinarse, despacio al principio, luego cada vez más deprisa, mientras el árbol caía sobre el río y las ramas más altas se estrellaban contra la orilla opuesta. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena retrocedieron de un salto cuando unas ramas afiladas azotaron el lugar en donde habían estado.

Los dos gatos se agazaparon en el sendero inundado hasta que el ruido desapareció. Cuando el árbol caído quedó en silencio, Estrella de Fuego se levantó con cautela.

—Espérame aquí —maulló—. Voy a revisar la otra orilla. No parece estar muy húmedo por allí.

Por un momento Tormenta de Arena lo miró en silencio. Su mirada era fría, como si no estuviera de humor para obedecer su orden. Estrella de Fuego se preguntó qué haría si insistía en irse. Entonces la gata asintió bruscamente.

—Bien.

La caída del árbol parecía haber puesto fin a su disputa… por ahora. Estrella de Fuego dio las gracias en silencio al Clan Estelar mientras trepaba por el tronco del árbol, intentando hundir las garras en la suave corteza gris.

Los primeros pasos fueron fáciles, pero a medida que el tronco se estrechaba empezó a rebotar bajo el peso de Estrella de Fuego. Cuando llegó a las ramas, tuvo que trepar por ellas. Clavó las garras con más fuerza, aterrorizado de caer en la agitada corriente. Se estremeció cuando el agua salpicó entre las ramas y sintió cómo el río negro se arremolinaba alrededor de sus patas traseras. Se abrió paso hacia un lugar seguro, medio cegado por los montones de hojas. Las ramas le arañaban la cara y se le enganchaban en el pelaje. Por un instante se quedó paralizado cuando el tronco se movió bajo sus patas; el árbol entero amenazaba con volcar y arrojarlo al agua. Haciendo fuerza con los músculos, saltó hacia delante, abriéndose paso entre las esbeltas ramas superiores, y aterrizó a salvo en el otro lado.

La orilla era más alta aquí, el agua lamía la orilla a un par de ratones de distancia por debajo de la parte superior. Los árboles extendían sus ramas por encima, dando algo de refugio de la lluvia torrencial. Estrella de Fuego respiró entrecortadamente y se volvió hacia Tormenta de Arena, que seguía esperando en la orilla opuesta.

—¡Todo en orden! —exclamó—. ¡Puedes…!

Un estruendo lo interrumpió. Al principio pensó que era un trueno, pero sonaba cada vez más fuerte. Tormenta de Arena estaba mirando río arriba, con los ojos muy abiertos de horror. Estrella de Fuego se dio la vuelta. Una enorme ola se abalanzaba sobre ellos, marrón y cubierta de espuma, arrastrando consigo palos y escombros, rugiendo más fuerte que cualquier monstruo.

Estrella de Fuego lanzó un chillido de impacto. Corrió hacia el árbol más cercano, saltó y clavó las garras en el tronco. Cuando se dio cuenta, la ola estaba sobre él. Pasó a toda velocidad, arremolinándose sobre el tronco del árbol a menos de una cola de distancia por debajo de él. El rocío le salpicó el pelaje. Estrella de Fuego se aferró hasta que la ola pasó. Cuando bajó, miró horrorizado el río. El árbol caído había sido barrido. «*¿Cómo cruzará Tormenta de Arena ahora?*».

Cuando miró hacia la orilla opuesta, una garra fría se le hundió en el corazón. Tormenta de Arena se había ido.

CAPÍTULO 12

—¡No! —Estrella de Fuego aulló—. ¡Tormenta de Arena! ¡Tormenta de Arena, ¿dónde estás?!

No hubo respuesta. Estrella de Fuego corrió orilla arriba y abajo, aullando el nombre de su pareja una y otra vez. No pudo ver ninguna señal de ella, ningún rastro de pelaje rojizo entre los escombros tirados en la orilla lejana.

Corrió río abajo, trepando por rocas resbaladizas por el agua. Desesperado, escudriñó las orillas y las aguas embravecidas, convencido de que cada trozo de escombro podía ser su amada pareja.

Al final tuvo que detenerse, con los costados agitados y las patas raspadas y sangrantes. De pie sobre un peñasco, miró el agua negra y borboteante una cola de distancia por debajo. Si Tormenta de Arena estaba muerta, nunca jamás se lo perdonaría. «*¡Estúpida excusa de gato!*».

La cara de Estrella Azul en la nube había sido claramente una advertencia, pero él la había ignorado. Había estado tan concentrado en su búsqueda del Clan del Cielo que había olvidado lo que le debía a Tormenta de Arena. Fuera lo que fuera lo que le había pasado, si estaba ahogada o herida en algún lugar, era culpa suya. Dejó escapar un gemido de dolor. ¿Cómo podía haber dejado que Tormenta de Arena creyera que prefería estar con Jaspeada? Era a *Tormenta de Arena* a quien amaba, y haría cualquier cosa por volver a vivir ese momento y enviarla a ella primero al otro lado del tronco del árbol.

La lluvia seguía cayendo, pero ahora más suavemente, siseando en el río, y los truenos se habían alejado en la distancia. La penumbra del día se estaba convirtiendo en crepúsculo. Estrella de Fuego quería seguir, pero sabía que no podría buscar bien en la oscuridad. Podría fácilmente no ver a Tormenta de Arena si estaba inconsciente. Con cada paso doloroso, se arrastró bajo la roca saliente y se acurrucó. El agotamiento lo invadió como el agua negra del río, arrastrándolo a una siesta fría y sin sueños.

Una pálida luz reflejada en la superficie del agua despertó a Estrella de Fuego. Se arrastró hacia el exterior, temblando bajo el viento. Las nubes corrían sobre su cabeza, desgarrándose para mostrar un cielo azul detrás de ellas, y el sol ya estaba trepando hacia su punto más alto. La tormenta había terminado. Su manto estaba casi seco, tenía el pelaje pegado en mechones.

Durante un latido, Estrella de Fuego inhaló el aire puro, preparándose para la siguiente etapa de su viaje. Entonces el recuerdo lo golpeó como el zarpazo de un tejón. Tormenta de Arena se había ido. Lo único que importaba era encontrar a su pareja. No podía seguir sin ella; tenía que volver sobre sus pasos río abajo.

Estrella de Fuego se paró al borde del río y miró hacia la otra orilla, midiendo la distancia. Sus instintos le decían que se zambullera y nadara, pero se contuvo. El río aún estaba lleno, y fluía demasiado rápido para que siquiera un gato del Clan del Río lo cruzara con seguridad. Con un suspiro, empezó a caminar por la orilla.

Pronto más rocas se alzaron frente a él, demasiado empinadas para que Estrella de Fuego las escalara. Se vio obligado a alejarse del borde del río. Trepando por una empinada orilla, se abrió paso entre largos pastos al borde de un campo. Los tallos estaban cargados de gotas de lluvia, que le empapaban el manto nuevamente cuando los atravesaba. A cada paso miraba hacia el río a través de la delgada línea de árboles, buscando cualquier señal de un familiar manto melado.

Las nubes empezaron a despejarse y el sol brilló con más fuerza, derramándose sobre el pelaje empapado de Estrella de Fuego. El olor a presas le llegó desde el campo, pero lo ignoró. Mientras cojeaba, vio otro árbol caído oblicuamente sobre el río, pero varias colas de distancia separaban sus ramas superiores de la orilla más lejana, y Estrella de Fuego no se atrevió a arriesgarse a usarlo para cruzar. Aceleró el paso cuando vio

un estrecho puente de madera de Dos Patas, pero se detuvo frustrado al darse cuenta de que la parte central estaba rota, dejando un hueco demasiado ancho para saltar.

El sol ya se estaba poniendo cuando llegó a otro puente. Sus patas ansiaban cruzarlo, pero unos Dos Patas le bloqueaban el paso: dos adultos y un cachorro. Un perro caminaba junto a ellos. A Estrella de Fuego se le erizó el pelo del cuello y se agachó en el pasto; entonces se dio cuenta de que el perro era viejo y gordo, y estaba atado al cachorro de Dos Patas por una especie de zarcillo. Eso significaba que el riesgo era mucho menor, siempre que corriera lo bastante rápido.

Respirando hondo, Estrella de Fuego bajó a toda velocidad por la orilla y cruzó el puente, escabulléndose entre las piernas de los Dos Patas. Oyó un ladrido de sorpresa del perro. Uno de los Dos Patas gritó, pero Estrella de Fuego no miró atrás. Salió derrapando por el extremo del puente y se metió al refugio de los arbustos, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

Cuando se atrevió a asomarse, vio que los Dos Patas lo seguían con la mirada, con el viejo perro agarrado a su zarcillo, pero al cabo de un momento siguieron adelante y doblaron río abajo por la orilla opuesta. Estrella de Fuego dejó escapar un suspiro de alivio. Una vez que los perdió de vista, salió y se encaminó por el sendero.

El suelo bajo sus patas estaba cubierto de barro pegajoso, con escombros esparcidos. La enorme ola debía de haber llegado hasta los arbustos; era imposible que Tormenta de Arena hubiera escapado de ella.

Estrella de Fuego la buscó y buscó, temiendo ver su pelaje rojizo sin vida atrapado en una rama o embestido contra una roca. El sol ya había desaparecido cuando llegó a la guarida abandonada de Dos Patas. En la penumbra avanzó por el sendero, con la esperanza parpadeando en su corazón. Tormenta de Arena había querido refugiarse allí; si hubiera sobrevivido a la ola podría haber pasado la noche dentro. Pero cuando llegó a la puerta, Estrella de Fuego solo pudo percibir un rastro débil y rancio de su olor, junto con el suyo propio.

Incapaz de rendirse sin buscar, se deslizó dentro de la guarida. El polvo se levantó bajo sus patas, haciéndole picar la nariz.

—¿Tormenta de Arena? —llamó.

No obtuvo respuesta. Tambaleándose de cansancio, Estrella de Fuego se arrastró por la pendiente irregular y exploró las guaridas de arriba, pero allí también, el único olor de Tormenta de Arena era rancio. La pena y el miedo lo abrumaron; se acurrucó en el suelo de madera desnuda y cerró

los ojos, pero le costó conciliar el sueño. Cuando por fin la inconsciencia lo abrumó, su sueño se vio perturbado por los recuerdos rotos de su vida con sus Dos Patas, como si nunca los hubiera abandonado para convertirse en guerrero, ni hubiera conocido la alegría de liderar a su Clan.

Se despertó temblando a la luz gris del amanecer. Mientras bajaba de nuevo por la ladera, su corazón dio un vuelco cuando oyó movimiento procedente de la cocina de Dos Patas. Sin detenerse a olfatear, corrió a través de la abertura.

—¿Tormenta de Arena?

Fue detenido en seco por un gruñido feroz. Un zorro levantó su hocico enrojecido de una paloma a medio comer, con los dientes blancos al descubierto entre la sangre y las plumas.

Estrella de Fuego retrocedió lentamente hasta llegar a la puerta exterior. Entonces se dio la vuelta y huyó, corriendo por el sendero con el pelaje del vientre rozando el suelo y la cola ondeando detrás de él. Estaba preparado para sentir el aliento caliente del zorro en su cuello y sus dientes encontrándose en su pelaje, pero llegó a la orilla del río a salvo. Jadeante, miró hacia atrás. El zorro no lo había perseguido.

Estrella de Fuego trotó por la orilla hasta llegar a la otra guarida de Dos Patas, donde el monstruo casi los había atrapado. Al doblar el río, se detuvo sorprendido. Donde habían estado los Dos Patas y sus cachorros había una vasta extensión de agua, plana y gris plateada, que salía del río y se acumulaba alrededor de la guarida. Unas cuantas cosas de Dos Patas se balanceaban tristemente en medio del agua. Cerca de la guarida había dos o tres Dos Patas de pie, mirando al agua y lloriqueando.

Sin perder de vista a los Dos Patas por si alguno de ellos lo veía, Estrella de Fuego bordeó el agua, con la esperanza de cruzar el Sendero Atronador por detrás de la guarida, como él y Tormenta de Arena habían hecho antes. Pero la inundación se extendía mucho más de lo que había pensado. El mismo Sendero Atronador estaba bajo agua. Estrella de Fuego tuvo que abrirse paso a través de bosques pantanosos, resbalando en huecos fangosos y enganchándose el pelaje en zarzas.

Por fin llegó al Sendero Atronador. Por costumbre se agachó junto a él, mirando cautelosamente de arriba abajo, pero hoy no había monstruos. Todo estaba en silencio, excepto por el goteo constante de los árboles.

Estrella de Fuego se abrió paso a través de la maleza al otro lado del Sendero Atronador, con la esperanza de seguir el borde de la inundación de vuelta al río. Pero al salir de nuevo del bosque oyó fuertes ladridos. Un

Dos Patas y un perrito color zorro estaban doblando la esquina de la guarida.

Estrella de Fuego se dio la vuelta y huyó, pero era demasiado tarde. El perro se abalanzó sobre él con una ráfaga de agudos chillidos. Estrella de Fuego oyó al Dos Patas aullar, pero el perro siguió avanzando. Estrella de Fuego podía oír cómo se abría paso entre los árboles detrás de él. Obligó a sus piernas a moverse aún más rápido. Un muro se alzaba frente a él; sin pensarlo, Estrella de Fuego dio un salto, trepó por las piedras y se detuvo para mirar a su perseguidor.

El perro jadeó hasta el muro y se sentó al pie, aullando. Estrella de Fuego enseñó los dientes con un siseo furioso y saltó al jardín del otro lado. Mientras se deslizaba al refugio de un arbusto, oyó que el Dos Patas del perro se acercaba gruñendo, irritado. Los ladridos del perro se desvanecieron en la distancia mientras se lo llevaban a rastras.

Estrella de Fuego se agachó al refugio del arbusto goteante y recuperó el aliento. ¿A dónde podría haber llevado el agua a Tormenta de Arena? Si el río se había desbordado tanto, podría haber sido arrastrada fuera de la orilla. «*Si logró liberarse* —pensó—, *podría haber venido por aquí para escapar de la inundación*».

Valdría la pena buscar en algunos jardines, decidió Estrella de Fuego, para ver si podía encontrar algún rastro de ella. Al menos ya no llovía, y el pálido sol sacaba vapor del pasto empapado.

Estrella de Fuego se asomó por detrás de su arbusto y examinó el jardín. Parecía vacío. No se oían ruidos procedentes de la guarida de Dos Patas. Pero cuando probó el aire no pudo oler a Tormenta de Arena. Ella no estaba aquí; tendría que seguir adelante.

Atravesando el pasto, se metió entre los arbustos del otro lado y saltó a la pared opuesta. Más allá había un estrecho pasadizo; después de comprobar si había olor a algo, Estrella de Fuego bajó de un salto. La pared del otro lado era demasiado alta para escalarla, así que trotó a lo largo del pasaje, con los sentidos atentos a cualquier rastro de Tormenta de Arena.

El pasadizo desembocó en una maraña de guaridas de Dos Patas unidas por un pequeño Sendero Atronador. Todo estaba tranquilo y no había monstruos a la vista, ni siquiera monstruos dormidos. Sin embargo, a Estrella de Fuego se le erizó el manto. Estar en un Poblado de Dos Patas no se sentía correcto, y ya empezaba a dudar de que pudiera encontrar a Tormenta de Arena tan lejos del río. «*Solo echaré un vistazo rápido*».

Pero todas las guaridas y jardines se veían iguales, y la lluvia había barrido cualquier olor que pudiera haberle guiado. Saltando sobre una pared que creía que daba al pasaje de regreso al bosque, Estrella de Fuego se encontró mirando hacia otro jardín.

—¡Excremento de zorro! —escupió—. Ahora estoy perdido. ¿Qué más puede salir mal?

Intentó volver sobre sus pasos, pero en algún lugar debió de haberse equivocado de camino. Ante él se extendían más jardines desconocidos, separados por callejones serpenteantes que parecían girar sobre sí mismos. Varias veces cruzó su propio rastro de olor, pero no le llevó a ninguna parte. Al caer la noche, aún no había encontrado el camino de vuelta al río.

Se sentía demasiado cansado para seguir buscando; se dejó caer cautelosamente desde una cerca hasta uno de los jardines y se metió debajo de un arbusto con flores azules de fuerte olor. Con suerte, ocultarían su olor de las mascotas que pasaran por allí.

Esta vez sus sueños se llenaron de la voz de su pareja, que lo llamaba a gritos en la distancia, pero por muy lejos y rápido que corriera, no podía alcanzarla. Cuando despertó, aún se sentía exhausto y tan miserable que le costó un inmenso esfuerzo salir de debajo del arbusto.

Al otro lado del jardín, un movimiento le llamó la atención y vio a un regordete gato blanco que salía de la puerta de la guarida. Bostezó y se estiró, luego se echó a la luz del sol sobre unas piedras planas y empezó a lavarse su largo y níveo pelaje.

«*Se parece a Nimbo Blanco*», pensó Estrella de Fuego, bajando de un salto y acercándose con cautela por si el minino casero mostraba alguna de las habilidades de lucha de su sobrino.

El gato levantó la cabeza, sorprendido, y fijó una mirada azul brillante en Estrella de Fuego cuando el líder del Clan del Trueno se detuvo al borde de las piedras e inclinó la cabeza cortésmente. Estrella de Fuego reprimió un chorro de desprecio por el hecho de que aquel minino no se molestara en defender su propio territorio. No parecía que hubiera levantado una garra en señal de enojo en su vida.

—Saludos —maulló.

El gato blanco parpadeó.

—Hola. ¿Quién eres?

—Me llamo Estrella de Fuego. ¿Has visto a una gata rojiza recientemente?

El minino casero parpadeó de nuevo.

—No eres una gata, pero te he visto a ti.

Estrella de Fuego apretó los dientes.

—Sí, pero no me estoy buscando a mí mismo —señaló. Quería clavarle las garras y hacerle entrar en razón, pero se contuvo.

—Bueno… —continuó el gato blanco—, creo que vi una gata rojiza… oh, hace unos cinco días. ¿O era carey?

Estrella de Fuego respiró hondo e inhaló.

—Bueno. No importa. ¿Puedes decirme cómo volver al río?

El minino casero movió los bigotes.

—¿Qué río?

Estrella de Fuego clavó las garras en el suelo.

—Gracias por tu ayuda —siseó.

Dando la espalda a la mascota, corrió por el jardín y trepó por el muro. Más allá había otro pasadizo estrecho. Sin nada más que hacer, Estrella de Fuego caminó por él hasta llegar a un amplio espacio cubierto del material negro de los Senderos Atronadores. Del otro lado salía un Sendero Atronador, y a su alrededor había pequeñas guaridas cuadradas con paredes sin rasgos y entradas abiertas. Algunas estaban vacías, pero una de ellas se había tragado a un monstruo entero.

A Estrella de Fuego se le erizaron todos los pelos del manto. ¿Y si una de las guaridas se lo tragaba a él también? Le picaban las patas por volver por donde había venido, pero pensó que si podía salir por el otro lado, por el Sendero Atronador, podría encontrar el camino de vuelta al río.

Cautelosamente, paso a paso, se aventuró en la dura superficie negra. Estaba casi a mitad de camino cuando se congeló al oír el rugido de un monstruo, cada vez más fuerte. La enorme criatura atravesó la abertura, con la luz del sol reflejada en su brillante manto, y se abalanzó sobre Estrella de Fuego.

El miedo le golpeó la garganta a Estrella de Fuego. Esquivó hacia un lado. El monstruo lo siguió. «*¡Me está cazando!*». Su gruñido gutural parecía rodearle. Dejando escapar un chillido aterrorizado, Estrella de Fuego trepó por la pared de una de las guaridas, cruzó el techo y cayó al otro lado, demasiado asustado para mirar por dónde iba.

Sus patas se hundieron en un montón de basura de Dos Patas. Su hedor se esparció a su alrededor. Ahogado, Estrella de Fuego se arrastró furiosamente para salir del desastre. Sacudiéndose trozos de la materia apestosa del pelo, se desplomó de lado, con la cabeza dándole vueltas. Tenía un sabor asqueroso en la boca y sentía como si le dolieran todos los músculos del cuerpo.

La desesperación se apoderó de él. Le había fallado a Tormenta de Arena y al Clan del Cielo. Le había fallado a su propio Clan al abandonarlos. Cada decisión que había tomado había sido equivocada, y estaba demasiado agotado para hacer más.

Su estómago rugía de hambre, pero Estrella de Fuego se sentía demasiado miserable para siquiera intentar olfatear una presa. A un par de colas de distancia pudo ver un montón de cosas de Dos Patas cubiertas por un manto rígido y brillante. Con los músculos chillando en señal de protesta, se arrastró hasta allí y se metió al refugio del manto. Con un diminuto suspiro, cerró los ojos y se dejó llevar por la oscuridad.

Sus sueños fueron oscuros y caóticos. Una y otra vez veía la enorme ola que se abalanzaba sobre él, y oía a Tormenta de Arena aullarle, pidiéndole una ayuda que no podía brindarle. Luego, el perro de Dos Patas lo perseguía, le agarraba el pescuezo con los dientes y lo sacudía hasta que creía que le arrancaría el manto.

CAPÍTULO 13

—Nunca lo había visto en mi vida. ¿Qué está haciendo aquí?

—No se mueve. ¿Está muerto?

—No… ¡hey, tú, despierta!

Las voces resonaban fuertes y suaves en los oídos de Estrella de Fuego. Parpadeó dolorosamente y vio un borrón marrón y negro bloqueando el hueco por donde se había arrastrado para refugiarse. Una pata estaba sujeta al pelaje de su cuello, dándole una vigorosa sacudida.

—¿Qué…? Quítate. —Estrella de Fuego golpeó débilmente a su agresor.

—Guárdate las garras para ti —gruñó una voz.

Estrella de Fuego parpadeó de nuevo. Había dos gatos agazapados frente a él: una era una gata negra y el otro un escuálido gato marrón con una oreja desgarrada.

—No puedes quedarte ahí —maulló la gata negra—. Los Dos Patas entran y salen de aquí todo el tiempo. Mueve las patas.

—Me moveré cuando esté listo. —Estrella de Fuego intentó sonar desafiante, pero tenía la boca tan seca de sed que apenas podía hablar, y la cabeza le daba vueltas de hambre.

—Te moverás cuando nosotros te digamos —le gruñó el gato escuálido—. ¡Cerebro de pulga! —Le dio a Estrella de Fuego un fuerte golpe en las costillas con una pata.

Estrella de Fuego estaba demasiado débil para discutir. Salió de debajo del brillante manto y se levantó tambaleándose.

—Ya era hora. —La gata resopló—. Síguenos.

Se puso en marcha por un camino sinuoso que conducía entre los montones de basura de Dos Patas. Estrella de Fuego pensó brevemente en escapar, pero no tenía ni idea de a dónde ir. Además, apenas podía tambalearse, y mientras la gata guiaba el camino, el gato marrón caminaba junto a Estrella de Fuego y mantenía sus ojos amarillos fijos en él.

«*¿A dónde me llevan?*», se preguntó Estrella de Fuego.

Pensó en Azote y el Clan de la Sangre, y se preguntó si aquí habría otro Clan de gatos de Poblado despiadados. Si sabían que era del bosque, podrían verlo como un enemigo. ¿Estos gatos se lo llevaban para matarlo?

La gata negra lo condujo a través de un hueco en la pared. Estrella de Fuego salió a una zona de tierra desnuda donde unos pocos árboles achaparrados luchaban por sobrevivir en el suelo delgado. No podía ver a nadie más, pero había un poderoso olor a gato a su alrededor. Su miedo de encontrar otro Clan de la Sangre se hizo más y más fuerte hasta que le subió a la garganta y casi lo ahogó.

—Por ahí. —El gato marrón le dio otro empujón, casi derribándolo.

Estrella de Fuego tropezó hacia delante, se deslizó por un desnivel del suelo y se detuvo cuando sus patas delanteras chapotearon en el borde de un charco.

—No metas las patas —gruñó el gato—. No quiero beber de ahí si has estado chapoteando en él.

Estrella de Fuego retrocedió apresuradamente.

—Vamos, bebe —la gata espetó—. Es perfectamente seguro, ¿sabes? No estamos intentando envenenarte.

Estrella de Fuego la miró, dubitativo. Estos gatos lo habían traído al agua que tanto necesitaba. ¿Eso significaba que no lo matarían después de todo?

Se agachó junto al borde del charco y lamió el agua. Sabía que estaba rancia, contaminada por los olores de Dos Patas, pero en ese momento sabía más deliciosa que el arroyo más limpio del bosque.

Cuando se incorporó, sacudiéndose las gotas de agua de los bigotes, vio a la gata negra a su lado con un gorrión en las fauces.

—Toma —maulló ella, dejando caer la carne fresca a sus patas.

Estrella de Fuego se quedó mirando el ave. ¿Estos gatos lo estaban *alimentando*?

—En serio —murmuró la gata, poniendo los ojos en blanco mientras le acercaba el gorrión—. Come. ¿Nunca has visto una presa antes?

—Eh… gracias. —Estrella de Fuego cayó sobre el gorrión, engulléndolo a grandes bocados.

—Veo que llevas mucho tiempo sin comer —comentó el gato—. ¿Has venido de lejos?

Estrella de Fuego tragó un bocado de gorrión antes de responder.

—De bastante lejos —maulló. Agachó la cabeza y añadió—: Me llamo Estrella de Fuego.

—Yo soy Palo, y ella es Cora —le dijo el gato marrón.

Estrella de Fuego sintió un escalofrío de esperanza en el manto. Tal vez no era el único vagabundo que habían rescatado.

—Estoy buscando a otra gata rojiza. ¿La han visto? —preguntó.

Los dos proscritos intercambiaron una mirada. Estrella de Fuego se sintió mal cuando Cora negó con la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Puede que alguno de los otros sí —añadió Palo.

—¿Otros? ¿Qué otros? —Estrella de Fuego devoró el último trozo de presa y se puso de pie. La energía empezaba a volver a él ahora que había comido y bebido—. ¿Forman parte de un Clan?

Cora parecía desconcertada.

—¿Qué quieres decir con «un Clan»?

—Otros gatos vienen aquí —explicó Palo—. Gatos como nosotros.

—¿Dónde están ahora? —Estrella de Fuego preguntó.

—No lo sé —maulló Palo. Señaló con la cola—. Por ahí.

—¿Pueden llevarme con ellos?

—No hace falta —Cora respondió—. Tarde o temprano aparecerán por aquí. Siempre lo hacen.

Estrella de Fuego miró a su alrededor. Todavía no había otros gatos a la vista, pero el fuerte olor que había captado al principio le decía que este debía ser un lugar de reunión para muchos gatos. El recuerdo del Clan de la Sangre lo puso nervioso. Palo y Cora lo habían tratado bien hasta ahora, pero ¿y los demás? Los instintos de Estrella de Fuego le decían que huyera, pero estaba tan desesperado por encontrar a Tormenta de Arena que sabía que tenía que quedarse y hacer más preguntas.

—¿Podrían presentarme a los otros gatos? —preguntó.

Cora movió la cola.

—Estarás bien sin nosotros.

—No solemos andar con ellos —añadió Palo.

—¡Por favor! —Estrella de Fuego clavó con fuerza las garras en el suelo—. Necesito estar seguro de que los otros gatos me hablarán. ¡Tengo que encontrar a mi amiga!

Los gatos dudaron, mirándose de nuevo.

—¿Quién la gata que buscas? —preguntó Cora—. ¿Por qué es tan importante encontrarla?

—¡Porque es mi culpa que haya desaparecido! —Estrella de Fuego soltó—. Viajábamos por el río y la tormenta la arrastró. La he buscado por todas partes, pero no la encuentro. No puedo seguir sin ella, y no puedo volver a casa y dejarla aquí. —Sus garras rasparon el suelo polvoriento—. ¡No puedo renunciar a buscarla!

—Que no se te caiga el pelo —Cora maulló. Su voz seguía siendo mordaz, pero sus ojos eran comprensivos—. Nos quedaremos.

—Gracias. —Estrella de Fuego le sostuvo la mirada, esperando que entendiera lo mucho que significaba para él.

Palo y Cora se acercaron a un lugar sombreado bajo uno de los árboles desaliñados, compartieron lenguas brevemente y luego se acurrucaron para dormir la siesta. Estrella de Fuego se estiró, deseando poder dormir él también, pero no quería perderse la llegada de los otros gatos. No podía confiar en que Palo y Cora lo despertaran porque no estaba seguro de que se dieran cuenta de lo importante que era para él encontrar a Tormenta de Arena.

Encontró una zona de tierra caliente por el sol y se acomodó para acicalarse a fondo. Los pelos de su manto color fuego estaban apelmazados y entre ellos había restos del río. Peor aún, estaba cubierto de manchas de la repugnante materia de Dos Patas del montón de basura. Si sus compañeros de Clan pudieran verlo ahora, ¡apenas lo reconocerían! Pasándose la lengua por encima del hombro, hizo una mueca ante el asqueroso sabor, pero continuó hasta que su pelaje volvió a estar liso y brillante.

A Estrella de Fuego le costaba cada vez más mantenerse despierto. El sol se estaba poniendo, proyectando las largas sombras de los árboles y los muros de Dos Patas sobre el espacio abierto. De pronto, vio movimiento por el rabillo del ojo: un gato salía sigilosamente de detrás de uno de los árboles.

Estrella de Fuego se puso rígido y miró hacia Palo y Cora. La gata negra se incorporó, arqueó la espalda en un largo estirón y se acercó a él.

—Aquí vienen —maulló.

Más gatos siguieron al primero, emergiendo de entre los árboles o a través del hueco por el que habían entrado los proscritos y Estrella de Fuego. Otros saltaron de las paredes. Estrella de Fuego observó cómo se

saludaban unos a otros con amistosa reserva, justo como lo hacían los distintos gatos de Clan en los Cuatro Árboles.

Cora agitó la cola.

—Vamos; te presentaré.

Palo se les unió mientras se dirigían al grupo de gatos más cercano, tres de ellos, que estaban sentados junto al charco donde Estrella de Fuego había bebido.

—…y entonces le dije a la rata —estaba maullando un gato negro—, «da un paso más y te arranco el manto».

Un atigrado marrón levantó la mirada del charco.

—¿Y qué pasó entonces?

—Su pareja le saltó por detrás —contestó divertida la tercera gata, una hermosa reina blanca.

El gato negro enseñó los dientes con un gruñido.

—¿Y eso qué? Le arranqué el manto a *ambos*.

—Ese es Carbón —Cora murmuró al oído de Estrella de Fuego—. Es el más fanfarrón de todos.

—Pero tiene las garras afiladas —añadió Palo.

La gata blanca bostezó.

—De todos modos, ¿quién quiere comer rata? *Yo* tomé leche de Dos Patas.

—Y los erizos vuelan —espetó Carbón.

—¡Es *cierto*! —Los ojos de la gata blanca se abrieron de par en par con indignación—. La botella estaba en el escalón, así que la volqué y toda la leche se desparramó. —Se pasó la lengua por las mandíbulas—. Estaba deliciosa.

—La gata blanca es Nevada —le dijo Palo a Estrella de Fuego—. Pasa mucho tiempo cerca de los Dos Patas. Puede que haya visto a tu amiga allí.

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—Lo dudo. Tormenta de Arena no se acercaría a los Dos Patas si pudiera evitarlo.

—Nevada, te vi cerca de esa guarida. —El atigrado marrón se levantó del charco, y Estrella de Fuego vio que le faltaba media cola—. Puede que no te hayas dado cuenta de que tienen un perro nuevo ahí. Me persiguió cuando estaba acechando a un ratón en su jardín. Yo que tú me mantendría bien lejos.

Nevada se estiró y extendió las garras.

—Ya he visto al perro, es un bulto peludo y estúpido. Puedo lidiar con él.

Carbón resopló.

—Me gustaría verte intentarlo.

El atigrado marrón se acercó para sentarse entre Carbón y Nevada.

—Bueno, yo hoy vi a una gata extraña —empezó.

Estrella de Fuego aguzó las orejas.

—Un par de crías de Dos Patas la habían agarrado —continuó el gato atigrado, flexionando las garras—. Pronto *yo* les enseñé cómo son las cosas.

Nevada se volvió hacia él con una mirada furiosa.

—¡Cortito! No arañaste a unos Dos Patas jóvenes, ¿o sí?

—¿Y qué si lo hice? —Cortito espetó en respuesta—. Se lo merecían, estaban molestando a una gata. Pero no —continuó—, no los lastimé. Tenía las garras envainadas. Solo los distraje para que la gata rojiza pudiera escapar.

—¡Rojiza! —exclamó Estrella de Fuego.

Los ojos de Palo brillaron.

—Esa podría ser tu amiga.

—¿Por qué no la trajiste para que nos conociera? —Nevada le preguntó a Cortito.

—No hubo tiempo. —Los ojos ámbar del gato atigrado brillaron de admiración—. Saltó la cerca como si le hubieran salido alas. Creo que nunca había visto un gato moverse tan rápido.

Estrella de Fuego le tocó el hombro a Palo con la cola.

—Tengo que hablar con ese gato.

—Está bien —respondió Palo—. Sígueme.

Caminó hacia delante, agitando la cola, hasta que se acercó al grupo de tres gatos.

—Hola —maulló—. Este gato quiere conocerlos.

Los tres gatos fijaron su mirada en Estrella de Fuego. Él inclinó la cabeza respetuosamente.

—Saludos. ¿Cómo corren las presas?

Carbón y Nevada intercambiaron una mirada, como si creyeran que había dicho algo raro. Estrella de Fuego esperaba no haber sonado demasiado extraño.

—Eres nuevo por aquí —maulló Carbón—. ¿De dónde eres?

Estrella de Fuego no quería contarle del bosque a estos gatos. ¿Y si decidían invadir su hogar, como el Clan de la Sangre?

—De río abajo —contestó, esperando que eso fuera lo suficientemente impreciso.

—Se llama Estrella de Fuego —añadió Cora, acercándose a su lado—. Estrella de Fuego, te presento a Nevada, Carbón y Cortito.

—¿Viniste para quedarte? —La brillante mirada azul de Nevada era amistosa.

—No, solo estoy de paso —Estrella de Fuego le dijo—. Estaba con otra gata, pero nos separamos en la tormenta. —Se volvió con ansias hacia Cortito—. Oí lo que dijiste de la gata rojiza. Creo que podría haber sido mi amiga.

Los bigotes de Cortito se crisparon; se levantó y se acercó a olisquear a Estrella de Fuego.

—Podría haber sido —maulló—. Tenía el mismo tipo de olor que tú: árboles, hojas y agua de río.

Estrella de Fuego tomó aire, con el corazón latiéndole dolorosamente.

—¿Puedes mostrarme dónde la viste?

Cortito agitó el muñón de su cola.

—Claro.

—Pero no esta noche. —Cora se colocó entre Estrella de Fuego y Cortito—. Mírate —añadió, interrumpiendo a Estrella de Fuego cuando intentó protestar—. Una ráfaga de viento te volaría. Necesitas una buena noche de descanso y alguna presa más antes de estar en condiciones de ir a cualquier lado.

Estrella de Fuego clavó las garras en el suelo con frustración. «*¡Soy un guerrero!* —pensó con resentimiento—. *No necesito descansar*».

—Pero Tormenta de Arena podría irse —maulló. No expresó su otro temor: que Cortito se fuera y Estrella de Fuego no volviera a verlo.

—Tu amiga no vagará por un lugar extraño durante la noche —Cora espetó—. No a menos que tenga el cerebro de una pulga. Cortito, si te lo llevas ahora, te arrancaré lo que te queda de cola.

Cortito se encogió de hombros con buen humor.

—No puedo discutir eso —le maulló a Estrella de Fuego—. No te preocupes; te llevaré al lugar mañana.

Estrella de Fuego no pudo hacer otra cosa que aceptar. Encontró una depresión en el suelo para dormir, y aunque estaba convencido de que la preocupación lo mantendría despierto, se durmió casi tan pronto como se acurrucó. Esta vez ningún sueño lo perturbó.

A la mañana siguiente se despertó bajo la cálida luz del sol. Aunque no había querido demorarse, tuvo que admitir que se sentía mucho mejor. Se levantó de un salto y miró a su alrededor, pero el único gato que pudo ver fue Palo, que se acercaba a él con un ratón colgando de las fauces.

—Aquí tienes —maulló, dejando caer su presa delante de Estrella de Fuego—. Come.

—¿Dónde está Cortito?

Palo agitó las orejas.

—No lo sé.

—¡Pero prometió llevarme a buscar a Tormenta de Arena!

—Entonces lo hará. Que no se te caiga el pelo; volverá tarde o temprano.

Estrella de Fuego no estaba seguro. Murmurando su agradecimiento por la carne fresca, se agachó para comer, con los sentidos alerta en busca de la primera señal del regreso del gato atigrado. Pero aún estaba tan débil que el cansancio se apoderó de él y volvió a dormirse.

Se despertó sobresaltado y vio que los árboles proyectaban largas sombras negras sobre la extensión de terreno abierto. Una luz roja los bañaba; ¡el sol estaba volviendo a ocultarse!

Estrella de Fuego se levantó, con el corazón latiéndole de pánico. Vio a Cortito, sentado bajo el árbol más cercano, con sus ojos ámbar fijos en él.

—¿Por qué no me despertaste? —exigió Estrella de Fuego.

—¿Para qué? —Cortito movió los bigotes—. No te preocupes; tenemos tiempo de sobra.

Estrella de Fuego se mordió lo que habría gustado decir. Si ofendía a este gato, tal vez nunca encontraría a Tormenta de Arena.

—Vuelve aquí si tu amiga no está —le dijo Cora, acercándose por detrás—. Preguntaremos por ahí a ver si averiguamos algo más.

—Eso haré —maulló Estrella de Fuego—. Gracias.

—Bueno —Cortito dijo—. Vamos.

El atigrado marrón saltó la pared y se adentró en otro de los confusos pasadizos. Trotando hasta el final y doblando una esquina, se metió por un hueco en una cerca de madera. Estrella de Fuego lo siguió y se encontró detrás de unos arbustos en otro jardín de Dos Patas. Había caído la noche; una luz amarilla salía de un agujero cuadrado en la pared de la guarida de Dos Patas.

—Este es el lugar —murmuró Cortito—. Los Dos Patas jóvenes viven aquí. Atraparon a tu amiga junto a aquel pasto.

Señaló con su corta cola una mata de pasto largo en medio del jardín. Los tallos se alzaban por tres o cuatro colas de distancia, con copas plumosas que brillaban amarillas bajo la extraña luz. Sin perder de vista la guarida, Estrella de Fuego se arrastró hasta llegar a la mata.

Cerró los ojos para concentrarse mejor y aspiró aire, haciéndolo pasar sobre sus glándulas olfativas. El poderoso aroma de las flores de Dos Patas casi ahogaba todo lo demás, pero Estrella de Fuego pudo distinguir el olor de Dos Patas, varios tipos diferentes de presas y… ¡sí! Muy débil, y cada vez más rancio, pero aun así reconocible.

—¡Tormenta de Arena! —exhaló—. Estuvo aquí. ¡Está viva!

«*¡Gracias al Clan Estelar!*», pensó.

Cortito saltó hacia él.

—¿Hubo suerte?

—Sí, sí, es ella. ¿Por dónde se fue?

Cortito señaló con el muñón de su cola la cerca opuesta.

—Por allí, al jardín de al lado.

Estrella de Fuego corrió por el pasto hacia la cerca; para su sorpresa, Cortito le siguió el paso.

—No tienes que venir conmigo —maulló Estrella de Fuego.

Cortito agitó las orejas.

—No pasa nada. Iré contigo, si no te importa. Nevada me preguntará si encontramos a tu amiga.

—Gracias —Estrella de Fuego maulló.

Aunque no se lo dijo a Cortito, le sorprendió que los proscritos fueran tan serviciales. Se había apresurado demasiado a suponer que serían sus enemigos.

Los dos gatos saltaron la siguiente cerca. Estrella de Fuego creyó captar otro rastro del olor de Tormenta de Arena entre los macizos de flores, pero los olores de Dos Patas eran muy fuertes aquí, y había un poderoso aroma a perro. Se le erizó el pelo del cuello cuando la oyó ladrar desde la guarida,

—Perdí su rastro —le dijo a Cortito, caminando de un lado a otro, frustrado.

—Sigamos la cerca —sugirió el gato atigrado—. Tal vez encontremos el lugar por donde se fue.

—Buena idea.

Estrella de Fuego se deslizó a lo largo de la parte inferior de la cerca, oculta de la guarida de Dos Patas por gruesos arbustos, pero no había otros signos de que Tormenta de Arena hubiera estado allí, ni siquiera una huella en el suelo. Deseó tener a Nimbo Blanco con él; el gato blanco era el mejor rastreador en el Clan del Trueno.

«*¡Que el Clan Estelar me ayude!*», rezó, mirando a los brillantes guerreros del Manto Plateado y preguntándose si podrían verlo estando tan lejos del bosque.

Cuando levantó la cabeza, un mechón de pelo enganchado en lo alto de la cerca le llamó la atención, y distinguió el rojizo claro del manto de Tormenta de Arena.

Señaló con la cola.

—Ahí es donde cruzó la cerca. ¡Vamos, Cortito!

Pero el proscrito atigrado parecía inquieto, sus garras se clavaban en el espeso moho de las hojas bajo los arbustos.

—Hay una minina casera por ahí —maulló—. Es una buena luchadora, y… bueno, algo malhumorada.

Estrella de Fuego no podía creer que cualquier mascota pudiera luchar tan bien como para causarle problemas.

—Puedo manejarlo —prometió.

Saltó hacia la cerca, trepó con las garras y olfateó el mechón de pelo. El olor de Tormenta de Arena lo envolvió. El jardín que tenía debajo estaba lleno de arbustos y una maraña salvaje de flores de Dos Patas. Los árboles extendían sus ramas sobre él, proyectando sombras profundas. Estrella de Fuego sintió un cosquilleo en las patas. Este jardín era casi como el bosque; era justo el tipo de lugar donde su pareja podría esconderse.

—¡Tormenta de Arena! —llamó suavemente—. Tormenta de Arena, ¿estás ahí?

No hubo respuesta. Estrella de Fuego bajó al jardín y merodeó entre la maleza, con la nariz llena de olores de hojas, flores y otros gatos. Había vuelto a perder el rastro de Tormenta de Arena, pero estaba seguro de que tenía que estar cerca.

—¡Tormenta de Arena! —volvió a llamar.

Justo detrás de él, un gruñido rompió el silencio. Estrella de Fuego se giró y vio a una minina casera carey de pie a una cola de distancia de él. Tenía la espalda arqueada y enseñaba los dientes; su pelaje estaba erizado y su temblorosa cola se había erizado al doble de su tamaño.

—¿Qué estás haciendo en mi jardín? —escupió.

Estrella de Fuego tragó saliva; obviamente, no todas las mascotas eran perezosas a la hora de defender su territorio.

—Mira, que no se te caiga el pelo —comenzó—. Solo estoy…

Se interrumpió cuando la gata carey saltó sobre él, siseando de rabia, y lo derribó.

—¡Cortito! —aulló.

Golpeó a la carey con las patas traseras, pero aún no tenía toda su fuerza y no pudo quitársela de encima. Le dolió el costado cuando ella le clavó las garras.

—¡Intruso! —le siseó la gata al oído.

Estrella de Fuego se esforzó por girar la cabeza y clavarle los dientes en el cuello. Entonces, desde algún lugar cercano, oyó el aullido furioso de otro gato. De repente, el peso de la gata carey desapareció. Estrella de Fuego permaneció inerte en el suelo durante un par de latidos, agradecido de que Cortito hubiera acudido en su ayuda.

Luego levantó la mirada y se puso de pie con un jadeo de asombro. El recién llegado no era Cortito en absoluto; ¡era Tormenta de Arena! La gata rojiza había tirado a la carey al suelo; clavó las patas traseras en el vientre de la minina casera y le hincó los dientes en la oreja. La mascota luchó furiosamente un momento más, luego se apartó de golpe y huyó hacia la guarida de Dos Patas.

—¡Tormenta de Arena! —jadeó Estrella de Fuego. Se quedó mirando a su pareja; tenía los costados agitados y le brotaba sangre de unos arañazos en el hombro.

—¡Considérate afortunado de que llegué a tiempo para salvarte el manto! —Tormenta de Arena siseó.

—¡No te pedí que lo hicieras! —Estrella de Fuego le espetó en respuesta—. Podría haber cuidado de mí mismo.

El labio de Tormenta de Arena se curvó con incredulidad.

—Oh, seguro.

Estrella de Fuego la miró fijamente. Así no era como había imaginado que sería su reencuentro con Tormenta de Arena.

—Escucha…

—¿Todo está bien? —Cortito interrumpió; Estrella de Fuego levantó la mirada para ver su cabeza asomando por encima de la cerca—. ¡Hey! ¡La encontraste!

—No, *yo* lo encontré a *él* —gruñó Tormenta de Arena. Sonaba como si deseara no haberlo hecho—. Me sorprende que te hayas molestado en buscarme —continuó a Estrella de Fuego, con sus ojos verdes brillando con hostilidad—. Después de todo, ¿qué es una compañera de Clan comparada con todos los gatos sin nombre que dependen de ti quién sabe dónde? ¿Por qué no fuiste a buscarlos a ellos en vez de a mí?

Estrella de Fuego estaba demasiado cansado para seguir discutiendo con ella. Acercándose a ella, absorbiendo su cálido y familiar aroma, murmuró:

—Te habría buscado por toda la eternidad. Nunca habría seguido sin ti.

Tormenta de Arena lo miró por un largo momento.

—Cuando dije que quería venir a este viaje, lo dije en serio —maulló ella—. Pero quiero *compartir* tu misión. Quiero entender por qué necesitas ayudar a este Clan, y jugar un papel igual en encontrarlos.

—Pero el Clan Estelar me envió el sueño solo a mí… —comenzó Estrella de Fuego.

—Eso no es cierto —Tormenta de Arena señaló—. ¿Qué hay de Tiznado? Este Clan debe estar desesperado por ayuda si intentaran hablar con un minino casero. Seguro que dos gatos son mejor que uno, ¿no?

Estrella de Fuego apoyó el hocico en el de ella. Recordó cómo se había sentido cuando pensó que la había perdido para siempre. Ahora sabía que nunca podría completar su viaje sin Tormenta de Arena a su lado.

—Perdón que los interrumpa —maulló Cortito desde su lugar en la cerca—, ¿pero se van a quedar ahí abajo toda la noche?

Por un instante Estrella de Fuego se encontró con la mirada verde de Tormenta de Arena. Pasaron tantas cosas entre ellos que nunca podrían expresarse con palabras. Entonces se apartó.

—Perdón —maulló, saltando a lo alto de la cerca para balancearse junto a Cortito—. ¿Puedes mostrarnos el camino para salir de aquí?

—Tenemos que volver al río —Tormenta de Arena añadió mientras se unía a ellos.

—No hay problema. Síganme.

Cortito los guió de vuelta a través de los jardines. Cruzaron un pequeño Sendero Atronador, silencioso pero iluminado por el resplandor de las luces naranjas de Dos Patas, y avanzaron por otro pasadizo entre dos guaridas de Dos Patas.

—Ya falta poco —anunció Cortito alegremente.

Al final de los jardines, el pasadizo desembocaba en un espacio cubierto de pasto. Estrella de Fuego levantó el hocico y sintió el aroma del río. Podía oír el suave rumor del agua a lo lejos.

—Gracias —le maulló a Cortito—. Gracias por todo. Nunca habría encontrado a Tormenta de Arena sin tu ayuda.

Tormenta de Arena inclinó la cabeza.

—Gracias también por espantar a esos cachorros de Dos Patas.

El atigrado marrón se dio unos cuantos lametones en el pelo del pecho para ocultar su vergüenza.

—Buena suerte. —Sus ojos se entrecerraron—. Creo que están tramando algo para lo que podrían necesitar toda la suerte que puedan conseguir.

—Tienes razón, la necesitamos —Tormenta de Arena coincidió.

—Espero que podamos volver a verlos algún día —maulló Cortito.

—Yo también lo espero —contestó Estrella de Fuego.

Cortito agitó el muñón de su cola a modo de despedida. Se quedó observando en la boca del pasaje mientras Estrella de Fuego y Tormenta de Arena caminaban lado a lado por el pasto y bajaban hacia el río.

Capítulo 14

Durante toda la noche, Estrella de Fuego y Tormenta de Arena viajaron lentamente río arriba bajo un rasguño de luna. Dejaron atrás el tramo familiar del río con la guarida de Dos Patas tristemente de pie en un mar de barro, y el camino que conducía a la guarida desierta. El río se encogía y fluía más rápido, traqueteando sobre las piedras; un espeso seto lo bordeaba, dejando solo un estrecho sendero para que pasaran los gatos.

Estrella de Fuego no sentía la necesidad de hablar; le bastaba con que Tormenta de Arena estuviera con él otra vez, caminando a su lado.

Por fin los primeros rastros del amanecer aparecieron en el horizonte. El cielo se volvió lechoso y pálido, y uno a uno los guerreros del Clan Estelar se fueron apagando.

—¿Crees que deberíamos comer ahora? —sugirió Estrella de Fuego. No quería que Tormenta de Arena pensara que él tomaba todas las decisiones—. Y luego podríamos descansar un poco.

—¿Qué? —Los ojos verdes de Tormenta de Arena se abrieron de par en par por la sorpresa—. ¿Descansar? ¿Comer? ¿Tienes cerebro de ratón? Deberíamos seguir.

Estrella de Fuego la miró fijamente.

—Bueno, si eso es lo que quieres…

La mirada de Tormenta de Arena brilló de diversión, y soltó una diminuta carcajada.

—No, bola de pelos estúpida, solo estoy bromeando. Comer es una gran idea, y en cuanto a descansar, ¡prácticamente estoy dormida de pie!

Tocándole la oreja con la punta de la cola, Estrella de Fuego se detuvo y estiró las mandíbulas para probar el aire. Había un fuerte olor a campañol. Tormenta de Arena inclinó las orejas hacia adelante.

—Ahí —murmuró.

Estrella de Fuego vio a la criatura en la orilla saliendo del agua un par de colas de distancia más allá.

—Si no tenemos cuidado, volverá directo al río.

—Quédate ahí —Tormenta de Arena exhaló.

Deslizándose por el lado del seto, fue más allá del campañol y comenzó a volver hacia él. Cuando estuvo cerca, saltó a la orilla del río, el agua le salpicó las patas. Sobresaltado, el campañol corrió hacia orilla arriba, directo a las patas de Estrella de Fuego. Él lo mató de un mordisco en el cuello.

—¡Eso fue brillante! —exclamó mientras Tormenta de Arena se le unía, sacudiendo sus patas mojadas.

—No esperes que lo convierta en un hábito —replicó ella, sacudiéndose una gota de agua de la nariz—. No soy una gata del Clan del Río.

Mientras compartían el campañol, la luz del día se hizo más fuerte y salió el sol. El cielo estaba azul, con solo unos tenues rastros de nubes, alto y brumoso. Estrella de Fuego sintió que el calor del sol se le filtraba por el pelaje.

—Busquemos un lugar cómodo para dormir —sugirió cuando hubo terminado el último bocado de campañol.

La única respuesta de Tormenta de Arena fue un bostezo.

No mucho más lejos, descubrieron un suave montón de musgo entre las raíces del seto. La luz del sol brillaba a través de las ramas, moteando sus mantos mientras se acurrucaban juntos. Al sentir la lengua de Tormenta de Arena rozándole el cuello, Estrella de Fuego se relajó por primera vez en días. Inclinó la cabeza hacia la de su pareja, compartiendo lenguas hasta que el sueño se apoderó de ambos.

Estrella de Fuego estaba de pie en la orilla del río. Se parecía al lugar donde se había quedado dormido, pero el seto no era tan alto y tupido, y no había ni rastro de Tormenta de Arena. El pánico lo rasguñó por un momento. Entonces se dio cuenta de que estaba al borde de un gran grupo

de gatos. Algunos de ellos estaban sentados a la orilla del agua, mientras que otros yacían estirados como si estuvieran agotados.

El sonido fue apareciendo poco a poco a su alrededor: maullidos inquietos de crías y lamentos angustiados de gatos mayores.

—¿Cuánto falta? —preguntaba un cachorro gris claro a su madre.

—¡Me duelen las patas! —añadía una pequeña gatita naranja.

Su madre, una hermosa reina de pelo naranja atigrado, se inclinó para darles a ambos un reconfortante lametón.

—Ya falta poco —les prometió—. Y luego encontraremos un lindo y nuevo hogar.

—No *quiero* un nuevo hogar —protestó la gatita naranja—. Quiero volver a nuestro campamento.

Su madre le dio un suave lametón en las orejas.

—Nuestro campamento desapareció —maulló—. Los Dos Patas lo tomaron. Pero encontraremos uno mejor; ya verás.

La ansiedad en sus ojos verdes le dijo a Estrella de Fuego que no estaba segura de estar diciéndole la verdad a sus hijos. Siguió su mirada por encima de los gatos desparramados en la orilla hasta que divisó al gato gris y blanco que había visto tantas veces, que le había hablado en el jardín de Tiznado. El gato se erguía imponente al borde del río, con la cabeza vuelta río arriba.

—¿Este es el camino correcto? —maulló en voz baja.

Una pequeña atigrada, sentada en la orilla a su lado, respondió:

—Tú eres nuestro líder, así que tú tienes que decidir. No he recibido ninguna señal del Clan Estelar desde que dejamos el bosque.

—Al Clan Estelar no le importamos, Paso de Cervatilla —gruñó el gato gris y blanco—. Si les importáramos, nunca habrían dejado que los otros Clanes nos expulsaran del bosque. —Inclinó la cabeza—. Lo único que podemos hacer es seguir adelante hasta que encontremos un lugar donde vivir.

Un movimiento en el rabillo del ojo distrajo a Estrella de Fuego. Se quedó inmóvil cuando una cría atigrada de pelo largo se lanzó hacia él. Esperó a que lo viera y diera la alarma, pero pasó a su lado, tan cerca que sus mantos casi se rozaron, sin siquiera fijarse en él. Dándose cuenta de repente de que ninguno de los gatos podía verlo, Estrella de Fuego empezó a caminar entre ellos. Le horrorizaba lo delgados que estaban, con las costillas visibles a través de un manto opaco y descuidado.

Un veterano marrón y blanco yacía de lado, con la respiración entrecortada.

—No puedo seguir —dijo con la voz rasposa—. Tendrán que seguir sin mí.

—Tonterías —gruñó un guerrero rojizo—. Nadie se quedará atrás.

El veterano cerró los ojos.

—Nunca debimos abandonar el bosque.

Una gata marrón atigrada se colocó junto al gato rojizo.

—Encontraremos un buen lugar para quedarnos; lo prometo.

—Mejor que el que abandonamos —coincidió el guerrero rojizo, danzo un azote con la cola—. Sin que los otros Clanes nos molesten. No más invasiones fronterizas, no más robos de presas. Y sobre todo no más Dos Patas. Lo tendremos todo para nosotros.

El veterano marrón y blanco dejó escapar un débil siseo.

—Cola de Busardo, siempre ha habido *cinco* Clanes en el bosque.

—Ya no —murmuró el gato rojizo.

—Te encontraremos algo de carne fresca —maulló la atigrada—, y pronto te sentirás mejor. —Mirando al gato rojizo, añadió—: Vamos a cazar.

Los dos gatos dejaron a sus compañeros de Clan y comenzaron a merodear siguiendo el seto. Una ardilla estaba sentada parloteando en un árbol que extendía sus ramas sobre la orilla del río; la gata atigrada dio un enorme salto y la agarró con sus fuertes mandíbulas, cayendo de nuevo al suelo con su presa entre las patas.

Estrella de Fuego se quedó mirando, asombrado. ¡Qué captura! Nunca había visto un gato saltar tan alto. Al principio le sorprendió que el gato rojizo no la felicitara. Luego se dio cuenta de que ambos gatos tenían patas traseras fuertes y musculosas; saltar debió de haber sido la habilidad especial del Clan del Cielo, así como los gatos del Clan del Río podían nadar bien y los del Clan del Viento correr rápido tras los conejos.

Los cazadores llevaron su carne fresca al resto de su Clan. Un par de otros guerreros habían matado campañoles, pero aún no era suficiente. Vio que la carne fresca se repartía entre los veteranos y las madres con crías primero, tal y como esperaría de gatos que seguían el código guerrero.

Cuando el Clan hubo devorado las presas en unos pocos bocados voraces, el líder gris y blanco se acercó a ellos.

—Es hora de continuar —maulló.

Todo el Clan se puso de pie. El gato gris y blanco tomó la delantera, dirigiéndose río arriba. El gato rojizo y la atigrada marrón apoyaron al veterano marrón y blanco. Cuando pasaron cojeando junto a Estrella de Fuego, se dio cuenta de que podía ver el río y el pasto a través de cada

manto. Los gatos del Clan del Cielo parecían adentrarse uno por uno a una ribera de niebla pálida, y Estrella de Fuego se encontró despertándose a la luz del sol bajo el seto.

—*Tengo* que ayudarlos —murmuró en voz alta—. Pase lo que pase, el Clan del Cielo debe ser encontrado.

Durante los tres amaneceres siguientes, Estrella de Fuego y Tormenta de Arena siguieron su camino. El río se volvía cada vez más estrecho, haciendo espuma alrededor de rocas grises afiladas. En todas partes Estrella de Fuego podía ver rastros de la enorme ola que había arrastrado a Tormenta de Arena: ramas dispersas, escombros atrapados en el seto, charcos dejados en el camino que se secaban. En los bajíos bajo la orilla, varias gallinulas llamaban miserablemente a sus polluelos perdidos.

—¿Crees que falta mucho? —Tormenta de Arena maulló—. Si el río se estrecha mucho, desaparecerá por completo.

—Tienes razón. Deberíamos empezar a buscar señales del Clan del Cielo —contestó Estrella de Fuego.

—¿Qué tipo de señales? ¿Marcas de olor fronterizas?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—Lo dudo. Eso significaría que aún hay un Clan protegiendo su territorio. El gato del Clan del Cielo con el que hablé dijo que el Clan se había dispersado.

—Pero deben quedar *algunos* gatos del Clan del Cielo —señaló Tormenta de Arena—. Si no, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Tal vez haya unos pocos gatos intentando vivir según el código guerrero —Estrella de Fuego sugirió.

Tormenta de Arena asintió, luego suspiró.

—Eso me pregunto. O tal vez ya no recuerden quiénes son.

Mirando hacia adelante, Estrella de Fuego vio las cimas dentadas de una cadena de colinas. No parecían tan afiladas y sombrías como las Rocas Altas, pero eran más altas que los páramos del Clan del Viento. Para un Clan que huía y quería estar lejos de otros gatos y Dos Patas, podría haber parecido un refugio.

El camino se volvió arenoso, manchándoles las patas de naranja y haciéndoles picar los ojos cuando se levantó una brisa. El sol seguía fuerte; Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se alegraban por la sombra de los árboles que crecían a lo largo del seto.

Estrella de Fuego sintió que se le erizaba el pelo del cuello al ver dos o tres guaridas de Dos Patas. ¿Era este el comienzo de otro Poblado de Dos Patas en el que perderse? El camino pasaba justo por delante de las guaridas, y una camada de Dos Patas corría de un lado a otro.

Tormenta de Arena le tocó el hombro con la punta de la cola.

—Veamos si podemos rodearlas.

La gata melada encontró un hueco en el seto y los condujo a un campo de pasto áspero. Los dos lo atravesaron, bordeando las cercas de los jardines de Dos Patas, hasta que llegaron a un estrecho Sendero Atronador.

Estrella de Fuego se detuvo; el hedor de los monstruos era débil y rancio. Miró a Tormenta de Arena.

—¿Crees que es seguro cruzar?

Tormenta de Arena echó una rápida mirada de arriba abajo, y luego cruzó corriendo. Estrella de Fuego la siguió, pisándole los talones. Al otro lado había más pasto áspero, y no tardaron en bordear los guaridas de Dos Patas que quedaban hasta que volvieron a ver el río.

A medida que se acercaban, Estrella de Fuego pudo oír los chillidos de más cachorros de Dos Patas. Dejó escapar un leve siseo de fastidio; creía que habían esquivado a todos los Dos Patas evitando las guaridas. Cuando llegó al sendero nuevamente, vio que el río se ensanchaba y se convertía en un estanque redondo y poco profundo. Varios cachorros de Dos Patas rebotaban en las aguas poco profundas, chillando alegremente y salpicándose unos a otros. En la orilla, dos hembras mayores de Dos Patas estaban sentadas sobre unos mantos.

—¡Jugando en el agua! —Tormenta de Arena arrugó la nariz con disgusto mientras se colocaba junto a Estrella de Fuego—. Siempre supe que los Dos Patas estaban dementes. Morirán congelados sin pelo en sus mantos.

Antes de que terminara de hablar, un chillido más fuerte provino de los jóvenes Dos Patas. Dos de ellos saltaron fuera del agua y corrieron hacia Estrella de Fuego y Tormenta de Arena con las patas extendidas, salpicando gotas de agua.

—¡Corre! —maulló Estrella de Fuego.

El primer cachorro de Dos Patas casi lo agarró mientras se alejaba. Detrás de él, oyó un aullido de una de las hembras mayores de Dos Patas. Mirando hacia atrás, vio que se había puesto de pie y estaba llamando a los Dos Patas jóvenes, que se dirigían hacia ella. Tormenta de Arena y él siguieron corriendo hasta que el río se desvió y los Dos Patas quedaron atrás.

Finalmente se detuvieron, con los costados agitados, donde un arbusto de saúco proyectaba una sombra profunda sobre la orilla del río.

—Oigo algo —susurró Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego aguzó las orejas. De algún lugar más adelante llegaba un rugido como el de la cascada en territorio del Clan del Río. Con cautela, se adelantó por la siguiente curva.

Frente a él, el agua se deslizaba sobre una curva suave por la cima de un acantilado, convirtiéndose en espuma blanca al caer sobre las rocas salientes y estrellarse en un estanque debajo. El aire estaba lleno de neblina, dividiendo la luz del sol en pequeños arcoíris danzantes.

Estrella de Fuego se quedó quieto un momento, disfrutando del fresco rocío que empapaba su caliente pelaje. Mientras tanto, Tormenta de Arena se acercó al borde del estanque y se aventuró sobre una roca que sobresalía.

—¡Ten cuidado! —gritó Estrella de Fuego, con el corazón agitado al imaginársela cayendo en el revuelto estanque—. Las rocas estarán resbaladizas.

Tormenta de Arena agitó la cola para indicar que lo había oído; Estrella de Fuego esperaba que no estuviera molesta de que él hubiera intentado advertirle. Un par de latidos después, la gata melada bajó una pata al agua; algo plateado centelleó en el aire, y de pronto un pez yacía retorciéndose en la roca. Tormenta de Arena le puso una pata encima para evitar que volviera a caer al estanque.

—Hey, pensé que habías dicho que no eras una gata del Clan del Río —bromeó Estrella de Fuego mientras saltaba hacia ella.

Tormenta de Arena recogió el pez con las fauces y se le unió en la orilla.

—La estúpida criatura prácticamente se me acercó y suplicó que la atrapara —le dijo, dejando caer la presa a sus patas.

Los gatos del Clan del Trueno no solían comer pescado, pero Estrella de Fuego encontró delicioso el sabor desconocido mientras devoraba su parte. Cuando terminó, se limpió los bigotes y miró hacia el acantilado junto a la cascada. Rocas cubiertas de musgo sobresalían de él, con macizos de helechos derramándose sobre ellas.

—No parece muy difícil de escalar —maulló—. Será mejor que lo intentemos, antes de que se ponga el sol.

Empezó a trepar por las rocas, con ansiedad palpitándole mientras luchaba por mantener el equilibrio. El agua bajaba tronando a menos de una cola de distancia de él; si resbalaban hacia ella serían arrojados al

estanque de abajo. Las rocas desnudas estaban resbaladizas por el rocío y el musgo se desprendía cuando Estrella de Fuego intentaba apoyarse en él. Los helechos le abofetearon la cara, bañándolo con gotas de agua.

Arrastrándose hasta una roca plana, se detuvo un momento para descansar, con los costados agitados mientras luchaba por respirar. Al mirar hacia atrás para ver cómo estaba Tormenta de Arena, la vio en precario equilibrio sobre un peñasco al pie de una escarpada roca.

—¿Estás atrapada? —le preguntó—. Espera; bajaré a ayudarte.

Tormenta de Arena lo miró y le enseñó los dientes en un siseo que fue ahogado por el estruendo del agua.

—Quédate donde estás —respondió ella—. Puedo arreglármelas.

Estrella de Fuego agitó la cola con irritación. ¿Por qué Tormenta de Arena siempre tenía que demostrar que podía arreglárselas sola?

—No seas cerebro de ratón. No puedes…

—¡Dije que puedo arreglármelas! —Tormenta de Arena lo interrumpió—. No es bueno ponernos a los dos en peligro. Uno de nosotros tiene que sobrevivir para encontrar al Clan del Cielo.

Antes de que Estrella de Fuego pudiera contestar, su pareja se lanzó hacia arriba, enganchando las garras en un grupo de musgo sobre su cabeza. Cuando el musgo empezó a ceder, se arrastró con las patas traseras hasta llegar a una grieta profunda en la roca. Desde allí se las arregló para saltar hasta donde Estrella de Fuego esperaba, con el corazón latiéndole con alarma.

—¿Ves? —Tormenta de Arena se sacudió, esparciendo gotas de agua de su manto—. Te dije que estaría bien.

Estrella de Fuego apretó el hocico contra el de ella e intentó que no le temblaran las patas. Luego empezó a escalar de nuevo. Respiraba deprisa y entrecortadamente, y su manto se erizó de tensión cuando se levantó del borde del acantilado y se desplomó sobre el suelo llano. Un latido después, Tormenta de Arena se le unió y se dejó caer a su lado. Sintió su cálido aliento en la oreja.

—Lo siento —murmuró ella.

El sol estaba a punto de ponerse; el río reflejaba el cielo rojo, cubierto por las largas sombras de los árboles que lo cruzaban. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena siguieron caminando río arriba; el río se estrechaba aún más, y las orillas se elevaban hasta que se encontraron atravesando un desfiladero arenoso, cerca del borde del agua. Era más pequeño que el desfiladero al borde del territorio del Clan del Viento, pero los lados eran

igual de escarpados, y aunque todavía había luz en el cielo pronto estaban caminando entre sombras.

—Será mejor que busquemos un lugar donde pasar la noche —sugirió Tormenta de Arena—. Si hay señales del Clan del Cielo aquí, podríamos pasarlas por alto en la oscuridad.

Por mucho que Estrella de Fuego quería seguir adelante, sabía que lo que ella decía era sensato. Encontraron una pequeña cueva en la ladera del desfiladero, protegida por un arbusto de aulaga achaparrado, y se metieron en ella. El suelo arenoso era más cómodo de lo que Estrella de Fuego esperaba, y no tardó en dormirse con el dulce aroma de Tormenta de Arena a su alrededor.

La luz del día que se filtraba a través de las puntiagudas aulagas lo despertó. La alarma se apoderó de él cuando vio que Tormenta de Arena no estaba allí. Se abrió paso entre las ramas espinosas y emergió junto al río, parpadeando bajo la brillante luz del sol y sacudiéndose semillas del manto. Para su alivio, Tormenta de Arena trotaba hacia él.

—Pensé que podría cazar —maulló mientras se acercaba a él, con una mirada de fastidio en los ojos—. Pero no encontré ninguna presa. Aquí arriba no hay casi ningún lugar donde puedan vivir.

—No te preocupes. Seguiremos y cazaremos por el camino. Tiene que haber *algo*.

La única respuesta de Tormenta de Arena fue un bufido. Estrella de Fuego sabía lo orgullosa que estaba de sus habilidades de caza; era raro que no trajera siquiera una sola presa.

A plena luz del día pudo ver que sus alrededores eran muy diferentes del exuberante territorio bajo la cascada. Las laderas del desfiladero se habían convertido en acantilados arenosos, con unos pocos arbustos ralos y matas de pasto duro enraizadas en grietas. El camino junto al río casi desaparecía a ambos lados, por lo que tenían que trepar por las rocas para mantenerse cerca del agua. Aunque seguían deteniéndose para olfatear el aire, solo había el más leve rastro de una presa.

—Esto no es bueno —maulló Estrella de Fuego luego de un rato—. Ningún gato podría vivir tan cerca del agua, sin espacio para un campamento. Será mejor que subamos a lo alto del desfiladero.

Esta vez la subida fue más fácil; aunque el acantilado arenoso era liso y resbaladizo, había grietas y ocasionales salientes poco profundos que les daban muchos puntos de apoyo. Cuando Estrella de Fuego subió por el borde, el viento le sacudió el manto, y se alejó unos pasos del acantilado por si lo empujaba. Se encontró mirando una amplia extensión de tierra

arenosa, con matorrales de pasto salpicados de árboles achaparrados. A lo lejos podía distinguir las paredes de un Poblado de Dos Patas, y el brillo de unos monstruos que iban a toda velocidad a lo largo de un Sendero Atronador.

—Nos mantendremos alejados de allí —murmuró cuando Tormenta de Arena trepó para unirse a él.

Su pareja ya estaba olfateando el aire.

—¡Conejos!

Estrella de Fuego no se sentía muy esperanzado. Estaba acostumbrado a acechar presas en espesos bosques; no era un gato del Clan del Viento, lo suficientemente veloz como para corren en campo abierto.

—Sigamos —maulló—. Puede que haya un lugar mejor para cazar más adelante.

Mientras caminaban por el borde del desfiladero, sus patas empezaron a hormiguear. ¡Podía oler gatos! Saboreando el aire con cuidado, trató de encontrar el olor del Clan del Cielo que le era familiar por sus encuentros con el líder del Clan. Pero estos olores eran completamente diferentes.

Tormenta de Arena se había adelantado unos pasos, y se había detenido al pie de un árbol para olfatear la corteza.

—Ven a ver esto —lo llamó, haciéndole señas con la cola.

Brincando hasta donde estaba, Estrella de Fuego vio unas largas marcas de garras en la corteza. Además, el olor a gato era más fuerte aquí.

—Un gato hizo esas marcas —Tormenta de Arena maulló, sus ojos verdes brillaban.

Estrella de Fuego asintió.

—Uno con garras largas y afiladas, según parece. Vamos —maulló, llevando con ansias aire sobre sus glándulas odoríferas otra vez—. Veamos qué más podemos encontrar.

Unos pasos más adelante, una nube de moscas zumbó en el aire cuando casi tropezó con el cuerpo a medio comer de un conejo.

—¡Puaj! —Retrocediendo, se pasó la lengua por las mandíbulas—. Carroña.

Tormenta de Arena examinó el conejo muerto desde lejos.

—Alguien lo mató. No murió naturalmente, y hay olor a gato en él. Así que hay gatos por aquí que cazan presas.

Estrella de Fuego se obligó a acercarse de nuevo y examinó el cadáver con más cuidado.

—Supongo que el gato estaba cazando solo —maulló—. Eso explicaría por qué no terminó su comida.

—Y debe ser rápido, como el Clan del Viento, para cazar conejos.

Estrella de Fuego se retiró, y partieron de nuevo a lo largo del borde del desfiladero.

—El olor de ese conejo era diferente al del árbol. Estos son proscritos, no gatos de Clan.

—¿Pero no es eso lo que dijo el gato del Clan del Cielo? —Tormenta de Arena preguntó—. ¿Que su Clan se había dispersado?

Estrella de Fuego no respondió. Aunque las señales de gatos eran alentadoras, nunca se había planteado realmente, hasta ahora, cómo sería formar un Clan partiendo de proscritos y mininos domésticos. Tendría que tratar a cada gato como si estuviera entrenando a un aprendiz… no, a un cachorro, porque estos gatos no conocerían el código guerrero ni lo que significaba vivir en un Clan. La tarea era tan desalentadora que por un momento pensó en darse la vuelta y regresar a casa. Luego apretó los dientes con determinación. No abandonaría su búsqueda hasta que hubiera descubierto exactamente qué gatos vivían aquí, y si había alguna esperanza de restaurar al Clan del Cielo. Pero ahora sentía como si su búsqueda nunca terminaría, y nunca volvería a ver el bosque.

Había pasado el mediodía cuando llegaron a un banco de arena con varias madrigueras de conejos que descendían hacia la tierra. El olor de los conejos se hizo más fuerte. De pronto, uno salió de detrás de un arbusto de aulaga y huyó por el borde del desfiladero. Estrella de Fuego corrió tras él, pero Tormenta de Arena pasó a su lado, y él se detuvo para mirar mientras ella perseguía a la presa y la derribaba.

—¡Bien hecho! —maulló, acercándose a Tormenta de Arena mientras arrastraba al conejo hacia él—. ¡Ahora eres una gata del Clan del Viento!

Cuando él y Tormenta de Arena hubieron compartido la carne fresca, Estrella de Fuego se sintió saciado por primera vez en días. Si su pareja podía cazar presas aquí, también podían hacerlo los gatos del Clan del Cielo.

Tormenta de Arena lo miró.

—Estás emocionado, ¿verdad?

Estrella de Fuego asintió.

—Cada paso que damos nos acerca más.

—Me alegra estar aquí contigo.

Estrella de Fuego le tocó la oreja con la nariz.

—También me alegra que estés aquí. No creo que pudiera hacer esto sin ti.

* * *

Pasaron esa noche acurrucados entre las raíces de un roble, uno de los pocos árboles grandes que crecían en este acantilado azotado por el viento. Con los olores de la savia y la corteza envolviéndole, y el susurro de las hojas en sus oídos, Estrella de Fuego casi podía imaginar que estaba en casa en el bosque.

La luz del sol que le daba en la cara lo despertó. Abrió los ojos, alarmado; ¿cómo había podido dormir tanto tiempo? Entonces se dio cuenta de que las raíces donde se había instalado para dormir habían desaparecido, sustituidas por las paredes de arena y el techo de una cueva. La luz del sol entraba por la abertura, a unas cuantas colas de distancia. El aire a su alrededor era cálido. Podía oír los murmullos de muchos gatos durmiendo, y el olor del Clan del Cielo lo rodeaba. Levantando la cabeza, vio las formas peludas de guerreros acurrucados entre musgo y helechos.

Una sombra cruzó la cueva, y Estrella de Fuego vio a un gato musculoso a contra luz. Reconoció al gato rojizo que había visto en su visión junto al río. El miedo lo arañó; ¿qué le harían esos gatos cuando lo encontraran en su guarida? Pero el gato rojizo lo miró fijamente sin verlo, y Estrella de Fuego se dio cuenta de que una vez más era invisible para los gatos del Clan del Cielo.

—Vamos —maulló el guerrero rojizo—. Ya es hora de que se muevan.

Alrededor de Estrella de Fuego los guerreros empezaron a moverse y a levantar la cabeza. Una de ellas, la gata marrón atigrada que había atrapado a la ardilla, se levantó y arqueó la espalda en un largo estirón.

—Que no se te caiga el pelo, Cola de Busardo. Ya vamos.

—Muy bien, Manto de Fronda, puedes liderar la patrulla del alba —el gato rojizo continuó—. Elige a un par de otros para que te acompañen, y mantengan los ojos abiertos en busca de ese zorro que vimos al otro lado del desfiladero.

Manto de Fronda agitó la cola.

—No te preocupes. Si nos lo encontramos, será carroña.

El gato rojizo cruzó la cueva y pinchó a un gato negro con una pata.

—Arriba, Pelaje de Noche. Vendrás a cazar conmigo, y recogeremos a Zarpa de Roble por el camino. Fauces de Ratona —añadió a una gata de color arena al otro lado de la cueva—, tú puedes dirigir otra patrulla de caza.

Para entonces todos los gatos se habían puesto de pie y se estaban sacudiendo el musgo y los helechos de sus mantos.

—Este es nuestro hogar ahora —maulló Cola de Busardo, mirando a su alrededor con aprobación—. Ya saben a dónde ir…

Mientras hablaba, él y el resto de los gatos empezaron a desvanecerse. Por un instante Estrella de Fuego vio las paredes arenosas de la cueva aparecer a través de sus mantos; luego las paredes de la cueva también se disolvieron, y se encontró despertándose en el alba gris. La voz de Cola de Busardo aún resonaba en sus oídos. «Ya saben a dónde ir…».

Estrella de Fuego salió del refugio del árbol. El cielo brillaba con una luz lechosa y una suave brisa le acariciaba el pelaje. Todos sus sentidos se esforzaron por encontrar rastros del Clan perdido. Sus patas hormigueaban por su cercanía; ¿sería este el día en que los encontraría?

—Estoy aquí —maulló en voz alta.

Volviéndose hacia donde Tormenta de Arena seguía durmiendo, vio un ratón correteando entre las raíces del roble. Se puso en la postura del cazador y se abalanzó sobre él, matándolo rápidamente de un mordisco en la garganta.

Despertó a Tormenta de Arena pasándole la punta de la cola por la nariz.

—Hora de levantarse —anunció, mientras sus bigotes se movían y ella abría los ojos—. Hay carne fresca esperándote.

Cuando continuaron su viaje, tuvieron que bordear matorrales de aulagas y zarzas que crecían cerca del borde del acantilado. Estrella de Fuego seguía captando ocasionalmente rastros de gatos, pero nada que le dijera a dónde había ido el Clan.

Entonces, a medida que los arbustos desaparecían, Tormenta de Arena volvió a acercarse al borde del acantilado. Estrella de Fuego, que había olfateado un ratón entre las zarzas, la oyó soltar un grito ahogado. Se dio la vuelta y la vio mirando el desfiladero de debajo.

—¡Estrella de Fuego, ven a ver! —exclamó—. ¡El río desapareció!

CAPÍTULO 15

Abandonando a su presa, Estrella de Fuego corrió a su lado y miró hacia abajo. Los lados del desfiladero descendían abruptamente hacia un valle estrecho y seco como un hueso, sembrado de rocas rojizas. No había ni un hilillo de agua.

Su corazón empezó a latir con fuerza.

—Debemos haber pasado por el lugar donde el Clan del Cielo hizo su campamento —le maulló a Tormenta de Arena—. El gato gris y blanco me dijo que siguiera el río.

Tormenta de Arena dio un azote con la cola.

—¡Cagarrutas de ratón! Será mejor que bajemos y volvamos por el desfiladero.

Estrella de Fuego tomó la delantera mientras bajaban con cuidado por el escarpado acantilado. Los guijarros sueltos patinaban bajo sus patas; Estrella de Fuego intentaba no pensar en resbalar todo el camino en una maraña de patas y cola, y acabar roto en el fondo. Intentó pisar suavemente, pasando de una roca saliente a otra y usando la cola para mantener el equilibrio.

El sol ya estaba alto en el cielo y las paredes rocosas del desfiladero reflejaban el calor. El suelo caliente le abrasaba las patas. Jadeando, sintió como si su pelaje estuviera a punto de estallar en llamas. Molestó a una lagartija que tomaba el sol en una roca; el animal bajó por una grieta cuando la sombra del gato le cayó encima.

—Al menos no moriremos de hambre —comentó, señalando a la criatura con la cola.

Tormenta de Arena arrugó la nariz.

—Solo el Clan de la Sombra come cosas escamosas —maulló—. Tendría que tener mucha hambre antes de probarla.

Por fin llegaron al fondo del desfiladero y empezaron a caminar por donde habían venido, zigzagueando entre las rocas. El manto de Estrella de Fuego se erizó; nada crecía en esta parte del desfiladero excepto unos pocos macizos de pasto enjuto y arbustos achaparrados; no había refugio, ni maleza que ocultara a los gatos de ojos hostiles.

—Menos mal que no somos blancos ni negros —murmuró Tormenta de Arena—. Al menos nuestros mantos ayudarán a ocultarnos.

Estrella de Fuego asintió, tenso.

—Mantente alerta. No sabemos qué puede estar acechando aquí abajo.

A medida que el sol se deslizaba por el cielo, la sombra del acantilado caía sobre ellos. Estrella de Fuego respiraba con más facilidad a medida que el aire se enfriaba. Empezó a distinguir el sonido del agua más adelante. Respiró hondo, detectando los primeros rastros de humedad en el aire seco.

La cola de Tormenta de Arena se levantó.

—¡Puedo oír el río!

Deseando el suelo blando del bosque en lugar de estos guijarros afilados, Estrella de Fuego aceleró el paso hasta que él y Tormenta de Arena estaban saltando entre las rocas. Al doblar una curva, se detuvo en seco al ver un montón de rocas rojizas que bloqueaban el desfiladero. El chapoteo del agua era más fuerte, pero no podía verlo.

Trepó por el montón de rocas, con las garras raspando la piedra desmoronada, y miró con cautela por encima. Justo debajo de él, el agua fluía suavemente desde un enorme agujero negro hacia un estanque redondo antes de serpentear por el desfiladero y perderse de vista.

Tormenta de Arena trepó junto a Estrella de Fuego.

—Así que aquí empieza el río.

Estrella de Fuego miró a su alrededor, medio esperando ver las pálidas formas de los guerreros del Clan del Cielo observándolo desde los acantilados. No había gatos a la vista, pero a mitad de camino por la ladera del desfiladero vio varias cuevas, oscuras y estrechas aberturas escondidas bajo el acantilado. Estrechos senderos zigzagueaban por la pared del acantilado, llevando de una cueva a la siguiente.

Estrella de Fuego recordó su sueño de despertar entre los guerreros del Clan del Cielo en una cueva arenosa. Las palabras del lugarteniente resonaron una vez más en su mente. «Este es nuestro hogar ahora. Ya saben a dónde ir».

—Estamos aquí —le dijo a Tormenta de Arena en voz baja.

—¿Crees que el Clan del Cielo vivía en esas cuevas? —Tormenta de Arena sonaba dudosa—. ¿Subiendo y bajando los acantilados todos los días?

—Creo que sí.

Tormenta de Arena se levantó.

—De acuerdo, pero no voy a ir a ver hasta que hayamos bebido algo. Tengo la boca tan seca como el desfiladero.

Empezó a bajar por el otro lado del montón de rocas, siguiendo el río hasta que llegó al estanque donde desembocaba el río. Estrella de Fuego se le unió mientras se agachaba y empezaba a beber. El agua estaba helada; le empapaba su abrasado pelaje y Estrella de Fuego pensó que nunca querría dejar de beber.

El agua fluía rápidamente pero sin hacer ruido. Una luz azul verdosa centelleaba bajo la superficie, pero más allá, bajo el montón de rocas, todo estaba oscuro. La cueva se abría como una boca abierta, esperando en silencio…

Estrella de Fuego se estremeció y se incorporó, sacudiéndose las gotas de los bigotes. Tormenta de Arena estaba mirando algo en el barro seco junto al estanque.

—Mira eso —maulló.

¡En el barro estaban las claras huellas de un gato!

—Podría ser un proscrito, solo de paso —señaló Estrella de Fuego—, o incluso un minino doméstico aventurero.

Tormenta de Arena resopló.

—*Muy* aventurero, para ser un minino doméstico. Echemos un vistazo a esas cuevas.

La ladera del desfiladero era aún más empinada aquí que por donde habían bajado. Estrella de Fuego luchaba por mantener el equilibrio entre los guijarros sueltos, convencido de que estaba a punto de resbalar. Después de las primeras colas de distancia, dejó atrás las sombras y el calor abrasador lo golpeó con fuerza. De debajo sus patas se levantó polvo, dándole más sed que nunca.

Pero cuando llegó al primero de los senderos, el camino se hizo más fácil. Parecía como si la pared del acantilado hubiera sido raspada para

exponer un sendero aplanado que iba y venía en una suave pendiente, conectando cada una de las cuevas. Estrella de Fuego se dirigió a la entrada más alta, que también parecía ser la más grande. Se pegó al acantilado, evitando la caída al otro lado. Tormenta de Arena estaba justo detrás de él, exhalando un suspiro de alivio mientras lo seguía hasta el suelo llano de la cueva.

Estrella de Fuego miró a su alrededor. Ya había estado aquí antes. La cueva era varias veces más grande que su guarida en el campamento del Clan del Trueno. Dentro era fresca y sombría, con paredes escarpadas y suelo arenoso. Estaba protegida de la lluvia o del calor abrasador, y sería difícil para los enemigos alcanzarla.

Durante unos latidos se quedó quieto, imaginando cómo se habrían sentido los gatos del Clan del Cielo al llegar a este refugio. ¿Se habrían sentido alegres de encontrar refugio o cautelosos del peligro que acechaba en las sombras? ¿Habrían añorado su campamento en el bosque? ¿O simplemente estaban demasiado cansados para preocuparse? Por un momento volvieron a estar a su alrededor; podía oír sus maullidos y sentir sus mantos rozando el suyo.

—¿Qué opinas de esos huecos? —preguntó Tormenta de Arena, señalando con la cola unos rasguños poco profundos en el suelo al fondo de la cueva—. Llenos de musgo y helechos, serían buenos lechos.

—Sí, pero ¿dónde encontrarían musgo y helechos por aquí? —Estrella de Fuego preguntó—. No vi que crecieran en el desfiladero.

—Puede que haya en los acantilados.

Estrella de Fuego asintió, probando el aire de nuevo. La cueva estaba llena de olores de animales: podía distinguir ratones y campañoles, e incluso gatos, pero ninguno de ellos olía a fresco. Caminó hacia adelante, husmeando alrededor de los rasguños que Tormenta de Arena había visto; solo el recuerdo de su sueño le aseguraba que realmente eran lechos, no solo huecos naturales en el suelo de la cueva.

—Vamos a explorar algunas de las otras cuevas. —Estrella de Fuego se dirigió a la entrada, pero se detuvo a un paso de ella. Su corazón había empezado a latir de nuevo—. Mira eso —susurró.

A un lado de la entrada había una estrecha columna de roca, unida por un lado a la pared de la cueva. En la mitad inferior había gruesas marcas de garras. Casi sin atreverse a respirar, Estrella de Fuego se acercó, levantó las patas delanteras y colocó sus propias garras en las marcas.

—¡Encaja perfecto! —Tormenta de Arena respiró.

Tenía razón. Las garras de Estrella de Fuego se deslizaron en las marcas como si las hubiera hecho él mismo. Se estremeció al pensar que sus garras descansaban donde aquellos otros gatos habían estado, tanto tiempo atrás.

—Mira esas otras marcas. —Tormenta de Arena se acercó al tronco de piedra y apoyó una pata en él, cerca del pie.

Por primera vez Estrella de Fuego notó unos pequeños arañazos que recorrían el tronco de lado a lado.

—Tal vez los hicieron cachorros.

Tormenta de Arena parecía dudosa.

—¿Por qué iban a arañar transversalmente, en vez de arriba y abajo?

Estrella de Fuego se encogió de hombros.

—¿Por qué los cachorros hacen lo que hacen? De todas formas, no importa. Este es el lugar —maulló, de repente más confiado que nunca—. Aquí es donde el Clan del Cielo hizo su campamento.

Los ojos verdes de Tormenta de Arena brillaron.

—Entonces, ¿dónde están ahora?

Pasaron el resto del día explorando las otras cuevas. Las patas de Estrella de Fuego hormigueaban mientras seguían descubriendo más marcas de garras, prueba de que todas estas cuevas habían sido habitadas alguna vez por gatos.

—¡Mira! —murmuró Tormenta de Arena en la siguiente cueva que visitaron, apoyando suavemente la punta de la cola contra la pared—. ¡Nada más que marcas pequeñas! Esta debe haber sido la maternidad.

Estrella de Fuego miró hacia la entrada; una roca bloqueaba la mayor parte de ella, ocultándola de ojos hostiles y manteniéndola fresca incluso a la luz del sol abrasador.

—Los cachorros y sus madres habrían estado a salvo aquí.

Tormenta de Arena se adentró en la cueva, con su manto rojizo claro difuminado en las sombras.

—También hay rasguños más grandes en el suelo —informó—. Del tamaño adecuado para una reina y su camada.

Más abajo en el acantilado encontraron cuevas más pequeñas que podrían haber sido guaridas para los aprendices, el curandero y el líder del Clan. Finalmente regresaron a la primera cueva.

—Supongo que esta era la guarida de los guerreros —Estrella de Fuego maulló, sin querer hablar de su sueño—. Hay mucho espacio, y está cerca de la cima del acantilado. Podrían proteger al resto del Clan si zorros o Dos Patas intentaran bajar.

Tormenta de Arena probó el aire pensativamente.

—Hay olor a gato aquí —anunció—. No es fresco, pero es todo lo que hemos olido hasta ahora. Creo que al menos un gato estuvo aquí en la última luna.

Estrella de Fuego caminó lentamente por la cueva y vio algo blanco brillando en una grieta entre una roca y la pared. Metió una pata en el hueco y sacó un montón de pequeños huesos blancos.

—Un ratón o un campañol —le comentó a Tormenta de Arena, que se había acercado a echar un vistazo—. Tienes razón; por aquí han pasado gatos, pero no parece que vivan aquí permanentemente. Si lo hicieran, el olor sería fresco.

—Me pregunto a qué vienen. —Tormenta de Arena no sonaba como si esperara una respuesta, y Estrella de Fuego no podía darle una.

Ahora el sol se había puesto y el desfiladero estaba lleno de sombras. Treparon las últimas colas de distancia hasta la cima del acantilado y cazaron entre los arbustos del borde. Cuando hubieron comido, volvieron a la guarida de los guerreros para pasar la noche.

—Estoy tan exhausta que podría dormir una luna. —Tormenta de Arena suspiró, dándose la vuelta en uno de los rasguños poco profundos y acurrucándose con la cola sobre la nariz.

Su respiración constante pronto le dijo a Estrella de Fuego que estaba dormida. Se sentó a su lado, mirando la cueva a su alrededor e imaginándosela tal cómo había sido en su sueño: cuerpos cálidos que respiraban en lechos de musgo y helechos, y un gato, despierto como él, vigilando.

Parpadeó y los gatos desaparecieron. La pálida luz plateada de la media luna bañó la cueva, acariciándole el pelaje. Pero no hubo un sonido, ni un parpadeo de un manto pálido que perturbara las sombras.

«*¿El Clan del Cielo se dispersó hace demasiado tiempo?* —se preguntó—. *¿Hay alguna esperanza de encontrar a sus descendientes? ¿O llegué demasiado tarde?*».

Capítulo 16

Unos crujidos y unas voces débiles despertaron a Estrella de Fuego. Estiró la mandíbula en un bostezo y pensó que debía ser hora de levantarse y asegurarse de que la patrulla del alba se había marchado. Cuando abrió los ojos, vio la cueva desconocida, con sus paredes arenosas y los rasguños en la roca, y el recuerdo de dónde se encontraba volvió a su mente. Por un momento, pensó que había vuelto a su antigua guarida bajo la Peña Alta, dormido entre musgo cálido y helechos, con la luz del sol filtrándose a través de la cortina de líquenes de la entrada. En cambio, se encontraba en una cueva desierta que en otro tiempo había formado parte del campamento del Clan del Cielo, con Tormenta de Arena revolviéndose a su lado.

Tormenta de Arena levantó la cabeza.

—Me pareció oír algo.

—A mí también.

Estrella de Fuego se puso de pie de un salto. Aún podía oír movimientos en lo alto del acantilado y, al oler el aire, percibió un fuerte y fresco olor a gato.

Levantando la cola para advertir a Tormenta de Arena que se quedara quieta y en silencio, se dirigió hacia la entrada. La luz del día se filtraba en la cueva desde un cielo claro; el sol aún no había salido por encima del desfiladero y el aire era fresco. Se asomó a la entrada de la cueva. Levantó la mirada justo a tiempo para ver una cola atigrada oscura desapareciendo entre los arbustos que crecían en lo alto del acantilado.

—¿Está ahí? —maulló nervioso un gato.

—¡Creo que sí!

Estirando aun más el cuello, Estrella de Fuego tomó aire para hablar, pero antes de que pudiera emitir ningún sonido, una piedrecita cayó desde lo alto del acantilado, le pasó a menos de un ratón de distancia de la nariz y continuó hasta el fondo del barranco. Se oyeron más ruidos de arañazos desde arriba y un ronroneo de risa medio amortiguado.

La primera voz exclamó:

—¿Encontraste lo que buscabas en el cielo, bola de pelos vieja y estúpida?

—¡No me extraña que no tengas amigos, aliento de perro! —añadió la segunda voz—. ¡Apuesto a que no puedes atraparnos!

Otra piedra rebotó por el acantilado, rozando a Estrella de Fuego por poco, y este oyó el sonido de dos gatos huyendo por entre los arbustos con maullidos fuertes y triunfantes.

Furioso, se lanzó hacia arriba. Pero para cuando logró trepar por el acantilado y abrirse paso entre la maleza, los dos gatos estaban demasiado lejos como para que valiera la pena perseguirlos. Los vio mejor: un gato atigrado oscuro y una carey, corriendo hacia el lejano Poblado de los Dos Patas.

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó.

Un crujido entre los arbustos detrás de él anunció la llegada de Tormenta de Arena.

—¿Qué fue eso?

—No lo sé. Pero si alguno de mis compañeros de Clan me hablara así, se pasaría la próxima luna buscándoles garrapatas a los veteranos.

Tormenta de Arena frotó el hocico contra el de él.

—Bueno, ellos no saben que tú eres Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno —lo consoló ella—. Hasta donde saben, podríamos ser proscritos que intentan invadir su territorio.

—No estoy tan seguro. —Estrella de Fuego miró al otro lado de la pradera cubierta de matorrales, hacia el Poblado de los Dos Patas, donde los dos gatos habían desaparecido—. Pensaban que solo había un gato allí, así que no pueden habernos visto llegar. Y sus insultos significaban algo; parecían saber exactamente a quién le hablaban.

—Entonces debe de haber otro gato por aquí —maulló Tormenta de Arena—. ¿Quizás el que dejó esos huesos en la cueva?

—Quizás.

Volvió a adentrarse en la espesura y comenzó a explorar más a fondo. Consiguió detectar varios olores diferentes de gatos entre los arbustos, así como de ratones y aves.

—No huele a zorro ni a tejón —comentó Tormenta de Arena, encontrándose cara a cara con él junto al tronco de un arbusto de acebo.

—Algo es algo —Estrella de Fuego maulló—. La mayoría de los olores de gatos son de mascotas, incluidos los de nuestros visitantes. Me gustaría hablar con ellos. Quizás sepan si alguna vez hubo gatos viviendo en las cuevas.

—Es posible. —Tormenta de Arena soltó un bufido de disgusto—. ¿Pero estarán dispuestos a decírnoslo?

Estrella de Fuego no respondió. Dándole la espalda del Poblado de los Dos Patas, los dos gatos cazaron entre los arbustos y luego bajaron por los senderos pedregosos hasta el fondo del desfiladero. Al llegar al río, Estrella de Fuego vio más cuevas en el lado opuesto, más abajo que las que ya habían explorado.

—Me pregunto si el Clan del Cielo también usaba esas cuevas —dijo, señalándolas con la cola.

—Si es así, debían de ser un Clan muy grande —Tormenta de Arena respondió—. Hay mucho espacio en las cuevas que ya hemos visto.

—Aun así, será mejor que las revisemos.

Subieron por la pila de rocas por donde fluía el río y cruzaron al otro lado del desfiladero. No había olor a gato en las otras cuevas, ni marcas de garras o huesos que sugirieran que hubiera habido gatos allí alguna vez.

—Supongo que es porque a estas cuevas no les da mucho el sol —la gata melada sugirió—. Estarían frías y oscuras durante la mayor parte del día.

Estrella de Fuego pensó que debía de tener razón. Agradeció salir de la última cueva y dirigirse de nuevo al río.

Un aullido repentino desde lo alto del desfiladero le paralizó las patas. Cuatro Dos Patas contrastaban contra el cielo.

—¡Por aquí, rápido! —le susurró Tormenta de Arena desde el refugio de una roca.

Estrella de Fuego saltó hacia ella y se agachó a su lado, esperando que los Dos Patas no lo hubieran visto. Al asomarse, vio que eran todos machos jóvenes. Aullando ruidosamente, treparon por la ladera del desfiladero hasta llegar al estanque. Estrella de Fuego no sabía si lo estaban buscando a él y a Tormenta de Arena; podía sentir cómo a ella le latía con fuerza el corazón mientras se apretaba contra su costado.

Entonces vio a los jóvenes Dos Patas quitándose partes del manto. Con un fuerte aullido, uno de ellos saltó desde una roca al lado del estanque y se zambulló en el agua. Sus tres amigos saltaron tras él, luego salieron del estanque, sacudiéndose el agua del pelaje de la cabeza, y volvieron a saltar.

—¡Gracias, Clan Estelar! —Estrella de Fuego dejó escapar un suspiro de alivio—. No saben que estamos aquí. Solo vinieron a jugar en el agua, como los otros que están río abajo.

Tormenta de Arena se encogió de hombros.

—Te lo sigo diciendo, los Dos Patas están locos.

Permanecieron ocultos hasta que los jóvenes Dos Patas se cansaron de su juego. Una vez que se volvieron a poner sus mantos y comenzaron a subir de nuevo a la cima del acantilado, los dos gatos se aventuraron a salir del refugio de la roca.

—Me pregunto si vienen aquí a menudo —dijo Tormenta de Arena—. Al Clan del Cielo no le habría gustado vivir tan cerca de los Dos Patas.

—Es cierto —Estrella de Fuego coincidió—. Pero al menos hacen bastante ruido. Un gato siempre sabría cuándo vienen.

Saltó por las rocas hasta la otra orilla del río, agradecido de volver a ver la luz del sol.

—No he visto ningún pez aquí —comentó cuando Tormenta de Arena se le unió.

—Yo no he visto ningún pez desde que estuvimos debajo de la cascada —maulló ella—. Aquí las presas son ratones, campañoles y aves. Y quizá algunos conejos.

—Y la mayor parte de eso en lo alto de los acantilados —reflexionó Estrella de Fuego—. No debió de ser una vida fácil.

—Quizás es por eso que ya no están aquí.

Estrella de Fuego se preguntó si ella tenía razón. Él y Tormenta de Arena habían logrado alimentarse sin mucha dificultad, pero ¿habría suficiente para todo un Clan?

Estaban subiendo de nuevo a la cueva de los guerreros cuando Tormenta de Arena se detuvo.

—Hay otro rastro aquí —anunció, inclinando las orejas hacia un estrecho camino pedregoso que subía en diagonal por la roca. Estrella de Fuego apenas podía distinguir unas tenues huellas en el polvo, como si al menos un gato hubiera pasado por allí recientemente—. No lo había visto antes. ¿Crees que deberíamos seguirlo?

Estrella de Fuego asintió.

—No puede hacer ningún daño.

El rastro continuaba ascendiendo por el desfiladero hasta terminar en una profunda hendidura en la pared del acantilado. Más allá de la hendidura había una roca plana que sobresalía sobre el desfiladero.

Tormenta de Arena miró a Estrella de Fuego, desconcertada.

—Es un camino sin salida. ¿Por qué han venido hasta aquí si no hay nada?

Estrella de Fuego examinó la cornisa, la roca y las paredes escarpadas de la grieta. Un gato que perdiera el equilibrio aquí caería en picado hasta el fondo del desfiladero.

—No estoy seguro —respondió él—. Quizás…

Se agachó, luego se impulsó con sus poderosas patas traseras y saltó, aterrizando con las cuatro patas sobre la roca plana.

—¡Estrella de Fuego! —aulló Tormenta de Arena—. ¿Has perdido la cabeza?

Él no contestó, sino que se quedó de pie sobre la roca, de cara a la brisa que le agitaba el pelaje y le traía los aromas mezclados de la piedra y el agua, la maleza y las presas. Si miraba hacia arriba, podía ver cómo el valle seco se estrechaba aún más a medida que ascendía; justo debajo estaba el lugar donde el agua brotaba del montón de rocas rojas, y siguió el río con la mirada hasta que se perdió en la brumosa distancia. La roca bajo sus patas era lisa y cálida; quería echarse allí y disfrutar del sol, como lo hacía su Clan en las Rocas Soleadas.

—¡Ven aquí! —llamó a Tormenta de Arena—. ¡Es maravilloso!

Tormenta de Arena se detuvo, moviendo la cola. Entonces pareció tomar una decisión, se preparó para el salto y aterrizó con elegancia junto a Estrella de Fuego.

—¿Quieres que nos rompamos el cuello? —preguntó enojada.

—¡Solo mira! —Estrella de Fuego movió la cola—. Un gato que esté aquí de guardia puede ver el peligro venir desde cualquier parte.

Mientras Tormenta de Arena estudiaba el desfiladero, su mirada molesta desapareció y el pelaje de sus hombros volvió a quedar liso.

—Tienes razón —admitió. Con un cambio repentino de humor, se echó de lado y le dio un golpecito juguetón a Estrella de Fuego con una pata—. Esto se siente genial. ¿Por qué no descansamos un rato?

Estrella de Fuego se acomodó junto a ella sobre la piedra calentada por el sol, sintiendo cómo el calor le penetraba el pelaje. Mientras compartía somnoliento lenguas con su pareja, su mente se desvió hacia las Rocas Soleadas y el bosque. Pronto habría una Asamblea, y los otros

Clanes descubrirían que él se había ido. ¿Qué harían entonces? Estrella de Fuego sentía que sus patas querían llevarlo a casa, y tuvo que recordarse a sí mismo que el Clan del Cielo aún lo necesitaba. Si es que alguna vez los encontraba…

A medida que se ponía el sol, volvieron a cazar y se comieron sus presas antes de regresar a la cueva de los guerreros.

—¿Dónde están todos los gatos que hemos olfateado? —se preguntó Estrella de Fuego—. No hemos visto ni uno solo desde que nos encontramos con esas mascotas groseras a primera hora de la mañana.

Tormenta de Arena entró cojeando en la cueva y se pasó la lengua por una pata.

—No me sorprende que no vengan aquí. Este no es un buen lugar para gatos. Bueno, hay agua y refugio, pero es difícil encontrar presas. Tengo las patas adoloridas de trepar por las rocas todo el día. Ni siquiera encuentro ninguna romaza donde frotarlas. *Y* casi tengo las garras torcidas de trepar hasta las cuevas.

A Estrella de Fuego también le dolían las patas, y tenía polvo y arena atascados entre las almohadillas. Anhelaba el tacto fresco del pasto y los helechos. Durante unos instantes, se sintió tentado de bajar y aliviarse las patas chapoteando en las aguas poco profundas del río, pero después tendría que volver a subir la larga cuesta.

—El Clan del Cielo debía de tener las patas hechas de piedra si vivían aquí —añadió Tormenta de Arena mientras terminaba de limpiarse una pata y empezaba con otra.

Estrella de Fuego estaba a punto de darle la razón cuando recordó su sueño del Clan del Cielo junto al río, y cómo un gato había saltado con fuerza a un árbol. Esa habilidad también sería útil aquí, para saltar desde las rocas y entrar en las cuevas sin rasparse las almohadillas y las garras con la piedra rugosa.

De repente, sintiendo curiosidad, se acercó sigilosamente a la entrada de la cueva y examinó las rocas del exterior. Había marcas de arañazos recientes que él y Tormenta de Arena habían hecho, pero apenas había marcas antiguas que pudieran haber sido hechas por el Clan del Cielo. Ellos habrían subido y bajado a saltos por la pared del acantilado en lugar de tener que trepar; incluso el salto a la roca plana les habría resultado fácil.

—A nosotros no nos iría bien aquí —maulló lentamente a Tormenta de Arena—. Pero al Clan del Cielo sí le convenía. Ellos sabían saltar, ya

tenían las habilidades que necesitaban. Este era su hogar, pero ¿dónde están ahora?

La niebla cubría densamente el desfiladero y se adhería a la pared del acantilado cuando Estrella de Fuego se despertó a la mañana siguiente. Miró con cautela, medio esperando que las mascotas le lanzaran otra piedra. Pero todo estaba en silencio, incluso el sonido del río se amortiguaba con la niebla.

Despertó a Tormenta de Arena y subieron a la cima del acantilado para cazar. El olor de las presas era más difícil de detectar en el aire fresco y húmedo; Estrella de Fuego merodeó por los matorrales sin éxito.

—¡Ni siquiera la cola de un ratón! —murmuró.

Frustrado, salió de entre los arbustos y miró fijamente hacia el Poblado de los Dos Patas, preguntándose qué posibilidades tendría de encontrar un conejo. Entonces oyó un aleteo; miró hacia un lado y vio un gorrión picoteando el suelo debajo de un arbusto.

Tan silenciosamente como pudo, se deslizó hacia adelante, una pata tras otra, acortando gradualmente la distancia entre él y su presa. Se preparaba para abalanzarse cuando se produjo un alboroto entre los arbustos y otro gato salió disparado, con las patas delanteras extendidas hacia el gorrión.

El pájaro lanzó un fuerte graznido de alarma y alzó el vuelo; el recién llegado se abalanzó sobre él con un tremendo salto. Sus garras rozaron las alas del gorrión, que se refugió en un árbol. Un par de plumas cayeron en espiral. El gato, un proscrito marrón oscuro, se quedó jadeando, mirando al ave y moviendo la cola.

Con las patas rígidas por la furia, Estrella de Fuego se acercó a él hasta que los dos gatos quedaron cara a cara.

—Esa era mi presa —siseó Estrella de Fuego.

Su frustración se desbordó; tenía hambre, él y Tormenta de Arena habían viajado hasta allí para encontrar nada más que cuevas vacías, y ahora este gato sarnoso y comecarroña acababa de ahuyentar su primera oportunidad de comer en el día.

—Tonterías —replicó el proscrito—. Era mía.

Estrella de Fuego soltó un bufido de disgusto.

—Yo lo habría atrapado si no hubieras aparecido haciendo un alboroto entre los arbustos. ¿Acaso nunca te enseñaron a cazar?

El pelaje del cuello del proscrito se erizó y estiró los labios en un gruñido. Estrella de Fuego arqueó la espalda, siseando de enojo y sacando una pata con las garras extendidas. Durante un instante, ambos gatos se quedaron inmóviles, mirándose con enojo. Estrella de Fuego se preparó para saltar, pero entonces el proscrito aplastó las orejas y dio un par de pasos atrás. Tras soltar un último gruñido, se dio la vuelta y se escabulló entre los arbustos.

—¡Oh, genial! —Al oír la voz de Tormenta de Arena, Estrella de Fuego se volvió y la vio asomando la cabeza por detrás de un zarzal—. Se supone que debemos hablar con los gatos de la zona, no asustarlos.

A Estrella de Fuego se le calentó el pelaje de vergüenza. Miró al proscrito, solo para ver la figura marrón y robusta alejándose a saltos por el borde del desfiladero.

—Lo siento —maulló—. Supongo que me precipité un poco. Pero debería haber sido obvio que el gorrión era mío. —Se lamió rápidamente el pelaje del pecho para calmarse—. No estoy acostumbrado a compartir territorio con gatos que nunca han oído hablar del código guerrero.

—Bueno, tendrás que acostumbrarte. —Tormenta de Arena salió de entre los arbustos y se acercó a él—. No puedes esperar que los gatos de aquí vivan según las reglas que tenemos en nuestro hogar. Supongo que ni siquiera saben nada del Clan Estelar.

Sus palabras helaron a Estrella de Fuego. Ella tenía razón; no podían esperar que el Clan Estelar los hubiera seguido tan lejos. ¿Cómo podría llevar a cabo su misión sin sus antepasados guerreros para protegerlo y guiarlo? Ni siquiera podía estar seguro de que los antepasados guerreros del Clan del Cielo se paseasen por estos cielos. Levantó la vista, preguntándose si el líder gris y blanco lo estaba observando, pero nada rompía el manto blanco de la niebla.

Finalmente consiguieron atrapar un par de ratones y se dirigieron de vuelta hacia la cueva. Mientras se abrían paso entre los arbustos, Estrella de Fuego oyó un crujido delante de ellos y percibió un olor familiar a mascota. Colocó la punta de la cola en frente de la boca de Tormenta de Arena para que hiciera silencio y se escondió en un arbusto de aulaga.

Antes de que pasaran muchos latidos, dos gatos aparecieron, abriéndose paso entre los arbustos desde la dirección del borde del acantilado. Uno era un atigrado oscuro, la otra una carey más pequeña.

Estrella de Fuego estaba seguro de que eran los mismos dos gatos que se habían burlado de él el día anterior.

Le picaban las patas de ansias por enfrentarse a ellos, pero estaba demasiado lejos para sorprenderlos y no quería hacer el ridículo. Además, si les hablaba, probablemente negarían haber hecho nada malo. Les dejó volver al Poblado de los Dos Patas.

—¿Qué pasa? —Tormenta de Arena le tocó la cola, irritada.

—Creo que son los gatos que me tiraron piedras ayer —explicó Estrella de Fuego—. Necesito hablar con ellos, pero primero quiero pensar qué decirles.

Se dirigió a la cueva con la esperanza de sentarse y pensar, pero mientras bajaban por el empinado y resbaladizo sendero hacia la entrada, un hedor los recibió.

Tormenta de Arena frunció los labios.

—¿Qué es ese hedor repugnante?

Se adelantó a Estrella de Fuego y saltó dentro de la cueva. Cuando Estrella de Fuego se le unió, la encontró de pie junto al cadáver de un ratón. Era evidente que llevaba muerto varios días; gusanos blancos se retorcían entre los restos de su pelaje. Su hedor invadía toda la cueva.

—¡Deben de haber sido esas mascotas! —Estrella de Fuego rugió—. Supongo que es su idea de una broma, dejar carroña en una cueva donde viven gatos.

—Si los atrapo, les demostraré que esto no es ninguna broma —gruñó Tormenta de Arena.

—Mejor sacarlo de aquí. —Estrella de Fuego suspiró.

Golpeándolo con las patas, lograron empujar al ratón fuera de la cueva y por encima de las rocas hasta que cayó por el acantilado. De vuelta en la cueva, Tormenta de Arena tiró arena sobre el lugar húmedo y maloliente donde había estado tirado.

—El olor tardará una eternidad en irse —se quejó—. Y tengo las patas llenas de él. Tendré que ir al río a lavarme.

Estrella de Fuego se acercó a la entrada de la cueva y respiró profundamente el aire puro. No esperaba este tipo de bienvenida. Los gatos que vivían allí eran groseros y entrometidos, y si seguían algún tipo de código, no podía imaginar cuál era.

—Los proscritos no son así en el bosque —le dijo a Tormenta de Arena—. En su mayoría se mantienen aislados y se alejan de los territorios de los Clanes.

—Pero aquí *no hay* Clanes —señaló Tormenta de Arena—. En el bosque, la mayoría de los gatos conocen el código guerrero. Y si no quieren vivir según él, saben cómo mantenerse alejados de nosotros.

Estrella de Fuego observó la neblina en el fondo del desfiladero. El código guerrero era la base de la vida en todos los Clanes. Los cachorros lo absorbían con la leche materna. Aquí afuera, ningún gato lo conocía, pero alguna vez lo habían conocido, al igual que cualquier otro gato del bosque. Se preguntó si alguna vez sería capaz de despertar el recuerdo del código guerrero en este lugar abrasador.

—Tendré que empezar por algún lado —murmuró, hablando medio para sí mismo—. Y creo que sé por dónde. —Enderezándose, añadió—: Tormenta de Arena, mañana vamos a hablar con esas mascotas.

CAPÍTULO 17

—¡Auch! —Tormenta de Arena se detuvo al pie de un arbusto espinoso, dejando escapar un aullido de dolor y sacudiendo una pata delantera.

—¡Shh! —siseó Estrella de Fuego—. Harás que todos los gatos del Poblado de los Dos Patas nos caigan encima.

Tormenta de Arena lo miró.

—Creía que ese era el punto. Lo siento —añadió, dándose un lengüetazo rápido en la pata—. Pisé una espina, eso es todo.

Estrella de Fuego miró a su alrededor.

—No creo que nadie lo haya oído. Bien, continuemos. En cuanto lleguen las mascotas, baja a la cueva. Recuerda, es mejor que no te vean bien.

—Lo sé. —Los ojos de Tormenta de Arena brillaron de molestia—. Repasamos todo esto anoche.

—Bien, entonces. —Estrella de Fuego echó otro vistazo rápido a su alrededor, luego se abrió paso entre la maleza hasta llegar al árbol más cercano. Trepando por el tronco, se acomodó en la rama más baja, oculta desde abajo por gruesos montones de hojas.

Debajo del árbol, Tormenta de Arena siguió cazando. A Estrella de Fuego se le hizo agua la boca cuando la vio derribar un ratón. Ninguno de los dos había comido desde la noche anterior. Sus garras rascaban la rama con impaciencia. No podía estar seguro de si los mininos caseros vendrían, pero el plan que había elaborado con Tormenta de Arena parecía ser la

única oportunidad de hablar con algunos de los gatos que vivían cerca del campamento abandonado.

Oyó un susurro entre los arbustos a poca distancia. Mirando a través de las hojas, vislumbró un manto carey. Su mirada se desvió hacia Tormenta de Arena, que estaba mirando hacia las profundidades de un arbusto. Estrella de Fuego no se atrevió a hablarle por si alertaba a las mascotas.

Entonces Tormenta de Arena se incorporó, con las mandíbulas abiertas como si hubiera detectado un olor. Un instante después agarró el ratón que había cazado y desapareció entre los arbustos hacia el borde del desfiladero.

—¡Hey, está aquí! —Era el minino casero atigrado el que hablaba, abriéndose paso entre la maleza hasta situarse casi directamente bajo el árbol de Estrella de Fuego—. Vi los arbustos temblando por donde bajó a la cueva.

Su compañera carey se deslizó junto a él, siguiendo la ruta que había tomado Tormenta de Arena.

«*¿Acaso nunca se detienen a olfatear?* —se preguntó Estrella de Fuego—. *¿No se dan cuenta de que es otra gata?*».

Los dos mininos domésticos volvieron a desaparecer, pero aún podía oír sus voces, elevadas como si estuvieran llamando a la cueva.

—Hey, aliento de perro, ¿te gustó el regalo que te dejamos?

—Apuesto a que fue el mejor ratón que has comido esta luna. Lo guardamos solo para ti.

—¿Ah, sí? —murmuró Estrella de Fuego. «*Bien, hora de ir*».

Bajó del árbol de un salto y siguió a las mascotas a través de los arbustos hasta el borde del acantilado. Cuando vio sus espaldas, se detuvo junto a una espesa zarza. Las mascotas no querrían atravesarla para escapar de él.

—¡Vieja bola de pelos loca! —gritó la gata carey—. ¡Viejo sarnoso…!

—¿A quién le están hablando? —interrumpió Estrella de Fuego en voz alta.

Las dos mascotas se dieron la vuelta, boquiabiertas y con idéntica expresión de asombro. Estrella de Fuego los miró, levantó una pata y la lamió reflexivamente, luego dejó que sus garras se deslizaran hacia fuera. Las mascotas abrieron los ojos.

—Eh… no le estábamos hablando a nadie —replicó el gato atigrado, raspando el suelo con las patas delanteras.

—¿Quieres decir que se sientan en el borde del acantilado a gritarle al aire? —preguntó Estrella de Fuego—. Deben ser muy raros para hacer eso.

—¡No somos raros! —replicó la gata carey.

—Entonces díganme quién creen que está ahí abajo.

—No sabemos. No hemos hecho nada. —El gato atigrado dio un paso adelante—. ¡Déjanos ir!

La gata carey dio un paso adelante para colocarse junto a su compañero, de modo que sus mantos se rozaban. Ninguno de los dos parecía tener la confianza suficiente para apartar a Estrella de Fuego, que estaba bloqueando la única ruta a través de las espinas. Los dos jóvenes gatos se sobresaltaron y se apretujaron más el uno con el otro cuando se oyó un crujido en el borde del acantilado y Tormenta de Arena apareció a la vista.

Las mascotas la miraron fijamente.

—Tú no eres… —soltó la gata carey.

—¿No es quién? —Estrella de Fuego exigió.

Tormenta de Arena avanzó y se sentó junto a las mascotas, que se alejaron de ella.

—Estrella de Fuego, no seas tan feroz —maulló, lanzándole una mirada de advertencia—. No han hecho ningún daño… bueno, no mucho.

—No fue nuestra intención —insistió el gato atigrado.

—Seguro que no. —La voz de Tormenta de Arena era tranquilizadora; Estrella de Fuego deseó que las mascotas pudieran haberla oído mientras regañaba a un aprendiz descuidado—. ¿Por qué no empiezan diciéndonos sus nombres?

—Yo soy Boris, y ella es mi hermana Cereza —contestó el atigrado y añadió nervioso—: ¿Qué van a hacer con nosotros?

—No les haremos daño —prometió Tormenta de Arena, con otra dura mirada a Estrella de Fuego, que envainó las garras y envolvió sus patas con su cola—. Solo estamos buscando a unos gatos que podrían haber vivido aquí hace mucho tiempo.

Boris parecía desconcertado.

—¿Qué gatos?

—Un Clan de gatos —Estrella de Fuego maulló. Como las mascotas seguían con la mirada perdida, añadió—: Solían vivir en estas cuevas… los guerreros en una, los veteranos en otra, las reinas y sus cachorros en otra, y así sucesivamente. Tenían un líder y enseñaban a los gatos jóvenes el código guerrero. Defendían sus fronteras…

—¡Oh, ellos! —maulló impaciente Cereza, la gata carey—. Hemos oído historias sobre ellos. —Hizo una pausa—. Según algunos de los gatos de por aquí, solía haber un montón de gatos feroces que vivían en estas cuevas. ¡Incluso solían comer mascotas!

—Eso es un montón de cagarrutas de ratón —Boris protestó—. Puedo luchar tan bien como cualquier gato. ¡A mí no me comerían!

—No te vi con tantas ganas de pelear con *este* gato. —Su hermana señaló a Estrella de Fuego con la cola—. De todas formas, esos gatos ya se han ido, todos menos el viejo loco Lunático.

—¿Quién es Lunático? —preguntó Tormenta de Arena.

—¿Es el que creían que estaba en la cueva? —Estrella de Fuego añadió.

Las dos mascotas intercambiaron una mirada, empezando a parecer avergonzadas de nuevo. Boris agachó la cabeza y empezó a lamerse el pelo del pecho.

—No es más que un gato viejo y loco —murmuró Cereza—. No vive aquí, pero viene cada luna llena y se sienta en esa roca que sobresale por encima del desfiladero. Se pasa estaciones mirando la luna, por eso lo llamamos Lunático.

—Luego duerme una noche en esa cueva antes de volver a irse —añadió Boris.

Cereza resopló con desdén.

—Todos los gatos de por aquí saben que está loco. Si intentas hablar con él, solo te cuenta historias raras sobre gatos en las estrellas.

Estrella de Fuego sintió que se le erizaban todos los pelos del manto. Esta era la primera evidencia de que sobrevivía algún rastro de vida de Clan, de que algún gato sabía lo que significaba ser un guerrero.

—¿Gatos en las estrellas? —preguntó bruscamente—. ¿Estás segura?

—Claro que estoy segura —Cereza maulló—. Lo he escuchado muchas veces.

—Y si tuvo algo que ver con esos otros gatos —añadió su hermano—, no pueden haber sido muy feroces. Lunático nunca se defiende, sea lo que…

Se interrumpió cuando su hermana le dio un fuerte codazo con una pata y le siseó:

—¡Cerebro de ratón!

A Estrella de Fuego le habría gustado golpearle las orejas a ambos gatos, pero cuando se encontró con la mirada de Tormenta de Arena, ella

negó con la cabeza. Con pesar, Estrella de Fuego admitió que ella tenía razón. Sacarían más provecho de las mascotas si no las asustaban.

—Lunático no ha hecho nada malo, ¿o sí? —Estrella de Fuego preguntó, deliberadamente haciendo su voz suave—. ¿No les ha hecho daño ni les ha robado la comida?

Las dos mascotas negaron con la cabeza, sin mirarlo.

—Entonces deberían dejarlo en paz.

Las dos mascotas intercambiaron una mirada de culpabilidad.

—¡Te dije que no era Lunático! —Cereza siseó a su hermano—. La luna aún no está llena.

—Bueno, ¿cómo iba a saberlo? —se quejó Boris—. Ningún otro gato ha venido nunca aquí.

—Eso no importa. —Estrella de Fuego interrumpió la discusión antes de que pudiera empezar—. ¿Qué pueden decirnos sobre Lunático? ¿Dónde vive cuando no está aquí?

Cereza se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Debe venir de más allá por el desfiladero —Boris ofreció, señalando aquella dirección con su cola de rayas oscuras—. Nos habríamos dado cuenta si hubiera venido de río abajo.

—¿Y eso es todo lo que pueden decirnos? —Tormenta de Arena se inclinó hacia delante y miró a ambos gatos jóvenes con una penetrante mirada verde.

—Eso es todo, en serio. —Los ojos amarillos de Boris se abrieron de par en par—. ¿Podemos irnos ya?

—Yo creo que pueden, ¿también lo crees, Estrella de Fuego?

Estrella de Fuego hizo una pausa de un par de latidos, lo suficiente para que los dos jóvenes gatos comprendieran que no se estaban librando demasiado a la ligera.

—Supongo que sí —maulló al fin—. Pero nada de atormentar a gatos indefensos, ¿entendido?

—¡No lo haremos! —prometió Boris. Pinchó a su hermana—. ¿O sí?

—No, ya no. —Cereza agachó las orejas—. Es que no pensamos…

—La próxima vez, procuren no ser tan cerebros de ratón —dijo Estrella de Fuego, haciéndose a un lado para dejar un estrecho túnel entre la maleza—. Pueden irse.

El alivio inundó los ojos de ambos gatos jóvenes. Se arrastraron vacilantes junto a Estrella de Fuego, como si no estuvieran completamente seguros de que sus garras permanecerían envainadas. Una vez a salvo,

salieron por la espesura y echaron a correr. Al pasar junto al árbol donde Estrella de Fuego se había escondido, Cereza dio un tremendo salto y golpeó la rama más baja. Cayeron hojas sobre su hermano mientras brincaba tras ella.

Estrella de Fuego y Tormenta de Arena siguieron a las mascotas hasta el borde de los arbustos y las vieron correr de vuelta al Poblado de los Dos Patas, con las colas en alto.

—No son malos, para ser mascotas —comentó Tormenta de Arena—. Por lo menos, Cereza tiene espíritu.

Estrella de Fuego sospechaba que la joven gata carey le recordaba a su aprendiza, Zarpa Acedera.

—Ambos tienen espíritu —contestó—. Es una pena que no puedan ser aprendices en un Clan adecuado.

—Bueno, no —maulló Tormenta de Arena—. No a menos que podamos encontrar al Clan del Cielo. Se fueron de aquí hace mucho tiempo, por lo que parece.

—Excepto Lunático. —Estrella de Fuego sintió de nuevo que la emoción le recorría el manto—. Un gato que mira la luna llena y habla de gatos en las estrellas… ¡Es un gato de Clan, Tormenta de Arena; debe serlo!

Tormenta de Arena asintió, con un brillo en sus ojos verdes.

—Entonces ese es nuestro próximo trabajo. Tenemos que encontrarlo.

—¡Y pensar que me estaba quejando porque hacía demasiado calor! —exclamó Tormenta de Arena.

Ella y Estrella de Fuego habían terminado de cazar y comieron, y se dirigían a lo largo de la cima del desfiladero en busca de Lunático. La bruma del amanecer se había convertido en una fina y fría llovizna que les empapaba el pelo. El cielo estaba lleno de nubes grises y Estrella de Fuego no podía ver con claridad más allá de unos pocos zorros de distancia.

—Esto no es bueno —maulló—. Es igual que cuando buscábamos el campamento del Clan del Cielo. Si nos quedamos aquí arriba, nunca encontraremos el lugar donde vive Lunático.

Tormenta de Arena suspiró.

—Temía que fueras a decir eso.

Bajar era aún más difícil cuando las rocas estaban resbaladizas por la lluvia y el fondo del desfiladero seguía envuelto en neblina. Estrella de Fuego lideró el camino, bajando por rocas y deslizándose por guijarros

sueltos hasta que llegaron al estrecho valle sobre las rocas donde desembocaba el río. El camino estaba pegajoso de barro, que les cubría las piernas y les salpicaba el pelaje del vientre. Avanzaron incómodos, mirando a través de la lluvia a los lados del desfiladero para encontrar algún rastro del viejo gato.

—Hay una hendidura en esa roca. —Tormenta de Arena señaló con la cola—. Tal vez conduce a una cueva. —Chapoteando, se alejó del camino para investigar y regresó casi de inmediato—. No sirve —informó—. No es lo suficientemente ancho ni para mis bigotes. Un gato nunca podría vivir ahí.

Estrella de Fuego se preguntaba si un gato siquiera podría vivir en este lugar estéril, pero a medida que él y Tormenta de Arena avanzaban comenzó a ver arbustos crecidos aquí y allá, y a oler débiles rastros de presas. Parte del agua de lluvia se había acumulado en charcos entre las rocas.

—Este lugar daría sustento a un gato o dos —maulló—. Pero aun así es un lugar bastante miserable para vivir.

—En especial si vives solo —Tormenta de Arena coincidió—. Si Lunático es un poco raro, nadie podría culparlo.

Pasaron por más hendiduras en la pared del desfiladero, pero todas eran demasiado poco profundas o demasiado estrechas para que un gato viviera cómodamente en ellas. Estrella de Fuego empezó a preguntarse cuánto más tendrían que avanzar, o si ya habrían pasado de largo por el hogar de Lunático.

Poco a poco empezó a soplar una brisa que les arrojaba ondas de lluvia a la cara. Estrella de Fuego se estremeció.

—Por el bien del Clan Estelar, busquemos refugio —maulló Tormenta de Arena—. Nunca lo encontraremos con esta lluvia.

Sin esperar a que Estrella de Fuego estuviera de acuerdo, chapoteó hasta otra de las estrechas cuevas y se deslizó en su interior. Había suficiente espacio para que Estrella de Fuego se metiera a su lado, con sus mantos empapados apretados. Pero a pesar de su pelo empapado y cubierto de barro y de sus patas adoloridas, se sentía más esperanzado de lo que se había sentido en mucho tiempo. Por fin tenían noticias de un verdadero gato de Clan, y tarde o temprano tenían que encontrarlo.

Se durmió a medias, inquieto, y se despertó al sentir la cola de Tormenta de Arena acariciándole la oreja. Estaba afuera de la cueva, mirándolo.

—Vamos —maulló—. Dejó de llover.

Arrastrándose rígidamente fuera de la cueva, Estrella de Fuego miró hacia arriba y vio que las nubes se estaban separando. Un sol acuoso brillaba en el desfiladero. La brisa le agitó el pelaje húmedo, bañándolo con unas últimas gotas de lluvia.

—Así está mejor —maulló—. Pongámonos en marcha.

—En un momento —Tormenta de Arena respondió—. Antes quiero beber un poco.

—¿No has tenido suficiente agua? —preguntó Estrella de Fuego, mientras la seguía hasta un charco en una hondonada entre dos espinos retorcidos.

Al borde del charco, Tormenta de Arena se quedó paralizada, mirando al suelo delante de sus patas.

—Estrella de Fuego, ¡mira!

Brincó hasta donde ella estaba. Allí, en el barro recién mojado del borde del charco, ¡estaban las huellas de un gato! Eran nítidas y frescas, más grandes que sus huellas o las de Tormenta de Arena

—¡Podrían ser de Lunático! —exclamó Tormenta de Arena—. O al menos, las de alguien que podría saber dónde encontrarlo. Y debe de haber estado aquí hace poco, desde que dejó de llover.

Estrella de Fuego dio un azote con la cola. Si no se hubieran ido a dormir a la cueva, podrían haber visto al gato cuando vino a beber.

—Quienquiera que sea, aún podría estar cerca —maulló él—. Tú busca en ese lado del desfiladero, y yo buscaré en este lado.

Caminó lentamente a lo largo de la base del acantilado, alerta por si había más huellas o el olor de un gato. Entonces Tormenta de Arena soltó un aullido e hizo una señal con la cola.

—¡Por aquí!

Estrella de Fuego corrió hacia ella. Antes de alcanzarla, empezó a percibir un olor fuerte y fresco.

—Estoy seguro de que es el mismo olor que había en la cueva donde hemos estado durmiendo —maulló.

Tormenta de Arena asintió, saboreando el aire de nuevo.

—Allí estaba rancio, pero es el mismo gato. *Tiene* que ser Lunático quien hizo esas huellas.

Siguiendo el olor, Estrella de Fuego llegó a un estrecho sendero que serpenteaba detrás de una enorme roca. Los gatos apenas podían apretujarse entre la roca y la pared del acantilado. Al otro lado de la roca, el sendero ascendía abruptamente hasta llegar a un árbol nudoso que se aferraba a la ladera del acantilado. Estrella de Fuego trepó hacia él,

desprendiendo una lluvia de guijarros con las patas. Tormenta de Arena le seguía a una cola de distancia. Al acercarse al árbol, Estrella de Fuego vio que sus raíces se arqueaban sobre la piedra rojiza, formando una guarida de ramas duras y retorcidas. Afuera había una dispersión de huesos y restos de pelaje y un montón de musgo sucio. El olor a gato era aún más fuerte.

—Aquí es —jadeó, mirando por encima del hombro a Tormenta de Arena—. Aquí debe ser donde vive Lunático.

Cuando empezó a subir más, una forma gris oscura salió disparada de debajo de las raíces.

—¡Fuera de aquí! —ladró—. ¡Déjenme en paz! ¡¿No me han atormentado lo suficiente?!

CAPÍTULO 18

—No te preocupes —maulló Estrella de Fuego—. No vinimos a hacerte daño. Solo queremos hablar.

Lunático lo fulminó con su enorme mirada azul claro. Alguna vez debió de haber sido un gato grande y poderoso, pero ahora estaba encogido y escuálido. Su pelaje gris era fino y tenía la mirada perdida, y el hocico blanco por la edad.

—Pues yo no quiero hablar con ustedes —gruñó.

Se dio la vuelta y volvió a su guarida. Su manto gris se mezcló con las sombras; lo único que Estrella de Fuego podía ver con claridad eran sus ojos claros, que brillaban con una mezcla de miedo y enojo. Eran exactamente del mismo color que los ojos del líder del Clan del Cielo que había visto en sus sueños. Se sentía tan cerca del Clan del Cielo, que era como si un solo paso pudiera llevarlo a esa cueva llena de guerreros.

Lentamente, con las garras envainadas, se acercó a la guarida. Tormenta de Arena se paró a su lado.

—Por favor —maulló ella—. Hay muchas cosas que queremos preguntarte.

La respuesta de Lunático fue un siseo desafiante.

—Déjenme solo.

—¿Eso es lo que realmente quieres? —La voz de Tormenta de Arena fue suave—. ¿No has estado solo el tiempo suficiente? Queremos ayudarte.

—Váyanse —gruñó el viejo gato—. No necesito su ayuda. No necesito a nadie más. Esta es mi vida ahora.

Estrella de Fuego sabía que podría haber intimidado al viejo guerrero para que respondiera a sus preguntas, pero Lunático ya había sufrido bastante a patas de las mascotas, y probablemente también de cualquier proscrito o solitario que se cruzara con él. Además, parecía bastante capaz de darle un feo arañazo a cualquier invasor. Estrella de Fuego quería ganarse su respeto, no su hostilidad. Pelear no era la respuesta. Haciendo una seña con la cola a Tormenta de Arena, se retiró unos pasos por el sendero.

—Vamos, dejémoslo en paz —murmuró.

Tormenta de Arena levantó la cola, sorprendida.

—¡Acabamos de encontrarlo!

—Sí, pero no estamos haciendo ningún bien aquí. Nunca lo obligaremos a hablar mientras esté protegiendo su propia guarida.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Tormenta de Arena.

—La luna estará llena en cuatro amaneceres —Estrella de Fuego explicó—. Debemos volver a la cueva y esperar a que venga al desfiladero. Puede que no esté tan a la defensiva al aire libre, y en el momento de la Asamblea puede que esté más dispuesto a hablar de sus antepasados.

Tormenta de Arena parpadeó, pensativa.

—Tienes razón. Estoy segura de que nunca rompería la tregua de una Asamblea.

Estrella de Fuego bajó la cabeza hacia las sombras bajo las raíces de los árboles antes de alejarse de la guarida de Lunático.

—Tal vez en la luna llena descubramos lo que necesitamos saber —él murmuró.

Estrella de Fuego entró en la cueva con la boca llena de plumas y las llevó hasta donde Tormenta de Arena estaba forrando sus lechos con helechos.

—Las encontré en la cima del acantilado —le dijo—. Había olor a zorro; creo que debe haber cazado un pájaro.

—¿Zorro? —Tormenta de Arena le dirigió una mirada preocupada con sus claros ojos verdes—. Esperaba que no hubiera zorros por aquí.

—Hay zorros por todos lados —Estrella de Fuego maulló—. De todos modos, las plumas deberían hacer los lechos un poco más cómodos.

—En serio necesitamos musgo. —Tormenta de Arena le dio a los helechos un golpecito insatisfecho con una pata—. Las frondas por sí solas no son tan buenas. Pero no parece haber nada de musgo por aquí.

—¿Por qué no bajamos y buscamos junto al río? —Estrella de Fuego sugirió—. Me vendría bien un trago.

Tormenta de Arena parecía dudosa.

—Vale la pena intentarlo.

La gata melada tomó la delantera mientras ambos bajaban por el sendero hacia el fondo del desfiladero. La intensa lluvia del día anterior había pasado y el cielo volvía a ser azul, con algunas nubes blancas y esponjosas. Junto al río, los charcos brillaban en huecos en el suelo rocoso.

Estrella de Fuego se dirigió a una pendiente arenosa donde el río había excavado una hondonada en la orilla, y retrocedió rápidamente cuando su pata se hundió en barro.

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó, sacudiendo la pata—. ¿Acaso los gatos del Clan del Cielo se ensuciaban las patas cada vez que querían beber?

Tormenta de Arena dejó escapar un leve ronroneo de diversión.

—Si no eran tan impacientes como tú, podrían encontrar los mejores lugares, como este —añadió, señalando con la cola una roca ancha y plana que descendía suavemente hacia el agua—. Incluso los cachorros podrían beber aquí sin peligro.

—Sí, podrían. —Estrella de Fuego bajó por la roca inclinada y se agachó para beber, con Tormenta de Arena a su lado.

—Aún no hemos encontrado musgo. —Tormenta de Arena se sentó de nuevo, sacudiéndose gotas de los bigotes—. Probemos más río abajo.

No habían explorado este tramo del río antes. Antes de que hubieran dado muchos pasos, tuvieron que abrirse paso entre enormes rocas que se interponían entre ellos y el agua. Tormenta de Arena pasó la pata por una de ellas y examinó la tenue mancha verdosa de su pelaje.

—¡Es como musgo diminuto! —Olfateó—. ¿Pero de qué sirve para forrar un lecho?

—El Clan del Cielo no podría haber vivido aquí sin musgo —señaló Estrella de Fuego—. No solo es importante para forrar los lechos. Necesitas musgo para llevar agua a los cachorros y a los veteranos.

Tormenta de Arena asintió.

—Y los curanderos lo usan para lavar heridas.

Ese era un misterio más sobre el Clan perdido, reflexionó Estrella de Fuego, mientras él y su pareja seguían caminando. Incluso más que antes,

no podía esperar a la noche de luna llena, cuando Lunático podría darles algunas respuestas.

Más corriente abajo, el río se curvaba alrededor de un saliente rocoso. Estrella de Fuego trepó por él, escuchando a Tormenta de Arena escupir molesta mientras corría tras él.

—Me estoy despellejando las almohadillas —se quejó.

Desde lo alto de la roca, Estrella de Fuego podía ver el siguiente tramo de agua. El desfiladero se había ensanchado; había una orilla plana y guijarrosa que daba paso a árboles y arbustos que crecían entre el río y la pared del acantilado.

—Este parece un mejor lugar para que haya presas —maulló—. No podía imaginarme cómo se las arreglaba el Clan del Cielo para alimentarse solo de…

—¡Agáchate! —lo interrumpió Tormenta de Arena, golpeándole los hombros con la cola.

Estrella de Fuego se aplastó contra la roca.

—¿Qué pasa? —susurró.

Tormenta de Arena señaló con la cabeza hacia la maleza a la orilla del río. Estrella de Fuego vio que las ramas se agitaban; entonces apareció un enorme gato macho, con el pelaje de un tono rojizo más oscuro que el pelaje color fuego de Estrella de Fuego. Llevaba un trozo de carne fresca en la boca.

—Lo siento —murmuró Tormenta de Arena—. Pensé que podría ser un zorro.

—No, solo otro proscrito. —Estrella de Fuego se levantó—. Tal vez deberíamos bajar y hablar con él.

Pero el gato rojizo se dirigía rápidamente río abajo, deslizándose por el hueco entre los arbustos y el acantilado. Estrella de Fuego no estaba seguro de si los había visto. Pronto lo perdió de vista.

—Nunca lo alcanzaríamos —Tormenta de Arena maulló—. Y si lo hiciéramos, probablemente pensaría que intentamos robarle su presa. Los gatos de por aquí no están precisamente desesperados por hacer amigos.

Ella tenía razón, pensó Estrella de Fuego, frustrado, mirando el lugar donde el gato rojizo había desaparecido. Se deslizó por la roca y se acercó a los arbustos, saboreando el aire en busca de presas. Los olores eran más ricos aquí que en la cima del desfiladero; podía distinguir ratones, campañoles y ardillas, pero los olores más fuertes eran de aves.

Aguzó las orejas al oír un crujido cerca de él y giró la cabeza para ver un mirlo picoteando entre los escombros al borde de los arbustos. Se

agachó, pero en cuanto empezó a avanzar, el mirlo ladeó la cabeza y sus pequeños ojos brillantes se fijaron en él. Estrella de Fuego se lanzó hacia él, con las patas extendidas, pero el mirlo salió disparado, dando un grito de alarma, y se alejó volando por encima de su cabeza.

Estrella de Fuego siseó, recordando el gorrión que había perdido unos días antes, cuando el proscrito marrón lo había interrumpido. Atrapar aves siempre era más difícil que atrapar presas en el suelo. Pero aquí no había muchas opciones, a menos que quisiera pasar hambre. A unas pocas colas de la orilla del río, un tordo sacaba una lombriz de un pedazo de tierra húmeda. Tormenta de Arena ya lo estaba acechando. Concentrado en su propia presa, el tordo no se percató de ella; Tormenta de Arena se le abalanzó, y sus garras se encontraron en su cuello.

Estrella de Fuego saltó hacia ella.

—¡Bien hecho! Yo perdí el mío —añadió con pesar.

—No importa, podemos compartir. —Tormenta de Arena empujó el tordo hacia él—. Aquí hay muchas presas.

—Aunque sigue sin haber musgo —maulló Estrella de Fuego, mirando las rocas desnudas junto al río.

—Entonces el Clan del Cielo debe de habérselas arreglado de alguna otra forma —señaló Tormenta de Arena con sensatez.

Estrella de Fuego trató de imaginar las orillas vacías del río llenas de gatos, patrullando, cazando, entrenando aprendices, viviendo según el código guerrero como lo habían hecho los gatos del bosque durante incontables estaciones. Si Lunático era realmente el último guerrero del Clan del Cielo, ¿podía alguien hacer algo para reconstruir el Clan perdido?

—Esta noche habrá luna llena. —Estrella de Fuego salió de la cueva de los guerreros; el frío del amanecer le recordaba que la estación de la hoja verde estaba llegando a su fin. Había suficiente luz para distinguir el acantilado al otro lado del río. Una fuerte brisa le aplastó el pelaje contra los costados—. Tenemos que estar listos para encontrarnos con Lunático.

Tormenta de Arena, aún acurrucada en su lecho, le respondió con un bostezo.

—No llegará hasta la medianoche. Vuelve a dormir. —Sus ojos verdes no eran más que pequeñas rendijas; mientras Estrella de Fuego la observaba, se cerraron por completo y se tapó la nariz con la punta de la cola.

El lecho parecía tentador, pero Estrella de Fuego se sentía demasiado inquieto para volver a echarse. Le picaban las patas de ansias por hacer algo.

—Iré a buscar algo de carne fresca —maulló.

Tormenta de Arena movió las orejas para indicar que lo había oído.

La suerte estaba con Estrella de Fuego; cuando subió a la cima del acantilado se encontró nariz a nariz con un ratón y lo mató antes de que tuviera la oportunidad de correr. Luego de echarle tierra encima, merodeó entre los arbustos, pero no había ninguna otra presa cerca.

Para cuando salió al otro lado de la maleza, el sol sobresalía por la cima del Poblado de los Dos Patas, inundando la extensión de matorrales con una luz cálida y brillando sobre los monstruos que corrían más allá de las guaridas de Dos Patas en la distancia. Estrella de Fuego nunca se había aventurado tan lejos en esa dirección. Sin decidirlo conscientemente, se dio cuenta de que sus patas lo llevaban hacia el Poblado de los Dos Patas. Ya no estaba tratando de cazar, solo explorando aquel territorio desconocido.

Al adentrarse en un arbusto de aulagas en busca de refugio, se encontró con un siseo furioso y una pata que le pasó cerca de la nariz, las garras no le dieron por menos de un ratón de distancia. Estrella de Fuego se echó hacia atrás, sorprendido. Una gata atigrada estaba agachada frente a él, con el pelaje marrón y crema del cuello erizado y unos ojos ámbar brillantes. Su olor le dijo a Estrella de Fuego que era una proscrita.

—¡Quítame las zarpas de encima! —escupió.

—Lo siento. —Estrella de Fuego agachó la cabeza—. No te había visto.

La gata se relajó un poco, pero su mirada seguía siendo hostil.

—Bola de pelos estúpida. Ten más cuidado la próxima vez. —Se dio la vuelta y empezó a alejarse, con la cola en el aire.

—Espera. —Estrella de Fuego saltó hacia adelante y la alcanzó—. Quiero hablar contigo. Necesito saber…

—Yo no quiero hablar *contigo* —interrumpió la gata, sonando igual que Lunático—. Vete y déjame en paz. —Para demostrar que lo decía en serio, aumentó la velocidad hasta que corrió por la maleza hacia las guaridas de Dos Patas.

Estrella de Fuego la siguió con la mirada, dando azotes frustrados con la cola. ¿Por qué todos los gatos de este lugar eran tan hostiles? Ninguno de ellos parecía preocuparse por los demás. No quedaba ni rastro del

código guerrero. Aparte de las dos mascotas, todos los gatos que había visto eran proscritos hasta los huesos.

Una pesada piedra pareció clavársele en el corazón. Desde que él y Tormenta de Arena encontraron las cuevas, se había aferrado a la esperanza de encontrar unos pocos gatos del Clan del Cielo viviendo juntos, problemáticos y desafiantes, pero aun obstinadamente sobreviviendo y aferrándose al código guerrero. Ahora se daba cuenta de que estaba equivocado. El Clan del Cielo se había ido, perdido desde hacía muchas temporadas antes de que él llegara a este lugar.

«*¿Por qué estoy aquí?*», se lamentó en silencio, sin saber si le hablaba al Clan Estelar o al gato del Clan del Cielo que había perseguido sus pasos durante tanto tiempo. No obtuvo respuesta.

Volviéndose hacia el desfiladero, Estrella de Fuego vio a las dos mascotas, Boris y Cereza, sentados uno al lado del otro en una cerca de Dos Patas. Creyó que lo estaban observando. No veía ningún sentido en ir a hablar con ellos; no estarían contentos de verlo después del encuentro en la cima del acantilado. Solo esperaba que hubieran aprendido la lección y se mantuvieran alejados de Lunático en el futuro.

Lunático era su última esperanza de descubrir algo sobre el Clan perdido. Él y Tormenta de Arena harían todo lo posible para persuadirlo de que les contara lo que sabía esa noche. Entonces, una vez que descubrieran lo que le había pasado al Clan del Cielo, podrían volver a casa. Nadie podía hacer más; el Clan del Cielo estaba perdido para siempre.

Estrella de Fuego saltó a través de la grieta y aterrizó en la roca sobresaliente. Durante el día, los últimos trazos de nubes habían desaparecido y ahora el Manto Plateado brillaba desde un cielo despejado y resplandecía en el río, muy por debajo. La luna, aún baja en el cielo, lo cubría todo con un brillo plateado y proyectaba la enorme sombra de Estrella de Fuego a sus espaldas.

—Si Lunático nos ve aquí, puede que no venga —maulló Tormenta de Arena, saltando por encima del hueco para colocarse junto a Estrella de Fuego—. ¿Crees que deberíamos escondernos?

—Buena idea. —Estrella de Fuego señaló con la cola un montón de peñascos donde el plano suelo rocoso se encontraba con la pared del acantilado—. Por allí.

Caminó hacia allí y se deslizó hacia la sombra; Tormenta de Arena se apretó a su lado. A través de un hueco entre dos de las rocas podían ver la mayor parte de la superficie de la roca saliente y el último tramo del sendero pedregoso que subía desde el desfiladero. Ahora solo quedaba esperar.

La luna se arrastraba cada vez más alto en el cielo y las sombras se hacían más cortas. Estrella de Fuego sentía que sus patas protestaban con calambres; habría dado cualquier cosa por un buen estirón.

Por fin oyó unos suaves pasos, y el viejo gato gris apareció al doblar una curva del sendero. Sus movimientos eran rígidos y dolorosos, su vientre se hundía en el suelo y arrastraba la cola por el polvo. Sin embargo, mantenía la cabeza alta y la luz de la luna convertía su pelaje en un plateado deslumbrante.

—¡Nunca logrará ese salto! —Tormenta de Arena susurró al oído de Estrella de Fuego.

Lunático se detuvo a unas colas de distancia del final del sendero y levantó los ojos hacia las estrellas. Luego comenzó a avanzar de nuevo, logrando de alguna manera tomar velocidad, y se lanzó en un salto volador sobre la grieta. Sus patas delanteras chocaron contra la roca y, durante unos latidos, quedó colgando sobre la grieta, tratando de levantarse.

Estrella de Fuego sintió que los músculos de Tormenta de Arena se tensaban, como si estuviera a punto de salir corriendo a ayudarlo. Pero antes de que pudiera moverse, el viejo gato dio un gran salto y se puso a salvo. Se quedó quieto un momento, jadeando, y luego avanzó y se sentó en medio de la roca. Levantando la cabeza, volvió la cara hacia la luna; parecía un gato hecho de sombras, en contraste contra el brillante círculo blanco en el cielo.

Lunático empezó a hablar en voz muy baja; Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se acercaron sigilosamente para poder oír lo que decía.

—Espíritus de los gatos que nos precedieron —maulló Lunático—, lamento ser el único gato que queda de lo que una vez fue un noble Clan. Intentaré preservar las costumbres de los guerreros hasta mi último aliento. Pero temo que cuando muera, morirán conmigo, y la memoria del Clan del Cielo se perderá para siempre.

Levantó la mirada, como si estuviera pendiente de una respuesta que nunca llegó. Por fin lanzó un largo suspiro, dejando caer la cabeza, y se sentó inmóvil mientras la luna empezaba a deslizarse por el cielo.

Estrella de Fuego no podía interrumpir su silenciosa vigilia. ¿Durante cuántas temporadas Lunático había vivido solo, rodeado de gatos que lo

atormentaban? ¿Cuánto tiempo había intentado vivir según el código guerrero y mantener vivo el recuerdo del Clan del Cielo?

Por fin la luna empezó a ocultarse bajo las guaridas de los Dos Patas en el horizonte. Estrella de Fuego estaba a punto de dar un paso adelante cuando el viejo gato giró la cabeza. Sus ojos brillaban como lunas.

—Sé que están ahí —maulló—. No soy tan viejo como para no percibir su olor.

A Estrella de Fuego se le erizó el manto; se sintió tan incómodo como un aprendiz al que atrapaban escuchando a escondidas. Tormenta de Arena y él salieron de detrás de las rocas y avanzaron hasta situarse frente al viejo gato.

Estrella de Fuego agachó la cabeza.

—Saludos, Lunático. Somos…

—Ese no es mi nombre —interrumpió el viejo gato, poniéndose de pie para que su sombra se deslizara sobre la roca y desapareciera en el fondo del desfiladero—. Me llamo Cielo.

Capítulo 19

El corazón de Estrella de Fuego latía tan fuerte que parecía que se le iba a salir del pecho. Apenas podía respirar, y las palabras que quería decir tropezaron unas con otras.

—¿Fuiste una vez un guerrero del Clan del Cielo?

—Yo no —respondió el viejo gato. Antes de que Estrella de Fuego tuviera tiempo de sentirse decepcionado, Cielo continuó—. La madre de mi madre nació en el Clan. Cuando yo nací, el Clan del Cielo ya no existía, pero mi madre me enseñó las costumbres de un guerrero de Clan.

Estrella de Fuego intercambió una mirada emocionada con Tormenta de Arena. Tenía los ojos bien abiertos.

—¡Teníamos razón! —le maulló ella a Estrella de Fuego—. Este era el hogar del Clan del Cielo.

—Adelante, Cielo. —Él dio un paso hacia el viejo gato—. Cuéntanos más sobre el Clan del Cielo.

Para consternación de Estrella de Fuego, Cielo retrocedió.

—¿Por qué quieren saber? —exigió—. ¿Qué significa para ustedes?

—Queremos ayudarte —explicó Estrella de Fuego—. Venimos del bosque donde una vez vivió el Clan del Cielo.

—Somos gatos del Clan del Trueno —Tormenta de Arena añadió—. Mi nombre es Tormenta de Arena, y este es Estrella de Fuego, el líder del Clan.

Las orejas del viejo gato se achataron, como si su arraigada desconfianza luchara contra el respeto que un verdadero guerrero mostraría

a un líder de Clan. Estrella de Fuego se dio cuenta de que debía de ser el primer líder que Cielo había conocido.

—Tuve un sueño. —Estrella de Fuego se sentó, con la cola enrollada sobre las patas para parecer lo menos amenazador posible.

Tras un momento de vacilación, Cielo también se sentó y escuchó mientras Estrella de Fuego le contaba todo lo que había pasado desde su primera visión del gato gris y blanco en el barranco afuera del campamento del Clan del Trueno.

—Estoy seguro de que él era el líder del Clan del Cielo cuando fueron expulsados del bosque —terminó Estrella de Fuego—. Me rogó que viniera a buscar a su Clan perdido.

—¿Y viniste hasta aquí por un sueño? —preguntó Cielo.

—Vine porque tenía que hacerlo.

Cielo se levantó de un salto y el fino pelaje gris de sus hombros se erizó.

—¿Creen que es así de fácil? —escupió—. ¿Creen que los errores del pasado pueden ser perdonados tan fácilmente?

—¿A qué te refieres? —Tormenta de Arena maulló, desconcertada.

—Fue gracias a los cuatro Clanes que quedan en el bosque que mis antepasados fueron expulsados de su hogar. Cuando llegaron a este lugar, creyeron que estarían a salvo, pero más tarde descubrieron que era tan terrible como el territorio que habían abandonado. ¡Sus antepasados destruyeron mi Clan!

Durante unos instantes, Estrella de Fuego temió que el viejo gato saltara sobre él con los dientes y las garras al aire. Se preparó, sabiendo que nunca podría levantar una pata contra este noble y viejo guerrero.

Entonces Cielo respiró hondo y volvió a sentarse.

—Este es un momento de tregua. No buscaré venganza por los errores que cometieron contra mis antepasados mientras haya luna llena.

Estrella de Fuego empezaba a alarmarse. ¿Qué problema tenía el desfiladero como para que el Clan del Cielo no hubiera podido quedarse allí? Con al menos algunas presas, agua dulce, refugio, y poca amenaza por parte de los Dos Patas, el campamento del acantilado parecía ser un lugar perfecto para que vivieran gatos.

—¿Qué pasó? —incitó—. ¿Por qué todos se fueron?

Cielo giró la cabeza. De su garganta brotó un tenue lamento, como si llorara por todos los gatos del Clan del Cielo, expulsados, perdidos o muertos.

Tormenta de Arena se acercó y le tocó suavemente el hombro con la cola.

—Dinos por qué te llamas Cielo —le instó.

El viejo gato la miró.

—Mi madre me puso ese nombre para que nunca olvidara a mis antepasados. Y nunca lo he hecho. Por eso vengo aquí cada luna llena.

—Eso debe ser muy solitario a veces —Tormenta de Arena murmuró.

Suspirando, Cielo miró el brillo del Manto Plateado.

—No sé si mis ancestros guerreros me estarán escuchando, pero mantendré vivas las costumbres de los guerreros hasta mi último aliento.

—Sabemos que te quedas en una de las cuevas en la noche de luna llena —comenzó Estrella de Fuego vacilante, no queriendo molestar más al viejo gato—. Tormenta de Arena y yo hemos estado durmiendo allí. Espero que no te moleste.

Cielo soltó un bufido de disgusto.

—Entonces conocieron a esas dos mascotas. Así es como saben el estúpido nombre que me pusieron.

—Sí, los hemos visto —maulló Tormenta de Arena.

—¡Viven en una guarida de Dos Patas y comen papilla! —exclamó el viejo gato—. ¡Y dicen que *yo* soy el loco!

Estrella de Fuego captó una mirada de Tormenta de Arena, como si intentara advertirle que no mencionara que una vez él había sido un minino casero. Desde luego, no tenía intención de hacerlo; la opinión que Cielo tenía de él ya era bastante baja sin saber eso.

—Los ahuyentamos —le dijo a Cielo—. No deberías tener más problemas con ellos.

Cielo movió las orejas; por un momento Estrella de Fuego creyó que parecía casi decepcionado.

—¿Notaron algo… inusual en ellos? —preguntó.

Estrella de Fuego llevó su mente de regreso al encuentro con las mascotas. No podía recordar nada distintivo, excepto su rudeza, y no creía que Cielo se refiriera a eso. Entonces se imaginó a los dos mientras corrían de vuelta a la guarida de Dos Patas.

—Cereza saltó a un árbol —recordó—. ¿A eso te refieres?

Cielo asintió.

—Creo que esas dos mascotas son descendientes de gatos del Clan del Cielo.

Tormenta de Arena aguzó las orejas por la sorpresa.

—¿Esos dos cerebros de ratón?

—Cuando el Clan se vio obligado a abandonar el desfiladero —Cielo explicó—, la mayoría de los gatos, incluida la madre de mi madre, se convirtieron en proscritos o solitarios. Pero algunos de ellos, los que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para cazar, se fueron a vivir con los Dos Patas. —Miró a través de los matorrales hacia donde las duras luces anaranjadas del Poblado de los Dos Patas teñían el cielo—. Es extraño… —murmuró—. Muchos de esos gatos deben compartir mi sangre, y sin embargo ninguno de ellos sabe quién soy en realidad. —Volvió a bajar la cabeza.

—¿Qué pasó? —Estrella de Fuego preguntó—. ¿Por qué el Clan del Cielo tuvo que abandonar el desfiladero?

El viejo gato no respondió; Estrella de Fuego ni siquiera estaba seguro de si había oído la pregunta.

—Pareces cansado —maulló Tormenta de Arena—. ¿Quieres que te cace algo?

Cielo se tensó; Estrella de Fuego temía que la oferta de Tormenta de Arena le hubiera ofendido. Luego, el gato levantó la mirada, agradecido.

—Gracias. Ha sido una larga noche.

Inmediatamente Tormenta de Arena saltó a través de la grieta y desapareció por el sendero hacia el desfiladero. Estrella de Fuego la siguió más despacio, junto a Cielo. Estaba listo para ayudar al viejo gato a cruzar la brecha, pero saltar de la roca era más fácil que saltar hacia arriba, y Cielo aterrizó con las cuatro patas firmemente en el camino. Estrella de Fuego le dejó tomar la delantera hasta la cueva.

Mientras caminaba detrás, Estrella de Fuego se dio cuenta de que Cielo le recordaba a Fauces Amarillas. Tenía la misma reserva orgullosa que la antigua curandera; se sentía claramente incómodo e irritable con otros gatos, pero compartía la fuerza de Fauces Amarillas y su profundo compromiso con su Clan. Cielo tenía todas las cualidades de un verdadero guerrero: valor, fe y lealtad a su Clan. Sin embargo, todo lo que era se había basado únicamente en los cuentos que le había contado su madre. Aunque era del Clan del Cielo desde la nariz hasta la punta de la cola, nunca había formado parte de un Clan verdadero.

Cielo trepó hasta la boca de la cueva y se detuvo, con los bigotes crispados. A Estrella de Fuego le ponía nervioso la probabilidad de que se sintiera insultado porque él y Tormenta de Arena habían construido lechos, cuando él debía de haber dormido en el suelo desnudo de arena. El viejo gato dejó escapar un débil bufido, luego se acercó a uno de los huecos y se acurrucó sin hacer ningún comentario en un lecho de helechos y plumas.

Apenas se había acomodado cuando Tormenta de Arena apareció en la entrada, con un ratón colgando de las fauces. Cruzó la cueva hasta Cielo y se lo puso delante.

El gato gris extendió una pata y lo pinchó.

—Un poco flaco, ¿no?

Antes de que Tormenta de Arena pudiera defender su captura, el gato arrastró al ratón más cerca y empezó a devorarlo a rápidos tragos.

Tormenta de Arena miró a Estrella de Fuego, con los ojos brillantes de risa, y movió los labios como si fuera a decir: «¡Fauces Amarillas!».

Cielo acabó con el último trozo de ratón, se pasó la lengua por las mandíbulas y dejó escapar un largo suspiro. Luego se acurrucó de nuevo y se quedó dormido casi al instante, sus ronquidos resonaban por toda la cueva.

Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se apretaron en el lecho que quedaba. El sueño se negaba a llegarle a Estrella de Fuego. Los helechos le pinchaban el manto y los ronquidos de Cielo resonaban en las paredes arenosas. Tormenta de Arena también estaba inquieta, moviéndose en el lecho.

Pero eso no era lo que mantenía despierto a Estrella de Fuego. Su mente zumbaba con pensamientos preocupantes. Se preguntaba si el ancestro del Clan del Cielo lo estaba observando, o su antigua líder Estrella Azul. Ninguno de los dos le había enviado señales desde que llegó al desfiladero. ¿Podría el líder del Clan del Cielo estar atrapado en otro lugar, incapaz de ver su antiguo hogar?

Eventualmente se sumió en un sueño agitado. La luz del sol que entraba en la cueva lo despertó a la mañana siguiente. Tormenta de Arena ya estaba sentada a su lado, acicalándose, mientras Cielo roncaba en el lecho de enfrente.

—¿Estás listo para ir a cazar? —preguntó Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego salió del lecho con un enorme bostezo. Tenía las patas agarrotadas, pero sabía que no volvería a dormirse. Se sacudió enérgicamente para quitarse los restos de helechos del pelaje.

—Ve delante —maulló.

Para cuando llegaron a la orilla del río, empezaba a sentirse mejor. Vadeó unos pasos por las aguas poco profundas, disfrutando de la sensación del agua fresca en las almohadillas que aún le dolían de subir y bajar por el acantilado. Luego, Tormenta de Arena y él se dirigieron río abajo, hacia donde los árboles y la maleza protegían presas.

Era bueno cazar lado a lado así, pensó Estrella de Fuego, sin tener que preocuparse de organizar patrullas o vigilar las fronteras. De repente, el bosque parecía muy lejano. «*¿Podría quedarme aquí para siempre?* —se preguntó—. *¿Podría vivir sin un Clan?*».

Entonces oyó a Tormenta de Arena soltar un leve suspiro. Estaba mirando un remolino en el río, donde la corriente había excavado un hueco bajo la orilla, debajo de un avellano. Se parecía casi exactamente al lugar donde el Clan del Trueno cruzaba el arroyo de camino a los Cuatro Árboles.

Los pensamientos de Estrella de Fuego volaron hacia su propio territorio. ¿Cómo le había ido al Clan del Trueno en la Asamblea de la noche anterior, y qué pensaron los otros Clanes cuando se enteraron de que había abandonado el bosque?

La idea de que pudiera elegir no volver parecía tan remota como las estrellas. Él era el líder del Clan del Trueno; pertenecía al bosque. Excepto Cielo, todos los gatos del Clan del Cielo se habían ido. No había nada más que Estrella de Fuego pudiera hacer por ellos. Una vez que hubiera escuchado el resto de la historia de Cielo, y averiguado el motivo por el que los gatos del Clan del Cielo habían abandonado las cuevas, sería el momento de volver a casa.

Él y Tormenta de Arena cazaron y llevaron su carne fresca de vuelta a la cueva. Pero al llegar a la entrada, Estrella de Fuego se detuvo, sorprendido. El hueco en el suelo de la cueva estaba vacío. Cielo se había ido.

CAPÍTULO 20

Estrella de Fuego agachó las orejas, decepcionado.

—Pensé que al menos se quedaría hasta que volviéramos —maulló—. Hay mucho más que quería preguntarle.

Tormenta de Arena soltó su captura junto a la de Estrella de Fuego y caminó hacia el hueco donde había dormido Cielo.

—Está acostumbrado a estar solo —señaló—. Supongo que no se sentía cómodo con otros gatos.

Estrella de Fuego crispó la cola, la irritación le levantó el pelo de los hombros.

—Ahora tendremos que volver a recorrer todo el desfiladero hasta su guarida. No quiero irme sin hablar con él. Tengo que saber más sobre el Clan del Cielo, especialmente la razón por la que abandonaron estas cuevas.

Los ojos verdes de Tormenta de Arena le brillaban. Estrella de Fuego temía que pensara que se estaba obsesionando con el Clan del Cielo, sobre todo cuando no había Clan que restaurar, nada más que recuerdos y arena.

—Me sentiré como si le hubiera fallado al gato de mis sueños si al final no averiguo qué destruyó al Clan —se defendió—. No fue solo abandonar el bosque. Llegaron a este lugar, y podrían haber prosperado aquí, especialmente con su habilidad especial para saltar. Entonces, ¿qué pasó después? ¿Por qué se fueron? —Negó con la cabeza, frustrado—. Tengo que saber —repitió.

—Está bien —Tormenta de Arena apretó el hocico contra el de él—. Lo comprendo. Y si…

Un jadeo y un ruido de arrastre procedentes del exterior de la cueva la interrumpieron. Cielo entró en la cueva con un enorme montón de musgo entre las mandíbulas.

El alivio inundó a Estrella de Fuego.

—¡Aún estás aquí!

—¡Y encontraste musgo! —añadió Tormenta de Arena.

El viejo gato dejó caer su carga y la miró como si creyera que estaba loca.

—Usan musgo para los lechos, ¿no? ¿No arrastré esto desde el río para nada? —Le dirigió una mirada mordaz a su lecho de helechos—. A lo mejor les gusta sentir pinchazos toda la noche.

—Sí, usamos musgo —Estrella de Fuego maulló—, pero no pudimos encontrar ni un poco.

Cielo resopló.

—Les mostraré más tarde. —Empujó el montón de musgo hacia ellos con una pata—. Ya está, pónganlo en sus lechos. A mí no me hace falta; no me quedaré otra noche.

—Desearía que lo hicieras. —Tormenta de Arena rozó con el hocico el hombro de Cielo; el viejo gato se tensó, pero no protestó—. Hay tanto que puedes contarnos.

Cielo dudó y luego agitó las orejas.

—No soy bienvenido aquí. Esas mascotas… Fui expulsado, igual que mis antepasados.

—Lamento… —empezó Estrella de Fuego.

—¡No sientas lástima por mí! —Sus ojos azules destellaron—. Tengo mi propia guarida. No necesito nada.

Su voz dolía con una soledad que contradecía sus palabras.

Tormenta de Arena se acercó al pequeño montón de carne fresca que ella y Estrella de Fuego habían hecho, y tomó un rollizo campañol, que llevó a Cielo.

—Por favor, come —maulló.

Los ojos del viejo gato brillaron de sorpresa, pero se agachó para devorar al campañol. Tormenta de Arena eligió un estornino para ella, mientras Estrella de Fuego usaba el musgo de Cielo para forrar sus lechos. Era más pálido que el musgo que crecía en el bosque, y aún no se le ocurría dónde Cielo lo había encontrado. El viejo gato no había tenido tiempo de ir muy lejos.

Para cuando Estrella de Fuego se sentó a comer, Cielo estaba tragando los últimos restos de carne fresca.

—Gracias —gruñó—. He comido cosas peores.

Tormenta de Arena inclinó la cabeza.

—Por favor, ¿nos enseñarías dónde encontraste el musgo? —le preguntó—. ¿Y tal vez algunos de los otros lugares que recuerdas de cuando eras joven?

Estrella de Fuego dirigió una mirada agradecida a Tormenta de Arena. Era una buena idea llevar al viejo gato por el camino de sus recuerdos; debía de querer compartirlos, después de estar tanto tiempo solo.

Cielo se levantó y se acercó a la entrada de la cueva. Su mirada se posó en las marcas de arañazos en el tronco de piedra; Estrella de Fuego pensó que se estremeció antes de volverse para mirar el cielo brumoso.

—Les mostraré el musgo —maulló—, y los otros lugares a los que mi madre solía llevarme. Pero deberíamos irnos ya. Va a ser un día caluroso, así que tendremos que volver antes del mediodía.

Estrella de Fuego engulló el resto de su gorrión y se levantó.

—Estoy listo —maulló a Cielo—. Guíanos.

El gato mayor tomó el sendero pedregoso que conducía al fondo del desfiladero, y luego saltó hasta la cima del montón de rocas donde aparecía el río. Sus movimientos eran rígidos, pero Estrella de Fuego estaba impresionado por lo ágil que era, a pesar de su edad. Los costados de Cielo se agitaban por el esfuerzo cuando llegó a la cima, pero cuando se volvió para ver a Estrella de Fuego y Tormenta de Arena trepando tras él, a Estrella de Fuego le pareció detectar un destello de diversión en sus ojos.

—Esto se llamaba el Montón de Rocas —anunció una vez que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena estuvieron a su lado, jadeantes—. El líder del Clan del Cielo se paraba aquí cuando quería convocar una reunión de Clan. El resto del Clan se reunía alrededor de la charca. —Movió la cola hacia la roca que sobresalía en lo alto, detrás de ellos—. Ya conocen la Roca del Cielo; ahí es donde el Clan se reunía durante la luna llena.

—¿Por qué el Clan del Cielo hacía Asambleas cuando no había otros Clanes? —Estrella de Fuego preguntó.

Los ojos del viejo gato se nublaron.

—Porque esa es la costumbre de los guerreros. El Clan se reunía allí para estar más cerca de las estrellas. —Se apartó de la roca saliente—. Allí arriba estaban las guaridas —continuó, señalando las cuevas con la cola—. Los guerreros usaban aquella donde hemos estado durmiendo. Debajo estaba la guarida de los veteranos, y…

—Oh, pensamos que la guarida más baja sería donde estaban los veteranos —interrumpió Tormenta de Arena—. Porque… —Se calló, dándose unos rápidos lametones en el pecho para disimular su vergüenza.

—¿Porque los gatos viejos son demasiado rígidos para trepar? —Cielo gruñó, aunque Estrella de Fuego estaba seguro de que sus ojos estaban cálidos—. No, los gatos del Clan del Cielo nunca perdieron el poder de saltar. Esa guarida más baja era la del curandero, cerca del agua y donde crecen las hierbas.

A continuación, señaló la maternidad (que era la cueva con las marcas de garras diminutas que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena habían notado), la guarida de los aprendices y la del líder del Clan, un poco alejada de las demás, junto al sendero que subía a la Roca del Cielo.

—¿El río llegaba a desbordarse? —preguntó Tormenta de Arena.

—Sí, pero nunca llegaba hasta la cueva de los guerreros —respondió Cielo—. Todo el Clan solía refugiarse allí en las peores tormentas, según mi madre.

Contempló las cuevas durante un latido más, como si imaginara los senderos llenos de gatos. Luego se sacudió enérgicamente.

—Vamos. Les mostraré el musgo.

Saltó de la roca más alta y bajó por el montón hasta el lado opuesto del río. Estrella de Fuego se preguntó a dónde iba. Estaban incómodamente cerca del agua negra donde aparecía de entre las rocas; ¿acaso Cielo esperaba que nadaran?

En lugar de eso, el viejo gato viró alrededor de la roca más baja y desapareció. Estrella de Fuego parpadeó. ¿A dónde había ido? Entonces vio un estrecho saliente que conducía a la cueva, justo por encima del nivel del agua azul verdosa.

Una voz surgió de la oscuridad.

—¿Vienen o no?

Estrella de Fuego tragó saliva e intercambió una mirada con Tormenta de Arena. Su pareja se encogió de hombros.

—No podemos no entrar —maulló ella.

Con cuidado, Estrella de Fuego se aventuró por la cornisa. La roca estaba resbaladiza por el agua y sus garras patinaron cuando intentó agarrarse a ella. El río corría a menos de una cola de sus patas.

—¡Debo de tener el cerebro de un ratón! —murmuró.

Para su alivio, al cabo de un rato el saliente se ensanchó y se abrió en una cueva poco profunda. El río se deslizaba silenciosamente desde las

sombras hasta la entrada de la cueva, que ahora era una irregular rendija de luz a sus espaldas.

Cielo estaba de pie al borde de las sombras. Una pálida luz moteada iluminaba su pelaje gris.

—Todo el musgo que puedan desear —anunció, moviendo la cola a su alrededor.

Estrella de Fuego se quedó mirando, asombrado. Detrás del viejo gato, las paredes de la cueva estaban cubiertas de espesas matas colgantes de musgo. Pero lo que realmente asombró a Estrella de Fuego fue el espeluznante resplandor que salía de ellas.

—¡Musgo brillante! —Tormenta de Arena jadeó.

—Es perfectamente seguro —le aseguró Cielo—. Pueden usarlo tanto para llevar agua como para hacer sus lechos. Nadie sabe por qué brilla así. Esto se llamaba la Cueva Brillante —continuó—. Nadie vive aquí, pero los curanderos del Clan del Cielo venían a compartir lenguas con sus antepasados en cada cuarto de luna.

Estrella de Fuego se sintió honrado de que Cielo los hubiera traído a un lugar tan importante. También se alegró de que él y Tormenta de Arena no lo hubieran descubierto solos. Podrían haberse llevado el musgo sin darse cuenta de lo especial que era la cueva.

—Gracias por enseñárnosla —murmuró a Cielo. Las palabras pronunciadas en voz baja parecieron resonar en la cueva como si todo un Clan de voces respondiera, y Estrella de Fuego se sintió aliviado cuando el viejo gato guió el camino de vuelta a la luz del sol.

Una vez que estuvieron todos de nuevo en la orilla, frente a las cuevas guaridas, Cielo los guió río abajo hasta llegar a los árboles. Estrella de Fuego notó que la rigidez de Cielo parecía estar desapareciendo; se movía como un gato más joven, como si explorar el territorio de sus antepasados con visitantes le hubiera dado otra vida. Con la cola erguida, siguió un camino serpenteante entre la maleza, más lejos de lo que habían explorado Estrella de Fuego y Tormenta de Arena, hasta llegar a un árbol caído que servía como puente sobre el arroyo. La mayoría de sus ramas se habían podrido y su tronco había quedado de un gris plateado.

Cielo saltó sobre él y trotó con confianza hasta la orilla más lejana. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena lo siguieron con más cautela. Estrella de Fuego echó un vistazo al río que burbujeaba por debajo y clavó las garras mientras cruzaba.

—Este era el límite del territorio del Clan del Cielo —anunció Cielo mientras se unían a él en la orilla—. Y ahí es donde nací.

Señaló con la cola una pequeña cueva al pie del acantilado, cuya entrada estaba protegida por un arbusto rezagado. El suelo arenoso estaba plagado de piedritas afiladas; Estrella de Fuego trató de imaginar cómo sería con un cálido lecho de musgo y helechos, y una madre cuidando de sus cachorros.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —Tormenta de Arena preguntó.

—Rama Baja —el viejo gato contestó—. Nunca conocí a mi padre; otro proscrito, supongo. También tuve un hermano llamado Ramita.

—¿Aún vive aquí?

Cielo se puso rígido y miró brevemente a Tormenta de Arena. En lugar de responder, murmuró:

—Por aquí. —Y se dio la vuelta para avanzar río arriba.

—Lo siento —susurró Tormenta de Arena a Estrella de Fuego—. Obviamente lo molesté. No intentaba ser entrometida.

—Lo sé. —Estrella de Fuego le tocó la oreja con el hocico—. Supongo que Ramita debe estar muerto.

En lugar de regresar a las cuevas, Cielo comenzó a escalar de nuevo el acantilado. Esta vez no había senderos que seguir; Estrella de Fuego y Tormenta de Arena tuvieron que trepar con dificultad por rocas desprendidas y salientes estrechos antes de llegar a la cima, jadeando y cojeando con las patas arañadas por las piedras afiladas.

Cielo estaba esperándolos, con la punta de la cola moviéndose con impaciencia. Su mirada azul claro los recorrió, pero no dijo nada, solo se volvió para guiarlos a través de la franja de arbustos y adentrarse en la maleza. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se adentraron en la maleza tras él, y lo alcanzaron a unas cuantas colas de distancia al aire libre.

—¿Aún estamos en territorio del Clan del Cielo? —jadeó Estrella de Fuego.

Cielo dirigió sus orejas hacia un tocón de árbol que sobresalía de un matorral de zarzas.

—Eso marca la frontera. Mi madre dijo que su madre recordaba cuando era un árbol. Y en ese matorral atrapé mi primer ratón. —Su voz se hizo más suave y se detuvo, como si mirara largas temporadas atrás, al joven gato que una vez había sido. Entonces un brillo de diversión apareció en sus ojos—. Nariz Espinosa estaba impresionada —añadió—. Nunca le dije que las espinas de las zarzas frenaron al ratón. Fue una captura fácil.

—¿Nariz Espinosa? ¿Quién…? —Tormenta de Arena se interrumpió, por si se trataba de otra pregunta dolorosa—. ¿Rama Baja no te enseñó a cazar?

—Nariz Espinosa era la amiga de mi madre. Era costumbre que una madre le diera sus cachorros a alguien más para que los entrenara. Nariz Espinosa nos entrenó a Ramita y a mí, y mi madre entrenó a los hijos de ella.

Estrella de Fuego aguzó las orejas.

—¿Por qué hacían eso?

Cielo se encogió de hombros.

—No lo sé. Era la costumbre. Tal vez pensaban que una madre sería demasiado blanda con sus propios cachorros, o que se vería tentada a cazar por ellos en lugar de enseñarles a hacerlo por sí mismos.

Estrella de Fuego intercambió una mirada con Tormenta de Arena.

—Es como si las madres fueran mentoras —murmuró—. Deben haber recordado algo de la forma en que se entrenaba a los guerreros cuando los gatos aún vivían en el Clan del Cielo.

—Sus nombres también se parecen un poco a los de Clan —respondió Tormenta de Arena—. Pero de alguna forma no suenan del todo bien.

—¿Las proscritas aún entrenan a los cachorros de la otra? —Estrella de Fuego preguntó a Cielo, volviéndose hacia el viejo gato.

—No tengo ni idea —Cielo resopló—. No tengo nada que ver con los gatos de por aquí.

Volvió a ponerse en marcha. Estrella de Fuego lo siguió, luchando contra la frustración de que todos estos ecos de la vida de Clan no eran más que eso: ecos sin sentido, si no quedaban gatos del Clan del Cielo.

—Esto es una pérdida de tiempo —le susurró a Tormenta de Arena—. Es interesante, pero no estamos llegando a ninguna parte. Será mejor que nos vayamos a casa.

La mirada verde de Tormenta de Arena era tranquila.

—Espera. Todavía pueden pasar muchas cosas.

Estrella de Fuego la miró fijamente. Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, Cielo interrumpió para mostrarles un agujero oscuro entre las raíces de un arbusto de aulaga.

—Esa solía ser la guarida de un zorro —maulló. Su mirada se volvió sombría—. Dos cachorros fueron asesinados allí una vez, según mi madre.

Estrella de Fuego probó el aire, pero ya no había olor a zorro.

—Está cerca del Poblado de los Dos Patas —comentó Tormenta de Arena, mirando hacia las cercas de las guaridas de los Dos Patas.

—Las guaridas solían estar más lejos, pero luego los Dos Patas construyeron más —le dijo Cielo. Dio un azote con la cola—. Recuerdo que eso pasó cuando yo era un cachorro. Enormes monstruos rasgaban el suelo, espantando a las presas con su ruido.

Estrella de Fuego se estremeció. Estaba acostumbrado a que los monstruos corrieran por los Senderos Atronadores; no podía imaginarse cómo sería si se abrieran paso hasta el territorio de un Clan, arrancando árboles y destruyendo el campamento…

—¿Es por eso que el Clan del Cielo dejó el desfiladero? —preguntó.

Cielo entrecerró los ojos.

—No. ¿No estabas escuchando? El Clan del Cielo ya estaba disuelto cuando llegaron los monstruos.

—Entonces, ¿por qué…?

Sin esperar a que Estrella de Fuego terminara su pregunta, Cielo giró sobre sí mismo y los condujo a lo largo de las cercas de Dos Patas. El pelaje de Estrella de Fuego empezó a erizarse ante la idea de estar tan cerca de los Dos Patas; podía ver que Tormenta de Arena también estaba inquieta.

—Hay muchos gatos aquí —comentó; los olores eran casi abrumadores.

Cielo lanzó un gruñido de desprecio.

—¡Mascotas! ¿Para qué sirven? Ni siquiera saben cazar.

Estrella de Fuego pudo distinguir los olores de Cereza y Boris, pero no había rastro de los dos gatos jóvenes. Lo lamentó; quería que vieran a Cielo y lo trataran con respeto de ahora en adelante, sobre todo si Cielo tenía razón y los mininos eran sus parientes lejanos.

—Un perro solía vivir en esa guarida —maulló Cielo, señalando con la cola la cerca más cercana—. Todos los gatos le tenían miedo, ¡su ladrido era muy feroz! —Una pizca de diversión se coló en su voz—. Un día Ramita me retó a subirme a la cerca y mirarlo. Y adivinen, ¡el perro no era más grande que yo! Le gruñí, y volvió aullando a su guarida.

Tormenta de Arena soltó un ronroneo de risa.

—¡Ojalá hubiera visto eso!

—En *aquella* guarida —continuó Cielo, guiándolos a lo largo de la cerca—, los Dos Patas eran amistosos. Solían dejar comida afuera.

Toda la diversión desapareció de sus ojos y de su voz; una profunda tristeza se apoderó de él, como la sombra de una nube en un día soleado.

—¿Qué ocurrió aquí? —Tormenta de Arena preguntó en voz baja.

—Ramita comió de la comida y decidió que era más fácil que cazar. —La voz de Cielo carraspeó en su garganta—. Se fue a vivir con los Dos Patas. Nunca lo volví a ver.

Tormenta de Arena le tocó el hombro con la cola, mientras Estrella de Fuego recordaba cómo su sobrino, Nimbo Blanco, de vuelta en el bosque, había vuelto a vivir la vida de un minino casero, solo para descubrir que no era tan buena como la vida en el bosque. Debió de ser duro para Cielo ver cómo sus parientes se dispersaban, justo como lo habían hecho sus antepasados.

Finalmente llegaron al final de las cercas de los Dos Patas. Ahora caminaban junto a una malla brillante como una telaraña de plata que Estrella de Fuego había visto antes en Poblados de Dos Patas.

—Ya podemos volver —anunció Cielo, deteniéndose bruscamente.

Estrella de Fuego se sorprendió. El cielo aún estaba nublado y el día no era demasiado caluroso para continuar.

—¿Estamos lejos del territorio del Clan del Cielo? —preguntó.

—Lo suficientemente lejos —Cielo gruñó. Tenía las patas rígidas, las orejas erizadas y el pelaje del cuello erizado. Sus ojos azul claro lanzaban rápidas miradas de un lado a otro.

Estrella de Fuego miró a su alrededor. Más allá de la malla plateada había una amplia extensión de piedra blanca, agrietada y partida por la maleza. Rodeaba una enorme guarida de Dos Patas que a Estrella de Fuego le recordaba al granero donde vivían Centeno y Cuervo. Pero este granero era mucho más grande, con un techo de plata brillante y grandes agujeros en los lados. No parecía que ningún Dos Patas viviera aquí; todo lo que Estrella de Fuego podía oler era basura de Dos Patas, carroña y ratas. Un gato del Clan de la Sombra podría estar feliz de cazar allí, pero Estrella de Fuego no quería poner una pata dentro de la cerca.

—Está bien, vámonos —maulló.

El alivio de Cielo era obvio, el pelaje de su cuello volvió a aplanarse cuando empezó a guiarlos de vuelta al desfiladero. Estrella de Fuego no quiso preguntarle qué lo había perturbado tanto, y el viejo gato no se ofreció a explicarlo.

A medida que se acercaban a la cima del acantilado, Cielo aflojó el paso. Estrella de Fuego supuso que caminaba por los senderos de sus recuerdos, perdido entre las sombras de sus compañeros y de su Clan. Él también aminoró la marcha, dejando que el viejo gato se adelantara; Tormenta de Arena siguió el ritmo de Estrella de Fuego.

—Está tan solo y triste. Ojalá pudiéramos ayudarlo —murmuró.

—Lo mismo digo —maulló Estrella de Fuego—, pero ¿qué podemos hacer? Pasa demasiado tiempo atrapado en el pasado de sus antepasados, como una mosca en una telaraña, pero esos días nunca volverán.

Tormenta de Arena se detuvo, sus ojos verdes brillaban.

—¿Por qué no? Hemos confirmado que este es un lugar donde pueden vivir gatos. Y hay muchos gatos por aquí, mascotas y solitarios, para reconstruir al Clan de nuevo. Algunos incluso tienen sangre del Clan del Cielo.

Estrella de Fuego la miró fijamente.

—¿Y quién va a decirles a las mascotas y a los solitarios que tienen que venir aquí y vivir en cuevas? Un Clan no son solo gatos, Tormenta de Arena. Un Clan se mantiene unido y vive según el código guerrero.

—¿Entonces te rindes? —Tormenta de Arena contrajo los labios en el comienzo de un gruñido.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? El Clan del Cielo vivió aquí una vez, pero entonces algo terrible sucedió, algo tan terrible que Cielo ni siquiera habla de ello, y se dispersaron. Se *fueron*. Me quedaría si pensara que puedo ayudar, pero no puedo. No hay nada con lo que trabajar.

Le temblaba la voz, pero no veía otro camino. Todo lo que quedaba del una vez orgulloso Clan era un viejo gato, aferrándose a los ecos desvanecidos de la vida de Clan. No era suficiente. El Clan del Cielo estaba perdido para siempre.

La bruma se había disipado y el sol caía desde un cielo azul intenso. Estrella de Fuego agradeció la sombra de la cueva de los guerreros cuando él y Tormenta de Arena se reunieron allí con Cielo. El viejo guerrero estaba agazapado en la entrada, con las patas metidas debajo de él y la mirada fija en los acantilados de enfrente.

Estrella de Fuego agachó la cabeza.

—Gracias por mostrarnos el territorio. Descansaremos hasta que empiece a refrescar, y luego tendremos que irnos.

Cielo se levantó y miró de Estrella de Fuego a Tormenta de Arena y viceversa, con los ojos entrecerrados. De repente parecía haber crecido y su mirada era más aguda. Parecía menos un viejo solitario y más un verdadero guerrero de Clan.

—¿Irse? —repitió—. ¿Qué quieres decir? Lo que quiero saber es si lo harás.

Estrella de Fuego lo miró, desconcertado, mientras Tormenta de Arena, que claramente entendía más, dejó escapar un pequeño maullido de satisfacción.

—¿Hacer qué? —Estrella de Fuego preguntó—. Nuestro viaje ha terminado. Hemos encontrado el lugar donde vivía el Clan del Cielo, pero el Clan se ha ido.

—No es por *eso* por lo que te enviaron aquí —espetó Cielo—. Me dijiste que un ancestro del Clan del Cielo te visitó en tus sueños. Él debe haber sabido que su Clan se había ido hace tiempo, obligado a abandonar el desfiladero por algo aun más terrible que su razón para dejar el bosque. Y aun así, te pidió que vinieras.

Estrella de Fuego recordó su visión del líder del Clan del Cielo en el jardín de Tiznado. El gato le había dicho que su destino era restaurar al Clan del Cielo. Pero entonces, Estrella de Fuego había imaginado que encontraría al menos los restos de un Clan sobreviviendo en su nuevo hogar. No un solo guerrero viejo, rodeado de proscritos y mininos domésticos que nunca habían oído hablar del código guerrero.

—Oh, no —maulló—. No puedes pedirme que…

—Debes corregir los errores que cometieron los antepasados de tu Clan hace tantas temporadas —insistió Cielo. Su clara mirada se clavó en los ojos de Estrella de Fuego, ardiendo como la luz del sol en el agua—. Debes reconstruir el Clan del Cielo.

CAPÍTULO 21

—Sé que parece imposible —continuó Cielo—, pero también sé que tienes la fuerza para hacerlo. Ten fe en ti mismo, Estrella de Fuego. Nos volveremos a ver pronto.

Con gran dignidad, agachó la cabeza y se alejó por el sendero pedregoso, alejándose de la cueva de los guerreros.

—¿Y bien? —Tormenta de Arena preguntó en voz baja—. ¿Vas a seguirlo y decirle que no puedes hacerlo? ¿O te vas a ir sin más y dejar que descubra por sí mismo que todas sus esperanzas se han quedado en nada?

Estrella de Fuego negó con la cabeza, impotente. La idea de reconstruir el Clan del Cielo era tan grande que ni siquiera podía pensar en ello.

—Me voy a cazar —anunció—. Lo siento, Tormenta de Arena. Necesito estar solo un rato.

Tormenta de Arena apretó el hocico contra el suyo; sus ojos brillaban de amor por él.

—Lo entiendo.

Ya que no quería alcanzar a Cielo, Estrella de Fuego se dirigió en la dirección opuesta, río abajo hacia los árboles cerca de la antigua frontera del territorio del Clan del Cielo. Su mente daba vueltas. Él era el líder del *Clan del Trueno*; allí era donde pertenecía. Y aun así, Cielo le estaba pidiendo que asumiera la responsabilidad de otro Clan también. Seguramente no podía ser la voluntad del Clan Estelar que un gato liderara

dos Clanes, especialmente cuando sus territorios estaban a casi una luna de viaje de distancia, ¿no?

Recordó cómo Estrella de Tigre se había hecho líder del Clan de la Sombra y del Clan del Río, e intentó apoderarse también de los otros dos Clanes. Sus ambiciones sanguinarias serían recordadas en el bosque durante muchas temporadas.

—No seré otro Estrella de Tigre. —Estrella de Fuego habló en voz alta, deteniéndose a la orilla del río—. Mi lealtad es al Clan del Trueno.

¿Pero tenía razón? ¿Debería ser leal al código guerrero, más que a cualquier Clan individual?

Tratando de ignorar las preguntas, siguió avanzando por la orilla del río. Aunque el sol se deslizaba por el cielo, la arena aún le calentaba las almohadillas y los matorrales del acantilado apenas le daban sombra. Añoraba los frescos y húmedos claros del bosque, el espeso dosel de hojas y los pequeños crujidos de las presas entre la maleza. Había permanecido aquí el tiempo suficiente para que sus patas se endurecieran por el constante correr sobre la arena y la piedra, y estaba aprendiendo a rastrear presas a través de la escasa cobertura que era todo lo que ofrecía el desfiladero. «*Pero este no es mi hogar* —pensó—. *Nunca lo será».*

Trepó por el saliente rocoso y se sintió aliviado al ver la espesura de los arbustos. Al deslizarse por el otro lado, vislumbró un movimiento y vio al gato rojizo oscuro que había visto antes.

—¡Hey! —lo llamó—. ¡Espera!

El gato rojizo miró por encima del hombro, pero no se detuvo. Estrella de Fuego lo perdió de vista y no supo si sentirse contento o lamentarse.

Se abrió paso entre los guijarros y se dirigió al matorral más cercano, con las orejas aguzadas y las fauces abiertas para percibir los primeros rastros de una presa. Entonces se detuvo, perplejo. Aquí había un olor que no podía identificar: a presa, pero tan envuelto por el sabor de hojas aplastadas que no podía estar seguro de qué criatura procedía. Su pelaje se erizó con la sensación de que estaba siendo observado.

Tratando de deshacerse de la sensación, Estrella de Fuego se deslizó hacia la cubierta del suelo, rozando matas de helechos y siembras de pasto hasta llegar a la sombra de los arbustos. Su convicción de que estaba siendo observado se hizo aun más fuerte. Unas garras heladas le rasgaron la espalda cuando se imaginó una mirada fría y maligna clavada en él. Algo acechaba en la espesura, algo a lo que no le agradaban los gatos.

—¿Quién está ahí? —siseó Estrella de Fuego.

Se dio la vuelta, molestando a un tordo que salió disparado hacia el árbol más cercano. Enojado, se dio cuenta de que el fuerte llamado alarmado del ave habría alertado a todas las presas del desfiladero.

Se arrastró bajo un espino bajo y se agazapó allí. Nada se movió; no veía nada que pudiera explicar la fuerza maligna que sentía tan intensamente. Su corazón latió con fuerza y clavó las garras en el suelo mientras se preparaba para recibir un ataque.

Poco a poco, la sensación se desvaneció. Los latidos de Estrella de Fuego se ralentizaron y, sintiéndose un poco tonto, salió de debajo del arbusto. «*No eres un cachorro* —se reprendió a sí mismo—. *¿No tienes suficientes preocupaciones como para imaginarte más?*».

Intentó concentrarse en la caza. Pronto olfateó un ratón y lo vio escarbando entre los escombros bajo un arbusto de acebo. Apoyándose en el suelo, Estrella de Fuego comenzó a acercarse sigilosamente. Estaba a punto de abalanzarse sobre él cuando un fuerte crujido en la maleza alertó a su presa; el ratón desapareció en la espesura, dejando ver su cola por un instante.

Estrella de Fuego soltó un gruñido de frustración y clavó las garras en el suelo. Volvió a percibir que lo observaban, pero esta vez no había nada de la hostilidad que había sentido antes. Mirando por encima de su hombro, vislumbró un pelaje carey y oyó una voz que siseaba:

—*¡Silencio!* Nos oirá.

—Entonces quítate de encima mío —respondió otra voz—. Bola de pelos estúpida.

Estrella de Fuego lanzó un suspiro, aspirando el olor a mascota. «*¡Cereza y Boris! Podría haberlo sabido*». Comenzó a escabullirse entre la maleza, con la intención de acercarse a ellos por detrás y darles el susto de sus vidas. Entonces vaciló. «*¿Así que querían espiarme? Bien, les daré algo que valga la pena ver*».

Volvió a probar el aire y casi al instante encontró otro ratón, mordisqueando una semilla bajo un haya. Se puso en la posición del cazador y avanzó sigilosamente, sin apenas tocar el suelo. El ratón echó a correr, pero esta vez Estrella de Fuego fue más rápido y lo derribó de un zarpazo.

Desde algún lugar detrás de él oyó un jadeo de admiración; sus bigotes se movieron con satisfacción mientras echaba tierra sobre su carne fresca. Quería mostrarles a estas mascotas lo que un gato de Clan podía hacer con habilidades entrenadas durante toda una vida de seguir el código guerrero.

A un par de colas de distancia del borde de la espesura, un mirlo picoteaba el suelo. Estrella de Fuego se dirigió hacia él. «*¡Clan Estelar, por favor, no dejes que este se me escape!*». Haciendo fuerza con los músculos, se impulsó con sus poderosas patas traseras y se abalanzó sobre su presa mientras esta se levantaba del suelo.

—¡Gracias, Clan Estelar! —exclamó en voz alta, antes de llevárselo para enterrarlo junto al ratón.

Acababa de terminar cuando sintió el olor de una ardilla; la criatura corría por el pasto hacia un árbol situado a unos cuantos zorros de distancia. Estrella de Fuego salió disparado de entre los arbustos, corriendo en ángulo para interceptar a la ardilla al pie del árbol, donde la mató de un rápido mordisco en la garganta.

Volviéndose hacia la espesura, fijó la mirada en una aulaga cuyas ramas se agitaban salvajemente.

—Sé que están ahí —maulló—. ¿Quieren venir y probar por su cuenta?

Durante un latido se hizo el silencio. Entonces Cereza se abrió paso a través de las ramas de aulaga con Boris a un par de pasos detrás.

—¡Te dije que te escucharía! —le espetó a su hermano por encima del hombro.

—Pude oírlos a los dos —le dijo Estrella de Fuego—. Arrasando la maleza como un par de zorros en un ataque. Me sorprende que quedara alguna presa. Vamos —añadió en un tono más amistoso—. Les mostraré qué hacer.

Cereza intercambió una mirada con su hermano, luego corrió hacia Estrella de Fuego con la cola en el aire.

—¿En serio puedes enseñarnos a cazar así?

Boris los siguió más despacio.

—¿Por qué enterraste al ratón y al mirlo? —preguntó—. ¿No quieres comértelos?

Estrella de Fuego dejó caer la ardilla.

—Sí —explicó—, pero aún no. Enterramos la carne fresca para ocultar el olor y que otros depredadores no la encuentren antes de que estemos listos para llevarla al campamento.

—¿Pero qué sentido tiene llevársela? —insistió Cereza—. ¿Por qué no comer aquí y ahorrarse la molestia?

Estrella de Fuego recordó una de sus primeras lecciones como aprendiz: «el Clan debe comer primero». En ese entonces, acababa de

dejar su vida de minino doméstico; no podía haber sido muy diferente a estos dos gatos jóvenes.

—Los gatos de Clan no cazan únicamente para alimentarse a sí mismos —explicó—. Llevan sus presas al campamento para alimentar a los veteranos, a las reinas lactantes y a cualquier otro gato que no pueda cazar por sí mismo. Es una parte muy importante del código guerrero.

Cereza y Boris volvieron a mirarse, con los ojos redondos. Estrella de Fuego se preguntó si habrían entendido lo que les había dicho.

—Bien, empecemos —maulló—. ¿Qué pueden oler?

Cereza dejó escapar un pequeño ronroneo de diversión.

—¡A ti y Boris!

—Aparte de mí y Boris. —Estrella de Fuego suspiró—. ¿Qué hay de las presas?

Ambos gatos jóvenes se quedaron quietos, llevando aire a sus glándulas odoríferas. Al menos parecían estar muy concentrados. Estrella de Fuego recogió la ardilla y la llevó junto al resto de su captura, para que no confundieran su olor con el de las presas que estaban buscando.

Cuando regresó, Boris saltó hacia él con un brillo triunfal en los ojos.

—¡Ratón! Huelo a ratón.

—Bien hecho —maulló Estrella de Fuego—. Pero no lo olerás por mucho tiempo si vas dando trompicones de esa forma. Un ratón puede sentir tus pisadas en el suelo mucho antes de oírte u olerte. ¿Recuerdas cómo me acerqué sigilosamente al ratón que atrapé?

—¡Yo me acuerdo! —Cereza presumió. Se puso en la posición del cazador y se deslizó hacia delante, deteniéndose solo para estornudar cuando un tallo de pasto le hizo cosquillas en la nariz—. ¡Cagarrutas de ratón! —escupió.

—No estuvo nada mal —le dijo Estrella de Fuego. La postura no era del todo buena, y tendría que aprender a apoyar las patas mucho más suavemente si esperaba cazar un ratón, pero para ser el primer esfuerzo era prometedor—. Boris, inténtalo tú.

El joven atigrado no tenía tantas ganas de lucirse como su hermana, y su mayor peso le dificultaba pisar con ligereza, pero hacía lo que podía.

—Así. —Estrella de Fuego empezó a caminar hacia delante, agachado, y las dos mascotas siguieron sus movimientos con feroz concentración.

Entonces vio un ratón más allá de una mata de helechos secos y lo señaló con la cola. Con un movimiento de orejas le dijo a Cereza que intentara atraparlo.

Sus ojos centellearon de emoción. Tratando sin aliento de hacer bien sus movimientos, se acercó más y más, pero con la mirada fija en el ratón no se dio cuenta de que las frondas arqueadas de los helechos se interponían en su camino. Se tropezó con ellas y sus sombras se extendieron sobre el ratón, moviéndose de un lado a otro. Un instante después, el ratón había desaparecido.

Cereza se incorporó, dando azotes con la cola.

—¡Nunca lo haré bien! —lloriqueó.

—Sí, lo harás —la tranquilizó Estrella de Fuego, mientras su hermano le apoyaba la cola sobre los hombros—. Lo de los helechos solo fue mala suerte.

Miró a su alrededor, saboreando de nuevo el aire. Quería que al menos uno de las mascotas hiciera una captura antes de que terminara la lección. La única presa que vio fue una ardilla en la rama más baja de un árbol cercano.

—¿Qué hay de esa ardilla? —sugirió, preguntándose si Cereza daría otro de sus espectaculares saltos—. ¿Crees que puedes atraparla?

—¡Sí puedo! —Cereza salió corriendo, con Boris a un ratón de distancia detrás.

Al llegar al árbol, la gata saltó con las patas delanteras extendidas y enganchó una garra en la cola de la ardilla. La presa cayó al suelo, donde Boris se abalanzó sobre ella y la mató mordiéndole la garganta. Cereza se quedó mirando, atónita, como si no pudiera creer que realmente hubieran cazado algo.

—¡Bien hecho! —exclamó Estrella de Fuego—. ¡Los dos hicieron una gran captura! ¿Ambos pueden saltar así?

—Claro. —Boris arañó el suelo con una pata—. Los otros gatos dicen que alardeamos, pero es algo que siempre hemos podido hacer.

—Bueno, es una buena habilidad —maulló Estrella de Fuego—. Y si ambos la tienen, debe significar que sus ancestros también podían saltar así. Si pueden verlos ahora, seguro que están muy orgullosos.

Boris parecía desconcertado.

—Sí, pero no pueden vernos, ¿verdad?

Estrella de Fuego se preguntó si era el momento de hablarles a los gatos jóvenes sobre el Clan del Cielo, pero creyó que era demasiado pronto.

—Coman la ardilla si quieren —los animó, cambiando de tema—. Ustedes no tienen un Clan hambriento que alimentar.

—Huele delicioso —maulló Boris—. ¿Quieres un poco?

El cálido aroma de la carne fresca le hizo agua la boca a Estrella de Fuego. Su estómago aullaba de hambre después del largo día con Cielo, pero no tomaría la presa de alguien más. Además, tenía carne fresca para compartir con Tormenta de Arena cuando regresara a la cueva.

—No, gracias —contestó—. Tú y Cereza pueden compartirla.

Los dos jóvenes gatos se miraron, inseguros.

—Lo que pasa —empezó Cereza— es que nuestros dueños se preocupan si no comemos. Y si estamos llenos por la ardilla, bueno…

—¡Podrían darnos menos comida la próxima vez! —Boris maulló, preocupado.

Estrella de Fuego, que había visto a gatos morir de hambre por falta de presas, no podía compadecerse. Pero alguien tenía que comerse la ardilla. Si la dejaban ahí tirada, solo atraería zorros.

—¿Sabes qué? —Cereza agregó antes de que pudiera hablar—. ¡Huele tan bien que no me importa! Siempre podemos atrapar otra si nuestros amos de casa no nos alimentan lo suficiente.

Se agachó junto a la ardilla y empezó a despedazarla. Un instante después, Boris se unió a ella, engullendo vorazmente la carne fresca. Disimulando su diversión, Estrella de Fuego se despidió de ellos y fue a recoger sus propias presas.

El sol se estaba poniendo y las cuevas estaban en la sombra para cuando regresó al campamento del Clan del Cielo. Tormenta de Arena estaba sentada en la entrada de la cueva de los guerreros, mirando a través del desfiladero.

—Tuviste una buena caza —comentó cuando Estrella de Fuego dejó caer sus presas en sus patas.

—Sí, y volví a encontrarme con esos dos mininos domésticos. —Le contó la lección de caza y cómo Cereza y Boris habían cazado la ardilla. No le dijo nada sobre su extraña sensación de ser observado por ojos hostiles antes de que llegaran los mininos; podría habérselo imaginado, y no quería preocuparla por nada.

—Tienen madera de buenos guerreros —Tormenta de Arena comentó cuando hubo terminado—. ¿Les preguntaste si querían unirse al Clan del Cielo?

—No…

—¿Por qué no? —Tormenta de Arena movió la punta de la cola—. Tienes que empezar por algún lado.

—Aún no he decidido si quiero empezar.

Ella ladeó la cabeza hacia un lado.

—¿Así que vas a defraudar a Cielo?

Estrella de Fuego no pudo responder. Seguía pensando que era demasiado tarde para reconstruir al Clan perdido, pero la culpa lo invadió cuando pensó en el dolor que Cielo sufriría si se negaba a intentarlo.

—Yo creo que podemos hacerlo —continuó Tormenta de Arena—. Pero no podemos quedarnos aquí para siempre. Tenemos compañeros de Clan que nos necesitan, así que deberíamos empezar a reunir a los gatos dispersos del Clan del Cielo tan pronto como podamos.

Ella lo conocía muy bien, poniendo la zarpa sobre la razón de sus dudas. ¿Cómo podía conciliar su deber con su propio Clan con la tarea que Cielo le había encomendado? ¿Qué camino debía elegir si quería permanecer fiel al código guerrero?

—Cereza y Boris son gatos de gran voluntad —comenzó—. Si van a vivir según el código guerrero, tienen que adaptarse a él por voluntad propia. De momento, no ven nada malo en sus vidas. Tienen que elegir el código guerrero porque realmente creen que es la forma correcta de vivir.

Tormenta de Arena le dirigió una mirada dubitativa, preguntándose claramente si solo estaba inventando excusas. Estrella de Fuego tampoco estaba seguro.

—Come algo —maulló, empujando suavemente la ardilla hacia Tormenta de Arena—. Pensaré en lo que dijo Cielo. Tal vez sea más claro por la mañana.

«*¡Clan Estelar, muéstrame el camino! ¡Muéstrame cómo puedo ayudar a este Clan!*».

CAPÍTULO 22

—¡Estrella de Fuego! ¡Estrella de Fuego!

Estrella de Fuego abrió los ojos para ver las formas oscuras de dos gatos a contraluz en la entrada de la cueva.

—Por el amor del Clan Estelar, ¿qué pasa? —refunfuñó, poniéndose de pie.

Cuando los dos gatos entraron en la cueva, pudo distinguirlos con más claridad: Cereza y Boris, con las orejas erguidas y los ojos brillantes.

—¡Queremos otra lección de caza! —anunció Cereza.

—Por favor —Boris añadió, dándole un toque a su hermana.

Tormenta de Arena también se estaba despertando, sus ojos verdes no eran más que rendijas. Estiró las fauces en un enorme bostezo.

—Creía que todas las mascotas dormían hasta el mediodía —gruñó, saliendo de su lecho y dándose una sacudida.

—A veces lo hacemos —maulló Boris—. Pero lo de ayer fue muy emocionante, y…

—¡Nos divertimos mucho! —interrumpió Cereza—. Nos llevarán con ustedes hoy, ¿verdad?

Su entusiasmo sorprendió a Estrella de Fuego, pero también le complació. Una repentina punzada de nostalgia lo golpeó: estos dos jóvenes gatos podrían haber sido fácilmente aprendices del Clan del Trueno, suplicando que los llevaran a una patrulla de caza.

—Podemos llevarnos a uno cada uno —Tormenta de Arena sugirió con otro bostezo—. Nos dividiremos; demasiados gatos juntos ahuyentarán a todas las presas.

—Cierto —Estrella de Fuego coincidió—. Especialmente aquí, donde hay tan poca maleza. Tú llévate a Boris, y yo me llevaré a Cereza.

La joven carey dio un pequeño brinco de emoción.

—¡Apuesto a que cazaremos más presas que ustedes! —se burló de su hermano.

Con Boris siguiéndola, Tormenta de Arena salió de la cueva y tomó el sendero que llevaba a los matorrales de la cima del acantilado. Estrella de Fuego guio a Cereza en la otra dirección, hacia el río. El sol había salido en un cielo azul salpicado de nubes blancas. La luz del sol centelleaba en la superficie del agua, pero el día seguía siendo fresco. Una brisa ligera agitó el pelaje de Estrella de Fuego.

—¿Vamos a volver a donde cazamos ayer? —preguntó Cereza con entusiasmo.

Estrella de Fuego se detuvo a mitad de camino. Encontrarían muchas presas río abajo, pero no podía olvidar la sensación de gélida malicia que había sentido allí el día anterior. Aunque sabía que no podían permitirse el lujo de abandonar un buen terreno de caza, no tenía ninguna prisa por conocer lo que había detrás de esos invisibles ojos vigilantes.

—No —decidió—. Hoy iremos río arriba.

Por un instante, pareció que Cereza iba a protestar, pero luego se lo pensó mejor. Estrella de Fuego bajó hasta las rocas donde el río se abría a la luz. Cuando saltó la última cola de distancia hasta el suelo, apoyó una pata en una roca afilada; el dolor le atravesó la almohadilla como una garra. Dejando escapar un siseo de enojo, se detuvo para darse un rápido lametón en la almohadilla herida. No sangraba, pero dolía lo suficiente como para hacerlo cojear.

Cereza se había adelantado, pero cuando se dio cuenta de que Estrella de Fuego no estaba con ella, volvió corriendo.

—¿Qué pasa?

Estrella de Fuego la miró.

—¿No te duelen las almohadillas?

Cereza negó con la cabeza y levantó una pata para mostrársela. Sus almohadillas eran más duras que las de él, con una piel gris dura buena para caminar sobre rocas. Con pesar, Estrella de Fuego le mostró a Cereza sus propias almohadillas, con la suave piel negra llena de cicatrices y arañazos por el suelo áspero.

Cereza parpadeó, sorprendida.

—¡Nunca pensé que las almohadillas de un gato pudieran ponerse así!

—Recuerda que yo no soy de por aquí —explicó Estrella de Fuego—. Estoy más acostumbrado a caminar por el suave suelo del bosque.

Se preguntó si esta era la oportunidad que había estado esperando. ¿Debería contarle a Cereza sobre sus ancestros? Tendría que saberlo si quería convertirse en una guerrera del Clan del Cielo.

Respiró hondo.

—¿Recuerdas que les conté que adquirieron la capacidad de saltar de sus ancestros? Bueno, también heredaron sus patas fuertes. Sus ancestros pudieron asentarse aquí porque tenían el cuerpo y las habilidades adecuadas.

La gata carey lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¿Lo dices en serio? No estarás solo contando un cuento, ¿o sí?

—No, es verdad.

—¿Cómo sabes tanto sobre mis ancestros?

Con un movimiento de la cola, Estrella de Fuego la condujo a la sombra de un espino al pie del acantilado. Cuando estuvieron sentados uno al lado del otro, rozándose los mantos mutuamente, le habló del bosque del que procedía y de cómo allí vivían cuatro Clanes de gatos.

—Una vez hubo cinco Clanes, pero el Clan del Cielo, el quinto, fue expulsado hace mucho, mucho tiempo. Los gatos vinieron aquí y se establecieron en las cuevas, pero luego se separaron y se dispersaron. Ya no existe el Clan del Cielo, pero algunos gatos, como tú y Boris, descienden del Clan original.

Los bigotes de Cereza temblaron de emoción.

—¡Wow!

—Mira. —Estrella de Fuego señaló con la cola las cuevas en la pared del acantilado y los senderos pedregosos que las conectaban—. Este era el campamento del Clan del Cielo. Los guerreros vivían en la cueva donde Tormenta de Arena y yo dormimos. Esa cueva de ahí con la roca en la entrada era la maternidad…

—Sí, veo que hay lugar para muchos gatos —Cereza interrumpió—. Pero, ¿por qué me cuentas todo esto?

—Porque Cielo cree…

La gata carey parpadeó.

—¿Cielo? ¿Quién es Cielo?

—El gato al que llaman Lunático —maulló Estrella de Fuego—. Sí, con el que ambos fueron groseros. Su verdadero nombre es Cielo. Es el último guerrero del Clan del Cielo, y es su pariente.

El pelaje de Cereza se erizó y sus ojos se abrieron más que nunca.

—¿Nuestro *pariente*? ¡Pero si somos mascotas!

—Ustedes y Cielo son descendientes de los gatos del Clan del Cielo. Y por eso he venido aquí: para encontrar al Clan disperso y reconstruirlo.

—¿Empezando por mí y Boris? —La voz de Cereza fue un chillido de sorpresa.

Estrella de Fuego reprimió un ronroneo de diversión.

—Tendrán que decidir por sí mismos —contestó—. Les mostraré todo lo que pueda sobre la vida de Clan y el código guerrero, y luego deberán decidir.

Por una vez, Cereza guardó silencio. Su mirada se dirigió hacia el acantilado donde estaban las cuevas. Estrella de Fuego se preguntó si estaría intentando imaginar cómo sería vivir allí con todo un Clan de gatos.

Y él se dio cuenta de que, de algún modo, sin tomar conscientemente la decisión, había aceptado que debía quedarse.

Regresaron a la cueva de los guerreros al mediodía, cargados de carne fresca. El desfiladero tomaba el sol como un enorme animal de pelaje arenoso. Estrella de Fuego se estremeció al apoyar las almohadillas sobre la roca caliente, pero Cereza corrió por delante suyo sin parecer darse cuenta.

Tormenta de Arena y Boris ya habían regresado. Estaban sentados junto a un pequeño montón de carne fresca; Boris estaba engullendo un gorrión.

Cereza cruzó la cueva y dejó caer su captura en el montón.

—¿Adivina qué, Boris? ¡No somos mascotas! ¡Somos del Clan del Cielo! Ellos vinieron del bosque donde viven Estrella de Fuego y Tormenta de Arena, río abajo, y se instalaron aquí. Ellos…

—Tormenta de Arena también me lo dijo —interrumpió Boris. Sus ojos ámbar brillaban de emoción—. Dice que podemos ser guerreros del Clan del Cielo si queremos.

—Serían buenos guerreros —Tormenta de Arena dijo, con una mirada de aprobación al joven gato atigrado—. Boris cazó muy bien hoy.

—Cereza también. —Estrella de Fuego señaló el montón de carne fresca con la orejas—. Adelante; sírvete.

Cereza agarró un ratón y empezó a devorarlo vorazmente. Ambos gatos parecían haber olvidado sus preocupaciones por no poder ocuparse también de su comida de Dos Patas.

—¡Sabía muy bien! —Boris terminó su gorrión y se limpió los bigotes con una pata—. ¿Podemos volver mañana?

—Por supuesto —respondió Tormenta de Arena—. Tendrán que hacerlo, si quieren aprender sobre el código guerrero.

—¡Sí queremos! —Cereza maulló con entusiasmo.

—Un momento. —Estrella de Fuego cruzó la cueva y se sentó frente a los dos jóvenes gatos—. ¿Sí entienden que el código guerrero no se trata solo de divertirse? Es una forma de vida. No pueden vivir con sus dueños y venir al desfiladero cuando les apetezca. Si quieren ser guerreros, este tiene que ser su hogar.

—¿Dejar a nuestros dueños? —Boris levantó la mirada de su gorrión, con los ojos enormes y serios—. No sé… son amables y nos dan de comer, y se preocuparían por nosotros si nos fuéramos.

—Pero si realmente somos gatos del Clan del Cielo, entonces aquí es donde tenemos que vivir —argumentó Cereza. Le dio un codazo a su hermano—. *¡Vamos!* ¿No quieres quedarte fuera todo el tiempo que queramos, incluso cuando oscurezca? ¿No preferirías comer ratones y ardillas que esa estúpida comida de mascotas?

Estrella de Fuego intercambió una mirada con Tormenta de Arena. Cereza aún no podía entender lo que significaba realmente ser un guerrero. En la estación sin hojas, con escasez de presas y nieve en el suelo, podría tener dudas.

—No tienen que decidir ya —continuó; sentía que tenía que advertirle, aunque no quería apagar su entusiasmo—. Vivir según el código guerrero puede ser duro.

—Pero dijiste que tenemos los cuerpos adecuados. —Cereza dio otro vigoroso empujón a su hermano, que casi se cae—. Sabes que quieres hacer esto, ¿verdad?

—Supongo… —Boris seguía pensativo. Luego se levantó, con una mirada decidida en sus ojos—. Bueno, lo intentaré.

—¡Yo también! —Cereza se levantó de un salto, engullendo el último bocado de su presa—. Vamos, Boris. Podemos practicar acechar en nuestro jardín.

Los dos jóvenes gatos salieron corriendo de la cueva. Un instante después, Cereza volvió a maullar:

—¡Gracias! ¡Adiós! —Y desapareció de nuevo.

Los ojos verdes de Tormenta de Arena brillaban de diversión.

—Parece que hemos encontrado a nuestros dos primeros aprendices.

Estrella de Fuego y Tormenta de Arena durmieron durante el calor del día. Cuando las sombras se hicieron más densas, salieron a explorar desfiladero arriba.

—Cielo nos mostró las fronteras río abajo del territorio —maulló Estrella de Fuego—, pero nunca nos dijo hasta dónde se extiende en esta dirección.

—Podríamos preguntarle.

Estrella de Fuego miró hacia el otro lado del desfiladero. Acababan de pasar la enorme roca que ocultaba el sinuoso camino hacia la guarida de Cielo entre las raíces del espino. No había rastro del viejo gato, y Estrella de Fuego no quería ir a buscarlo. Quería informar sobre algo más que un par de posibles aprendices antes de volver a hablar con Cielo.

—Veamos qué podemos encontrar por nuestra cuenta —maulló.

El desfiladero se fue estrechando hasta que un gato casi podría haber saltado de un lado a otro. El cielo sobre sus cabezas seguía siendo brillante, pero apenas penetraba la luz del sol entre los elevados acantilados de ambos lados. El suelo bajo sus patas era seco y arenoso, y el aire estaba en calma.

De repente, Tormenta de Arena se detuvo.

—¡Zorro!

En el mismo instante, el hedor inundó a Estrella de Fuego, y oyó un gruñido prolongado procedente de las sombras. Le siguió el chillido de un gato.

—¡Vamos! —Las patas de Estrella de Fuego volaron sobre el suelo, olvidando el dolor de sus almohadillas.

Tormenta de Arena corrió a su lado. En la siguiente curva del desfiladero, vieron al zorro. Tenía las patas rígidas y los labios hacia atrás, mostrando unos colmillos afilados. Estrella de Fuego supuso que estaba hambriento; sus costillas sobresalían de un manto delgado y desgarrado.

Delante del zorro se agazapaba una gata marrón claro; su pelaje se erizaba desafiante, pero tenía los ojos muy abiertos por el miedo. Detrás de

ella había un montón de rocas arenosas rodeadas de espesos arbustos espinosos. Estrella de Fuego divisó una abertura oscura entre las rocas y oyó los maullidos de unos cachorros aterrorizados.

—¡Está protegiendo a sus crías! —Tormenta de Arena jadeó.

Estrella de Fuego soltó un aullido y se lanzó sobre el zorro. La criatura se volvió hacia él y le apuntó con las mandíbulas a la garganta. Tormenta de Arena se abalanzó sobre él y le clavó las garras en el otro costado antes de que el zorro girara sobre sí mismo y la apartara de un zarpazo. Escupiendo de rabia, Estrella de Fuego saltó hacia su hombro, clavándole las garras en el pelaje e intentando hundirle los dientes en el cuello.

Aunque el zorro estaba hambriento, aún podía luchar furiosamente, o tal vez el hambre lo había enloquecido. Azotando su cabeza de lado a lado, se dejó caer al suelo, tratando de aplastar a Estrella de Fuego con su cuerpo. El gato tenía el hocico enterrado en el pelaje del zorro; su olor caliente lo rodeaba mientras luchaba por respirar. Sintió el dolor agudo de garras en el vientre. Con un gran tirón consiguió liberarse y ponerse de pie. La sangre de su herida salpicaba la arena y sus patas se sentían inestables.

Tormenta de Arena atacó de nuevo, acercándose y alejándose rápidamente para asestar un golpe rápido antes de que el zorro pudiera contraatacar, en un esfuerzo por alejarlo de los cachorros. La gata seguía agazapada en la boca de la guarida, protegiendo a su camada. Con otro ladrido despiadado, el zorro se abalanzó sobre Tormenta de Arena y la agarró por la pata trasera. Tormenta de Arena lanzó un grito de dolor. Estrella de Fuego se tambaleó hacia ellos, pero el dolor le nubló la vista y, aunque arañó las ancas del zorro, no pudo conseguir fuerza para el golpe. «*¡Clan Estelar, ayúdanos!*».

Un aullido sonó desde desfiladero abajo. Otro gato corría para unirse a la batalla; era el gato rojizo oscuro que había estado cazando entre los arbustos río abajo.

Soltando otro chillido furioso, el proscrito saltó a las rocas sobre la entrada de la guarida. Se aferró a ellas durante un par de latidos, con las garras agarradas a la superficie rugosa, y luego se lanzó hacia abajo para aterrizar sobre la cabeza del zorro.

El zorro lanzó un chillido de dolor y soltó a Tormenta de Arena. La gata melada saltó sobre tres patas y se lanzó de nuevo a la batalla, haciendo un profundo corte en el costado del zorro. A Estrella de Fuego ya se le estaba aclarando la cabeza; mordió la cola del zorro y lo oyó chillar.

El proscrito estaba en equilibrio sobre la cabeza del zorro, con las garras de las cuatro patas hundidas profundamente en su pelaje. A la

criatura le brotaba sangre de los arañazos y empezaba a gotearle en los ojos. De repente se rindió y empezó a alejarse a trompicones. El gato rojizo bajó de un salto y Estrella de Fuego asestó un último golpe a las ancas del zorro, que cojeaba hacia las sombras.

Respirando agitadamente, los tres gatos se miraron entre sí.

—Gracias —jadeó Estrella de Fuego—. Eso podría haber sido desagradable si no hubieras aparecido.

—No me des las gracias. —El gato entrecerró los ojos—. No me gustan los zorros más que a ustedes. Parecen algo maltrechos —añadió, y su mirada pasó de Estrella de Fuego a Tormenta de Arena y viceversa.

Tormenta de Arena flexionó su pierna herida y puso su pata en el suelo.

—Yo estaré bien.

Estrella de Fuego se examinó la herida del vientre, pasándose la lengua varias veces sobre el pelaje empapado de sangre. Para su alivio, el arañazo no era profundo y la hemorragia ya se había detenido.

—Estaremos bien —maulló—. Necesitábamos una pelea para animarnos.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que era cierto; desde hacía varios días, él y Tormenta de Arena habían hecho poco, excepto descansar en la cueva de los guerreros y cazar de vez en cuando. Ahora se sentía más vivo, más como un verdadero guerrero de Clan.

—¡Son todos muy valientes! ¡Muchísimas gracias! Salvaron a mis cachorros.

Estrella de Fuego se giró para ver a la gata marrón claro guiando a tres cachorros hacia ellos, con la cola enroscada a su alrededor de manera protectora: un macho negro, uno naranja y una pequeña gata blanca.

—Soy Trébol —anunció la gata—, y ellos son Peñasco, Brinco y Diminuta.

Tormenta de Arena agachó la cabeza.

—Yo soy Tormenta de Arena, y él es Estrella de Fuego.

Estrella de Fuego se volvió hacia el otro proscrito, esperando a que se presentara. En su lugar, se encontró con una mirada desafiante proveniente de unos ojos verdes llenos de astucia.

—Es fácil decir nombres —maulló el gato rojizo—, pero, ¿quiénes son ustedes? ¿Qué están haciendo aquí y cuánto tiempo piensan quedarse?

Durante unos instantes, Estrella de Fuego se sintió tomado por sorpresa. Las preguntas y el tono autoritario de aquel gato le recordaron a

cómo habría hablado él si se hubiera topado con proscritos en el territorio del Clan del Trueno.

—Te vi más desfiladero abajo —comenzó.

—Y yo te vi a ti. —Las orejas del gato rojizo se achataron—. Estabas cazando con esas dos mascotas locas. ¿Por qué quieres molestarte con ellos?

—Cereza y Boris son agradables —maulló Tormenta de Arena a la defensiva.

—¿Qué importa el por qué están aquí? —Trébol intervino—. ¡El zorro se habría comido a mis cachorros si no hubieran venido!

—*Yo* estaba aquí, ¿no? —gruñó el gato rojizo. Desenvaino sus poderosas garras y las clavó en la tierra arenosa—. Puedo deshacerme de cualquier zorro que haya nacido. —Su mirada se posó de nuevo en Estrella de Fuego—. Entonces, ¿cuál es su historia?

—No se irán todavía, ¿o sí? —suplicó Trébol, con una mirada nerviosa hacia las sombras—. El zorro podría volver.

—Nos quedaremos un tiempo —prometió Tormenta de Arena.

Trébol se echó en la entrada de su guarida para que sus tres cachorros pudieran hundirse en su costado y alimentarse. Los otros gatos se acomodaron a su lado, Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se lamían las heridas mientras le contaban al gato rojizo sobre el Clan del Cielo.

—He visto a ese gato viejo varias veces —maulló el proscrito cuando Estrella de Fuego le contó de su encuentro con Cielo—. Aunque nunca he hablado con él. A mí me parece loco.

—No está loco. Sabe más sobre el Clan perdido que cualquier gato vivo. —Estrella de Fuego explicó lo que Cielo les había dicho—. El Clan vivía aquí hace muchas lunas, en las cuevas cerca de las rocas donde desemboca el río. Ahora todos se han ido, pero Cielo cree que yo puedo encontrar a sus descendientes y reconstruir al Clan.

Estrella de Fuego se dio cuenta de repente de lo tonto que sonaba.

—Sé que es una gran decisión para cualquier gato… —continuó.

—No para mí. —Trébol levantó la mirada, con las orejas aguzadas—. Yo iría a vivir a tu Clan sin dudarlo. El padre de mis cachorros se fue antes de que nacieran, y es difícil criarlos sola. —Rodeó a sus cachorros con la cola; ya habían terminado de mamar y dormían en un charco tricolor de pelaje caliente—. ¿Y si ese zorro vuelve cuando se hayan ido?

—*Yo* podría cuidar de ti —le recordó el gato proscrito—. Hoy aparecí a tiempo, ¿no?

—Pero casi nunca vienes tan desfiladero arriba —replicó Trébol—. ¿Cuántas veces hemos hablado antes? —Ignorando el siseo de fastidio del proscrito, se volvió hacia Estrella de Fuego—. Me uniré al nuevo Clan. Hoy volveremos todos a las cuevas con ustedes.

Estrella de Fuego sintió un cosquilleo de emoción en las patas. Una reina lactante y tres cachorros era una valiosa adición a cualquier Clan.

—Bueno, eso es genial. Podemos irnos ya. ¿Y qué hay de ti? —añadió con una mirada al gato rojizo—. ¿Te nos unirás también?

—Me las arreglo bien solo, gracias.

El pelaje de Estrella de Fuego picó de decepción. Este gato orgulloso, fuerte e inteligente sería un buen guerrero.

—Eso sí —continuó el proscrito, antes de que a Estrella de Fuego se le ocurriera cómo persuadirlo—, me gusta la idea de entrenar gatos para que se defiendan. Y me gustaron los movimientos de lucha que usaron para ahuyentar al zorro.

—Ven con nosotros y te enseñaremos —ofreció Estrella de Fuego.

El proscrito rojizo parpadeó.

—¿En serio me enseñarían todo lo que saben? —Sonaba como si no pudiera creer que algún gato compartiera secretos de batalla que lo harían más fácil de combatir.

—Por supuesto —Estrella de Fuego maulló—. Los compañeros de Clan no luchan entre sí, excepto para entrenar.

—Esa podría ser una buena forma de vivir —maulló el proscrito.

—¿Entonces vendrás? —Tormenta de Arena preguntó con entusiasmo.

El proscrito dudó, y luego inclinó la cabeza.

—Lo intentaré. Pero no prometo quedarme para siempre.

—No te pediremos que decidas eso todavía —maulló Estrella de Fuego—. Solo ven a las cuevas por un tiempo, y averigua más sobre lo que significa vivir en un Clan.

—Y dinos tu nombre, por favor —añadió Tormenta de Arena.

Durante unos latidos, el gato rojizo se quedó en silencio, mirando a lo lejos.

—Al vivir solo, un gato no necesita nombre, pero ahora… Hace mucho tiempo, creo que mi madre me llamaba Rasguño.

* * *

El cuarto de luna flotaba sobre el desfiladero, arrojando una pálida luz sobre la Roca del Cielo. Estrella de Fuego saltó sobre la grieta y se apartó para esperar a Tormenta de Arena.

—¿Y bien? —preguntó cuando su pareja hubo aterrizado a su lado—. ¿Qué te parece? ¿Tenemos los rasgos de un nuevo Clan?

Tormenta de Arena se sentó y se dio unos rápidos lametones en el pelaje del pecho.

—Es un comienzo —maulló—, pero aún queda mucho camino por recorrer.

—Lo sé —respondió Estrella de Fuego—. Me preocupa que Rasguño decida no quedarse. No quiso dormir en la cueva de los guerreros con nosotros esta noche. Sigue pensando como un proscrito.

—Dale tiempo. A mí lo que me preocupa —Tormenta de Arena continuó, pasándose una pata por la oreja— es como Trébol quiere que la cuiden todo el tiempo. Intenté decirle que el lugar adecuado para ella y sus cachorros es en la maternidad, incluso me ofrecí a recoger musgo y helechos para ella, pero no me escuchó. Insiste en dormir en la cueva de los guerreros, por si la encuentra el zorro.

—Ella también necesita tiempo —la consoló Estrella de Fuego, apoyándole la punta de la cola en el hombro—. Hoy se llevó un buen susto. Pronto aprenderá a luchar, y entonces se dará cuenta de que puede cuidar de sus cachorros por sí misma.

—Espero que tengas razón —Tormenta de Arena maulló.

Estrella de Fuego oyó el sonido de pisadas en el sendero que llevaba a la Roca del Cielo. Miró hacia abajo, medio preparado para ver a Rasguño, pero para su sorpresa el gato que apareció fue Cielo.

—¿Qué está haciendo aquí? —murmuró a Tormenta de Arena—. La luna no está llena.

La luz de la luna teñía de plata el pelaje gris del viejo gato, que caminaba con la cabeza alzada con orgullo, como un verdadero guerrero del Clan del Cielo. Al acercarse a la Roca del Cielo, aceleró el paso y saltó sin vacilar para aterrizar en la superficie lisa.

—Saludos, Cielo. —Estrella de Fuego y Tormenta de Arena inclinaron las cabezas hacia él.

El viejo gato les devolvió el saludo con una breve inclinación de cabeza.

—Hoy vi más gatos llegar.

—Así es. —Estrella de Fuego esperaba que Cielo sonara más complacido, pero había un brillo cauteloso en sus ojos—. Creo que podríamos estar en camino de reconstruir el Clan del Cielo.

Un gruñido grave retumbó en la garganta de Cielo.

—Ese proscrito rojizo les arrancaría la garganta en cuanto los viese. ¡Y en cuanto a esas mascotas! No sé por qué pierden el tiempo con ellos.

—Las mascotas estarán bien —maulló Tormenta de Arena—. Son jóvenes, tienen mucho tiempo para aprender. Y son verdaderos gatos del Clan del Cielo. ¿Has visto lo alto que pueden saltar?

Cielo se limitó a resoplar.

—Y Rasguño, así se llama el proscrito rojizo —continuó Estrella de Fuego—, es duro y luchador, y una vez que conozca el código guerrero, será justo el tipo de gato que necesita un Clan.

Para su alivio, el viejo gato asintió.

—Quizá tengas razón —maulló de mala gana—. Al menos cumples tu promesa.

Levantó la cabeza hacia el brillo del Manto Plateado que había sobre ellos. Siguiendo su mirada, Estrella de Fuego se preguntó si el ancestro del Clan del Cielo estaba mirando. «*¿Tú también estás contento?* —se preguntó—. *¿Es esto lo que querías de mí?*».

No hubo respuesta, no hubo nada más que el lejano resplandor de las estrellas.

CAPÍTULO 23

—Los gatos que viven en un Clan envían patrullas de caza varias veces al día —explicó Estrella de Fuego, deteniéndose al final de la línea de cercas de Dos Patas—. Y nosotros patrullamos las fronteras dos veces, una al amanecer y otra al atardecer.

—¿Así que somos la patrulla del alba? —preguntó Boris.

—¡Cerebro de ratón! —Su hermana Cereza lo golpeó con una pata—. El Clan del Cielo aún no tiene fronteras. Somos cazadores, ¿no es así, Estrella de Fuego?

—Así es —Estrella de Fuego maulló—. Tendremos fronteras pronto, cuando conozca el territorio un poco mejor, y vea cuántos gatos van a vivir aquí. Mientras tanto, esta es la primera patrulla de caza propiamente dicha del Clan del Cielo.

Cereza dio un pequeño brinco de felicidad.

—¡Genial! Aunque no hemos cazado mucho —añadió, sonando decepcionada—. No logro captar ningún olor.

—Eso es porque está mojado —le dijo Estrella de Fuego—. Incluso a los cazadores experimentados les cuesta.

La niebla llenaba el desfiladero y se extendía por los matorrales de la cima del acantilado hasta el Poblado de los Dos Patas. El sol naciente brillaba a través de ella con una luz lechosa. Cada tallo de pasto se doblaba por el peso de las gotas de agua y el rocío empañaba el pelaje de los gatos.

—Pero esa no es excusa para correr riesgos. —Rasguño levantó la mirada de donde estaba desenterrando un poco de carne fresca que habían

enterrado antes—. No podía *creer* lo que hicieron. Saltaron directamente a ese jardín sin mirar.

—Lo sentimos —murmuró Cereza, mientras Boris arañaba el suelo con las patas delanteras.

—Es fácil decir «Lo sentimos» —espetó el proscrito—. Casi aterrizan encima de ese perro. Si Estrella de Fuego no lo hubiera distraído, los dos serían comida para perros. Y perdieron la ardilla que perseguían.

Boris suspiró.

—Era estupenda y regordeta.

Rasguño puso los ojos en blanco y volvió a su tarea de quitarle la tierra de encima a su presa.

Estrella de Fuego le lanzó una rápida mirada. Habían pasado cuatro días desde que Rasguño y Trébol habían ido a vivir a las cuevas, y las habilidades de caza de Rasguño ya estaban resultando útiles, pero no tenía paciencia con las dos mascotas.

—Ya aprenderán —maulló Estrella de Fuego, y añadió a Cereza y Boris—: Lo están haciendo muy bien.

—¿Podemos ir a vivir al campamento? —Cereza suplicó.

—Todavía no. —Estrella de Fuego se sentía aliviado de que la joven gata tuviera tantas ganas de unirse al Clan, pero se preguntaba si se daba cuenta de la enorme decisión que estaba tomando—. ¿Qué hay de dejar a tus amos?

La cola de Cereza se hundió y sus ojos se volvieron más pensativos.

—Me gusta sentarme en sus regazos y que me acaricien, y me gusta jugar con ellos y hacerles reír… pero también me gusta cazar. Ojalá pudiéramos tener las dos cosas.

—Bueno, no podemos —Boris maulló—. A mí también me preocupa que nuestros dueños nos extrañen. Si tan solo pudiéramos decirles que estaremos bien… —Respiró hondo—. Pero si realmente somos descendientes del primer Clan del Cielo, pertenecemos al desfiladero.

Estrella de Fuego le parpadeó.

—Creo que necesitan tomarse su tiempo antes de tomar la decisión final.

Rasguño había hecho bien en regañarlos por precipitarse al jardín, aunque podría haber tenido un poco más de tacto. El mayor defecto de las mascotas era precipitarse a ciegas. Pero al menos demostraban que tenían valor, una cualidad valiosa en un guerrero.

—¿Cuánto tiempo más falta? —preguntó Cereza—. ¿Podremos ser aprendices pronto?

Antes de que Estrella de Fuego pudiera responder, Rasguño levantó la mirada.

—¿Vamos a quedarnos aquí parados? Quiero volver al desfiladero antes de que se disipe la niebla. Nunca he tenido nada que ver con los Dos Patas, y no tengo intención de empezar ahora.

—Bien pensado —maulló Estrella de Fuego. Las guaridas de los Dos Patas ya se apreciaban con más claridad en el cielo del amanecer, y podía oír a un monstruo despertándose a lo lejos—. Trae tu captura y vámonos.

Mientras avanzaba por el monte bajo, con las fauces llenas de carne fresca y las orejas atentas a cualquier señal de peligro, le invadió el optimismo. Estaba liderando una patrulla, llevando presas a un campamento. Por primera vez desde que salió del bosque, se sintió como si realmente formara parte de un Clan.

Cuando regresaron a la cueva de los guerreros, el sol había disipado la mayor parte de la neblina. Aunque las hojas empezaban a ponerse amarillas, el desfiladero seguía bañado por el calor de la estación de la hoja verde.

Tormenta de Arena subía por el sendero desde el desfiladero. Sus ojos verdes chispeaban de rabia y crispaba la punta de la cola.

—¿Qué ocurre? —preguntó Estrella de Fuego, dejando su carne fresca en la entrada de la cueva.

Tormenta de Arena le hizo señas con la cola, así que dio unos pasos sendero abajo para encontrarse con ella, lejos de Rasguño y las mascotas.

—Es Trébol —murmuró cuando él estuvo lo suficientemente cerca como para oírla—. He estado tratando de enseñarle algunas habilidades de lucha. Es una gata fuerte y sana, no debería tener problemas, pero no puedo hacerle ver por qué tiene que aprender. «Oh, Estrella de Fuego y tú son tan buenos luchadores que sé que nos cuidarán a todos». —Tormenta de Arena dejó escapar un suspiro—. Tiene las ganas suficientes de unirse al Clan del Cielo, pero solo por protección. No le interesa el código guerrero, ni lo que *ella* podría hacer por otros gatos.

Estrella de Fuego entrecerró los ojos.

—Podría serle difícil de aprender en este momento —maulló—. Es natural que una reina anteponga la seguridad de sus cachorros. Y debe estar muy cansada, criando a esos tres pequeños tan vivaces.

—Pero al menos podría *intentarlo* —señaló Tormenta de Arena. Miró hacia el desfiladero, donde Trébol tomaba el sol en una roca junto al charco, con sus cachorros correteando a su alrededor—. Brinco, Peñasco y Diminuta intentaban copiar lo que le estaba mostrando a su madre. ¡De verdad, creo que aprendieron más que ella!

Estrella de Fuego apretó el hocico contra el de ella.

—Todo saldrá bien. Trébol no podría tener una mejor instructora.

Tormenta de Arena lo miró de reojo, y pareció relajarse.

—Bajemos al río —maulló—. A mis patas les vendría bien un baño.

A Estrella de Fuego también le dolían las patas y, mientras seguía a Tormenta de Arena por el sendero pedregoso, ansiaba sentir la tierra fresca y húmeda del bosque bajo sus almohadillas. A unos pocos zorros de distancia, pudo oír los chillidos emocionados de la camada de Trébol.

—Sabes, esos cachorros están casi listos para ser aprendices —él comentó mientras estaban de pie en los bajíos.

—Deben tener casi seis lunas —coincidió Tormenta de Arena, parpadeando contra el resplandor del sol en el agua—. Pero no podemos empezar a entrenarlos hasta que encontremos algunos mentores más.

—Le preguntaré a Rasguño y a Trébol si saben de más gatos —maulló Estrella de Fuego.

Se detuvo al oír voces que lo llamaban desde algún lugar más arriba. Cereza y Boris estaban bajando por la pared rocosa, saltando con gracia por tramos escarpados de roca donde Estrella de Fuego y Tormenta de Arena tenían que abrirse paso con más cautela.

—¡Estrella de Fuego! —jadeó Cereza mientras saltaba al suelo y corría por la orilla hacia él—. ¡Tuvimos una idea!

—Quieres decir que *yo* tuve una idea —maulló Boris, dando saltitos para colocarse junto a su hermana.

Cereza intentó empujarlo al agua, pero Boris se escabulló y le pasó una pata por la oreja. Cereza se abalanzó sobre él y los dos mininos forcejearon en la orilla del río.

—Cuando hayan terminado —Tormenta de Arena los interrumpió—, quizá puedan contarnos cuál es su idea.

Los dos gatos jóvenes se enderezaron, con expresión avergonzada.

—Supongo que los aprendices no hacen eso —murmuró Cereza.

«*Los aprendices hacen eso todo el tiempo*», pensó Estrella de Fuego.

—Los escucho —maulló.

—Pensé que deberían organizar una reunión —explicó Boris, con el pelaje erizado por el entusiasmo—. Podemos decirles a todos los gatos que viven cerca de aquí que vengan, para que puedan hablarles del nuevo Clan.

—Pero no conocemos a ningún otro gato —señaló Estrella de Fuego.

—No, espera —Tormenta de Arena maulló, antes de que Boris pudiera responder—. Yo creo que es una buena idea. Al fin y al cabo, buscamos gatos que puedan convivir y cooperar entre ellos, así que si se presentan a una reunión ya habrán pasado la primera prueba.

—No había pensado en eso. —Estrella de Fuego salió del río, sacudió cada pata a su vez, y se sentó en una roca calentada por el sol—. Bien, continúen. ¿Dónde encontramos a estos gatos?

—*Nosotros* los encontraremos. —Los ojos verdes de Cereza centellearon—. Podemos pasar el mensaje a las demás mascotas. Iremos ahora si quieres.

—Todos estarán afuera en un día como este —añadió Boris.

Estrella de Fuego intercambió una mirada con Tormenta de Arena.

—De acuerdo —decidió—. Lo intentaremos, pero si esperamos que estos gatos vengan a una reunión, merecen ver quién les hablará. Yo iré con ustedes.

Estrella de Fuego miró hacia abajo a través de una cortina de hojas en el jardín de Dos Patas. No podía ver gran cosa, excepto una franja de pasto y algunos macizos de flores brillantes de Dos Patas, pero había un fuerte olor a gato.

Cereza y Boris estaban agazapados en la rama debajo de él.

—¡Oye, Óscar! —llamó Cereza—. ¡Sube aquí! Queremos hablar contigo.

Un momento después, Estrella de Fuego avistó a un gato negro y musculoso que corría por el pasto. Se lanzó hacia el árbol con un magnífico salto. «*Sangre del Clan del Cielo*», pensó Estrella de Fuego mientras el recién llegado se balanceaba en la rama junto a Boris y Cereza.

—¿Qué pasa? —preguntó. Sus bigotes se movieron mientras miraba a Estrella de Fuego—. ¿Quién es él?

Estrella de Fuego respiró hondo.

—Me llamo Estrella de Fuego —maulló, decidiendo a no confundir al gato negro con detalles sobre el bosque y el Clan del Trueno. Eso no era

importante ahora—. ¿Has oído hablar alguna vez del Clan del Cielo? ¿Los gatos que vivían en el desfiladero junto al río?

Óscar agitó la cola.

—No. Nunca he oído hablar de ellos.

Cereza y Boris intercambiaron una mirada; Cereza abrió las fauces para replicar, pero Estrella de Fuego la silenció con un movimiento de sus orejas.

—Pero ellos han oído hablar de ti —continuó Estrella de Fuego—, y hay cosas que debes saber sobre ellos. Vamos a realizar una reunión mañana por la noche en el desfiladero, junto a las rocas donde desemboca el río. ¿Vendrás?

Los ojos de Óscar se entrecerraron hasta convertirse en brillantes rendijas verdes. Levantó una pata y sacó las garras, contemplándolas fríamente.

—Tal vez. Tal vez no.

Estrella de Fuego se tragó su frustración. Suponía que Óscar era un poco engreído, pero al mismo tiempo era un gato fuerte que sería un miembro útil para el Clan.

—Verás, estoy intentando reconstruir el Clan del Cielo, y estoy buscando gatos que puedan estar interesados en unirse.

Óscar estiró las fauces en un bostezo.

—¿Por qué querría hacer eso? —Sin esperar respuesta, saltó del árbol y desapareció.

—¡Ven de todos modos! ¡A ver qué opinas! —Estrella de Fuego lo llamó.

El pelaje del cuello de Cereza se erizó.

—¡Deberíamos haber sabido que no debíamos preguntarle! —maulló ella—. Es un verdadero dolor en la cola.

—No importa —contestó Estrella de Fuego—. Tenemos que preguntar a todos los gatos que podamos.

—Sigamos, entonces. —Boris se paró de un salto, impaciente—. Creo que ahora deberíamos hablar con Hugo.

—Sí, vamos. —Los ojos de Cereza brillaron y se pasó la lengua por los bigotes—. ¡Sus Dos Patas le dan *crema*!

Los dos mininos caseros guiaron a Estrella de Fuego a lo largo de la cerca del jardín de Óscar hasta un estrecho callejón. El pelaje de Estrella de Fuego se erizó al recordar el estar perdido en el otro Poblado de Dos Patas mientras buscaba a Tormenta de Arena, pero sus dos guías trotaron hacia adelante con confianza.

Antes de que fueran muy lejos, otro gato apareció por la esquina y se detuvo con el manto erizado, luego se relajó cuando Boris y Cereza se acercaron.

—Hola, Bella —la saludó Cereza—. Ven a conocer a nuestro nuevo amigo.

Estrella de Fuego se acercó a Bella, una bonita gata blanca y atigrada de cálidos ojos ámbar. Le recordaba a su hermana Princesa, que vivía en el Poblado de los Dos Patas que bordeaba el bosque. Esta gata no parecía tener descendencia del Clan del Cielo; no tenía las mismas ancas poderosas que Boris y Cereza, y cuando levantó una pata para limpiarse un poco de polvo de la nariz, sus almohadillas eran suaves y rosadas.

—Hola. —Bella agachó la cabeza cortésmente—. Eres nuevo por aquí. ¿Dónde viven tus dueños?

—Estrella de Fuego no tiene dueños —le informó Boris—. Es un gato de Clan.

Los ojos de Bella se abrieron de par en par con curiosidad, cambiando a asombro cuando Estrella de Fuego contó brevemente su historia.

—Vendrás a la reunión, ¿verdad? —preguntó Cereza cuando él hubo terminado—. Será genial vivir en un Clan. Te enseñaré a cazar ratones.

Bella negó con la cabeza.

—No podría hacer eso. Extrañaría demasiado a mis dueños, y ellos me extrañarían a mí.

—Pero… —empezó Boris.

—No —repitió Bella con más firmeza—. La otra noche me quedé encerrada en el cobertizo del vecino, y cuando volví los cachorros de mis dueños estaban llorando. No puedo soportar pensar que vuelvan a alterarse así. —Apretó el hocico afectuosamente contra el de Cereza—. Pero espero que ustedes disfruten viviendo en este nuevo Clan, si eso es lo que quieren.

—Gracias, Bella. —Cereza parecía inusualmente seria—. Vendremos a visitarte de vez en cuando; te lo prometo. —Vio cómo la gata se alejaba trotando por el callejón—. La extrañaré —murmuró—. Es una buena amiga.

Boris le dio un rápido lametón en la oreja.

—Vamos, vayamos a buscar a Hugo.

En el otro extremo del callejón, Cereza y Boris se detuvieron junto a otra cerca. Uno de los tablones de madera estaba roto en la parte inferior, dejando un espacio lo bastante ancho para que lo atravesara un gato.

—Tenemos que tener cuidado —advirtió Boris—. Los Dos Patas de Hugo también tienen un perro. Debería estar encerrado, pero mantén los ojos abiertos.

Cereza ya se había abierto paso a través de la brecha. Estrella de Fuego la seguía con cautela, mientras Boris se colocaba detrás.

Al otro lado de la cerca, Estrella de Fuego se encontró en un matorral de arbustos de fuerte olor. Más allá, una franja de pasto conducía a un camino de piedras afiladas que rodeaba la guarida de Dos Patas.

—¡Oye, Hugo! —aulló Boris—. ¿Estás ahí?

Estrella de Fuego se tensó cuando una ráfaga de ladridos salió de la guarida, pero no apareció ningún perro. En su lugar, una pequeña puerta se abrió en la gran puerta de Dos Patas, y un gato atigrado marrón oscuro asomó la cabeza. Al ver a Cereza y a Boris, salió por completo, cruzó el sendero pedregoso sin inmutarse y corrió sobre el pasto para reunirse con ellos a la sombra de los arbustos. No era tan poderoso como Óscar, pero parecía fuerte, y Estrella de Fuego había notado cuando cruzó el camino que tenía las duras almohadillas que eran una marca del Clan del Cielo. Olía mucho a comida de mascota.

—Hola —maulló con un amistoso movimiento de orejas hacia Estrella de Fuego—. Me llamo Hugo, ¿y tú?

Una vez más Estrella de Fuego se presentó y contó la historia del Clan del Cielo.

—Los gatos del Clan del Cielo podían vivir en el desfiladero porque tenían patas traseras fuertes para saltar, y almohadillas duras para caminar sobre las rocas. Como Cereza y Boris. —Sintió un estremecimiento de alivio cuando Hugo levantó una de sus propias patas para examinar sus almohadillas—. Vamos a realizar una reunión para hablar de eso.

Hugo parecía intrigado.

—He oído hablar de gatos salvajes en el desfiladero —le dijo a Estrella de Fuego—. Mi madre solía contarme al respecto, pero yo pensaba que solo eran historias para cachorros.

—No, todo es verdad —maulló Boris.

Cereza añadió entusiasmada:

—¡Vamos a ser aprendices del Clan del Cielo!

—¿Así que vendrás a la reunión? —preguntó Estrella de Fuego—. Mañana por la noche, en el desfiladero donde desemboca el río.

—Claro —respondió Hugo.

Estrella de Fuego agachó la cabeza.

—Entonces nos veremos allí.

Hugo agitó la cola a modo de despedida y se dio la vuelta para irse, luego miró hacia atrás.

—¿Tienen hambre?

Cereza aguzó las orejas.

—¿Crema? —maulló esperanzada, pasándose la lengua por las fauces

—Un tazón entero.

—Esperen —maulló Estrella de Fuego, antes de que Cereza o Boris pudieran moverse—. Pueden ser aprendices del Clan del Cielo, o pueden entrar a guaridas de Dos Patas y comer crema. No pueden hacer las dos cosas.

—Pero aún no somos aprendices —replicó Cereza, coqueta.

En parte, Estrella de Fuego estaba divertido, pero sabía que, si daba su permiso ahora, los dos jóvenes mininos domésticos nunca apreciarían realmente lo que significaba unirse a un Clan. Si no estaban listos para renunciar a las comodidades de los Dos Patas, no estaban listos para vivir la vida de un guerrero.

—El Clan del Cielo o crema —maulló—. Ustedes eligen.

Cereza y Boris intercambiaron una mirada, y Cereza dejó escapar un suspiro de decepción.

—Tiene que ser el Clan del Cielo —respondió ella.

—De todos modos, la carne fresca sabe mejor —Boris maulló—. Vamos, tenemos muchos más gatos que ver.

Se zambulleron de nuevo entre los arbustos hacia la cerca. Estrella de Fuego esperó a despedirse de Hugo, y vio su propia diversión reflejada en los ojos del atigrado oscuro. De repente se sintió animado. Este era un gato con el que podía trabajar.

Cereza y Boris volvieron al callejón y doblaron la esquina hasta el borde de un pequeño Sendero Atronador. Estrella de Fuego se detuvo junto a la cerca, con el pelaje del cuello erizado por el hedor de los monstruos. Uno de ellos estaba agazapado a unos cuantos zorros de distancia, pero parecía dormido.

—No pasa nada —maulló Boris, caminando despreocupadamente hasta el borde del Sendero Atronador—. Está bastante tranquilo a estas horas.

Cereza saltó para unírsele; Estrella de Fuego admitió que estaba impresionado. Estas dos mascotas tenían mucho que aprender sobre la vida de Clan y el código guerrero, pero aquí estaban seguras de sí mismas y concentradas, y parecían conocer cada paso del Poblado de Dos Patas.

Intentando no mostrar su inquietud, cruzó para unírseles, mirando a ambos lados del Sendero Atronador. No había monstruos a la vista y no oía a ninguno acercarse.

—*¡Vamos!* —instó Cereza.

Estrella de Fuego hizo una señal con la cola, aunque no estaba seguro de que los dos jóvenes mininos estuvieran esperando su orden.

—Está bien, vamos.

Los tres gatos cruzaron corriendo; Cereza y Boris se subieron a la cerca más cercana y se balancearon en lo alto, esperando a Estrella de Fuego.

—Podemos ir a lo largo de esta cerca —explicó Boris—. Pasaremos por dos o tres jardines donde viven gatos. Pero cuidado con el siguiente. Los Dos Patas de aquí tienen un perro.

—Pequeño y ruidoso animal. —Cereza resopló—. Probablemente saldrá ladrando como un loco.

Tenía razón. En cuanto Boris puso una pata en la siguiente sección de la cerca, un pequeño perro blanco salió disparado de la guarida de los Dos Patas, ladrando furiosamente. Saltó hacia la cerca, y Estrella de Fuego clavó las garras con fuerza en la madera mientras se sacudía.

—Piérdete, manto de pulgas —escupió Cereza—. Vete a babearle a tus Dos Patas. No te preocupes —le añadió amablemente a Estrella de Fuego—. El estúpido no sabe trepar.

Estrella de Fuego se sentía como si fuera el aprendiz y los dos mininos sus mentores.

—Estoy bien con los perros, gracias —maulló.

El perro siguió ladrando mientras los tres gatos continuaban a lo largo de la cerca. Estrella de Fuego ocultó su alivio cuando el ruido desapareció tras ellos.

Finalmente, Boris se detuvo y miró hacia un jardín más grande que la mayoría de ellos, con una amplia extensión de pasto liso bordeado por enormes extensiones de flores brillantes. Estrella de Fuego percibió un fuerte olor a gato.

Cereza levantó la cola para señalar.

—Allí.

Estaba apuntando a una cosa de madera de Dos Patas que se erguía en el borde del pasto delante de las flores. Encima había un montón de pelaje crema y marrón.

Cereza bajó de un salto de la cerca y aterrizó en un macizo de flores; Estrella de Fuego y Boris la siguieron y bordearon el borde de las flores hasta llegar a la cosa de madera.

Dos cabezas idénticas surgieron del montón de pelo. Estrella de Fuego sintió curiosidad. Nunca había visto gatos como estas dos. Sus esbeltos cuerpos eran de color crema, pero sus patas, colas, orejas y hocicos eran marrones, y tenían los ojos azules más brillantes que jamás había visto.

Una de ellas soltó un extraño aullido agudo.

—Hola, Cereza. Hola, Boris.

—¿Qué quieren? —preguntó la otra, con la misma voz extraña.

—Hemos traído a Estrella de Fuego para que las conozca —maulló Boris—. Esta es Rosa, y esta es Lirio —añadió a Estrella de Fuego, moviendo la cola hacia cada gata a su vez.

—Saludos —empezó Estrella de Fuego. Se sentía extrañamente indeciso; estas gatas no podían ser descendientes del Clan del Cielo—. He venido a hablarles de los gatos que vivían en el desfiladero…

Las dos gatas lo escucharon en silencio, con sus vivaces ojos fijos en él de forma desconcertante. Cuando terminó, se miraron con la misma intensidad.

—¿Qué te parece? —preguntó Rosa.

—¡Suena increíble! —Lirio contestó.

—Vendrán a la reunión, ¿verdad? —les instó Cereza—. ¡Va a ser realmente genial!

—¿Qué, nosotras? —Los ojos de Rosa se abrieron de par en par—. Debes estar bromeando.

—¿Nosotras viviendo en una *cueva*? ¿Sin cobijas calientes? —añadió Lirio—. ¿Sin pollo a la crema?

—¿Para perseguir ratones y *matarlos*? —La lengua de Rosa pasó delicadamente sobre una pata marrón—. ¡Qué vulgar!

Moviéndose como una sola, las dos gatas volvieron a apoyar la cabeza en sus patas y cerraron los ojos.

Cereza intercambió una mirada con Boris, que se encogió de hombros.

—Lo siento —ella le maulló a Estrella de Fuego—. Valía la pena intentarlo.

—No te preocupes —le dijo él. No podía imaginarse a esas gatas llegando a adaptarse a la vida de un Clan, pero por si acaso seguían escuchando se guardó sus pensamientos.

Al saltar de nuevo a la cerca, se sobresaltó al ver que el sol empezaba a ponerse. Habían pasado la mayor parte del día en el Poblado de los Dos

Patas y ahora estaba hambriento. Al mismo tiempo, oyó un aullido lejano procedente de un Dos Patas a varios jardines de distancia.

—Es uno de nuestros dueños —le dijo Boris—. Será mejor que nos vayamos. —Y añadió con tristeza—: Los extrañaremos.

—Eso no está mal, ¿o sí? —preguntó Cereza con ansiedad.

—No —Estrella de Fuego contestó, recordando sus propias punzadas de nostalgia—. No está mal. Pero tienen que elegir.

—Ya elegimos —maulló Boris con determinación.

Mientras tanto, Cereza agitaba la cola y añadía:

—¡Vamos, Estrella de Fuego! Te mostraremos la mejor forma de salir de aquí.

Volviendo por su cuenta a través de los matorrales, Estrella de Fuego vio movimiento bajo un arbusto espinoso. Se acercó con cautela y reconoció al proscrito marrón que había asustado al gorrión cuando había llegado al desfiladero. El gato estaba agazapado sobre un trozo de carne fresca y levantó la mirada con sospecha cuando Estrella de Fuego se acercó.

—Hola —Estrella de Fuego trató de sonar amigable—. ¿Has oído hablar sobre el Clan de gatos que solía vivir en el desfiladero?

El proscrito pardo lanzó un gruñido inexpresivo y siguió comiendo. Estrella de Fuego no podía estar seguro de que estuviera siquiera escuchando mientras le hablaba del Clan del Cielo y de la reunión prevista para la noche siguiente.

—¿Qué te parece? —preguntó—. ¿Vendrás?

El proscrito se tragó el último bocado de carne fresca y se limpió el hocico con una pata.

—Estoy bien solo. —Sus ojos se entrecerraron—. Y no quiero que *tú* me des órdenes.

—No es así… —protestó Estrella de Fuego, pero el proscrito se alejó sin dejarlo explicarse.

Estrella de Fuego se sintió culpable mientras regresaba al desfiladero. Tal vez si no hubiera sido tan hostil cuando se conocieron, podría haber persuadido al proscrito marrón para que le diera una oportunidad al Clan del Cielo.

Encontró el sendero que descendía por el acantilado y caminó cansado por él hasta la cueva de los guerreros. Unos débiles chillidos de emoción

se elevaron desde el fondo del desfiladero; Estrella de Fuego miró hacia abajo y vio a Tormenta de Arena y a los tres cachorros de Trébol jugando con algo a la orilla del agua. Sintió una gran calidez cuando vio lo feliz y relajada que parecía su pareja mientras jugaba con los cachorros, más feliz de lo que había estado desde que salieron del bosque.

—Hola, Estrella de Fuego. —La voz de Rasguño interrumpió sus pensamientos—. Tormenta de Arena dice que estás organizando una reunión para contarles a más gatos sobre el nuevo Clan. Podría llevarte con otros proscritos, si quieres. Probablemente vendrán si se los pido.

A Estrella de Fuego le alegraba que Rasguño se estuviera comprometiendo más con el Clan del Cielo, pero no estaba seguro de que le agradara que el gato atigrado asumiera autoridad sobre los otros proscritos. Sin embargo, si lo respetaban, facilitaría la tarea de Estrella de Fuego.

—De acuerdo, gracias —maulló.

—Vamos entonces. —Rasguño salió de la guarida de los guerreros y se puso en marcha por el sendero.

«*¿Qué, ahora?* —Estrella de Fuego se lamentó para sus adentros—. *¡No he comido en todo el día!*».

Suspirando, siguió a Rasguño por el acantilado y lo alcanzó mientras hablaba con Tormenta de Arena.

—Voy a presentarle a Estrella de Fuego a unos cuantos proscritos —le estaba diciendo.

—Genial. —Tormenta de Arena agachó la cabeza cuando Peñasco saltó sobre su espalda—. *¡Quítate!* —maulló, rodando y golpeándolo suavemente con una pata, con las garras envainadas.

Peñasco se limitó a chillar alegremente, y Tormenta de Arena desapareció bajo un montón de pelaje cuando Brinco y Diminuta también saltaron sobre ella.

—Obviamente estás ocupada —Estrella de Fuego murmuró con diversión—. Te veré más tarde.

Rasguño y Estrella de Fuego caminaron lado a lado por el rocoso risco hacia los árboles y la maleza río abajo. Estrella de Fuego no había visitado esta parte del territorio desde su encuentro con Cereza y Boris, y su pelaje se erizó al recordar la sensación de ser observado. Entonces se detuvo, su corazón empezó a latir con fuerza. No era solo un recuerdo. Las mismas sensaciones se apoderaron de él, y un miedo helado le recorrió desde las orejas hasta la punta de la cola.

—¿Qué pasa? —Rasguño, un poco más adelante, miró por encima del hombro.

—Nada. —La voz de Estrella de Fuego tembló, y se obligó a permanecer firme—. Solo pensé que podríamos parar y cazar. No he llegado siquiera a oler un ratón desde esta mañana.

—Bueno. —Rasguño volvió sobre sus pasos y se detuvo, saboreando el aire.

—¿Hueles algo… extraño? —Estrella de Fuego preguntó. Había captado el mismo olor a presa que antes, enmascarado por el penetrante aroma de las hojas machacadas.

Rasguño hizo una pausa, inhaló más aire y luego se encogió de hombros.

—Presas. Pasto y hojas. ¿Por qué?

—Por nada. —Estrella de Fuego quería que Rasguño lo respetara, no que pensara que era un cobarde que buscaba peligro bajo cada arbusto—. Vamos a cazar.

Rasguño se alejó entre los arbustos, y Estrella de Fuego se alejó en otra dirección. Mientras trataba de encontrar una presa, sus sentidos permanecían alerta ante cualquier criatura hostil que lo estuviera observando.

«*¿Tiene algo que ver con la razón por la que el Clan del Cielo abandonó el desfiladero?*», se preguntó. Cielo se había mostrado reacio a responder a cualquier pregunta, pero Estrella de Fuego estaba seguro de que el viejo gato sabía más de lo que contaba. «*Tendré que interrogarlo otra vez*», decidió. El futuro del nuevo Clan podría estar en riesgo si Cielo insistía en guardar secretos sobre un posible peligro.

Estrella de Fuego se quedó de pie entre las sombras, bajo un espino, mirando a través de un espacio despejado en medio de la maleza. Nada se movía entre los helechos y los pastos.

—¿Quién eres? —susurró—. ¿Qué quieres?

No hubo respuesta, solo un odio despiadado lanzado contra él con tal fuerza que casi le hizo perder el equilibrio. En la penumbra le pareció distinguir unos ojos oscuros y brillantes. Se le erizó el manto.

Un crujido en un arbusto cercano le hizo dar un brinco, pero solo era un campañol que salía corriendo a campo abierto. Estrella de Fuego saltó tras él y le rompió el cuello. Cuando lo recogió, el olor enmascaró todo lo demás, y la sensación de una presencia hostil a su alrededor se desvaneció un poco. Aun así, se abrió paso hasta el borde de la espesura y salió al espacio abierto junto al río antes de agacharse para comer su presa fresca.

Rasguño estaba sentado a unas cuantas colas de distancia río abajo, limpiándose la cara y los bigotes.

—¿Estás listo? —preguntó, acercándose una pata a una oreja—. Pronto oscurecerá.

Estrella de Fuego engulló el resto del campañol.

—Bien, guíame.

El proscrito atigrado bordeó el río hasta llegar al árbol caído que Cielo había utilizado para cruzar unos días antes. Llevando a Estrella de Fuego a la orilla opuesta, Rasguño empezó a subir por otro sendero que conducía a la pared del acantilado en el lado opuesto. Estrella de Fuego jadeaba tras él, deseando tener las poderosas ancas del proscrito. ¡Rasguño era un verdadero gato del Clan del Cielo!

Estrella de Fuego nunca había escalado el acantilado de este lado del río. En la cima había una amplia extensión de pasto que daba paso a maleza y luego a árboles. Su ánimo se levantó mientras caminaba con Rasguño por debajo de las ramas. Esto se parecía más a su territorio en el bosque.

—Cuando establezcamos las fronteras, tendremos que hacer que esto sea parte del territorio del Clan del Cielo. —Estrella de Fuego olfateó apreciativamente—. Hay muchas presas. También musgo —añadió, moviendo las orejas hacia los gruesos tapices de musgo que crecían en las nudosas raíces de un roble.

Rasguño lo miró largamente de reojo.

—Entonces será mejor que convenzas a los proscritos que ya viven aquí.

Estrella de Fuego se dio cuenta de que tenía razón. No quería empezar el nuevo Clan echando a otros gatos de guaridas que habían ocupado durante lunas.

Rasguño se abrió paso entre los árboles hasta que llegaron a un tronco hueco que yacía en un montón de pasto frondoso en medio de un claro. En la boca del tronco se veía una forma clara y borrosa. Al acercarse, Estrella de Fuego reconoció a la gata atigrada de color marrón y crema que había sorprendido en los matorrales cercanos al Poblado de los Dos Patas.

—¿Rasguño? —Sus orejas se estremecieron con cautela cuando los dos gatos se acercaron—. ¿Quién está contigo?

—Hola —maulló Estrella de Fuego, algo avergonzado, cuando Rasguño lo hubo presentado—. Nos conocimos el otro día…

La gata salió del extremo del tronco; su mirada ambarina lo recorrió con firmeza.

—Me acuerdo de ti —murmuró—. Lo siento, no quise hablarte mal. Me asustaste, prácticamente me saltaste encima.

Estrella de Fuego agachó la cabeza.

—Fue mi culpa.

—Me llamo Hoja —continuó la gata, acomodándose en el largo pasto y haciéndole un gesto con la cola a Estrella de Fuego para invitarlo a hacer lo mismo—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Estrella de Fuego se agachó junto a ella, metiendo las patas por debajo, mientras Rasguño se abría paso hasta lo alto del tronco y miraba hacia los árboles. Estrella de Fuego se preguntaba si estaría vigilando, aunque la sensación hostil se había desvanecido en cuanto cruzaron el río y ahora solo percibía los olores y sonidos normales de un bosque al anochecer.

—¿Conoces el lugar del desfiladero donde desemboca el río? —el gato naranja empezó.

Hoja escuchó en silencio la historia de cómo el Clan del Cielo se había visto obligado a huir del bosque.

—¿Por qué me lo cuentas? —preguntó cuando terminó.

—El antiguo líder del Clan se me apareció en sueños —explicó Estrella de Fuego—. Me envió a reconstruir el Clan del Cielo, y estoy buscando gatos que quieran unirse.

Hoja parecía sorprendida, y durante varios latidos no respondió, con la mirada fija en las sombras entre los árboles.

—No lo sé… —maulló finalmente—. Me gusta estar aquí y estoy bien sola. Rasguño, ¿tú vas a unirte?

Rasguño se acercó al final del tronco para poder mirarla.

—Estoy pensándolo. Gatos viviendo juntos podrían protegerse unos a otros.

Hoja asintió.

—Es cierto. Vivir solo es especialmente duro para gatos viejos y cachorros. ¿Te acuerdas de Pedregal? —le preguntó a Rasguño.

—¿El viejo proscrito que vivía junto al sauce muerto?

—Así es. —De los ojos de Hoja brotó tristeza—. Lo encontré tratando de luchar contra un zorro. La criatura se dio la vuelta cuando me vio, pero Pedregal estaba malherido. Me quedé con él esa noche y traté de ayudarlo, pero murió antes del amanecer. —Dirigió una mirada intensa a Estrella de Fuego—. Eso no pasaría en un Clan, ¿no?

—Puede que sí —respondió Estrella de Fuego con sinceridad—. Pero la mayoría de los gatos de Clan no tienen que luchar solos, y si están heridos tenemos un curandero que los trate.

Hoja se dio un par de lametones pensativos en el pelo del pecho.

—Tendremos una reunión mañana por la noche —le dijo Estrella de Fuego—. ¿Por qué no vienes y averiguas más?

—De acuerdo —maulló ella—. Iré a la reunión. Pero no prometo nada más.

—No esperaría que lo hicieras —Estrella de Fuego le aseguró.

Miró hacia atrás mientras Rasguño lo guiaba más adentro del bosque. Esperaba ferozmente que Hoja decidiera unirse al Clan del Cielo. Ya parecía ser consciente de cómo un Clan podía cuidar de sus miembros más débiles. Cualquier Clan estaría encantado de tenerla.

Rasguño lo condujo por un estrecho sendero que serpenteaba entre grupos arqueados de helechos, cuyas espesas frondas bloqueaban lo que quedaba de luz del día. Estrella de Fuego percibió un fuerte olor a gato antes de ver nada; poco después, un siseo malhumorado surgió de la oscuridad.

Justo delante de Estrella de Fuego, Rasguño maulló:

—Hola, Enredo.

—Este es mi territorio —espetó una voz. Mirando por encima del hombro de Rasguño, Estrella de Fuego distinguió a un gran gato de pelaje atigrado agazapado entre las raíces de un árbol. Su pelaje estaba erizado y sus ojos ámbar brillaban como si estuviera a punto de saltar sobre ellos—. ¡Váyanse!

Dando un paso alrededor de Rasguño, Estrella de Fuego agachó la cabeza en señal de saludo.

—Me llamo Estrella de Fuego. Estoy organizando una reunión para todos los gatos que…

—No me gustan las reuniones —Enredo dijo con voz rasposa—. No me gustan mucho estar con otros gatos. Ahora váyanse, a menos que quieran que les arañe el manto.

Rasguño le tocó el hombro a Estrella de Fuego.

—Lo dice en serio. Será mejor que nos vayamos.

—Mañana por la noche en el desfiladero, si es que cambias de opinión —maulló rápidamente Estrella de Fuego.

Enredo desenvainó las garras. Rasguño le golpeó el costado a Estrella de Fuego con un hombro y murmuró:

—¡Muévete! —A Enredo le dijo—: Ya nos vamos. Nos vemos.

—No si yo te veo primero —siseó Enredo, mientras Estrella de Fuego y Rasguño se retiraban hacia los helechos.

—No es muy amistoso, ¿no? —Estrella de Fuego comentó cuando estuvieron fuera del alcance de sus oídos.

Rasguño se encogió de hombros.

—Nunca lo ha sido. Pensé que sería mejor preguntarle, pero no me sorprende que no quisiera escuchar.

Llegaron a un estrecho arroyo que reflejaba el pálido cielo del anochecer mientras serpenteaba entre matas de pasto y menta acuática. Rasguño lo saltó y se dirigió río arriba hasta que llegó a un lugar donde la orilla sobresalía por encima de una estrecha franja de guijarros. Una vez más, Estrella de Fuego percibió un fuerte olor a gato.

Rasguño se detuvo.

—Manchado, ¿estás ahí? —maulló.

Una cabeza blanca y negra asomó por debajo del saliente.

—Rasguño, ¿eres tú?

Su voz era cautelosa, pero para alivio de Estrella de Fuego no sonaba tan hostil como la de Enredo.

—Traje a otro gato que quiere conocerte —Rasguño respondió—. Hemos venido a hablarte de los gatos que vivían en el desfiladero.

—¡Oh, ellos! —Manchado salió de su guarida y se paró en la franja de guijarros, mirando hacia arriba—. Sé de ellos. Espero que no hayas traído a ese viejo proscrito loco que siempre habla de ellos.

—No, me trajo a mí. —Estrella de Fuego dio un paso adelante y miró a los brillantes ojos verdes de Manchado—. Y Cielo no está loco, ni cerca de estarlo. Ha mantenido viva la memoria del Clan durante muchas temporadas. —Una vez más explicó lo que intentaba hacer—. El Clan del Cielo podría volver a ser grande —terminó—. Estamos buscando gatos fuertes que se unan, y Rasguño pensó que tú podrías estar interesado.

—A veces me siento un poco solo aquí —admitió Manchado, moviendo la punta de la cola—. Podría ir a su reunión, supongo, y echar un vistazo a los otros gatos que podrían unirse.

—Gracias —Estrella de Fuego maulló—. Serás bienvenido.

Cuando se despidieron de Manchado, emprendieron el regreso hacia el río. A estas alturas ya estaba casi completamente oscuro; la tenue luz de las estrellas penetraba la espesa copa de los árboles. Rasguño revisó la abertura de un roble hueco, pero estaba vacío, y el olor a gato que se aferraba a él era rancio.

—Esa es la guarida de Pelaje Lluvioso —comentó—. Parece que desde hace un par de días no pasa por aquí.

Estrella de Fuego se sentía exhausto cuando llegaron de vuelta al desfiladero. Pero si tan solo unos pocos de los gatos que habían visto hoy decidieran unirse, tendrían los comienzos de un Clan. «*Pero solo el comienzo*», se dijo a sí mismo. Había mucho trabajo por hacer antes de que el Clan del Cielo volviera a vivir de verdad.

Casi habían llegado al sendero que bajaba por el acantilado cuando Rasguño soltó una aguda exclamación y saltó hacia adelante. Estrella de Fuego lo alcanzó y lo encontró hablando con un gato macho cuyo manto gris claro estaba marcado con motas más oscuras.

—Este es Pelaje Lluvioso —le dijo a Estrella de Fuego—. Te estábamos buscando en tu guarida —añadió, dirigiéndose al gato gris.

Pelaje Lluvioso crispó las orejas.

—He estado río abajo. ¿Hay algún problema?

—No, solo algunas noticias. Estrella de Fuego, dile lo que les dijiste a los otros.

Cuando Estrella de Fuego se lanzó de nuevo en su historia fue consciente de que Pelaje Lluvioso parecía dudoso. Parecía un gato fuerte y orgulloso que necesitaría una buena razón antes de renunciar a su independencia. Cuando Estrella de Fuego lo invitó a la reunión, estaba bastante preparado para la negativa del gato.

Se sorprendió cuando Pelaje Lluvioso asintió.

—Iré —maulló el gato gris—, pero no estoy seguro de que me guste la idea. ¿Qué pasará con los gatos que viven aquí si no quieren unirse?

—Nada. —Estrella de Fuego puso tanta convicción como pudo en su voz—. No queremos pelear con nadie.

Los ojos de Pelaje Lluvioso se entrecerraron.

—Este es un lugar tranquilo. No me gustaría que nada lo estropeara. —Bruscamente, se dio la vuelta y se sumergió en la maleza.

—¡Hasta mañana! —exclamó Rasguño detrás de él.

Estrella de Fuego pensó en las palabras del gato gris mientras seguía a Rasguño por el camino hacia el río. Quería incluir al menos parte de este bosque en el territorio del nuevo Clan, pero no quería causar problemas con los proscritos que decidieran quedarse como estaban.

Cuando Rasguño llegó al fondo del acantilado, se volvió hacia el tronco del árbol caído, pero Estrella de Fuego levantó la cola para detenerlo y abrió el camino río arriba, con la intención de cruzar el río por el Montón de Rocas. Aún recordaba la fuerza hostil que había percibido en

la maleza, y su estómago se tambaleaba ante la idea de volver a encontrarla.

La luz de la luna bañaba el desfiladero mientras Estrella de Fuego y Rasguño volvían a cruzar el río. Estrella de Fuego saltó de la última roca al suelo para ver una forma clara que se elevaba desde la sombra de las rocas.

—¡Tormenta de Arena! —exclamó Estrella de Fuego—. Pensé que estarías durmiendo. Es tarde.

Su pareja se acercó y entrechocó narices con él.

—Quería saber qué sucedió.

—Me voy, entonces. —Rasguño les hizo un gesto con la cola a ambos y se alejó de un salto hacia su cueva.

Recordando que Trébol y sus cachorros estarían durmiendo en la guarida de los guerreros, Estrella de Fuego se sentó en una roca al lado del río. Tormenta de Arena se agachó a su lado, apretando cálidamente su costado contra el suyo mientras él le contaba cómo había conocido a los proscritos.

—Entonces parece que el Clan del Cielo va a regresar después de todo —maulló ella suavemente.

—Sí, creo que lo hará. —Pero a pesar de sus palabras optimistas, a Estrella de Fuego se le revolvía el estómago cuando pensaba en la reunión que se avecinaba. Estaba acostumbrado a dirigirse al Clan del Trueno como su líder, pero no era el líder de los gatos que se reunirían aquí la noche siguiente. ¿Lo escucharían?

«*¿Estoy haciendo lo correcto?*». ¿No debería haber una señal del Clan Estelar, o del ancestro guerrero del Clan del Cielo? ¿Dónde estaban todos los demás ancestros guerreros del Clan destrozado?

Se quedó largo rato contemplando el brillo del Manto Plateado hasta que Tormenta de Arena le toco la oreja con la lengua y le instó a volver a la cueva para dormir.

CAPÍTULO 24

La media luna brillaba fríamente mientras Estrella de Fuego caminaba por el sendero pedregoso hacia el Montón de Rocas. No había otros gatos esperándolo, y no podía distinguir ninguna forma sombría acercándose por el acantilado o a lo largo del río. Solo Tormenta de Arena estaba con él, deteniéndose a su lado al pie de las rocas para mirarlo con sus luminosos ojos verdes.

Estrella de Fuego movía el peso de una pata a la otra, inquieto bajo la luz de la media luna. Era el momento en que los curanderos se reunían para compartir sueños con el Clan Estelar. De algún modo, se sentía mal estar esperando a que se reunieran otros gatos; la luna debería estar llena. ¿Podría ser un mal presagio?

Sacudiéndose la sensación de desastre, Estrella de Fuego dejó que su mirada siguiera la línea serpenteante del río, que brillaba plateado a la luz de las estrellas. Quería saltar a lo alto de las rocas y aullar las palabras que convocaban a su Clan a una reunión. Pero la llamada familiar no significaría nada aquí, y no estaba seguro de que hubiera otros gatos que la escucharan.

«*¿Y si no viene nadie a la reunión? ¿Qué haré entonces?*».

—Estarás bien. —Tormenta de Arena le tocó el hombro con la punta de su cola—. Es difícil cuando no eres el líder de estos gatos, pero todavía tienes que darles forma de un Clan.

—A algunos de ellos —la corrigió Estrella de Fuego.

Incluso en su estado más optimista, no podía creer que todos los gatos con los que había hablado aceptaran unirse al nuevo Clan. Lo último que quería era obligar a alguien a unirse; era importante que se unieran porque querían y estaban dispuestos a vivir según el código guerrero.

«*¿Tengo miedo de que no hagan lo que quiero?*». No, era más que eso. Los gatos que se unieran al Clan del Cielo tendrían que ser lo suficientemente decididos para sobrevivir después de que él y Tormenta de Arena regresaran al bosque. Y solo tendrían éxito si estaban comprometidos con el código guerrero hasta la última garra y bigote.

—Vamos. —Tormenta de Arena lo instó a que trepara el Montón de Rocas—. Ya es hora.

Estrella de Fuego la miró fijamente durante un par de latidos e inhaló su dulce aroma. Una nueva fuerza pareció fluir dentro de él; saltó hacia arriba y alcanzó la cima del Montón de Rocas en un par de vigorosos saltos. Desde allí podía ver más río abajo, y el desfiladero en la otra dirección, pero aún no había señales de nadie, excepto por Tormenta de Arena, sentada pacientemente al pie de las rocas. La media luna flotaba más alto en el cielo.

«*¿Dónde están?*», pensó Estrella de Fuego desesperadamente.

Entonces vio un destello de movimiento en las sombras cerca de la pared del acantilado. Oyó el roce de unas garras sobre la roca y Cielo se subió a la roca más alta para colocarse a su lado.

—Saludos —maulló—. Veo que llegué a tiempo para la reunión.

—¿Sabías de ella? —preguntó Estrella de Fuego, sorprendido.

Cielo ignoró la pregunta con un movimiento de orejas. Su pelaje gris era plateado a la luz de la luna y sus ojos claros brillaban. Estrella de Fuego se preguntó si Cielo sabría cosas que otros gatos no podían entender.

—¿Quieres hablarles tú primero? —sugirió—. Eres descendiente del Clan del Cielo; te escucharán.

—¿Escucharme a mí? ¿El proscrito loco que se sienta a mirar la luna? —Un ronroneo oxidado de diversión salió del viejo gato—. No, *tú* debes hablarles. Más que nada, necesitan un líder al que seguir, y tú puedes recorrer ese camino más fácilmente que yo.

—Pero yo no soy su líder… —Estrella de Fuego comenzó a protestar.

Cielo lo miró fijamente a los ojos.

—Podrás volver a tu Clan pronto —prometió—. Pero mi Clan te necesita ahora.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza.

—Lo intentaré —susurró.

Al erguirse, vio con sorpresa que habían empezado a aparecer gatos en el desfiladero. Vio a Rasguño sentado al pie de las rocas, medio oculto en las sombras. Trébol estaba guiando a sus cachorros por el sendero pedregoso y los empujaba suavemente hacia un hueco en el mismo Montón de Rocas. Los tres cachorros chillaban de emoción.

—Shh —murmuró Trébol—. Tenemos que escuchar a Estrella de Fuego. Nos va a decir algo muy importante.

Un aullido de entusiasmo ahogó la respuesta de los cachorros, y Estrella de Fuego levantó la mirada para ver a Cereza y Boris deslizarse por el borde del acantilado y descender rápidamente por el sendero hasta llegar al Montón de Rocas.

—¿Dónde están todos? —preguntó Boris, mirando a su alrededor, indignado—. Creía que ya estarían aquí.

—Te dije que deberíamos haber ido a buscar a Hugo —maulló su hermana—. Probablemente esté acurrucado en algún lugar con sus Dos Patas. Ese gato gordo y perezoso…

—Silencio —interrumpió Tormenta de Arena—. Miren, ya viene alguien.

Estrella de Fuego ya había visto la esbelta figura que se acercaba desde río abajo: era Liquen, una gata marrón moteada que él y Rasguño habían conocido el día anterior en el bosque bajo el desfiladero. Se detuvo, claramente nerviosa al ver a tantos otros gatos esperando, y se sentó en una piedra al borde del río.

Hoja y Pelaje Lluvioso llegaron a continuación, caminando uno al lado del otro como si ya se conocieran; vieron a Rasguño y fueron a reunirse con él en la base del acantilado. Al mismo tiempo, Estrella de Fuego vislumbró movimiento más arriba de la pared rocosa; Hugo bajaba con cautela para reunirse con Cereza y Boris, y para sorpresa de Estrella de Fuego, Óscar le seguía de cerca. El minino casero negro se detuvo en un saliente a un par de colas de distancia del suelo y se agachó con las patas recogidas debajo suyo. El último en llegar fue Manchado, que subió brincando el sendero que bordeaba el río como si temiera llegar tarde.

El pelaje de Estrella de Fuego se erizó al sentir las miradas de todos los gatos clavadas en él. Intercambió una mirada con Cielo, que retrocedió y se deslizó por el borde de la roca, dejando a Estrella de Fuego solo en la cima del Montón de Rocas. Se enderezó, manteniendo la cabeza alta, tratando de mostrar en cada pelo de su manto el orgullo que sentía de ser un guerrero.

—Saludos —comenzó—, y gracias a todos ustedes por venir. Ayer les hablé del Clan del Cielo, que solía vivir aquí en el desfiladero. Les dije que fui enviado aquí para reconstruir ese Clan.

—Ve al grano. —Un aullido aburrido vino de la cornisa donde Óscar estaba sentado.

Estrella de Fuego crispó las orejas; ¿el gato negro había venido solo para interrumpir la reunión? Ignoró el comentario y continuó.

—Al vivir en un Clan, los gatos cuentan con el apoyo de sus compañeros de Clan desde que nacen hasta que mueren. Las madres cuidan de sus cachorros, mientras que los guerreros protegen a las madres lactantes y les llevan comida. Cuando los cachorros alcanzan la edad de seis lunas, se convierten en aprendices, con mentores que les enseñan a luchar y a cazar.

Chillidos emocionados llegaron desde algún lugar más abajo del Montón de Rocas.

—¡Yo quiero ser un aprendiz!

—¡Yo también! ¿Podemos?

—¡Yo quiero ser aprendiz *ahora*!

—Shh. —Estrella de Fuego escuchó la voz de Trébol—. Tendrán que volver a la cueva si no pueden escuchar a Estrella de Fuego en silencio.

—Cuando los aprendices son entrenados por completo —continuó Estrella de Fuego—, se convierten en guerreros. Los guerreros son la fuerza de un Clan. Deben estar preparados para defenderlo de enemigos como zorros, tejones u otros gatos. —Un escalofrío lo recorrió al recordar la batalla para expulsar al Clan de la Sangre del bosque—. Deben cazar para el Clan y asegurarse de que todos los gatos estén alimentados.

—¿Y qué reciben los guerreros a cambio? —exclamó Pelaje Lluvioso, poniéndose de pie.

—Honor y respeto —respondió Estrella de Fuego—. La lealtad de sus amigos. La satisfacción de saber que han servido a sus compañeros de Clan.

Pelaje Lluvioso asintió bruscamente y volvió a sentarse. Estrella de Fuego no creía que estuviera muy impresionado con su respuesta.

—Cuando los guerreros envejecen —continuó—, se retiran y se unen a los veteranos del Clan. Una de las tareas de los aprendices es cuidar de ellos, cambiarles el lecho y llevarles carne fresca. Se les honra porque han dado su vida al servicio de su Clan. Cada Clan tiene un líder y un lugarteniente para supervisar el entrenamiento, organizar patrullas y decidir qué hacer si acecha el peligro. El Clan Estelar le concede nueve

vidas a los líderes de Clan, por lo que pueden ser los primeros en cada batalla, y los últimos en tomar carne fresca si el Clan está hambriento.

Captó un destello de interés en los ojos de Rasguño cuando mencionó las nueve vidas, y sintió una punzada de inquietud.

—Y si alguien está enfermo o herido —continuó—, cada Clan tiene un curandero que cuida de sus miembros. Los curanderos tienen conocimientos especiales sobre hierbas medicinales, y guían a su Clan a través de sueños enviados por el Clan Estelar.

—Ya van dos veces que mencionas al Clan Estelar —maulló Hoja. Había escuchado atentamente todo lo que Estrella de Fuego había dicho, con su brillante mirada fija en él—. ¿Eso qué es?

Estrella de Fuego no se sorprendió por la pregunta, pero hizo una pausa antes de responder. ¿Tenía razón al decirle a estos gatos que los espíritus de sus antepasados guerreros estaban velando por ellos? No estaba seguro de que el Clan del Cielo caminara por estos cielos, y solo había visto a un antepasado guerrero del Clan del Cielo.

—Pueden ver al Clan Estelar sobre ustedes —explicó, levantando la cola para señalar el brillo del Manto Plateado—. Los gatos de Clan que mueren van a cazar con ellos; no sé cómo es para los gatos que no tienen Clan.

Un murmullo inseguro surgió de los gatos de abajo. Comprendía por qué les resultaba difícil; todo lo demás que les había dicho tenía sentido práctico, lo aprobaran o no, pero respecto a esto les estaba pidiendo que confiaran.

Trébol se levantó de un salto.

—Bueno, yo voy a unirme al nuevo Clan —maulló—. Estrella de Fuego, Tormenta de Arena y Rasguño salvaron a mis cachorros de un zorro. Estarán a salvo si formamos parte de un Clan.

Estrella de Fuego frunció el ceño; al ver los ojos de Tormenta de Arena, vio reflejados los mismos recelos. Trébol seguía pensando en el Clan del Cielo como algo de lo que podía depender, sin tener en cuenta cómo podía contribuir a la vida del Clan.

Cielo se subió de un salto a la roca junto a Estrella de Fuego. Sus claros ojos brillaron mientras miraba a los gatos. Una oleada de sorpresa los recorrió cuando empezó a hablar en voz baja y ronca.

—He mantenido vivo el recuerdo del Clan del Cielo durante toda mi vida —dijo—. Sé que mis antepasados han estado esperando ver al Clan reconstruido, pero a veces he llegado a perder la esperanza de que alguna vez pudiera llegar a suceder.

Estrella de Fuego aún no estaba seguro de que los gatos de abajo entendieran el significado de los ancestros guerreros, pero nadie se levantó para desafiar a Cielo. En su lugar, Estrella de Fuego pudo ver cómo aparecía respeto en sus ojos. No se trataba del veterano cascarrabias al que habían tachado de loco, sino de un gato cuya sabiduría y experiencia hacían que mereciera la pena escucharlo.

—Ahora tienen un líder que ha recorrido un largo camino para reconstruir el Clan del Cielo —continuó el viejo gato—. Escúchenlo bien antes de decidir. Él les mostrará una forma de vida que da honor a cada gato.

«*Sí, soy un líder* —pensó Estrella de Fuego con una repentina punzada de pánico—. *Pero no soy* su *líder*». Era un extraño en el desfiladero, y era poco probable que los gatos de aquí lo escucharan con el mismo respeto que empezaban a mostrarle a Cielo. Volvían a murmurar entre ellos, y hasta ahora ninguno de los recién llegados se había comprometido a unirse al Clan del Cielo. Estrella de Fuego se dio cuenta de que la reunión podía estar a punto de fracasar.

—¡Vamos a unirnos al Clan! —Cereza se puso de pie de un salto, emocionada—. ¡Vamos; va a ser genial!

—Cuenta conmigo también. —Rasguño se volvió hacia Estrella de Fuego y le habló directamente—. Tiene sentido que los gatos sean más fuertes cuando están juntos.

Al instante, Estrella de Fuego se sintió más seguro. Esperaba que Rasguño tomara esta decisión; era un gato poderoso, y aunque aún necesitaba aprender a vivir según el código guerrero, no había mucho que alguien pudiera enseñarle sobre caza y lucha. Pero, ¿Rasguño había decidido unirse porque quería convertirse en un líder con nueve vidas?

—Gracias —Estrella de Fuego maulló, dejando sus preocupaciones a un lado—. El Clan del Cielo te da la bienvenida.

—Bueno, yo no me uniré. —Fue Liquen quien habló, educadamente, pero sin duda alguna en su voz—. Lo siento, pero no me siento cómoda rodeada de tantos gatos. Me gusta mucho mi soledad.

—Esa es tu decisión. —Estrella de Fuego estaba decepcionado; le gustaba lo que había visto de la gata moteada—. Y si cambias de opinión, ya sabes dónde estamos.

—Gracias, pero no lo haré. Aunque espero que les vaya bien. —Con una inclinación de cabeza, se dio la vuelta y se alejó por la orilla del río.

Pelaje Lluvioso la miró irse y se levantó.

—No he oído nada que me haga querer unirme —gruñó—. Lo único que veo es que otros gatos me dirán qué hacer todo el tiempo.

—No es así como funciona —Estrella de Fuego protestó.

Pero una parte de él podía entender por qué el gato gris se sentía así. Él no tenía derecho a enseñarles a esos gatos cómo vivir sus vidas; ¿por qué iban a escucharlo cuando hasta ahora se las habían arreglado perfectamente sin él?

—Prefiero cazar por mí mismo —continuó Pelaje Lluvioso—. No necesito al Clan del Cielo.

—Lo lamento —Estrella de Fuego maulló—. Al Clan del Cielo le serías útil.

El pelaje de Pelaje Lluvioso se erizó.

—No quiero que me *utilicen*, gracias —espetó. Dando media vuelta, corrió río abajo tras Liquen.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo, enojado por haber hablado tan torpemente. Entonces se dio cuenta de que Hoja lo miraba con simpatía.

—No te preocupes por Pelaje Lluvioso —maulló ella—. Siempre fue un poco irritable. Tal vez podamos persuadirlo más tarde, cuando vea cómo funciona el Clan.

Estrella de Fuego agitó las orejas.

—¿«Podamos»?

—Sí, me uniré —le aseguró Hoja—. Si el Clan realmente funciona como dices, entonces los gatos tendrán un *propósito*. Seremos algo más que proscritos, viviendo para sobrevivir.

Estrella de Fuego estaba impresionado. Sus palabras podrían haber venido de una verdadera gata de Clan. Sintió que un ronroneo le surgía en el pecho.

—Gracias —maulló. Mirando a los gatos que aún no se habían decidido (Manchado, Hugo y Óscar), añadió—: Todo lo que puedo decirles es que el Clan del Cielo vivió aquí una vez y podría vivir aquí de nuevo, siguiendo el código guerrero para el beneficio de todos. ¿Quieren ser parte de esto?

Manchado se pasó la lengua por el pelaje del pecho.

—Bueno, voy a darle una oportunidad.

Cereza le dio un empujón a Hugo con el hombro.

—Vamos, Hugo. ¿Qué te parece?

Hugo miró a Estrella de Fuego, con vergüenza en sus ojos ámbar.

—Me gustaría, realmente me gustaría, pero me temo que no seré lo suficientemente bueno en esto de la caza y la lucha. Siempre he sido una mascota.

—Nosotros también somos mascotas —señaló Boris—. Estrella de Fuego puede enseñarte todo eso.

—Si te nos unes, serás bienvenido —le dijo Estrella de Fuego.

El gato atigrado asintió.

—Bueno, está bien. Extrañaría a Cereza y a Boris si se fueran sin mí.

Estrella de Fuego agitó las orejas hacia el único gato que hasta el momento no había hablado.

—¿Y tú, Óscar?

El minino casero negro se levantó lentamente de la cornisa donde había estado agazapado.

—No creerás que vine aquí para *unirme*, ¿o sí? ¿Por qué iba a dejar a un par de amos de casa perfectamente buenos que me dan todo lo que quiero? No me pasé lunas entrenándolos para nada.

—¿Y entonces por qué estás aquí? —Boris exigió.

Las fauces de Óscar se estiraron en un bostezo insolente.

—Solo quería saber qué ideas estúpidas se les ocurrirían. Y sí que son estúpidas. Son todos unos cerebros de ratón. —Con un movimiento de su cola se puso en marcha por el sendero, de vuelta a la cima del acantilado.

—¡Tú eres un cerebro de ratón! —Cereza aulló tras él.

Cielo avanzó hacia el borde del Montón de Rocas y miró a los gatos que quedaban.

—¡El Clan del Cielo vive de nuevo! —anunció. Levantando la cabeza hacia la brumosa media luna, aulló—: ¡Clan del Cielo! ¡Clan del Cielo!

—¡Clan del Cielo! ¡Clan del Cielo! —respondieron los gatos del desfiladero.

Estrella de Fuego se estremeció desde las orejas hasta la punta de la cola. Lo que una vez había parecido tan imposible, tan lejano, ahora era real. Los gatos que estaban de pie alrededor del Montón de Rocas, aullando a las estrellas, eran el comienzo de un nuevo Clan para reemplazar al que se perdió hacía tanto tiempo.

Entonces unas frías garras parecieron agarrarle el corazón. La sensación de enojo y odio que había sentido en la maleza río abajo lo invadió de nuevo. Levantó la cabeza para escudriñar los arbustos de la cima del acantilado, y estaba seguro de que podía ver unos ojos brillantes entre las ramas.

CAPÍTULO 25

El día siguiente amaneció claro y fresco. Estrella de Fuego se asomó a la cornisa afuera de la cueva de los guerreros para ver a Manchado y a Hoja trepando por el saliente rocoso en su camino río arriba. Después de la reunión, muchos de los nuevos gatos de Clan habían regresado a sus hogares; una de las primeras tareas sería recoger más materiales de lecho y ordenar las guaridas para que las cuevas del desfiladero se convirtieran en un verdadero campamento de Clan.

Tormenta de Arena se le unió, bostezando y rascándose enérgicamente una oreja con la pata trasera.

—Tendremos que bajar a Trébol a la maternidad —maulló, moviendo las orejas hacia donde la madre y sus cachorros dormían contra la pared de la cueva—. No habrá espacio aquí cuando lleguen los guerreros.

—También necesitamos una guarida para los aprendices —señaló Estrella de Fuego—. Y una para los veteranos, el líder, el curandero…

—Bueno, tendremos un solo veterano, cuando Cielo se mude con nosotros. —Tormenta de Arena parpadeó pensativa—. Pero aún no hay líder, aparte de ti.

—¡No! Yo soy líder del *Clan del Trueno*. El Clan Estelar nos mostrará quién debe ser el líder del Clan del Cielo.

—Y el curandero —Tormenta de Arena agregó—. No puedes tener un Clan sin un curandero.

Estrella de Fuego murmuró que estaba de acuerdo. Sospechaba que buscar a un curandero podría ser incluso más difícil que hallar a un líder, y

aún no había empezado a abordar ese problema. Hasta la noche anterior, no había estado seguro de que habría un Clan.

Tuvo que apartar sus preocupaciones hasta el fondo de su mente cuando Hoja y Manchado aparecieron un poco más adelante en el pedregoso sendero, aullando a modo de saludo. Manchado parecía nervioso, pero las orejas de Hoja estaban aguzadas por la anticipación. Uno o dos latidos más tarde, Estrella de Fuego oyó pasos desde arriba, y Cereza, Boris y Hugo aparecieron desde lo alto del acantilado.

—Estamos listos para nuestra lección de caza —maulló Boris, con los ojos brillantes.

—Qué bueno. —Tormenta de Arena movió la cola con aprobación—. Seremos capaces de llevar a dos patrullas completas.

—¿Podemos liderarlas? —Cereza rebotó hacia delante para colocarse frente a Estrella de Fuego—. *¡Por favor!* Conocemos los mejores lugares para cazar presas.

—No, aún no son guerreros. —Estrella de Fuego no quería apagar el entusiasmo de los jóvenes gatos, pero tenían que acostumbrarse a cómo se hacían las cosas en un Clan—. No se preocupen —añadió cuando Cereza agachó las orejas, decepcionada—. Estarán liderando patrullas antes de que se den cuenta.

—Boris y Hoja, ustedes vienen conmigo —Tormenta de Arena dijo—. Levantaremos a Rasguño por el camino, y veremos que podemos encontrar en los arbustos río abajo. ¿Te parece bien, Estrella de Fuego?

—Bien. El resto de nosotros podemos cazar en la cima del acantilado.

Cuando Tormenta de Arena se fue con su patrulla, Estrella de Fuego guió a Cereza, Hugo y Manchado por el sendero y a través de los arbustos al borde del acantilado. El cielo brillaba por donde saldría el sol, pero aún no había señales de movimiento provenientes del Poblado de los Dos Patas.

—Vayamos en esa dirección —sugirió Estrella de Fuego, agitando la cola hacia el enorme granero de Dos Patas—. Todavía no he intentado cazar allí.

No mucho después estaba empezando a pensar que había tomado la decisión equivocada. Los árboles y arbustos cercanos a la cerca de la enorme guarida carecían extrañamente de presas. El olor a carroña y a ratas de la cerca hacía casi imposible percibir nada más en el aire.

—La patrulla de Tormenta de Arena va a atrapar muchas presas más —murmuró Cereza—. ¡Y Boris nunca me dejará olvidarlo!

Casi a punto de rendirse e irse a otra parte, Estrella de Fuego dejó de intentar rastrear presas para darle a Hugo y a Manchado su primera lección sobre la postura del cazador y la forma correcta de acechar. Hugo se concentró mucho, pero le costaba poner las ancas en la posición adecuada, mientras que Manchado lo hizo casi bien a la primera. Por supuesto, los proscritos habían estado cazando por su cuenta desde que eran cachorros; solo necesitarían aprender las habilidades de caza en grupo antes de ser tan buenos como cualquier guerrero del bosque.

—Muy bien —maulló Estrella de Fuego—. Quiero que imaginen que hay una presa debajo de ese arbusto de aulaga de allí. —Agitó la cola para indicarles a qué arbusto se refería—. Quiero ver cómo se acercan sigilosamente a ella.

Los tres gatos partieron. Observándolos con detenimiento, Estrella de Fuego admiró el elegante y controlado acecho de Cereza; había aprendido mucho desde la primera vez que lo había rastreado entre la maleza río abajo. Manchado se arrastraba con su pelaje gris rozando el suelo, e incluso Hugo parecía tener sus patas bajo control.

—Continúen, lo están haciendo muy bien —los animó Estrella de Fuego.

De repente, Manchado saltó con un siseo de asombro. Extendió una pata y Estrella de Fuego vio una pequeña forma marrón que se lanzaba al aire. Manchado la agarró cuando volvió a caer al suelo. Se volvió hacia Estrella de Fuego con un ratón colgando sin vida de sus fauces.

—¡Bien hecho! —dijo Estrella de Fuego—. Primera captura para ti.

—Creo que estaba medio dormido —Manchado admitió, dejando caer el ratón—. No tuvo ninguna oportunidad.

—Carne fresca es carne fresca, sin importar cómo la caces. —Estrella de Fuego comenzó a raspar el suelo con sus patas traseras—. Ahora lo enterraremos y nos lo llevaremos cuando estemos listos.

«*Lo cual no será dentro de mucho*», se prometió a sí mismo. No le gustaba esa parte del territorio; era demasiado callada, demasiado escasa de presas, y había algo en el enorme granero de los Dos Patas que lo incomodaba.

—Veamos sus posturas otra vez —maulló.

Hugo se había adelantado un poco a Cereza; la mascota atigrada casi había llegado al arbusto de aulaga cuando una ardilla salió disparada de debajo de las ramas y corrió hacia la seguridad de un grupo de hayas. Sorprendido, Hugo esperó un instante demasiado largo antes de perseguirla.

—¡Yo la atrapo! —aulló Cereza, pasando velozmente junto a Hugo con la cola ondeando al viento.

Hugo se detuvo, desconcertado.

La ardilla llegó al árbol con Cereza pisándole los talones y trepó por el tronco hasta llegar a la rama más baja.

—¡Te tengo!

Cereza se lanzó al aire, pero había calculado mal el salto. Le faltó un ratón de distancia a sus patas para alcanzar la rama y quedó suspendida en el aire, arañando frenéticamente, pataleando con las patas traseras y esparciendo trozos de hojas por todas partes, hasta que logró subirse a la rama. Mientras tanto, la ardilla había desaparecido entre las hojas más arriba en el árbol.

—¡Cagarrutas de ratón! —escupió Cereza.

Estrella de Fuego se acercó al pie del árbol y la miró. En silencio, pensó que el fracaso de la joven carey no le haría ningún daño, ya que necesitaba aprender a no presumir, pero no dijo nada para no molestarla. Ya parecía lo suficientemente frustrada.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—¡No! Estúpida ardilla, *debería* haberla atrapado.

—Fue mi culpa. —Hugo se acercó a Estrella de Fuego—. Debería haber sido un poco más rápido.

—No te preocupes. —Estrella de Fuego le tocó el hombro con la punta de la cola—. Esta es apenas tu primera lección. Lo estás haciendo bien.

Hugo no parecía convencido.

—Siento que los estoy decepcionando a todos. Nadie querrá cazar por mí si no puedo cazar por mí mismo.

Estrella de Fuego dejó descansar su cola sobre el hombro del gato atigrado un momento más.

—Así no es cómo funciona un Clan —explicó—. Recibirás tu parte del montón de carne fresca como cualquier otro guerrero. Y cazarás para ti y para el resto de nosotros muy pronto. —Mirando el rostro decepcionado de Hugo y el frustrado de Cereza, se giró y le hizo una señal a Manchado con la cola—. Trae ese ratón —le dijo—. Veremos si hay más presas cerca de la cima del acantilado.

Tal y como Estrella de Fuego había esperado, la caza era mejor en los arbustos que bordeaban el acantilado. En poco tiempo, la patrulla pudo regresar al desfiladero con una buena cantidad de presas. Hugo estaba

rebosante de orgullo por haber cazado su primer gorrión, con un salto que demostró que la mascota atigrada tenía sangre del Clan del Cielo.

Con las fauces llenas de carne fresca, Estrella de Fuego abrió camino hacia el desfiladero. El sol ya había salido y su cálida luz color miel se acumulaba en las rocas y deslumbraba en la suave curva del agua que brotaba de la oscuridad. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena habían guardado un pequeño montón de carne fresca cerca de la entrada de la cueva de los guerreros, pero ya no serviría. Tendrían que buscar un lugar protegido cerca de la orilla, donde todos los gatos pudieran ir a comer.

Mientras avanzaba por el sendero, Estrella de Fuego vio que Tormenta de Arena y su patrulla también habían regresado. Se detuvo, tensándose. Cerca del Montón de Rocas, Tormenta de Arena y Rasguño se enfrentaban con el pelaje de los cuellos erizados, como si estuvieran peleando. Hoja y Boris observaban con ansiedad, mientras que Trébol, a la orilla del agua, reunía a sus cachorros a su alrededor.

Estrella de Fuego recorrió a saltos los últimos tramos del sendero. Tormenta de Arena había depositado la carne fresca de su patrulla bajo un saliente al pie del Montón de Rocas; él añadió la suya antes de volverse hacia los dos gatos.

—Y yo te estoy diciendo que eso no es así —gruñó Tormenta de Arena, con los ojos verdes llenos de furia—. En un Clan, los veteranos y las reinas lactantes *siempre* comen primero.

Rasguño dio un azote con la cola.

—¡Eso es de cerebro de ratón! ¡Son los guerreros los que cazan las presas!

—No hay necesidad de discutir —interrumpió Trébol con suavidad—. No me molesta, pueden comer primero. Hay suficiente para todos.

—Esa no es la cuestión —Estrella de Fuego intervino.

Tormenta de Arena giró la cabeza rápidamente; estaba tan concentrada en Rasguño que no había oído llegar a Estrella de Fuego. Cuando lo vio, el pelaje de sus hombros comenzó a alisarse.

—¡Gracias al Clan Estelar que llegaste! Dile a esta estúpida bola de pelos…

Estrella de Fuego levantó la cola para hacerla callar. Lanzar insultos no iba a ayudar. A Rasguño le dijo:

—Tormenta de Arena tiene razón. El hecho de que los guerreros sean lo suficientemente fuertes como para cazar no significa que tengan derecho a comer primero.

—No es eso lo que quería decir —protestó Rasguño, con los ojos verdes muy abiertos por la indignación—. El Clan depende de sus guerreros. Deberían ser alimentados primero para que siempre estén lo suficientemente fuertes como para hacer frente a problemas inesperados. —Con una mirada hostil a Tormenta de Arena, añadió—: Algunos no quieren *escuchar*.

Para alivio de Estrella de Fuego, Tormenta de Arena no respondió. Acariciándole el pelaje para tranquilizarla, se acercó al gato rojizo.

—Sí, es importante que un Clan tenga guerreros fuertes. Pero el código guerrero no se basa solo en lo que es práctico. El honor es igual de importante. Hay que mostrar respeto a los veteranos y a las reinas lactantes, porque sin ellos el Clan no sobreviviría.

—El Clan del Cielo *no ha* sobrevivido —murmuró Rasguño con tono sombrío.

—Cierto, pero eso no es motivo para dejar de lado el código guerrero. Sea lo que sea lo que les haya ocurrido a los gatos originales del Clan del Cielo —Estrella de Fuego deseaba saber qué había ocurrido con ellos, pero no había tiempo para pensar en eso ahora— no fue culpa de los veteranos ni de las reinas lactantes. Debemos seguir honrándolos.

Rasguño dudó. Entonces giró la cabeza bruscamente y miró a Trébol con enojo.

—Está bien. Come.

Con aire muy avergonzado, Trébol pasó rápidamente junto a él hacia el montón de carne fresca, tomó un mirlo y lo llevó hasta donde sus cachorros estaban acurrucados junto al agua.

Tormenta de Arena soltó un suspiro y se acercó para decirle algo en voz baja a Hoja, que apoyó la punta de la cola con simpatía sobre el hombro de la gata melada. Estrella de Fuego hizo una señal a los demás gatos para que se acercaran y tomaran presas del montón, aunque él mismo no tenía mucho apetito. No podía evitar preguntarse cuántas discusiones más habría antes de que Rasguño y los demás comprendieran realmente el código guerrero.

El mediodía había llegado y se había ido mientras los gatos, bien alimentados, dormitaban al sol o se retiraban a la fresca sombra de las cuevas. Todos los gatos del nuevo Clan estaban allí; Estrella de Fuego

incluso había visto a Cielo caminando silenciosamente por el desfiladero y acurrucándose a la sombra de un árbol de espino.

Estrella de Fuego yacía junto a Tormenta de Arena, pasándole la lengua por el hombro larga y rítmicamente. Los ojos de Tormenta de Arena eran dos rendijas verdes, y un ronroneo retumbaba en lo profundo de su pecho.

—Siento haberme puesto de malhumor con Rasguño —murmuró—. Tú lo manejaste mucho mejor.

Estrella de Fuego le dio otra lamida antes de responder.

—Rasguño va a ser un buen guerrero. Pero tiene que comprender que el código guerrero es algo más que la fuerza. Con el tiempo aprenderá.

Tormenta de Arena suspiró.

—Así como Trébol tiene que aprender que un Clan es más que protección. —Golpeó afectuosamente con la cabeza el hombro de Estrella de Fuego—. Tendremos que enseñarles.

—Cierto. Y creo que sé por dónde empezar.

Se puso de pie sobre y arqueó el lomo en un largo estirón. Luego saltó hasta la cima del Montón de Rocas y aulló las palabras familiares:

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí, bajo el Montón de Rocas, para una reunión del Clan!

Cielo se incorporó y se sentó erguido, mirando a su alrededor como si no estuviera seguro de dónde provenía el llamado. Hoja y Manchado, que habían estado dormitando juntos a la orilla del agua, levantaron la cabeza y se sentaron para escuchar. Rasguño asomó la cabeza fuera de su cueva. Cereza y Boris bajaron corriendo por el sendero desde lo alto del acantilado, mientras que los cachorros de Trébol salieron emocionados de la guarida de los guerreros y bajaron saltando al desfiladero, seguidos más lentamente por su madre. En cuestión de latidos, todo el Clan se había reunido y se sentó alrededor del Montón de Rocas mirando a Estrella de Fuego.

—Gatos del Clan del Cielo —comenzó Estrella de Fuego. El orgullo le onduló el pelaje al dirigirse a estos gatos por el nombre de su Clan por primera vez—. Anoche se comprometieron con este Clan y con el código guerrero. Hoy, el Clan los honrará con sus nombres de Clan. Rasguño, Hoja, Hugo, Trébol y Manchado, por favor, vengan a colocarse al pie del Montón de Rocas.

Intercambiando miradas desconcertadas, los cinco gatos se levantaron y se acercaron a la base de las rocas. Los cachorros de Trébol intentaron

seguirla, pero Tormenta de Arena los detuvo suavemente con un movimiento de su cola.

Estrella de Fuego bajó con cuidado por las rocas hasta situarse frente al grupo de gatos. Nunca antes se había celebrado una ceremonia guerrera como esta, y tenía que hacerlo bien para que tuviera significado para sus antepasados guerreros, si es que alguno estaba observando.

—Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno y mentor del Clan del Cielo, solicito a sus antepasados guerreros que que observen a estos gatos —comenzó—. Tienen un verdadero deseo de aprender las costumbres de su noble código guerrero, y se los encomiendo a la vez como guerreros. —Acercándose a Rasguño, continuó—: Rasguño, ¿prometes respetar el código guerrero, y proteger y defender a este Clan, incluso a costa de tu vida?

Rasguño dudó; Tormenta de Arena se deslizó detrás de él y le susurró:

—Di «Sí, lo prometo».

—Sí, lo prometo —maulló Rasguño, con la mirada fija en Estrella de Fuego.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te otorgo tu nombre de guerrero. Rasguño, a partir de este momento serás conocido como Garra Afilada. El Clan Estelar confía en que darás todo tu coraje y fuerza al nuevo Clan.

Garra Afilada parpadeó y luego bajó la cabeza. Estrella de Fuego se inclinó para apoyar el hocico entre las orejas del nuevo guerrero.

—Lámele el omóplato —ordenó Tormenta de Arena.

Garra Afilada obedeció y dio un paso atrás.

—Ahora le damos la bienvenida al Clan gritando su nombre —maulló Tormenta de Arena—. ¡Garra Afilada! ¡Garra Afilada!

El resto del Clan la siguió, Cereza gritaba «¡Garra Afilada!» a todo pulmón y saltaba de arriba abajo con entusiasmo.

Estrella de Fuego le dio a Manchado su nombre guerrero, Patas Manchadas, y Trébol pasó a llamarse Cola de Trébol. Cuando se volvió hacia Hugo, vio duda y miedo en los ojos del minino doméstico, y temió que cuando le pidiera que prestara juramento se echara atrás.

—Hugo, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y defender a este Clan, incluso a costa de tu vida?

Hugo tragó saliva; su voz temblaba cuando respondió:

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te concedo tu nombre de guerrero. Hugo, a partir de este momento serás conocido como Bigotes

Cortos. El Clan Estelar confía en que dedicarás toda tu fuerza y sabiduría a la construcción de este nuevo Clan.

Mientras hablaba, vio cómo la duda se desvanecía de los ojos de Bigotes Cortos y era sustituida por determinación. Estrella de Fuego sabía que sería un buen guerrero cuando aprendiera a confiar en sí mismo.

Finalmente, se volvió hacia Hoja. Ella había esperado en silencio, saludando a cada uno de sus nuevos compañeros de Clan por sus nombres de guerrero, y él quedó impresionado por la intensidad de su mirada cuando le habló. Ella no dudó ni un instante y maulló:

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te doy tu nombre de guerrera. Hoja, a partir de este momento serás conocida como Hoja Moteada. El Clan Estelar confía en que dedicarás toda tu inteligencia y lealtad a la construcción de este nuevo Clan.

Los ojos ámbar de Hoja Moteada brillaron cuando Estrella de Fuego apoyó el hocico sobre su cabeza.

Cuando el Clan terminó de llamar a Hoja Moteada por su nuevo nombre, Estrella de Fuego levantó la cola para llamar a Cereza y Boris. Cereza se apresuró a acercarse, con los ojos brillantes de entusiasmo, pero Boris dudaba, como si se diera cuenta más claramente que su hermana del gran paso que estaban a punto de dar.

—Es hora de añadir dos nuevos aprendices al Clan —maulló Estrella de Fuego—. A partir de hoy —comenzó, tocando a Cereza en el hombro con la punta de la cola—, esta aprendiza se llamará Zarpa de Cereza. Garra Afilada, tienes mucho que enseñar a una aprendiza, así que tú serás su mentor.

Zarpa de Cereza giró la cabeza rápidamente y miró fijamente a Garra Afilada.

—¿Eso significa que tengo que hacer lo que él dice?

—Sí, así es —contestó Tormenta de Arena con tono cortante—. Toca su nariz con la tuya.

Garra Afilada dio un paso adelante; Zarpa de Cereza estiró el cuello, le dio un rápido golpecito en la nariz y volvió a retroceder.

—¿Y si *no hace* lo que le digo? —preguntó Garra Afilada, mirando a su nueva aprendiza—. ¿Qué hago entonces?

Los ojos de Tormenta de Arena chispearon.

—Lo que tú quieras.

—Dentro de lo razonable —añadió rápidamente Estrella de Fuego, moviendo las orejas hacia su pareja—. Para empezar, será mejor que nos

preguntes a mí o a Tormenta de Arena si necesitas castigarla. Te diremos lo que suele ocurrir en nuestro Clan.

Volviéndose hacia Boris, que había estado escuchando con aprensión, le tocó el hombro al joven atigrado.

—A partir de hoy, este aprendiz será conocido como Zarpa de Gorrión. Hoja Moteada, tú serás su mentora y compartirás tu experiencia con él.

El recién nombrado Zarpa de Gorrión se adelantó para tocar el hocico de Hoja Moteada, pero durante un instante la gata se contuvo, con los ojos preocupados.

—Lo siento, Estrella de Fuego, pero no creo que pueda hacerlo —ella maulló—. Soy muy nueva en la vida de Clan. ¿Cómo voy a entrenar adecuadamente a un aprendiz?

—No te preocupes —respondió él—. Tormenta de Arena y yo te ayudaremos. Durante un tiempo, todos aprenderán juntos.

Los ojos de Hoja Moteada brillaron de alivio, y dio un paso adelante para entrechocar narices con Zarpa de Gorrión.

—Lo haré lo mejor que pueda —le prometió.

El resto del Clan dio la bienvenida a los dos aprendices llamándolos por sus nombres, mientras Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión escuchaban con los ojos brillantes.

—¿Y nosotros qué? —preguntó Brinco, levantándose de un salto de donde estaba sentado junto a su madre, Cola de Trébol—. ¿Por qué no podemos ser aprendices?

—Nosotros también queremos nombres de Clan —añadió su hermana Diminuta.

—No pueden ser aprendices hasta que tengan seis lunas —explicó Estrella de Fuego.

—¡Pero eso será dentro de *mucho* tiempo! —se quejó Peñasco, moviendo su corta cola negra.

Estrella de Fuego intercambió una mirada con Tormenta de Arena, y vio que sus ojos verdes resplandecían de diversión.

—Muy bien —maulló, haciendo señas con la cola—. Vengan aquí. Aún no pueden ser aprendices, pero pueden tener nombres de Clan.

Los tres cachorros corrieron hacia él, tropezando con sus propias patas en su entusiasmo. Cuando se detuvieron frente a él, temblando de emoción, Estrella de Fuego tocó a cada uno con la cola en la parte superior de la cabeza.

—A partir de ahora, estos cachorros serán conocidos como Pequeño Peñasco, Pequeño Brinco y Pequeña Diminuta.

—¡Pequeño Peñasco! ¡Pequeño Brinco! ¡Pequeña Diminuta! —aulló Hoja Moteada, y el resto del Clan resonó con cálidos ronroneos de afecto.

Los tres cachorros regresaron junto a su madre con la cola en alto.

—¿Y qué hay del líder del Clan? —preguntó Garra Afilada—. No te vas a quedar aquí para siempre, ¿verdad?

Estrella de Fuego se preguntaba si Garra Afilada albergaba esperanzas de convertirse en el nuevo líder del Clan del Cielo. Era fuerte, conocía bien la zona y no tenía miedo de asumir el mando. Pero Estrella de Fuego no se sentía seguro a la hora de decidir qué gato debía liderar el nuevo Clan; sin duda, esa era una tarea para sus antepasados guerreros, ¿no?

—No funciona así —le dijo a Garra Afilada—. No es mi trabajo elegir un líder. El *Clan Estelar* lo hará.

Garra Afilada entrecerró los ojos y preguntó con incredulidad:

—¿Cómo?

—Nos enviarán una señal —Estrella de Fuego explicó.

Garra Afilada soltó un bufido, pero no dijo nada más.

—Ahora tengo un nombre más que dar —anunció Estrella de Fuego, aliviado de que la cuestión del liderazgo hubiera quedado zanjada por el momento. Se volvió hacia donde Cielo estaba sentado a la sombra del acantilado—. Cielo, ven aquí, por favor.

El viejo gato se puso de pie y avanzó. Cuando Cielo se detuvo frente a él, Estrella de Fuego inclinó la cabeza en señal de respeto por todo lo que el viejo gato había hecho para preservar la memoria del Clan del Cielo.

—Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno y mentor del Clan del Cielo, solicito a sus antepasados guerreros que observen a este gato. Ha servido al código guerrero durante toda su vida, y es gracias a él que este Clan está aquí hoy. Por esa razón, no le pido ninguna promesa, ya que es un verdadero guerrero. Cielo, a partir de hoy serás conocido como Vigilante del Cielo, en memoria de tu fe y tu dedicación al Clan del Cielo.

Un destello de alegría brilló en los ojos claros del viejo gato.

—¡Vigilante del Cielo! ¡Vigilante del Cielo!

Vigilante del Cielo miró fijamente a los ojos de Estrella de Fuego.

—Gracias. Nunca imaginé que esto sucedería. Es… espero que mis antepasados puedan verme ahora.

—Estoy seguro de que pueden —le dijo Estrella de Fuego.

Acercándose, Vigilante del Cielo le susurró al oído:

—Ven a mi guarida esta noche. Hay algo que debo contarte.

* * *

La luz de la luna bañaba las rocas mientras Estrella de Fuego subía por el desfiladero. No podía quitarse de encima una sensación de inquietud, pero esta vez no tenía nada que ver con sensaciones de hostilidad o con el destello de unos ojos brillantes y fríos entre la maleza. ¿Qué quería decirle el viejo gato que no pudiera haberse dicho en la reunión junto al Montón de Rocas? ¿Por qué había insistido en volver a su guarida bajo las raíces del árbol, en lugar de mudarse con el Clan, donde podría ser tratado con todo el respeto que merecía un veterano?

Encontró el sinuoso sendero detrás de la roca y comenzó a seguirlo por la ladera del desfiladero. Una fría brisa le alborotó el pelaje, recordándole que los cálidos días de la estación de la hoja verde pronto llegarían a su fin. Mientras subía por el empinado sendero, vio la silueta borrosa de un pelaje gris bajo el árbol espinoso y encontró a Vigilante del Cielo agazapado a la entrada de su guarida con las patas metidas debajo del cuerpo.

—Me has pedido que viniera.

Durante unos instantes, Vigilante del Cielo lo miró fijamente con ojos como profundos estanques de agua.

—Quiero darte las gracias —maulló solemnemente—. Has reconstruido el Clan perdido.

—No hay por qué agradecer —Estrella de Fuego respondió—. Solo hice lo que tenía que hacer.

Vigilante del Cielo asintió con la cabeza, parpadeando pensativo.

—¿Crees que has sido un buen líder para el Clan del Trueno?

La pregunta sorprendió a Estrella de Fuego, y al principio no supo muy bien cómo responder.

—No lo sé —maulló por fin—. No ha sido fácil, pero siempre he intentado hacer lo correcto para mi Clan.

—Nadie dudaría de tu lealtad —coincidió Vigilante del Cielo—. Pero, ¿hasta dónde llegaría?

Desconcertado, Estrella de Fuego permaneció en silencio. ¿Por qué Vigilante del Cielo le preguntaba por el Clan del Trueno?

—Se avecinan tiempos difíciles —continuó Vigilante del Cielo—, y tu lealtad será puesta a prueba hasta el límite. A veces, el destino de un gato no es el destino de todo el Clan.

Estrella de Fuego ladeó la cabeza. Nada de lo que decía Vigilante del Cielo tenía sentido. ¿El Clan del Trueno estaba en problemas? Los había dejado en paz, pero eso había sido hacía varias lunas. ¿Qué le pasaría a un Clan sin líder con rivales como el Clan de la Sombra cerca?

Vigilante del Cielo se puso de pie; sus ojos brillaban con el reflejo de la luz de la luna. Por un instante, Estrella de Fuego estuvo seguro de ver el destello de las estrellas enredado en su pelaje. La voz del viejo gato era suave, pero cargada de poder, más fuerte que antes.

—Tu Clan está a salvo por ahora. Pero habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus patas.

Estrella de Fuego miró fijamente al viejo guerrero.

—No lo entiendo. ¿Por qué me estás contando esto?

No hubo respuesta, salvo un ligero movimiento de las orejas de Vigilante del Cielo.

—¡Debes contarme más! —protestó Estrella de Fuego—. ¿Cómo puedo decidir qué debo hacer si no me lo explicas?

El viejo gato respiró hondo, pero cuando habló solo fue para decir:

—Adiós, Estrella de Fuego. En las estaciones venideras, recuérdame. —Agitó la cola, una clara indicación de que Estrella de Fuego debía irse.

Estrella de Fuego lo miró impotente durante un momento más antes de darse la vuelta y alejarse a trompicones por el camino que llevaba fuera de la guarida. Sentía frío en todo el cuerpo. Las palabras de Vigilante del Cielo tenían el inconfundible tono de una profecía del Clan Estelar, pero Estrella de Fuego no tenía ni idea de a qué se referían. «*Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus patas*». Estrella de Fuego no tenía parientes en el Clan del Trueno, excepto Nimbo Blanco así que, ¿quiénes podían ser los tres?

Cuando se acercó al Montón de Rocas, escuchando el murmullo incesante del río, se detuvo y levantó la mirada hacia el Manto Plateado. En el bosque, la luz de sus antepasados guerreros lo reconfortaba, pero ni siquiera podía estar seguro de que ellos caminaran por esos cielos extraños.

—¿Me pueden oír? —susurró—. Estrella Azul, Jaspeada, Fauces Amarillas, si me están escuchando, por favor, ayúdenme a mantener al Clan del Trueno a salvo de lo que se avecina.

CAPÍTULO 26

Estrella de Fuego durmió intranquilo y se despertó al amanecer para descubrir que el cielo estaba cubierto de nubes. Soplaba una brisa fuerte y algunas hojas caían revoloteando desde los arbustos de la cima del acantilado. La estación de la caída de la hoja no podía estar lejos. Tras acicalarse rápidamente, intentó olvidar los temores de la noche anterior. El significado de la profecía de Vigilante del Cielo estaba oculto en las lunas venideras. Ahora no podía hacer nada al respecto.

Cola de Trébol y sus cachorros finalmente se habían instalado en la maternidad, dejando espacio para que los nuevos guerreros del Clan del Cielo compartieran la gran cueva con Estrella de Fuego y Tormenta de Arena. Impaciente por hacer algo, Estrella de Fuego cruzó la cueva y le dio un toque a Garra Afilada con una pata.

—¿Qué…? —Garra Afilada levantó la cabeza y parpadeó.

—Es hora de la patrulla del alba —anunció Estrella de Fuego.

Garra Afilada gruñó, luego se levantó de su lecho y se sacudió los restos de musgo y helechos del manto, mientras Estrella de Fuego despertaba a Hoja Moteada.

—Iremos a buscar a Zarpa de Cereza y a Zarpa de Gorrión y patrullaremos las fronteras —explicó.

Hoja Moteada parecía desconcertada.

—No tenemos fronteras.

—Vamos a establecer algunas.

Los guió por el sendero hasta la cueva que habían elegido como guarida para los aprendices, preguntándose cómo habrían pasado Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión su primera noche lejos de sus Dos Patas. Recordó cómo los había instalado la noche anterior, ayudándolos a traer musgo de la cueva junto al río y arreglarlo para formar cómodos lechos.

Los ojos de Zarpa de Gorrión se habían agrandado por la ansiedad a medida que el sol se ponía y la noche se deslizaba hacia el desfiladero.

—Me pregunto cómo se sentirán nuestros dueños —murmuró.

Zarpa de Cereza le había dado un lametón de consuelo.

—Ellos estarán bien, y nosotros también. Ahora somos gatos de Clan.

Pero Estrella de Fuego había notado que la punta de su cola se movía nerviosamente y sabía que ella no estaba tan segura como pretendía parecerlo.

Cuando él y los demás guerreros llegaron a la entrada de su cueva esa mañana, Zarpa de Cereza salió disparada, con el pelaje erizado.

—¿Vamos a cazar? —preguntó ella—. ¡Me muero de hambre!

—Los veteranos y las reinas comen primero —le recordó Garra Afilada, mirando a Estrella de Fuego.

—Así es, pero Tormenta de Arena liderará más tarde una patrulla de caza para el resto del Clan —Estrella de Fuego maulló—. Nosotros somos la patrulla del alba y podemos cazar algunas presas por el camino.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó Zarpa de Cereza.

—Claro —respondió Estrella de Fuego—. Solo las patrullas de caza tienen que traer su carne fresca al Clan.

—Bien. —Zarpa de Gorrión asomó la cabeza por la entrada de la guarida detrás de su hermana—. ¡Vamos allá!

Estrella de Fuego lideró el camino por el desfiladero, pasando por el sendero que conducía a la guarida de Vigilante del Cielo, hasta llegar a las rocas donde habían salvado a Cola de Trébol y a sus cachorros del zorro. Se preguntó si los primeros guerreros del Clan del Cielo habrían establecido sus límites en algún lugar cercano; supuso que habrían marcado un territorio más grande que el que necesitaba ahora el nuevo Clan del Cielo, con menos bocas que alimentar y menos guerreros para proteger las fronteras.

—Colocaremos aquí las primeras marcas de olor —explicó—. Así, cualquier gato que pase por aquí sabrá que este es nuestro territorio. Si se renuevan las marcas con frecuencia, al cabo de unas cuantas lunas se acumulará un olor muy fuerte.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo desde las orejas hasta la punta de la cola. Cuando llegó al bosque por primera vez, las fronteras del Clan del Trueno llevaban establecidas más temporadas de las que ningún gato podía recordar. Las decisiones que tomara ahora afectarían al Clan del Cielo durante las próximas estaciones.

—¿Los otros gatos respetan las fronteras? —preguntó Hoja Moteada.

Era una buena pregunta, pensó Estrella de Fuego. Los gatos de los otros Clanes se lo pensarían dos veces antes de cruzar las fronteras, pero en aquel lugar remoto no había otros Clanes.

—Podrían tener problemas con proscritos… —comenzó a decir.

—Pronto les enseñaremos a mantenerse alejados de nuestro territorio —interrumpió Garra Afilada, flexionando las garras.

—O conseguiremos que se unan a nosotros —sugirió Hoja Moteada en voz baja—. Nosotros mismos éramos proscritos no hace mucho.

Cuando colocaron las primeras marcas, Estrella de Fuego encontró un sendero que conducía a la cima del acantilado, en el lado opuesto al campamento. Los gatos se dirigieron de nuevo río abajo por la parte superior del desfiladero.

—Este es un buen lugar para dejar otra marca de olor —maulló Estrella de Fuego, señalando con la cola una roca que sobresalía del fino suelo a un par de colas de distancia del borde del acantilado—. Siempre es buena idea dejar una marca que se pueda ver, además del olor. Así es más fácil recordar dónde están.

—¿Puedo hacerlo yo? ¿Por favor? —Zarpa de Cereza saltó hacia la roca.

—De acuerdo. Ya has visto lo que he hecho. Alcánzanos cuando hayas terminado.

Mientras Zarpa de Cereza marcaba el lugar, Estrella de Fuego condujo al resto de gatos más allá del acantilado hasta que divisaron el bosque donde había hablado con los proscritos. Zarpa de Cereza se acercó saltando mientras esperaban a que Zarpa de Gorrión marcara otro lugar donde el borde del acantilado se desmoronaba.

—Quiero incluir una parte del bosque en el territorio —maulló Estrella de Fuego—. Es el mejor lugar para cazar presas. Pero no quiero molestar a los proscritos que no se unieron a nosotros. No buscamos pelea.

Hoja Moteada asintió con la cabeza.

—Si mantenemos buenas relaciones con ellos, algunos podrían cambiar de opinión.

Estrella de Fuego dejó que Garra Afilada tomara la delantera cuando llegaron a los árboles. Los dos aprendices nunca habían estado en un bosque tan espeso; abrieron mucho los ojos y Zarpa de Cereza soltó un chillido de emoción antes de taparse la boca con la cola y mirar a Garra Afilada con aire culpable.

—Así mismo, asusta a todas las presas del bosque —refunfuñó Garra Afilada.

Estrella de Fuego miró al guerrero rojizo, esperando que no fuera demasiado duro con una aprendiza que tenía menos experiencia que un gato de Clan de su edad. Pero Zarpa de Cereza no parecía afectada; ya había visto un mirlo picoteando debajo de un arbusto y había empezado a acercarse sigilosamente.

Hoja Moteada agitó la cola hacia Zarpa de Gorrión.

—Tú también puedes cazar, si quieres.

Zarpa de Gorrión aguzó las orejas y se quedó olfateando el aire antes de acechar entre el pasto alto a alguna presa que Estrella de Fuego no podía ver.

—Sugiero que nos dirijamos al arroyo —maulló Garra Afilada, sin perder de vista a su aprendiza—. Si lo convertimos en la frontera, las guaridas de Pelaje Lluvioso y Liquen quedarán fuera de nuestro territorio.

—¿Y qué hay de Enredo? —preguntó Estrella de Fuego, recordando al viejo atigrado malhumorado.

Hoja Moteada soltó un leve ronroneo de diversión.

—Enredo cambia de guarida cada luna. Si no le gusta estar dentro de nuestro territorio, puede mudarse fuera de él.

Estrella de Fuego asintió. La idea de Garra Afilada era buena, pero se recordó a sí mismo que debía decirles a los guerreros que no atacaran a los proscritos si los encontraban en territorio del Clan del Cielo, a menos hasta que hubieran tenido tiempo suficiente para acostumbrarse a la idea de la presencia del Clan en el bosque.

—Entonces, que sea el arroyo —maulló.

En ese momento, Zarpa de Cereza dio un enorme salto y atrapó al mirlo en el aire cuando este intentaba escapar volando. Tras caer de nuevo al suelo, trotó de vuelta con su presa entre las fauces y la depositó a las patas de Garra Afilada.

—Para ti —maulló, inclinando la cabeza respetuosamente—. Puedo atrapar otro pronto.

Garra Afilada la miró a ella y a la presa.

—Gracias —logró decir—. Buena captura.

Con los ojos brillantes y la cola en alto, Zarpa de Cereza se alejó de nuevo.

Para no quedarse atrás, Zarpa de Gorrión llevó su primera presa, un ratón, a Hoja Moteada, antes de salir a cazar su propia comida. Estrella de Fuego se alegró de verlos intentar comportarse como gatos de Clan, y decidió no decirles que los aprendices no solían cazar presas para sus mentores. Él cazó una ardilla para sí mismo con un salto que casi habría sido digno del Clan del Cielo.

Cuando terminaron de comer, Garra Afilada los guió hacia el arroyo. Antes de llegar, Zarpa de Cereza agitó la cola con entusiasmo al ver un árbol muerto que se alzaba solitario en un claro.

—¡Es un buen lugar para poner una marca!

Estrella de Fuego se detuvo.

—Está bien, pero creo que este sería mejor. —Asintió con la cabeza hacia un roble cubierto de hiedra en el borde más cercano del claro.

—¿Por qué? —preguntó Zarpa de Gorrión—. Tendríamos más territorio si usáramos el árbol muerto.

—Sí, pero no hay refugio en el claro —Estrella de Fuego explicó. Una oleada de emoción lo invadió. ¿Eran estas las decisiones que los guerreros del Clan del Trueno habían tomado en el bosque hacía tanto tiempo?—. No hay refugio para las presas, ni para ustedes, si hay zorros o tejones cerca.

—Tiene sentido. —Garra Afilada se acercó al roble y colocó allí una marca.

Siguiendo el curso del río, los gatos llegaron a la cima del acantilado y bajaron hasta donde el tronco caído cruzaba el río. Estrella de Fuego tomó la iniciativa una vez más, cruzando al otro lado del desfiladero y subiendo por el acantilado hacia el Poblado de los Dos Patas, dejando una marca de olor junto al tocón del árbol y la guarida abandonada del zorro que, según le había dicho Vigilante del Cielo, marcaba la antigua frontera. A continuación, la patrulla bordeó el Poblado de los Dos Patas hasta llegar al granero situado al final de la hilera. Estrella de Fuego sintió que su pelaje comenzaba a erizarse de nuevo al acercarse; no le gustaba aquel lugar y nunca le gustaría, pero al menos ahora estaba fuera de las fronteras del Clan del Cielo.

Finalmente, condujo a su patrulla de vuelta al campamento por una ruta que atravesaba la mayor parte de la maleza de la cima del acantilado. Supuso que el sol estaba casi en su punto más alto, aunque las nubes aún cubrían el cielo y el viento olía a lluvia.

Cuando la patrulla se acercó a los arbustos, Tormenta de Arena apareció con un ratón entre las fauces.

—Hola —maulló, dejando caer a su presa—. Pensé que se habían ido de patrulla.

—¡Hemos establecido las fronteras! —anunció Zarpa de Cereza con orgullo.

—Bien. —Tormenta de Arena movió los bigotes en señal de aprobación—. Tendrán que decirnos al resto dónde están.

—Durante los próximos días, todos pueden empezar a patrullar —dijo Estrella de Fuego—. Veo que has estado cazando —añadió, señalando con la cola al ratón.

—Sí, hay muchas presas —contestó Tormenta de Arena—. Patas Manchadas ya es un buen cazador, y Bigotes Cortos está progresando muy bien.

A Estrella de Fuego le alegró oír eso. Unos cuantos éxitos le darían al antiguo gato doméstico la confianza que tanto necesitaba.

—Solo hay una cosa que me preocupa —continuó Tormenta de Arena en voz baja, dirigiéndose solo a Estrella de Fuego—. Esta mañana no ha habido ni rastro de Vigilante del Cielo.

La aprensión se apoderó profundamente de Estrella de Fuego. La mención de Vigilante del Cielo le recordó el extraño estado de ánimo del viejo gato la noche anterior y las ominosas palabras de su profecía.

—Creo que deberías ir a ver cómo está —le instó su pareja—. Debería estar aquí, en el campamento, no atrapado ahí fuera en esa excusa de guarida.

—Iré ahora mismo —maulló Estrella de Fuego.

Bajó con cuidado por el sendero pedregoso y se dirigió hacia el desfiladero. Recordando lo que Tormenta de Arena había dicho sobre el zorro, mantuvo todos sus sentidos alerta. Vigilante del Cielo era un gato viejo y noble, pero no sería rival para un depredador fuerte y decidido. Sin embargo, no había rastro del olor del zorro.

Cuando llegó al sendero detrás de la roca, había comenzado a caer una fina llovizna que penetraba en su pelaje como garras heladas. Al acercarse a la guarida, no vio al viejo guerrero por ninguna parte. «*Quizás haya salido a cazar…*».

Al acercarse, vio un pelaje gris medio oculto tras las raíces del árbol espinoso.

—¡Vigilante del Cielo! —llamó.

No hubo respuesta.

Cuando se detuvo a la entrada de la guarida, pudo ver al viejo gato acurrucado en el fondo, pegado a la pared de tierra con una maraña de raíces sobre la cabeza.

—¿Vigilante del Cielo? —repitió Estrella de Fuego.

El guerrero gris no se movió. Estrella de Fuego contuvo el aliento al comprender de repente mientras agachaba la cabeza para entrar en la guarida y daba un par de pasos que lo llevaron hasta Vigilante del Cielo. El viejo gato estaba inmóvil y, cuando Estrella de Fuego le puso suavemente una pata en el hombro, lo notó frío. De alguna manera parecía más pequeño que cuando había estado vivo.

El dolor le desgarró el corazón a Estrella de Fuego. Quizás el viejo gato se había aferrado a la vida solo hasta poder ver restaurado al Clan del Cielo. Estrella de Fuego esperaba que hubiera muerto feliz, sabiendo que sus sueños se habían cumplido.

—Adiós, amigo mío. —La voz se le atragantó en la garganta mientras acariciaba con la cola la cabeza del viejo guerrero—. Que el Clan Estelar ilumine tu camino.

Estrella de Fuego saltó a la cima del Montón de Rocas y miró desde allí a los gatos del Clan del Cielo. Cola de Trébol estaba estirada junto al arroyo con sus cachorros jugaban a su alrededor, mientras que Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión comían junto al montón de carne fresca. Garra Afilada y Patas Manchadas luchaban juntos al pie del acantilado en un combate de entrenamiento. Tormenta de Arena estaba sentada cerca, observándolos y ofreciendo algunos comentarios sobre su técnica. El corazón de Estrella de Fuego estaba oprimido por la noticia que tenía que darles.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí, bajo el Montón de Rocas, para una reunión del Clan! —aulló.

Garra Afilada y Patas Manchadas se separaron y se sentaron con las orejas erguidas. Los dos aprendices tragaron su carne fresca y levantaron la vista, con los ojos brillantes de curiosidad. Hoja Moteada comenzó a bajar con cuidado desde lo alto del acantilado y se unió a Bigotes Cortos cuando este salió de la guarida de los guerreros.

—Tengo malas noticias que contarles —maulló Estrella de Fuego cuando todo el Clan se hubo reunido—. Vigilante del Cielo ha muerto.

Durante un instante se hizo el silencio, salvo por los alegres chillidos de los cachorros de Cola de Trébol, que jugaban junto a su madre. Cola de Trébol los acercó a ella con la cola.

—Silencio —maulló—. Estrella de Fuego nos está contando algo muy triste.

—Son malas noticias —asintió Garra Afilada, flexionando las garras contra la roca—. El Clan será más débil sin su experiencia para guiarnos.

La cola de Estrella de Fuego se crispó; la pena por el viejo gato lo invadió de nuevo al ver que la mayoría de los gatos del Clan se miraban entre sí inexpresivos. Pudo ver que pocos de ellos sentían una verdadera sensación de pérdida.

Tormenta de Arena se acercó a él cuando volvió a bajar del Montón de Rocas y le empujó el hocico contra el pelaje del hombro.

—No puedes culparlos —murmuró—. Apenas conocían a Vigilante del Cielo y acababan de darse cuenta de que no era un viejo loco molesto.

—Lo sé. —Estrella de Fuego suspiró—. Pero tienen que comprender lo mucho que hizo por este Clan.

Le pidió a Patas Manchadas que le ayudara a él y a Tormenta de Arena a traer el cuerpo del viejo gato al campamento para enterrarlo. El resto del Clan se reunió a su alrededor mientras lo depositaban con cuidado al pie del Montón de Rocas.

—Recuerden que deben permanecer despiertos toda la noche —les dijo Cola de Trébol a sus hijos, manteniendo a las curiosas criaturas a raya con la cola—. No deben dormirse, pase lo que pase.

—No, está bien —dijo Estrella de Fuego, sorprendido de que la exsolitaria hubiera oído hablar de la costumbre de velar a los muertos—. Los cachorros no necesitan permanecer despiertos.

Cola de Trébol lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos por la alarma y el pelo del cuello erizado.

—¿Quieres que mis hijos mueran? —chilló.

—¿Qué? —Estrella de Fuego estaba desconcertado—. Tus hijos no corren ningún peligro.

Bigotes Cortos se estremeció.

—No, Cola de Trébol tiene razón. Tienes que permanecer despierto la noche en que muere un gato; de lo contrario, tú también morirás. Mi madre me lo dijo.

—Es cierto —Garra Afilada maulló—. ¿Se acuerdan de Astuto? Se fue a dormir la noche en que murió su hermano y, un par de días después, un monstruo lo atrapó.

—Sí, me acuerdo —Hoja Moteada intervino.

—Pero eso no es cierto —Estrella de Fuego dijo con firmeza, al ver que los antiguos gatos domésticos se miraban entre sí con ansiedad. Más tarde hablaría con los proscritos sobre esta intrigante superstición que debía de haber surgido de las tradiciones del Clan, aunque el Clan en sí hubiera caído en el olvido—. Nos quedamos despiertos, sí, pero solo para honrar al gato caído en su viaje al Clan Estelar. No tiene nada que ver con creer que moriremos si no lo hacemos.

—No todos los gatos velan durante toda la noche —continuó Tormenta de Arena—. Solo aquellos que eran más cercanos al gato fallecido. Pero esta noche creo que todo el Clan debería hacerlo, porque no somos muchos.

—Somos parientes suyos, ¿no? —preguntó Zarpa de Gorrión—. Los que tenemos sangre del Clan del Cielo.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza.

—Sí, lo son. Todos lo velaremos y por la mañana lo enterraremos. Normalmente son los veteranos quienes lo hacen, pero Tormenta de Arena y yo lo haremos por Vigilante del Cielo.

—Me gustaría ayudar —maulló Zarpa de Cereza; la joven carey parecía inusualmente apagada—. Nunca le dijimos que lamentábamos ponerle apodos.

—Ojalá se lo hubiéramos dicho —Zarpa de Gorrión añadió con tristeza.

Tormenta de Arena le tocó la oreja con el hocico.

—Creo que él lo sabía. Vio cómo se convertían en aprendices del Clan, y eso era lo que más deseaba en la vida: ver cómo su Clan volvía a ser fuerte.

A medida que el sol se ponía y las sombras llenaban el desfiladero, el Clan se reunió para la vigilia de Vigilante del Cielo. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se agacharon más cerca de él que el resto, hundiendo las narices en su frío pelaje gris. Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión se sentaron un poco más apartados, con el resto del Clan. Cola de Trébol dudó, pero se acomodó al pie del acantilado con sus cachorros acurrucados en su pelaje, como si fueran a dormir como de costumbre. Bigotes Cortos parecía muy ansioso, y Estrella de Fuego se preguntó si se había sentado deliberadamente sobre una piedra afilada para evitar quedarse dormido.

La última luz del día se desvaneció del cielo; las nubes se habían despejado y los guerreros del Clan Estelar comenzaron a aparecer en lo alto. Después de un rato, Estrella de Fuego se dio cuenta de que el Clan se

estaba inquietando. Podía oír movimientos y murmullos detrás de él. Zarpa de Cereza soltó un enorme bostezo y cerró los ojos; se despertó de golpe cuando Zarpa de Gorrión le dio un codazo en el costado.

Entonces Estrella de Fuego oyó la voz de Cola de Trébol susurrándole al oído:

—Lo siento, Estrella de Fuego, está empezando a hacer frío y, si estás seguro de que es seguro dormir, me gustaría llevar a mis hijos de vuelta a la cueva.

—Está bien —murmuró él.

Cuando ella se retiró, oyó que otro gato se levantaba y la seguía por el sendero pedregoso; al mirar hacia atrás, vio que era Garra Afilada. Bigotes Cortos y Patas Manchadas maullaban en voz baja entre ellos; tras unos latidos, Bigotes Cortos se alejó, pero solo para sentarse solo en una roca unos zorros de distancia más arroyo abajo. Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión, a pesar de sus buenas intenciones, se habían quedado dormidos. Solo quedaba Hoja Moteada, con la mirada fija en las estrellas.

Estrella de Fuego contuvo un suspiro. Estos gatos no entendían bien lo que significaba vivir la vida de un guerrero y seguir el código guerrero. Tendrían que aprender la importancia de las vigilias, entre tantas otras cosas, antes de convertirse realmente en un Clan. Pero al menos parecían confiar en él cuando les dijo que no morirían si se quedaban dormidos esa noche. Quizás había sido más fácil mantenerse despiertos cuando llevaban una vida menos ordenada, sin patrullas al alba, patrullas de caza y tareas en las cuevas que los agotaban.

Estirando sus rígidas extremidades, contempló el fuego helado del Manto Plateado y se preguntó cuál de esos puntos brillantes era el espíritu de Vigilante del Cielo. «*¿Has encontrado el camino hacia los ancestros guerreros del Clan del Cielo?*». Esperaba que así fuera; si alguien merecía caminar entre las estrellas, ese era Vigilante del Cielo.

La luz de la luna que brillaba a través de la entrada de la cueva despertó a Estrella de Fuego, y al mirar la guarida a su alrededor se dio cuenta de que Bigotes Cortos no estaba allí. Preocupado, asomó la cabeza afuera y vio al gato atigrado sentado en la roca junto al río, a donde había ido tres noches antes cuando el Clan velaba por Vigilante del Cielo.

Estrella de Fuego se acercó para reunirse con él; cuando se acercó, Bigotes Cortos dio un salto y una mirada defensiva brilló en sus ojos.

—¿Me buscabas? —comenzó a decir.

—No, no para nada en particular. —Estrella de Fuego saltó sobre la roca junto a él—. Pero tengo la sensación de que no estás contento. Si hay algún problema, puedes contármelo.

Bigotes Cortos se hizo a un lado para dejarle espacio.

—No pasa nada —maulló—. Todo está bien. Estoy aprendiendo cosas que nunca hubiera imaginado. Es solo que… somos *muchos* gatos. Sobre todo cuando dormimos todos juntos en la guarida. Estaba acostumbrado a vivir solo con mis dueños.

—Yo también era un minino casero, ¿sabes?, y sentí lo mismo cuando me uní a mi Clan. Pero te acostumbrarás —le dijo Estrella de Fuego—. Pronto te preguntarás cómo podías dormir sin tus compañeros de Clan a tu alrededor.

—Quizás —maulló Bigotes Cortos, aunque no parecía muy convencido.

El gato atigrado miraba fijamente al río, y Estrella de Fuego tuvo la sensación de que quería estar solo. Bajó de la roca y regresó a la guarida, preguntándose qué podía hacer para que Bigotes Cortos se sintiera más cómodo con la vida de Clan. Quizás el orgullo por sus logros como cazador serviría para ello.

Un par de días después de su conversación con Bigotes Cortos, Estrella de Fuego regresó de una patrulla de caza con Zarpa de Gorrión y Hoja Moteada y encontró el campamento casi desierto. La cueva de los guerreros estaba vacía, y cuando la patrulla se dirigió a la orilla del río, los únicos gatos que encontraron allí fueron Cola de Trébol y sus cachorros.

—¡Vuelve, Pequeño Brinco! —llamó la reina, envolviendo con la cola al aventurero cachorro rojizo y alejándolo del borde del agua. Mirando a Estrella de Fuego, añadió—: Se están volviendo muy fuertes y activos. Y si se meten en problemas, ¡puedes estar seguro de que Pequeño Brinco estará detrás de todo!

—Les está yendo muy bien —le dijo—. Pronto estarán listos para tener mentores. Y tenemos tan pocos guerreros que quizá tengas que ser tú misma la mentora de uno de ellos. No es ideal que los aprendices tengan a su madre como mentora, pero…

Cola de Trébol abrió los ojos con consternación.

—No tengo ni idea de cómo ser mentora de un aprendiz.

—Quizás sea hora de que empieces a unirte a las patrullas —sugirió Estrella de Fuego—. Estoy seguro de que aprenderás rápido.

—¡Oh, no podría! —exclamó Cola de Trébol—. Mis cachorros aún me necesitan. ¿Quién los cuidaría si yo no estuviera aquí? ¡Pequeño Peñasco, baja de ahí! —añadió, alzando la voz al cachorro negro que había empezado a trepar por el Montón de Rocas—. ¡Te vas a caer al agua!

Mirando a los tres traviesos cachorros, Estrella de Fuego supuso que tenía razón.

—¿Dónde están todos? —preguntó—. Todo el desfiladero parece desierto.

—Se fueron con Tormenta de Arena —respondió Cola de Trébol, señalando el desfiladero con la cola—. Dijo que los iba a llevar a una sesión de entrenamiento. —Tras echar un vistazo a sus cachorros para asegurarse de que no se estaban portando mal, se acercó al recién reabastecido montón de carne fresca y eligió un ratón para ella.

Estrella de Fuego la dejó con Zarpa de Gorrión y Hoja Moteada, y subió por el desfiladero. Unas cuantas colas de distancia más adelante, el acantilado se curvaba hacia adentro dejando un espacio amplio y llano con suelo arenoso. Estrella de Fuego llegó a tiempo para ver a Zarpa de Cereza abalanzarse sobre Tormenta de Arena; las dos gatas rodaban y rodaban en una feroz maraña de patas y colas. Garra Afilada, Bigotes Cortos y Patas Manchadas observaban la escena.

Por fin, Tormenta de Arena se liberó y se puso de pie, sacudiéndose la arena del pelaje.

—Bien hecho —maulló—. El salto y el zarpazo te salieron muy bien. Si yo fuera un zorro, no me gustaría encontrarme contigo.

Los ojos de Zarpa de Cereza brillaron.

—Bigotes Cortos, te toca —Tormenta de Arena continuó—. Imagina que soy un zorro que intenta entrar en la maternidad del Clan.

Bigotes Cortos dudó, mirando a los demás gatos, mientras Tormenta de Arena se agachaba, moviendo impaciente la punta de la cola.

—Vamos —le instó—. Ya he tenido tiempo de comerme un par de cachorros.

Bigotes Cortos se lanzó a través del espacio arenoso, con las garras extendidas, pero calculó mal el salto. Cayó corto, justo delante de Tormenta de Arena, que le golpeó las orejas con ambas patas delanteras. Bigotes Cortos soltó un gruñido de frustración y movió la cola con fuerza.

—No te preocupes —dijo Tormenta de Arena—. Inténtalo de nuevo.

—No, ya he tenido suficiente por ahora. —El gato retrocedió—. Practicaré un poco por mi cuenta.

Durante un instante, Tormenta de Arena lo miró dudosa, y luego asintió.

—De acuerdo. Mañana tendremos otra sesión.

Bigotes Cortos rodeó una curva del desfiladero y desapareció de la vista. Estrella de Fuego intercambió una mirada con Tormenta de Arena y fue tras él. Antes de que alcanzara a Bigotes Cortos, el gato atigrado se dio cuenta de que alguien lo seguía y se detuvo a esperar.

—Lo siento —maulló, sin darle a Estrella de Fuego la oportunidad de hablar primero—. Sé que lo eché a perder. —Parpadeó con tristeza—. *Nunca* voy a hacerlo bien. Me siento muy incómodo intentando entrenar con todos esos otros gatos mirando.

Estrella de Fuego contuvo un suspiro. Era el mismo problema del que Bigotes Cortos había hablado antes, en la roca junto al río. Le estaba costando adaptarse a vivir entre un gran número de gatos.

—Bueno, es lo mismo para todos —comenzó. Bigotes Cortos intentó interrumpir, pero Estrella de Fuego movió la cola para que guardara silencio—. Puedo entender cómo te sientes, pero por el amor del Clan Estelar, ¿por qué no se lo dijiste a Tormenta de Arena? Ella no es irrazonable. Te daría una sesión individual si se lo pidieras.

Bigotes Cortos arrastraba las patas delanteras por el suelo arenoso.

—No me gusta causarle problemas. Ya trabaja muy duro.

—Lo sé, pero no es ningún problema, de verdad. Te diré algo —el gato naranja continuó—. ¿Te gustaría practicar conmigo ahora? No hay ningún gato mirándonos.

Los ojos de Bigotes Cortos se iluminaron.

—¿De verdad?

—Por supuesto. ¿Qué movimiento te estaba intentando enseñar Tormenta de Arena?

—Nos mostró cómo saltar sobre nuestros enemigos. Nos dijo que de esa forma al enemigo le resulta más difícil alcanzarnos.

—Cierto. —Estrella de Fuego movió la cola—. De acuerdo, ven a por mí.

Apenas había terminado de hablar cuando Bigotes Cortos saltó contra él, gruñendo. Estrella de Fuego se apartó; Bigotes Cortos cayó al suelo a su lado, pero logró arañar con sus patas el costado de Estrella de Fuego antes de que este pudiera alejarse de su alcance.

—¡Bien! —exclamó Estrella de Fuego.

—Pero no caí sobre ti —maulló Bigotes Cortos con pesar.

Estrella de Fuego apretó los dientes. ¿Acaso este gato estaba decidido a ver lo malo en todo?

—Pero aún lograste dar un golpe —señaló—. Intenta de nuevo, y esta vez sigue luchando hasta que te diga que te detengas.

Se agachó, esperando el salto de Bigotes Cortos. Por un momento se relajó mientras la mirada del atigrado se desviaba hacia una mariposa que pasaba volando; cuando llegó el salto, lo tomó por sorpresa.

—¡Astuto!

Gruñó mientras Bigotes Cortos aterrizaba sobre él, sacándole el aire del cuerpo. Escuchó un gruñido de satisfacción mientras Bigotes Cortos le agarraba los hombros con las patas y le mordía el pelaje del cuello. Tirándose al suelo sobre su espalda, Estrella de Fuego giró las patas traseras, tratando de darle un golpe en el estómago a Bigotes Cortos. El guerrero perdió su agarre y sus cuatro patas aletearon salvajemente mientras trataba de arañar a Estrella de Fuego de nuevo.

—De acuerdo, eso servirá —jadeó Estrella de Fuego.

Bigotes Cortos se puso de pie.

—No te hice daño, ¿verdad?

Estrella de Fuego sentía un ardor en el costado, pero negó con la cabeza.

—Eso estuvo genial. Tienes las cualidades de un guerrero realmente peligroso.

Los ojos de Bigotes Cortos brillaron con el elogio.

—¿En serio?

—En serio. No hay necesidad de que te avergüences delante de otros gatos.

Bigotes Cortos se encogió de hombros.

—Supongo que tarde o temprano me acostumbraré. —Inclinó la cabeza ante Estrella de Fuego—. Voy a practicar los movimientos por mi cuenta un rato, si no te importa.

—No hay problema.

Estrella de Fuego regresó al desfiladero y vio que la sesión de entrenamiento estaba terminando, y que los otros gatos se dirigían hacia el campamento. Tormenta de Arena estaba sentada en medio del campo de entrenamiento, quitándose arena del pelaje.

—Hablé con Bigotes Cortos —comenzó Estrella de Fuego, contándole lo que había sucedido.

—Me aseguraré de que tenga la oportunidad de entrenar por su cuenta —prometió Tormenta de Arena. Terminó de acicalarse y se levantó—. Me preocupa menos él que Cola de Trébol. Aún no ha asistido a ninguna sesión de entrenamiento.

—Sigue cuidando de sus cachorros.

Los bigotes de Tormenta de Arena se crisparon.

—Sus cachorros ya tienen edad suficiente para quedarse solos un rato. ¡Podrían venir a ver, por el amor del Clan Estelar!

—No te preocupes. —Le rozó el hombro con la cola—. Los cachorros pronto serán aprendices, y entonces Cola de Trébol comprenderá que tiene que unirse a ellos. Recuerda que no lleva mucho tiempo en el Clan.

Tormenta de Arena resopló.

—Cuando se convirtió en guerrera, prometió proteger y defender al Clan. ¿Cómo espera cumplir su promesa si nunca aprende a luchar?

—Dale tiempo —Estrella de Fuego insistió—. Aún no entiende lo que significa la promesa. Algún día lo hará.

—Y cuanto antes mejor —murmuró Tormenta de Arena.

Juntos, los dos gatos regresaron al campamento. Sin tomar una decisión consciente, sus patas los llevaron a la cima del Montón de Rocas. Tormenta de Arena se acostó a un lado, cerrando los ojos hasta dejar solo una rendija mientras el sol caía sobre ella. Estrella de Fuego se sentó junto a ella, mirando hacia donde desembocaba el río. Patas Manchadas estaba sentado en una roca junto al agua, estirándose para beber. A un par de colas de distancia, Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión jugaban a pelear, mientras sus mentores los observaban y les daban consejos. Cola de Trébol y sus cachorros habían cruzado el río, y los pequeños exploraban las rocas cerca del agua en ese lado.

—Sabes, esto me recuerda a las Rocas Soleadas —murmuró Tormenta de Arena—. La roca cálida, el sonido del río… Me pregunto qué estarán haciendo los demás en casa.

—Látigo Gris mantendrá a salvo al Clan —dijo Estrella de Fuego—. Confío en él más que en ningún otro gato.

La nostalgia lo inundó. Aunque creía en la promesa de Vigilante del Cielo de que el Clan del Trueno estaba a salvo, quería ver a su lugarteniente y mejor amigo más que nada en el mundo.

Tormenta de Arena le acarició suavemente el hombro con la punta de la cola.

—Me pregunto cómo le estará yendo a Zarpa Acedera con Manto Polvoroso. —Dejó escapar un suave ronroneo de diversión—. ¡Me encantaría ver una de sus sesiones de entrenamiento!

Estrella de Fuego se hizo eco de su ronroneo.

—Esperemos que Manto Polvoroso sobreviva…

Se interrumpió al oír un chillido aterrado procedente de abajo. Al saltar, vio a Cola de Trébol de pie al borde del río, con el pelaje erizado, lo que la hacía parecer el doble de grande.

Durante un instante, no pudo localizar a los cachorros. Entonces vio a Pequeño Brinco, luchando frenéticamente mientras era arrastrado por la corriente que salía de la cueva. Él arañaba con las patas delanteras, dejando escapar un grito de terror que se interrumpió cuando su cabeza se sumergió.

Para entonces, Estrella de Fuego estaba saltando por las rocas con Tormenta de Arena pisándole los talones. Pero Cola de Trébol fue más rápida. Antes de que llegaran al camino al otro lado de la cueva, ella se había zambullido en el río; nadó con fuerza hasta donde había desaparecido su hijo y se sumergió bajo el agua.

El terror atravesó a Estrella de Fuego. ¿Tendría que salvar a la madre además de a su cría? Entonces Cola de Trébol reapareció, agarrando firmemente a Pequeño Brinco por el cuello. Arrastrándolo con ella, llegó al borde del estanque, donde Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se inclinaron para tomar al cachorro mientras Cola de Trébol se arrastraba hasta tierra firme.

—¡Pequeño Brinco! —exclamó—. Pequeño Brinco, ¿estás bien?

Temblando, Pequeño Brinco soltó un débil gemido y vomitó un bocado de agua. Su madre lo guió hacia un haz de luz de sol, donde se dejó caer como una hoja húmeda. Cola de Trébol se agachó a su lado y comenzó a lamerlo con fuerza, revolviéndole el pelaje para secarlo y calentarlo de nuevo.

Estrella de Fuego miró a su alrededor en busca de los otros dos cachorros y los vio avanzando nerviosamente por el camino que conducía bajo las rocas hasta la cueva donde crecía el musgo. Al salir de la cueva, corrieron por la orilla del río y se detuvieron frente a su madre, con los ojos muy abiertos de miedo.

—¿Pequeño Brinco estará bien? —preguntó Pequeña Diminuta en voz baja.

Cola de Trébol levantó la vista mientras lamía. El pelaje de Pequeño Brinco ya estaba casi seco y él intentaba sentarse.

—¡No sé en qué pensaban ustedes tres! —siseó—. Saben muy bien que no debían haber entrado en esa cueva sin mí.

—Pero sabíamos que no nos dejarías… —comenzó Pequeño Peñasco.

—¡Claro que no los iba a dejar! Y ahora ya saben por qué. —Le dio a Pequeño Brinco unas cuantas lamidas más; Estrella de Fuego se dio cuenta de que estaba enojada solo porque había estado muy asustada—. Es peligroso ahí abajo, y son demasiado pequeños para nadar bien. ¿Y si yo no hubiera estado aquí?

Pequeño Brinco logró ponerse de pie y se quedó tambaleante.

—Fue mi culpa —maulló—. Fue idea mía.

—No me importa de quién fue la culpa. —Cola de Trébol, se levantó y se sacudió; las gotas de agua salieron disparadas de su pelaje, salpicando a Estrella de Fuego y a Tormenta de Arena—. Todos ustedes van a volver directo a la maternidad. Hoy no hay más juegos para ninguno de ustedes.

Pequeño Peñasco soltó un gemido indignado, pero se calló cuando su madre lo miró con severidad.

—Vayan. *Ahora* —ordenó ella.

Con la cabeza gacha, los cachorros se dieron la vuelta; entonces Pequeña Diminuta miró hacia atrás.

—Hay una cueva allí, llena de musgo brillante —maulló—. Y había voces que nos hablaban.

Sorprendido, Estrella de Fuego dio un paso adelante.

—¿Qué decían?

—Hablaban tan bajo que no pudimos oírlas —respondió Pequeño Brinco.

—¡Voces, claro! —regañó Cola de Trébol—. ¿No han sido ya bastante traviesos sin tener que inventarse historias?

—¡Pero no nos lo estamos inventando! —Pequeña Diminuta protestó, su cola blanca temblaba—. Es verdad, escuchamos voces, muchas voces.

—No quiero oír nada más al respecto —maulló su madre—. No volverán a entrar en esa cueva nunca más, y se acabó. —Resoplando de molestia, comenzó a reunir a sus cachorros para llevarlos de vuelta hacia el Montón de Rocas.

Estrella de Fuego intercambió una mirada con Tormenta de Arena. Vigilante del Cielo les había dicho que los curanderos del Clan del Cielo habían compartido lenguas con sus antepasados en la cueva de donde fluía el río. ¿Era posible que los cachorros hubieran oído las voces de los guerreros del Clan del Cielo de hacía tanto tiempo?

Él y Tormenta de Arena ayudaron a los tres cachorros a trepar por el Montón de Rocas, pero cuando comenzaron a subir por el sendero hacia la maternidad, le apoyó la cola en el hombro a Cola de Trébol para detenerla.

—¿Dónde aprendiste a nadar así?

Cola de Trébol se encogió de hombros.

—No siempre he vivido en el desfiladero —explicó—. Nací más abajo, cerca de una guarida abandonada de Dos Patas. Mi madre me enseñó a nadar para pescar.

Estrella de Fuego se preguntó si esa guarida de Dos Patas era por la que él y Tormenta de Arena habían pasado en su viaje.

—Uno de los Clanes del bosque en el que vivimos se llama Clan del Río —le dijo a Cola de Trébol—. Nadan y pescan todo el tiempo. Nunca había oído hablar de otros gatos a los que les gustara nadar, hasta ahora. Me pregunto si tienes ascendencia del Clan del Río.

Los ojos de Cola de Trébol se agrandaron.

—¿Eso significa que no pertenezco al Clan del Cielo?

La consternación en su tono animó a Estrella de Fuego. Demostraba que, al menos, Cola de Trébol *quería* ser miembro del Clan del Cielo y tenía las semillas de la lealtad hacia sus compañeros de Clan y al código guerrero.

—No —maulló Tormenta de Arena, tocando con la nariz la oreja de Cola de Trébol—. Eres una gata del Clan del Cielo de la cola a las orejas, porque este es el lugar donde elegiste vivir.

—Los gatos pueden cambiar de Clan —Estrella de Fuego añadió, recordando cómo la hermana de Zarzoso, Trigueña, había seguido a su padre, Estrella de Tigre, al Clan de la Sombra—. No ocurre a menudo, y no siempre funciona. Pero ser miembro de un Clan es algo más que una cuestión de sangre.

—Es más —Tormenta de Arena continuó—, has demostrado que tienes sangre de guerrera. Le debes a tus antepasados aprender sus habilidades de caza y lucha para que el código guerrero pueda seguir vivo en ti.

Cola de Trébol parpadeó.

—Lo prometí, ¿no? Cuando me convertí en guerrera. Ahora empiezo a entender lo que significan esas palabras. Pero sigo pensando que no seré de mucha utilidad, no como ustedes y Garra Afilada.

—Hoy fuiste muy valiente —le aseguró Estrella de Fuego—. Fuiste *tú* quien salvó a Pequeño Brinco. No necesitaste a nadie más.

Cola de Trébol se quedó pensativa. Por fin asintió.

—Nunca lo había pensado así —maulló—. De acuerdo, a partir de ahora participaré en el entrenamiento.

—Bien. —Él le apoyó la punta de la cola en el hombro—. Sentirás que realmente perteneces al Clan cuando le devuelvas algo. Piensa en tus hijos: algún día se convertirán en guerreros y tú podrías ser un gran ejemplo para ellos.

—Entendemos que no es fácil —le dijo Tormenta de Arena a la gata, dándole un lametón amistoso—. Pero te prometo que vale la pena.

—Y no tienes que preocuparte por tus hijos —añadió Estrella de Fuego—. Pronto serán aprendices y, hasta entonces, nos aseguraremos de que alguien los vigile mientras entrenas. ¡No más expediciones a esa cueva!

A la mañana siguiente, Estrella de Fuego llevó a Garra Afilada, Zarpa de Cereza y Patas Manchadas a la patrulla del alba. Cuando regresaron, vio a Zarpa de Gorrión, Bigotes Cortos y Hoja Moteada acurrucados juntos al pie del Montón de Rocas, maullando con urgencia entre ellos. Tormenta de Arena estaba sentada a una cola de distancia, con una expresión de disgusto.

Estrella de Fuego miró a Garra Afilada.

—¿Qué está pasando?

El gato rojizo se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

Estrella de Fuego se acercó al pequeño grupo.

—Hola, ¿va todo bien?

Todos los gatos lo miraron con cara de preocupación.

—Estábamos hablando de la Cueva Susurrante —le dijo Bigotes Cortos.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo.

—¿La qué?

—La cueva que hay debajo de las rocas. —Tormenta de Arena se levantó y entrecerró los ojos—. Así es como la llaman ahora. Esos cachorros bobos han difundido la historia de las voces y…

—Debe de haber algo ahí abajo —interrumpió Zarpa de Gorrión—. Pequeño Peñasco dijo que vio gatos grandes y brillantes con garras enormes. Sus ojos brillaban como la luna y sus dientes eran más grandes que los de un zorro.

Patas Manchadas se mostró horrorizado.

—¿En serio?

—Los cachorros son así, lo sé. —Hoja Moteada movió la cola—. ¡Pero parecían aterrorizados! ¿De verdad se inventarían algo así?

—Hmm… —Estrella de Fuego se dio cuenta de que los cachorros habían mejorado su historia desde su visita a la cueva el día anterior.

—Imaginen si esos gatos grandes salieran —maulló Bigotes Cortos.

Tormenta de Arena puso los ojos en blanco.

—¡Imaginen si los erizos volaran!

—Si hay algo ahí dentro, debemos ocuparnos de ello. —Garra Afilada flexionó las garras—. Debemos entrar y atacar antes de que ellos tengan la oportunidad de atacarnos.

Estrella de Fuego levantó una pata para detenerlo.

—Entraremos allí, pero más tarde. Y no creo que haya nada que temer. Es hora de las patrullas de caza —continuó—. Garra Afilada, tú puedes liderar una, y Hoja Moteada la otra.

Los gatos del Clan del Cielo le lanzaron miradas dubitativas mientras se alejaban. Tormenta de Arena se quedó atrás, acercándose a él.

—¿Qué crees que hay ahí abajo? —murmuró—. Vigilante del Cielo dijo que los curanderos del Clan del Cielo solían compartir lenguas con sus antepasados guerreros en esa cueva.

Estrella de Fuego asintió.

—Eso es lo que espero. Todos los Clanes necesitan un lugar especial, como la Piedra Lunar, y esta cueva podría ser el del Clan del Cielo. Me preocupa que el nuevo Clan aún no tenga un curandero. Quizás si entramos en la cueva esta noche, los ancestros guerreros del Clan del Cielo nos muestren a quién elegir.

Los ojos de Tormenta de Arena brillaron.

—Buena idea. No podemos quedarnos aquí para siempre, esperando a que aparezca un curandero.

Estrella de Fuego apartó el sentimiento de nostalgia que amenazaba con nublar sus pensamientos. Este no era su Clan, pero no podía marcharse hasta estar seguro de que podrían sobrevivir sin él, y encontrar un curandero era una parte importante de ello.

—Los ancestros guerreros del Clan del Cielo deben de estar ahí fuera, *en alguna parte* —maulló, arañando el suelo arenoso.

* * *

Cuando cayó la noche, Estrella de Fuego condujo a su Clan a la cueva bajo las rocas. La luna era una delgada garra en el cielo, y la luz de las estrellas salpicaba la superficie del río.

Todos los miembros del Clan lo siguieron mientras avanzaba por el estrecho sendero junto al agua, excepto Cola de Trébol. Ella se había quedado para cuidar de sus cachorros; seguía negándose a creer que hubiera algo en la cueva y había regañado a Pequeño Peñasco, a Pequeño Brinco y a Pequeña Diminuta por asustar a todos.

—¡Tengan cuidado! —exclamó Estrella de Fuego, mirando por encima del hombro—. ¡Zarpa de Cereza, no hagas tonterías! Podrías resbalar fácilmente en estas rocas mojadas, ¡y no está Cola de Trébol para sacarte!

—Hay algo que brilla más adelante —dijo una voz temblorosa que provenía de algún lugar detrás de Estrella de Fuego; parecía la de Bigotes Cortos.

Tenía razón. Estrella de Fuego podía ver una luz pálida que fluía desde la cueva y se reflejaba en la superficie del agua.

—No pasa nada —respondió—. No son gatos grandes y aterradores, te lo prometo.

Poniendo las patas con cuidado, llegó al camino aplanado que bordeaba el río subterráneo y se apartó para dejar que el resto del Clan entrara.

Tormenta de Arena cerraba la marcha.

—¿Ven? —maulló—. Solo es musgo.

—Y es precioso —agregó Estrella de Fuego—. Miren cómo se refleja la luz en el techo de la cueva.

Los gatos del Clan del Cielo miraron a su alrededor, sus ojos reflejaban la inquietante luz.

—¡Hey! —maulló Garra Afilada—. *Nosotros* somos gatos aterradores cuyos ojos brillan como la luna.

Hoja Moteada soltó un ronroneo de diversión; Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión intercambiaron miradas, avergonzados por haber creído la historia de los cachorros.

—Vigilante del Cielo nos dijo que sus antepasados del Clan del Cielo llamaban a esto la Cueva Brillante —les dijo Estrella de Fuego—. Debía de ser un lugar especial para ellos.

«*Pero quizá "Cueva Susurrante" sería un nombre más adecuado*», pensó. Se esforzó por escuchar algún mensaje de los antepasados guerreros

del Clan del Cielo, pero lo único que oía era el chapoteo de la rápida agua negra y los maullidos de sus compañeros de Clan.

—¿Qué tenía de especial? —preguntó Garra Afilada.

Estrella de Fuego miró a cada uno de los gatos del Clan del Cielo antes de responder. Vigilante del Cielo les había dicho que esta cueva era un lugar especial para los curanderos, pero Estrella de Fuego no quería destruir su confianza diciéndoles a los nuevos compañeros de Clan que aún necesitaban a un miembro vital del Clan antes de poder ser un Clan de verdad. En lugar de eso, observó para ver si alguien podía oír voces; para su decepción, todos miraban a su alrededor con cautela, respetuosos, pero sin mostrar ningún signo de comprender el significado más profundo de la cueva, ni siquiera Hoja Moteada, que parecía lo suficientemente sensible como para ser una potencial curandera.

—Encontraremos un uso para la cueva cuando sea necesario —le dijo a Garra Afilada, reprimiendo un suspiro—. Todo a su debido tiempo.

El gato rojizo miró a Estrella de Fuego con los ojos entrecerrados, pero no dijo nada más, solo se dio la vuelta para guiarlos por la cornisa y salir de nuevo al aire libre.

Estrella de Fuego esperó hasta que todos los demás gatos se hubieron marchado antes de intentar por última vez escuchar las voces que habían oído los cachorros. El pelo de su manto comenzó a erizarse; tal vez, muy débil y lejano, había algo, pero no podía estar seguro. ¿Cómo podía poner al nuevo Clan en contacto con los espíritus del antiguo Clan del Cielo si él tampoco podía oírlos?

—¿Están ahí? —maulló en voz alta, con la esperanza de que los ancestros guerreros del Clan del Cielo pudieran oírlo—. Si están, muéstrense ante nosotros. Y por el bien del nuevo Clan, por favor, envíennos un curandero.

CAPÍTULO 27

Estrella de Fuego estaba sentado al borde de la zona de entrenamiento arenosa, observando a Tormenta de Arena trabajar con Cola de Trébol. Habían pasado varios días desde que la gata marrón claro había aceptado unirse a las sesiones. Seguía siendo ansiosa, seguía sin estar segura de su lugar dentro del Clan, pero estaba haciendo todo lo posible.

Ella se agachó, moviendo la cola de un lado a otro, con la mirada fija en Tormenta de Arena. Cuando la gata melada saltó, Cola de Trébol la agarró y la volteó para inmovilizarla en la arena. Sus tres cachorros, que observaban junto a Estrella de Fuego, saltaban de arriba abajo, lanzando maullidos alegres.

—¡Sí! —gritó Pequeño Peñasco—. ¡Vamos, Cola de Trébol!

—¡Muérdele la garganta! —Pequeño Brinco instó.

Tormenta de Arena empujó a Cola de Trébol y fulminó con la mirada a los tres cachorros mientras escupía un bocado de arena.

—¿Les importa? —maulló—. Esperen a ser aprendices. Les enseñaré lo que es morder una garganta.

Los tres cachorros se echaron a reír, agitando sus diminutas colas en el aire.

—No sirve de nada. —Estrella de Fuego movió las orejas hacia su pareja—. Saben que no eres tan feroz como pareces.

Tormenta de Arena lo ignoró.

—Lo estás haciendo muy bien —le dijo a Cola de Trébol—. Quizás quieras tener cuidado con…

Se interrumpió al oír unos aullidos que provenían de más abajo en el desfiladero. Estrella de Fuego se puso de pie de un salto. Movió la cola hacia Tormenta de Arena.

—Vamos. Cola de Trébol, quédate aquí con los cachorros.

Sin esperar a ver si Cola de Trébol obedecía, corrió por el desfiladero. Tormenta de Arena saltó tras él. Un instante antes de llegar al Montón de Rocas, los aullidos cesaron. El silencio era casi tan aterrador como el sonido.

Derrapando alrededor de las rocas más bajas del Montón de Rocas, Estrella de Fuego se detuvo resbalando. A un par de colas de distancia delante de él estaba Pelaje Lluvioso, el proscrito gris que se había negado a unirse al Clan. Sus costados se agitaban mientras luchaba por respirar.

Patas Manchadas estaba frente a él, con el pelaje erizado y los labios retraídos en un gruñido. Hoja Moteada y Garra Afilada estaban cerca con sus aprendices, listos para luchar contra el intruso si fuera necesario.

—Fuera —gruñó Patas Manchadas con voz ronca—. Tuviste la oportunidad de quedarte y la rechazaste. Ahora vete, a menos que quieras que te arranquemos el pelaje a zarpazos.

—Espera —Estrella de Fuego maulló, avanzando para interponerse entre Patas Manchadas y Pelaje Lluvioso—. ¿Cuál es el problema?

—Pelaje Lluvioso sabe que no debe venir aquí ahora —comenzó Patas Manchadas.

Estrella de Fuego le tocó el hombro al gato blanco y negro con la cola.

—Deja que Pelaje Lluvioso hable por sí mismo.

Para entonces, el gato gris ya había recuperado el aliento.

—Necesito su ayuda —maulló—. Por favor, Estrella de Fuego. No es por mí, es por mi pareja y sus cachorros.

Hasta ese momento, Estrella de Fuego ni siquiera sabía que Pelaje Lluvioso tenía pareja.

—¿Qué les pasa?

—Pétalo es una gata doméstica —explicó Pelaje Lluvioso—. Vive río abajo —señaló con la cola hacia el lado opuesto del desfiladero— con un viejo Dos Patas que casi nunca le da de comer. Solía escaparse para encontrarse conmigo, y yo le cazaba presas. Intenté convencerla de que viniera a vivir conmigo, pero tenía miedo, sobre todo cuando se enteró de que iba a tener cachorros. Pensaba que el Dos Patas los cuidaría.

—¿Cuándo ni siquiera la cuidaba a ella? —preguntó Tormenta de Arena, sorprendida.

Pelaje Lluvioso negó con la cabeza, impotente.

—No pude convencerla. Pero ahora que han nacido los cachorros, el Dos Patas es igual de malo, si no peor. Pétalo está cada vez más débil y no tiene suficiente leche para mantener vivos a los cachorros. ¡Tienen que ayudarnos!

Hoja Moteada miró a Estrella de Fuego.

—Creo que deberíamos ir.

—Un momento. —Sin esperar a que Estrella de Fuego respondiera, Garra Afilada dio un paso adelante y miró a Pelaje Lluvioso con recelo—. Si tu pareja podía escaparse para verte, ¿por qué no puede escaparse ahora y traer a los cachorros con ella? —Y añadió, dirigiéndose a Estrella de Fuego—: Creo que podría estar tendiéndonos una trampa.

El pelaje del cuello de Pelaje Lluvioso comenzó a erizarse.

—¿Por qué querría hacer eso? —maulló—. No puede salir porque el Dos Patas bloqueó el hueco que ella utilizaba. —Un escalofrío le recorrió el cuerpo y arañó el suelo con frustración—. ¡Van a morir y no sé qué hacer!

—Iremos —decidió Estrella de Fuego—. ¿Cuántos cachorros son?

—Dos —Pelaje Lluvioso contestó, parpadeando con alivio y sorpresa.

—De acuerdo —dijo Estrella de Fuego—. Garra Afilada, Hoja Moteada, Patas Manchadas, vengan conmigo. Seremos suficientes para distraer al Dos Patas y sacar a los cachorros. Tormenta de Arena, tú estarás al mando hasta que yo regrese.

—De acuerdo. —Tormenta de Arena curvó la cola—. Buena suerte.

Pelaje Lluvioso condujo a la patrulla del Clan del Cielo río abajo y cruzó el río por el tronco del árbol. Subieron por el acantilado y cruzaron las marcas olorosas de la frontera del Clan del Cielo, sin dejar de dirigirse río abajo. Era un territorio nuevo para Estrella de Fuego; aguzó las orejas, con todos sus sentidos alerta, pero nada perturbaba la quietud del bosque.

Finalmente, Pelaje Lluvioso se detuvo y levantó la cola en señal de advertencia.

—La guarida del Dos Patas está justo más allá —explicó, señalando con la cabeza hacia un matorral de zarzas—. Tenemos que tener cuidado de que el Dos Patas no nos vea. Ya me ha lanzado cosas antes.

Estrella de Fuego tomó la delantera, arrastrándose por la espesura de zarzas, rozando el pasto con su pelaje naranja. Se detuvo cuando vio la guarida del Dos Patas y la observó con atención. Estaba rodeada por una cerca de madera, pero estaba parcialmente derribada, con arbustos creciendo a ambos lados. Más allá, la guarida estaba oscura y silenciosa.

Estrella de Fuego podía percibir fuertes olores de Dos Patas y gatos, pero no veía ningún movimiento.

—Bien, adelante —murmuró por encima del hombro—. Pero no hagan ruido.

Volvió a avanzar sigilosamente, siguiendo la cerca de Dos Patas hasta llegar a un hueco en la parte inferior, por donde se deslizó hasta el jardín. Se encontró entre unos arbustos tan densos que apenas dejaban pasar la luz del sol. Más allá había una extensión de pasto alto y desordenado que conducía a la guarida. Flores de Dos Patas bordeaban el pasto, pero eran muchas y muy crecidas, no tan cuidadas como en la mayoría de los jardines de Dos Patas.

Enredaderas crecían por las paredes de la guarida, y Estrella de Fuego vio un agujero en el techo. Parecía casi tan abandonada como la guarida en la que él y Tormenta de Arena se habían quedado en su camino río arriba.

—¿Viven Dos Patas *aquí*? —susurró Hoja Moteada desde el hombro de Estrella de Fuego.

—Ahí es donde está Pétalo. —Pelaje Lluvioso señaló con la cola un hueco en la pared de la guarida.

Estrella de Fuego oyó un débil maullido y distinguió una mancha pálida detrás del material duro y transparente que rellenaba el hueco.

—¡Ahí está! —maulló Pelaje Lluvioso. Pasó corriendo junto a Estrella de Fuego y saltó a la cornisa que había afuera del agujero de la pared.

—Idiota —Garra Afilada murmuró—. Nos va a delatar a todos.

Pero casi al instante Pelaje Lluvioso bajó de un salto y se escabulló para reunirse con el grupo, apenas visible entre el pasto alto.

—Quiere venir con nosotros —informó—. Pero primero tenemos que sacarla de ahí.

Atento a cualquier ruido del Dos Patas, Estrella de Fuego se volvió hacia el resto de su patrulla.

—¿Alguna idea?

Garra Afilada observó la guarida con los ojos entrecerrados.

—Quizá deberíamos echar un vistazo al otro lado. Necesitamos una forma de entrar.

—Pero Pelaje Lluvioso dijo que el Dos Patas mantiene a Pétalo encerrada —señaló Hoja Moteada—. Eso sugiere que no habrá ningún lugar por donde entrar o salir.

—Entonces tenemos que hacer que el Dos Patas abra la puerta.

Estrella de Fuego miró a cada uno de sus guerreros por turno: Patas Manchadas parecía desconcertado y Garra Afilada arañaba impaciente la

tierra bajo sus patas. Pelaje Lluvioso no dejaba de mirar con ansiedad hacia la guarida, mientras que Hoja Moteada tenía una mirada pensativa.

—Alguien tendrá que entrar ahí —maulló ella—. Si Pétalo está tan débil como dice Pelaje Lluvioso, no podrá sacar a los cachorros.

A Estrella de Fuego se le ocurrían un par de ideas, pero quería que los gatos del Clan del Cielo encontraran sus propias soluciones. Nunca serían independientes si dependían de él para todo.

—¿Qué haría salir al Dos Patas? —preguntó.

—¡Gatos peleando! —exclamó Garra Afilada—. Pelaje Lluvioso, dijiste que el Dos Patas te tira cosas si te ve afuera. Tendrá que abrir la puerta para hacer eso.

—¡Brillante! —Los ojos de Pelaje Lluvioso relucían—. Entonces el resto de nosotros podemos infiltrarnos dentro para ayudar a Pétalo.

Estrella de Fuego asintió.

—Bien. Garra Afilada y Patas Manchadas, ustedes se encargan de la lucha. Hagan todo el ruido que quieran, pero esperen mi señal. Hoja Moteada y Pelaje Lluvioso, vengan conmigo.

Con el proscrito y la gata atigrada justo detrás de él, Estrella de Fuego se deslizó entre el pasto alto hasta situarse debajo de Pétalo. Ella estaba mirando hacia fuera con la nariz pegada a la ventana brillante.

Pelaje Lluvioso volvió a saltar a su lado y llamó a Estrella de Fuego con la cola.

—Ven —maulló—. Dile lo que tiene que hacer.

Haciendo un gesto a Hoja Moteada para que se quedara dónde estaba, Estrella de Fuego saltó a la cornisa junto al proscrito. Cada pelo de su manto se estremeció de compasión cuando vio bien a Pétalo por primera vez. Su pelaje era de un gris tan claro que casi parecía blanco, y estaba tan demacrada por el hambre que Estrella de Fuego podía ver cada una de sus costillas. Sus ojos azules estaban muy abiertos y suplicantes.

Una parte del material transparente se había roto, dejando un hueco lo suficientemente grande como para que un gato pudiera pasar, pero estaba bloqueado por un trozo de madera, atrapando a Pétalo y a los cachorros en el interior.

—Pelaje Lluvioso dice que ayudarán a mis cachorros —maulló Pétalo, acercando la boca al borde de la madera.

Estrella de Fuego le contó rápidamente lo que él y los demás guerreros habían decidido hacer.

—Una vez que la puerta esté abierta, los tres podremos entrar —le dijo—. Te sacaremos a ti y a los cachorros y nos reuniremos con los demás. Solo prepárate para correr cuando te lo diga.

Pétalo asintió.

—Ya estoy lista.

—Bien, hagámoslo.

Estrella de Fuego volvió al pasto junto a Hoja Moteada. En cuanto Pelaje Lluvioso se unió a ellos, agitó la cola hacia donde podía ver a Garra Afilada y Patas Manchadas agazapados al borde de los arbustos.

Inmediatamente, Garra Afilada soltó un chillido aterrador. Patas Manchadas se unió con un aullido espeluznante. Los dos gatos se abalanzaron el uno sobre el otro y rodaron juntos por el pasto, con sus maullidos y siseos cada vez más fuertes.

Un momento después, Estrella de Fuego oyó una voz de Dos Patas que venía de la guarida, resoplando de rabia.

—¡Está funcionando! —susurró Hoja Moteada.

La puerta de la guarida se abrió de golpe. Un Dos Patas salió, con el manto hecho trizas y los ojos saltones de furia. Llevaba algunas cosas de Dos Patas en cada mano. Sin dejar de gruñir, lanzó una de ellas a los gatos que luchaban; voló por encima de sus cabezas y se estrelló contra los arbustos.

—¡Ahora! —maulló Estrella de Fuego.

Guió a los otros dos gatos a lo largo de la pared de la guarida hasta que llegaron a la puerta y se colaron dentro. Estrella de Fuego reconoció una cocina y frunció los labios ante el hedor a comida podrida de Dos Patas que los recibió.

Pelaje Lluvioso movió la cola hacia una puerta interior que estaba entreabierta.

—Por aquí.

Mientras Estrella de Fuego lo seguía, oyó otro golpe desde afuera y un chillido aún más fuerte. «*¡Que el Clan Estelar nos ayude!*», rezó, esperando que el Dos Patas no hubiera conseguido golpear a ninguno de los guerreros.

Más allá de la puerta había una pequeña y oscura guarida. Pétalo estaba agachada junto a un lecho de madera junto a la pared. Un manto sucio de Dos Patas cubría el fondo; sobre él yacían un gatito gris y otro gris claro atigrado, retorciéndose y maullando impotentes. Junto al lecho había un cuenco vacío, con restos de comida para mascotas incrustados en su interior y un par de moscas zumbando a su alrededor.

—¡Pobres pequeños! —exclamó Hoja Moteada, inclinándose para olfatear suavemente a los dos cachorros.

—¿Están seguros de que es seguro? —Pétalo preguntó, con los ojos muy abiertos de miedo—. ¡Mi Dos Patas nos verá!

—Tu Dos Patas tiene otras cosas en las que pensar —le dijo Pelaje Lluvioso—. Vamos.

Pétalo agarró a uno de los cachorros por el pescuezo con las fauces, se levantó y se dirigió hacia la puerta, tambaleándose ligeramente.

—Dame al cachorro —ordenó Estrella de Fuego—. Hoja Moteada, tú lleva al otro. Pelaje Lluvioso, ayuda a Pétalo.

Cuando tuvo al cachorro bien sujeto, hizo una señal con la cola para que los demás lo siguieran fuera. Pero cuando salieron de la guarida, una sombra bloqueó la luz de la puerta exterior. El Dos Patas estaba allí, aullando y agitando sus patas delanteras.

Estrella de Fuego miró rápidamente a Hoja Moteada y los dos se separaron, esquivando al Dos Patas por ambos lados. Una enorme pata rosa y sin pelo se abalanzó sobre Estrella de Fuego, pero antes de que pudiera agarrarlo, Pelaje Lluvioso se lanzó contra el Dos Patas y le arañó la zarpa con las garras. El Dos Patas soltó un chillido de dolor. Mirando por encima del hombro, Estrella de Fuego vio a Pétalo arañando la pata trasera del Dos Patas.

Estrella de Fuego salió disparado por la puerta exterior hacia el jardín. Dejó al cachorro en el suelo y le indicó a Hoja Moteada que se uniera a los otros guerreros en los arbustos. Luego se giró para unirse a la pelea, pero Pelaje Lluvioso y Pétalo ya estaban huyendo de la guarida detrás de él. Recogió al cachorro de nuevo y corrió hacia la cerca, donde Garra Afilada esperaba junto al hueco. Empujó a Pétalo y a Pelaje Lluvioso hacia Hoja Moteada. Para entonces, el Dos Patas se acercaba pesadamente por el jardín hacia ellos.

—¡Dense prisa! —siseó Garra Afilada.

Estrella de Fuego se deslizó por el hueco; el guerrero rojizo lo siguió, y toda la patrulla se adentró en el bosque con los aullidos del Dos Patas desvaneciéndose detrás de ellos. No se detuvieron hasta que cruzaron la frontera del Clan del Cielo cerca de la cima del acantilado.

Durante unos instantes, lo único que pudieron hacer fue recuperar el aliento. Pétalo se apoyaba pesadamente en el hombro de Pelaje Lluvioso, pero se tambaleó hacia sus cachorros tan pronto como Estrella de Fuego y Hoja Moteada los dejaron en el suelo.

—¿Y si mi Dos Patas viene tras nosotros? —maulló ansiosa—. ¿Y si intenta robarme a mis hijos?

—Lo detendremos —prometió Pelaje Lluvioso, apoyando el hocico en su hombro.

«*¿Lo detendremos? ¿En plural?*», pensó Estrella de Fuego, aunque no dijo nada. ¿Pelaje Lluvioso estaba empezando a apreciar el apoyo que podía esperar de un Clan?

Pétalo se dejó caer junto a sus cachorros y los cubrió con lametones reconfortantes. Los cachorros se acurrucaron en el claro pelaje de su vientre, aún maullando angustiados mientras intentaban mamar.

—No tengo suficiente leche para ellos. —Los ojos de Pétalo se llenaron de dolor mientras miraba a Estrella de Fuego—. Van a morir.

—No, no morirán —le aseguró él—. Los llevaremos a nuestro campamento y los cuidaremos allí.

Cola de Trébol todavía tenía leche y no se negaría a ayudar a esos pobres montones de pelo.

Los ojos de la gata gris brillaron de esperanza.

—¿En serio? ¡Oh, gracias!

Hoja Moteada le acarició suavemente el manto.

—Ya no tienes que preocuparte más.

Cuando llegaron al campamento, Tormenta de Arena y los demás acababan de regresar de su sesión de entrenamiento. Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión saltaron con entusiasmo al ver a los cachorros, con los hijos de Cola de Trébol pisándoles los talones.

—¡Lo lograron! —exclamó Zarpa de Cereza—. Ojalá hubiéramos estado allí para ayudar.

—No fue difícil. —Garra Afilada movió los bigotes, satisfecho—. Deberían haber visto a ese estúpido Dos Patas tropezando por todos lados.

Tormenta de Arena se acercó a los cachorros y los olisqueó suavemente a cada uno. Movía con furia la cola.

—¿Por qué el Dos Patas quería mininos domésticos si los trataba así?

—No era tan malo antes de que llegaran los cachorros —maulló Pétalo—. Podía salir de la guarida para cazar ratones. Pero una vez que nacieron, mi Dos Patas bloqueó la ventana…

—No tienes que explicarte —interrumpió Cola de Trébol, acercándose y entrechocando narices con Pétalo—. Llévalos a la maternidad y yo les daré de comer. —Se volvió hacia sus propios cachorros y los miró fijamente—. Ustedes tres, quédense aquí abajo y dejen que estos cachorros duerman un poco en paz. Y *no* hagan travesuras.

—¿Qué, nosotros? —Pequeño Peñasco abrió mucho los ojos.

—No te preocupes —le aseguró Zarpa de Cereza a la madre de los cachorros—. Zarpa de Gorrión y yo los vigilaremos. Vamos, muchachos. —Agitó la cola para llamar a los pequeños—. Les enseñaremos la postura del cazador.

Con los ojos brillantes de alegría, los tres cachorros de Cola de Trébol marcharon tras la aprendiza, de vuelta por el desfiladero hacia la zona de entrenamiento.

—¡Ya no somos los más pequeños! —maulló Pequeña Diminuta alegremente.

Cuando se hubieron ido, Cola de Trébol se dirigió a la maternidad y se acomodó en su lecho cubierto de musgo. La cueva estaba oscura y fresca, y la roca de la entrada bloqueaba la mayor parte de la luz solar directa.

Estrella de Fuego y Hoja Moteada acostaron a los dos cachorros junto al vientre de Cola de Trébol; en un abrir y cerrar de ojos, ambos estaban mamando con avidez, apretados contra su suave pelaje.

Pétalo los miró como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—No sé cómo agradecérselo —susurró. Se tambaleó como si sus patas ya no pudieran sostenerla, y Hoja Moteada la ayudó a echarse en el suave musgo junto a Cola de Trébol y sus cachorros.

—Son unos cachorros preciosos —murmuró Cola de Trébol—. ¿Cómo se llaman?

—Esa es Menta —respondió Pétalo, señalando con las orejas a la cría gris—. Y ese es Salvia —añadió, indicando al atigrado gris claro—. Solía mirar por la ventana las hierbas del jardín del Dos Patas.

«*Pequeña Menta y Pequeño Salvia*», pensó Estrella de Fuego, preguntándose si Pétalo querría que sus cachorros crecieran en el Clan.

—Te traeré algo de carne fresca —prometió Hoja Moteada, y se deslizó fuera pasando por la roca de la entrada.

Estrella de Fuego se despidió de las dos gatas y siguió a Hoja Moteada. Tormenta de Arena lo esperaba a unos pasos por el sendero pedregoso.

—Pétalo necesitará algo que la ayude a recuperar fuerzas —murmuró cuando Estrella de Fuego se le unió—. Se ve muy débil y enferma.

—¿Sabes qué hacer por ella? —preguntó él.

—Bayas de enebro para dar fuerza, eso dijo Carbonilla —respondió la gata melada—. Pero no sé dónde encontrarlas. —La punta de su cola se movió nerviosamente—. Necesitan un curandero, ¿no?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—No nos corresponde a nosotros decidirlo —maulló—. Los curanderos son elegidos por el Clan Estelar. Y yo no he recibido ninguna señal.

—Bueno, ojalá el Clan Estelar se pusiera patas a la obra —respondió Tormenta de Arena con acritud—. Mientras tanto, haré lo que pueda por Pétalo. Le preguntaré a Garra Afilada si sabe dónde crece enebro. —Se alejó para reunirse con el proscrito rojizo, que estaba agazapado junto al montón de carne fresca.

Estrella de Fuego avistó a Pelaje Lluvioso a unos zorros de distancia más arriba en el acantilado, afuera de la guarida de los guerreros. Cuando Estrella de Fuego subió para reunirse con él, este se puso de pie de un salto.

—¿Estarán bien?

—Sí —maulló Estrella de Fuego, esperando que fuera cierto—. ¿Por qué no vas a ver?

—Lo haré, si a nadie le molesta. —Pelaje Lluvioso se lamió el pelaje del pecho un par de veces, avergonzado.

Estrella de Fuego supuso que se sentía incómodo al entrar en las guaridas del Clan del Cielo.

—Pueden quedarse aquí todo el tiempo que quieran —maulló.

Pelaje Lluvioso lo miró fijamente a los ojos.

—Gracias, Estrella de Fuego. Quería…

—Habríamos hecho lo mismo por cualquiera.

—Quería decirte que siento lo que dije en la reunión —dijo Pelaje Lluvioso—. Y me gustaría quedarme con ustedes, al menos por un tiempo. Pétalo aún no tiene fuerzas para ir a ningún lado, y los cachorros necesitan que Cola de Trébol los alimente. Pero solo si te parece bien —añadió.

—Por supuesto. Estaremos encantados de tenerlos aquí.

Aunque le dio la bienvenida a Pelaje Lluvioso al desfiladero, Estrella de Fuego se sentía inquieto. El proscrito gris lo trataba como si fuera el líder del Clan del Cielo. No lo era, y no quería serlo. Cuanto antes encontrara a un líder de verdad, mejor. Garra Afilada parecía la elección obvia: era fuerte y valiente, y sus habilidades de lucha eran mejores que las de cualquier otro gato. Pero se había mostrado demasiado interesado en la reunión cuando Estrella de Fuego explicó que un líder de Clan recibía nueve vidas. Esa era una razón equivocada para buscar el liderazgo del Clan, porque podía hacer que un gato se arrojara temerariamente al peligro: esas vidas se perdían fácilmente si no se trataban con respeto.

«*Esta no es tu elección* —se recordó a sí mismo—. *Un verdadero líder de Clan debe ser aprobado por el Clan Estelar*». Miró hacia arriba, donde el cielo se inundaba de escarlata por la puesta de sol. Aún era demasiado pronto para que aparecieran las estrellas.

«*¿Caminan por estos cielos?* —preguntó en silencio a los ancestros guerreros del Clan del Cielo—. *Si están ahí, por favor, muéstrenme cuál es el gato adecuado para liderar este Clan*».

CAPÍTULO 28

Zarpa de Cereza se agachó en el borde del área de entrenamiento, moviendo la cola de un lado a otro y con los ojos brillantes. Su pelaje carey se erizó cuando saltó hacia adelante, apuntando con las garras hacia los hombros de su mentor. Garra Afilada se apartó hacia un lado, tratando de derribar a la joven gata; ella se abalanzó sobre él y ambos gatos lucharon en la arena.

—¡Bien hecho! —maulló Estrella de Fuego—. Zarpa de Cereza, has aprendido muy bien ese movimiento.

Ambos gatos se sentaron, jadeando y sacudiéndose arena del pelaje.

Zarpa de Cereza miró triunfante a su mentor.

—Algún día te ganaré —le dijo.

—Espero que lo hagas —respondió Garra Afilada con calma—. Entonces habré cumplido mi trabajo.

—Creo que ya es suficiente entrenamiento de batalla por hoy. —El gato naranja se puso de pie—. Garra Afilada, cuando Zarpa de Gorrión regrese de la patrulla de caza, pensé que tú y Hoja Moteada podrían evaluar a los dos aprendices.

—¿Qué es eso? —preguntó Zarpa de Cereza con curiosidad.

—Tu mentor te asigna una tarea —Estrella de Fuego explicó—. Normalmente consiste en ir a cazar a un lugar concreto. Luego te sigue y observa cómo lo haces, pero tú no lo ves. En el Clan del Trueno, todos los aprendices…

Se interrumpió al oír el sonido de unas patas corriendo por el desfiladero y a un gato aullando su nombre. Al darse la vuelta, vio a Zarpa de Gorrión, con el pelaje atigrado erizado y los ojos ámbar muy abiertos de miedo.

—¡Nos atacaron! —jadeó—. Patas Manchadas está herido.

—Muéstrame —ordenó Estrella de Fuego.

Zarpa de Gorrión se dio la vuelta y corrió de vuelta por el desfiladero; Estrella de Fuego lo siguió, con Garra Afilada y Zarpa de Cereza pisándole los talones.

Cuando dobló la curva y pasó por el Montón de Rocas, Estrella de Fuego vio a Bigotes Cortos y a Tormenta de Arena arrastrando a Patas Manchadas por la parte más baja del sendero para echarlo a la sombra del acantilado. Tenía la cabeza colgando sin fuerza y arrastraba la cola por la arena; le goteaba sangre de una herida en un hombro. A Estrella de Fuego se le revolvió el estómago.

Cuando se acercó a Patas Manchadas, vio que su pecho se agitaba con respiraciones rápidas y superficiales. Tenía los ojos abiertos, llenos de dolor y miedo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Estrella de Fuego, volviéndose hacia Tormenta de Arena.

Tormenta de Arena apoyó la cola de manera tranquilizante sobre el hombro ileso de Patas Manchadas.

—No te preocupes —dijo—. Te dejaremos como nuevo. —Dirigiendo su atención a Estrella de Fuego, continuó—: Nos atacaron unas ratas afuera del granero abandonado de Dos Patas.

—¡Más ratas de las que hayas visto en tu vida! —exclamó Bigotes Cortos. Aún tenía el pelaje erizado por el impacto.

Unas garras heladas le agarraron la columna a Estrella de Fuego.

—Sabía que algo andaba mal con ese lugar —maulló.

—Luchamos contra ellas —continuó Tormenta de Arena—, pero dos de ellas saltaron sobre Patas Manchadas.

—Tú también estás herida —señaló Estrella de Fuego, al ver un mechón de pelo ensangrentado en su costado.

Tormenta de Arena movió las orejas.

—Eso no es nada. Me ocuparé de ello cuando haya hecho lo que pueda por Patas Manchadas.

Para entonces, habían aparecido más gatos: Hoja Moteada bajó de la guarida de los guerreros, mientras que Pétalo y Pelaje Lluvioso, que

habían estado jugando con sus cachorros un poco más río abajo, se acercaron y miraron con ansiedad al guerrero herido.

—¿Va a morir? —preguntó Pétalo con voz temblorosa.

—No si puedo evitarlo —Tormenta de Arena respondió—. Zarpa de Cereza, ve a la Cueva Susurrante y tráeme un poco de musgo. Zarpa de Gorrión, entra en alguna de las cuevas que no se usan y tráeme todas las telarañas que encuentres.

Los bigotes de Zarpa de Gorrión temblaron de sorpresa.

—¿Telarañas?

—Para detener la hemorragia. —Tormenta de Arena le hizo un gesto con la cola—. ¡Date prisa!

Una vez que los dos aprendices habían salido corriendo, Estrella de Fuego y Hoja Moteada levantaron a Patas Manchadas y lo llevaron a la cueva más baja, que según les había dicho Vigilante del Cielo había pertenecido al curandero del Clan. Había una gran cueva exterior con algunos arañazos en el suelo, y una cueva más pequeña y profunda detrás de ella que habría sido la guarida del curandero. En un saliente entre las rocas, Tormenta de Arena había descubierto unas hojas antiguas y desmenuzadas, y el aroma a hierbas dulces parecía flotar en el aire.

Patas Manchadas dejó escapar un gemido cuando sus compañeros de Clan lo movieron, y para cuando lo acostaron en la cueva del curandero, ya había perdido el conocimiento.

—¿Crees que puedes ayudarlo? —preguntó Estrella de Fuego.

Los ojos verdes de Tormenta de Arena estaban llenos de ansiedad.

—No lo sé. Puedo detener la hemorragia con telarañas, pero me preocupa que las heridas se infecten. Carbonilla usaría caléndula o cola de caballo, pero no sé dónde crecen por aquí.

—Yo sí —respondió Pétalo; la gata gris claro los había seguido y miraba hacia dentro desde la entrada de la cueva—. Hay caléndulas en el jardín de mi Dos Patas.

Tormenta de Arena se giró, con los ojos verdes brillantes de esperanza.

—¿Puedes conseguir algunas?

Pétalo aplastó las orejas; Estrella de Fuego podía ver que estaba temblando.

—¿Qué… qué tan importante es?

—Muy importante —Tormenta de Arena contestó.

Pétalo enderezó los hombros.

—Entonces iré a buscar algunas.

—Oh, no, no lo harás. —Pelaje Lluvioso apareció junto a Pétalo—. Yo iré. Sé dónde crecen las caléndulas. —Le dio un lametón a Pétalo en la oreja—. Tú cuida de los cachorros y yo volveré antes de que te des cuenta.

—Eso sería estupendo —maulló Estrella de Fuego.

Pelaje Lluvioso salió disparado y Estrella de Fuego se acercó a Pétalo.

—Gracias por ofrecerte, pero no deberías volver a esa guarida de Dos Patas.

Pétalo lo miró, con los ojos muy abiertos de culpa.

—A veces pienso en que debería haberme quedado con mi Dos Patas —murmuró—. Pero no soporto ni siquiera pensar en él.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo Estrella de Fuego—. Aquí estás a salvo.

Pétalo bajó la cabeza y salió, llamando a sus cachorros.

Tormenta de Arena se agachó junto a Patas Manchadas y comenzó a limpiar la sangre de la herida de su hombro con fuertes lametones. Estrella de Fuego la observó durante unos latidos y luego volvió a salir, cruzándose con Zarpa de Cereza, que entraba con un enorme montón de musgo.

El resto del Clan estaba reunido alrededor de Bigotes Cortos, escuchando su relato del ataque de las ratas.

—¡Y entonces salieron del granero como un río! —maulló—. No se veía el suelo de tantas ratas que había.

—Suficiente. —Estrella de Fuego dio un paso adelante y silenció al guerrero atigrado con un movimiento de la cola. El Clan ya estaba lo suficientemente conmocionado por las heridas de Patas Manchadas como para escuchar historias exageradas sobre cómo las había recibido—. He lidiado con ratas antes —continuó—. Son criaturas desagradables, pero una patrulla fuerte de gatos puede vencerlas. Garra Afilada, puedes venir conmigo. Y Zarpa de Cereza… —Llamó a la aprendiza con un gesto cuando reapareció de la cueva del curandero—. Iremos a comprobarlo nosotros mismos.

—¿No te alegra haber practicado esos movimientos de batalla? —le susurró Garra Afilada a su aprendiza.

La única respuesta de Zarpa de Cereza fue una enérgica sacudida de cola; sus ojos brillaban de emoción.

—Hoja Moteada, tú estarás a cargo del campamento mientras estemos fuera. Si fuera tú, metería a todos los cachorros en la maternidad con Cola de Trébol y luego vigilaría la entrada. Por si acaso.

La gata atigrada inclinó la cabeza.

—No te preocupes, Estrella de Fuego. Estaremos bien. —Salió corriendo a reunir a los cachorros.

Estrella de Fuego echó un último vistazo al campamento y luego se puso en marcha por los senderos pedregosos hacia la cima del acantilado. Allí no había rastro del olor de las ratas, solo el hedor caliente de la sangre de Patas Manchadas, pero ordenó a la patrulla que guardara silencio y se arrastró lo más sigilosamente que pudo por la maleza y a través del matorral hacia el granero de Dos Patas. Mucho antes de llegar, comenzó a percibir un fuerte olor a rata, y a medida que él y su patrulla se acercaban, la sensación de una fuerza malévola, de ojos fríos que lo observaban desde las sombras, lo invadió de nuevo. Estrella de Fuego se estremeció hasta lo más profundo de su manto. «*¡Ratas!*». Eso era lo que había percibido entre la maleza río abajo. Ratas cuyo odio hacia los gatos se derramaba como un río oscuro y venenoso. Le sorprendió la fuerza de ese odio y lo concentrado que estaba. Las ratas que había conocido antes eran feroces, pero no así, decididas y astutas.

Todo estaba en silencio cuando la patrulla del Clan del Cielo se acercó a la brillante cerca que rodeaba el granero. Los agujeros irregulares en las paredes parecían mirarlos fijamente, pero, salvo por el olor, no había señales de ratas.

—¡Estrella de Fuego, aquí! —Garra Afilada olfateaba un poco más lejos a lo largo de la cerca, llamando a su líder con la cola.

Cuando se unió al gato rojizo, Estrella de Fuego vio en el suelo arañazos y manchas de tierra aún oscurecidas por cuajos de sangre.

—Aquí debe de ser donde ocurrió el ataque —maulló Garra Afilada.

Estrella de Fuego asintió. Justo más allá de la zona arañada había un hueco en la parte inferior de la brillante cerca, lo suficientemente grande como para que un gato pudiera colarse por él. Por un instante, sus patas se quedaron clavadas en el suelo; luego se sacudió el manto. Solo se trataba de una banda de ratas, nada que no pudiera afrontar, siempre y cuando contara con guerreros fuertes que le respaldaran.

—Bien —murmuró—. Vamos a entrar. Zarpa de Cereza, sígueme. Garra Afilada, vigila la retaguardia.

Con las orejas erguidas y los bigotes temblorosos, se deslizó por el hueco y caminó suavemente por la superficie de piedra blanca hacia el granero. Todavía no había señales de movimiento. A Estrella de Fuego le hubiera gustado pensar que la patrulla de Tormenta de Arena había ahuyentado a las ratas, si no fuera por esa abrumadora sensación de estar siendo observado.

—¿Vamos a entrar? —preguntó Garra Afilada.

—No si no es necesario —Estrella de Fuego respondió—. Pueden hacer lo que quieran en su propio territorio. Solo echaremos un vistazo por fuera y luego…

Se interrumpió, con todos los pelos del manto erizados por el horror. Con un repiqueteo de patitas, habían comenzado a salir ratas por uno de los agujeros de las paredes del granero, más ratas de las que había visto en su vida, más de las que podría haber imaginado viviendo en un granero. Al darse la vuelta, vio que salían aun más de otro agujero. Las dos corrientes fluían alrededor de los tres gatos, un torrente susurrante de cuerpos marrones y colas largas y delgadas. Ninguna de ellas chillaba; solo se oía el pequeño y terrible sonido de sus patas correteando mientras se movían con firmeza y determinación hasta colocarse en posición. Estrella de Fuego y su patrulla estaban rodeados; una masa ininterrumpida de ratas se encontraba a una cola de distancia de ellos, bloqueando el camino hacia el hueco en la cerca. Sus diminutos ojos brillantes estaban llenos de malicia.

«*¡Bigotes Cortos* no *exageraba!* —pensó Estrella de Fuego, horrorizado—. *Realmente no se ve el suelo por las ratas*».

Garra Afilada se había agachado, listo para saltar, con los dientes afilados y un gruñido en la boca. Estrella de Fuego se colocó a su lado, lanzando una mirada a Zarpa de Cereza. Los ojos de la joven carey estaban vidriosos por el terror, pero se enfrentaba a sus enemigos e intentaba mantenerse firme, aunque le temblaban las piernas.

—Muy bien —murmuró Estrella de Fuego—. Cuando levante la cola, diríjanse a la cerca.

Garra Afilada indicó que había oído la orden con un movimiento de cola. Estrella de Fuego se tensó, listo para dar la señal, y deseó haber podido despedirse de Tormenta de Arena. Pero antes de que pudiera moverse, la masa de ratas se abrió y una sola rata se adelantó y se colocó en el espacio entre ellas y los gatos. Era más grande que la mayoría de las demás, con un fibroso cuerpo musculoso y unos curvados dientes amarillos.

—Bien —gruñó Garra Afilada—. ¿Quieres morir primero, verdad?

La cabeza triangular de la rata se balanceaba de un lado a otro mientras su mirada maligna pasaba de un gato a otro, y comenzó a hablar. Estrella de Fuego se quedó atónito: podía entender lo que decía, aunque las palabras eran tan retorcidas que era difícil distinguirlas.

—Ratas no morir. —Su voz chirriaba como una garra arrastrada sobre piedra—. Gatos morir.

Garra Afilada sacó las garras.

—¿Estás seguro de eso?

—Irse —continuó la rata—. Todos los gatos irse. Los matamos antes; ahora los matamos de nuevo.

—¿Nos mataron antes? —exclamó Estrella de Fuego.

—Esta vez dejamos a gato blanco y negro vivir. —Los ojos de la rata brillaban de odio—. Pero solo esta vez. Ustedes quedarse junto al río, ustedes morir.

Enroscó la cola sobre su lomo y, como si hubieran estado esperando la señal, las otras ratas se separaron de nuevo en dos grupos y volvieron al granero. La rata que había hablado se deslizó entre ellas y desapareció de la vista.

Estrella de Fuego movió la cola hacia la abertura.

—¡Corran!

Mientras Zarpa de Cereza y Garra Afilada salían hacia la maleza, Estrella de Fuego se volvió hacia el granero. Su corazón latía con tanta fuerza que parecía que iba a salírsele del pecho.

—El desfiladero es nuestro hogar —maulló tras el río de cuerpos que se retiraban—. No nos iremos.

Luego se dio la vuelta, se deslizó por el hueco y corrió por el terreno abierto con Zarpa de Cereza y Garra Afilada a su lado. No se detuvieron hasta llegar al refugio de los arbustos en lo alto del acantilado.

—¡Nunca había visto tantas ratas! —jadeó Zarpa de Cereza con los ojos muy abiertos.

—Yo tampoco —admitió Estrella de Fuego—. Y nunca antes me había encontrado con una rata que pudiera hablar con gatos.

Garra Afilada se estaba acicalando rápidamente, como si intentara ocultar lo perturbado que estaba.

—Nunca había conocido a una, pero había oído hablar de ratas así, ratas que podían pensar, planear y odiar. Mi madre solía contarme historias, y yo pensaba que eso era todo lo que eran, solo historias.

—Ojalá. —La alarma de Estrella de Fuego iba en aumento—. Dijo: «Los matamos antes». Tengo la horrible sensación de saber a qué se refería.

—¿A qué? —preguntó Zarpa de Cereza.

Estrella de Fuego no estaba preparado para responder; había algo que necesitaba comprobar. Agitando la cola para que los demás lo siguieran, se abrió paso entre los arbustos hasta la cima del acantilado y bajó por el sendero hasta la guarida de los guerreros.

—Miren eso —maulló, señalando con la cola los arañazos en la columna de roca junto a la entrada.

—Sí, las marcas de las garras de nuestros antepasados. —Garra Afilada asintió.

—Miren las marcas de garras más pequeñas en la parte inferior, las que van de lado a lado en lugar de arriba y abajo. Siempre pensé que las habían hecho cachorros, pero ahora creo que son marcas de ratas.

Al observar más de cerca las marcas, Estrella de Fuego las comparó en su memoria con las diminutas garras de las ratas. Ningún cachorro tendría garras tan afiladas como espinas.

Zarpa de Cereza abrió mucho los ojos.

—¿Han venido ratas *aquí*?

Estrella de Fuego asintió.

—Siempre hemos sabido que algo expulsó a los primeros gatos del Clan del Cielo de aquí y los dispersó, de modo que el Clan quedó destruido. Ahora creo que sabemos qué fue ese «algo».

—¡Ratas! —gruñó Garra Afilada.

—Ratas —coincidió Estrella de Fuego.

Al contemplar las finas marcas de garras, grabadas sobre las que habían sido dejadas por gatos, Estrella de Fuego se dio cuenta de que era fácil imaginar oleadas de ratas invadiendo el desfiladero y abrumando a los guerreros del Clan del Cielo. Habían dejado sus marcas en esta cueva para proclamar su victoria. Estrella de Fuego no tenía ninguna duda de que estaba contemplando un registro de la derrota del Clan del Cielo.

Este era el secreto que Vigilante del Cielo se había negado a contarle, el secreto de cómo el primer Clan del Cielo había sido expulsado del desfiladero. El odio de las ratas se había transmitido de generación en generación y ahora lo alimentaba el líder que Estrella de Fuego y su patrulla habían encontrado afuera del granero: la rata que hablaba gato, que debía de haber aprendido a hablar el idioma de sus enemigos para hacerles saber exactamente lo que les haría. No se detendría ante nada para librar su territorio de gatos, tal como lo habían hecho sus antepasados hacía mucho tiempo.

Estrella de Fuego clavó las garras en el suelo arenoso. ¿Estaba el Clan del Cielo condenado a ser expulsado de su hogar nuevamente, tal como lo habían estado sus antepasados?

Salió de la guarida y contempló el desfiladero. Las nubes cubrían el cielo, aunque había un pálido resplandor de luz donde el sol intentaba abrirse paso. Poco a poco, las nubes se transformaron en un patrón de luz y

oscuridad, hasta que el rostro del antepasado del Clan del Cielo lo miraba con ojos llenos de sabiduría. Las patas de Estrella de Fuego parecían congeladas en la roca, y cada pelo de su manto se erizó. ¿Por qué aparecía ahora el antepasado del Clan del Cielo, cuando Estrella de Fuego no lo había visto en tanto tiempo? De alguna manera, estaba convencido de que debía ser porque había una forma de derrotar a las ratas y salvar al Clan.

Las nubes se movieron de nuevo y el rostro del antepasado desapareció. Pero el ánimo que le había dado a Estrella de Fuego fluía por su cuerpo desde las orejas hasta la punta de la cola.

—Vamos —dijo, mirando por encima del hombro a Garra Afilada—. Voy a convocar una reunión del Clan.

—Gatos del Clan del Cielo. —Estrella de Fuego se encontraba en lo alto del Montón de Rocas, con su pelaje del color de las llamas brillando bajo los rayos del sol—. Ya han oído lo que ha ocurrido hoy, primero con la patrulla de Tormenta de Arena y luego cuando volví con Garra Afilada y Zarpa de Cereza. Ahora tenemos que decidir qué vamos a hacer.

Hizo una pausa y dejó que su mirada recorriera al Clan que se encontraba debajo. Todos los gatos estaban sentados muy juntos, como si necesitaran el apoyo físico de sus compañeros de Clan. Pétalo no estaba, ya que estaba cuidando a los cachorros en la maternidad, pero Pelaje Lluvioso estaba allí, a pesar de que no era un guerrero del Clan. Tormenta de Arena estaba sentada a la entrada de la guarida del curandero, desde donde podía vigilar a Patas Manchadas y seguir escuchando lo que se decía en la reunión.

—¿*Podemos* hacer algo? —preguntó Hoja Moteada—. Si hay tantas ratas como dices, ¿cómo vamos a poder vencerlas?

Sus ojos se encontraron con los de Estrella de Fuego mientras hablaba; no estaba asustada ni desesperada, pero Estrella de Fuego se dio cuenta de que ella no le veía el sentido a enfrentarse a una batalla que no podían ganar.

Sabía que tenía que ser sincero con ella.

—Va a ser difícil. Nunca me había encontrado con ratas como estas. Pero no tenemos que matarlas todas. Solo a las suficientes para que se queden en su propio territorio.

—Expulsaron al primer Clan del Cielo —maulló Zarpa de Gorrión, nervioso—. ¿Por qué con nosotros sería diferente?

Bigotes Cortos murmuró su acuerdo, moviendo los bigotes.

—Al menos sabemos a lo que nos enfrentamos —respondió Estrella de Fuego. Arañó la roca con las garras, desesperado por convertir a este grupo de gatos asustados en un Clan de guerreros leales y decididos—. Sus antepasados guerreros los están observando ahora mismo —les dijo, esperando que fuera cierto—. Deben luchar por *ellos*, no solo por ustedes mismos. ¡Esta es su oportunidad de vengarlos!

—¿Por qué? —preguntó Zarpa de Cereza—. Nunca hemos conocido a nuestros antepasados guerreros. Sí, vivimos en su campamento, pero eso no significa que tengamos que luchar sus batallas.

Cola de Trébol asintió y dio un paso que la llevó al lado de la joven carey.

—Zarpa de Cereza tiene razón. Tenemos que decidir qué es lo mejor para *nosotros*, no para unos gatos muertos que ya perdieron su batalla.

Estrella de Fuego hizo una mueca; las palabras de Cola de Trébol eran duras, pero tenía razón.

—¿Y qué hay de los cachorros? —Bigotes Cortos expresó, preocupado—. Ellos no pueden luchar, pero las ratas los matarán si vienen aquí.

Pelaje Lluvioso mostró los dientes.

—Por encima de mi cadáver.

Estrella de Fuego los miró con frustración. Era obvio que Bigotes Cortos no entendía el código guerrero que protegía a los miembros más débiles del Clan por encima de todo lo demás. Y Pelaje Lluvioso no parecía darse cuenta de que podía confiar en la ayuda del Clan.

Antes de que pudiera volver a hablar, Garra Afilada dio un paso al frente.

—¿Qué son, guerreros o ratones? ¿Van a dejar que los derroten un montón de *presas*? Lucharé hasta la muerte si es necesario, y tantas veces como sea necesario —añadió, mirando con aire sombrío a Estrella de Fuego.

Estrella de Fuego se tensó. Garra Afilada no podía haber dado una pista más obvia de que esperaba ser elegido como líder del Clan. Pero al menos parecía haber sacudido parte del desánimo que se había apoderado del Clan como una niebla pegajosa.

—No tiene sentido que todos luchen hasta la muerte —señaló Estrella de Fuego en voz baja—. Entonces no quedaría ningún Clan por el que luchar. Pero piensen en esto —continuó—. Si no quieren luchar por sus antepasados guerreros, ¿qué tal si luchan por ustedes mismos? Han

logrado mucho: han construido un hogar aquí, rescataron a Pétalo y a sus cachorros. ¿No vale la pena luchar por eso?

Su corazón se aceleró cuando vio que por fin los estaba conmoviendo.

—Este es un buen hogar para ustedes —maulló, moviendo la cola para abarcar el río y las cuevas del campamento—. Todos han trabajado duro para conseguirlo y se merecen estar aquí. ¿Van a dejar que las ratas los expulsen?

—¡No! Nos quedaremos —siseó Garra Afilada—. Y degollaremos a cualquier rata que intente detenernos.

—¡Sí! —chilló Zarpa de Cereza, dando un salto hacia adelante.

—¡Lucharemos! —Zarpa de Gorrión saltó para situarse junto a ellos, y el resto del Clan aulló en señal de acuerdo.

—¡Lucharemos!

Estrella de Fuego miró por encima de sus cabezas, hacia donde Tormenta de Arena seguía sentada afuera de la guarida del curandero. Sus miradas se cruzaron.

«*Oh, Clan Estelar* —pensó Estrella de Fuego—*, espero no estar llevándolos a la muerte*».

CAPÍTULO 29

—¿Cómo está Patas Manchadas? —preguntó Estrella de Fuego al entrar en la cueva de curandería.

Había caído la noche y la media luna proyectaba su luz plateada sobre el desfiladero. En el bosque, los curanderos estarían en camino hacia las Rocas Altas para celebrar su reunión de media luna. Estrella de Fuego deseaba poder contar ahora con la sabiduría de Carbonilla.

Tormenta de Arena levantó la mirada cuando Estrella de Fuego entró, con los ojos llenos de tristeza.

—Está empeorando —maulló—. Su herida se infectó, justo lo que temía.

—¿Probaste con caléndula? —preguntó Estrella de Fuego, acercándose para mirar a Patas Manchadas.

El guerrero blanco y negro se movió inquieto en su sueño y dejó escapar un gemido de dolor.

Tormenta de Arena asintió.

—Pétalo y Pelaje Lluvioso me trajeron un montón, pero no está sirviendo de nada. Ojalá hubiera algo más fuerte para las mordeduras de rata, pero si lo hay, Carbonilla no me lo dijo. —Movió la cola con frustración.

—No podías aprender todo en el tiempo que tenías antes de partir —la consoló Estrella de Fuego—. Sé que estás dando tu mejor esfuerzo.

—Es un esfuerzo bastante pobre si Patas Manchadas muere.

Estrella de Fuego quería tranquilizarla, pero sabía que sus palabras sonarían vacías. Podía sentir el calor de la fiebre que se elevaba del cuerpo de Patas Manchadas. Sus patas se contraían mientras Estrella de Fuego observaba; abrió los ojos vidriosos por el dolor y dejó escapar otro gemido.

Tormenta de Arena apoyó suavemente la punta de la cola sobre su cabeza; los ojos del gato blanco y negro se cerraron de nuevo y pareció sumirse en un sueño más tranquilo.

—No puede seguir así —murmuró Tormenta de Arena—. Nadie tiene la fuerza para ello.

Estrella de Fuego le pasó la lengua por la oreja, pero antes de que pudiera decir nada para consolarla, oyó unos suaves pasos detrás de él. Un dulce aroma lo envolvió y cada pelo de su manto comenzó a erizarse. «*¡Jaspeada!*».

Al darse la vuelta, vio la pálida silueta de una gata carey con el brillo helado del Clan Estelar a su alrededor. Dejó caer un bocado de hierbas y se acercó para acomodarse cerca de Patas Manchadas, entre Estrella de Fuego y Tormenta de Arena.

«*¿Estoy soñando?* —se preguntó Estrella de Fuego—. *¿Cuándo me quedé dormido?*».

Entonces, Tormenta de Arena aguzó las orejas, se giró y abrió los ojos con asombro.

—¡Jaspeada!

Estrella de Fuego abrió la boca para hablar, pero al principio no le salió ni un maullido. ¿Cómo podía Tormenta de Arena ver a Jaspeada si estaba dentro de su sueño?

—Jaspeada, ¿cómo…?

Jaspeada lo silenció tocándole la nariz con la suya.

—He venido porque ambos me necesitan. —Se volvió hacia las hierbas que había dejado en el suelo y se las pasó a Tormenta de Arena—. La raíz de bardana es lo mejor para las mordeduras de rata.

Tormenta de Arena miraba a la curandera del Clan Estelar como si no pudiera creer lo que veía. Mientras las brillantes hojas verdes crujían alrededor de sus patas, parpadeó y miró hacia abajo, olfateando las raíces.

—¿Esto ayudará a Patas Manchadas?

Jaspeada asintió.

—Yo masticaré la raíz. Tú limpia la caléndula de su herida.

Como si hubiera decidido no pensar demasiado en lo que estaba pasando, Tormenta de Arena comenzó a lamer la caléndula masticada que

había en el hombro de Patas Manchadas. Estrella de Fuego observó aturdido cómo Jaspeada se agachaba junto a la bardana, metía las patas debajo de su propio pecho y comenzaba a masticar una de las raíces. Cuando la pulpa estuvo lista, le mostró a Tormenta de Arena cómo usarla: dando palmaditas en la herida hasta que quedó bien colocada.

Patas Manchadas se movió inquieto; Jaspeada se inclinó sobre él.

—Duerme —le susurró al oído—. Todo estará bien, te lo prometo.

Como si pudiera oírla, Patas Manchadas suspiró y pareció quedarse más tranquilo.

Tormenta de Arena parpadeó con ansiedad.

—¿De verdad se pondrá mejor?

Jaspeada asintió.

—Sigue poniéndole la raíz en el hombro. Encontrarás más en el bosque junto al arroyo que marca la frontera. Enséñales las hojas a tus guerreros; así sabrán qué buscar.

—Gracias, Jaspeada —maulló Estrella de Fuego. Rozando su manto contra el de la curandera, añadió—: No sabía que podías venir tan lejos para ayudarnos. No te había visto desde que salimos del bosque.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que Tormenta de Arena estaba erizada a su lado.

—¿Quieres decir que has visto a Jaspeada antes?

Estrella de Fuego la miró y vio enojo y dolor en sus ojos verdes.

—Jaspeada me visita en sueños. Ella me ayuda…

—¡Nunca me lo dijiste!

A Estrella de Fuego se le revolvió el estómago por la culpa. Sabía lo insegura que se sentía Tormenta de Arena cuando pensaba en Jaspeada, sabiendo la conexión que había compartido con Estrella de Fuego cuando era la curandera del Clan del Trueno. Pero nunca había sentido que la traicionaba al encontrarse con Jaspeada en sus sueños.

Antes de que pudiera responder, Jaspeada se deslizó entre los dos y puso suavemente la punta de la cola sobre el hombro de Tormenta de Arena.

—Paz, querida —murmuró—. Estrella de Fuego te ama.

—Te ama más a ti. —La voz de Tormenta de Arena sonó atragantada.

Jaspeada dudó, sus cálidos ojos ámbar se posaron en la gata melada.

—Eso no es cierto. Estrella de Fuego y yo nunca descubrimos lo que podríamos haber significado el uno para el otro —maulló por fin—. Yo estuve viva en el bosque durante muy poco tiempo después de que él llegara al Clan del Trueno. Pero sé con certeza —su voz se volvió más

fuerte— que él y yo nunca podríamos haber sido pareja. Yo era y siempre seré una curandera. Eso es lo primero, más que cualquier gato que camine por el bosque, incluso más que Estrella de Fuego.

Tormenta de Arena examinó el rostro de la gata carey.

—¿Es eso cierto?

—Por supuesto —ronroneó Jaspeada—. Incluso ahora soy una curandera, no para mis compañeros del Clan Estelar, sino para todos los gatos del bosque.

—Yo te amo a *ti*, Tormenta de Arena —Estrella de Fuego intervino—. Nunca serás mi segunda opción. Mi amor por ti pertenece aquí y ahora, en la vida que compartimos, y durará todas las lunas por venir, te lo prometo.

Tormenta de Arena miró de Jaspeada a Estrella de Fuego y viceversa. Por fin, respiró hondo.

—Gracias, Jaspeada. Nunca he dejado de pensar en cómo tú y Estrella de Fuego parecían estar hechos el uno para el otro cuando él llegó al bosque. Pero ahora lo entiendo mejor.

—Creía que siempre habías sabido lo que sentía por ti —maulló Estrella de Fuego, desconcertado.

Tormenta de Arena lo miró. Aunque sus ojos estaban llenos de amor, también había en ellos un rastro de exasperación.

—Estrella de Fuego, a veces eres tan *torpe*.

Jaspeada inclinó la cabeza.

—Debo irme, pero nos volveremos a ver, lo prometo. Hasta entonces, que el Clan Estelar ilumine su camino.

—Adiós, y gracias, no solo por la raíz de bardana —maulló Estrella de Fuego.

La gata carey se dirigió hacia la entrada de la cueva y se detuvo un instante, rozando su manto con el de él. En voz demasiado baja para que Tormenta de Arena la oyera, murmuró:

—A veces daría lo que fuera para que las cosas fueran diferentes.

No esperó respuesta. La luz de la luna se había desvanecido; por un instante, su esbelta silueta contrastó contra la primera luz pálida del amanecer que se vislumbraba en el cielo al otro lado del desfiladero; luego desapareció.

Tormenta de Arena sacudió la cabeza.

—¿He estado soñando o eso de verdad pasó?

Estrella de Fuego se acercó a ella y le apoyó el hocico en el hombro.

—De verdad pasó.

—No puedo creer que haya venido a ayudarnos.

—Nunca habrá otra gata como ella en el bosque. Pero ella no es tú, Tormenta de Arena.

Tormenta de Arena se volvió para mirarlo.

—No más secretos, Estrella de Fuego. Prometo intentar comprender lo importante que es Jaspeada para ti, pero necesito poder confiar en ti.

—Puedes hacerlo —Estrella de Fuego juró.

Patas Manchadas soltó un suspiro, distrayendo a Estrella de Fuego de la profundidad de los ojos verdes de Tormenta de Arena. El guerrero blanco y negro estaba ahora más tranquilo, su respiración era más fácil. Parecía estar durmiendo más profundamente.

—Va a estar bien —dijo Estrella de Fuego—. Y creo que el resto del Clan también.

—Comenzaremos con el entrenamiento de batalla adicional de inmediato. —Estrella de Fuego estaba de pie al borde del Montón de Rocas, con los gatos del Clan del Cielo agrupados a su alrededor. El sol se había elevado sobre la cima del acantilado, proyectando largas sombras en el desfiladero—. Tenemos que ser lo más fuertes posible cuando salgamos a luchar contra las ratas.

Tormenta de Arena estaba a su lado. Desde la visita de Jaspeada esa misma mañana, Patas Manchadas había mejorado tanto que le había dicho a Estrella de Fuego que podía dejarlo solo un rato para asistir a la reunión.

—No esperes demasiado —le aconsejó, moviendo las orejas—. De lo contrario, las ratas vendrán y no estaremos preparados para ellas.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón.

—Quiero una guardia permanente en la Roca del Cielo.

—Deberíamos enviar patrullas adicionales al granero de Dos Patas también —Hoja Moteada sugirió.

Estrella de Fuego asintió.

—De acuerdo, pero no demasiado cerca. No quiero una pelea hasta que estemos preparados.

—Yo me encargaré de las patrullas —maulló Tormenta de Arena—. Y de los turnos de entrenamiento.

—¿Guardias, patrullas adicionales *y* entrenamiento de batalla? —Los ojos de Zarpa de Cereza se abrieron con consternación—. Suena como un trabajo muy duro.

—¿Prefieres que una rata te arranque la garganta? —Garra Afilada le dio un golpecito con la cola en la oreja a la joven carey, y ella retrocedió con un siseo indignado—. Mi aprendiza hará lo que se le diga, y lo hará sin quejarse.

Zarpa de Cereza abrió la boca para protestar, pero Estrella de Fuego la silenció con un movimiento de orejas.

—Podemos empezar —maulló—, a menos que tengan alguna otra sugerencia.

Pelaje Lluvioso se puso de pie.

—Pétalo y yo también queremos recibir entrenamiento.

—Así es. —Pétalo parecía nerviosa por estar hablando delante de todo el Clan—. Los cachorros son demasiado pequeños para que los dejemos solos todavía, y queremos estar preparados para defendernos.

—Gracias. —Estrella de Fuego inclinó la cabeza—. Nos alegramos de contar con ustedes. Tormenta de Arena los añadirá al plan de entrenamiento.

—Cola de Trébol o yo debemos quedarnos con los cachorros —señaló Pétalo.

—No te preocupes —Tormenta de Arena respondió—. Me las arreglaré. ¿Alguna otra pregunta? Bien —siguió cuando nadie contestó— Hoja Moteada y Garra Afilada, pueden ser la primera patrulla. Zarpa de Cereza, ¿puedes vigilar desde la Roca del Cielo? Denme unos momentos para ver cómo está Patas Manchadas y luego dirigiré una sesión de entrenamiento con Zarpa de Gorrión y Pelaje Lluvioso, y Pétalo, puedes unirte a nosotros, ya que Cola de Trébol está con los cachorros en este momento.

—¿Y yo qué? —preguntó Bigotes Cortos.

—Puedes venir conmigo a una patrulla de caza —contestó Estrella de Fuego—. Necesitaremos toda la carne fresca que podamos conseguir para mantener nuestras fuerzas. Una cosa más —añadió antes de que los gatos se separaran para cumplir con sus tareas—. A partir de ahora, nadie saldrá solo del campamento. Y todos deben permanecer alerta. Si llegan las ratas, nos encontrarán preparados y a la espera.

Dio por terminada la reunión con un movimiento de la cola. Garra Afilada y Hoja Moteada saltaron por las rocas hacia la cima del acantilado, y Zarpa de Cereza los siguió, tomando el sendero que conducía a la Roca del Cielo. Pétalo, Pelaje Lluvioso y Zarpa de Gorrión subieron por el desfiladero hacia la zona de entrenamiento.

Luego de pedirle a Bigotes Cortos que lo esperara, Estrella de Fuego caminó junto a Tormenta de Arena mientras ella se dirigía a la cueva del curandero.

—Sabes, Zarpa de Cereza tenía razón —maulló—. Sí que será un trabajo duro. No tenemos suficientes gatos para prepararnos para un ataque de ratas y cumplir con nuestras tareas habituales. —Suspiró—. Daría mi pelaje por tener aquí ahora mismo una patrulla de guerreros del Clan del Trueno.

—Bueno, no puedes. —Tormenta de Arena le pasó la lengua por la oreja—. Pero no te preocupes. Encontrarás la manera. Derrotaste a Azote y también derrotarás a estas ratas.

Estrella de Fuego deseaba compartir su confianza.

—Al menos Jaspeada nos dijo qué hacer con Patas Manchadas.

—Cierto —respondió Tormenta de Arena—, pero eso solo demuestra lo mucho que necesitamos un curandero.

—Los curanderos nacen, no se hacen. Y aún no he visto a ningún gato del Clan del Cielo mostrar conexión alguna con sus antepasados guerreros. Ninguno de ellos oyó nada cuando entraron en la Cueva Susurrante.

—Deberíamos tener al menos un gato que sepa de hierbas y pueda tratar heridas —señaló Tormenta de Arena, moviendo la cola con impaciencia—. Podría enseñarle a uno de ellos lo que sé. Sería un comienzo.

Estrella de Fuego se detuvo en el sendero justo debajo de la entrada de la guarida del curandero.

—Garra Afilada no serviría —reflexionó—. Es un guerrero demasiado bueno. Cola de Trébol tiene cachorros… ¿Qué tal Bigotes Cortos?

Tormenta de Arena negó con la cabeza.

—Se quedó paralizado al ver sangre cuando Patas Manchadas resultó herido.

—¿Hoja Moteada, entonces?

—Quizás… —reflexionó Tormenta de Arena—. Ella se preocupa por los gatos más débiles.

—Lo sé —decidió Estrella de Fuego—. Si Jaspeada me visita, le puedo preguntar.

Tormenta de Arena apartó la mirada por un momento y luego volvió a mirarlo.

—Sí, es una buena idea —murmuró.

* * *

Estrella de Fuego se acurrucó en la guarida de los guerreros, con las patas adoloridas y la cabeza dándole vueltas por el cansancio. Habían pasado tres días desde que había organizado el nuevo programa de patrullas y entrenamiento, y todos los gatos habían estado en pie desde el amanecer hasta el atardecer. Esa mañana había liderado una patrulla al granero de los Dos Patas y luego había pasado el resto del día cazando. La luna ya se elevaba en el cielo antes de que tuviera la oportunidad de dormir, y tendría que despertarse más tarde para tomar su turno vigilando la Roca del Cielo. «*¿Cuánto tiempo podremos seguir así?*».

Tan pronto como Estrella de Fuego cerró los ojos, se encontró de pie sobre la Roca del Cielo. La luna flotaba muy por encima de su cabeza y el Manto Plateado brillaba en el cielo. La noche era silenciosa, salvo por el rugido del río muy por debajo. «*¡Aún no es hora de mi guardia!*», pensó Estrella de Fuego, confundido.

—Saludos.

Una voz habló detrás de él, y Estrella de Fuego se dio la vuelta para ver a un gato de pie en el borde mismo de la Roca del Cielo. Su espeso pelaje gris se había vuelto plateado a la luz de la luna, y sus ojos brillaban como pálidas llamas. La fría luz de las estrellas brillaba alrededor de sus patas. Había algo familiar en ese gato; lo primero que pensó Estrella de Fuego fue que se trataba del antepasado del Clan del Cielo que lo había estado persiguiendo. Entonces contuvo el aliento al percibir un aroma familiar.

—¡Vigilante del Cielo!

El gato del Clan Estelar inclinó la cabeza.

—Me alegra volver a verte, Estrella de Fuego. Vamos —Vigilante del Cielo, continuó demostrando que no había perdido su lengua afilada—. No te quedes ahí con la boca abierta. No tenemos toda la noche.

Estrella de Fuego hizo un esfuerzo por recomponerse.

—¿Por qué has venido?

—El Clan del Cielo se encuentra en una encrucijada —respondió Vigilante del Cielo—. El peligro está muy cerca.

—¿Te refieres a las ratas? Son las que destruyeron al primer Clan del Cielo, ¿no? ¿Por qué no me habías hablado de ellas?

Vigilante del Cielo se sentó y miró fijamente a Estrella de Fuego.

—¿De qué habría servido eso? Habría sido un error decírtelo si eso te hubiera hecho rendirte. ¿Y en qué te habría ayudado saber quiénes eran los

antiguos enemigos del Clan del Cielo antes de que atacaran? Ahora tienes un Clan de guerreros fuertes para enfrentarte a ellas.

—¿Pero son lo suficientemente fuertes? —murmuró Estrella de Fuego.

—Deben estar preparados para defenderse —Vigilante del Cielo respondió—. Quizás deberías ver a estas ratas como el primer reto que debe superar el Clan. Después serán aun más fuertes.

Estrella de Fuego asintió con la cabeza; el gato del Clan Estelar tenía razón, pero se preguntaba cómo podía ser más fuerte el Clan si todos sus guerreros estaban muertos. Pensar en la muerte le recordó que, hasta ahora, el Clan no tenía forma de ponerse en contacto con sus antepasados guerreros.

—¿Puedes decirme si el Clan del Cielo ya tiene un curandero? Ningún Clan puede sobrevivir mucho tiempo sin uno. ¿Qué hay de Hoja Moteada?

Vigilante del Cielo movió las orejas.

—No, ese no es el destino de Hoja Moteada.

—¡Pero necesitamos un curandero!

—Incluso ahora, las patas de tu curandera están en el camino que la llevará hasta ustedes —le dijo Vigilante del Cielo—. Pero debes mirar más allá de los gatos del Clan del Cielo. Hay una gata que sueña con sus antepasados guerreros, pero no ha oído hablar del nuevo Clan.

—¿Entonces tengo que ir a buscarla? —Estrella de Fuego sintió un cosquilleo de emoción en las patas—. ¿Dónde está?

Pero Vigilante del Cielo no respondió. Levantándose, agitó la cola en señal de despedida y saltó desde el borde de la roca hacia el cielo. Estrella de Fuego contuvo un grito de alarma; cualquier gato vivo que hubiera intentado eso se habría estrellado contra las rocas. En cambio, el cuerpo de Vigilante del Cielo se disolvió en pleno salto, dejando tras de sí un tenue polvo brillante que se desvaneció mientras Estrella de Fuego lo observaba. Un latido después, abrió los ojos dentro de la guarida de los guerreros, con Bigotes Cortos empujándolo para que se despertara y fuera a la Roca del Cielo.

—Zarpa de Gorrión, puedes ausentarte del entrenamiento de combate de esta mañana —anunció Estrella de Fuego—. Te necesito para una misión especial.

Los ojos del joven gato atigrado brillaban de emoción.

—¿Qué misión?

—Tengo que ir al Poblado de los Dos Patas y necesito un gato que conozca el camino. —Rápidamente le explicó a Zarpa de Gorrión lo que Vigilante del Cielo le había dicho en su sueño.

Aunque Vigilante del Cielo no había dicho que la nueva curandera viviera entre los Dos Patas, Estrella de Fuego pensó que era lo más probable. Garra Afilada y Hoja Moteada no le habían hablado de ningún otro proscrito que viviera en el bosque, y él no podía buscar más lejos porque eso significaría dejar al Clan del Cielo solo ante las ratas.

No hacía mucho tiempo habrían corrido por el matorral hacia el Poblado de los Dos Patas; ahora avanzaban sigilosamente, escabulléndose de un refugio a otro, con todos sus sentidos alerta ante cualquier rastro de ratas. Estrella de Fuego recordó cómo se había sentido cuando la manada de perros vagaba por el bosque; iba en contra de todo el código guerrero que los gatos se vieran obligados a comportarse como presas.

Las nubes cruzaban el cielo impulsadas por un viento frío. Las hojas revoloteaban en el aire; pronto, el calor de la estación de la hoja verde no sería más que un recuerdo. Estrella de Fuego se preguntaba cómo se las arreglaría el Clan para superar los duros días de la estación sin hojas si aún tenían que protegerse de invasiones por parte de las ratas.

—Odio esto —siseó Zarpa de Gorrión mientras se agachaban detrás de un arbusto de aulaga, espiando la siguiente parte de su viaje—. Esta espera… me asusta. ¿Por qué las ratas no atacan y acaban de una vez? ¿A qué están esperando?

—No estoy seguro. —Estrella de Fuego flexionó las garras—. Pero supongo que las ratas saben perfectamente lo inquietos que nos pone la espera. Creen que van a ganar sin importar cuando ataquen, así que no tienen nada que perder haciéndonos sufrir.

No añadió que cuanto más esperaran, más cansado estaría el Clan. Cualquiera podía verlo. Probablemente las ratas también lo sabían; eran más inteligentes que cualquier otra rata que hubiera conocido jamás. El respeto de Estrella de Fuego por ellas crecía cada día, pero eso solo hacía que las odiara aun más. Habría liderado una patrulla para luchar contra las ratas en su propio territorio, para atacarlas primero y ganar la ventaja de la sorpresa, pero había un problema: el Clan del Cielo no tenía un curandero que sanara sus heridas o interpretara las señales del Clan Estelar.

—Sigamos adelante —murmuró.

Mientras se detenían al refugio de la cerca que rodeaba los primeros jardines de los Dos Patas, Zarpa de Gorrión miró a través de un hueco con un toque de tristeza en los ojos.

—Ahí es donde vivíamos Zarpa de Cereza y yo —murmuró. A la defensiva, añadió—: No es que quiera volver…

—Lo sé —lo tranquilizó Estrella de Fuego—. Los Dos Patas no son nuestros enemigos, aunque no entiendan el modo de vida de los guerreros. De vez en cuando extraño a mis antiguos Dos Patas.

—¿En serio? —Los ojos de Zarpa de Gorrión se agrandaron.

Estrella de Fuego asintió.

—Fueron buenos conmigo. Pero yo nací para la vida de guerrero.

Zarpa de Gorrión se enderezó; el orgullo reemplazó la tristeza en sus ojos.

—Yo también.

—Ahora mis Dos Patas tienen una gata nueva —continuó Estrella de Fuego—. Se llama Hattie. Parece simpática, mucho más apta para vivir con amos de casa que yo.

Por un instante, Zarpa de Gorrión se alarmó ante la idea de que otro gato ocupara su lugar. Luego se lamió rápidamente el pelaje del pecho un par de veces.

—Espero que mis amos también acojan a otro gato —maulló con valentía—. Así ya no estarían tristes por habernos perdido a mí y a Zarpa de Cereza.

Estrella de Fuego apoyó la punta de la cola sobre el hombro del joven gato.

—Vamos. Tenemos un gato que encontrar.

Sintió cómo su pelaje erizado se relajaba un poco mientras él y Zarpa de Gorrión se deslizaban por el primer camino que conducía al corazón del Poblado de los Dos Patas. Ya había tratado antes con Dos Patas y perros, y aquí, entre las guaridas de los Dos Patas, era menos probable que se encontraran con las astutas y despiadadas ratas.

Zarpa de Gorrión, sin embargo, parecía mucho menos tranquilo que la última vez que él y Estrella de Fuego visitaron el Poblado de los Dos Patas. Su pelaje se erizó al oír los ladridos lejanos de un perro, y cuando salieron del callejón y llegaron al borde de un pequeño camino, saltó en el aire cuando un monstruo brillante pasó rugiendo.

—Supongo que he olvidado cómo se siente este lugar —maulló, lamiéndose el hombro con vergüenza.

Después de comprobar cuidadosamente que no había más monstruos alrededor, Estrella de Fuego abrió camino por otro callejón, donde enseguida se encontró con un fuerte olor a gato.

—Vaya, miren quién está aquí —dijo una voz con tono burlón.

Zarpa de Gorrión dio un salto y volvió a erizar el pelaje. Estrella de Fuego levantó la vista y vio al minino casero negro, Óscar, echado en lo alto del muro. Abrió la boca en un bostezo, mostrando sus afilados dientes.

—Pero si es el proscrito loco —dijo con desdén, moviendo los bigotes con desprecio hacia Estrella de Fuego—. ¡Y el pequeño Boris! En realidad, los estaba esperando —añadió—. Pero pensaba que vendrían un poco antes.

Estrella de Fuego se congeló. Seguro que *Óscar* no podía ser el curandero del que le había hablado Vigilante del Cielo, ¿no?

El gato negro saltó ágilmente desde el muro y se enfrentó a ellos.

—¿Regresando a casa con tus amos ahora que empieza a hacer frío?

—¡No, para nada! —Zarpa de Gorrión fulminó con la mirada al gato negro—. Voy a ser un guerrero. Y no me llames Boris. Ahora soy Zarpa de Gorrión.

Óscar soltó una carcajada.

—*¡Zarpa de Gorrión!* ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es *mi* nombre. —Zarpa de Gorrión desenvainó las garras—. ¿Quieres decir algo al respecto?

Estrella de Fuego se interpuso apresuradamente entre los dos gatos enfurecidos.

—No estamos aquí para pelear —maulló, aunque en privado le hubiera gustado ver al aprendiz del Clan del Cielo, entrenado para la batalla, mostrarle a Óscar cuánto había aprendido en la última luna—. Estamos buscando a un gato especial —le dijo a Óscar—. Uno que tiene sueños extraños. ¿Has oído hablar de un gato así?

«*Por favor, Vigilante del Cielo* —añadió en silencio—, *¡no dejes que Óscar me diga que sueña contigo!*».

Los ojos verdes de Óscar se abrieron de par en par, brillando con desprecio.

—No —respondió—. Y tampoco he oído hablar de ningún gato que pueda volar.

—Te crees que lo sabes todo, tú… —comenzó a decir Zarpa de Gorrión con indignación.

—Creo que yo soy a quien buscan —interrumpió otra voz desde atrás, clara y joven—. Me llamo Eco. Sueño con gatos con estrellas en el pelaje.

CAPÍTULO 30

Un escalofrío recorrió a Estrella de Fuego desde las orejas hasta la punta de la cola. Pasaron un par de latidos antes de que pudiera obligar a sus patas a moverse y girarse para mirar a la recién llegada. Vio a una gata atigrada gris plateada con unos profundos ojos verdes, pequeña y de complexión elegante, con diminutas patas gris oscuro. A Estrella de Fuego le pareció casi frágil, y se preguntó si sería apta para la dura vida de un Clan.

—Saludos —maulló—. ¿Has soñado con… con un gato gris y blanco?

—Sí, muchas veces. Y con otros gatos también. Acaba de llegar uno nuevo, un gato grande con pelaje gris oscuro. —Miró a Estrella de Fuego con creciente emoción—. ¿Puedes decirme quiénes son esos gatos estrellados?

—Sí —contestó Estrella de Fuego—. Son los espíritus de tus antepasados guerreros.

—¡Espíritus! —se burló Óscar—. Espero que no le vayas a hacer caso a estas tonterías —le susurró a Eco.

Para alivio de Estrella de Fuego, Eco lo ignoró.

—¿Sabes por qué vienen a mí? —le preguntó al gato naranja.

—¿Has oído hablar del grupo de gatos que se ha establecido en el desfiladero?

Eco negó con la cabeza.

—El gato gris y blanco vino a mí y me pidió ayuda —explicó Estrella de Fuego—. Hace muchas estaciones, él era el líder del Clan del Cielo,

pero sus gatos se han ido hace tiempo. Vigilante del Cielo, el nuevo gato gris que viste, me desafió a reconstruir el Clan. Pero no pueden ser un Clan real hasta que encuentren un curandero —continuó, respirando hondo—. Y tú…

—Anoche, el gato gris me habló en sueños —interrumpió Eco con los ojos brillantes—. Me dijo que viniera aquí hoy y buscara a dos gatos extraños. Sí, me uniré a ustedes.

—¿Qué? —Óscar intervino antes de que Estrella de Fuego pudiera responder—. ¿Te vas a ir con estas dos bolas de pelo locas? Debes estar tan demente como ellos.

—Quizás lo esté —respondió Eco con calma—. Pero ningún otro gato ha sido capaz de explicarme mis sueños. Iré.

—¿Qué hay de tus Dos Patas? —Zarpa de Gorrión preguntó.

Una pizca de tristeza apareció en los ojos verdes de Eco.

—Estas últimas lunas me he sentido tan inquieta que me he alejado cada vez más de la guarida de mis dueños. Sentía que, si supiera cómo escuchar, las estrellas me darían una respuesta. Ahora que me iré para siempre, mis dueños pensarán que he encontrado una nueva guarida donde quedarme. Me extrañarán, pero no temerán por mí.

—Entonces vamos —dijo Estrella de Fuego.

—Espera. —Óscar pasó junto a él enfrentarse a Eco—. No vas a irte en serio, ¿o sí? ¿Solo por unos cuantos sueños?

—Esto no es algo que puedas entender —murmuró Eco con suavidad.

Se volvió hacia Estrella de Fuego, quien percibió unos ligeros nervios en su mirada.

—Estás dando un gran paso —le señaló, sintiendo que tenía que darle la oportunidad de cambiar de opinión.

—Lo sé. Pero estoy segura de que esto es lo que debo hacer.

Estrella de Fuego asintió con la cabeza. Si ella estaba dispuesta a confiar en sus sueños, eso era suficiente para él.

—Vamos —maulló.

Óscar se quedó mirándolos atónito mientras se alejaban por el callejón y salían del Poblado de los Dos Patas.

—¿Cómo es vivir en un Clan? —preguntó Eco mientras regresaban al desfiladero.

—Primero tienes que ser una aprendiza —le dijo Zarpa de Gorrión—. Aprendes a cazar, a luchar y cosas por el estilo. Y…

—Espera —Estrella de Fuego interrumpió—. Puede que Eco… Bueno, puede que ella desempeñe un papel diferente, uno que tenga que ver con hierbas curativas y más sueños de gatos estrellados.

—¿Cómo voy a aprender a hacer todo eso? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Se refugiaron bajo el arbusto de aulaga donde Estrella de Fuego y Zarpa de Gorrión se habían detenido al salir. El aprendiz se alejó un poco para comprobar si había señales de ratas en los alrededores.

—No lo sé —admitió Estrella de Fuego—. Mi pareja, Tormenta de Arena, puede enseñarte algunas cosas sobre hierbas. En cuanto al resto, si los ancestros guerreros del Clan del Cielo realmente quieren que te unas a nosotros, te mostrarán el camino.

Para su alivio, su respuesta pareció satisfacer a Eco.

—Esperaré su guía —maulló ella.

Cuando los tres gatos llegaron al desfiladero, Garra Afilada estaba de guardia en la Roca del Cielo. Saltó para reunirse con ellos en lo alto del acantilado.

—Sigue sin haber rastro de ratas —informó, y olfateó a Eco con curiosidad—. ¿Quién es ella?

—Ella es Eco —respondió Estrella de Fuego—. Creo… creo que va a ser nuestra curandera.

El pelaje de Garra Afilada empezó a erizarse y entrecerró los ojos.

—¿Una desconocida? Creí que elegirías a uno de nosotros como curandero.

Estrella de Fuego respiró hondo.

—No me corresponde a mí nombrar a un curandero —explicó—. Deben tener una conexión especial con sus antepasados guerreros. Creo que Eco la tiene. Ustedes son todos excelentes guerreros —añadió—, pero para defender plenamente a su Clan, necesitan el apoyo de alguien que pueda curar y compartir lenguas con sus antepasados.

El pelaje de Garra Afilada comenzó a alisarse, pero aún parecía inquieto.

—¿De dónde viene? —preguntó—. ¿Podemos confiar en que nos dará las hierbas y remedios adecuados?

—Vivía con dueños. —La mirada clara de Eco se posó tranquilamente en Garra Afilada, aunque su voz delataba una ligera pizca de incertidumbre—. Y te prometo que pueden confiar en mí. Una vez que

haya aprendido lo necesario sobre las hierbas, haré todo lo posible por ayudarlos.

Garra Afilada asintió bruscamente con la cabeza.

—Ya veremos cómo te va —maulló—. Buena suerte.

Estrella de Fuego apoyó la punta de la cola en el hombro de Eco.

—Vamos. Te presentaremos a algunos gatos más. Zarpa de Gorrión, ve y diles a los demás que tienen una nueva compañera de Clan.

Zarpa de Gorrión salió corriendo inmediatamente, saltando por las rocas. Caminando más despacio por el sendero pedregoso, Estrella de Fuego echó un vistazo a la guarida de los guerreros, pero a esa hora del día estaba vacía. Cuando llegaron a la maternidad, asomó la cabeza por la roca de la entrada y vio a Cola de Trébol vigilando a los cachorros. Sus tres hijos jugaban a pelear cerca de la entrada, mientras que Menta y Salvia dormían acurrucados entre el musgo.

—Adelante, Estrella de Fuego. —Cola de Trébol se puso de pie—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Quiero presentarte a una nueva miembro del Clan del Cielo. —Se deslizó por al lado de la roca y llamó a Eco con la cola—. Esta es Eco. Eco, ella es Cola de Trébol.

—¡Yo soy Pequeño Peñasco! —El cachorro negro saltó hacia Eco y la olisqueó; sus dos hermanos se unieron a él y se quedaron mirando con curiosidad a la recién llegada.

Cola de Trébol bajó la cabeza, pero Estrella de Fuego notó que parecía un poco cautelosa.

—Creo que Eco podría convertirse en la curandera del Clan del Cielo —maulló.

—¿Son tuyos? —preguntó Eco, moviendo las orejas hacia los tres cachorros que la rodeaban—. ¡Qué cachorros tan bonitos y fuertes! Debes estar muy orgullosa de ellos.

—Sí —Cola de Trébol ronroneó; Estrella de Fuego se dio cuenta de que Eco había dicho exactamente lo correcto—. Pero a veces pueden ser traviesos.

Eco soltó un suave ronroneo de diversión. Se acercó al lecho de musgo donde Menta y Salvia estaban durmiendo y maulló:

—¿Estos cachorros no son tuyos, o sí?

—No, son míos. —La luz de la entrada se bloqueó cuando Pétalo entró, murmurando con un campañol entre los dientes. Lo dejó delante de Cola de Trébol y añadió con más claridad—: Zarpa de Gorrión me dijo

que puede que tengamos una nueva curandera. —Asintió con la cabeza a Eco—. Bienvenida.

—Gracias. —Los ojos de Eco se llenaron de ternura mientras miraba a los cachorros—. ¡Son preciosos, y tan pequeños!

—Deberías haberlos visto cuando llegamos —Pétalo respondió—. Ahora son mucho más fuertes. Estrella de Fuego nos rescató de mi Dos Patas. Creo que mis cachorros habrían muerto si no hubiera sido por Cola de Trébol. Ella los alimentó y los cuidó cuando yo estaba demasiado enferma.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Eco.

Cola de Trébol ronroneó, y Estrella de Fuego vio que podría decidir estar contenta de que Eco se uniera al Clan.

Después de que hubiera pasado un rato hablando con las dos gatas, Estrella de Fuego la sacó de la maternidad y la llevó más acantilado abajo.

—Te mostraré la guarida del antiguo curandero —le dijo.

Tormenta de Arena seguía cuidando a Patas Manchadas en la cueva exterior, aunque a estas alturas el guerrero blanco y negro se estaba fortaleciendo, y la infección de su herida casi había desaparecido. Cuando Estrella de Fuego y Eco entraron, él estaba agachado sobre un trozo de carne fresca, mientras que Tormenta de Arena estaba sentada cerca. La gata se puso de pie y se acercó a Eco para entrechocar narices con ella.

—Bienvenida al Clan del Cielo —maulló.

Eco miró a Patas Manchadas, y sus ojos se agrandaron al ver la fea herida en su hombro.

—¿Cómo te lastimaste? —preguntó.

Patas Manchadas saludó con la cola y tragó el último bocado de mirlo.

—Me mordió una rata —contestó cuando pudo hablar—. Pero Tormenta de Arena me curó.

Tormenta de Arena negó con la cabeza.

—No sé tanto como un curandero de verdad, solo algunos remedios útiles.

Eco se acercó a Patas Manchadas y le preguntó cortésmente:

—¿Me permites? —Luego olisqueó bien su herida—. ¿Qué es eso que huelo?

—Raíz de bardana —respondió Tormenta de Arena—. Es lo mejor para las mordeduras de rata, especialmente si se infectan. Para las heridas normales solemos usar caléndula. Y, ante todo, telarañas para detener la hemorragia.

Eco parpadeó con admiración.

—¡Sabes mucho!

—Tuve grandes mentoras.

Tormenta de Arena se encontró con la mirada de Estrella de Fuego mientras hablaba, y él supo que se refería tanto a Jaspeada como a Carbonilla. Su corazón se conmovió al ver el brillo en sus ojos, y supo que por fin ella entendía su conexión con Jaspeada, sin sentir que la gata carey fuera una amenaza.

Uno tras otro, los gatos saltaron la grieta de la roca y aterrizaron en la superficie plana de la Roca del Cielo. Una luna llena flotaba en un cielo sin nubes que ocultaran el brillo del Manto Plateado. En el bosque, pensó Estrella de Fuego con un tirón de nostalgia, los Clanes se estarían reuniendo en los Cuatro Árboles. Aquí solo había un Clan, pero el Clan del Cielo aún se reunía para honrar a sus antepasados guerreros.

Pelaje Lluvioso y Pétalo se habían quedado a cuidar a los cachorros, pero casi todos los gatos del Clan se habían reunido cuando Estrella de Fuego vio a un grupo de tres que subían por el sendero: Tormenta de Arena y Eco… ¡y Patas Manchadas! ¿Conseguiría el guerrero blanco y negro dar el salto?

Dio un paso adelante, abriéndose paso entre Garra Afilada, pero antes de que pudiera llamar a Tormenta de Arena, esta había saltado ágilmente por encima del hueco y se había girado hacia Patas Manchadas.

—Muy bien —maulló—. Estoy lista.

Patas Manchadas aceleró el paso, aunque Estrella de Fuego vio que cojeaba y hacía muecas de dolor cada vez que apoyaba la pata herida en el suelo. Saltó y aterrizó con las cuatro patas sobre la roca, pero tan cerca del borde que se tambaleó y estuvo a punto de caer hacia atrás. Tormenta de Arena apretó los dientes en el pelaje suelto de su hombro ileso y lo puso a salvo. Por último, Eco saltó el hueco y olfateó con cuidado la herida del hombro de Patas Manchadas.

—¿Tienes cerebro de ratón? —siseó Estrella de Fuego, acercándose a ellos—. ¿Y si te hubieras caído?

—Soy parte de este Clan. —Patas Manchadas lo miró con determinación—. Quería estar en nuestra primera Asamblea.

Al contemplar el ardiente coraje en sus ojos, Estrella de Fuego no pudo seguir enojado.

—Está bien —maulló, moviendo la cola—. Ahora estás aquí. Pero, por el bien del Clan Estelar, ten cuidado al regresar. Eres demasiado buen guerrero como para perderte.

Saltó sobre una de las rocas derrumbadas donde la Roca del Cielo se encontraba con el acantilado. Cuando el resto del Clan se volvió para mirarlo, el pálido resplandor de sus ojos le erizó todo el pelaje. Garra Afilada arañaba la roca como si no pudiera esperar para hincar las garras en la piel de una rata. Zarpa de Cereza se agachó a su lado, tan lista para la batalla como su mentor. Cola de Trébol y Bigotes Cortos se sentaron uno al lado del otro, con las orejas erguidas. Hoja Moteada llamó a Zarpa de Gorrión con un movimiento de su cola, y los dos gatos se sentaron a escuchar al pie de la roca de Estrella de Fuego.

Estrella de Fuego sabía que estaba viendo lo leales que eran a su Clan, lo decididos que estaban a luchar por su derecho a vivir en el desfiladero. En ese momento, no creía que nada, ni siquiera las ratas, pudiera vencerlos.

—Gatos del Clan del Cielo —comenzó—, cuando varios Clanes se reúnen, intercambian noticias sobre lo que ha sucedido durante la luna anterior. Nosotros no podemos hacer eso, pero podemos compartir nuestras noticias entre nosotros. ¿Alguien tiene algo que informar?

Hoja Moteada levantó la cola.

—A mí me gustaría decir lo bien que están mejorando las habilidades de caza de Zarpa de Gorrión. Ayer trajo más presas que nadie.

—¡Excelente! —maulló Estrella de Fuego, mientras Zarpa de Gorrión se lamía el pelaje del pecho para ocultar su vergüenza.

—A mi aprendiza también le está yendo bien —Garra Afilada obviamente no tenía intención de quedarse atrás—. Les prometo que esta mañana me habría arrancado la oreja si Tormenta de Arena no la hubiera detenido.

—¡Ya verás! —murmuró Zarpa de Cereza, medio en broma—. Un día, cuando Tormenta de Arena no esté…

Garra Afilada le pasó la cola por la espalda con cariño.

—Bien hecho —le dijo Estrella de Fuego—. Pero, por favor, deja a tu mentor intacto. Lo necesitamos.

Tormenta de Arena dio un paso al frente.

—Me gustaría decir algo sobre Pétalo, aunque sé que no es miembro del Clan del Cielo. Se ofreció voluntaria para quedarse con los cachorros esta noche, para que Cola de Trébol pudiera venir aquí. Y ha sido de gran

ayuda recogiendo hierbas en el bosque. No sé qué habríamos hecho Eco y yo sin ella.

—Se lo diré —prometió Estrella de Fuego.

—Hay algo más que quiero decir —Garra Afilada maulló—. No hemos visto ni un solo pelo de rata desde que su líder nos habló junto al granero de los Dos Patas. ¿Qué vamos a hacer con ellas?

—Ya sabes lo que estamos haciendo —contestó Estrella de Fuego—. Las patrullas, el entrenamiento de batalla…

Garra Afilada dio un azote con la cola.

—Pero nada de eso va a acabar con las ratas. ¿Por qué no salimos ahí fuera y acabamos con ellas de una vez por todas?

—Aún no es el momento adecuado.

—A este paso, nunca será el momento adecuado. —Garra Afilada mostró los dientes—. ¿Cuánto tiempo esperas que vivamos con esta amenaza sobre nosotros?

—Espero que no mucho más —respondió Estrella de Fuego—. Odio esperar tanto como tú. Si están dispuestos, creo que deberíamos atacar tan pronto como Patas Manchadas se recupere.

—No tardaré mucho —intervino Patas Manchadas—. Podría luchar ahora mismo si fuera necesario.

—Lucharás cuando Tormenta de Arena diga que puedes hacerlo —le dijo Estrella de Fuego—. Garra Afilada, ¿eso responde a tu pregunta?

Garra Afilada dudó antes de asentir cortante con la cabeza. Estrella de Fuego pensó que aún no parecía contento con la decisión, pero tan importante como saber cuándo atacar era saber cuándo contenerse.

Cuando ningún otro gato habló, Estrella de Fuego hizo una señal a Eco.

—Gatos del Clan del Cielo —exclamó—, esta noche, bajo esta luna, damos la bienvenida a una nueva compañera y la convertimos en miembro del Clan ante los espíritus de nuestros antepasados. Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno y mentor del Clan del Cielo, solicito a sus antepasados guerreros que observen a esta gata —continuó—. Ha caminado con ustedes en sueños, y se las encomiendo como miembro del Clan del Cielo. —Bajó de la roca para situarse frente a Eco y continuó—: Eco, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y servir a este Clan, incluso a costa de tu vida?

Eco levantó la cabeza.

—Lo prometo.

—Entonces, ante los espíritus de tus antepasados, te doy tu nombre. A partir de este momento, serás conocida como Canción de Eco. El Clan Estelar honra tu sabiduría y tu fe, y te recibimos en el Clan del Cielo.

Apoyó el hocico sobre la cabeza de Canción de Eco, y ella le lamió el hombro a cambio.

—Canción de Eco… Canción de Eco… —El nombre se extendió por la Roca del Cielo como una brisa, mientras los guerreros del Clan Estelar resplandecían en el cielo.

«*Gracias, Vigilante del Cielo*», pensó Estrella de Fuego.

Unos amaneceres después de la Asamblea, Estrella de Fuego bajó por el sendero hacia el río y encontró a Tormenta de Arena organizando las tareas del día. El sol brillaba, pero había un aire fresco que presagiaba heladas. La estación de la caída de la hoja se acercaba, trayendo días más oscuros y menos cobertura para que las presas se escondieran.

—¡Pero estoy harta de la patrulla de ratas! —protestaba Zarpa de Cereza—. ¿Por qué no puedo ir a cazar en vez de eso?

—Porque Tormenta de Arena te asignó a la patrulla de ratas. —Garra Afilada le dio un golpe seco en la oreja con la cola—. No discutas.

Zarpa de Cereza le lanzó una mirada de enojo ardiente.

—De todos modos, esas estúpidas ratas no van a venir —murmuró, lo suficientemente alto como para que se la oyera.

Estrella de Fuego se detuvo y entrecerró los ojos. Si el Clan empezaba a pensar así, perderían rápidamente su ventaja en la batalla. Cuanto antes pudieran atacar, mejor.

—Hoja Moteada, te toca hacer guardia —continuó la gata melada—. Zarpa de Gorrión está allí arriba ahora, así que puedes mandármelo para entrenamiento de batalla.

La atigrada marrón y crema movió la cola para indicar que había oído y se puso en marcha por el sendero hacia la Roca del Cielo. Garra Afilada la siguió con el resto de la patrulla de ratas: Zarpa de Cereza y Bigotes Cortos.

Cuando se hubieron ido, Estrella de Fuego se acercó a Tormenta de Arena.

—¿Cómo está Patas Manchadas?

—Mucho mejor. —Tormenta de Arena movió las orejas hacia donde estaba el guerrero blanco y negro, río abajo con Pelaje Lluvioso y Cola de

Trébol—. Esta mañana va a salir a patrullar para cazar, solo para ver cómo aguanta el hombro.

—Bien. Hablaré con él cuando vuelva.

Mientras hablaba, Canción de Eco salió de su guarida, bajó a saltos ágilmente por las rocas y se acercó a Patas Manchadas. Olfateó con cuidado su hombro y luego se apartó mientras la patrulla de caza se despedía moviendo la cola y se alejaba río abajo. Patas Manchadas parecía caminar con la misma facilidad que cualquier otro gato.

—Canción de Eco ha hecho un trabajo maravilloso hasta ahora —su pareja murmuró—. Parece saber lo que es correcto. ¡Y aprende muy rápido! Pronto no habrá nada más que pueda enseñarle.

Pero sus palabras le dieron a Estrella de Fuego otra razón para preocuparse. Sin otro curandero, ¿cómo podría Canción de Eco aprender todo lo necesario para servir adecuadamente a su Clan? Tormenta de Arena podía enseñarle algunas cosas sobre hierbas y tratamientos, pero la formación de un verdadero curandero llevaba muchas lunas e incluía misterios que ningún otro gato de Clan conocía.

Cuando la patrulla de caza se hubo ido, Canción de Eco subió río arriba y se unió a Estrella de Fuego y Tormenta de Arena al pie del Montón de Rocas.

—Estoy lista —le maulló a Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego movió las orejas con curiosidad.

—Le voy a dar a Canción de Eco entrenamiento de batalla —explicó Tormenta de Arena.

Canción de Eco asintió.

—Tormenta de Arena dice que los curanderos no suelen pelear, pero deben ser capaces de defenderse a sí mismos y a sus compañeros de Clan.

—Quizás tengas que hacerlo pronto —Estrella de Fuego maulló.

Partieron hacia la zona de entrenamiento, acompañados por Zarpa de Gorrión, que bajó saltando por el sendero desde la Roca del Cielo. En la cima del Montón de Rocas, Estrella de Fuego oyó un chillido emocionado y vio a Pétalo guiando a cinco cachorros fuera de la maternidad. Esperó a que los alcanzaran, mientras Tormenta de Arena y los demás seguían adelante.

—Queremos ver el entrenamiento. —Pequeño Brinco se puso junto a Estrella de Fuego—. Pétalo dice que podemos.

—Espero que no haya problema —añadió Pétalo—. Así tendré la oportunidad de entrenar un poco. Ya saben, por si acaso atacan las ratas.

—Bajó la voz y miró nerviosa a Menta y Salvia, que iban tambaleándose detrás de los cachorros mayores.

—Claro, no hay problema —respondió Estrella de Fuego. Llamando a los cachorros, añadió—: Manténganse alejados de la pelea. Habrá garras desenvainadas y no quiero que ninguno de ustedes resulte herido.

—¿Cuándo aprenderemos a luchar? —preguntó Pequeña Diminuta mientras subían por el desfiladero.

—Pronto —maulló Pétalo—. Cuando sean aprendices.

—¿Y nosotros? —Menta preguntó—. ¿Podemos ser aprendices también?

—No —le dijo su madre—. No pertenecemos al Clan del Cielo.

—¡Pero eso no es *justo*! —se quejó Salvia—. ¿Por qué nosotros no?

Pétalo le dio un suave golpecito con la cola.

—Son demasiado pequeños para entenderlo.

—¿Es por eso que no tienen «Pequeño» en sus nombres, como nosotros? —preguntó Pequeño Peñasco.

Estrella de Fuego asintió.

—Si Pelaje Lluvioso y Pétalo deciden unirse al Clan, Menta y Salvia tendrán nuevos nombres.

Menta aguzó las orejas.

—Tienen que quedarse —la cachorra le maulló a su madre—. *¡Por favor!*

Pétalo negó con la cabeza.

—No es tan fácil.

Llegaron al lugar de entrenamiento, donde Tormenta de Arena y Zarpa de Gorrión ya estaban entrenando. Estrella de Fuego quedó impresionado por la velocidad del gato atigrado, que pasó como un rayo junto a Tormenta de Arena y le dio un golpe en el hombro antes de que ella tuviera tiempo de esquivarlo.

—Ahora tú, Canción de Eco —maulló Tormenta de Arena—. Has visto a Zarpa de Gorrión hacer ese movimiento suficientes veces, a ver si puedes imitarlo.

La joven gata dio un paso adelante, pero antes de que pudiera enfrentarse a Tormenta de Arena, fueron interrumpidos por un fuerte gemido de miedo de Salvia. Estrella de Fuego giró la cabeza rápidamente. El pequeño gatito se había subido a una roca y se balanceaba en lo alto. Antes de que ningún gato pudiera alcanzarlo, perdió el equilibrio y rodó hasta el pie de la roca moviendo las patas y cola en todas direcciones.

Pétalo corrió hacia él. El cachorro se sentó y extendió una pata.

—Me duele —gimió.

Al instante, Canción de Eco estaba a su lado, olfateándole la pata herida.

—Te enganchaste una garra —murmuró, lamiéndola suavemente varias veces—. Sé lo doloroso que puede ser, pero pronto se te pasará.

Mientras seguía lamiendo, los lloriqueos de Salvia se fueron apagando.

—Me estás haciendo sentir mejor —maulló.

—Eres muy valiente —le dijo Canción de Eco al pequeño cachorro—. Igual que un guerrero. Ahora intenta apoyarte sobre esa pata.

Salvia se levantó y puso con cuidado su pata herida en el suelo.

—Se siente bien. Gracias —añadió mientras se alejaba corriendo para reunirse con su hermana y los demás cachorros—. Soy un guerrero —se enorgulleció—. Canción de Eco lo dijo.

Canción de Eco miró al cachorro, con los ojos brillantes de diversión.

—Bien hecho —le susurró Estrella de Fuego al oído.

La joven gata se volvió hacia él.

—Una garra enganchada es fácil de tratar.

Pero Estrella de Fuego pudo ver que sus ojos brillaban con una nueva confianza.

A medida que el hombro de Patas Manchadas mejoraba aún más, Tormenta de Arena accedió a que pudiera volver a un entrenamiento de batalla limitado.

—Se está esforzando mucho, pero sigue siendo lento —le informó a Estrella de Fuego—. Y se cansa fácilmente.

—¿No está listo para enfrentarse a las ratas? —preguntó Estrella de Fuego.

—Todavía no —Tormenta de Arena respondió.

Estrella de Fuego comenzó a preguntarse si debían atacar sin Patas Manchadas. Él podía quedarse atrás con Canción de Eco y una de las reinas lactantes para defender el campamento. La tensión entre los demás gatos iba en aumento. Garra Afilada y Pelaje Lluvioso, normalmente los mejores amigos, estuvieron a punto de pelearse a golpes por un pedazo de carne fresca, mientras que Bigotes Cortos parecía estar perpetuamente nervioso, mirando por encima del hombro como si esperara ver a una rata acechándolo. Incluso los cachorros se veían afectados, jugando

audazmente a que atacaban ratas durante el día, pero se iban corriendo de vuelta a la maternidad ante cualquier ruido inesperado.

«*Pero, ¿dónde están?*», se preguntó Estrella de Fuego. Aunque intentaba comportarse con normalidad delante de los demás, el miedo lo acechaba día y noche. «*Nos amenazaron con matarnos. ¿Por qué no han venido?*».

Ya sabía la respuesta, la misma respuesta que le había dado a Zarpa de Gorrión el día que viajaron al Poblado de los Dos Patas y encontraron a Canción de Eco. Las ratas esperaban debilitar al Clan manteniéndolos en suspenso. Atacarían cuando estuvieran listas.

Estrella de Fuego regresó de la última patrulla de caza del día y encontró a Canción de Eco esperándolo junto al río, donde este empezaba a fluir de entre las rocas. El desfiladero yacía en sombras, mientras los últimos rayos escarlatas del atardecer se desvanecían en el cielo.

Dejando su carne fresca en el montón, Estrella de Fuego se acercó a ella.

—Estrella de Fuego, tengo que hablar contigo —maulló ella. Tenía los ojos enormes y preocupados. Apartó la mirada para contemplar la suave curva del agua en donde salía de la cueva—. Cuando nos conocimos en el Poblado de los Dos Patas —comenzó—, te dije que soñaba con gatos estrellados.

—Sí, así es como supe que los ancestros guerreros del Clan del Cielo te habían enviado para ser la curandera del Clan —le recordó Estrella de Fuego.

Canción de Eco suspiró profundamente.

—¿Y si estabas equivocado? —Antes de que Estrella de Fuego tuviera oportunidad de responder, la gata continuó, con palabras que le costaba pronunciar, como si le doliera decirlas en voz alta—. No he vuelto a soñar con esos gatos desde que llegué aquí. Ni una sola vez.

Estrella de Fuego tragó saliva con dificultad.

—Antes soñabas con ellos —le aseguró, tratando de que su voz no delatara su preocupación—. Volverás a soñar con ellos. Saben dónde encontrarte.

—Entonces, ¿por qué han dejado de aparecer en mis sueños?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—No lo sé. Quizás te ayudaría ir a la Roca del Cielo a dormir —le sugirió—. Siempre ha sido el lugar donde el Clan del Cielo estaba más cerca de sus ancestros guerreros.

Los ojos de Canción de Eco se iluminaron y sus garras se clavaron en el suelo.

—¡Esta noche dormiré allí! —exclamó.

Estrella de Fuego le acarició el hombro con el hocico para animarla.

—Iré contigo.

Había caído la noche cuando los dos gatos saltaron la grieta y aterrizaron en la Roca del Cielo. El Manto Plateado brillaba fríamente en lo alto, y la luna se había reducido a un finísimo rasguño de garra. Estrella de Fuego esponjó su pelaje contra el viento penetrante.

—¿Dónde está el gato de guardia?

La superficie plana de la roca estaba vacía, brillando débilmente a la luz de las estrellas. Las patas de Estrella de Fuego hormigueaban, y respiró hondo, saboreando el aire.

—¿Puedes oler ratas? —preguntó Canción de Eco con mirada cautelosa.

—No. Solo huelo a gato.

Estrella de Fuego se acercó sigilosamente a las rocas esparcidas cerca de la pared del acantilado y se asomó a las sombras más profundas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguió una silueta atigrada acurrucada: Bigotes Cortos.

Estrella de Fuego sintió que un gruñido le subía por la garganta. Empujó a Bigotes Cortos con una pata.

—Despierta.

Bigotes Cortos se revolvió, moviendo las orejas.

—Eh… ¿qué…?

Estrella de Fuego lo empujó de nuevo, con más fuerza. Esta vez, Bigotes Cortos se puso de pie de un salto, con el pelaje erizado.

—¿Las ratas están aquí?

—No —respondió Estrella de Fuego—. Pero no gracias a ti. ¿Qué crees que estás haciendo, durmiendo cuando deberías estar vigilando?

Bigotes Cortos miró a su alrededor con desesperación; era obvio que no tenía ni idea de dónde estaba ni qué hacía allí. Entonces, se dio cuenta con consternación de lo que pasaba, y bajó la cabeza.

—Lo siento, Estrella de Fuego.

—Un «lo siento» no atrapa presas —Estrella de Fuego gruñó—. ¿Y si las ratas hubieran atacado? Podríamos haber muerto todos.

—Lo sé. Lo siento mucho. —Bigotes Cortos arañó la roca con las patas delanteras—. Es que estoy muy cansado.

—Todos estamos cansados —contestó Estrella de Fuego, aunque su enojo estaba disminuyendo. ¿Estaba esperando demasiado de los guerreros del Clan del Cielo, que se prepararan para el ataque de las ratas con todas sus fuerzas?—. Está bien —continuó con un suspiro—. Yo tengo que quedarme aquí arriba, así que puedes ir a dormir a la guarida de los guerreros. ¿Quién tiene la siguiente guardia?

—Pelaje Lluvioso.

—De acuerdo, lo despertaré cuando sea el momento.

Bigotes Cortos inclinó la cabeza y comenzó a caminar por la roca hacia la grieta. Luego se detuvo y miró hacia atrás, con los ojos llenos de vergüenza.

—De verdad lo siento —repitió—. No volverá a suceder.

Estrella de Fuego se limitó a asentir con la cabeza y lo vio alejarse en silencio, con la cabeza gacha y arrastrando la cola por la roca. Saltó la grieta y desapareció por el sendero.

Cuando se hubo ido, Canción de Eco se acercó sigilosamente a Estrella de Fuego; parecía pensativa.

—¿Hay hierbas para dar fuerza? —preguntó—. ¿O para ayudar a los gatos a mantenerse despiertos?

—Para la fuerza… bayas de enebro, creo —respondió Estrella de Fuego—. Quizá Tormenta de Arena lo sepa. Pero nunca he oído hablar de hierbas para mantener a un gato despierto.

—Un verdadero curandero lo sabría. —Había un toque de amargura en la voz de Canción de Eco.

Estrella de Fuego no pudo evitar recordar la última vez que ella se había parado en la Roca del Cielo a la luz de la luna llena, rebosante de confianza cuando había recibido su nombre de Clan. Su confianza había disminuido igual que la luna, hasta que no era más que la pequeña garra curvada que brillaba sobre sus cabezas.

—Intenta dormir —le sugirió—. A ver si el Clan Estelar te habla aquí.

Obediente, la atigrada gris plateada se acurrucó en el refugio de una de las rocas. Pronto, su respiración ligera y regular le indicó a Estrella de Fuego que se había dormido. Se sentó a su lado, contemplando las estrellas, con las orejas aguzadas y olfateando el aire en busca de los primeros indicios de la llegada de ratas.

La luna se deslizó por el cielo. No se oía ningún sonido, salvo el lejano murmullo del río y el suave silbido del viento. Por fin, Canción de

Eco se movió, parpadeó y miró a Estrella de Fuego. No necesitó preguntarle qué había soñado; la desolación de sus ojos le decía todo lo que necesitaba saber.

—Creo que los gatos estrellados me han abandonado para siempre.

Estrella de Fuego se agachó para lamerle la cabeza en señal de consuelo.

—¿Soñaste algo?

—Sí, creía estar en una extensión de páramo. Había niebla a mi alrededor. No podía ver nada, pero sentía que había gatos cerca y sabía que estaban muy asustados. Sabía que uno de ellos me llamaba, pero no podía oír lo que quería decirme. Siempre estaba fuera de mi alcance.

Estrella de Fuego sintió cómo se le erizaba el pelo del cuello.

—Creo que soñaste con el primer Clan del Cielo huyendo del bosque —explicó—. Yo también he tenido sueños así. El gato que intentaba llamarte podría haber sido su líder.

Canción de Eco se animó momentáneamente, pero luego la esperanza se desvaneció de sus ojos.

—Entonces no fue un sueño verdadero de un curandero.

—Todos los sueños pueden ser sueños de curandero —le dijo Estrella de Fuego.

—Ya no estoy segura de estar destinada a ser curandera. —Canción de Eco negó con la cabeza y suspiró—. Quizá sea porque nací como una mascota.

—Yo también nací como una mascota. —Canción de Eco lo miró atónita, y él continuó—: Pero el Clan Estelar me eligió para salvar a mi Clan y convertirme en su líder. Además, todos los gatos fueron salvajes alguna vez, incluso los antepasados de los mininos domésticos.

—¿De verdad?

—Había una vez tres Clanes de gatos gigantes. —Estrella de Fuego recordó las leyendas que había aprendido cuando se convirtió en aprendiz del Clan del Trueno—. El Clan del León, el Clan del Tigre y el Clan del Leopardo. Vagaban libremente por el bosque y nunca fueron propiedad de los Dos Patas. Y un poco de su naturaleza salvaje sigue viva en el corazón de cada gato.

—¿Incluso en el de las mascotas?

—En el de cada gato —repitió Estrella de Fuego—. Canción de Eco, no te rindas. Antes soñaste con los guerreros ancestrales del Clan del Cielo y volverás a soñar con ellos. Los sueños no se pueden invocar. Se envían,

y solo tienes que ser paciente. Los ancestros del Clan del Cielo vendrán a ti cuando tengan algo que decir.

Canción de Eco murmuró su acuerdo, pero Estrella de Fuego no estaba seguro de haberla convencido. Tras darle un último lametón tranquilizador, se puso de pie y fue a despertar a Pelaje Lluvioso para la siguiente guardia.

A la noche siguiente, a pesar de su cansancio, Estrella de Fuego no conseguía dormir. Después de dar vueltas en su lecho durante lo que le parecieron varias lunas, salió de la cueva de los guerreros para sentarse en la cornisa exterior y contemplar cómo la pálida luz del amanecer se extendía sobre el desfiladero.

Al cabo de un rato, percibió el dulce aroma de Tormenta de Arena y sintió su lengua rozándole cálidamente la oreja.

—Yo tampoco podía dormir —murmuró ella.

Estrella de Fuego giró la cabeza para mirarla a los ojos.

—Si vamos a atacar a las ratas, tiene que ser pronto —maulló—. Pero, ¿es lo correcto? ¿Hice bien en decirle al Clan del Cielo que este es su hogar y que deben luchar por él?

Los bigotes de Tormenta de Arena se crisparon por la sorpresa.

—¿Qué otra cosa pueden hacer? ¿Dispersarse y volver a vivir como proscritos y mininos caseros?

—Hay otra alternativa. —Estrella de Fuego respiró hondo—. Podríamos llevarlos de vuelta al bosque.

—¿Qué? ¿Después de todo lo que hemos hecho para ayudarles a crear un hogar aquí?

—¿Por qué no? Los antepasados de los Clanes del bosque los expulsaron, y *sabemos* lo mal que estuvo eso. Quizás ahora se supone que debemos traerlos de vuelta.

Tormenta de Arena giró la cabeza para alisar un mechón de pelo que se le había levantado en el hombro.

—Supongo que podría funcionar —maulló—. Aunque tendrían que dividirse y unirse a los otros cuatro Clanes. Ahora que se ha construido el Poblado de los Dos Patas, no hay lugar en el bosque para un quinto Clan, eso es lo que causó todos los problemas en primer lugar.

—No querrán dividirse ahora —advirtió Estrella de Fuego—. De alguna manera tendríamos que encontrar la forma de dividir el territorio siguiendo nuevas líneas fronterizas.

Tormenta de Arena dio un azote con la cola.

—*No hay* forma. Lo viste con tus propios ojos cuando Azote intentó mudarse con el Clan de la Sangre. El territorio del Clan del Cielo se perdió cuando los Dos Patas construyeron el Poblado de los Dos Patas. El bosque no puede albergar ahora a otro Clan más.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón, pero la culpa lo inundaba como la lluvia inunda una hoja volteada. ¿Estaba de acuerdo solo porque en su corazón no quería renunciar a nada del territorio de su Clan? ¿Eso lo hacía tan malo como los Clanes originales que habían expulsado al Clan del Cielo al exilio?

Tormenta de Arena presionó el hocico contra el de él.

—No tiene sentido que te preocupes —maulló—. El Clan del Cielo no *quiere* volver al bosque. Aquí es donde se sienten como en casa. ¿Sabes? —añadió, moviendo la cola—, solo dices eso porque tienes miedo de llevarlos a la muerte. Tienes que confiar en su antepasado guerrero, el que te dijo que vinieras aquí y reconstruyeras el Clan. Él no dejará que las ratas acaben con el Clan del Cielo.

—Supongo que…

Estrella de Fuego dejó de hablar, distraído por un movimiento en el sombrío desfiladero que se extendía debajo. Al mirar hacia abajo, vio a Canción de Eco trepando hasta la cima del Montón de Rocas y cruzando hacia el otro lado del río.

—¿A dónde va? —se preguntó en voz alta.

Él fue tras ella, pero cuando llegó al fondo del desfiladero, Canción de Eco había desaparecido. La siguió por su rastro de olor a través del Montón de Rocas y hasta el sendero que conducía bajo las rocas hacia la Cueva Susurrante. Silenciosamente se deslizó tras ella, a lo largo de la estrecha cornisa con el agua deslizándose justo debajo de sus patas. La luz del amanecer brillaba en la superficie, desvaneciéndose detrás de él a medida que se adentraba bajo tierra.

Encontró a Canción de Eco sentada a la orilla del agua en la Cueva Susurrante, con las patas recogidas bajo el cuerpo y la mirada fija en el río que fluía silenciosamente, verde oscuro en la inquietante penumbra. Al oír que se acercaba, ella levantó la mirada. La pálida luz del musgo brillaba en su pelaje y se reflejaba en sus hermosos ojos.

—Canción de Eco… —comenzó Estrella de Fuego.

—Pequeña Diminuta acaba de contarme lo de las voces —explicó ella. Sus ojos brillaban—. ¡Y es verdad, Estrella de Fuego! Yo también las oigo, demasiado bajas para distinguir lo que dicen, pero están a mi alrededor, dándome la bienvenida. Nuestros antepasados guerreros están aquí, solo que fuera de mi alcance. Cuando estén listos, vendrán a mí.

CAPÍTULO 31

—¡Ratas! ¡Ratas!

Estrella de Fuego luchó por despertarse cuando un aullido aterrador rompió el silencio de la noche. La oscuridad invadía la guarida de los guerreros y, durante unos instantes, no pudo localizar la entrada. Guiado por el movimiento del aire contra sus bigotes, se dirigió hacia el exterior, solo para tropezar con otro guerrero.

—¡Excremento de zorro! —escupió el otro gato; Estrella de Fuego reconoció el olor de Garra Afilada—. Quítate de mi camino.

Se apresuró a pasar junto a Estrella de Fuego y salió de la cueva. Estrella de Fuego lo siguió; en la entrada rozó el pelaje de otro gato y el olor de Tormenta de Arena lo envolvió. Los aullidos se acercaban y ahora Estrella de Fuego podía reconocer la voz de Zarpa de Cereza.

Era la noche después de que hubiera descubierto a Canción de Eco en la Cueva Susurrante. Había llovido toda la noche y las nubes aún cubrían el cielo, ocultando las estrellas y el delgado rasguño de luna. Las patas de Estrella de Fuego resbalaron sobre la roca mojada y se vio cayendo en picado hacia el desfiladero. Por un instante, sus patas se quedaron clavadas en la cornisa; luego, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudo distinguir el sendero que subía y a un gato que corría hacia él.

—¡Son las ratas! —exclamó Zarpa de Cereza—. ¡Hay muchísimas ratas! Han venido por la cima del acantilado…

Estrella de Fuego levantó la vista. Donde el sendero llegaba al borde del desfiladero, una masa oscura fluía hacia él como agua. No podía

distinguir criaturas individuales, pero un fuerte hedor se adelantaba a ellas, y supo que Zarpa de Cereza tenía razón. Las ratas estaban atacando por fin.

Se le apretó el estómago, pero su voz sonó sorprendentemente firme cuando habló.

—Tormenta de Arena, ve y asegúrate de que las reinas de la maternidad sepan lo que está pasando. Luego avisa a Canción de Eco y a Patas Manchadas. Quédate allí abajo y ayúdalos.

—En camino. —Sintió la punta de la cola de Tormenta de Arena rozarle la oreja; luego desapareció.

—Zarpa de Cereza. —Estrella de Fuego apoyó la cola sobre el hombro de la carey jadeante—. Zarpa de Gorrión estará en tu cueva. Ve y avísale. Luego luchen donde puedan ser más útiles.

—Bien. —La aprendiza se deslizó por su lado y desapareció por el sendero.

—Garra Afilada, ¿sigues ahí?

Un gruñido salió de la oscuridad justo delante.

—Estoy aquí. ¿A qué estamos esperando?

Para entonces, los demás guerreros estaban saliendo de la cueva. Estrella de Fuego percibió el olor de Pelaje Lluvioso y Hoja Moteada, y un fuerte hedor a miedo procedente de Bigotes Cortos.

—Vamos —maulló—. Quédense al aire libre si pueden. No dejen que los atrapen en ninguna cueva: su ventaja reside en poder correr y saltar para escapar de ellas.

Corrió por el sendero hacia la masa de ratas que se acercaba. Garra Afilada saltó a su lado y los demás le pisaban los talones. Estrella de Fuego solo tuvo tiempo de pensar: «*Esto es lo que estaban esperando: ¡una noche sin luna!*». Entonces, las ratas se abalanzaron sobre él.

Unas diminutas garras se aferraron a su manto y se hundieron en sus hombros mientras los elegantes cuerpos marrones se amontonaban a su alrededor. Su hedor caliente le llenó la garganta, ahogándolo. Sintió unos dientes clavarse en el lado de su cuello y golpeó a la rata con una pata delantera. Esta desapareció con un chillido agudo. Otras dos ocuparon su lugar al instante, y Estrella de Fuego luchó por mantenerse en pie. Si caía, más ratas se le echarían encima y no tendría ninguna oportunidad.

Estrella de Fuego oyó un aullido prolongado desde el fondo del desfiladero, pero no pudo distinguir de qué gato provenía. «*¡Por favor, que no sea la maternidad!*». Ahora podía distinguir los ojos brillantes de sus enemigos y sus afilados dientes blancos. Entre ellos, buscó al líder de las

ratas, pero no lo vio. O estaba oculto por la oscuridad, o se había quedado atrás.

Estrella de Fuego captó un vistazo fugaz de Garra Afilada lanzando ratas desde las rocas para que cayeran al desfiladero con chillidos de miedo. Cerca de allí, Hoja Moteada rodaba por el suelo con dos ratas aferradas a su manto. Estrella de Fuego intentó abrirse paso entre los cuerpos para ayudarla, pero justo entonces ella mordió con fuerza la garganta de una de las ratas, que quedó inerte. La otra rata lanzó un chillido de miedo y se apartó de un salto.

Estrella de Fuego se tambaleó cuando otra rata saltó sobre su espalda; se arrastró por una roca en un intento por sacársela de encima, pero esta seguía aferrada a él. Sus dientes se hundieron en su hombro y sintió cómo comenzaba a brotarle sangre. Se retorció, tratando en vano de agarrarla con los dientes o las garras. Una pata trasera resbaló; no había nada debajo de ella, y Estrella de Fuego se tambaleó al borde del sendero, desequilibrado por el peso de la rata sobre sus hombros.

Entonces la rata soltó un chillido, que fue bruscamente interrumpido. Sus dientes perdieron el agarre y su peso desapareció. Las garras de un gato se clavaron en el pelaje del hombro de Estrella de Fuego y lo alejaron de la aterradora caída.

—¿Estás bien? —le maulló Pelaje Lluvioso al oído.

—Sí, gracias —Estrella de Fuego jadeó.

Y las ratas seguían llegando, cada vez más, descendiendo por el acantilado y las rocas. Por muchas que mataran los guerreros del Clan del Cielo, seguían llegando más. Estrella de Fuego se dio cuenta de que los estaban empujando hacia atrás, más allá de la entrada de la cueva de los guerreros, hacia la maternidad.

Entonces, otro estallido de chillidos y aullidos se produjo muy por debajo. Estrella de Fuego se tensó con los dientes clavados en la garganta de una rata y se quedó mirando hacia abajo durante unos latidos. No podía ver nada, pero el terror le recorrió las extremidades. ¡Debía de haber ratas junto al río! Un segundo grupo debía de haber llegado por el desfiladero para atacar el campamento del Clan del Cielo desde abajo.

Apartando a su enemigo muerto, Estrella de Fuego se abrió paso a través del enjambre de ratas que se retorcían. El miedo por los aprendices, por Canción de Eco, por los cachorros, casi lo abrumó. Sus garras se abalanzaron y las ratas que se interponían en su camino gemían y huían.

De repente, la lucha cesó. Las ratas se volvieron al unísono y treparon por las rocas hacia la cima del acantilado. Garra Afilada saltó tras ellas con un chillido de triunfo.

—¡No! —gritó Estrella de Fuego—. ¡Espera!

Garra Afilada se volvió y lo miró con furiosa incredulidad.

—¡Están huyendo! Debemos ir tras ellas.

—No —repitió el gato naranja—. Podría ser una trampa.

—¡Pero podríamos acabar con ellos de una vez por todas!

Estrella de Fuego se apresuró a bloquear a Garra Afilada, mientras el repiqueteo de las patas de las ratas sobre las rocas se desvanecía.

—Podrían estar esperando en lo alto del acantilado para tendernos una emboscada —insistió—. ¡*Piensa*, Garra Afilada! ¿Por qué iban a seguir luchando hasta la muerte? Lo único que necesitan es asustarnos. Quizás piensen que ya lo han conseguido.

—¡Nunca! —gruñó Garra Afilada, pero se quedó dónde estaba, mirando fijamente hacia la oscuridad donde había desaparecido la última rata. El ruido de la lucha en el desfiladero también había cesado.

Estrella de Fuego miró a su alrededor. Además de Garra Afilada, pudo distinguir la pálida silueta del pelaje de Hoja Moteada y la más oscura figura de Pelaje Lluvioso. No había rastro de Bigotes Cortos, y Estrella de Fuego apretó los dientes al pensar en el cuerpo destrozado del gato atigrado en el desfiladero, o tendido en algún lugar entre las rocas, desangrándose hasta morir.

—Bajemos —maulló—. Primero revisaremos la maternidad y luego la cueva de Canción de Eco.

Los demás gatos se agruparon detrás de él mientras cojeaba por el sendero. Cuando dobló una curva en la roca, un furioso siseo salió de la oscuridad. Cola de Trébol estaba agazapada en la estrecha entrada entre la roca y el acantilado. Estrella de Fuego apenas reconoció a la gata que se había unido al Clan en busca de protección y refugio. Tenía los ojos entrecerrados por la rabia y los dientes descubiertos en un gruñido.

Un instante después, se relajó.

—Oh, eres tú, Estrella de Fuego. Pensé que eras otra de esas ratas.

—¿Los cachorros? —preguntó Estrella de Fuego con ansiedad.

—Los cachorros están bien. —Fue Pétalo quien respondió, apareciendo de la oscuridad dentro de la maternidad.

Pelaje Lluvioso se adelantó para encontrarse con ella y los dos gatos entrechocaron narices.

—Cola de Trébol bloqueó la entrada y no dejó entrar ni a una sola rata —añadió Pétalo.

Estrella de Fuego apoyó la cola sobre el hombro de Cola de Trébol.

—Bien hecho.

La gata se levantó con dificultad, dejando al descubierto las marcas de las mordeduras de rata en el pecho y los hombros.

—Deberías ir a ver a Canción de Eco —le dijo Pétalo—. Yo puedo cuidar de los cachorros.

Cola de Trébol murmuró algo en señal de aprobación; estaba claramente agotada y se tambaleaba al unirse a Estrella de Fuego y los demás en su camino por el sendero. Estrella de Fuego dejó que se apoyara en su hombro hasta que llegaron a la guarida de curandería.

Para su alivio, Tormenta de Arena estaba con Canción de Eco en la cueva exterior; Canción de Eco ya estaba sacando su reserva de hierbas.

—Necesitaremos mucha raíz de bardana —maulló—. Menos mal que Pétalo y yo encontramos un buen suministro el otro día.

—Y telarañas —Tormenta de Arena añadió. Su mirada recorrió a los gatos que acababan de llegar y se detuvo un instante en los ojos de Estrella de Fuego antes de preguntar—. ¿Cuál de ustedes está más herido?

Estrella de Fuego empujó a Cola de Trébol hacia delante.

—¿Dónde está Patas Manchadas?

—Salió a luchar —contestó Tormenta de Arena—. Nos dimos cuenta de que había ratas subiendo por el río solo cuando un par de ellas intentaron entrar aquí. Patas Manchadas y yo las atacamos, pero había montones de ellas afuera. Nos separamos en la oscuridad y no lo he visto desde entonces.

Estrella de Fuego intentó que la alarma no se reflejara en sus ojos. Patas Manchadas habría estado en más peligro que los demás guerreros porque aún no había recuperado toda su fuerza. ¿Y qué había sido de los dos aprendices?

Armándose de valor para combatir el cansancio que le entumecía los huesos, salió de la cueva para buscarlos. Pero cuando llegó a la entrada, vio movimiento entre las rocas y, un momento después, aparecieron tres gatos: Patas Manchadas y Zarpa de Gorrión sosteniendo a Zarpa de Cereza entre ellos. A la gata le brotaba sangre de una herida en el cuello.

—¿Qué pasó? —preguntó Estrella de Fuego.

—Las ratas nos atraparon en nuestra guarida —Zarpa de Gorrión explicó—. No teníamos espacio para usar nuestros movimientos de lucha

adecuadamente. Creo que habríamos tenido serios problemas si Patas Manchadas no hubiera venido a ayudarnos.

—Aun así matamos a muchas —dijo Zarpa de Cereza con voz ronca, levantando la cabeza.

Sus compañeros de Clan la ayudaron a entrar en la cueva de Canción de Eco, donde se dejó caer al suelo y cerró los ojos. Tormenta de Arena se apresuró a acercarse y comenzó a lamerle la herida para limpiarla. Tras un momento, mirando a Estrella de Fuego, maulló:

—No creo que sea tan grave. Vivirá.

—Claro que voy a vivir —murmuró la aprendiza sin abrir los ojos—. Voy a matar más ratas.

—Solo queda Bigotes Cortos por encontrar —maulló Estrella de Fuego—. ¿Alguien lo ha visto?

—No después de que empezara la batalla —Garra Afilada respondió.

—Iré a buscarlo, si quieres —se ofreció Hoja Moteada—. Aunque quizá sea mejor esperar hasta el amanecer, no debe faltar mucho.

—Creo que tienes razón —comenzó Estrella de Fuego, reacio a dejar que ningún gato vagara en la oscuridad. No podían estar seguros de que el peligro de las ratas hubiera pasado—. Iremos los dos cuando…

Lo interrumpió un grito lastimero procedente del exterior.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

—¡Bigotes Cortos! —Tormenta de Arena exclamó.

Lleno de alivio, Estrella de Fuego se dirigió de nuevo a la entrada de la cueva. Los primeros rayos pálidos del amanecer comenzaban a aparecer en el cielo. A su luz, pudo ver a Bigotes Cortos subiendo desde el río, parecía estar casi demasiado agotado para poner una pata delante de la otra.

—¡Por aquí! —llamó Estrella de Fuego.

Bigotes Cortos levantó la cabeza y aceleró un poco el paso. Estrella de Fuego lo observó mientras se acercaba. Tenía mechones de pelo arrancados de ambos hombros y marcas de garras de ratas a lo largo de un costado, pero, aparte de eso, parecía estar bien.

—Me alegra verte. —Estrella de Fuego entrechocó narices con él cuando llegó a la cueva—. Todos están aquí. Y ninguno de nosotros está gravemente herido, gracias al Clan Estelar.

—Pensé que de seguro era carroña. —Bigotes Cortos tenía los ojos muy abiertos por el miedo—. Tres de ellas me empujaron a una pequeña cueva. Lo único que pude hacer fue intentar mantenerlas alejadas. Entonces, de repente, se dieron la vuelta y desaparecieron.

Estrella de Fuego asintió. Atraparlos en espacios reducidos donde no pudieran defenderse había sido, obviamente, parte de la estrategia de las ratas. Aunque el líder de las ratas no se hubiera unido al ataque, su mente inteligente y controladora estaba detrás de todo.

Haciendo un gesto con la cola para que Bigotes Cortos entrara en la cueva delante de él, Estrella de Fuego miró al Clan. Canción de Eco había terminado con Cola de Trébol y estaba examinando la vieja herida de Patas Manchadas, mientras Tormenta de Arena atendía a Zarpa de Cereza. El resto de los gatos yacían juntos, lamiéndose mutuamente los arañazos. Todos parecían agotados.

Zarpa de Gorrión levantó la cabeza.

—No ganamos, ¿verdad? Las ratas *decidieron* dejar de luchar.

—Eso es cierto —respondió Estrella de Fuego—. Pero tampoco hemos perdido. Y la batalla aún no ha terminado. No vamos a esperarlas más, debemos llevar la lucha hasta ellas.

Garra Afilada aguzó las orejas.

—¿Eso es prudente?

Estrella de Fuego se dio cuenta de que la pelea había enseñado a Garra Afilada a ser cauteloso.

—No queremos que las ratas tengan la ventaja de planear el próximo ataque. No habrá tantos lugares para atraparnos fuera del granero. Es el momento adecuado.

El resto del Clan murmuró su acuerdo.

—Yo iré con ustedes —anunció Patas Manchadas—. Luché esta noche. Nadie puede decir que no estoy en forma.

—Y yo también. —Cola de Trébol dio un azote con la cola—. Pétalo puede cuidar de los cachorros.

Estrella de Fuego se sintió conmovido por su valentía: Patas Manchadas, cuya herida le habría dado una excusa para quedarse atrás y ponerse a salvo; Cola de Trébol, que estaba dispuesta a luchar no solo por sus cachorros, sino también por su Clan; Bigotes Cortos, que estaba aterrorizado, pero decidido a superar su miedo. Todos ellos habían renunciado a sus antiguas vidas para hacer realidad el sueño del Clan del Cielo, y lo habían conseguido. El código guerrero seguía vivo en el desfiladero.

Garra Afilada se puso de pie.

—Entonces iremos mañana por la noche, cuando los Dos Patas estén de vuelta en sus guaridas —maulló—. Y esperemos que haya luna. Me gustan los enemigos que puedo ver.

El Clan lanzó un aullido de aprobación ante sus palabras. «*Garra Afilada sería un buen líder*», pensó Estrella de Fuego. Su mirada se cruzó con la del gato rojizo; había un desafío en ella, casi como si el mismo pensamiento pasara también por la mente de Garra Afilada.

Pero algo impedía a Estrella de Fuego ofrecerle el liderazgo. Seguía sintiendo que no era una decisión que le correspondiera tomar. Y aunque Garra Afilada sería magnífico liderando a sus guerreros en la batalla, Estrella de Fuego no estaba seguro de que apreciara todo lo que significaba ser líder de Clan.

«*Está en las garras de sus antepasados guerreros* —se dijo a sí mismo—. *Y después de mañana, ¿quién sabe si quedará un Clan al que liderar?*».

El Clan descansó durante la mañana, pero para el mediodía ya estaban despiertos y se reunieron en la zona de entrenamiento para una última sesión con el fin de perfeccionar sus habilidades de combate. Estrella de Fuego sintió que una nueva energía le recorría las extremidades mientras practicaba movimientos de lucha con Pelaje Lluvioso: esto era para lo que había sido entrenado, aunque esta vez no luchara por su propio Clan. Al observar los rostros decididos a su alrededor, al ver el uso experto de dientes y garras, supo que el Clan del Cielo no sería expulsado del desfiladero por segunda vez. Los descendientes del primer Clan habían regresado y lucharían hasta el último aliento por el derecho a vivir allí.

Tormenta de Arena estaba dando por terminada la sesión de entrenamiento cuando Canción de Eco y Pétalo subieron el desfiladero hasta ellos, con los ojos brillantes de satisfacción.

—Hemos recogido un montón de raíces de bardana —anunció Pétalo con orgullo.

—Y semillas de adormidera —Canción de Eco añadió—. Tormenta de Arena, dijiste que eran buenas para el dolor, pero no sabía dónde encontrarlas.

—Mi viejo Dos Patas tiene adormideras en su jardín —explicó Pétalo.

—Espero que no hayan tenido problemas con el Dos Patas —maulló Estrella de Fuego.

Pétalo movió la cola con desdén.

—Salió de la guarida y aulló un poco, pero no pudo atraparnos.

Estrella de Fuego no se atrevió a advertirle sobre los riesgos que corría. Habría guerreros heridos después de la batalla que agradecerían el alivio que les proporcionarían las semillas de adormidera.

Los ojos de Canción de Eco rebosaban diversión.

—Cola de Trébol envió a sus hijos a buscar telarañas —informó—. ¡Nunca has visto tantas, los cachorros quedaron envueltos! Trabajaron muy duro.

—Ya es hora de que sean aprendices —maulló Tormenta de Arena.

—Pronto —Estrella de Fuego coincidió.

Sintió el corazón cálido al pensar en el futuro del Clan. El Clan del Cielo tenía mucho que perder, ¡pero también mucho que ganar!

Pétalo se acercó a Pelaje Lluvioso y le susurró algo al oído. El gato gris asintió con la cabeza y, a continuación, ambos se acercaron a Estrella de Fuego.

—Hemos hablado esta mañana —comenzó Pelaje Lluvioso, con una vacilación inusual—. Hemos decidido que queremos convertirnos en miembros del Clan del Cielo, si nos aceptan, por supuesto.

—¡Es una gran noticia! —exclamó Estrella de Fuego.

Pelaje Lluvioso lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos y serios.

—Hemos visto por nosotros mismos cómo funciona el código guerrero.

—Sí —coincidió Pétalo—. Y no hay otra vida que queramos para nosotros y nuestros cachorros.

Garra Afilada se adelantó para situarse junto a Estrella de Fuego.

—Son bienvenidos a unirse a nosotros —maulló, y el resto del Clan murmuró su aprobación—. Saben lo mucho que necesitamos guerreros fuertes. Los recibimos con humildad y les damos las gracias.

A medida que se ponía el sol, Estrella de Fuego llevó a Pelaje Lluvioso y a Pétalo al pie del Montón de Rocas para celebrar su ceremonia de guerreros. El resto del Clan se colocó en un círculo, con los ojos brillantes y el pelaje ya erizado en anticipación de la batalla.

—Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno y mentor del Clan del Cielo, solicito a sus antepasados guerreros que observen a estos gatos. Se han dedicado a su código guerrero, y yo se los encomiendo a su vez como guerreros.

Acercándose a Pelaje Lluvioso, continuó:

—Pelaje Lluvioso, ¿prometes respetar el código guerrero, y proteger y defender a este Clan, incluso a costa de tu vida?

Pelaje Lluvioso mantuvo la cabeza en alto; no hubo duda en su voz cuando maulló:

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, confirmo tu nombre de guerrero. Pelaje Lluvioso, el Clan Estelar confía en que servirás a tu nuevo Clan con honor y valentía.

Apoyó el hocico sobre la cabeza de Pelaje Lluvioso, y el guerrero gris le lamió el hombro.

—Pétalo —prosiguió Estrella de Fuego, volviéndose hacia la gata gris claro—, ¿prometes respetar el código guerrero, y proteger y defender a este Clan, incluso a costa de tu vida?

—Lo prometo. —Pétalo sonó tan segura como su pareja.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te otorgo tu nombre de guerrera. Pétalo, a partir de este momento serás conocida como Nariz de Pétalo. El Clan Estelar honra tu resistencia y tu fuerza, y el Clan del Cielo te da la bienvenida.

Al terminar la ceremonia, los gatos del Clan del Cielo gritaron los nombres de los nuevos guerreros, aullándolos como un desafío al cielo que se oscurecía. Estrella de Fuego se sintió orgulloso de todos los gatos del Clan del Cielo; gracias a ellos, el Clan había ganado dos guerreros fuertes y dos cachorros sanos. Podía ver un gran futuro en el Clan para Nariz de Pétalo y Pelaje Lluvioso.

Los aullidos se apagaron cuando el sol se ocultó tras los acantilados y la noche cubrió el desfiladero. La luna creciente proyectó una luz intermitente al asomarse tras las nubes que cruzaban el cielo. Soplaba una brisa fuerte con un ligero toque de escarcha.

Estrella de Fuego envió a sus guerreros a la cima del acantilado mientras él hacía una última visita a la maternidad. Canción de Eco y Nariz de Pétalo habían regresado allí con los cinco cachorros, que estaban acurrucados en sus lechos entre musgo y helechos, mirando a Estrella de Fuego con una mezcla de miedo y emoción.

—Aquí estarán tan a salvo como en cualquier otro lugar —les dijo Estrella de Fuego—. La entrada es estrecha.

Nariz de Pétalo asintió.

—Estaremos bien. No te preocupes por nosotros, Estrella de Fuego. Y cuidaremos de los cachorros, o moriremos en el intento.

—Si ocurre lo peor —prometió Estrella de Fuego—, todos los guerreros que sobrevivan volverán aquí y los ayudarán a defenderlos.

—Lo peor no sucederá. —La voz de Canción de Eco era clara y segura mientras se acercaba sigilosamente a Estrella de Fuego—. Ve ahora, te veré cuando regreses.

Estrella de Fuego pensó en la brutal batalla que tenían por delante. Aunque aún le quedaban ocho vidas, podrían arrebatárselas todas de golpe si sus heridas eran lo suficientemente graves. Recordó cómo había muerto Estrella de Tigre, abierto en canal por Azote, y se estremeció.

Aunque no dijo nada, sabía que Canción de Eco había adivinado hacia dónde se dirigían sus pensamientos.

—Volveré a verte —maulló ella, y sus palabras tenían la convicción de una profecía.

CAPÍTULO 32

Estrella de Fuego trepó por el borde del acantilado y se adentró en la maleza. Durante un latido, hasta que sus ojos se acostumbraron a la espesa oscuridad bajo los arbustos, no pudo ver a nadie, aunque el olor del Clan del Cielo estaba a su alrededor.

Zarpa de Cereza le siseó en el oído.

—Por aquí.

Siguiéndola, llegó al borde de la maleza y encontró a los guerreros del Clan del Cielo agazapados bajo las ramas más externas de la espesura, mirando a través de la maleza hacia el granero de Dos Patas. Recordó los temores que había sentido en el bosque, antes de la batalla con el Clan de la Sangre. En ese entonces le había costado aceptar la idea de liderar a su Clan a una batalla de la que algunos de ellos podrían no regresar. Su lugarteniente, Tormenta Blanca, le había dicho que no envidiaba su posición. Estrella Azul le había había asegurado en un sueño que tenía la fuerza que necesitaba. Al final había comprendido que tomar esas decisiones formaba parte de la carga de ser líder.

Ahora miraba a los guerreros del Clan del Cielo, veía la impaciencia en sus ojos mientras miraban hacia la guarida de sus enemigos, y se encogió ante la orden que tenía que dar. Esta batalla había comenzado, y se había perdido, hacía mucho tiempo. Estrella de Fuego no era su líder. ¿Qué derecho tenía a pedirles que pelearan ahora? Eran muy pocos y habían tenido muy poco tiempo para aprender las habilidades de un guerrero.

Se dio cuenta de que Hoja Moteada se ponía de pie y caminaba a lo largo de la línea de arbustos hasta situarse frente a él.

—Temes por nosotros —maulló.

Estrella de Fuego asintió, con las palabras atascadas en la garganta como un duro pedazo de carne fresca.

—Nosotros tememos por nosotros mismos —continuó Hoja Moteada con voz tranquila—. Pero esta es nuestra batalla, no la tuya. Se lo debemos a los gatos del Clan del Cielo que caminaron por aquí antes, intentar una vez más derrotar a estas ratas. No tienes que venir. ¿Debería el Clan del Trueno arriesgarse a perder a su líder por el bien de otro Clan?

Estrella de Fuego la miró con una mezcla de admiración e incredulidad. ¿De dónde había salido su valor y su compromiso con el código guerrero? Pero lo que más le impresionó fue que ella se diera cuenta de que su primera lealtad no estaba con este Clan, sino con los compañeros de Clan que había dejado atrás en el bosque. Inclinó la cabeza hacia ella.

—Yo los he traído hasta aquí —murmuró—. Los acompañaré hasta el final de su viaje. —Entrechocando narices con Hoja Moteada, se levantó de un salto—. Ya es hora.

Estrella de Fuego se aplastó contra el suelo detrás de un arbusto de aulaga rezagado a pocas colas de distancia de la cerca que rodeaba el granero de Dos Patas. Todo estaba en silencio. El granero parecía desierto, la pálida luz de la luna se reflejaba en su brillante superficie, los agujeros en sus lados se abrían como mandíbulas. La única señal de que estaba habitado era el fuerte hedor a rata y a carroña.

—Ojalá supiera dónde tienen su nido las ratas —murmuró Estrella de Fuego.

—Adentro, supongo. —Garra Afilada se deslizó hacia él y le maulló al oído—. Siempre están bien escondidas durante el día. Nuestras patrullas nunca las han visto.

Estrella de Fuego clavó las garras en el suelo.

—Esperaba que no tuviéramos que luchar ahí adentro.

—No es como una cueva —señaló Zarpa de Gorrión—. Es *enorme*. Hay mucho espacio para escapar.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón, pero la idea de intentar luchar con muros a su alrededor y un techo que bloqueaba el cielo le hacía sentirse atrapado e indefenso. Supuso que los gatos que habían sido mininos caseros lo verían de otra forma. Estaban acostumbrados a estar en interiores. Pero sus propios días de mascota habían quedado tan atrás que le costaba imaginarse sintiéndose así.

—Guiaré a la mitad de la patrulla adentro —ofreció Garra Afilada—. El resto pueden quedarse aquí, y con un poco de suerte seremos capaces de atraer a las ratas afuera y luchar al aire libre.

Estrella de Fuego asintió.

—Buena idea. Iré contigo.

Sabía que no podía permitir que el gato rojizo fuera a un lugar al que él mismo no se atrevía a ir.

—Nosotros también queremos ir —Zarpa de Cereza susurró.

—De acuerdo. Y Bigotes Cortos —añadió Estrella de Fuego—. El resto de ustedes quédense afuera. Tormenta de Arena, estás a cargo.

Su pareja le hizo un breve gesto con la cabeza. Manteniéndose agachado, rozando el pasto con el pelaje del vientre, Estrella de Fuego se acercó a la cerca y siguió la base hasta encontrar el hueco por el que habían entrado en su anterior visita. Se deslizó por él con el resto de la patrulla detrás.

El pelaje de Estrella de Fuego se erizó cuando observó el granero de cerca. Se cernía sobre su cabeza, una cosa brillante, antinatural, con la muerte en su corazón. ¿Las ratas eran conscientes de que sus enemigos estaban a solo unos pasos de distancia? No podía sentir la fuerza malévola que había sido su primer indicio de la presencia de las ratas, pero le costaba creer que no hubiera ojos, brillantes y malignos, observándolos ahora.

—¿Qué estamos esperando? —Garra Afilada siseó.

Estrella de Fuego miró hacia atrás para comprobar que Tormenta de Arena y su patrulla (Hoja Moteada, Patas Manchadas, Cola de Trébol y Pelaje Lluvioso) estaban dentro de la cerca. Reunió a su propia patrulla con un movimiento de cola, y se arrastró hasta el hueco más cercano en la pared del granero. Saltando a través de él, avanzó un paso o dos para permitir que los demás lo siguieran, y miró a su alrededor.

El hedor a ratas y carroña era mucho más fuerte allí. Sus garras rasparon el duro suelo, hecho de la misma piedra blanca que rodeaba el granero por afuera, y el sonido resonó inquietantemente en el vasto espacio. Estrella de Fuego se acordó del granero de Centeno y Cuervo,

acogedor con montones de heno y lleno de susurros y chirridos de ratones. El frío vacío de este granero le provocó escalofríos.

A ambos lados, el granero estaba a la sombra, pero la luz de la luna que se filtraba a través de los agujeros rasgados del techo le mostró una enorme pila de desperdicios de Dos Patas contra la pared, en el extremo más alejado del granero.

—El nido de las ratas probablemente esté ahí —le susurró Estrella de Fuego a Garra Afilada.

Garra Afilada asintió.

—Esperemos que su hedor oculte nuestro olor.

Estrella de Fuego hizo señas al resto de la patrulla con la cola. Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión miraban a su alrededor con más curiosidad que miedo. Bigotes Cortos parecía aterrorizado, tenía el pelaje erizado de modo que doblaba su tamaño, pero se acercó con paso decidido a la llamada de Estrella de Fuego.

—Vamos a dirigirnos al nido —dijo Estrella de Fuego—. Cuando aparezcan las ratas, corran hacia los huecos y vayan afuera. Con un poco de suerte, las ratas los seguirán.

La patrulla se extendió en una línea irregular a través del granero y comenzó a caminar hacia el montón de basura. Estrella de Fuego se sentía horriblemente expuesto, el corazón le latía tan deprisa que apenas podía respirar. Nada se movía entre los montones podridos de cosas de Dos Patas.

Estaban a menos de un zorro de la pila cuando Estrella de Fuego oyó un ruido de arañazos detrás de él, seguido de un jadeo de terror de Bigotes Cortos. Por un instante se quedó inmóvil, y luego se dio la vuelta para enfrentarse a hileras e hileras de ratas. Más ratas de las que había visto nunca habían salido de las sombras, cubriendo el suelo entre la patrulla y el hueco por el que habían entrado.

Estrella de Fuego las recorrió con la mirada, tratando de distinguir al líder, pero todos los cuerpos lisos y de color marrón oscuro le parecían iguales. Entonces habló una voz, pero el sonido resonó en las paredes desnudas del granero, de modo que no pudo distinguir qué rata hablaba.

—Los matamos antes. Los mataremos de nuevo. Ustedes son pocos. Nosotros somos más.

Garra Afilada soltó un gruñido de rabia y saltó hacia la primera fila de ratas.

—¡Alto! —Estrella de Fuego aulló.

El gato rojizo se detuvo.

—¿Y ahora qué?

—Debemos permanecer juntos —explicó Estrella de Fuego, haciendo un gesto con la cola para que el resto de la patrulla se amontonara a su alrededor—. Si nos separan, estamos acabados. Tenemos que salir fuera, donde no estemos atrapados.

Apenas había terminado de hablar cuando la primera oleada de ratas se abalanzó sobre ellos. Colas con colas, atacando con garras y dientes, la patrulla empezó a abrirse paso a través de ellas, de vuelta al hueco por el que habían entrado. Había un segundo hueco, pero estaba en el lado más alejado del granero, y aún más ratas bloqueaban su camino hacia él. Estrella de Fuego se recordó a sí mismo que él tenía ocho vidas que perder, mientras que los gatos a su alrededor solo tenían una; tendría que luchar más duro para igualar su coraje.

Las ratas fluían a su alrededor, subiéndose unas encima de otras en su afán por hincar garras y dientes. Pero eran demasiadas; no tenían espacio para luchar con eficacia. Estrella de Fuego recibió un mordisco en una pata delantera y unos cuantos arañazos alrededor de la cabeza, pero con la patrulla tan agrupada entre sí las ratas no podían atacarlos por la espalda, no podían siquiera atacar sin ponerse al alcance de la furiosa defensa de los guerreros.

El hueco estaba a solo un par de colas de distancia; Estrella de Fuego empezó a tener esperanzas de que iban a lograr salir. Entonces oyó un temible chillido proveniente del exterior. Pelaje Lluvioso saltó a través del hueco, con el resto de la patrulla corriendo detrás de él, y cayó sobre las ratas por detrás.

Estrella de Fuego dejó escapar un aullido de frustración.

—¡No! ¡Atrás!

Obviamente, la patrulla exterior pensó que tenía que acudir al rescate; en lugar de eso, los estaban poniendo a todos en un peligro peor. Chirriantes nudos de gatos y ratas se retorcían en el suelo frente al hueco, dificultando la salida. La patrulla exterior ya estaba separada, cada uno luchaba solo contra un enjambre de ratas.

Antes de que Estrella de Fuego pudiera aullar una orden, su propia patrulla se separó, saltando para ayudar a sus compañeros de Clan. Todo el granero estalló en sangre y furia. Los chillidos furiosos de los guerreros se mezclaban con los gritos agonizantes de las ratas, pero donde caía una, dos más ocupaban su lugar. Estrella de Fuego avistó a Cola de Trébol golpeando ratas con las dos patas delanteras; Garra Afilada y Zarpa de

Cereza luchaban lado a lado, abriéndose paso a través de oleada tras oleada de ratas atacantes.

—¡Afuera! ¡Todos los gatos afuera! —Estrella de Fuego gritó.

Tormenta de Arena saltó sobre un grupo de ratas furiosas y aterrizó a su lado.

—¡Lo siento! —Jadeó—. No pude evitar que entraran.

Tormenta de Arena le enseñó los dientes a una rata que se le acercaba; la criatura se sobresaltó y se dio la vuelta, justo hacia las patas extendidas de Estrella de Fuego. Una feroz satisfacción recorrió a Estrella de Fuego mientras le arrancaba la vida a zarpazos; sin importar cuál fuera el final, era bueno volver a luchar lado a lado con Tormenta de Arena.

Poco a poco, los gatos del Clan del Cielo ganaron el camino de vuelta al hueco. Hoja Moteada empujó a Zarpa de Gorrión hacia afuera y lo siguió. Patas Manchadas se deslizó tras ella, y luego Bigotes Cortos. Cola de Trébol se quitó de encima a una rata que tenía los colmillos clavados en su hombro, golpeó a otra en un lado de la cabeza con una pata y salió al exterior. Por primera vez, Estrella de Fuego se permitió esperar que todos iban a salir. Vio a Garra Afilada y Zarpa de Cereza lado a lado a un par de zorros de distancia, en medio de un círculo de ratas muertas o moribundas.

—¡Afuera! —aulló, señalando el hueco con la cola.

Garra Afilada le gritó algo a Zarpa de Cereza; ella abrió las fauces para discutir y, mientras estaba distraída, una rata le saltó al lomo. La gata se tambaleó, sus garras patinaron en el suelo empapado de sangre, y luego se desplomó sobre un lado. Garra Afilada saltó hacia ella, arrancándole la rata de la espalda y sacudiéndola ferozmente antes de arrojarla a un lado. Levantando a su aturdida aprendiza, se abrió paso entre la horda de ratas, haciéndolas retroceder como hojas en el viento. Con alivio, Estrella de Fuego vio a mentor y aprendiza desaparecer por el hueco.

Por un latido pensó que solo quedaban él y Tormenta de Arena en el granero. Entonces vio a Pelaje Lluvioso todavía a dos o tres zorros del hueco, en un círculo de ratas que poco a poco se acercaba a él. Pelaje Lluvioso miró hacia atrás para ver dónde estaba el hueco, y en ese momento una enorme rata saltó hacia él y le clavó los colmillos en la garganta. El guerrero del Clan del Cielo desapareció bajo un montón de cuerpos que se retorcían.

—¡Afuera! —Estrella de Fuego le ordenó a Tormenta de Arena—. Yo ayudaré a Pelaje Lluvioso.

—No me iré sin ti —respondió Tormenta de Arena.

No había tiempo para discutir. Estrella de Fuego saltó hacia delante, volando sobre una rata y apartando a una segunda de su camino, para lanzarse sobre las criaturas que atacaban a Pelaje Lluvioso. El guerrero gris era apenas visible bajo la masa de ratas. Los roedores se separaron al oír el furioso aullido de Estrella de Fuego, y Pelaje Lluvioso se puso de pie, solo para ser derribado de nuevo.

Estrella de Fuego aterrizó entre ellas, arañando y escupiendo. Mordió el cuello de una rata y esta cayó al suelo. Otra cayó hacia atrás, retorciéndose y chillando, le brotó sangre cuando el gato naranja le rasguñó los ojos y el hocico. Casi había alcanzado a Pelaje Lluvioso cuando más ratas surgieron a su alrededor, y un peso aterrizó en su espalda, haciéndolo caer. Se golpeó la cabeza con el duro suelo del granero y quedó aturdido. Durante unos latidos movió torpemente las patas, intentando levantarse. Entonces unas afiladas garras se le clavaron en la garganta y todo su cuerpo sufrió espasmos de dolor.

Los malvados ojos de una rata lo miraron fijamente, brillantes de malicia. Una voz ronca dijo:

—¡Muere, gato!

Estrella de Fuego luchó por clavar las garras en el cuerpo que lo inmovilizaba. ¡Este debía ser el líder de las ratas! Si lo mataba, la batalla acabaría.

Pero no había fuerza en las extremidades de Estrella de Fuego, y la luz de la luna parecía desvanecerse, dejándolo en una cueva de oscuridad resonante. Durante un par de latidos más fue consciente de aquellos ojos, dos puntos gemelos de odio. Luego la noche se cerró sobre él y ya no supo nada más.

CAPÍTULO 33

Estrella de Fuego abrió los ojos y vio una luz pálida brillando a su alrededor. Al principio pensó que seguía en el granero. Pero no podía entender el silencio y la falta de olor a rata.

Tras un momento de lucha, consiguió sentarse y se dio cuenta de que estaba en la Cueva Susurrante; los musgos brillaban inquietantemente a su alrededor y el río subterráneo se deslizaba en su camino hacia la abertura. «*¿Cómo llegué aquí?*», se preguntó. Entonces vio que no estaba solo. El antiguo líder del Clan del Cielo estaba sentado al otro lado de la cueva.

—Saludos —maulló.

Estrella de Fuego empezó a entender.

—¿He perdido otra vida? —dijo con voz ronca.

El líder del Clan del Cielo inclinó la cabeza. Ahora, Estrella de Fuego podía distinguir la silueta de un gato color fuego justo detrás de él, en las sombras. Su pelaje y sus ojos verdes brillaban; Estrella de Fuego se reconoció a sí mismo cuando la silueta bajó ligeramente la cabeza.

Estrella de Fuego se puso de pie tambaleante.

—Déjame volver —le rogó al gato—. Tengo que ayudar a Pelaje Lluvioso. Tengo que salvar al Clan del Cielo, ¿no es eso lo que quieres?

El ancestro del Clan del Cielo se levantó y caminó por la cueva hacia Estrella de Fuego. Su olor era una mezcla de escarcha, viento y cielo nocturno. Al respirarlo, Estrella de Fuego sintió que la energía empezaba a fluir de nuevo hacia sus extremidades adoloridas y exhaustas.

—Ve ahora —murmuró el gato del Clan del Cielo—. Y que mi fuerza te acompañe.

La pálida luz de los musgos se desvaneció, y durante un latido Estrella de Fuego flotó en un vacío oscuro. Entonces sintió una zarpa que le sacudía el hombro y oyó la voz de Tormenta de Arena.

—¡Estrella de Fuego! ¡Estrella de Fuego!

Despertó y vio a su pareja agachada junto a él, con los ojos verdes llenos de angustia.

—¡Estrella de Fuego! —repitió—. Levántate, vienen las ratas.

Estrella de Fuego levantó la cabeza y se encontró tendido en el suelo afuera del granero. Tenía el pecho cubierto de sangre que le había brotado de la herida de la garganta.

Las ratas ya fluían por el hueco en la pared del granero. Tormenta de Arena ayudó a Estrella de Fuego a ponerse de pie y, con el apoyo de Hoja Moteada al otro lado, consiguió tambalearse hasta un árbol achaparrado, a varias colas de distancia de la cerca. El resto de los gatos ya se habían subido a sus ramas, excepto Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión, que esperaban abajo.

—¡Suban! —Zarpa de Cereza instó mientras Estrella de Fuego y las otras gatas se acercaban cojeando—. No nos esperen. Podemos saltar después.

—No… —Estrella de Fuego intentó resistirse—. Estaremos atrapados. Tenemos que salir a través de la cerca.

Zarpa de Gorrión agitó la cola.

—¿La has visto?

A Estrella de Fuego se le encogió el corazón. Había hordas de ratas a lo largo de toda la cerca, agrupadas más espesamente alrededor del hueco por el que los gatos habían entrado. Sus ojos parecían brillar de triunfo. Ahora los tenían atrapados, con todo el tiempo del mundo para acabarlos. La única seguridad posible, por poco tiempo, era este árbol.

Estrella de Fuego subió por el tronco y encontró un hueco para agacharse en una rama ancha. Mirando a su alrededor, vio a Bigotes Cortos, Garra Afilada, Cola de Trébol.…

—¿Pelaje Lluvioso? —Jadeó—. ¿Dónde está Pelaje Lluvioso?

—Lo lamento. —Tormenta de Arena se aferró a la rama a su lado—. Pelaje Lluvioso no logró salir.

La mirada de Estrella de Fuego voló hacia el granero y tensó los músculos, medio preparado para saltar y abrirse paso hacia el interior para ayudar al guerrero.

—Es inútil, Estrella de Fuego. —Tormenta de Arena le apoyó suavemente la punta de la cola en el hombro—. Pelaje Lluvioso está muerto. —Su voz palpitó de dolor cuando añadió—: Solo podía salvar a uno de ustedes, y tuve que elegirte a ti.

Estrella de Fuego recordó cómo él y Pelaje Lluvioso habían rescatado a Nariz de Pétalo, y cómo Pelaje Lluvioso lo había salvado de caer al desfiladero cuando las ratas atacaron el campamento la noche anterior. Recordó el gran futuro que había previsto para el guerrero gris. Ahora estaba muerto, y los restos del Clan del Cielo estaban amontonados en este árbol mientras las ratas inundaban el suelo por debajo de ellos, esperando para acabarlos. Estrella de Fuego había fallado: le había fallado al Clan, y a Vigilante del Cielo, y al ancestro del Clan del Cielo que lo había enviado allí. El quinto Clan del bosque sería destruido de nuevo. Suspirando, Estrella de Fuego apoyó la cabeza contra el costado de Tormenta de Arena, demasiado cansado para moverse.

—¡No podemos rendirnos! —Era Hoja Moteada, hablando desde una rama justo por encima de Estrella de Fuego—. ¿Vamos a dejar que Pelaje Lluvioso muera en vano? —Cuando nadie le respondió, continuó—: Las ratas no tienen más derecho a vivir aquí que nosotros. ¿No vamos a luchar por lo que es nuestro?

Estrella de Fuego levantó la mirada y vio a la gata atigrada de pie en su rama. Sus ojos brillaban de coraje. A su alrededor, los otros gatos se agitaban y parecían captar algo del fuego que ardía en su interior.

—Yo pelearé contigo —gruñó Garra Afilada—. Nos matarán de todos modos, pero me llevaré a unas cuantas conmigo.

Un coro de voces se alzó alrededor de Estrella de Fuego, jurando seguir luchando, pasara lo que pasara. Incluso Bigotes Cortos estaba de acuerdo, aunque su pelaje estaba erizado y sus ojos estaban en blanco de terror.

—Ahora somos un Clan —Cola de Trébol declaró—, y aquí es donde pertenecemos. *Tenemos* que luchar por eso.

Estrella de Fuego se puso de pie, clavando las garras en la rama. Su cabeza ahora se estaba aclarando, y la fuerza de su próxima vida fluía en sus extremidades: era la fuerza del ancestro del Clan del Cielo que lo había traído aquí creyendo que no fallaría.

—Honro su coraje —maulló—. Y lucharé con ustedes. Pueden tener todas mis vidas y toda mi fuerza si eso les ayuda a vencer a estas ratas.

Se dio cuenta de que Tormenta de Arena aguzaba las orejas por la sorpresa, pero hablaba en serio. Esto era lo correcto según el código

guerrero. Por esta noche, no era el líder del Clan del Trueno, sino un miembro del Clan del Cielo.

—¿Pero qué vamos a hacer? —preguntó Patas Manchadas en voz baja.

Estrella de Fuego miró hacia abajo. El árbol estaba rodeado de sinuosos cuerpos de rata, con agudos ojos fijos en los guerreros que se habían refugiado en las ramas. Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión aún permanecían al pie, listos para saltar y unirse a sus compañeros de Clan si las ratas atacaban.

Pero las ratas no parecían tener prisa. Estrella de Fuego se daba cuenta de que pensaban que la batalla había terminado y que podían acabar con los gatos restantes tan lentamente como quisieran.

—Las ratas actúan en conjunto —pensó en voz alta—. Como un enjambre de abejas o una jauría de perros. Anoche dejaron de atacarnos y se volvieron todas a la vez. Algo las controla. Deben estar recibiendo órdenes de la rata líder.

—Entonces, si lo matamos —siseó Garra Afilada, flexionando las garras—, el resto huirá.

—Eso espero —Estrella de Fuego contestó sombríamente.

—Eso suena bien —maulló Patas Manchadas—. ¿Pero cómo sabremos cuál es el líder? Yo las veo a todas iguales.

Estrella de Fuego pensó en los últimos latidos de su vida anterior, cuando se había enfrentado al líder de las ratas dentro del granero. El pelaje de su cuello se erizó al recordar los ojos malignos y la voz ronca diciéndole que muriera.

—Solo el líder puede hablar la lengua de los gatos —maulló—. Si conseguimos que nos hable, sabremos cuál es.

—Y entonces… —Garra Afilada cortó el aire con una pata, con las garras extendidas.

Estrella de Fuego miró a su alrededor. Ahora los guerreros del Clan del Cielo estaban listos para la acción, con ojos ansiosos y habiendo olvidado sus heridas y cansancio. Incluso Bigotes Cortos parecía haber salido del borde del pánico.

—Tendremos que bajar —empezó—. Las ratas se quedarán ahí para siempre si nos quedamos en este árbol.

Tomó la delantera y bajó al frío y duro suelo, aterrizando junto a los dos aprendices. El resto del Clan lo siguió en silencio y se quedaron mirando la masa de ratas. Estrella de Fuego se dio cuenta de que los descendientes del Clan del Cielo (Zarpa de Cereza, Zarpa de Gorrión,

Bigotes Cortos y Garra Afilada) se colocaban en posición en el exterior del pequeño grupo, como si quisieran proteger a sus compañeros de Clan que no podían escapar tan fácilmente por el árbol.

Mientras descendían, una onda recorrió la multitud de ratas y se acercaron un poco más. Estrella de Fuego levantó la cabeza y las miró.

—Son muy valientes cuando están todas juntas —las provocó—. Pero apuesto a que no serían tan valientes solas. Supongo que ni siquiera su astuto líder saldría a enfrentarme a mí.

Ni una rata se movió.

—¡Cobardes! —Garra Afilada se burló—. ¡Alimañas escurridizas y comecarroña!

—¡Ven y lucha! —Estrella de Fuego lanzó el desafío contra un muro de silencio.

El pánico comenzó a punzarle el pelaje. Obviamente la rata líder era lo suficientemente inteligente como para no mostrarse.

Los gatos retrocedieron hacia el árbol a medida que las ratas se acercaban un poco más. Otros pocos latidos, pensó Estrella de Fuego, y se lanzarían contra ellos. Los gatos del Clan del Cielo lucharían durante un rato, pero tarde o temprano se verían superados. Una vez más, el Clan del Cielo no sería más que un recuerdo. «*¿Qué puedo hacer?*», se preguntó, angustiado.

Entonces, un olor familiar lo rodeó y sintió un cosquilleo en las patas. «*¿Jaspeada?*». Miró a un lado y a otro, pero no había rastro de la gata carey, solo una suave voz que le murmuró al oído: «No muchas, sino una». Entonces la sensación de su presencia se desvaneció. «*¡Espera!* —el gato naranja protestó en su cabeza—. *¡No entiendo!*». ¿Cómo podía Jaspeada decir que allí no había muchas ratas?

Miró a sus enemigos, la luz de la luna los bañaba y sus cuerpos se fundían como las ondas de un lago. Y mientras observaba el flujo y reflujo de la marea de roedores, empezó a darse cuenta de lo que había querido decir Jaspeada. Él había pensado en las ratas como un enjambre de abejas o una jauría de perros, que recibían órdenes de su líder, pero ella le había demostrado que eran más que eso. Estas criaturas eran como un solo enemigo; las ratas individuales no tenían mente propia. Recibían órdenes de una sola rata, pasaban de un cuerpo a otro en señales visibles, un movimiento de pelo o de cola, el roce de un flanco contra otro. Si observaba las ondulaciones, lo conducirían hasta la rata que buscaba.

Las ratas se acercaron un poco más. Estrella de Fuego fue consciente de que Tormenta de Arena estaba a su lado, rozando su manto con el suyo

y clavando las garras en la raíz del árbol, preparada para saltar. Casi sin atreverse a respirar, miró a las ratas, sabiendo que podían atacar en cualquier momento. Se obligó a dejar de buscar un par de ojos por allí, una cola serpenteante por allá, y las estudió como la superficie de un único lago.

Unas garras heladas le agarraron la columna. En efecto, pudo distinguir pequeños movimientos en torno a un punto central, el lugar desde el que se propagaban las silenciosas órdenes del líder. Y en ese punto central, una única rata miraba hacia los gatos asediados.

Estrella de Fuego entrecerró los ojos. No había tiempo para explicar lo que iba a hacer al resto de la patrulla. Solo tenía una oportunidad, una oportunidad de asegurarse de que no había viajado hasta aquí en vano, y de que el Clan del Cielo seguiría viviendo. Desenvainando las garras, saltó con las patas extendidas al centro la masa de ratas.

Aullidos horrorizados surgieron de los gatos detrás de él. Oyó a Tormenta de Arena chillar:

—¡Estrella de Fuego!

Su voz fue ahogada por el único chillido que surgió de las gargantas de todas las ratas, y se abalanzaron sobre él como una espesa ola marrón. Pero las garras de Estrella de Fuego dieron en el blanco y le desgarraron la garganta a la rata en el centro de la marea. Miró sus ojos pequeños y llenos de odio, y vio cómo ese odio se convertía en terror antes de que la luz se desvaneciera de ellos. La cabeza de la rata cayó hacia atrás y su cuerpo quedó inerte.

Durante un instante, Estrella de Fuego se quedó quieto, con las patas pegajosas de sangre. Las ratas se arremolinaban a su alrededor, chillando y siseando, confundidas. Con su líder muerto, no sabían qué hacer a continuación.

—¡Síganme! ¡Ataquen!

El aullido provino de Garra Afilada, y de repente los compañeros de Clan de Estrella de Fuego estaban a su alrededor, lanzando arañazos a sus enemigos. Balbuceando de terror, las ratas huyeron hacia el granero, arañando las paredes brillantes en sus esfuerzos por entrar y esconderse. Los gatos del Clan del Cielo pasaron corriendo junto a Estrella de Fuego, asestando un golpe mortal a cualquier rata demasiado lenta para apartarse de su camino.

—¡Aléjense de nosotros! —Garra Afilada gritó tras ellas—. El desfiladero es nuestro. ¡Mataremos a cualquier rata que ponga sus patas ahí!

Hoja Moteada se detuvo en el hueco, impidiendo que el resto de los gatos del Clan del Cielo siguieran a las ratas al interior.

—Déjenlas ir —maulló—. Ya no son peligrosas.

Volvió hacia Estrella de Fuego, que seguía de pie junto al cuerpo de su enemigo muerto, e inclinó la cabeza en señal de profunda gratitud.

—La batalla está ganada. Gracias a ti, el Clan del Cielo está a salvo.

Cuando las ratas hubieron huido, Estrella de Fuego se aventuró en el granero con Garra Afilada y Hoja Moteada. Todavía se veían dos o tres ratas, olisqueando los cuerpos de sus compañeras muertas, pero cuando vieron a los gatos lanzaron chillidos de alarma y se escabulleron al refugio de la basura de Dos Patas, en el extremo más lejano del granero.

El cuerpo de Pelaje Lluvioso se encontraba tendido en el suelo. Ratas muertas yacían a su alrededor, y el gato aún tenía las garras clavadas en la garganta de una de ellas. Su pelaje gris estaba desgarrado por las heridas.

—Murió como un guerrero —Hoja Moteada murmuró.

—Lo llevaremos de vuelta al desfiladero y velaremos por él —maulló Estrella de Fuego.

En silencio tomaron su cuerpo y lo sacaron a través del hueco en la pared del granero. El resto del Clan se agrupó a su alrededor para ayudar a llevar a Pelaje Lluvioso a través de la cerca y de vuelta a través de los matorrales hasta el desfiladero, bajo la luz de la fría luna. Su cuerpo caía, sus patas y cola se arrastraban en el polvo, y su pelaje estaba enmarañado con sangre.

Mientras Garra Afilada y Hoja Moteada llevaban a su compañero de Clan muerto por el sendero pedregoso, Canción de Eco apareció en la entrada de la maternidad.

—¡Han vuelto! —exclamó. Se interrumpió al ver el cuerpo roto de Pelaje Lluvioso, y le brotó tristeza de los ojos—. Le diré a Nariz de Pétalo —susurró.

Se deslizó alrededor de la roca, y un momento después Estrella de Fuego oyó un llanto de angustia.

—Vamos —murmuró a Garra Afilada y Hoja Moteada—. Pongan su cuerpo junto al Montón de Rocas. Me reuniré con ustedes en unos momentos.

Respiró hondo y entró en la maternidad. Nariz de Pétalo estaba agachada junto a sus cachorros, con los ojos muy abiertos y la mirada

perdida. Canción de Eco estaba apretada contra ella, de manera reconfortante, pero Estrella de Fuego no creía que la gata gris se diera cuenta de su presencia.

—Lo lamento —maulló—. Murió como un guerrero.

Nariz de Pétalo se estremeció y centró la mirada en él.

—Murió protegiendo lo que más amaba —susurró—. A mí, a sus cachorros y a su nuevo Clan.

Estrella de Fuego trató de encontrar palabras que la consolaran.

—Ahora caza con sus ancestros.

Nariz de Pétalo tenía los ojos sombríos y no respondió. Estrella de Fuego no se atrevió a decir nada más. Este joven Clan aún no tenía experiencia de sus ancestros, así que ¿cómo podía Nariz de Pétalo tener fe en que Pelaje Lluvioso había encontrado algo después de su muerte?

—Era un gato valiente —maulló en su lugar—. Me siento honrado de haberlo conocido.

A medida que avanzaba la noche, el Clan se reunió alrededor del cuerpo de Pelaje Lluvioso para velarlo. Canción de Eco guió Nariz de Pétalo y a sus dos cachorros fuera la maternidad, y la gata se agachó junto a su pareja, metiendo la nariz en su frío pelaje gris. Pequeño Salvia y Pequeña Menta se acurrucaron cada uno a un lado de ella, mientras que Canción de Eco se sentó a la cabeza de Pelaje Lluvioso, con la mirada fija en las estrellas distantes.

Al recordar la vigilia inquieta y supersticiosa de Vigilante del Cielo, Estrella de Fuego se dio cuenta de lo mucho que había avanzado el Clan. Ahora había un sentimiento genuino de pérdida y respeto por el guerrero caído. Pero le dolía el corazón cuando se recordaba a sí mismo que reconstruir el Clan había llevado directamente a la muerte de Pelaje Lluvioso. Si hubiera decidido seguir siendo un proscrito, todavía estaría vivo.

La inquietud le pinchaba las patas a Estrella de Fuego y, cuando el cielo se volvió gris con la primera luz del alba, subió por el sendero hasta la Roca del Cielo y se sentó solo, mirando hacia el desfiladero. «*¿Hice lo correcto?*». Desde que estaba aquí había aprendido mucho sobre sí mismo y sobre lo que significaba ser líder de un Clan, pero no había venido para eso. ¿Era justo pedirles a estos gatos que renunciaran a sus vidas por el código guerrero, cuando antes habían vivido felices y en paz?

Un dulce aroma flotó a su alrededor: el único que podía reconfortarlo ahora. Un manto le rozó el suyo y una voz le murmuró al oído.

—No te aflijas —susurró Tormenta de Arena—. Has salvado al Clan del Cielo.

—Pero Pelaje Lluvioso está muerto.

—Lo sé. Pero los gatos del Clan del Cielo tomaron su propia decisión de luchar por el desfiladero, por el código guerrero y por su *Clan*. La batalla los ha unido como ninguna otra cosa podría haberlo hecho.

Estrella de Fuego se movió intranquilo, queriendo creer lo que decía su pareja, queriendo creer que lo que habían ganado valía la muerte de Pelaje Lluvioso.

—La vida no puede continuar sin la muerte —Tormenta de Arena siguió—. Pelaje Lluvioso murió como el más grande guerrero, luchando por su Clan. Dondequiera que estén sus ancestros guerreros, habrán estado observando, y lo estarán esperando ahora.

—Lo sé.

Las palabras de Tormenta de Arena aliviaron parte del dolor de su corazón, pero Estrella de Fuego sabía que pasarían muchas lunas antes de que pudiera olvidar la visión del cuerpo de Pelaje Lluvioso rodeado de sus enemigos muertos, sabiendo que había llevado al gato gris a su muerte.

CAPÍTULO 34

El sol se alzaba sobre los acantilados cuando Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se adentraron de nuevo en el desfiladero. El cuerpo de Pelaje Lluvioso aún yacía al pie del Montón de Rocas, pero el Clan estaba terminando la vigilia; solo Nariz de Pétalo permanecía cerca de él, con sus dos cachorros dormidos a su lado. Canción de Eco estaba sentada a la entrada de su cueva, con montones de hierbas a su alrededor mientras examinaba las heridas recientes de Patas Manchadas.

Estrella de Fuego sabía que debía ir a que le revisara sus heridas, pero antes de que pudiera dirigirse a la guarida de la curandera, Hoja Moteada saltó hacia él. Estrella de Fuego vio que tenía una mirada preocupada, y una punzada de alarma se disparó a través de él. No podía haber más peligro, ¿o sí?

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Es Bigotes Cortos. —Hoja Moteada miró hacia donde estaba el gato atigrado junto a Garra Afilada, Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión—. Dice que quiere dejar el Clan. Quiere volver con sus dueños.

—¿Qué?

Estrella de Fuego pasó junto a ella y se dirigió hacia el pequeño nudo de gatos.

—¿Tienes cerebro de ratón? —Garra Afilada estaba discutiendo cuando Estrella de Fuego se acercó—. Te quedaste con nosotros durante todo el peligro de las ratas, y ahora que les hemos demostrado que este es nuestro hogar, ¿te quieres ir? ¡Tienes abejas en el cerebro!

Bigotes Cortos se estremeció y se volvió hacia Estrella de Fuego con una mirada de alivio.

—Lo siento —empezó—. Pero el ataque de las ratas simplemente me demostró que no estoy hecho para vivir en un Clan.

—Cumpliste con tu deber como un guerrero —Estrella de Fuego dijo.

—Pero tenía *miedo* —protestó Bigotes Cortos—. Estaba asustado hasta las raíces de mi manto.

—¿Y crees el resto de nosotros no? —Garra Afilada gruñó.

Hoja Moteada se acercó y le tocó el hombro a Garra Afilada con la punta de la cola.

—No te enojes. No podemos obligarlo a entender. —Volviéndose hacia Bigotes Cortos, añadió—: Respetaremos tu decisión. Pero aun así desearíamos que te quedaras.

—Te extrañaremos —le dijo Zarpa de Cereza.

Bigotes Cortos seguía mirando a Estrella de Fuego, y le dirigió sus palabras.

—Tenía miedo —repitió—. Y sabía que no quería renunciar a mi vida por el bien de mi Clan. —Agachó la cabeza—. Soy un cobarde, y un egoísta —murmuró—. Pero no puedo cambiar lo que siento.

—No eres egoísta ni cobarde —Estrella de Fuego le dijo—. El código guerrero no es para todos. —Recordó a su amigo Cuervo, obligado a abandonar el Clan del Trueno por miedo a Estrella de Tigre, y que ahora vivía feliz con Centeno en la granja cerca de las Rocas Altas—. Debes elegir el camino que más se ajuste a ti.

—Entonces ese es el camino de un minino casero.

Bigotes Cortos miró el círculo de amigos a su alrededor, y aunque su mirada mostraba arrepentimiento, su voz sonaba segura.

—Seguimos siendo tus amigos, Bigotes Cortos… —Zarpa de Gorrión comenzó.

—Ese ya no es mi nombre —el gato lo interrumpió—. Supongo que será mejor que vuelvan a llamarme Hugo.

Por última vez subió por el sendero hasta la cima del acantilado; Estrella de Fuego, Hoja Moteada y Garra Afilada lo siguieron. Hugo se abrió paso a través de la maleza y se detuvo en el borde del matorral.

—Adiós —maulló—. Estoy orgulloso de haber sido un gato del Clan del Cielo; realmente lo estoy.

—Adiós. —Zarpa de Cereza le dio un golpe con el hombro—. Asegúrate de mantener a ese Óscar en su lugar.

—Y háblales a los otros mininos caseros del Clan del Cielo —añadió Zarpa de Gorrión.

Hoja Moteada bajó la cabeza.

—Adiós, Hugo. No olvides venir a visitarnos. Ayudaste a salvar el Clan del Cielo, y siempre serás bienvenido aquí.

Hugo se animó un poco.

—No olvidaré a ninguno de ustedes, en especial a ti, Estrella de Fuego —añadió mirando al gato color fuego—. Me has enseñado mucho.

—Yo también he aprendido de ti —respondió Estrella de Fuego, y lo decía en serio—. Que el Clan Estelar ilumine tu camino.

Los dos gatos entrechocaron narices; entonces Hugo se dio la vuelta y empezó a dirigirse hacia las lejanas paredes del Poblado de Dos Patas. Llevaba la cabeza y la cola en alto y no miró atrás.

—Así que ese es el fin —murmuró Garra Afilada, viéndolo ir—. El último eco de nuestra batalla contra las ratas.

—No —Hoja Moteada maulló—. Hay una cosa más que hacer.

Estrella de Fuego y Garra Afilada intercambiaron una mirada desconcertada y la siguieron por el sendero hasta la cueva de los guerreros. Hoja Moteada estaba de pie frente al tronco de piedra con las antiguas marcas de garras: las marcas de muchos gatos y las diminutas marcas de garra de las ratas tachadas en ellas como señal de su victoria de antaño.

—Esto —dijo ella.

Extendió las garras y rasguñó la piedra, luego una segunda y una tercera vez, hasta que los arañazos de rata fueron borrados bajo profundas cicatrices verticales. El registro de la primera derrota había desaparecido.

—Ahora el desfiladero vuelve a pertenecer al Clan del Cielo —la gata atigrada anunció.

Los días que siguieron a la batalla fueron grises y nublados. Una mañana, Estrella de Fuego salió de la guarida de los guerreros y encontró las rocas cubiertas de escarcha. Se quedó olfateando el aire frío hasta que apareció Tormenta de Arena, esponjando su pelaje contra las garras del viento.

—Deberíamos irnos pronto —murmuró, con una mirada hacia atrás para asegurarse de que no estaba despertando a los guerreros dormidos—. No podemos viajar durante la estación sin hojas. Hará demasiado frío para dormir afuera, y habrá pocas presas.

—Todavía falta para la estación sin hojas —argumentó Estrella de Fuego.

Tormenta de Arena fijó en él una brillante mirada verde.

—¿No confías en que el Clan del Cielo sobreviva sin ti?

—No es eso —protestó Estrella de Fuego.

—Las ratas ya no son una amenaza —le recordó ella.

—Lo sé, pero las ratas no son el único problema. ¿Los guerreros del Clan del Cielo serán capaces de llevarse bien entre ellos sin nosotros para ayudarlos con las patrullas y tareas? ¿Qué hay de los mininos domésticos del Poblado?… Podría haber problemas con ellos. Y les será más difícil encontrar presas a medida que el tiempo se vuelva más frío.

Tormenta de Arena raspó la roca con las garras.

—Estrella de Fuego, ¿te estás escuchando? *Todos* los Clanes tienen problemas como esos. Todos los gatos tienen que trabajar juntos para seguir el código guerrero, y si lo hacen estarán a salvo y bien alimentados. Los gatos del Clan del Cielo ahora lo saben. Has hecho tu parte; les has encontrado una curandera; ahora depende de ellos.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón. Si esperaba hasta que pudiera estar seguro de una paz ininterrumpida y una vida fácil para el Clan del Cielo, nunca se iría. Sin embargo también sabía que todavía tenía una tarea más que hacer.

—No podemos irnos todavía. No hasta que estemos seguros de que el Clan del Cielo puede alcanzar a sus ancestros guerreros. Y parte de eso es averiguar a quién ha elegido el Clan Estelar como líder.

Tormenta de Arena exhaló un largo suspiro y movió los bigotes.

—Supongo que tienes razón. Pero espero que sea pronto; eso es todo.

Tormenta de Arena despertó a Hoja Moteada; ambas levantaron a Zarpa de Gorrión y partieron para la patrulla del alba. Estrella de Fuego volvió a la guarida de los guerreros y encontró a Patas Manchadas inquieto.

—¿Patrulla de caza? —sugirió.

Patas Manchadas se incorporó con energía.

—Claro. En seguida estoy.

—Iré con ustedes. —Garra Afilada levantó la cabeza desde su lecho de musgo al otro lado de la cueva—. Si no es problema.

—Prefiero que dirijas otra patrulla —le dijo Estrella de Fuego—. Quiero llevar a Zarpa de Cereza y verla en acción de caza, sin que su mentor le esté respirando en la nuca. Es hora de que ella y Zarpa de Gorrión se conviertan en guerreros.

—Bien. —Los ojos de Garra Afilada brillaron con aprobación—. Yo también creo que están listos. Llevaré a Cola de Trébol y a Pelaje… —Su voz se apagó—. Supongo que solo a Cola de Trébol.

Estrella de Fuego condujo a su patrulla río abajo, a través de las rocas y hacia los árboles. Las hojas giraban en el aire; solo quedaban los últimos restos quebradizos en las ramas. El frío había llegado, y las presas serían mucho más escasas durante las largas lunas de la estación sin hojas. Pero el Clan del Cielo aún era pequeño; si tenían cuidado deberían lograr alimentarse.

Observó a Zarpa de Cereza acechar una ardilla en una extensión de terreno abierto y derribarla de un poderoso salto cuando intentó escapar por un árbol. Fácilmente estaba lista para convertirse en guerrera, pero Estrella de Fuego se contuvo de decirle eso. Quería que el nuevo líder del Clan del Cielo les diera a ella y a Zarpa de Gorrión sus nombres de guerreros, tan pronto como hubiera una señal de los ancestros guerreros del Clan sobre quién sería.

Los tres gatos cazaron hasta que tuvieron toda la carne fresca que podían cargar. Ya no percibía ojos hostiles entre la maleza, ni olores o sonidos que sugirieran que las ratas seguían allí. El Clan del Cielo había hecho suyo este lugar.

Estrella de Fuego había vuelto al campamento y estaba depositando su carne fresca en el montón cuando Canción de Eco se acercó a él.

—Estrella de Fuego, necesito hablar contigo. —Su mirada verde estaba desconcertada—. ¿Puedes venir a mi guarida un momento?

Mientras hablaba, Estrella de Fuego recordó irresistiblemente a Jaspeada y Carbonilla. Canción de Eco encajaba exactamente en el papel de una curandera ahora, aunque sabía que su aceptación formal era otra ceremonia que descansaba en las patas de los ancestros guerreros del Clan del Cielo.

La gata no volvió a hablar hasta que estuvieron sentados en la cueva exterior, con el aroma de dulces hierbas a su alrededor.

—Estaba clasificando hierbas aquí —empezó—, y tuve una… creo que se podría llamar una visión.

Pareciendo casi avergonzada, se lamió una patita gris y se la pasó por la oreja.

A Estrella de Fuego le hormiguearon las patas, pero se obligó a mantener la calma.

—¿Qué era?

—Pensé que estaba recogiendo hierbas en el bosque sobre el desfiladero. Estaba sola, ¡y sin embargo me sentía muy segura y protegida! Era como si unos ojos bondadosos estuvieran a mi alrededor, vigilándome…

—Continúa —la animó Estrella de Fuego.

—El sol brillaba, como si fuera un cálido día de la estación de la hoja verde. Y las sombras de las hojas moteaban el suelo a mi alrededor, tan perfectamente como guijarros en el lecho del río. Me fijé especialmente en ellas, porque ahora las hojas están muriendo. El patrón de luz y sombra se arremolinaba a mi alrededor, aunque las hojas sobre mi cabeza seguían inmóviles. Y entonces volví a estar aquí. *No fue* un sueño, Estrella de Fuego —insistió—. Estuve despierta todo el rato. ¿Crees que significa algo, o estoy haciendo un escándalo por nada?

—El Clan Estelar envía sus señales por una razón —Estrella de Fuego contestó—. Todo lo que tenemos que hacer es averiguar cuál es.

Se quedó en silencio un momento, con los ojos entrecerrados, imaginándose a la pequeña atigrada en el bosque iluminado por el sol.

—Un sol cálido. Ahora estamos en la estación sin hojas, pero había hojas moteando el suelo… —murmuró.

—¡Hoja Moteada! —Canción de Eco exclamó—. Mis ancestros guerreros me estaban diciendo algo sobre Hoja Moteada.

Todos los pelos del manto de Estrella de Fuego se erizaron. ¡Esta debía ser la señal que el Clan del Cielo había estado esperando! La visión de Canción de Eco mostraba que los ancestros guerreros del Clan realmente estaban velando por ellos. Aun más importante, le habían enviado la señal a Canción de Eco y no a él. Ahora era una verdadera curandera, con una conexión con los espíritus estelares que la ayudaría a guiar a su Clan en las lunas venideras.

La mirada de perplejidad de Canción de Eco se fue despejando.

—Lo que este Clan necesita más que nada es un líder —murmuró—. ¿Crees que me estaban mostrando quién debería ser?

Estrella de Fuego se acercó a ella y le dio un cariñoso lametón en la parte superior de la cabeza. Ronroneaba tanto que apenas podía hablar.

—Sí, creo que sí —dijo—. Hoja Moteada será la líder del Clan del Cielo.

* * *

Hoja Moteada se detuvo con un bocado de carne fresca aún entre las mandíbulas y los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Yo? —Tragó rápidamente—. ¿Líder del Clan del Cielo? ¡Canción de Eco, creo que tienes abejas en el cerebro!

En cuanto la patrulla del alba volvió a descansar y comer, Estrella de Fuego había apartado a Tormenta de Arena para contarle lo de la señal. Luego, él y Canción de Eco habían encontrado a Hoja Moteada comiendo junto al montón de carne fresca para darle la noticia.

—No tiene nada que ver con Canción de Eco —le aseguró a la asombrada gata—. Tus ancestros guerreros te han elegido.

—¡Pero-pero pensé que sería Garra Afilada!

«*Yo también*», pensó Estrella de Fuego. Sin embargo, era Hoja Moteada quien había mostrado una mayor sensibilidad hacia todo lo que significaba el código guerrero. Había animado al Clan en la batalla contra las ratas, y había entendido por qué Hugo quería dejar el Clan para volver a ser una mascota.

Hoja Moteada dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza enfáticamente.

—Oh, no, Estrella de Fuego. No puedo hacer esto. En serio, no puedo.

—Yo tampoco me sentí nunca lo suficientemente bueno para ser líder de Clan —Estrella de Fuego confesó—. Yo era el lugarteniente del Clan, así que claramente había pensado en ser líder algún día, pero cuando Estrella Azul murió y tuve que ocupar su lugar, no me sentí preparado. Pero mi Clan me necesitaba. Y ahora el Clan del Cielo te necesita a ti.

Hoja Moteada pareció sopesar lo que decía. Luego se volvió hacia Canción de Eco.

—¿Tú qué piensas?

Canción de Eco asintió alentadoramente.

—Nuestros ancestros guerreros me enviaron una visión. Sé que esto es lo correcto para ti, Hoja Moteada.

—Pero yo no entiendo nada de nuestros ancestros guerreros —Hoja Moteada protestó—. Ni siquiera sé si existen. Y aunque existieran —se adelantó a la protesta de Canción de Eco—, ¿por qué me elegirían a mí? No soy nada especial.

—No creo que sepas lo especial que eres —le maulló Estrella de Fuego—. Créeme, Hoja Moteada, *puedes* hacerlo.

La mirada ámbar de Hoja Moteada se posó en él durante varios latidos. Luego inclinó la cabeza.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó—. ¿Ahora tengo que llamarme Estrella de Hojas? ¿Y tengo nueve vidas?

—Todavía no eres líder —Estrella de Fuego le advirtió—. El Clan Estelar te dará tus nueve vidas y tu nombre.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —Hoja Moteada miró a su alrededor como si esperara ver guerreros estelares acechándola a plena luz del día.

—Esta noche —dijo Estrella de Fuego—. Tus ancestros guerreros están velando por ti, y nos reuniremos con ellos esta noche.

Bajo la helada luz de la media luna, Estrella de Fuego encabezó el camino hacia la Roca del Cielo. Hoja Moteada caminaba detrás de él, y Canción de Eco iba en la retaguardia.

Estrella de Fuego no estaba seguro de que estuviera haciendo lo correcto. No tenía dudas de que Hoja Moteada era la líder destinada del Clan del Cielo (la visión de Canción de Eco parecía demasiado clara al respecto), pero se preguntaba si debería haber llevado a Hoja Moteada a la Cueva Susurrante para su ceremonia. Era lo más cercano a la Piedra Lunar que tenían los gatos del Clan del Cielo, donde los líderes de los Clanes del bosque recibían sus nueve vidas y su nombre. Sin embargo, esta noche las estrellas parecían especialmente brillantes, y cuando miró hacia arriba parecieron transformarse por un momento en la forma del rostro del antiguo líder del Clan del Cielo, como si dijera: «Vengan».

Estrella de Fuego saltó la grieta y se colocó en el centro de la Roca del Cielo. La luz de las estrellas brillaba en su superficie y el viento le agitaba el pelaje. Hoja Moteada inclinó la cabeza hacia él mientras se le acercaba.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Esperamos —Estrella de Fuego respondió—. Tus ancestros guerreros vendrán a nosotros.

Esperaba tener razón. Solo conocía al ancestro del Clan del Cielo que caminaba por estos cielos, junto con Vigilante del Cielo. Pero Hoja Moteada necesitaba nueve gatos que le dieran cada uno una vida. Recordó el dolor, el terror y la maravilla de su propia ceremonia de liderazgo, cuando el claro de los Cuatro Árboles se había llenado de espíritus estrellados. Incluso si acudían a ella, ¿tendría Hoja Moteada la fuerza suficiente para afrontarlo? Solo había una forma de averiguarlo.

—¿Estás seguro de que vendrán? ¿No deberíamos decirles que estamos aquí? —La voz de Canción de Eco era ansiosa, su pelaje atigrado plateado estaba esponjado de emoción.

—Lo sabrán —contestó Estrella de Fuego—. Échate a mi lado —le indicó a Hoja Moteada, acomodándose en la roca con las patas metidas bajo el pecho.

Vacilante, Hoja Moteada obedeció; Estrella de Fuego podía sentir un temblor reprimido que recorría todo el cuerpo de la gata. Canción de Eco se agachó al otro lado de la guerrera, apretándose contra su pelaje de manera reconfortante.

—No tengas miedo —susurró la curandera—. Sé que nuestros ancestros guerreros no te desean más que cosas buenas.

Hoja Moteada aún parecía intranquila.

—Debes confiar en tus ancestros guerreros —le dijo Estrella de Fuego.

Hoja Moteada giró la cabeza y lo miró con ojos que brillaban plateados a la luz de la luna.

—No —maulló—. Confío en *ti*.

CAPÍTULO 35

Los tres gatos aguardaban en silencio bajo la luz de la luna. El viento soplaba sobre la superficie de la Roca del Cielo, apretándoles los pelajes contra los mantos.

—Cierren los ojos —susurró Estrella de Fuego.

Al principio solo había oscuridad, y era consciente de que Hoja Moteada se movía intranquila a su lado. Poco a poco se fue quedando quieta; los latidos de Estrella de Fuego se aceleraron al sentir que el frío se apoderaba de ella, de modo que podría haber sido una gata de hielo. El sonido del viento se desvaneció.

Estrella de Fuego abrió los ojos. La Roca del Cielo había desaparecido; en su lugar, un páramo sombrío se extendía a su alrededor, desvaneciéndose en la niebla en todas direcciones. Ninguna estrella podía penetrar la nube, pero brillaba con un resplandor pálido, como si en algún lugar por encima de ella aún brillara la luna.

Al otro lado de Hoja Moteada, Canción de Eco parpadeó y levantó la cabeza, luego se levantó y arqueó la espalda en un estirón. Su mirada, llena de asombro, se encontró con la de Estrella de Fuego.

—¿Dónde estamos? Es como el lugar con el que soñé la noche que dormí en la Roca del Cielo.

—Este es el páramo donde vi a los gatos del Clan del Cielo mientras huían.

Estrella de Fuego se levantó, hundiendo las garras en el duro pasto. Canción de Eco se giró para mirar a Hoja Moteada y le puso suavemente una pata en el hombro. La gata no se movió.

—Se siente muy fría —Canción de Eco susurró. Se agachó y respiró suavemente en la oreja de Hoja Moteada; ni siquiera se movió—. Estrella de Fuego, no está *muerta*, ¿verdad?

—No —la tranquilizó él—. Algo así me pasó a mí. Creo que está siendo despojada de su vieja vida para que pueda recibir sus nueve vidas nuevas.

Canción de Eco aún parecía preocupada. Estrella de Fuego adivinó que le picaban las patas de ansias por ayudar a Hoja Moteada, pero no podía hacer nada.

Podrían haber pasado estaciones o solo latidos antes de que Hoja Moteada estornudara y abriera los ojos. Sus mandíbulas se abrieron en un enorme bostezo. Entonces pareció darse cuenta de su extraño entorno y se levantó de un salto, tambaleándose un poco.

—Estrella de Fuego, ¿qué está pasando?

—Todo está bien. —Estrella de Fuego le apoyó la punta de la cola en el hombro—. Aquí es donde te reunirás con el Clan Estelar.

Como si sus palabras fueran una señal, la neblina se arremolinó frente a él, y apareció el antepasado gris y blanco del Clan del Cielo. Gotas de agua brillaban como estrellas en su pelaje.

—Saludos —maulló—. Sé por qué han venido.

—Saludos —respondió Canción de Eco, con los ojos brillantes al encontrarse cara a cara con un guerrero del Clan Estelar por primera vez.

Estrella de Fuego avanzó a su encuentro.

—Me alegra verte de nuevo —maulló—. He traído a Hoja Moteada. Es la gata que querían, ¿no?

—Sí. —El exlíder del Clan del Cielo bajó la cabeza—. Gracias, Estrella de Fuego. Has hecho todo lo posible para reconstruir y proteger el Clan del Cielo una vez más. Ahora depende de los nuevos gatos del Clan.

Estrella de Fuego respiró hondo.

—¿Pero cómo puede Hoja Moteada recibir nueve vidas si tú eres el único aquí?

El gato gris y blanco levantó la cola de manera comandante, y Estrella de Fuego se quedó en silencio. Observó cómo el ancestro del Clan del Cielo avanzaba ligeramente por el pasto del páramo para enfrentarse a Hoja Moteada.

—¿Crees en lo que está a punto de suceder? —le preguntó.

La mirada de pánico de Hoja Moteada voló hacia Estrella de Fuego y de vuelta al gato del Clan Estelar.

—Eh… creo que sí —tartamudeó—. Al menos, Estrella de Fuego dice me darán nueve vidas, y a él le creo.

Un destello de tristeza cruzó el rostro del pálido guerrero.

—Eso tendrá que ser suficiente —maulló—. Ven, y te daré tu primera vida.

Hoja Moteada dio un paso hacia delante para colocarse justo delante del ancestro del Clan del Cielo. Él inclinó la cabeza y entrechocó narices con ella. Hoja Moteada se puso rígida y se apartó, luego volvió deliberadamente para que el gato del Clan del Cielo pudiera tocarla de nuevo.

—Con esta vida te doy resistencia —dijo—. Úsala bien para fortalecer a tu Clan en tiempos difíciles.

Cuando el ancestro del Clan del Cielo terminó de hablar, Estrella de Fuego vio que todas las extremidades de Hoja Moteada sufrían espasmos, y sus mandíbulas se abrieron en un gemido insonoro de agonía. Se le apretó el estómago de compasión; recordó el terrible dolor que él había sentido cuando recibió sus propias vidas.

—¿Duele? —susurró Canción de Eco, con los ojos muy abiertos por el impacto—. ¿No podemos ayudarla?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—Hoja Moteada debe soportarlo sola.

La atigrada marrón y crema tembló cuando el dolor desapareció, pero se mantuvo de pie.

—Estrella de Fuego —jadeó—, ¿tengo que soportar eso ocho veces más?

—Tranquila —la consoló él—. No todas las vidas se sentirán igual.

La gata tenía una mirada aturdida y hubo un toque de resentimiento en su voz cuando maulló:

—Nunca dijiste que sería así.

Sacudió la cabeza con una mezcla de asombro y admiración. Estrella de Fuego supuso que nadie podría pasar por lo que ella acababa de sufrir y seguir dudando de que la experiencia fuera real.

—Ojalá pudiéramos acabar de una vez.

—No tardará mucho —prometió Estrella de Fuego.

—¡Miren! —Canción de Eco exclamó, mirando a su alrededor—. Hoja Moteada, ¿ves eso?

—C-creo que sí —maulló la gata atigrada.

Una hilera de gatos estaba apareciendo débilmente a través de la neblina. Rodearon a los tres gatos vivos y al ancestro del Clan del Cielo, sus contornos indistintos en las nubes a la deriva. Entonces uno de ellos se adelantó: Vigilante del Cielo. No era el veterano escuálido que había muerto en el desfiladero, sino el gato que Estrella de Fuego había visto por última vez en su sueño: un guerrero fuerte y poderoso.

Los ojos de Hoja Moteada se abrieron de par en par.

—Vigilante del Cielo —susurró—. ¿Eres tú?

Vigilante del Cielo entrechocó narices con ella.

—Bienvenida, Hoja Moteada. Con esta vida te doy esperanza. Úsala bien para guiar a tu Clan a través de los días más oscuros.

Una vez más Hoja Moteada se tensó cuando la vida surgió a través de ella. Estrella de Fuego pudo ver que el dolor no era tan potente esta vez, o tal vez ella sabía lo que le esperaba y se había preparado para ello. Se recuperó más rápidamente e inclinó la cabeza ante Vigilante del Cielo.

—Gracias —murmuró—. Gracias por todo lo que has hecho por mi Clan.

Vigilante del Cielo retrocedió sin hacer ruido para situarse junto a las filas de guerreros brumosos.

Hoja Moteada miró con expectación al círculo de gatos cuyas formas se iban distinguiendo poco a poco.

—Estoy lista —maulló.

La tercera en aparecer fue una gata atigrada tan parecida a Hoja Moteada que Estrella de Fuego apenas podía darse cuenta de cuál era cuál. Saltó hacia delante y entrechocó narices con Hoja Moteada: un gesto de puro cariño, no la entrega de una vida.

—¡Mamá! —exclamó Hoja Moteada—. Pero moriste… pensé que nunca volvería a verte.

—Nada está perdido para siempre, querida —respondió su madre. Una vez más entrechocó narices con su hija—. Con esta vida te doy amor. Úsala bien para todos los gatos que acudan a ti buscando protección.

Hoja Moteada se había estirado hacia delante ansiosamente para recibir esta vida, y Estrella de Fuego pudo ver que no estaba preparada para la agonía punzante que venía con ella. Sus extremidades se pusieron rígidas y clavó las garras en el suelo, apretando los dientes en un chillido de dolor. Él había experimentado la misma angustia cuando Pecas le había dado una vida; no se había dado cuenta de lo feroz que era el amor de una madre por sus cachorros, de lo dispuesta que estaba una gata a morir para proteger a sus hijos.

Cuando el dolor de Hoja Moteada disminuyó, su madre le cubrió la cara y las orejas con cariñosos lametones.

—No te vayas —susurró Hoja Moteada.

—No tengas miedo, querida —la tranquilizó su madre—. Caminaré contigo muchas veces en sueños, te lo prometo.

Mientras retrocedía, un cuarto gato ya estaba caminando hacia adelante. Estrella de Fuego se quedó sin aliento ante un olor familiar, pero que nunca había esperado oler aquí. La forma de la cabeza del gato le recordó al antepasado del Clan del Cielo. Luego, cuando emergió por completo de la niebla, reconoció a la esbelta gata carey.

—¡Jaspeada!

La curandera saltó hacia delante y entrechocó narices con él.

—Gracias, Estrella de Fuego —maulló—. ¡Estoy tan orgullosa de ti! El Clan del Cielo te lo debe todo a ti. Nunca te dije cuánto significa para mí ver al Clan restaurado.

Estrella de Fuego respiró su dulce aroma.

—No podría haberlo hecho sin ti, Jaspeada.

La curandera inclinó la cabeza ante él.

—Se me ha dado el privilegio de caminar por estos cielos para darle a Hoja Moteada su cuarta vida. —Se acercó a la gata atigrada y continuó—. Te doy una vida para que sanen las heridas causadas por palabras y rivalidad. Úsala bien para todos los gatos con problemas de espíritu.

Esta vez, Estrella de Fuego pudo ver que no había dolor mientras la vida fluía hacia Hoja Moteada. La gata soltó un ronroneo de felicidad, sus ojos se entrecerraron; durante unos latidos pareció una cachorra en la maternidad, segura dentro de la curva de las patas y vientre de su madre.

—Gracias, Jaspeada —maulló cuando hubo terminado—. Estrella de Fuego me ha hablado mucho de ti. Es un honor conocerte al fin.

La curandera le rozó suavemente con la cola el costado a Hoja Moteada, y luego se retiró de nuevo al borde del círculo.

Estrella de Fuego pudo ver que la neblina era cada vez más fina. Cada vez se abría más el páramo y la luz de la luna se hacía más intensa, aunque la propia luna permanecía oculta. Más y más gatos se revelaban, extendiéndose en la distancia. Un escalofrío recorrió a Estrella de Fuego, como si hubiera metido las zarpas en agua helada. Como si ella también lo hubiera sentido, Canción de Eco se apretó contra él un momento.

—Están volviendo a casa —susurró—. Todos los ancestros del Clan del Cielo. Puedo oírlos.

Antes de que Estrella de Fuego pudiera responder, los gatos de la primera fila se separaron para permitir que cuatro nuevos gatos entraran al centro del círculo. Él los miró, perplejo. Le resultaban vagamente familiares, pero no le recordaban al Clan del Cielo. No se parecían en nada a ninguno de los otros gatos que le habían dado vidas a Hoja Moteada. Caminaban con la cabeza y la cola en alto, con toda la autoridad de un líder, pero él nunca los había visto antes, y no entendía por qué vendrían a darle vidas a Hoja Moteada.

En lugar de acercarse a la gata, los recién llegados fueron al encuentro del antepasado del Clan del Cielo, que los miraba con los ojos muy abiertos. Cuando el primer gato, un macho musculoso de color rojizo, se acercó, el ancestro jadeó.

—¡Estrella Roja!

Para asombro de Estrella de Fuego, el gato rojizo se puso de pie frente al antepasado del Clan del Cielo con la cabeza gacha.

—Me equivoqué hace todas esas lunas —maulló—. Todo el Clan del Trueno se une a mí para decirte que sentimos lo que hicimos.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo: este gato debía de ser el líder del Clan del Trueno cuando el Clan del Cielo fue expulsado del bosque.

La siguiente gata, una atigrada marrón, se agachó junto a Estrella Roja. A Estrella de Fuego le hizo acordar a Paso Potente, el guerrero del Clan del Río, y también se veía como Cola de Trébol.

—¿Estrella de Abedul? —La voz del ancestro fue cautelosa.

—El Clan del Río dice lo mismo. Nunca debimos haberlos expulsado. Sentí compasión por ustedes, pero no hice nada, y eso hace que mis acciones sean peores. Lo siento.

El tercer gato, un gato mayor con un manto negro grisáceo y una cola larga y temblorosa, permaneció de pie, pero inclinó la cabeza mientras maullaba:

—Soy Estrella Veloz del Clan del Viento, y cuando caminaba por el bosque nunca le dije a nadie que lo sentía. Pero ahora te lo digo a ti: lo que hicimos estuvo mal.

El pelaje marrón cremoso de la cuarta gata brilló a la luz de la luna cuando se deslizó junto a Estrella Veloz y clavó sus brillantes ojos verdes en el líder del Clan del Cielo.

—El Clan de la Sombra también lo siente —maulló—. Teníamos buenas razones para hacer lo que hicimos, pero lamento que les hayamos causado tanto sufrimiento a ti y a tus compañeros de Clan.

—Gracias, Estrella del Alba —respondió el gato del Clan del Cielo—. Gracias a todos.

—Nada puede compensar lo que hicimos —Estrella Roja continuó—. Pero cada uno hemos venido aquí para darle una vida a la nueva líder del Clan del Cielo, si podemos.

El gato gris y blanco agachó la cabeza, dando su permiso.

Estrella Roja se adelantó para entrechocar narices con Hoja Moteada.

—Con esta vida te doy sabiduría. Úsala bien cuando tengas que tomar las decisiones más difíciles de todas.

Hoja Moteada se estremeció cuando la quinta vida fluyó hacia ella.

Estrella de Fuego recordó cómo se había sentido él a medida que el número de sus vidas se acumulaba: como si fuera una roca hueca llenándose de agua de lluvia que pronto se derramaría por los bordes y se perdería.

La siguiente en acercarse a Hoja Moteada fue Estrella de Abedul del Clan del Río.

—Con esta vida te doy simpatía y comprensión —murmuró—. Úsala bien con los más débiles de tu Clan, y con todos los demás que necesiten tu ayuda y protección.

Estrella Veloz apenas le dio tiempo a Hoja Moteado de recibir esa vida antes de acercársele y entrechocar narices con ella.

—Con esta vida te doy altruismo —anunció el antiguo líder del Clan del Viento—. Úsala bien al servicio de tu Clan.

La última de los cuatro fue Estrella del Alba; Estrella de Fuego la miró, asombrado de que una gata tan elegante hubiera sido líder del Clan de la Sombra, que siempre parecía estar detrás de los problemas del bosque. Pero entonces, tal vez el el Clan de la Sombra de aquellos días había sido diferente, y tal vez podrían cambiar de nuevo.

—Con esta vida te doy determinación —dijo ella, estirando la cabeza hacia adelante para entrechocar narices delicadamente con la atigrada marrón y crema—. Úsala bien para poner tus patas en el camino de lo que sabes que es correcto.

A Hoja Moteada le temblaron las piernas cuando recibió su octava vida. Respiraba fuerte y rápido, como si hubiera estado corriendo. Estrella de Fuego pudo ver que el esfuerzo había agotado sus fuerzas, de modo que estaba casi lo suficientemente agotada como para mantenerse de pie.

Cuando la vida hubo entrado en ella, miró a los cuatro líderes de los Clanes rivales.

—Gracias. El nuevo el Clan del Cielo honrará a sus Clanes. El quinto Clan ha regresado.

Los cuatro líderes inclinaron la cabeza en respuesta. Entonces, para asombro de Estrella de Fuego, se apartaron de Hoja Moteada y se acercaron a él.

—Tú corregiste el error que nosotros cometimos —dijo Estrella Roja—. Por eso te damos las gracias.

—Creímos que teníamos que echar al Clan del Cielo por el bien de nuestros propios Clanes —Estrella del Alba añadió—. Pero eso fue un error.

Estrella Veloz agitó las orejas.

—Hemos pagado por ello. Ninguno de nosotros podía descansar con facilidad después de que el Clan del Cielo se fue. La culpa nos arañó por el resto de nuestras vidas.

—Siempre debió de haber cinco Clanes en el bosque —maulló Estrella de Abedul.

A Estrella de Fuego le costó encontrar palabras para responder. Cuando se había enterado del dolor y la pérdida del antepasado del Clan del Cielo, había culpado a los líderes de los otros Clanes por lo que habían hecho. Pero tal vez solo eran líderes como él, haciendo todo lo posible por tomar las decisiones correctas para su Clan.

—Nunca los olvidaré —murmuró.

Estrella Roja permaneció frente a Estrella de Fuego mientras los otros líderes se daban la vuelta.

—Tus compañeros de Clan están a salvo y esperándote —maulló—. Tu trabajo aquí ha terminado. Ya puedes irte a casa.

Los cuatro líderes retrocedieron hasta el borde del círculo para situarse cerca de Vigilante del Cielo, Jaspeada y la madre de Hoja Moteada. El ancestro del Clan del Cielo se les unió, y los ocho gatos estrellados parecieron ponerse tensos y aguzar las orejas, como si estuvieran esperando. Ningún otro gato apareció a través de la neblina.

A Estrella de Fuego se le apretó el estómago. ¿Dónde estaba el noveno gato que le daría a Hoja Moteada su última vida?

Se había levantado una brisa que desgarraba la niebla en hebras irregulares. Los gatos resplandecían con más claridad, con ojos centelleantes y mantos espolvoreados de brillo de estrellas. Más allá de ellos, Estrella de Fuego vislumbró una vasta extensión de páramo que se extendía hacia la oscuridad. Por encima de su cabeza, la luna brillaba de

manera intermitente y las estrellas relucían aquí y allá antes de que la niebla volviera a cubrirlas. Se le erizaron todos los pelos del manto.

A su lado, Canción de Eco murmuró:

—Oh, ven… ¡ven rápido!

Entonces, Estrella de Fuego vio que los gatos se separaban y dejaban un camino recto que se adentraba en el páramo. Al final del camino pudo ver un único punto de luz; al principio pensó que era una estrella baja en el horizonte. Se acercaba cada vez más, y ahora Estrella de Fuego podía ver que era un gato, corriendo y rozando el áspero pasto del páramo con el pelaje del vientre. De su pelaje brotaban estrellas, sus patas centelleaban y sus ojos eran un resplandor de luz estelar.

El antepasado del Clan del Cielo avanzó un solo paso con los ojos fijos en el felino que se acercaba y llenos de un hambre que hablaba de lunas de inanición.

La gata brillante llegó al círculo, y Estrella de Fuego la vio con claridad por primera vez: se trataba de una hermosa atigrada marrón de pelo largo con ojos verdes, fijos con intensidad en el antepasado del Clan del Cielo. Se acercó a él y le rozó ligeramente la nariz con la suya.

—¡Vuelo de Ave! —susurró el líder del Clan del Cielo.

—Estrella de Nube —ronroneó ella, enroscando la cola con la de él—. Te dije que algún día te encontraría.

—Y yo te dije que esperaría —Estrella de Nube respondió. Cerró los ojos—. ¡No puedo creer que estés aquí!

—Siempre estaré aquí —murmuró Vuelo de Ave—. Caminaremos juntos por los cielos para siempre.

Durante un latido que pareció durar varias estaciones, los dos gatos permanecieron juntos, absorbiendo el olor del otro. Entonces Vuelo de Ave retrocedió un paso e hizo una seña con la cola a otros dos gatos que se habían acercado sin ser vistos. Ambos entraron en el círculo e inclinaron la cabeza hacia Estrella de Nube.

—Estos son tus hijos —explicó Vuelo de Ave—. Aunque eran demasiado pequeños para hacer el viaje con el Clan del Cielo, y en su lugar crecieron en el Clan del Trueno, Manto Manchado y Garra de Aulaga han elegido caminar por estos cielos conmigo en honor a sus ancestros del Clan del Cielo.

Estrella de Fuego se quedó atónito. Manto Manchado era una esbelta gata carey, tan parecida a Jaspeada como si ambas hubieran sido hermanas de camada. Garra de Aulaga era un atigrado marrón de hombros anchos y brillantes ojos ámbar; a Estrella de Fuego se le revolvió el estómago ante

su parecido con su viejo enemigo, Estrella de Tigre. Vuelo de Ave había dicho que los dos gatos habían crecido en el Clan de Estrella de Fuego. ¿Significaba eso que en el Clan del Trueno corría sangre del Clan del Cielo? ¿Acaso Jaspeada y Estrella de Tigre eran descendientes de Estrella de Nube?

Miró a Jaspeada y la vio observando encantada a los gatos en el centro del círculo. ¡Debía de ser verdad! No era de extrañar que ver a Jaspeada aparecer le recordó al líder del Clan del Cielo. No era de extrañar que se hubiera sentido tan implicada en el destino del nuevo Clan.

Estrella de Nube dio un paso hacia sus hijos, con las piernas rígidas por la conmoción.

—Cuando dejé el bosque —maulló con voz ronca—, juré que mi Clan nunca volvería a mirar a las estrellas. Algunos de mis guerreros aún seguían las viejas costumbres, pero a medida que pasaba el tiempo y el Clan del Cielo se dispersaba, el Clan Estelar fue olvidado, y nuestros antepasados guerreros no pudieron caminar por estos cielos. Hasta ahora.

Su brillante mirada viajó desde Vuelo de Ave y sus hijos hasta posarse en Estrella de Fuego y Hoja Moteada.

—Hasta ahora —repitió.

Vuelo de Ave cruzó el círculo hasta donde Hoja Moteada aún esperaba, con los ojos llenos de asombro, y entrechocó narices con ella.

—Con esta vida te doy fidelidad —maulló—. Úsala bien para aferrarte al Clan y a tu familia.

Cuando la novena vida surgió en Hoja Moteada, apareció una gata más de entre las filas estrelladas, una pequeña atigrada de pecho y patas blancas. Recorrió el círculo hasta encontrarse cara a cara con Canción de Eco.

—Me llamo Paso de Cervatilla —anunció—. Yo era la curandera del Clan del Cielo cuando huyeron del bosque. Tienes mi cueva en el desfiladero y encuentras hierbas en los mismos lugares en donde hace mucho yo lo hacía. Tus ancestros guerreros te han elegido para que seas la curandera del Clan del Cielo a partir de este momento.

—Gracias —susurró Canción de Eco—. Haré…

Paso de Cervatilla la silenció poniéndole suavemente la punta de la cola sobre la boca.

—Paz, querida amiga. A partir de ahora caminaré en tus sueños y velaré por ti hasta que hayas aprendido cómo ser una verdadera curandera. —Sus ojos brillaron—. Tú y yo juntas viajaremos lejos.

Canción de Eco levantó la cabeza y miró profundamente a los ojos de su compañera curandera.

—Estaré lista para nuestro próximo encuentro —prometió.

Hoja Moteada estaba de pie en medio del círculo, un poco inestable sobre sus piernas, y miró a su alrededor.

—¿Qué pasará ahora? —le preguntó a Estrella de Fuego en un ronco susurro.

Estrella de Fuego no tuvo necesidad de responder. Mientras la nueva líder de Clan hablaba, los últimos jirones de neblina se disolvieron, revelando un cielo donde una luna llena flotaba serenamente. Las estrellas resplandecían mientras los ancestros guerreros del Clan del Cielo regresaban para velar por sus descendientes, que habían estado perdidos durante mucho tiempo.

Su pelaje se erizó al reconocer a un fuerte guerrero gris entre ellos, con el brillo de las estrellas en su pelaje y en sus ojos. La mirada de Pelaje Lluvioso se encontró con la suya e inclinó la cabeza.

Con el estómago revuelto por el dolor y la culpa, Estrella de Fuego se acercó a él.

—Lo siento, Pelaje Lluvioso —murmuró—. Si no te hubieras unido al Clan del Cielo, todavía estarías vivo.

—Fue mi decisión. —Pelaje Lluvioso lo miró con ojos claros—. Ahora siempre seré parte de un Clan y tendré un lugar entre las estrellas. Vale la pena morir por el código guerrero. —Vaciló brevemente y luego añadió—: ¿Cómo están Nariz de Pétalo y los cachorros?

—Lloran por ti —contestó Estrella de Fuego—. Pero siempre tendrán el apoyo de su Clan.

—Lo sé. Confío en que el Clan del Cielo cuidará de ellos. —Pelaje Lluvioso volvió a bajar la cabeza, y Estrella de Fuego se sintió como si lo hubiera perdonado.

Las filas de gatos se pusieron de pie y se elevaron hacia el cielo, haciendo que cada estrella brillara con más intensidad. Sus voces se elevaron alto y emocionadas hacia la brillante franja del Manto Plateado.

—¡Estrella de Hojas! ¡Estrella de Hojas!

—¡Estrella de Hojas! —Estrella de Fuego y Canción de Eco se unieron para dar la bienvenida a la nueva líder del Clan del Cielo—. ¡Estrella de Hojas!

La luz a su alrededor se volvió tan deslumbrante que Estrella de Fuego tuvo que cerrar los ojos. Las voces se apagaron, y cuando abrió los ojos estaba agazapado en la superficie de la Roca del Cielo, con Estrella de

Hojas y Canción de Eco a su lado. La media luna seguía brillando en un cielo helado.

Estrella de Hojas se puso de pie, se tambaleó hasta encontrar el equilibrio y soltó un largo suspiro.

—Gracias, Estrella de Fuego —dijo—. Nunca imaginé…

Parpadeó rápidamente mientras Canción de Eco le rozaba el costado y le apretaba el hocico contra el hombro.

—Sabes que no debes hablar de esto con nadie, ¿verdad? —le advirtió Estrella de Fuego.

Estrella de Hojas lo miró fijamente.

—¿Cómo podría hacerlo? No hay palabras… —Sacudió la cabeza y continuó—. Ahora lo entiendo. Y prometo que seré una líder fuerte y leal a mi Clan, hasta que sea mi turno de caminar entre las estrellas con mis ancestros.

Se detuvo un momento y se sacudió el pelaje.

—Bajemos. Mi Clan me estará esperando.

CAPÍTULO 36

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí, bajo el Montón de Rocas, para una reunión del Clan!

La voz de Estrella de Hojas resonó en el campamento mientras convocaba a sus compañeros de Clan por primera vez. Su cuerpo contrastaba contra un claro cielo azul; el día después de su ceremonia de liderazgo había amanecido despejado y frío, pero ahora el sol quitaba el frío de las rocas y centelleaba en la superficie del río. Estrella de Hojas esperó pacientemente mientras su Clan se reunía al pie del Montón de Rocas.

Estrella de Fuego había discutido esta reunión con ella, asegurándose de que supiera lo que tenía que hacer, pero ella no le había dicho todas las decisiones que tomaría. Sin importar cuáles serían, él esperaba que la gata contara con el apoyo de su Clan.

Para entonces ya todos sabían que Estrella de Hojas era su nueva líder; Estrella de Fuego podía ver la emoción en sus orejas erguidas y sus ojos brillantes. Los cachorros de Cola de Trébol saltaban por todas partes, metiéndose bajo las patas de todos los gatos, hasta que Pequeño Brinco resbaló en una piedra húmeda; Garra Afilada lo agarró por el pescuezo justo a tiempo para salvarlo de un chapuzón en el río.

—Ahora quédate con tu madre —maulló severo el gato rojizo—. ¿Es esa forma de comportarse para un aprendiz?

Al instante, los tres cachorros se alinearon junto a Cola de Trébol y se sentaron erguidos mientras su madre los acicalaba rápidamente. Nariz de

Pétalo y sus dos cachorros se unieron a ellos; Pequeño Salvia y Pequeña Menta miraron con envidia a la camada mayor.

—Queremos ser aprendices —le maulló Pequeña Menta a su madre.

—Sí, ¿por qué nosotros no podemos? —Pequeño Salvia preguntó.

—No son lo bastante mayores —Pequeño Peñasco replicó, con un tono tan altivo que Estrella de Fuego intercambió una mirada con Tormenta de Arena, sentada a su lado, y vio sus ojos verdes brillar de diversión—. Tendrán que esperar *lunas* antes de que eso ocurra.

Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión salieron de su guarida y caminaron por el sendero para sentarse juntos cerca del montón de carne fresca. Patas Manchadas se les unió, y por último Canción de Eco apareció a la entrada de la Cueva Susurrante, saltó ligeramente a través del Montón de Rocas detrás de Estrella de Hojas, y fue a sentarse con Estrella de Fuego.

—Gatos del Clan del Cielo —empezó Estrella de Hojas cuando todos los gatos se hubieron acomodado y la miraban expectantes—, mi primer deber como líder es nombrar a un lugarteniente. —Respiró hondo—. Pronuncio estas palabras ante los espíritus de mis ancestros, para que puedan oír y aprobar mi decisión. Garra Afilada será el nuevo lugarteniente del Clan del Cielo.

Estrella de Fuego vio que una expresión de orgullo se extendía por el rostro del gato rojizo, junto con un toque de incertidumbre que no era propio de él. El guerrero se levantó e inclinó la cabeza hacia Estrella de Hojas.

—Gracias —maulló—. Será un honor servirte a ti y a nuestro Clan.

Estrella de Fuego dirigió otra mirada a Tormenta de Arena, sintiéndose muy aliviado. Garra Afilada había presionado mucho para conseguir el puesto de líder cuando no había entendido del todo el significado del código guerrero. Podría haberle complicado la vida a Estrella de Hojas si se hubiera negado a aceptar su autoridad. Pero su ardiente valor y sus habilidades de combate se equilibrarían bien con la personalidad más reflexiva de Estrella de Hojas. Y un día, cuando hubiera vivido suficientes lunas según el código guerrero, sería un buen líder.

—Canción de Eco. —Estrella de Hojas hizo una seña con la cola, y la gata atigrada se levantó de su lugar junto a Estrella de Fuego y avanzó hasta pararse al pie del Montón de Rocas—. Nuestros ancestros guerreros te han elegido para que seas nuestra curandera. Ahora te entrego el cuidado del Clan del Cielo. Confiamos en que uses tus habilidades para

curar y para interpretar las señales que los espíritus de nuestros ancestros nos envíen.

Una mirada secreta se cruzó entre las dos gatas. Estrella de Fuego supuso que estaban recordando sus extraordinarias experiencias de la noche anterior.

Canción de Eco inclinó la cabeza.

—Te prometo que lo haré lo mejor que pueda, Estrella de Hojas.

—¡Canción de Eco! ¡Canción de Eco!

El Clan le dio la bienvenida aullando su nombre; la joven curandera agachó la cabeza avergonzada y volvió a sentarse junto a Estrella de Fuego.

—Mi próxima tarea es una de las más importantes que un líder puede realizar —continuó Estrella de Hojas—. La formación de nuevos guerreros. —Hizo una seña a Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión con la cola; los dos jóvenes gatos se levantaron y se pusieron uno junto al otro al pie del Montón de Rocas, con los ojos brillantes—. Garra Afilada, ¿tu aprendiza Zarpa de Cereza ha aprendido las habilidades de un guerrero? ¿Y entiende lo que el código guerrero significa para cada gato?

—Ha aprendido y entiende —respondió Garra Afilada, solemne—. Luchó como una guerrera experimentada contra las ratas.

—Y yo puedo decir lo mismo de mi aprendiz, Zarpa de Gorrión —la líder maulló. Bajó del Montón de Rocas y se paró frente a los dos jóvenes gatos—. Yo, Estrella de Hojas, líder del Clan del Cielo, solicito a mis antepasados guerreros que observen a estos dos aprendices. Han entrenado duro para entender el sistema de su noble código, y se los encomiendo a su vez como guerreros.

Un escalofrío recorrió a Estrella de Fuego al oír las familiares palabras. Hasta hoy, ningún gato del Clan del Cielo podría haberlas pronunciado con certeza, porque nadie sabía lo que les había pasado a sus antepasados guerreros. Pero ahora él sabía (y más importante, Estrella de Hojas sabía) que caminaban por los cielos donde pertenecían, y que lo harían durante todas las estaciones venideras.

Estrella de Hojas continuó.

—Zarpa de Cereza, Zarpa de Gorrión, ¿prometen respetar el código guerrero, y proteger y defender a este Clan, incluso a costa de sus vidas?

El pelaje de Zarpa de Cereza se erizó y flexionó las garras al responder:

—Lo prometo.

Zarpa de Gorrión parecía más tranquilo, pero nadie podía dudar de la sinceridad en su voz cuando también dijo:

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, les doy sus nombres de guerreros. Zarpa de Cereza, a partir de este momento serás conocida como Cola de Cereza. El Clan Estelar honra tu valentía y tu entusiasmo, y te damos la bienvenida como miembro de pleno derecho del Clan del Cielo.

Estrella de Hojas apoyó el hocico en la parte superior de la cabeza de Cola de Cereza; Cola de Cereza le lamió el hombro y se alejó para unirse a los otros guerreros.

Estrella de Hojas se volvió hacia Zarpa de Gorrión y repitió las mismas palabras sagradas.

—Zarpa de Gorrión, a partir de este momento serás conocido como Manto de Gorrión. El Clan Estelar honra tu valor y tu fuerza, y damos la bienvenida como miembro de pleno derecho del Clan del Cielo.

La gata apoyó el hocico en su cabeza y él también se inclinó respetuosamente para lamerle el hombro.

—¡Cola de Cereza! ¡Manto de Gorrión! ¡Cola de Cereza! ¡Manto de Gorrión! —El resto del Clan coreó para dar la bienvenida a los dos nuevos guerreros.

Cola de Cereza dio un enorme y jubiloso salto en el aire.

A continuación, Estrella de Hojas le hizo una seña con la cola a los tres cachorros de Cola de Trébol. Intentando no retorcerse de la emoción, se acercaron a su líder de Clan. Cola de Trébol los observó, a punto de estallar de orgullo.

—Patas Manchadas, has demostrado valor y resistencia —maulló Estrella de Hojas—. Serás el mentor de Zarpa de Brinco.

Zarpa de Brinco soltó un chillido, se separó casi al instante y se acercó a Patas Manchadas para entrechocar narices con él. Patas Manchadas lo miró con los ojos brillantes de orgullo por haber sido elegido como mentor.

—Cola de Cereza, eres una guerrera nueva —Estrella de Hojas continuó—, pero todo el Clan del Cielo ha visto tu dedicación. Serás la mentora de Zarpa de Peñasco.

El aprendiz negro se levantó de un salto y fue a entrechocar narices con su nueva mentora; Cola de Cereza parecía encantada.

Estrella de Hojas miró a la última de los tres cachorros, que apenas podía quedarse quieta.

—Manto de Gorrión, tú también eres joven —dijo la líder—. Pero tienes excelentes habilidades para la caza y la lucha. Confío en que se las transmitirás a Zarpa Diminuta.

La aprendiza blanca se levantó de un salto y, obviamente tratando de ser más digna que sus hermanos, se acercó a Manto de Gorrión y se estiró para entrechocar narices con él.

—Por ahora —les dijo Estrella de Hojas—, todos los guerreros trabajarán juntos para entrenar a los nuevos aprendices. Somos un nuevo Clan, y debemos aprender a depender unos de otros. Tengo una cosa más que hacer —añadió—. Antes de que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena llegaran al desfiladero, vivíamos vidas separadas. Éramos proscritos y mascotas. No sabíamos nada de la vida de un Clan, ni del código guerrero. Ahora pertenecemos juntos y nos apoyamos los unos entre los otros. Estrella de Fuego, Tormenta de Arena, les damos las gracias por todo lo que han hecho por nosotros. Sus nombres serán honrados para siempre por los gatos del Clan del Cielo.

—¡Estrella de Fuego! ¡Tormenta de Arena!

Estrella de Fuego se sintió rebosante de orgullo. Recordó sus preocupaciones por abandonar a su Clan y los peligros del viaje río arriba. Cada punzada de ansiedad, cada paso cansado valieron la pena ahora que veía los cuerpos fuertes y los ojos brillantes de los nuevos miembros del Clan del Cielo.

Sintió que Tormenta de Arena le rozaba la oreja con el hocico mientras murmuraba:

—Es hora de que nos vayamos. Hemos reconstruido el Clan del Cielo, tal como prometimos. Nuestro propio futuro nos espera en el bosque.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón, pero sintió una punzada al pensar en dejar a estos gatos que se habían convertido en sus amigos. Era poco probable que volvieran a encontrarse hasta que caminaran con el Clan Estelar, e incluso entonces, ¿compartirían los mismos cielos?

Se levantó para encontrarse con Estrella de Hojas, que se acercaba a él.

—¿Estuvo bien, Estrella de Fuego? —preguntó ansiosa—. Temía no recordar las palabras adecuadas.

—Fue perfecto —le dijo él—. El Clan del Cielo es tuyo ahora. Ya no nos necesitas.

Una sombra de tristeza cruzó el rostro de Estrella de Hojas, pero no intentó persuadirle de que se quedara.

—Su propio Clan los necesita —maulló—. Pero el Clan del Cielo nunca los olvidará.

Cuando el resto del Clan del Cielo se dio cuenta de que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena estaban a punto de irse, se reunieron alrededor suyo a despedirse y desearles buena suerte.

—¿Recuerdan cuando nos conocimos? —Cola de Cereza maulló—. Nos regañaron por burlarnos de Vigilante del Cielo. ¡Pensé que nunca había visto a un gato tan peligroso! —Sus ojos brillaban con picardía—. ¡Ahora yo también soy peligrosa!

Tormenta de Arena le dio un codazo cariñoso.

—No me gustaría para nada ser una rata que ande por aquí.

—Sí, tendrán que vigilar a las ratas —Estrella de Fuego le recordó a Estrella de Hojas—. Y a los mininos caseros del Poblado de Dos Patas, a Óscar se le podría ocurrir causar problemas. Y…

Tormenta de Arena lo interrumpió pinchándolo con una pata.

—Estrella de Hojas *ya sabe* todo eso. Estarán bien. Vámonos.

Exclamando más despedidas, Estrella de Fuego y Tormenta de Arena comenzaron a subir por los senderos pedregosos hasta la cima del acantilado. Canción de Eco caminó con ellos hasta su propia guarida. Cuando la alcanzó, entrechocó narices con Estrella de Fuego, con los ojos llenos de pesar.

—Tal vez nos encontremos de nuevo en los caminos de los sueños. Pero mi corazón me dice que esto es una despedida. Gracias, Estrella de Fuego. Me has ayudado a encontrar mi destino.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza.

—El Clan del Cielo tiene suerte de tenerte como curandera, Canción de Eco.

Fue duro mirar hacia atrás y ver la pequeña figura atigrada de pie afuera de su guarida, viéndolos partir. ¿Canción de Eco estaba *realmente* lista para asumir el papel de una curandera? ¿Entendería Garra Afilada cómo un lugarteniente tenía que apoyar a su líder de Clan? ¿Serían capaces los mentores inexpertos de lidiar con sus aprendices?

Entonces, cuando se detuvieron al borde del acantilado, Estrella de Fuego divisó una patrulla del Clan del Cielo entre la maleza, muy por debajo. Estrella de Hojas iba en cabeza, con Patas Manchadas y su aprendiz, Zarpa de Brinco, y Cola de Trébol en la retaguardia. Mientras Estrella de Fuego observaba, Cola de Trébol se abalanzó hacia adelante, y se levantó con una pequeña criatura colgando de las fauces.

—¿Ves? —Tormenta de Arena ronroneó mientras le lamía la oreja a Estrella de Fuego—. No hay nada de qué preocuparse. Vamos a casa.

Estrella de Fuego dejó escapar un largo suspiro. Su búsqueda había terminado; había caminado con el Clan del Cielo hasta el final de su viaje (y hacia un nuevo comienzo) y ahora podía ir a donde su corazón realmente pertenecía. Apretó el hocico contra el hombro de Tormenta de Arena, y comenzaron a dirigirse hacia el bosque.

EPÍLOGO

Las ramas sin hojas brillaban con escarcha mientras Estrella de Fuego bajaba saltando por el barranco. Se sentía lleno de energía, completamente recuperado de su largo viaje de regreso del desfiladero del Clan del Cielo hacía tres lunas. Zarzoso y Musaraña lo seguían: la patrulla del alba estaba regresando al campamento del Clan del Trueno, con frío y hambre, pero con los pelajes lisos. Las fronteras estaban en paz, y la estación sin hojas pronto daría paso al fresco crecimiento de la estación de la hoja nueva.

Estrella de Fuego se abrió paso a través del túnel de aulagas y se volvió para esperar a sus compañeros de Clan.

—Será mejor que coman algo y luego descansen —maulló—. Quiero que ambos me acompañen a la Asamblea de esta noche.

—¡Genial! —A Zarzoso se le erizó el pelaje de emoción.

Musaraña, por su parte, simplemente movió las orejas y se dirigió hacia el montón de carne fresca.

Estrella de Fuego cruzó el claro hacia la maternidad, avistando a Zarpa Acedera, Zarpa Hollín y Zarpa Orvallo jugando a pelear entre los helechos junto a la guarida de los aprendices. Mientras observaba, Espinardo salió de la guarida de los guerreros y llamó a Zarpa Hollín; mentor y aprendiz desaparecieron por el túnel de aulagas.

Mientras se acercaba a la maternidad, de allí salió Carbonilla; Estrella de Fuego saltó a su encuentro.

—¿Todo en orden? —exigió saber.

Los ojos azules de Carbonilla brillaron de comprensión.

—Todo está bien, Estrella de Fuego. Le acabo de traer un poco de borraja para ayudarla con la leche.

Estrella de Fuego dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—Aún no me puedo creer lo hermosas que son —confesó.

Carbonilla le tocó suavemente la oreja con la cola.

—Entonces entra y échales otro vistazo.

Estrella de Fuego se abrió paso a través de las zarzas hacia el interior de la maternidad, mientras fluían a su alrededor olores cálidos y lechosos. Tormenta de Arena yacía en un profundo lecho de musgo y helechos; apretadas contra su vientre había dos diminutas cachorras, que aún tenían los ojitos cerrados. Una era una atigrada marrón con el pecho y las patas blancas, la otra una rojiza oscura.

Pequeña Candeal, la hija de Centella y Nimbo Blanco, miraba a las dos cachorras con tanto orgullo como si fueran suyas. Ya casi tenía la edad suficiente para convertirse en aprendiza, y Estrella de Fuego sabía lo protectora que se sentía respecto a las recién llegadas.

Centella se despertó en su lecho y estiró una zarpa.

—Ten cuidado —le advirtió a la cachorra—. No te acerques mucho. No estarán listas para jugar hasta dentro de un tiempo.

Cuando Estrella de Fuego entró, Tormenta de Arena levantó la cabeza somnolienta.

—Pensé en nombres —murmuró ella—. ¿Qué te parecen Pequeña Esquirolina y Pequeña Hojarasca?

—Me parece que son nombres encantadores —Estrella de Fuego contestó.

La rojiza oscura sería Pequeña Esquirolina por su peluda cola, por supuesto, y la atigrada Pequeña Hojarasca en honor a Estrella de Hojas, y tal vez también en honor a Jaspeada.[1]

Se llenó de orgullo al ver las diminutas bolas de pelo. Tenía muchísimas esperanzas para ellas: buena caza, felicidad, tal vez incluso el liderazgo de su Clan. Aunque había nacido como un minino casero, sus hijas eran de Clan hasta los huesos. Su sangre correría por el Clan del Trueno por estaciones venideras, incluso cuando él ya no caminara por el bosque.

Al pensar en sangre y familia, la profecía de Vigilante del Cielo resonó en sus oídos una vez más: «Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus patas». ¿Acaso estos poderosos

1 El nombre original de Pequeña Hojarasca es *Leafkit* (Pequeña Hoja), mientras que el nombre original de Jaspeada es *Spottedleaf* (Hoja Manchada). Debido a la forma en que fue traducido oficialmente el nombre de Jaspeada, es imposible traducir esta escena al español de modo que mantenga el significado original.

gatos serían descendientes de las dos preciosas hijas de Estrella de Fuego? ¿La profecía era un presagio de un gran bien, o una advertencia de un gran mal? Un escalofrío lo recorrió, y tembló al preguntarse cuál sería el destino de su sangre.

Libro original: “Warriors: Firestar’s Quest” *por* ***Erin Hunter***.

Arte de la portada y encabezados: ***Marcin Leśniak***.

Traducción: ***Pichu06*** *y* ***The_River’s***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio